

A portrait of a man with dark hair, wearing a white dress shirt and a dark tie. He is holding a lit cigarette in his right hand, with smoke rising from it. The background is dark and out of focus. The text 'MELY LIM' is at the top and 'MELIKA' is at the bottom.

MELY LIM

MELIKA

1. [Advertencias](#)
2. [Personajes](#)
3. [○ ◇ ☾ ◆ Guía ABO del mundo ◆ ☾ ◇ ○](#)
4. [Sinopsis](#)
5. [Booktrailer](#)
6. [Poema de la mafia](#)
7. [\[01\] Pakhan](#)
8. [\[02\] Regalo de cumpleaños](#)
9. [\[03\] Italia](#)
10. [\[04\] Cara a cara](#)
11. [\[05\] Metka](#)
12. [\[06\] Descontrol](#)
13. [\[07\] Hielo y sangre](#)
14. [\[08\] Cosas claras](#)
15. [\[09\] Caridad](#)
16. [\[10\] Persecución](#)
17. [\[11\] Utyónok](#)
18. [\[12\] El secreto de Italia](#)
19. [\[13\] El fin](#)
20. [\[14\] El hijo de Judas](#)
21. [\[15\] Solo per me](#)
22. [\[16\] ¿Esto es amor?](#)
23. [\[17\] Trato por amor](#)
24. [\[18\] Un dios que todo lo ve](#)
25. [\[19\] Celos de Capo, venganza de Pakhan](#)
26. [\[20\] Soy un lupus, tu lupus](#)
27. [\[21\] ¿Distracción?](#)
28. [\[22\] Taula abierta](#)
29. [\[23\] Detente, me lastimas](#)
30. [\[24\] Terminamos](#)
31. [\[25\] La traición de Mirabella](#)
32. [\[26\] Nadie toca lo mío](#)
33. [\[27\] Promesa de un Lupus](#)
34. [\[28\] Los cachorros de la Mafia](#)
35. [\[29\] El plan de un cuervo](#)
36. [\[30\] Reloj](#)
37. [\[31\] Olimpiadas](#)
38. [\[32\] El príncipe de hielo](#)
39. [\[33\] La estrella y los lobos](#)

40. [\[34\] El linaje perdido](#)
41. [Dos lobos, Dos estrellas](#)
42. [\[35\] La confesión de Jungkook](#)
43. [\[36\] El vínculo](#)
44. [\[37\] Continuamos](#)
45. [\[38\] El ascenso del Rey y la caída del príncipe](#)
46. [\[39\] Cenizas de Brasil](#)
47. [\[40\] Auroras Boreales](#)
48. [\[41\] Luciana y Sergeí](#)
49. [Epílogo](#)
50. [Nuevo poema de la mafia](#)
51. [Nota De Autor](#)
52. [Agradecimientos](#)
53. [Dedicatoria](#)
54. [¡EXTRA!](#)

Advertencias



No proclamo hate hacia ningún shipeo, tampoco hacia ningún idol.

Mi perfil es un perfil de paz. 🏳️

Esta historia es de mafia, dark romance, drama y omegaverse. Si no te gusta ninguno de estos temas es mejor que salgas de aquí para evitarnos comentarios negativos.

*¿Finales felices? ¿Finales tristes? No preguntes, leer se trata de disfrutar el proceso, de sorprenderte, emocionarte, alegrarte, entristecer o enojarte con los giros que da la historia. De lo contrario no valdría la pena leer. Por eso, no tengas miedo y lee, después de todo; **esto es ficción.***

***METKA** es un universo alternativo, he tomado el físico de cada personaje. Ninguna de las conductas dentro de la historia es algo que los artistas mencionados harían en la vida real, sus acciones, sentimientos, etc es algo que me he inventado para la historia. Así que evita los comentarios de odio hacia cualquiera de ellos que sus personalidades verdaderas no tienen nada que ver con lo que leerás a continuación.*

Esta historia contiene escenas de erotismo dedicadas a una audiencia mayor de dieciocho años. Si eres menor de edad esta historia no es para ti.

Habrá violencia.

Lenguaje explícito.

Los protagonistas son mayores de edad, no hay redacción de relaciones sexuales entre menores de edad, esto para aclararles que todos dentro de la historia son ADULTOS.

Aprendamos a separar la realidad de la ficción, lo que escribo aquí es mero entretenimiento

ESTA OBRA ES MÍA Y NO ACEPTO COPIAS, ADAPTACIONES Y MUCHO MENOS DISTRIBUCIÓN POR PDF (respeta mi trabajo, por favor)

Personajes



Dentro de la historia existirán cinco mafias:

Mafia rusa : Los Solntsevskaya Bratva. (Emblema, Oso)

Mafia italiana: Los Cosa Nostra. (Emblema, Águila)

Mafia japonesa: La familia Yakuza.
(Emblema Faisán Japonés)

Mafia de Corea y china : Las triadas. (Emblema Dragón chino)

Mafia latinoamericana: Cartel latinoamericano. (Emblema, Jaguar)

•Estos son los personajes principales, líderes de las cinco mafias junto con sus emblemas que estarán gobernando el mundo dentro de la historia.

















○ ✧ ☾ ◆ *Guía ABO del mundo* ◆ ☾ ✧ ○



El omegaverse es una adaptación al mundo, particularmente destacada su división en castas; que tienen impacto en la dinámica de la población mundial siendo divididos en alfas, betas y omegas (y la división que el escritor le quiera añadir, en esta historia añadiré "Alfa Lupus y Omega Lupus").

○ ✧ ☾ ◆ **Lobos** ◆ ☾ ✧ ○

En esta historia no existe la voz de lobo como todos la conocemos. Sin embargo, existe un lobo destinado para cada individuo. El lobo (animal) elige a su humano y lo acompaña por el resto de su vida siendo así un acompañante fiel y un amigo con el que pueden entablar una conversación.

○ ✧ ☾ ◆ **Casta** ◆ ☾ ✧ ○

Se refiere a la "casta sexual" que puede ser, el ser alfa, beta, omega, etc. Todos tienen una casta que se determina durante un test de ADN al nacer.

○ ✧ ☾ ◆ **Presentación** ◆ ☾ ✧ ○

Periodo de tiempo en el cual los niños muestran signos externos de su casta. Para los

omegas es el periodo previo a su primer celo, mientras que para los alfa se acomoda a un pequeño proceso de molestias bucales por la maduración de sus glándulas salivales.

○ ✧ 𐄂◆ Alfa Lupus ◆ 𐄂✧○

Estará por encima del alfa común, ya que es más dominante, agresivo, posesivo y fuerte. Un Alfa Lupus no puede concebir cachorros con cualquier omega, tiene que ser particularmente un Omega Lupus.

○ ✧ 𐄂◆ Alfa ◆ 𐄂✧○

Los alfa con la casta que usualmente es responsable por impregnar a otros. Son típicamente más agresivos, dominantes, fuertes y tienden a dirigirse por las posiciones de poder y de liderazgo. Son los únicos con la habilidad biológica de morder, anudar, y tomar como compañero o enlazado a un omega.

○ ✧ 𐄂◆ Betas ◆ 𐄂✧○

Los beta son los más diplomáticos y centrados de los tres, llamados la casta diplomática, o mediadores. Son los que usualmente son responsables de mantener la armonía y el orden dentro de la manada. Los hombres y las mujeres pueden reproducirse, sin embargo, es una ocurrencia muy poco común que en la actualidad ha ido incrementando gracias a los tratamientos de fertilización asistida.

○ ✧ 𐄂◆ Omega Lupus ◆ 𐄂✧○

El Omega Lupus es mucho más fuerte que un omega común, ellos no obedecen la voz de mando de los alfas porque sus genes son fuertes, pueden llegar a tener combates de cuerpo a cuerpo con alfas y vencerlos. Son agresivos, ariscos y difíciles de conquistar. Un Omega Lupus no es frágil y no se somete ante nadie, por eso son escasos. Ante la única casta que se someten es "Alfa Lupus" ya que únicamente pueden quedar embarazados de ellos. Sus periodos de celo son iguales a los de un omega común.

○ ✧ 𐄂◆ Omega ◆ 𐄂✧○

Los omega son la casta que carga con el embarazo. Son los que usualmente se encargan de llevar el embarazo a término y criar a los niños, son típicamente más sumisos hacia los adultos de cualquier otra casta y son la casta más escasa. Biológicamente tienen un periodo de celo que ocurre cada dos meses, además de la habilidad de formar un lazo con un alfa, y el sentido del olfato más desarrollado de los cuatro.

○ ✧ 𐄂◆ Mordida ◆ 𐄂✧○

Cuando un alfa está excitado, sus glándulas salivales accesorias se activan produciendo

saliva cargada de hormonas a la vez que sus caninos les dan la posibilidad de morder la glándula de su Mate y marcarlos. Este sería el primer estado en la formación de un lazo entre un alfa y un omega. La mordida dejará una marca en el cuello del omega que solo durará unos cuantos días si no se perpetua con mordidas a repetición. La primera mordida aparece con mayor fuerza, imitando casi a una herida traumática. Esta va cambiando de coloración a una mucho más sutil cuando pasa el tiempo, los compañeros enlazados suelen ostentar unas pequeñas y de colores pálidos lilas. Esta mordida es llamada "marca de alfa" y es vista como intento de iniciar un enlace, y también como una marca de pertenencia.

Ésto hace que tanto el alfa como el omega desarrollen una relación codependiente de las hormonas del otro. Es por eso que las parejas enlazadas suelen compartir mordidas incluso fuera del periodo de celo.

○ ✧ ㊤ Nudo. ✧ ㊤ ○

Glándula bulbosa que se expande en la base del pene del alfa, que se puede hinchar en periodos de 30 a 45 minutos después de una eyaculación. Se utiliza para unir a una pareja sexual después del acto sexual. No todos los alfas anudan después de una eyaculación.

○ ✧ ㊤ Lazo ✧ ㊤ ○

Los Licántropos tienen la capacidad de formar un lazo que los une como compañeros, es una conexión que se forma con el pasar de los meses y es, básicamente, una adicción a las hormonas del otro. Si la pareja se mantiene alejada y no comparte sus hormonas mediante relaciones sexuales (donde se descarga mayor cantidad hormonal), mordidas, o piel con piel mediante el sudor pueden entrar en periodos de abstinencia. Periodos largos del mismo podrían romper el lazo.

Existen otros lazos, como los que se producen entre padres e hijos, o entre miembros de una misma manada. Estos se sienten de maneras particulares, el sentido de pertenencia y seguridad que otorgan a los miembros de la manada puede mermar, igualmente, si una parte de la misma se mantiene alejado mucho tiempo.

○ ✧ ㊤ Manada ✧ ㊤ ○

El conjunto de personas que comparten lazos de manada unos con otros.

○ ✧ ㊤ Celo ✧ ㊤ ○

Periodo donde los omegas pierden sus inhibiciones, y su impulso sexual se incrementa, junto con la necesidad de buscar un compañero y realizar el coito.

○ ✧ ㊦ **Esencia** ✧ ㊦ ○

Aroma particular que cada miembro adulto de cada casta tiene. Es único para cada individuo. Está muy relacionado con su biología, puede delatar las emociones, el estado de salud. Puede ser ocultada con medios externos.

○ ✧ ㊦ **Cachorro** ✧ ㊦ ○

Una manera de referirse a la progenie. O incluso a los adolescentes que aún no se han presentado.

○ ✧ ㊦ **Supresores** ✧ ㊦ ○

Los supresores son drogas a base de hormonas que pueden venir en diferentes concentraciones, dosis y por ende diferente potencia. Pueden disminuir, regular y hasta anular los efectos y el mismo celo. Los más comunes son para toma oral, y los de mayor concentración solo se encuentran en presentaciones de inyección vía intramuscular. El uso prolongado de los mismos puede causar problemas en la regulación hormonal, mayor incidencia de embarazos ectópicos, insuficiencia de cuerpo lúteo e infertilidad a largo plazo.

○ ✧ ㊦ **Contraceptivos** ✧ ㊦ ○

De manera común son llamados como "la píldora del día siguiente" son un método anticonceptivo muy poco recomendable, que causa alteraciones en el estado general y puede traer complicaciones en embarazos futuros de ser tomados más de dos veces por año.



Síntesis



Las cinco mafias más poderosas del mundo llegaron a acuerdos políticos. Los Solntsevskaya Bratva (Mafia Rusa) Los Cosa Nostra (Mafia Italiana) La familia Yakuza (Mafia Japonesa) Las triadas (Mafia de Corea-China) y el Cartel Latinoamericano (Mafia de Latinoamérica)

Los cinco cárteles se unieron con lazos de sangre en un ritual bajo la luz de la luna, sellando así el pacto en el que se comprometían a trabajar en armonía. Llamando a su unión: METKA

Fue de esa manera que se mantuvo la paz durante años entre las mafias, pero todo puede cambiar por un capricho, pues los cinco líderes de cada mafia se han reunido en una gran subasta de reliquias antiguas y pelean por comprar las treinta monedas de oro que le dieron a Judas cuando traicionó a Jesús porque aunque fueron dadas por traición, se esparció el rumor de que quien las tuviera tendría el control del oro en el mundo.

Los acuerdos se quebrantan, las mafias comienzan a luchar y para apaciguar el caos aparece el Capo Di Tutti, Park Jimin, quien había mantenido su identidad oculta durante años. Su aparición logra alterar los sentidos del Heredero de los Bratva; Jeon Jungkook, pero no de una manera negativa, sino sentimental.

Cinco mafias poderosas parecen quebrantar sus acuerdos, pero hay dos líderes que son cómplices en la cama...



- *Si le das apoyo a esta historia desde las actualizaciones haces a esta escritora feliz, porque por cada voto o comentario aumentan mis ganas de escribir cuando en ocasiones lo pensamientos intrusivos me dicen que me rinda.*
- *La historia será corregida para cumplir con las normas de wattpad.*

Booktrailer

Video representativo de la historia, aquí te darás cuenta más o menos de qué va a tratar, muchas gracias por ver y leer.

[Aquí debería haber un GIF o video. Actualiza la aplicación ahora para visualizarlo.]

Poema de la mafia



*He nacido entre sombras y balas,
bajo un techo de pólvora y pecado.
Mi cuna, un gran secreto.
Mi primer juguete, una pistola cargada...*

*Aprendí a caminar sobre cadáveres,
a sonreír mientras otros lloraban.
No conozco el amor,
El perdón es un mito.*

*La compasión, es un chiste que nadie cuenta.
Mi alma está tatuada de nombres que no recuerda, rostros que se apagaron frente a mi
vista congelada.
No pido salvación, porque no creo merecerla.*

*Si alguna vez tuve un corazón,
lo enterré con mi primer enemigo.
Avanzo al igual que un dios sin fe,
besando labios que temen mi nombre,
rompiendo promesas, todo a mí conveniencia,*

*Y espero que quizás,
algún día alguien me ame lo suficiente
como para atreverse a destruirme.
Porque solo el amor podría quebrarme.*



[01] *Pakhan*



Recibió una llamada mientras acariciaba las curvas de la mujer sentada en su regazo, le dio una última calada a su cigarro, después se lo entregó a la pelirroja en sus piernas para que se lo terminara y finalmente contestó.

—Supongo que es importante, ¿qué quieres?

—Es Namjoon —dijo Taehyung al otro lado de la línea—. Está en la cárcel.

—Mañana lo nombran Pakhan de los Solntsevskaya Bratva, ¿en qué lío se metió?

—CKP, ya sabes... Los únicos que nos dan dolor de bolas, ¿qué hacemos para sacarlo de ahí?

Jungkook se quedó quieto unos segundos, mirando a la mujer que se movía en su regazo de arriba a abajo hacerlo con lentitud, él sonrió al verle sus pechos desnudos. Luego se acercó a ella, dándole un beso en el cuello y lamiendo con la lengua, provocando que jadeara un poco.

—¿Estás follando, Mudak?! —chilló Taehyung y Jungkook soltó una risita.

—Nos vemos afuera de la detención, se discreto.

—No tardes, ¡Nuestro hermano está en prisión y tú estás follando, deja la lujuria para después!

—Sí, sí... Poka.

Al decir eso finalizó la llamada, empujando sus caderas un par de veces en el interior de la mujer, después se retiró de su interior, dejando salir su esencia y llenando el preservativo por completo. Se lo retiró y lo tiró a un bote de basura de la suite.

—¿Qué significa Poka? —preguntó la mujer, acariciando el rostro de Jungkook.

—Significa adiós.

—Oh, supongo que me dirás Poka luego de esta noche, ¿verdad? —preguntó con voz dulce.

—Ni siquiera sé tu nombre, nena. No es que no pueda saberlo, es que no me interesa saberlo. —Le acarició el rostro—. Y sí, tendré que decirte adiós por muchas razones.

—Ya sé que eres un mafioso que perteneces a los Bratva. —Acarició con la punta de los dedos los tatuajes de los brazos de Jungkook—. Me lo dijeron cuando me hicieron los análisis clínicos para poder venir esta noche a complacerte.

—Mi identidad no es un secreto que quiera ocultar. —Le dio un par de golpecitos en las piernas para que se levantara de su regazo, ella comprendió al instante.

—Oh bueno, no es como si fuera a gritar a los cuatro vientos que acabo de follar con uno de los hijos del jefe de los Solntsevskaia Bratva.

Jungkook no dijo nada, simplemente tomó sus pantalones oscuros colocándoselos, también se colocó su camisa blanca y su chaleco del mismo color del pantalón. Tenía las mangas blancas arremangadas, eso hacía que se le vieran los tatuajes de los brazos. Luego tomó sus zapatos atando las agujetas de manera rápida y fuerte. Por último tomó su saco oscuro, colocándoselo encima y metiendo ambas manos en los bolsillos.

—Te aseguro cariño, que no se lo dirás a nadie —dijo sonriendo, después de eso sacó el arma del abrigo y le disparó a aquella hermosa mujer justo en la sien.

Miró la escena con asco, no por la sangre, estaba acostumbrado a eso. La miró con asco porque esa chica francesa era una espía enviada por la CKP para averiguar quién sería el sucesor de los Bratva. Lo supo en cuanto la miró llegar y su hermano en prisión fue la confirmación de que ella no era una sexoservidora real. Además no se movía bien, era bonita, pero al final de cuentas era el enemigo.

Jungkook salió de la suite, caminando con pasos largos y seguros por los pasillos del hotel. Hasta llegar a su vehículo y encender el motor para pisar el acelerador hasta el fondo. Sacar a su hermano de prisión sería sencillo, pero le cobraría el favor cuando su padre lo nombrara Pakhan.



La familia Jeon era conocida en todo Rusia. No se escondían, pero tampoco era como que quisieran ser atrapados, además los agentes estaban comprados, todos, excepto algunos de los rígidos del *Comité De Investigación de La Federación Rusa*, en sus siglas la " *CKP o SKR* " aunque eran mejor conocidos como CKP, pero los Bratva preferían llamarlos " *dolor de bolas* "

La CKP no se metía con los Bratva si no les daban motivos muy evidentes para hacerlo. La mayor parte del tiempo se hacían de la vista gorda y aceptaban sobornos, algunos infundados con miedo, otros por mera ambición. Pero de igual manera terminaba siendo soborno.

Jeon Kang, el padre de Jungkook, Taehyung y Namjoon era el líder de los Solntsevskaya Bratva tenía todo controlado, no se había metido en ninguna clase de problemas desde que el Metka se fundó diez años atrás, él, a pesar de ser Coreano logró escalar al casarse con Ekaterina Mikhailov, hija del fundador de la organización. De su amor nacieron sus tres apuestos hijos, el trío eran audaces, capaces, pero en perspectiva de Kang; muy jóvenes. Sin embargo necesitaba nombrar a su hijo mayor como heredero ya que estaba enfermo y creía que no duraría mucho tiempo en esa tierra. Por eso lo nombraría Pakhan. El título de Pakhan era temido y respetado. Pasaba de generaciones en generaciones o se ganaba por poder y brutalidad. El Pakhan es la figura más poderosa dentro de la organización mafiosa rusa ya que tenía el control total sobre la estructura de la organización, la toma de decisiones estratégicas sobre asesinatos, alianzas, negocios y corrupción. Recibía parte de las ganancias de todos los niveles inferiores. Era protegido por capas jerárquicas de subordinados para evitar exposición directa. A veces no se involucraba directamente en actividades delictivas, actuando como figura de respeto o empresario legal. Era básicamente el rey de la mafia Rusa, todos le temían y respetaban.

Pero ahí estaba, Jeon Namjoon, un día antes de ser nombrado como nuevo Pakhan. En prisión preventiva, a punto de ser trasladado a una cárcel de máxima seguridad para evitar

su escape, la CKP lo encontró con las manos en la masa dentro de una fábrica de metanfetamina, por no mencionar que llevaba bastantes armas en su vehículo. Namjoon se confió y bueno, ahí estaban las consecuencias. Él era alto, media 1,92 m. Sus brazos y espalda estaban cubiertos de tatuajes, pero no ocultaban sus músculos ya que aparte de alto era fuerte, tan fuerte que podía partir un cráneo en dos por mera diversión. Era temido dentro de la mafia y fuera de ella, aunque todos lo conocían por su nombre: Mijail Terasov.

Los mafiosos tenían nombres que utilizaban para identificarse dentro de la mafia, así no los podían encontrar durante las investigaciones y cuando llegara su retiro podían tener una vida cómoda. Su identidad era preciada, solamente la conocían sus más cercanos.

Y bueno, ahí estaba Mijail Terasov, sentado en una silla en la comisaría, con las manos hacia atrás sujetas con un par de esposas. Maldiciendo internamente, deseando que su padre no se enterara o de lo contrario iba a enfurecerse. Ser atrapado era caer muy bajo.

—Y bueno, Mijail... —dijo el oficial de policía—. ¿Hay algo que necesites en tu estancia aquí? ¿Agua, un cigarro?

Namjoon lo miró molesto, sus ojos estaban más oscurecidos de lo normal.

—¿Dónde está mi lobo?

—Lo tuvimos que amordazar, es bastante agresivo.

—Tsk, saldré de aquí y te vas a cagar en los pantalones cuando lo haga.

Y no mentía, sus hermanos no lo dejarían solo. Confiaba en ellos, se ayudaban mutuamente todo el tiempo.

Además, Jungkook y Taehyung acababan de encontrarse en las afueras del lugar, ambos bajaron de sus vehículos, llevando consigo a sus lobos. El lobo de Jungkook era negro, sus ojos oscuros se tornaban rojos cuando estaba molesto, sus emociones y voz estaban conectadas con él y al ser un Alfa Lupus su lobo era mucho más fuerte que cualquier otro. Los lobos no se elegían, ellos te elegían a ti. No eran mascotas, eran... prácticamente una extensión de tu propia alma materializada en un amigo fiel que daría la vida y el todo por ti. La máxima muestra de lealtad provenía de tu lobo, ellos morían el día que dejabas de respirar, aunque otros morían con tal de salvarte, pero digamos que su vida era larga la mayor parte del tiempo. El lobo de Taehyung era café, sus ojos negros también se tornaban a un color rojizo cuando enfurecía y aunque era más pequeño que el lobo de Jungkook también era feroz. Ambos lobos se criaron juntos desde niños y se llevaban bien, de hecho los lobos de los hermanos Jeon se llevaban muy bien comparados con los lobos de otras familias.

—Lupus —le dijo Jungkook a su lobo—. No entres, quédate aquí afuera.

—Tú también Opex —le dijo Taehyung a su lobo.

Ambos canes se sentaron en la banqueta, mirando a los hermanos con cierta diversión, pero aún así movieron la cola con aburrimiento. Aunque estaban alertas porque los dos llevaban armas y cuando llevaban armas podía haber peligro.

—¿Entramos? —preguntó Taehyung.

—Sí, es hora de salvarle el trasero a Namjoon.

Jungkook entró primero, su traje oscuro se ondeaba a medida que avanzaba girando el arma HK45 entre sus dedos, mientras que Taehyung iba atrás de él sosteniendo una revólver mas vintage. Jungkook no pidió permiso para entrar, la secretaria lo conocía, ella era una omega que agachó la cabeza de inmediato. Jungkook inhaló, sintiendo el aroma familiar de su hermano, miró a Taehyung de reojo y ambos avanzaron juntos por el pasillo hasta llegar a la puerta de la habitación en la que estaba. El más grande le hizo una señal elegante con la mano al más joven para que abriera. Ambos medían exactamente lo mismo 1.90 de estatura, aun así Jungkook seguía siendo el mayor y el más joven de los tres le tenía cierto respeto, así que abrió la puerta.

Al otro lado estaba Namjoon, hablando con el oficial, le estaba diciendo que se iba a cagar en los pantalones cuando saliera de ahí y al ver al par de hermanos Ruso-Coreano, sus esfínteres estomacales se estaban retrayendo, sip, se iba a cagar.

—Ya vámonos —dijo Jungkook, mirando a Namjoon directo a los ojos.

—Se-señores, u-ustedes no pueden estar aquí —dijo el oficial.

Taehyung elevó las comisuras de la boca e hizo su cabello despeinado hacia atrás, ese movimiento pudo haber derretido a cualquier mujer porque con sus tatuajes en brazos musculosos y camisa de manga larga arremangada... Parecía un dios de la mafia.

—Parece que no sabes quiénes somos —dijo Taehyung—. Ese que está esposado es Mijail Terasov, yo soy Sergei Terasov y él es... —señaló a Jungkook.

—No necesito decir mi nombre, aprende a no presentarte para imponer autoridad —dijo Jungkook dando un paso hacia enfrente—. El oficial liberará a Mijail, ¿verdad? —preguntó sonriendo.

—Ah... Sí, sí señor...

El oficial se apuró a teclear el código de las esposas para abrirlo. Eran esposas de alta seguridad. Los Bratva eran expertos escapando de las comunes, por eso le habían puesto a Namjoon aquellas. El mayor de los Jeon se miró las muñecas y se tronó los dedos antes de

levantarse. Lucía un traje anaranjado que le habían obligado a usar, miró la tela con desdén y amargura. Odiaba ese color.

—¿Ya te cagaste en los pantalones? —cuestionó Namjoon.

—Ah... —El oficial dio un paso hacia atrás.

El oficial no se hizo en los pantalones como Namjoon predijo, pero estaba temblando de miedo.

—¿Dónde está mi lobo?

—E-en la celda cuatro.

—¿Y qué esperas para entregármelo? Te espero en la entrada.

Jungkook le hizo una señal con la cabeza a Namjoon para que salieran del lugar, después avanzaron los tres hacia la salida. Jungkook en medio, Taehyung a la derecha, Namjoon a la izquierda. Mientras tanto el oficial corrió por el pasillo para ir en búsqueda del lobo de Namjoon, ese lobo era café al igual que el de Taehyung, pero su tono era más grisáceo y su tamaño un poco más grande.

Cuando los tres hermanos estuvieron afuera, Namjoon se comunicó con su lobo.

"Mátalo, Uppa"

Cuando el oficial sacó al lobo de su celda, este se abalanzó hacia él, directo en la yugular, mordiendo con brutalidad, embarrándose el hocico con sangre y quedándose ahí un par de minutos hasta asegurarse de que el oficial hubiera dejado de respirar.

" Lo hice, Nam"

Namjoon sonrió y a los pocos minutos su lobo ya había salido de la comisaría, encontrándose con él en la entrada. Este se agachó, dándole palmaditas en la cabeza.

—¿Papá lo sabe? —preguntó Namjoon a sus hermanos.

—No —contestó Taehyung—. Fui discreto.

—Si se llega a enterar estarás en problemas, ¿por qué te atraparon? —preguntó Jungkook al guardar su arma en el saco.

—La CKP envió un agente encubierto a la planta que fui a visitar, cuando me miró ahí adentro llegaron distintos oficiales y me arrestaron.

—La CKP necesita un escarmiento —masculó Taehyung—. Se supone que los tenemos comprados.

—Pues eso lo solucionará Namjoon cuando sea nombrado Pakhan —dijo Jungkook, dándole un golpe en el hombro a Namjoon—. Nos debes una, cobraré este favor cuando tomes el mando, no se... Tal vez me des un año de vacaciones con todo pagado en... —Se rascó la barbilla.

—¿Francia? —preguntó Taehyung.

—Francia es aburrido —contestó Jungkook colocando los ojos en blanco.

—Les daré lo que quieran, gracias por sacarme de ahí.

—Fue fácil, tanto que da miedo —dijo Taehyung—. Vámonos.

—Los agentes los reconocieron, por eso no les hicieron nada —dijo Namjoon.

Pero pronto se escucharon las sirenas y entonces comenzó la persecución. Los tres hermanos subieron al mismo vehículo, el de Jungkook. Quién condujo a toda velocidad por las calles de Rusia. Los tres lobos atrás se movían de un lado a otro ante los giros bruscos. Taehyung sacó un par de armas largas del asiento trasero, entregándole una a Namjoon y quedándose él con otra. Salieron por las ventanas, Namjoon por la del copiloto, Taehyung por la de atrás y comenzaron a disparar.

Horas más tarde estaban los tres riendo en el patio Jeon Mikhailov, el castillo de los Bratva. Su madre los escuchó reír y salió por el balcón para mirarlos. Ella era alta, de buen cuerpo y rubia, hermosa, tan hermosa como un ángel vikingo. El señor Kang acababa de finalizar una llamada, luego se puso de pie para ir al rodear la cintura de su esposa y decirle a su oído.

—Entre Jungkook y Namjoon, ¿quién?

—¿Todavía lo dudas? —preguntó dejando que le besara el cuello.



Al día siguiente, la élite de la Solntsevskaia Bratva se había reunido bajo los altos candelabros de cristal, envueltos en trajes de diseñador y relojes de oro, pero ninguno de ellos tenía la presencia que proyectaba Jeon Kang, el patriarca. No era solo su estatura ni el corte impecable de su traje negro con líneas plateadas apenas visibles bajo la luz, era su aura, el dominio absoluto que ejercía sin necesidad de levantar la voz.

Su sola entrada impuso silencio.

Caminó lentamente hacia el podio de roble oscuro que se alzaba frente a la sala, escoltado por sus dos guardaespaldas más leales. Todos los ojos estaban sobre él. Sabían que aquella reunión no era una simple ceremonia ni una junta administrativa: *era el fin de una era y el inicio de otra.*

Kang levantó la mirada y su voz, seca pero poderosa, rompió el silencio al igual que una bala atravesando vidrio.

—Hoy, ante los hombres que han derramado sangre por este nombre, ante los hijos y nietos de los que construyeron este imperio desde la oscuridad, yo, declaro el final de mi mandato.

Un susurro recorrió el salón. Todos asumían que anunciaría a su primogénito, Namjoon, un estratega brillante, calculador, de mente fría y ambición feroz. Incluso él se inclinó ligeramente hacia adelante, conteniendo el aliento. La ambición temblaba bajo su piel.

Pero entonces Kang pronunció las palabras que congelaron el tiempo:

—Artyom Terasov, eres el nuevo Pakhan de la organización. Hoy, ante todos, te cedo mi puesto, el honor y el deber de proteger a la Bratva. Que los Solntsevskaia te reconozcan como su líder, su escudo y su espada.

El silencio que siguió fue absoluto.

Namjoon no pudo evitar un parpadeo incrédulo. Sentía un nudo en la garganta que le ardía. Sus nudillos se blanquearon al apretar los puños. Aquel trono debía ser suyo. Lo había ganado con años de obediencia, sangre y maniobras despiadadas, pero no... su padre había elegido al segundo hijo.

Jungkook, por su parte, parpadeó lentamente. No reaccionó al principio. Pensó que tal vez era una broma cruel, un acto teatral de su padre. Pero no. Jeon Kang no hacía teatro. El gesto orgulloso de su madre, las lágrimas que brillaban discretamente en sus ojos y la forma en que el anciano líder lo miraba... todo lo confirmaba.

—¿Vas a quedarte ahí sentado el resto de la tarde como un modelo de escaparate? —ironizó Kang, con una sonrisa apenas curvada.

Unas risas estallaron en la sala. Cautelosas, inseguras, pero nadie desobedecía al jefe.

Jungkook se puso de pie. No con arrogancia, sino con un paso firme, casi solemne. Caminó hasta el podio y extendió las manos. Kang le colocó en ellas el emblema dorado de la Bratva: una insignia pesada, redonda, con un oso de oro grabado en ella. Era más que un objeto, era la carga de una dinastía.

Kang lo atrajo hacia sí. Lo abrazó con fuerza. Lo besó en ambas mejillas, luego, alzando su brazo, lo presentó ante todos.

—Este es su nuevo Pakhan. Mi sangre, mi orgullo, mi sucesor. El que los guiará en los tiempos de paz y de guerra.

Los hombres se pusieron de pie. Algunos con respeto, otros con rabia oculta. Namjoon seguía inmóvil, su mandíbula estaba tensa, su mirada fija en su hermano menor.

Jungkook, coronado sin pedirlo, sin buscarlo, sintió el peso de cien juramentos que caía sobre sus hombros. Ya no había marcha atrás. Ya no era solo el segundo hijo. Ahora era el rey.

Todos sabían que en el trono de la Bratva, los reyes no gobernaban en paz. Gobernaban con sangre.



•Bueno, así comienza esta historia. Espero que les guste el arranque. Comenzará a ser actualizada cuando finalice KING ENIGMA

[02] *Regalo de cumpleaños*



Italia Park no era cualquier mujer. Tenía el nombre de un país, la belleza letal de una viuda negra y la presencia dominante de un general en plena guerra. Era la hermana gemela de Jimin, pero, a diferencia de él, Italia no fue criada entre algodones. Nació alfa y nunca dejó que el mundo lo olvidara. Desde niña, supo que su rol en la familia Park no sería decorativo ni simbólico. No. Ella sería útil. Sería necesaria, sería temida.

Tenía siete años cuando abrió por accidente la guantera del auto de su padre, Luca Park, y encontró varias bolsas de cocaína cuidadosamente envueltas en plástico. Ese día, en lugar de llorar o preguntar, cerró la tapa y entendió. Su padre no era un empresario de importaciones, como decía. Era un mafioso. El jefe silencioso de la Cosa Nostra, la mafia italiana que gobernaba el país y ella, tarde o temprano, heredaría su lugar.

Desde ese momento, Italia se convirtió en su aprendiz más brillante y peligrosa. Aprendió a mentir con elegancia, a disparar sin dudar, a negociar con capos rusos y alfas serbios sin bajar la mirada. Su sangre ardía con fuego de mando. Su aroma, fuerte y nítido, marcaba territorio antes incluso de que hablara. No necesitaba que le dijeran que estaba destinada a gobernar. Ella lo sabía, lo exigía.

Jimin, por otro lado, creció bajo otra narrativa. También fue entrenado desde pequeño: tiro con armas cortas, defensa personal, esgrima, estrategias de combate cuerpo a cuerpo, todo supervisado con frialdad por Luca. Pero jamás se le explicó el *por qué*.

—Es para que puedas protegerte, —le decía su padre, mientras ajustaba la postura de sus brazos frente al saco de boxeo—. El mundo es cruel con los que son diferentes, Jimin. Tú no puedes darte ese lujo.

Y Jimin, omega desde nacimiento, jamás cuestionó esas exigencias. Su aroma era suave, dulce, una mezcla que inspiraba ternura más que miedo. Pero sus puños sabían romper costillas. Tenía una precisión quirúrgica con los cuchillos, una velocidad inusual para esquivar balas de aire comprimido, y una memoria perfecta para recordar mapas, rostros y puntos de presión. Era brillante, pero ingenuo. Porque a diferencia de Italia, él todavía creía que su familia era " *normal* ".

Jamás imaginó que su apellido era una sentencia. Que la sangre que corría por sus venas no solo era azul, sino también negra, espesa y salpicada por generaciones de muerte, alianzas rotas y traiciones.

Italia lo sabía y callaba.

Porque Luca Park lo había decidido desde antes de que nacieran: si el linaje Park se veía amenazado, si él y su hija morían Jimin sería quien lideraría a la Cosa Nostra.

El omega oculto. El arma de doble filo.

La pieza que nadie sospecharía... hasta que ya fuera demasiado tarde.

—¿Por qué él? —le preguntó Italia una noche, limpiando la sangre de sus botas tras un interrogatorio—. Jimin es muy... Si quieres que sea el líder en nuestra ausencia en caso de caos deberíamos contarle todo de una vez.

—El mundo no espera que un omega tenga el poder de destruirlo —respondió Luca, encendiendo un cigarro—. Y esa será nuestra ventaja al caer. Pero tranquila, eso solo pasaría en un caso extremo de violencia. Cosa que no va a suceder, tienes que relajarte.

Italia aceptó aquello que le dijo su padre y guardó el secreto ante la mafia. Pocos sabían de la existencia del segundo hijo de Luca, pero quienes lo sabían creían que era incapaz de tomar el mando.

La madre de los gemelos era coreana, su padre italiano.

El hombre era recto, pulcro, nunca decía groserías. A pesar de ser un asesino sin remordimientos, siempre que mataba lo hacía con elegancia, con sensatez. Jamás levantaba la voz, jamás dejaba huellas. Su estilo era clínico, casi artístico. Un cirujano de la muerte, un caballero con guantes ensangrentados.

Pero Italia...

Italia era otra historia.

Ella sí que era más salvaje.

Cuando mataba, sonreía. Cuando alguien traicionaba a su familia, no preguntaba dos veces. Su estilo era visceral, caliente, crudo. Italia Park no era una asesina elegante. Era una tormenta. Y en su interior, albergaba una promesa silenciosa: si alguien ponía un dedo sobre los que amaba, ella haría arder Roma si era necesario.

Estaba cubierta de sangre hasta la punta del cabello.

Italia Park sostenía el bate metálico con los nudillos blancos de tensión, respirando con fuerza, las costillas expandiéndose debajo del abrigo de cuero. Frente a ella, el cuerpo irreconocible de un hombre yacía sobre el asfalto resquebrajado del callejón. Lo había golpeado tantas veces que el cráneo ya no parecía humano. Era pulpa. Era carne batida y hueso abierto. Y aun así, ella lo miraba como si no fuera suficiente.

El sonido del metal contra la carne aún vibraba en sus oídos. Su rostro estaba manchado de sangre, su cabello gris empapado de gotas gruesas que goteaban con lentitud. Se apartó un mechón mojado con fastidio y escupió hacia un lado.

—Maldita sea... hoy es mi cumpleaños —masculó, furiosa, y pateó el cuerpo una última vez, como si fuera su culpa.

El tipo había osado seguirla. Un agente de la DIA. La Dirección de Investigación Antimafia, mejor conocida como DIA, llevaba años detrás de Luca Park, pero jamás habían logrado reunir pruebas suficientes para derribarlo. No era la primera vez que la vigilaban, pero sí la primera que uno se acercaba demasiado. Además, se había unido con seis hombres Yakuza, eso rompía "el pacto" que tenían entre mafias.

Grave error.

Tenía las manos temblorosas, pero era de furia, no de miedo y tampoco por la sangre. Italia estaba acostumbrada a la sangre. Lo que realmente la irritaba era que tenía que pasar por Jimin. Iba tarde y eso era imperdonable.

Abrió la puerta trasera del auto negro estacionado a unos metros y lanzó el bate dentro. Luego se acercó al espejo lateral, revisó su reflejo, arrugó el ceño al ver el carmesí salpicado en su mejilla y bufó con impaciencia.

—Corvo —llamó al Beta que la acompañaba y veía en silencio—. Limpia este desastre. Quema sus cuerpos. Quiero que la DIA se pregunte dónde mierda desapareció su agente, y que los Yakuzas sepan que no deberían romper los acuerdos. No quiero que encuentren sus cuerpos y tampoco que les den sepultura.

—¿Por qué me llamas por mi apodo? Todos están muertos, solo dime Yoongi.

Italia soltó una risita seca mientras exprimía con fuerza la punta de su cabello gris, manchado de sangre ajena.

—Ay primito, no me molestes. Tengo que limpiarme bien la sangre del cabello o Jimin comenzará a hacer preguntas, y me fastidia mentirle.

Yoongi ladeó la cabeza mientras abría el maletero del auto y sacaba dos botes metálicos con gasolina. Los cuerpos de los yakuzas se amontonaban como basura bajo la tenue luz de un farol callejero, en la parte trasera del callejón.

—Ya no deberían mentirle. El tío Luca es el *Capo di tutti i capi*, tú eres la Sottocapo. Creo que Jimin ya está bastante grande como para saber al cien por ciento de qué trata el negocio familiar.

Italia lo miró por encima del hombro, limpiando con una toalla de microfibra una gota de sangre que aún le manchaba la mejilla.

—Primero muerta antes de que se entere —gruñó, y rodó los ojos con fastidio—. Es un Omega Lupus. Alguien como él no debería estar en el negocio.

Yoongi alzó una ceja mientras comenzaba a regar el líquido sobre los cuerpos. El olor a gasolina pronto saturó el aire.

—¿Por qué no?

—Es muy... agresivo —Italia bajó la mirada, pensando en la infancia que compartieron los tres—. No se sabe controlar. Para este negocio se necesita estrategia, sin estrategia no eres nada. La rabia puede ser útil, pero no cuando te nubla la visión.

—Jimin no es estúpido.

—¿Y qué pasó cuando el profesor Pessina le puso mala calificación en el curso de retórica?

Yoongi se detuvo. El recuerdo lo hizo soltar una risa muda.

—Lo molió a golpes con un bolígrafo Montblanc.

Italia alzó una ceja, victoriosa.

—¿Viste?

Yoongi dejó el segundo bote vacío junto al primero y miró los cuerpos empapados.

—Pues tú no eres tan estratégica que digamos... Tendrás que explicarle a mi tío Luca la razón de la matanza a estos seis yakuzas y del agente de la DIA. Uno de ellos tenía tatuado el emblema del clan Tsukimori. No eran novatos.

Italia se encogió de hombros mientras sacaba su encendedor de plata.

—Descuida, tengo trato con los Bratva. Ellos me cubrirán esta travesura.

—¿Los rusos? —Yoongi alzó una ceja—. ¿Ellos no acaban de cambiar de líder? Escuché que ayer nombraron un nuevo cabeza. Artyom Terasov, el segundo hijo... Todos creían que sería Mijail.

Italia sonrió con autosuficiencia mientras aplicaba una nueva capa de labial rojo frente al espejo retrovisor del auto. Luego lo guardó con un chasquido preciso.

—Artyom me debe prácticamente la vida. Me cubrirá. Créeme, primito.

Yoongi no respondió de inmediato. Observaba el reflejo del fuego que comenzaba a arder en la punta del encendedor. Su rostro, iluminado por la danza naranja de la llama, se mantenía impassible.

—¿Ya está listo eso? —preguntó Italia con impaciencia—. Para subir al auto y que le prendas fuego...

—Sip. Los cuerpos ya están humedecidos —respondió él, y lanzó el encendedor con precisión.

La explosión fue contenida, pero brutal. El fuego lamió la piel y la sangre. El hedor a carne quemada invadió el callejón como una maldición. Italia sonrió a medida que se acomodaba el abrigo de cuero negro, sin mirar atrás.

—Pues vámonos que Jimin estará listo en media hora aproximadamente... y odia esperar. Y si llega a notar sangre en mi cuello o a oler gasolina en tus manos, vamos a tener que improvisar una mentira creíble. Sabes que se da cuenta cuando uno parpadea más de la cuenta.

—Sí —gruñó Yoongi mientras subía al asiento del copiloto—. Aunque cada vez está más cerca de descubrirlo todo. Y no sé qué sea peor... que sepa la verdad o que la descubra por las malas.

Italia arrancó el auto con firmeza, los neumáticos dejaron marcas negras sobre el asfalto mientras el fuego devoraba el callejón detrás de ellos.

—Por eso tiene que seguir patinando —murmuró ella, sin mirarlo—. En el hielo es libre. Si baja al infierno con nosotros... nunca va a salir.



Milán. Mediolanum Forum.

Una figura blanca emergía desde la oscuridad de los túneles laterales como un espectro elegante. Bajo la luz cenital, el hielo centelleaba como una joya inmensa y peligrosa.

Sobre él, caminando con la calma de quien pertenece al firmamento, estaba *Park Jimin*.

Su sola presencia alteraba la temperatura del recinto. El traje que vestía era de un blanco inmaculado, hecho a medida para él por un diseñador parisino que había llorado al verlo probarlo por primera vez. La tela abrazaba cada curva y línea de su cuerpo como una segunda piel; el escote en "V" dejaba ver su clavícula definida, y los cristales engarzados en la tela reflejaban los focos con cada sutil movimiento, como si en lugar de sudor, él transpirara estrellas.

Sus muslos eran una obra de arte. Fuertes, torneados por años de entrenamiento brutal, capaces de sostener acrobacias que desafiaban la física. Pero eran más que fuerza: eran la base de su danza, la columna vertebral de su estilo. Cada patada, cada salto, cada giro nacía desde allí, desde el núcleo donde se fundían el cuerpo, la furia y la belleza.

El hielo se estremeció cuando sus patines lo tocaron.

La música comenzó. Un violín solo, frágil, casi llorando. Jimin cerró los ojos.

Y entonces voló.

Era más que patinaje. No era deporte, era devoción. Cada giro, cada desplazamiento sobre la pista estaba invadido de poesía. La melodía subía y bajaba, y él la seguía como si el alma del compositor lo habitara. Cuando se impulsaba hacia un salto, su cuerpo se suspendía en el aire con una levedad sobrenatural. Triple lutz. Doble axel. Triple toe-loop. La lista de movimientos técnicos era impecable, pero lo que lo hacía inolvidable era lo que ocurría en su cuerpo: los silencios, la respiración, la manera en que sus dedos temblaban cuando simulaba acariciar la nada.

En cada mirada, cada leve inclinación del rostro, había una historia. Bailaba como si estuviera enamorado de un fantasma. Como si el hielo fuera un espejo de algo que solo él podía observar.

El Omega Lupus no se sometía. Su cuerpo decía " *mírame* ", pero su alma rugía " *no me toques* ". Aquel que pensara que por ser omega era débil no entendía que estaba ante una criatura de linaje antiguo. Un lobo plateado que no caminaba con la manada, sino delante de ella. Solo e indomable.

En las gradas, Marco Alberti, su entrenador desde los catorce años, lo miraba sin parpadear. Sus ojos azules se humedecieron, por respeto. Sabía que estaba presenciando algo irrepetible. No un ensayo más. Era la encarnación de la perfección.

La música alcanzó su clímax.

Y Jimin se elevó.

Cuádruple toe loop.

Cuatro giros en el aire. Suspendido. Una línea perfecta. Cero vacilaciones. Al caer, el filo de su patín cortó el hielo como una katana y se arrodilló sobre una pierna, con la otra extendida hacia atrás. Su mano izquierda tocó la superficie gélida como si besara el suelo de una catedral y se quedó así, quieto. Una estatua de hielo, una escultura viva.

Luego de varios segundos respirando de manera contenida por la nariz y con los labios cerrados, se incorporó. El vaho escapó de sus labios, denso, blanco. Respiraba como un guerrero que acababa de ganar una batalla.

Alberti rompió el hechizo con apenas dos palmadas.

—Inmortal, —dijo con voz grave—. Si haces eso en Cortina, no solo ganarás. Te tallarán en mármol.

Jimin sonrió. Él también lo había sentido. El arte, esa noche, le había pertenecido.

Caminó hacia el borde de la pista sin quitarse los patines. Cada paso era la demostración de su control absoluto. No había nada infantil en él. Era la gracia y la fuerza en un solo cuerpo. Era Park Jimin.

—Cinco minutos más, —susurró al pasar frente a su entrenador.

Marco no respondió. Solo lo observó regresar al centro de la pista y comenzar a girar lentamente sobre sí mismo. Esa vez no era parte del programa. Era para él, para su alma.

Mientras giraba, alguien entró al recinto.

Italia Park.

Recargada en el marco de la puerta, se quitó lentamente las gafas de sol, revelando sus ojos. Su cabello gris, aún húmedo, caía en ondas limpias sobre los hombros. Llevaba un abrigo negro de corte militar y botas de diseñador, manchadas apenas con polvo.

Años de violencia la habían enseñado a no mostrar emoción, pero al ver a su hermano girando bajo esa luz —bello, puro, y tan alejado de la podredumbre del mundo que ella habitaba—, sus labios se curvaron en una mueca sincera.

—Hermano, brillas más que la cúpula del Duomo. Pero vámonos. ¡Tengo hambre!

Jimin detuvo el giro con un ligero quiebre de tobillo. Se inclinó hacia un costado, y la luz arrancó destellos de sus pestañas empapadas en sudor.

—Cinco minutos más.

Italia resopló.

—Cinco minutos. Luego te invito a cenar a Il Luogo di Aimo e Nadia. Solo tú y yo. Y si te portas bien... tal vez te de un genial obsequio de cumpleaños, solo si te lo ganas.

Él alzó una ceja, divertido. No dijo nada. Volvió al centro del hielo, más lento para disfrutar de su último entrenamiento del día.

Italia lo observó. Él no lo sabía, pero los Bratva ya estaban movilizándose para cubrir los cuerpos. La Direzione Investigativa Antimafia había interceptado una llamada reciente de su padre, Luca Park, y el nombre de Jimin ya estaba en el radar. Solo como "el omega del hielo".

Aún era libre, aún era inocente.

Italia lo había salvado sin que se diera cuenta, pero bastaba con que ella lo supiera.

Italia se cruzó de brazos y murmuró, más para sí que para él:

—Feliz cumpleaños, lupo mio. Disfruta el hielo mientras puedas.

Y Jimin giraba.

Giraba como si nada más existiera.

Giraba, sin saber que pronto, él también tendría que aprender a dejar marcas más profundas que las de sus cuchillas sobre el hielo.



Il Luogo di Aimo e Nadia estaba envuelto en una atmósfera que no pertenecía a este siglo. Era como haber cruzado un umbral invisible a otra época. Las luces cálidas colgaban en delicadas arañas de cristal, el aroma de la trufa blanca invadía los sentidos de los presentes y el suelo de mármol pulido reflejaba los destellos dorados de las paredes decoradas con arte abstracto contemporáneo.

Italia Park, había reservado una sala privada, por supuesto.

Ella iba segura y elegante, caminaba delante con sus tacones de aguja. Cada paso que daba parecía decir " *soy peligrosa, pero no lo sabrás hasta que ya sea tarde* ". A su lado, Jimin brillaba con otro tipo de poder: el de la gracia.

Parecía un ángel moderno: el cabello rubio platinado peinado con perfección, la piel de porcelana, los ojos delineados con precisión coreana. Llevaba un abrigo largo de cachemira color marfil y, debajo, un conjunto de alta costura de Alexander McQueen que acentuaba su figura delgada y sus caderas marcadas.

—Esto me hace sentir como si fuéramos una pareja rica de Florencia —bromeó él, apoyando el mentón en su mano mientras un camarero servía la segunda copa de vino.

—Bueno, técnicamente lo somos. —Italia le guiñó un ojo mientras cortaba su tartar de venado—. Pero ya sabes, somos hermanos.

—El lugar es precioso —dijo cambiando el tema, acariciando el tallo de su copa con dedos finos—. Me hace olvidar que mañana tengo triple entrenamiento.

Italia lo miró, divertida.

—Tal vez debería traerte aquí más seguido, solo para verte relajado. Pareces menos... ¿cómo se dice? ¿Arisco?

—¡No soy arisco! —protestó él, frunciendo la nariz—. Solo estoy... concentrado. No todos pueden representar al país en los Juegos Olímpicos, hermana.

Italia levantó la copa en su honor.

—Brindo por eso. Por ti, por tu éxito, y por tus piernas que podrían aplastar a un hombre si te lo propusieras.

—¡Italia! —se quejó él, aunque riendo. Sabía que su hermana era imposible.

La comida llegó en tiempos perfectos. Ravioli rellenos de queso de cabra con mantequilla de salvia. Lubina con corteza de pistacho. Sorbete de higo entre platos. Jimin comía con gusto, con gracia, como si estuviera en un cuento. A pesar de que su hermana comía más rápido, más directo, no podía dejar de mirarlo con ternura disfrazada de sarcasmo.

Cuando el postre, una esfera de chocolate blanco rellena de crema de mascarpone, fue retirado, Italia chasqueó los dedos.

Un asistente apareció con una pequeña caja negra adornada con un lazo de cuero rojo. Jimin abrió los ojos con ilusión.

—¿Ya es hora de los regalos?!

Italia rodó los ojos con una sonrisa.

—No puedes ser tan adorable a esta edad, por eso las chicas se derriten por ti. Eres demasiado lindo.

—Sí, sí que lindo soy. ¡Ya dame mi regalo!

Ella empujó la caja por la mesa. Jimin desató el lazo y retiró el papel. Dentro de la caja descansaba un reloj *Patek Philippe de edición limitada*, incrustado con pequeños diamantes negros en la correa y zafiros azul profundo en los números romanos. En el reverso, grabado con láser, se leía:

" Per chi nasce lupo, anche il cielo è una gabbia."

("Para quien nace lobo, incluso el cielo es una jaula").

Jimin se quedó en silencio. Le tomó unos segundos tragar saliva.

—Es... —inhaló— hermoso.

—Es único, como tú. No lo hagas volar por los aires en una rabieta, ¿vale?

—¡Qué ternura! —rió él, guardando el reloj con cuidado—. Me adoras con tu vida y no lo puedes ocultar.

—Somos gemelos, Jimin... Venimos juntos a este mundo, ya sabes... Fuimos los espermas ganadores.

Jimin sonrió.

Luego sacó de su propio bolso una pequeña caja rosa pastel, mucho más modesta, y se la ofreció con ambas manos. Italia la miró como si no supiera qué esperar.

—Toma —dijo Jimin—. Sé que no eres de joyas, pero vi esto y... no sé, me pareció muy tú.

Italia abrió la caja y se encontró con un espejo de bolsillo vintage, de plata envejecida, con pequeños relieves de lirios tallados en el reverso. Al abrirlo, el cristal interior estaba grabado en italiano:

" Anche i fiori più duri crescono in mezzo alle pietre."
(*"Hasta las flores más duras crecen entre piedras."*)

Italia parpadeó. Por un momento, se quedó en silencio.

—Es muy... —dijo, bajando la voz— femenino.

—Lo sé. —Jimin le sonrió con dulzura—. Pero también es fuerte. Es de 1912. Sobrevivió dos guerras mundiales. No todo lo femenino es frágil, ¿sabes?

Italia cerró el espejo con un clic suave.

—Gracias, lupo. Me veré en este espejo cada vez que maquille este lindo rostro y pensaré en ti —Lo metió en su bolso con un gesto breve.

—Claro, tenemos el mismo rostro prácticamente —soltó una risa.

Salieron del restaurante poco después. El cielo de Milán era un terciopelo oscuro salpicado de estrellas débiles, y las luces de los autos pasaban como bengalas silenciosas entre calles limpias y silenciosas.

Estaban a punto de subir al auto cuando el teléfono de Italia vibró.

Ella miró la pantalla y frunció el ceño al contestar.

—Padre.

—Italia, querida. Lo conseguí.

—¿Qué cosa?

—Las treinta monedas. Las verdaderas. Las de plata. Las que le pagaron a Judas por entregar a Cristo.

Italia se quedó en silencio.

—Eso suena a leyenda.

—No lo es. El Vaticano intentó pujar por ellas. Incluso los cuatro líderes de la mafia estuvieron ofreciendo dinero, pero tú sabes lo aferrado que soy, así que son nuestras. Las tengo.

Italia miró a Jimin, que la esperaba apoyado contra la puerta del auto, jugando con su llavero de peluche.

—¿Para qué demonios quieres eso, papá?

—Porque son un símbolo de traición, se dice que quien tenga las treinta monedas de Judas nunca será traicionado. Somos de la mafia, hija. Si alguien nos traiciona; morimos.

»Los cinco líderes nos pusimos a competir para conseguirlas, todo por esa superstición —comenzó a reír.

—¿Cuánto te costaron esas monedas?

—Bastante, te daré quince a ti y quince a Jimin como regalo de cumpleaños.

—Espero que al menos sean lindas.

—Lo son... Los veo en casa.

Italia colgó sin decir nada.

Se acercó al auto. Jimin la miró curioso.

—Papá nos compró un regalo peculiar de cumpleaños.

—¿Ahora qué cosa ridícula nos compró? —preguntó al subir al auto.

—Treinta monedas —dijo al subir al asiento del copiloto, en esa ocasión Jimin conduciría.

—¿Monedas? —cuestionó Jimin al encender el motor.

—Sip. Las que le dieron a Judas cuando traicionó a Jesús.

—¿Por qué nos compraría eso? Por ahí leí que esas monedas están malditas.

—¿Malditas?

—Ajá... —El automóvil comenzó a andar.

—Papá dice todo lo contrario.

—Pues... Son las monedas que se usaron para entregar al cordero puro y santo según el cristianismo. —Italia parecía divertirse porque Jimin conducía con el ceño fruncido—. Se supone que quien las posea... Morirá, Judas se ahorcó.

—Lo hizo por culpa.

—Lo hizo por traidor. —Miró a su hermana de reojo.

—Papá no es un traidor.

—Serán nuestras, yo no soy un traidor, ¿tú eres una traidora?

Italia se quedó en silencio.

Luego, sus pensamientos viajaron a esos seis cuerpos de los Yakuza que incineró junto con Yoongi horas atrás. Lo hizo para proteger a quienes amaba, no era una traidora... Solo se estaba defendiendo de lo inevitable.

—Son tonterías. —Rodó los ojos—. Supersticiones para que la gente rica gaste su dinero.

—Tal vez.



Hasta aquí el segundo capítulo wuuuujuuuuuu!!!!

En el primero conocimos un poco de Jungkook, en este segundo a Jimin. Pronto se unirán, ténganme paciencia y confianza. 😊👉

Pd: Es mi primera vez escribiendo mafia como tal.

Pd2: Jimin e Italia también tienen un lobo igual al de Jk, Tae y Nam, solo que estaban en casa.

Pd3: Vota, comenta y comparte. 🍷👤

FOTO DE ITALIA , HERMANA GEMELA DE JIMIN (Creo que la imagen es de Pinterest, me la envió Lary, créditos a quien corresponda)



[03] *Italia*



La mansión tenía techos altos, con frescos restaurados por artistas traídos directamente de Florencia, cada habitación estaba diseñada como si fuera parte de un palacio moderno y silencioso, escondido entre colinas cubiertas de olivos. El cuarto de Park Jimin parecía sacado de un editorial de arquitectura minimalista: ventanales de cristal del piso al techo, cortinas blancas flotando con elegancia, y mármol travertino tallado en suaves curvas que se fundían con los muros.

El sonido del agua de la ducha era el único rumor en el aire.

Park Jimin, con el rostro relajado y los labios curvados en una sonrisa melodiosa, cantaba con dulzura la canción que adoraba desde que tenía quince años:

" Baby come back, any kind of fool could see / There was something in everything about you..."

Su voz era suave, con ese falsete dulce que podía derretir hasta al mármol de su ducha.

Movía ligeramente las caderas mientras se enjabonaba, ajeno a cualquier otra cosa en el mundo. El vapor cubría los espejos de su baño de diseño, y la música escapaba entre las paredes.

Su cuerpo era arte puro.

Piel marfil sin una sola imperfección, como porcelana tibia; cuello largo y grácil, hombros ligeramente marcados por su entrenamiento olímpico, y una cintura estrecha que se curvaba hacia unas caderas de modelo italiano. Tenía los muslos definidos, esculpidos con esfuerzo pero aún suaves a la vista. Pequeñas gotas de agua recorrían el contorno de su espalda, deslizándose hasta perderse tras la toalla que colgaba esperando su momento.

Su cabello, aún húmedo, caía ligeramente sobre su frente como oro derretido, sus labios se abrían apenas para seguir entonando la canción:

" *Baby come back... you can blame it all on me...* "

Cuando cerró la llave del agua y el vapor comenzó a disiparse, salió lentamente de la ducha de cristal. Se pasó una toalla por el torso, tarareando aún mientras caminaba desnudo por su habitación. El suelo estaba caliente por el sistema térmico integrado, y su reflejo en el espejo largo de cuerpo entero lo observó con una media sonrisa.

Sus ojos azules, ligeramente rasgados, le daban una expresión constante de dulzura traviesa. Las pestañas eran largas y oscuras como las de un muñeco, y su nariz pequeña combinaba perfectamente con el labio inferior más lleno. En su cuello se marcaba una leve vena al mover la cabeza, como una línea de tinta viva. Estaba por ponerse una bata de seda blanca cuando la puerta de su habitación se abrió bruscamente. Italia entró con el ceño fruncido, sin tocar ni anunciarse.

—¡Jimin, vístete ya! —espetó con una voz firme, cerrando la puerta detrás de ella—. Hay traidores. Nos están buscando. Quieren matarnos.

Jimin se quedó congelado. Su toalla a medio anudar, el cabello aún goteando y parpadeó mientras que una gota de agua le recorría la mejilla cayendo por la línea de su mandíbula.

—¿Qué...? —alcanzó a decir, confundido—. ¿Traidores? ¿Quién? ¿Qué estás diciendo?

Italia avanzó por la habitación con paso firme, evitando los charcos de agua que él había dejado con su andar relajado. Llevaba un conjunto negro de cuero ajustado, gafas oscuras aún puestas y una funda de arma que se notaba bajo su abrigo corto. El contraste entre su presencia de femme fatale y el ángel mojado y desorientado que era Jimin, casi era cómico.

—Escúchame bien —dijo, bajando las gafas para mirarlo a los ojos—. Nuestro padre no es solo un excéntrico millonario que colecciona arte bizantino y relojes de oro. *Es el capo di tutti capi*. El líder supremo de la mafia italiana. Y tú, mi querido hermano, eres su heredero.

Jimin soltó la toalla por puro impacto. Ni se dio cuenta. Se la volvió a ajustar, en automático.

—¿Qué... qué estás diciendo? Eso es absurdo. Papá está loco, sí, pero... ¿la mafia?

Italia se acercó y le agarró los hombros.

—Jimin, hay hombres armados preguntando por ti en Florencia. Te están buscando. Nos traicionaron. El clan Yakuza quiere tu cabeza porque... digamos que maté al primo del jefe.

—Esto... esto es una locura. —Su voz se quebró—. ¿Yo? ¿Yo heredero de una organización criminal? Italia, yo entreno todos los días. ¡Soy atleta olímpico! ¡Yo no mato gente, ni mando sicarios!

Italia apretó la mandíbula.

—¿Por qué crees que papá te metió a todas esas clases de defensa personal, uso de armas, esgrima? Todo eso era porque te estaba preparando para este día sin que lo supieras. Ahora ponte unos boxers, unos jeans, una camisa y vámonos o te juro que te arrastraré por todo Italia desnudo con tal de salvarte.

—Olvidaste mencionar los zapatos —dijo con diversión.

Italia le dio un manotazo en el pecho.

—¡Esto es serio, bobo! —Ella en verdad estaba preocupada—. Es tan grave que papá tuvo que salir al frente para distraerlos... Él... —Apretó los labios—. Parece que va a sacrificarse.

Jimin retrocedió un paso. Se miró en el espejo, aún sin vestirse. En su rostro aún colgaban rastros de inocencia, de la vida que pensaba que tenía. Esa donde los problemas eran calambres musculares, estrictos regímenes alimenticios y entrevistas de prensa.

Pero en sus ojos —los mismos que tenía Italia, los mismos que tenía Luca Park— algo nuevo se encendió. Algo peligroso.

—¿Segura que no es broma?

—¿Crees que mi arma es una broma? —preguntó mostrándole la revólver.

—No...

—¡Entonces vístete ya y vámonos!

—¿Cuántos vienen? —preguntó con una seriedad peligrosa, sus ojos azules parecieron centellear ligeramente.

Italia esbozó una leve sonrisa.

—Siete coches. Al menos doce hombres. Pero no importa. Tenemos armas. Tenemos aliados.

»Vístete. Yoongi nos está esperando a las afueras de Italia para tomar el vuelo privado, en la sala de estar te colocarás el chaleco antibalas...

»Y papá dejó instrucciones específicas: si los Yakuza cruzan nuestras tierras, que el cielo tenga piedad. Porque nosotros no la tendremos.

Jimin se quedó un momento en silencio. Luego, con manos firmes, abrió su ropero y eligió una camisa negra de seda, ceñida al torso. Mientras se vestía, con movimientos precisos, tarareó en voz baja:

—*Baby come back...*

Pero esta vez... sonó como una amenaza.

" *Mirabella* ."

Jimin cerró los ojos un momento, comunicándose mentalmente con su lobo, que se encontraba en otro rincón de la mansión. Sentada con elegancia sobre una de sus múltiples camas de felpa adornadas con cristales Swarovski, la enorme loba blanca alzó una oreja con desdén. Era tan consentida como peligrosa.

" *Ve a la sala de estar. Espérame ahí. Al parecer... somos mafiosos.*"

La loba se incorporó lentamente, estirando su largo cuerpo con una gracia inquietante. Mirabella era imponente, de pelaje níveo como la nieve recién caída, y unos ojos azules que parecían atravesar el alma. Aunque su porte era el de una criatura noble, su carácter era pura pólvora. Ni siquiera el lobo gris de Italia se atrevía a provocarla. Era celosa, brutalmente territorial, y solo permitía las caricias de Jimin. El resto del mundo, incluso los miembros de la familia, le eran indiferentes o enemigos.

Unos minutos después, Jimin descendió por las escaleras de mármol hacia la sala principal. Su cabello aún húmedo brillaba bajo las luces tenues del candelabro de cristal de Murano. Allí lo esperaba su hermana, enfundada en un chaleco antibalas negro y guantes tácticos. Sin mediar palabra, le lanzó uno idéntico.

Jimin lo atrapó en el aire y se lo colocó torpemente sobre su camisa de seda, aún sin abotonar del todo.

—¿En serio? —murmuró mientras ajustaba las correas del chaleco.

Italia le arrojó luego una pistola semiautomática con el cargador lleno. Jimin la sostuvo con seguridad y revisó el estado del arma. Los conocimientos adquiridos en sus años de entrenamiento privado aún vivían en sus dedos.

Luego alzó la vista. El mayordomo estaba armado. El jardinero también. Incluso la jefa de limpieza sostenía un rifle con una mirada más dura que la de cualquier militar. Tres empleados más, todos con uniforme de la casa, también empuñaban armas con naturalidad.

—¿Todos sabían que éramos parte de la mafia... menos yo? —inquirió, aún procesando el absurdo de la escena.

—No somos cualquier mafia —respondió Italia, sin mirarlo—. Somos la mafia. *La Cosa Nostra*. El legado más antiguo y temido del sur de Italia corre por nuestras venas, Jimin.

El rubio tragó saliva, luego bajó la mirada hacia Mirabella, que ya se había posicionado a su lado, con la cabeza en alto y el lomo erguido.

—Espero no haber olvidado nada de mis clases de tiro —musitó, mientras revisaba nuevamente su arma.

—No lo has hecho. Eres excepcional. Nos aseguramos de eso desde el principio.

—Luego tendrás que explicarme por qué tú sabías todo esto y yo no. —Lo dijo sin ocultar su malestar.

Italia resopló, cansada.

—Es una historia larga... y con muchos cadáveres de por medio.

En ese instante, el mayordomo se adelantó con voz firme:

—Sottocapo, los vehículos blindados ya están listos. Debemos partir de inmediato.

—¿Sottocapo? —repitió Jimin, arqueando una ceja.

—Segunda al mando —respondió Italia con una sonrisa ladeada—. Muy pronto entenderás tu lugar también.

Ella avanzó hacia la puerta con paso seguro, seguida por su lobo gris, que caminaba con la cabeza gacha, casi intimidado por la sola presencia de Mirabella.

Jimin soltó un suspiro largo y la siguió. A través de los ventanales se podía ver el amplio patio de la villa, que a simple vista parecía el mismo de siempre: silencioso, elegante, casi

idílico. Excepto por un pequeño detalle: más de veinte hombres trajeados, con auriculares de comunicación y armas largas, custodiaban cada rincón como si esperaran una guerra.

Parecía una escena sacada de una película de gánsteres, pero no había cámaras ni actores. Esta era su vida real.

Y, por extraño que sonara... a él y a Mirabella les gustaba.

Subió al vehículo blindado con su loba a su lado. Italia se sentó enfrente, cruzando las piernas, mientras sus dos lobos se acomodaban como centinelas a ambos extremos. El motor rugió con potencia y, sin esperar instrucciones, el chofer pisó el acelerador. El cinturón de seguridad apenas alcanzó a cerrarse antes de que sintieran el impacto de la velocidad.

—Maté a unos Yakuzas —confesó Italia en voz baja, sin mirarlo directamente—. Lo hice porque... —Se detuvo para pensar bien lo que iba a decir, no quería revelar más de la cuenta y que el conductor escuchara—. Tenía que protegerte. Ellos estaban coludidos con la DIA. Nos traicionaron. Pero ahora, gracias a una maldita transmisión en tiempo real, nosotros parecemos los traidores.

Jimin giró lentamente el rostro hacia ella.

—¿Mataste a sangre fría?

Italia bajó la vista.

—Soy más que una asesina, hermano.

Se hizo un silencio espeso. Solo se escuchaba el ronroneo del motor y los frenos de los otros vehículos del convoy.

—Vas a necesitar un nuevo nombre —continuó, sin darle tiempo a responder—. Nadie debe saber tu verdadero nombre. Por eso yo me llamo Italia, y papá eligió ser conocido como Luca. Aquí, los nombres son armas. Y las identidades, escudos.

Jimin lo pensó un instante, antes de murmurar:

—Yo creía que Luca e Italia eran sus nombres reales...

Ella negó con la cabeza, mostrando un gesto casi infantil de arrepentimiento: mordiéndose el labio y encogiendo los hombros como si aún le costara cargar con tantas mentiras hacia su adorado hermano gemelo.

—Eso fue solo otra ilusión. Te explicaré todo cuando estemos en el avión privado. Pero ve pensando en tu nuevo nombre.

—¿Y qué hay de nuestro primo Yoo...?

—¡Shh! ¡Por Dios, hermano! —le espetó ella, fulminándolo con la mirada. Mirabella gruñó apenas, en solidaridad con su amo—. No puedes decir nombres reales en presencia de otros mafiosos. Es nuestra protección, lo único que garantiza que podamos retirarnos con vida. ¿Entiendes?

Jimin asintió, contrariado.

—Está bien... ¿Cuál es su nombre en este mundo, entonces?

Italia respiró hondo.

—Corvo.

—¿Corvo? ¿Como cuervo?

—Exactamente. Porque, como los cuervos, es muy inteligente, después de ti... Él sería la opción más viable para convertirse en nuestro capo di tutti capi.

Jimin dejó caer la cabeza contra el asiento, cerró los ojos y suspiró con resignación. El mundo que había conocido ya no existía. Y sin embargo... no se sentía tan perdido, se sentía preparado.



La caravana de vehículos blindados descendía a toda velocidad por la autopista privada que conducía al hangar oculto en la base sur del viejo aeropuerto de San Giovese. Las ruedas levantaban polvo y ecos entre los muros de concreto que flanqueaban el pasillo de entrada, mientras helicópteros no identificados sobrevolaban la zona a lo lejos.

Jimin observaba por la ventanilla polarizada. Desde afuera todo parecía en calma, pero dentro del vehículo algo no cuadraba. Italia no había dicho ni una palabra más desde que mencionó a Corvo. Estaba demasiado quieta para ser ella.

—¿Italia? —preguntó Jimin, rompiendo el silencio.

—No hagas nada extraño —susurró ella sin mirarlo—. No te muevas cuando lleguemos... Quédate dentro del coche. ¿Entiendes?

Jimin asintió, tenso. Mirabella gruñó bajo, podía oler algo que los humanos aún no podían ver.

El convoy llegó al hangar privado con el estruendo de motores encendidos y órdenes gritadas por radio. El jet blanco con franjas doradas ya los esperaba, con la escalerilla desplegada y el rugido suave de las turbinas encendidas flotando sobre la pista. Alrededor, hombres armados con trajes oscuros y gafas negras se posicionaban con rapidez, sellando el perímetro como si todo estuviera bajo control.

Pero Italia lo sentía en la nuca.

Esa presión extraña, esa corriente helada que le recorría la columna, sabía que había algo malo con el chofer, sabía que estaba ahí por ella... Podía olerlo a kilómetros de distancia. Se ajustó el cinturón del chaleco antibalas antes de salir del vehículo. Mirando una última vez a su hermano desde la puerta abierta del auto blindado.

—Recuerda lo que te dije. Pase lo que pase, no salgas.

El tono de su voz era distinto, muy grave.

Ella bajó primero. El lobo gris la siguió en silencio.

Jimin la observó desde dentro del coche avanzar hacia el avión. El chofer —un hombre alto, fornido, con el cabello oscuro cortado al ras— se adelantó para abrirle el paso... pero en lugar de su mano alzada con respeto, sacó un arma oculta bajo su chaqueta.

¡BANG!

Al ver a su gemela herida, tomó aire, luego colocó la mano en la palanca de la puerta para bajar del auto, pero Mirabella le puso una pata en el pecho. Un gesto claro: no te atrevas.

El cuerpo de Italia se tambaleó hacia atrás mientras una mancha carmesí se expandía con rapidez sobre su abdomen. El impacto la dobló, su rostro se torció en una mueca de dolor, pero no cayó. Su brazo derecho reaccionó por instinto, y sin pensarlo, sacó su Glock negra del costado. Su brazo tembló pero fue preciso. Apuntó al traidor, directo a la frente.

—Muérete, bastardo. —susurró con los dientes apretados.

Un disparo seco, limpio, un susurro mortal. La bala impactó directamente en la sien del chofer, que aún sostenía el arma con la que la había traicionado. Su cráneo se abrió como

una flor de carne al estallido, y su cuerpo cayó hacia un costado sin vida, manchando la puerta del auto con sangre y sesos.

—¡FUEGO TRAIADOR! —gritó uno de los escoltas, demasiado tarde.

Desde los laterales del hangar, tres hombres que llevaban insignias de seguridad se giraron de pronto, abriendo fuego contra los suyos. Los traidores estaban infiltrados. Balas silbaron en el aire como cuchillos.

—¡Emboscada! ¡Emboscada! ¡Cubran a la Sottocapo! —rugió una voz desde lo alto del hangar.

Era Yoongi.

Vestía con chaleco táctico, gafas oscuras y una escopeta automática en mano. Su rostro no mostraba miedo, solo rabia. El lobo que lo acompañaba, uno de pelaje oscuro y cola blanca, aulló antes de lanzarse contra uno de los traidores.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Por la casa Nostra! —Los leales reaccionaron de inmediato.

Desde distintos puntos, hombres leales a la familia, reconocibles por un emblema bordado con hilo dorado en el cuello, comenzaron a responder el fuego. Era un caos coreografiado: traidores y leales mezclados en una coreografía mortal sobre la pista ardiente.

Uno de los jardineros sacó una Uzi del interior de su chaqueta de trabajo y comenzó a disparar como si llevara años esperando ese momento. La jefa del servicio de limpieza, con el cabello canoso y los labios firmemente apretados, sacó un revólver plateado y lo descargó con precisión en el pecho de uno de los infiltrados.

La pista era en un campo de guerra.

Otros dos hombres, camuflados entre los leales, comenzaron a disparar hacia los vehículos. Una ráfaga alcanzó a uno de los guardaespaldas, que cayó sobre el suelo de cemento con un grito ahogado. Desde la retaguardia, dos camiones negros se abrieron, revelando a más traidores con fusiles automáticos.

¡TAK TAK TAK!

—¡Conmigo, con la casa Nostra! ¡Fuego a los traidores! —Yoongi seguía dando órdenes desde su posición.

Jimin empujó la pata de Mirabella y se lanzó hacia fuera, desobedeciendo la orden de su hermana. Cayó de rodillas junto a ella, quien yacía semiinconsciente, con los labios morados y las manos cubiertas de sangre.

—¡Italia! Mierda, mierda, no cierres los ojos, escúchame, estoy aquí.

Con ambas manos presiono la herida con fuerza.

El chaleco antibalas no había sido suficiente. La bala había entrado por debajo del costado, maldita sea.

—¡Italia! Mírame, estoy aquí, joder! —exclamó, apretando su cuerpo contra el suelo.

—Lo sabía... ese cerdo... ese... —ella tosió, escupiendo algo de sangre—. Me vendió por treinta mil... treinta mil miserables euros... Como judas con...

—¡Cállate! No hables, no desperdicies energía. —Sacó su cinturón, lo apretó alrededor del torso de ella como un torniquete improvisado, pero la sangre seguía brotando—. Vas a estar bien, ¿me oyes? Yo te saco de aquí.

—Escúchame, Jimin... —susurró, los ojos nublándose—. Papá murió hace un par de horas, iba a decírtelo en el avión, lo emboscaron y le quitaron las jodidas monedas de Judas.

—¡Me lo cuentas después! —le gritó desesperado, tratando de detener el sangrado.

—No habrá un después, lupo mío...

—¡Cierra la boca! No vas a morir. ¡Maldita sea, no vas a morir!

Italia alcanzó a aferrarse a su muñeca. La fuerza de su agarre era débil, casi inexistente.

—Jimin... escucha... tú tomas el mando... tú... eres un Park... sangre de fuego... Confía en los rusos, son mis amigos y Min... él es el nuevo sottocapo... Y tú el capo di tutti capo...

—¡No digas eso! No me digas eso, por favor. Vas a vivir, Italia. Vas a vivir.

Detrás de ellos, el fuego cruzado comenzaba a menguar. Yoongi había abatido a dos traidores más con su arma. Mirabella se acostó junto a Italia, ella que no se acercaba a nadie que no fuera Jimin me lamió suavemente su mano ensangrentada, emitiendo sonidos de tristeza.

El lobo gris se colocó frente a ambos, vigilando con ojos ardientes. Nadie se acercaría a ellos sin pasar por su mordida.

—¡Tenemos que subirla ya! —gritó uno de los paramédicos, con el maletín en una mano y la adrenalina ardiéndole en los ojos—. El quirófano de emergencia en el jet ya está listo. No tenemos tiempo. Si no intervenimos ahora, la perdemos.

Jimin asintió con la mandíbula tensa, sin confiar en su voz. Se agachó junto a Italia con rapidez y cuidado porque cada segundo era un cristal que se rompía bajo sus manos. Le pasó un brazo bajo los hombros, otro por las piernas. El cuerpo de su hermana ya no pesaba como antes. Era liviano, frágil. Su alma comenzaba a resbalarse fuera de su carne...

Los dedos de ella estaban fríos.

Demasiado fríos.

Mientras la incorporaba, su mirada no se despegaba de su rostro: la respiración era escasa, los párpados pesaban, sus labios se volvían ceniza. Cada pestañeo de Jimin era un acto de terror, una batalla contra el miedo visceral de perderla si dejaba de verla, aunque fuera por un instante.

Subieron por la escalerilla del jet, protegidos por un muro de hombres armados. Los rifles giraban en cada dirección, cazando sombras.

Los leales de la *Casa Nostra* formaban un cerco humano entre su herida Sottocapo y cualquier amenaza restante. Jimin sintió los escalones como un laberinto interminable. Detrás de él, el aullido del lobo de Italia cortó el aire al igual que una nota fúnebre.

Yoongi emergió entre el humo y los cuerpos. Llevaba el rostro manchado de sangre que no le pertenecía y su arma aún humeaba. Cuando vio el estado de Italia, aceleró el paso, pero sus ojos no perdieron el control. Él era hielo, precisión, muerte silenciosa.

Italia intentó hablar.

Jimin bajó la cabeza, inclinándose hacia su hermana, acercando su oído a esos labios que apenas se abrían. Ella parpadeó con esfuerzo, su mirada ya se perdía en la distancia, más allá del hangar, más allá del mundo.

—Park... Minji... —susurró.

Fue su nombre real. Uno que jamás debía pronunciarse en ese mundo de máscaras y seudónimos.

Pero lo dijo sin tener a qué el resto lo escuchara, aunque nadie más que Jimin logró oír.

Italia... Minji... entregó su verdad en ese último aliento.

Los ojos de Jimin finalmente estallaron, cayendo sus lágrimas encima de las mejillas de su hermana que soltaba el último aliento entre sus brazos. Su cabeza se ladeó en el hombro de Jimin, sus párpados descendieron como una cortina final, y su cuerpo se volvió un peso muerto en sus brazos.

Jimin se quedó inmóvil.

El mundo se hizo silencioso por un momento.

Los pasos del lobo gris retumbaron en la pista mientras corría como una flecha hacia el cadáver del traidor. El chofer aún yacía donde Italia lo había abatido, pero eso no fue suficiente. No para el lobo. Saltó sobre él, le mordió la cara con furia animal, le destrozó el cuello, le desgarró la carne con un frenesí que sólo un vínculo roto podía explicar. Garras y colmillos llenos de rabia, despedazando al enemigo que le había robado a su humana.

Nadie se atrevió a detenerlo.

Los leales en tierra bajaron la cabeza. Algunos se arrodillaron. Otros colocaron una mano sobre el corazón. Habían perdido a su segunda al mando.

Habían perdido a Italia, la única capaz de ordenar y matar con la misma frialdad que amaba a su familia.

Yoongi subió las escaleras del jet deteniéndose frente a Jimin. No dijo nada. Sólo colocó una mano sobre el hombro de su primo, reconociendo el dolor, y con él, la transformación inevitable.

Porque desde ese instante, Park Jimin ya no era un civil.

No era un chico que participaría en la olimpiadas.
No era el hermano pequeño.

Era un huérfano de guerra.

Y heredero, a la fuerza, del lugar que su padre acababa de dejar vacante.

Jimin se tambaleó levemente, apenas un temblor, el tipo de colapso que no llega a romper el cuerpo, pero quiebra el alma. Las lágrimas le corrían por el rostro en silencio, sin lamentos, sin gritos, únicamente el peso insoportable de la pérdida transformado en agua y gravedad. No hizo ningún gesto melodramático. No cayó de rodillas. Solo alzó la vista lentamente, como si el mundo entero le pesara sobre los párpados.

En ese momento, con un solo vistazo de manera dura, cortante, invadido de mando, le dio una orden muda al escolta más cercano. El hombre entendió al instante y se adelantó con paso firme. Tomando el cuerpo sin vida de Italia con la solemnidad de quien sostiene una reliquia. Nadie emitió palabra alguna, nadie osaría mirar al joven heredero sin respeto.

Jimin, con los dedos aún temblorosos, se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, de forma abrupta, parecía que en ese momento la debilidad le repugnaba. Su rostro adquirió una expresión seca, endurecida por el dolor, y de pronto...

Rió .

Una carcajada rota, desbordada, tan fuera de lugar que los hombres a su alrededor sintieron un escalofrío.

No era alegría, era furia, era sarcasmo, era locura.

Era la risa de alguien que acaba de perderlo todo y por eso ya no tenía nada que temer.

—¿Y se supone que somos la Cosa Nostra? —preguntó entre risas, con voz ronca y mirada encendida—. Se nota que mi padre no era un buen líder.

Un silencio gélido cayó sobre la pista de aterrizaje. Varios guardias bajaron la mirada, otros apretaron con más fuerza el arma que sostenían. No por temor a Jimin... sino al reflejo incómodo de unas palabras que nunca se atreverían a pronunciar.

Jimin dio un paso al frente. Su postura se había transformado. Ya no era el joven confuso que cargaba con la sombra de un apellido, era una figura vertical, firme, de mirada intacta y voz que se clavaba como filo.

—¡Corvo! —rugió, sin dejar de sonreír—. Ahora tú eres el Sottocapo. —Su primo, silencioso y astuto como siempre, asintió con un solo movimiento de cabeza—. ¿A dónde jodidos nos llevaba el jet? —preguntó.

—A una reunión con los altos mandos de las distintas mafias en Rusia —respondió Corvo sin titubear.

Jimin echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—Pues entonces... vámonos a la jodida Rusia.

—Se volvió hacia el cuerpo de Italia, que seguía siendo sostenido por uno de los suyos. Se inclinó con lentitud, y besó con suavidad la frente fría de su hermana. Sus labios rozaron la piel helada en un adiós que llevaba dentro promesas de guerra y fuego.

Se irguió otra vez, alzando la voz con una intensidad más letal que las balas:

—¡Incineren a mi hermana! También a mi padre. No quiero tumbas. Quiero cenizas. Cenizas doradas en el mejor y más exclusivo lugar de Italia. Donde nadie los olvide. Donde todos los traidores tengan que bajar la cabeza cada vez que pasen. —Hizo una pausa. Lo que dijo después lo cambió todo—. A partir de ahora, soy su Capo di tutti Capi.

Un murmullo se expandió entre los hombres. Algunos bajaron la cabeza en señal de respeto. Otros se cuadraron. Corvo lo miró con orgullo en los ojos, mientras el resto esperaba la siguiente orden.

—Capo —dijo uno de los guardaespaldas con voz firme—, ¿cómo debemos dirigirnos a usted?

Jimin clavó la mirada en él. Sonrió, pero no fue una sonrisa amable.

—Luca Nostro. Pero recuerden bien... —Hizo una pausa, girando el rostro hacia todos—. Haré un trabajo mucho mejor que mi padre, si alguien se atreve a enfrentarme me comeré a su familia enfrente de vuestros ojos y masticaré tan lento que desearan nunca haberme conocido.

Cuando terminó de hablar, avanzó hacia el jet privado junto con Yoongi, quien le contaría en el trayecto lo más importante de cada clan. El lobo gris los siguió con el hocico escurriendo de sangre y Mirabella gruñía ante su andar.

—Vamos Horus, tenemos que vengar a nuestra bella Italia —dijo con amargura, el lobo pareció asentir.

El infierno acababa de ponerse en marcha, y su nuevo rey ya había tomado su corona.



HASTA AQUÍ EL CAPÍTULO DE HOOOOOOOYYYYY

ITALIA NOOOOOOO BEBITA NO DURASTE NADAAAAAA

Pero bueno, al menos Jimin ya va a encontrarse con Jungkook... YA QUIERO VER ESO!!!!

Si la historia te está gustando me ayudarías mucho comentando, votando y compartiendo!!

Gracias por leer, por seguirme, acompañarme y formar parte de la manada!!!!

[04] *Cara a cara*



El cuerpo de Jimin estaba presente, pero su alma parecía suspendida en algún punto entre la sangre seca de una muerte reciente y el vértigo de un futuro incierto. A su lado, sentado en el sofá de cuero negro, estaba Min Yoongi. Aún vestía el traje oscuro con manchas de salpicaduras rojas que no eran suyas. Fumaba en silencio, los ojos bajos, pero atentos. No había pronunciado palabra desde que el avión despegó. No necesitaba hacerlo.

Jimin estaba de rodillas, con la espalda erguida, limpiando con delicadeza la sangre del hocico de Horus, el lobo gris que había pertenecido a su hermana Italia. La bestia, normalmente altiva e indomable, yacía recostada, con las orejas caídas y los ojos cubiertos por una sombra oscura de dolor. Había permanecido inmóvil desde el momento en que subieron al avión. Su cuerpo temblaba porque le dolía la herida invisible del vínculo desgarrado. Jimin deslizaba la toalla húmeda sobre el pelaje con delicadeza, como si al limpiar la sangre pudiera borrar la pérdida.

Jimin pasó los dedos por detrás de la oreja de Horus, donde el pelaje era más fino. El lobo gimió de manera lastimera. Sus ojos se entrecerraron. Lágrimas, tan reales como humanas, se acumularon sin caer.

—Aún estás aquí —susurró Jimin—. Sigues respirando. No sé cómo, pero... lo estás haciendo bien.

El lobo no respondió. No podía, la única humana con la que podía comunicarse ya no estaba viva... aún así entendía a la perfección lo que Jimin le estaba diciendo.

" Déjalo unirse a nosotros. "

Era Mirabella.

Jimin levantó la vista. Allí estaba, erguida frente a él, de pie con la mirada invadida de compasión.

" No lo dejes morir. Tú e Italia nacieron del mismo vientre. Horus los conoció a los dos. Todavía hay una parte de ella latiendo en ti. "

Jimin parpadeó lentamente. El nudo en su garganta se apretó.

—¿Vincularlo? —murmuró, apenas audible.

" Contigo, conmigo... Puede ser posible. "

Jimin bajó la mirada a Horus. El lobo había abierto los ojos, había escuchado a Mirabella también. Una chispa, diminuta pero real, brilló en su pupila. No de esperanza, de reconocimiento.

—¿Sobreviviría? —preguntó Jimin en voz baja, aunque no sabía si hablaba con Mirabella o consigo mismo.

" Si lo acoges, sí. Pero debes hacerlo pronto. "

El silencio volvió. Yoongi seguía observando, inmutable por fuera, aunque sus ojos dejaban ver una pregunta muda. Ni él ni Rahab intervinieron. Sabían que eso no les correspondía.

Jimin tragó saliva. Extendió la mano y acarició el pecho del lobo, sintiendo el tambor débil de su corazón.

—Entonces ven con nosotros, Horus. Vincúlate a mí, seré... serás parte de mi corazón, ¿de acuerdo? Te amaré y protegeré porque eres parte de Italia, porque también soy parte de ella. Porque ambos la perdimos, porque ambos la recordaremos... juntos.

Un zumbido vibró en la piel de Jimin, una energía caliente que brotó desde el centro de su pecho, extendiéndose por su brazo, su palma, hasta el cuerpo herido del lobo. Horus se arqueó levemente, con un jadeo apagado. Sus patas temblaron, lágrimas cristalinas cayeron de sus ojos sin que emitiera sonido. Su cuerpo entero pareció estremecerse. Mirabella gimió también, abriendo su espíritu para recibirlo.

El vínculo se selló con la promesa silenciosa de dos almas que ahora guardaban una tercera entre ellas.

El hocico de Horus buscó la mano de Jimin, empujándolo, agradeciéndole. Jimin soltó un sollozo y lo abrazó. Hubdiendo el rostro en su pelaje, sin miedo, sin barreras, era como abrazar una parte de su hermana, así se sentía.

Yoongi bajó la vista desde su asiento, Rahab volvió a recostarse a sus pies. Ninguno dijo nada porque sabían que acababan de presenciar un acto inusual, tener dos lobos parecía imposible, pero ahí estaba ese omega lupus, adoptando al lobo de su hermana.

Cuando Jimin se recompuso dejó a Horus dormir, le extrañó que no logró escucharlo hablar en su cabeza como a Mirabella, pero pensó que eso fue porque el vínculo era reciente. Luego se sentó de nuevo en su asiento, frente a Yoongi.

—Háblame del líder de la mafia rusa, es para allá a donde vamos, ¿qué tenía él con Italia? ¿Y por qué vamos para allá?

—Las cinco organizaciones querían las treinta monedas que compró el tío Luca. Las monedas de Judas... Porque alguien esparció el rumor de que eran de buena suerte, cosa que me parece absurda, pero ya sabes... más que comprarlas por la buena suerte que se prometía las quisieron comprar por mero egolatría. Varios enviados de los líderes de las cinco organizaciones fueron a la subasta, pero el tío Luca las ganó. El punto es que comenzaron a pelear, pero todo empeoró cuando se dieron cuenta de que Italia mató a varios Yakuzas... No sé exactamente la razón de la muerte de esos Yakuzas, ella me dijo que eran traidores, que te habían descubierto a ti y su identidad junto con la DIA. No me dijo más.

»Las organizaciones tomaron la matanza que hizo Italia como traición, los Yakuzas le tendieron una trampa al tío Luca y... Lo acribillaron esta mañana.

Jimin se quedó perplejo, sintiendo un dolor terrible en el pecho. No solo había perdido a su hermana, también perdió a su padre, pero no era tiempo para llorar.

—Italia me dijo que confiara en el líder de Rusia, háblame de él.

—Su nombre es Artyom Terasov. Tiene poco que fue nombrado como líder de los Bratva, es joven, veinticinco años y era amigo de Italia, se llevaban... bien.

—Define amigo —dijo Jimin alzando las cejas—. Porque Italia se acostaba con cualquiera, no dudo que...

—No creo que tuviera alguna relación sentimental con Artyom Terasov, si es lo que estás pensando.

—Supongo que es un alfa, ¿cierto? La mayoría de los líderes son alfas.

—Artyom se parece a ti —dijo cruzando las piernas.

—¿Es un omega lupus?

—Casi... —Yoongi se aclaró la garganta—. Él es un alfa lupus.

—Uish, eso será un problema —dijo Jimin chasqueando la lengua—. Regularmente, incluso los alfas me obedecen, soy inmune a su voz de mando. El médico me dijo que puede ser que ante la única casta que me pueda llegar a someter sea un alfa lupus... Espero que ese Artyom no sea mandón, o que no se quiera pasar de listo conmigo.

—Él respetaba a Italia. —Yoongi encorvó los hombros—. Eres su gemelo, supongo que tendrá que respetarte también.

—Háblame del resto de los líderes...

—El jefe de la organización Latinoamericana es llamado así; El plebe. Es colombiano, es un alfa, su verdadero nombre es Juan Sandoval, el líder de esa organización era un mexicano, pero lo capturó la DEA.

»El líder de las triadas es Shān hu, es un omega y está comprometido con el brigadier de los Bratva.

—¿Brigadier?

—El tercero al mando, es que verás... Los Solntsevska Bratva son tres hermanos, el Pakhan, que es el líder, su nombre ya te lo dije antes; Artyom Terasov. El segundo al mando, su nombre es Mijail Terasov, el Vor V Zakone, un alfa, el hermano mayor, tiene treinta años y el más joven es el que el tercero al mando, su nombre es Sergei Terasov, un alfa de veinticuatro años que está comprometido con el líder de las triadas, ese compromiso fue arreglado por el antiguo Pakhan, para unificar las mafias. —Encorvó los hombros.

—¿Y el líder de los Yakuzas?

—Eso... Eso está por verse, están disputando el terreno.

—Entonces hasta ahora soy el más joven, pero al menos no soy el único omega.

—Bueno, tú no cuentas como omega, te sabes defender.

—Yoongi, ellos son mafiosos desde hace muchos años atrás. Yo soy mafioso a partir de hoy.

—Eres salvaje. —Apretó los labios—. Lo harás bien, solo imagina que son iguales al profesor de cálculo de la universidad, no bajas la guardia, no te dejes engañar y por el amor de Dios... No confíes en nadie.

—Italia me dijo que confiara en los rusos.

—Y está muerta.

Hubo un silencio.

—Existe el Metka, es un pacto que había entre las cinco mafias. Dicho pacto se quebrantó recientemente y ahora están peleando entre ellas. Nosotros tenemos actualmente "paz" —Hizo comillas con los dedos—. Con los Bratva, cosa que nos conviene. Solamente no te dejes mandar. Eres el capo di tutti capi. Nadie puede darte órdenes, ¿de acuerdo?

—Soy el patinador estrella de las olimpiadas de nuestro país —dijo Jimin, sonriendo—. Actuaré como la diva que soy.

—Jimin esto es serio.

—Lo sé, Yoongi, Corvo...

—Tendrás que ponerte un traje elegante, iremos primero a la casa de los Bratva. Ellos nos están esperando, más bien te están esperando. Con la muerte del tío Luca se supo que había un nuevo heredero, se difundió por las organizaciones y por eso te estaban buscando.

»Por lo pronto te refugiarás con los Bratva en lo que hago la depuración de todos los traidores y,

—¡Espera! —Jimin alzó la mano—. Me acabas de decir que no confié en los Bratva y ahora dices que me refugiaré con ellos.

—Es estrategia Jimin, te quedarás con ellos, pero no puedes confiar en ellos. En absoluto.

Jimin se puso de pie.

—Entiendo... Se trata de conveniencia...

—Y de llegar a acuerdos, si te hacen alguna propuesta que no entiendas les contestas con un: Lo pensaré y les doy respuesta en unas horas. Luego vienes, me cuentas y te explico. No demuestres que no entiendes algunas cosas... Si te ven débil...

—Sabes que no soy débil. —Se estiró, luego caminó a donde estaba el traje elegante colgado.

—Lo sé perfectamente.

—Bueno, que comience mi grandioso nuevo trabajo como Capo di tutti capi.



El avión privado aterrizó en la pista helada de Rusia. Las luces del atardecer se derramaban sobre el horizonte nevado, tiñendo el paisaje con tonos naranjas y grises. La escotilla se abrió lentamente, y un viento gélido se coló de inmediato como un huésped no invitado. Aun así, Jimin no se apresuró, tampoco tuvo frío, estaba bien abrigado.

—Listos para el espectáculo —dijo en voz baja, ajustándose los guantes de cuero negro y echando un vistazo a su reflejo en la ventanilla.

El traje entallado color vino contrastaba con el abrigo largo de piel sintética blanca, y la bufanda de seda negra anudada al cuello le daba un aire casi principesco. Su cabello rubio platinado caía con perfecta despreocupación sobre su frente y en su oído se encontraba un auricular pequeño por el que Yoongi le diría cualquier información relevante que llegara a surgir mientras hablaba con el Pakhan.

Mirabella caminaba a su lado, feroz y majestuosa, con la nieve derritiéndose bajo sus patas al contacto con su calidez. A lo lejos, Horus se desperezaba perezosamente en el umbral del avión, para seguirlos después. En la pista lo esperaban dos líneas bien marcadas de hombres.

A la izquierda, los de la Cosa Nostra. Rostros curtidos, elegantes, ojos duros. Algunos lo reconocieron al instante y agacharon la cabeza con respeto. Eran leales a su padre. Ahora, eran suyos.

A la derecha, los Solntsevskaya Bratva. Fríos, casi estáticos. Uniformados con trajes grises, el invierno les había modelado los huesos. Entre ellos, tres hombres claramente al mando.

—Capo Luca Nostro —dijo uno con acento marcado, dando un paso al frente.

—Por favor, sólo "Luca" para los amigos, "Capo" para los que no —respondió él con una sonrisa ladeada.

El ruso alzó una ceja, desconcertado, pero no replicó.

—Estábamos esperándolo. El Pakhan lo espera en la mansión.

—¿Y me vas a escoltar tú, muñeco? —preguntó Jimin señalando al mismo ruso con el bastón que portaba sólo por estética—. Porque si es así, supongo que soportaré el frío con mejor ánimo.

El hombre se tensó, pero no dijo nada.

Yoongi bajó del avión por detrás, con un simple gesto de "ya empezó". Rahab lo siguió como una sombra gris.

—Mirabella viene conmigo —anunció Jimin con firmeza al ver que uno de los guardias alzó una ceja al notar que la loba blanca estaba pegada a él—. No me separaré de ella.

—Las normas de la mansión...

—¿Perdón? —Jimin se acercó con elegancia peligrosa, clavando sus ojos en el guardaespaldas—. Soy el heredero de la Cosa Nostra. Capo di tutti capi. No pido permiso, yo decido quién va conmigo. Y si a alguien le molesta, que se trague el problema.

Hubo silencio.

El guardia desvió la mirada. Nadie objetó.

Mirabella caminó detrás de él, su pelaje brillando al igual que la nieve. Horus se quedó donde estaba, sentado sobre la nieve, mirando junto a Yoongi y subiendo a un vehículo aparte para dirigirse a hotel donde se hospedarían. La reunión era amistosa entre el Pakhan y el Capo di tutti capi, si iba él o si en la reunión se encontraba alguno de los hermanos del Pakhan podía tomarse como un reto, era mejor que las dos cabecillas hablaran en privado. Aunque claro, Jimin estaba rodeado de guardaespaldas que se quedarían afuera de la mansión de los Bratva, mansión infestada por rusos que también protegían al Pakhan.



Al cruzar el portón de la enorme mansión que más que mansión parecía un castillo, Jimin soltó un leve silbido.

—No está nada mal para una mafia acostumbrada al hielo —comentó—. Me recuerda a un museo... uno de esos donde nadie puede tocar nada, pero todos se mueren por hacerlo.

Los pasillos estaban llenos de cuadros valiosos y cámaras ocultas. Los hombres apostados en cada esquina no hablaban, pero seguían cada uno de sus movimientos. Jimin caminaba como si flotara, con Mirabella a su lado que parecía una reina. No pidió indicaciones y no dudó un solo paso.

Uno de los escoltas lo condujo hacia una puerta doble de madera negra con inscripciones doradas. Antes de tocar, Jimin lo detuvo.

—Esto será entre el líder y yo.

—Es lo que se ha acordado —respondió el ruso.

Jimin abrió la puerta con ambas manos, empujándola con teatralidad y entró.

La oficina era amplia, sobria, masculina. Un escritorio de roble, estanterías con armas antiguas, mapas marcados con tachuelas rojas y en el centro, de pie junto a una enorme ventana: Artyom Terasov.

El líder de los Bratva.

El alfa tenía el cabello oscuro recogido de manera pulcra y vestía un traje oscuro del mismo color que sus ojos, su postura era la de alguien que podía matar sin despeinarse.

Jiminladeó el rostro al verlo.

—Supongo que tú eres el famoso Pakhan. ¿O prefieres que te llame Artyom?

Antes de que pudiera responder, un gruñido profundo rasgó el aire. Desde la esquina oscura del despacho emergió un enorme lobo negro. Sus ojos rojos brillaban como carbones encendidos. Caminaba con la misma arrogancia silenciosa que su dueño y en cuanto vio a Mirabella, se detuvo. Ella también se tensó. Un gruñido gutural escapó de ambos al mismo tiempo. No era odio, era reconocimiento del otro, de un lupus, era territorialidad pura.

—Interesante —dijo Jimin sin moverse, mirando el enfrentamiento—. ¿Él siempre le gruñe a las damas o es una reacción especial para las lobas blancas?

Artyom no respondió al instante. Se acercó con paso medido y detuvo a Lupus, acariciándole el lomo. El lobo retrocedió, aunque seguía mirando a Mirabella como si midiera la distancia entre la furia y la necesidad.

—No esperaba que trajeras compañía, Capo di tutti capi —dijo Jungkook finalmente, su voz era muy grave—. Agradece que no se encuentran los lobos de mis hermanos, o te juro que masacrarían a tu loba.

—¿Masacrar a Mirabella? —Jimin sonrió con ironía—. No podrían.

—Es una omega, tú eres un omega.

—Tsk... —Jimin frunció el ceño.

—Creí que serías alfa como tu hermana.

—Creí que eras amigo de Italia, mira que para ser su amigo sabes muy poco sobre mí.

—Pues eres idéntico a ella, al menos no mintió en eso, toma asiento y dile a tu loba que se relaje.

Mirabella gruñó.

—Mirabella no sigue órdenes, ella hace lo que le da la gana.

—¿En serio? —Jungkook alzó las cejas.

—Esuché que eres un alfa lupus —dijo Jimin, dando un paso hacia Jungkook.

—Lo soy.

—Que interesante, tal vez tu voz de mando funcione conmigo. —Lo miró directo a los ojos.

—¿Tal vez?

—Ninguna voz de mando tiene efecto en mi sistema. —Se dejó caer en el asiento frente al escritorio de Jungkook—. Verás, no soy un omega cualquiera.

—¿Ah no?

—¿Vas a negociar conmigo y no me estudiaste? ¿Qué clase de Pakhan eres?

—Eres el capo hace un par de horas atrás. —También tomó asiento—. Mi trato iba a ser con Luca Nostro, tu padre...

—Bueno, mi papi está muerto, al igual que mi hermana ahora tu trato es conmigo.

—Lamento sus muertes. —Buscó la mirada de Jimin, pero este la desvió.

—Como sea... —Jimin tragó saliva para evitar romperse—. Soy un omega lupus, muy parecido a ti, es interesante ver que tu lobo le gruñó a Mirabella, los lobos... Regularmente le tienen miedo.

—Lupus no le tiene miedo a nada y yo tampoco.

Los dos se quedaron en un silencio que pesaba más que cualquier palabra. Jimin, aún con el abrigo cerrado sobre el pecho, caminó lentamente por la oficina con la mirada inquisitiva de quien analiza a su oponente antes de la estocada. Era una habitación amplia, de tonos oscuros, decorada con trofeos y reliquias que contaban una historia sin necesidad de palabras. Medallas de oro colgaban en vitrinas de vidrio blindado; retratos en blanco y negro lo mostraban —a él, a Jungkook, al nuevo Pakhan— con los puños ensangrentados, en un ring clandestino con el torso desnudo, músculos tensos, marcados, tallados por furia pura, sosteniendo armas largas con expresión fría, disparando al blanco con precisión. Un rugido despertó en el pecho de Jimin. No era deseo, se trataba de un reconocimiento silencioso de peligro.

—Vaya —murmuró para sí mismo—. El ego decoró esta habitación.

Se detuvo frente a una fotografía en la que Jungkook levantaba pesas con el ceño fruncido, la piel cubierta de sudor y sangre seca en un pómulo. Sus ojos brillaron un instante, casi imperceptible, al notar la línea poderosa de su espalda, la forma precisa de sus músculos... Pero también había arrogancia en cada marco, en cada gesto. Un lenguaje corporal que decía "Soy más fuerte que tú. Intenta derrotarme, si te atreves".

Ensanchó las fosas nasales, atento. Había un olor que no encajaba. Un tufo metálico y espeso.

"¿Huele a sangre humana o es mi imaginación?"

Le preguntó a Mirabella mentalmente.

" *Es sangre humana, Mimi*" respondió Mirabella, su voz ronca en la conexión telepática. " *Ese sujeto mató a alguien recientemente y lo disfrutó.*"

El corazón de Jimin se apretó un poco, después decidió irse de nuevo a sentar, sin mostrar una sola grieta en su rostro. Justo entonces, alguien golpeó la puerta.

—Adelante —dijo Jungkook, sin apartar los ojos de Jimin.

Entró un hombre corpulento, uno de los escoltas rusos, y le entregó una carpeta al Pakhan con una reverencia breve. Luego salió en silencio, cerrando la puerta tras de sí. Jungkook abrió la carpeta, hojeando con lentitud, como un cazador que disfruta del momento antes de desgarrar la carne. Dentro había fotografías impresas en papel grueso: Jimin girando sobre el hielo como una deidad inalcanzable, recibiendo medallas olímpicas, imágenes a color con Italia, otras más con Corvo detrás como una sombra leal. Y su nombre.

Park Jimin.

Una sonrisa curvó los labios de Jungkook. Lenta, deliberada. Tenía al heredero de la Cosa Nostra delante de él, desnudo de secretos. Un trofeo que no esperaba obtener tan fácil.

— *Te vendieron* —susurró una voz en el auricular de Jimin. Era Yoongi. Directo al grano—. *Fue tu entrenador de patinaje.*

El aliento de Jimin se cortó solo un segundo, pero no permitió que el temblor alcanzara sus facciones.

—¿Quieres beber algo, Luca? —preguntó Jungkook, con fingida cortesía.

—Llámame por mi nombre real. Ya lo sabes, ¿no? —respondió Jimin, alzando una ceja con una media sonrisa altiva.

—También sé que... —Jungkook cerró la carpeta con delicadeza, luego caminó alrededor del escritorio.

Su andar era lento, felino, medía cada paso para después detenerse junto a Jimin, más alto, más ancho, una sombra que se cernía sobre él con la tranquilidad del depredador que sabe que la presa está atrapada. Extendió la mano, con dedos firmes y seguros, después le retiró el auricular del oído al rubio con un gesto ágil.

—¿Qué estás...?

—Estás haciendo trampa —dijo Jungkook, mostrando el auricular entre los dedos—. Recibiendo instrucciones desde afuera... Muy de novato.

Colocó el dispositivo sobre el escritorio como si fuera una baratija sin valor. Mirabella, que hasta entonces se había mantenido alerta pero en silencio, le gruñó a Jungkook. De inmediato, Lupus, el gigantesco lobo negro que descansaba junto al sillón del Pakhan, alzó la cabeza, mostrando los colmillos y gruñendo también.

Dos bestias, blancura contra oscuridad, se enfrentaban con la mirada de nuevo. Jimin se puso de pie de inmediato. Sentado se sentía inferior, pero al incorporarse, aunque Jungkook seguía siendo más alto, su aura cambió por completo. Se volvió firme e indomable. Una diva entrenada en hielo y en guerra.

—No le haré daño, linda —le dijo Jungkook a Mirabella, sin apartar los ojos de la loba blanca. Su tono era calmado, casi suave—. Siéntate y relájate.

Increíblemente, Mirabella obedeció. Retrocediendo unos pasos, sentándose junto a la pared con un último gruñido bajo. Aún en guardia, pero sin amenaza inmediata. Jimin frunció el ceño.

—¿Qué diablos hiciste?

—Nada. Solo tengo buena mano con los animales salvajes —contestó Jungkook, girándose hacia él con una media sonrisa ladeada—. ¿O acaso no te pasa lo mismo? Lupus ya te habría mordido y ahí está, mirándote con recelo, pero al margen.

—Supongo que es porque soy Lupus —replicó Jimin, cruzándose de brazos—. Empieza a hablar, Pakhan. ¿Qué quieres de mí?

Jungkook se echó un poco hacia atrás, apoyándose en su escritorio.

—Quiero saber si vales la pena. Tu hermana lo hacía... aunque también causó bastantes muertes antes de caer.

Jimin sonrió con arrogancia. Esa sonrisa suya que había derretido hielo olímpico y congelado a jueces por igual.

—Camino sobre hielo delgado desde que nací. No me caigo. Hago piruetas. —Alzó la barbilla—. Por cierto, no le des órdenes a mi lobo —Jimin lo miró furioso.

—Parece que a ella le gusta —contestó divertido—. Tengo buen oído, pude escuchar la voz de... ¿Era Corvo? A través de tu auricular, y no, no te vendió tu profesor.

Jimin apretó los labios.

—Soy el capi di,

La risa de Jungkook no lo dejó terminar la frase, no era burla ligera, era humillación revestida de desdén. Jimin se quedó callado, mordiéndose las palabras. Sus ojos afilaron el ambiente con un brillo frío, pero Jungkook, el Pakhan, se acercaba más, con esa arrogancia elegante que sólo los hombres que han matado y vivido para contarlos pueden tener.

—Alguien que tiene que repetir a cada rato quién es, o mencionar su estatus como una medalla... —El ruso le colocó una mano en el hombro con familiaridad peligrosa—. Es alguien muerto, lindo.

La sonrisa del Pakhan era de esas que los jueces no detectan en la sala, pero los verdugos conocen bien.

—Eres adorable —añadió, bajando la voz—. Un ciervo caminando entre cazadores.

Justo en ese segundo, Jimin dejó de sonreír.

Sus ojos, que hasta entonces brillaban con altanería y coquetería controlada, se volvieron hielo puro. Bajó la mirada un instante hacia su bastón, uno que los demás creían decorativo, y sin dudarlo, lo giró con un chasquido seco. De su interior emergió una hoja delgada, brillante que colocó de inmediato contra el cuello de Jungkook. La hoja tembló un segundo, después, un pequeño corte apareció, una línea roja dibujándose en la piel pálida del Pakhan.

Lupus, el enorme lobo negro, ladró con furia. Pero Jungkook no se movió, no parpadeó. Simplemente levantó la mano con lentitud firme para calmar a su bestia a medida que la sangre resbalaba en una línea perfecta por su garganta.

—Si me matas, no saldrás vivo de esta casa. —Su voz y aspecto en general seguía tranquilo—. Una vez más, demuestras lo nuevo que eres. El Corvo no debió enviarte solo a mi oficina. Italia... Italia debió pensar mejor sus movimientos.

Los ojos negros de Jungkook centellearon. Había un pasado detrás de ese nombre. Un dolor compartido, o quizás una deuda.

—¿Por qué confiaba en ti? —preguntó Jimin, sin mover la hoja del cuello del Pakhan y este se encogió de hombros, tratando de quitarle peso a la relación que tuvo con Italia.

—Éramos amigos.

Jungkook estiró la mano, sosteniendo el antebrazo de Jimin con fuerza, obligándolo a apartar la espada de su cuello. Jimin no puso resistencia.

—Fue tu hermana quien me dio la información, le dijo a tu entrenador que me la hiciera llegar en caso de su muerte.

—Italia no revelaría mi nombre ella dijo que,

—La identidad dentro de la mafia es importante, por supuesto. —Jungkook se apartó de Jimin, interrumpiéndolo, yendo a abrir uno de sus cajones para tomar un kleenex y limpiarse la sangre que brotó de su cuello—. Pero ella confiaba en mí, así que ahora se tu nombre, ¿qué haremos con eso?

—¿Piensas chantajearme con mi identidad?

—No me interesa hacerlo. —Se lamió los labios, pensativo, casi aburrido—. No me seduce la idea.

—¿Y qué harás con esa información?

—Italia me la dio por algo. Me la dio para que te protegiera... —la voz de Jungkook bajó una octava, densa como el humo de un arma recién disparada. Se dejó caer en su silla de cuero negro con una elegancia calculada, cruzando una pierna sobre la otra despacio—. Siéntate. Sigues pareciendo un ciervo asustado.

Jimin tensó la mandíbula. *Ciervo asustado*. El insulto le escoció como alcohol sobre una herida abierta. Aun así, se obligó a mantener la compostura, sentándose con lentitud, sin apartar la mirada del ruso. Si tenía que parecer un animal, al menos sería uno que muerde.

—No tengo miedo —dijo finalmente, sin cambiar el tono de voz, pero el temblor apenas perceptible en sus dedos lo traicionaba.

Jungkook observó su reloj de oro con un gesto invadido de aburrimiento.

—Tenemos reunión con los líderes de la mafia en cinco horas —informó, sus palabras eran órdenes disfrazadas de cortesía—. Allí tendrás que hacer el pacto del Metka. Tendrás que convencerlos de que los tiempos de traición quedaron atrás, que con tu liderazgo no volverá a suceder la crisis que las cinco mafias estamos enfrentando, yo... prometeré lo mismo.

Jimin no respondió. Sólo lo miraba, cada vez más tenso, más enredado en el laberinto de sus propias dudas.

—Y como estaré poniendo mis manos al fuego por ti, por tu organización... —continuó Jungkook mientras se inclinaba hacia adelante, sus ojos como carbones incandescentes—. Me deberás un favor.

Jimin alzó una ceja.

—¿Qué clase de favor?

Jungkook esbozó una sonrisa leve, como quien saborea un vino envenenado.

—No lo sé. —Le sostuvo la mirada, sus ojos oscuros haciendo contacto con los ojos azules de Jimin—. Lo sabrás cuando lo necesite.

Mirabella bufó suavemente desde la pared, donde se mantenía agazapada como una sombra blanca. Lupus la observaba en un silencio feroz, pero no se movía. Ambos analizaban los movimientos del otro, dispuestos a atacar en caso de ser necesario y Jungkook se inclinó un poco más sobre el escritorio.

—También puedes salir por esa puerta y huir. Tienes piernas fuertes y hermosas, estoy seguro de que podrías correr bastante rápido —dijo, con una sonrisa casi afectuosa—. Pero si lo haces... cualquiera que descubra que eres hermano de Italia e hijo de Luca irá por tu cabeza. Tu cabeza tiene precio, la Cosa Nostra tiene bastantes enemigos, eres demasiado vulnerable si estás solo.

Sus palabras no eran una amenaza, eran un hecho, una sentencia pronunciada por alguien acostumbrado a ver cadáveres donde antes hubo promesas.

—Si renuncias a la mafia, renuncias a tu vida. —Apoyó ambos codos sobre el escritorio, entrelazando los dedos—. No tienes opción, es mejor que permanezcas siendo el *Capo di tutti capi*. Al menos así, tus hombres seguirán protegiéndote el trasero.

Jimin dejó escapar una breve risa nasal.

—No pensaba huir —dijo apretando la quijada.

—Bien. —Asintió con la cabeza—. El Corvo está en su hotel, ¿cierto? Dile que es bienvenido en mi para nada humilde hogar. Puede quedarse. Así tú no te sentirás tan solo durante tu... estadía.

Jimin apretó los dientes. Lo irritaba ese tono de hospitalidad fingida, ese constante juego de poder bajo cada frase. Aun así, no tenía argumentos. Era su primer día en ese mundo y ese Artyom Terasov tenía experiencia, además Italia lo había enviado con él por algo... ¿por qué?

—Hay algo más detrás de tu ayuda, ¿verdad? No te interesa un simple favor. Esto no es caridad.

Jungkook rió. Fue un sonido profundo, sin alegría.

—Por supuesto que hay algo más —respondió lo evidente—. Pero aún no sé exactamente qué es lo que quiero de ti. Tal vez una firma. Tal vez armas. Tal vez sólo un cigarro... o tu lealtad.

Esa última palabra pesó más que todas las anteriores juntas.

—Lo sabrás después —continuó Jungkook, tomando la carpeta que su guardaespaldas había entregado hacía apenas unos minutos. No revisó el contenido de nuevo, la rasgó por la mitad. Las fotos de Jimin sobre el hielo, las imágenes con Italia, los informes sobre su linaje... todo cayó hecho trizas al fondo del bote de basura metálico junto a su escritorio.

El ruso sacó de su chaqueta un encendedor de plata. Lo encendió y, sin ceremonias, lo lanzó dentro.

La llama creció rápido, devorando la evidencia. Devorando la única prueba tangible de la identidad del Capo di tutti capi, Luca Nostro.

—Tu identidad está a salvo —declaró Jungkook, mirándolo a los ojos. Las llamas crepitaban reflejándose en los ojos oscuros del Pakhan.

Jimin lo observó en silencio, con los labios entreabiertos. Escuchando en su mente las palabras que se repetían una y otra y otra vez en su cabeza.

" Confía en los rusos, ellos son mis amigos."

Era la voz de Italia. Pero junto a ella, otra voz se alzaba: la de Yoongi.

" No confíes. Nunca bajes la guardia."

Jimin bajó la vista hacia el fuego, apretando los puños. Jungkook lo observaba aún, como un depredador entretenido por el conflicto interno de su presa.

—¿No hay más copias de eso? —preguntó, señalando el fuego.

Jungkook giró ligeramente el rostro, dedicándole una sonrisa ladina.

—No lo creo.

Jimin tragó saliva, asintiendo con la cabeza, su decisión ya hecha.

—Entonces... trabajaremos juntos. —Lo miró con frialdad—. Si Italia confiaba en ti, yo también... puedo hacerlo.

Mentía .

Pero en el juego de la mafia, sobrevivir era un arte.

Y la confianza... sólo otra arma.

—Bien, pon atención. Voy a decirte cómo deberás comportarte durante la reunión, de ti depende que te tomen en serio o que noten que eres un niño intentando jugar al mafioso.

Jimin apretó los puños.

—Bien. —Articuló medio molesto.



Hasta aquí el capítulo de hoy, muchas gracias por leer!

Si la historia te está gustando no olvides dejar tu voto, comentario y compartir con toooooooooo el mundo. Eso me anima bastante cuando me quiero rendir!!!

Nos leemos el próximo domingo!

Y leo sus teorías en el grupo, recuerden poner ⚠ antes de hacer spoilers a las chicas que no han leído.

🐱 META: 200 comentarios para este capítulo.

Y bueno, este es el Jimin que yo me imagino...



[05] *Metka*



El humo del cigarro se elevaba en espirales suaves, rozando el aire espeso de la oficina de Jungkook. La habitación seguía sellada, no dejaban pasar ni un suspiro de luz natural. Mirabella y Lupus seguían cada uno en su esquina mirándose a los ojos, aunque la loba blanca parecía menos agresiva que cuando llegó y Lupus menos a la ofensiva. Ambos parecían aburridos.

Jimin estaba de pie frente al escritorio, como un alumno incómodo. Sus manos colgaban a los costados, tensas, y sus ojos azules seguían cada movimiento de Jungkook como si cada uno significara algo.

—En unas horas vas a conocer a tres hombres que podrían matarte con una orden. —Lo miró directo a los ojos—. Uno de ellos ya quiere hacerlo. Otro va a probarte y el otro parece estar aburrido. Los hombres aburridos son los más peligrosos.

Jimin frunció el ceño, pero no dijo nada.

—No frunzas el ceño. Te hace parecer inseguro. Y no cruces los brazos. Eso es una postura defensiva. —Jungkook se levantó del escritorio con la facilidad de una pantera—. ¿Ves cómo estás sentado? Hasta tu sombra parece nerviosa.

—¿Quieres que me sienta como tú? —replicó Jimin, irritado—. Como si estuviera por ordenar una ejecución.

Jungkook sonrió, acercándose. Vestía una camisa negra arremangada hasta los codos, dejando ver las líneas finas de sus tatuajes, como serpientes enredándose entre los músculos.

—Exactamente eso quiero. Que aprendas a mandar. —Se detuvo frente a él—. ¿Quieres saber qué tienen en común todos los líderes de la mafia que siguen vivos?

—¿Qué sus familias también eran mafiosas?

Jungkook se inclinó. Su rostro se quedó a la altura del de Jimin. Sus ojos oscuros, insondables.

—Instinto. Pero también teatro. Actúan como si el mundo les perteneciera, incluso cuando están rodeados de enemigos. Un líder nunca se disculpa, nunca titubea, nunca pide permiso. Su palabra es ley, incluso si está mintiendo.

Jimin tragó saliva. Jungkook percibió el gesto.

—Llegaste aquí creyéndote el rey del universo, ¿por qué cambió tu actitud?

—Tal vez por... —Jimin no terminó la frase, se quedó callado y exhaló.

—¿Te di miedo? —cuestionó alzando una ceja, Jimin negó con la cabeza.

—Me diste un golpe de realidad. No... No estoy preparado para esto... Mi familia, ellos no debieron ocultarme todo esto.

—A veces es necesario, créeme cuando te digo que a veces es mejor no saber toda esta mierda. Pero bueno, estamos aquí.

Ambos se quedaron en silencio, aunque Jimin había comprendido la gravedad del asunto no le tenía miedo a Jungkook, le tenía algo de respeto... ¿pero miedo? Jamás.

—Quiero que repitas algo —dijo Jungkook—. Mírame a los ojos y di: "Yo soy el Capo. No necesito permiso para existir." —Jimin lo dudó—. Hazlo —ordenó Jungkook, esta vez más bajo y más cerca.

Jimin alzó la mirada. Sus labios temblaron, pero habló:

—Yo soy el Capo. No necesito permiso para existir.

Jungkook ladeó la cabeza, insatisfecho.

—Otra vez. Y esta vez, créetelo.

Jimin apretó los dientes respirando hondo.

— *Yo soy el Capo. No necesito permiso para existir.*

Hubo silencio de parte del alfa que lo observaba con atención, después asintió con aprobación.

—Mejor. Aunque aún sueñas como si te lo estuvieras creyendo a medias. —Retrocedió, dándole la espalda—. Tienes que entrar a esa mesa como si cada hombre allí te debiera algo. Como si tú fueras el que los está juzgando.

Jimin se puso de pie.

—¿Y si no me respetan al igual que tú?

Jungkook se giró con una media sonrisa afilada.

—El respeto no se pide, se toma. Si alguno se ríe, lo miras como si estuvieras calculando cuántas balas necesitas para matarlo. Si alguien te interrumpe, le devuelves el silencio hasta que se retuerza en su asiento. Y si alguien te amenaza... sonríe. El silencio y la sonrisa son las armas más antiguas del poder.

—Hablas como si hubieras nacido en esto.

—Nací en esto, crecí en medio de golpes, cuchilladas, traiciones. Si tú no te forjas, no vas a durar ni una semana.

—¿Tú tuviste miedo cuando te sentaste por primera vez con como Pakhan de la mafia rusa?

Jungkook soltó una carcajada breve, seca.

—No tuve tiempo. Estaba demasiado ocupado calculando a quién apuñalar primero si todo salía mal.

Se giró, caminando hacia un pequeño minibar en la esquina de la habitación. Sirvió dos vasos con vodka, sin preguntar.

—Toma —le ofreció uno.

Jimin lo tomó. Sus dedos rozaron los de Jungkook por un segundo sintiendo una descarga eléctrica, imperceptible para el mundo, pero muy real entre ellos.

—Bebe —dijo Jungkook.

Lo hicieron al mismo tiempo.

El vodka quemó. Pero Jimin no cerró los ojos.

—En unas horas —continuó el ruso, volviendo a la oscuridad de su tono—. Vas a firmar un pacto con sangre. El Metka no es solo un ritual. Es una sentencia. Si fallas, si los traicionas... no solo te matan. Te hacen desaparecer. Te borran hasta de la memoria de tu madre.

—No voy a fallar, además no tengo madre... —Jimin se mordió la parte interna de la mejilla—. De hecho, no tengo a nadie. Solo tengo a Corvo.

—¿Tu Sottocapo? Está acá afuera peleando con mis hermanos porque piensa que te he disparado en la sien.

—¿¡Qué?! —Jimin se puso de pie de manera abrupta.

—Porque descubrí tu dispositivo de audio. —Sonrió—. Es mejor que vayamos a encontrarnos con ellos antes de que alguien suelte el primer golpe... o el primer disparo.

Ambos avanzaron hacia la puerta de la oficina, sus lobos también se pusieron de pie. Caminando detrás de ellos, gruñéndose bajito, pero sin atacarse.

—Artyom... —murmuró Jimin al tomar el pomo de la puerta con la palma de su mano.

—¿Sí?

—Confío en ti —mintió, pero una parte suya confiaba en él.

—No es bueno confiar, Luca —dijo, colocando su mano pesada encima del hombro del rubio—. Mucho menos en el Pakhan ruso, pero eso lo aprenderás después.

—Italia lo hacía y yo... confiaba en ella.



La noche se cernía como una bestia silenciosa sobre los bosques que rodeaban la mansión de los Solntsevskaya Bratva. En lo alto de una colina, entre pinos escarchados y caminos privados sin nombre, la fortaleza de los Terasov se alzaba como un cuartel de guerra moderno: cámaras térmicas, francotiradores en las torres y guardias que no dudaban ni un segundo en disparar si alguien respiraba fuera de protocolo.

El rugido de un Alfa Romeo negro rompió el silencio. El vehículo se detuvo en seco frente al portón de acero y del asiento trasero descendió Min Yoongi, el Corvo, Sottocapo de la mafia italiana, primo directo del nuevo Capo, Luca Nostro.

Yoongi no llevaba escoltas. No los necesitaba.

Vestía un abrigo largo de lana negra y guantes de piel. La cicatriz en su ceja izquierda lo atravesaba como una firma permanente de guerra. Sus ojos eran oscuros, letales y ya estaban enfocados en la entrada principal de la mansión, donde ya lo esperaban dos sombras armadas.

Mijail Terasov, conocido como el Vor y Zakone de los Solntsevskaya, el hombre que heredó el hierro del clan ruso, lo esperaba apoyado contra uno de los pilares de mármol. Su mandíbula cuadrada, ojos fríos y chaqueta militar sin insignias lo hacían ver como un general fuera de servicio. A su lado, más joven pero igual de peligroso, estaba su hermano: Sergei Terasov, el Brigadier, impaciente, jugueteando con un cuchillo mariposa como si fuera una extensión de su temperamento.

Los hermanos de Artyom Terasov. Ambos sabían exactamente quién acababa de llegar.

—Esa mirada no te va a abrir la puerta, italiano —dijo Taehyung con una sonrisa ladeada—. Puedes bajarte del pedestal ahora.

Yoongi ni se inmutó.

—No vengo a pedir permiso. Vengo a entrar.

—Está prohibido —intervino Namjoon, sin cambiar de tono—. Tu primo está adentro con Artyom. Reunión privada. Nadie entra, nadie interrumpe.

—¿Tú sabes con quién estás hablando? —soltó Yoongi con frialdad.

—Sí. Con el Corvo. —Namjoon dio un paso adelante, imponente—. Pero esto es territorio ruso y aquí, tus plumas no significan nada.

Yoongi se acercó con paso lento. El portón de hierro rechinó detrás de él, cerrándose. Cada paso suyo era una provocación milimétrica.

—¿Te parece normal que mi primo, el Capo di tutti capi de Italia, esté reunido con tu hermano sin ningún testigo, sin seguridad, sin más que su palabra?

—¿No confías en Artyom? —preguntó Taehyung, ladeando la cabeza.

—No confío en nadie. Por eso sigo vivo —respondió Yoongi, sin dudar—. Si algo le pasa a Luca dentro de esta casa, Mijail, ni tú ni tu imperio podrán protegerlo. Porque no van a encontrar restos ni del culpable... ni del edificio.

La amenaza era seca, Judicial y formal.

Mijail lo observó. Un largo silencio se extendió como un campo minado entre ellos.

—Estás cruzando una línea —advirtió, con voz grave.

—Y tú estás deteniendo al segundo hombre más importante de la mafia italiana —respondió Yoongi—. Vengo para verificar que Luca esté seguro. Si algo le pasa, comenzará una guerra de la que nadie saldrá ileso.

Taehyung dio un paso adelante, levantando el cuchillo con elegancia.

—Si das otro paso, Corvo, te corto las alas.

—Hazlo —retó Yoongi.

El cuchillo titiló bajo la luna. Pero Namjoon levantó una mano, deteniendo a su hermano con un gesto tosco.

—Basta.

Taehyung frunció los labios, retrocediendo sin dejar de mirar a Yoongi como si aún pudiera apuñalarlo con los ojos. Namjoon respiró hondo. Había tensión en sus hombros, sabía que

Yoongi era poderoso, que tenía experiencia, que era astuto, aunque también sabía que estaba de luto y alerta, por eso comprendía su actuar.

—Yo también protegería a mis hermanos como tú proteges a Luca. Pero esto no es una trampa y Artyom... no es estúpido.

—Quiero ver a Luca —replicó Yoongi.

—Tienes que esperar. —Namjoon dio la vuelta lentamente—. Si después de esta reunión no sale caminando por sí mismo, tienes permiso de incendiar esta mansión.

Yoongi lo miró de perfil.

—Que conste. Lo dijiste tú.

—Lo dije yo —confirmó el Vor v Zakone, sin girarse.

Una alarma suave sonó desde el interior. Las puertas comenzaron a abrirse.

Al fondo del pasillo, bajo la luz de las lámparas de cristal, dos siluetas aparecieron.

Jungkook, impasible como un emperador en guerra.

Y Jimin, con el paso firme y el rostro tallado en hielo.

Ambos salieron caminando lado a lado. Jimin tenía las pupilas dilatadas. Jungkook sostenía un cigarro entre los dedos al pararse frente a sus hermanos.

Yoongi dio un paso al frente y Jimin lo vio. Sus ojos se suavizaron por una fracción de segundo, apenas perceptible.

—¿Tutto bene? —preguntó el Corvo en italiano.

—Bce xopomo —respondió Jimin en ruso.

Mijail sonrió con una mueca torcida.

—Parece que el Capo está aprendiendo idiomas —dijo Namjoon.

—Puedo hablar más de diez idiomas —contestó Jimin—. Dado a tu aroma, supongo que eres uno de los hermanos de Artyom, ¿eres al que le fue quitado el trono por un error o eres el menor que está pronto a casarse?

—Ja, gracioso —contestó Namjoon— Soy Mijail Terasov, el Vor V Zakone.

—Ah, el que perdió el trono —contestó Jimin—. Entonces aquel es Sergio Terasov, vaya que los tres hermanos son bastante altos.

—Vámonos, Luca —dijo Jungkook con amargura en la voz—. Y no traigas a tu loba.

—Mirabella va conmigo —contestó Jimin apretando los puños—. No iré a un restaurante con los mafiosos más importante del mundo sin mi loba.

—Sí vas con Mirabella lo tomarán como una ofensa —dijo Yoongi—. Es parte del tratado.

—Artyom me dijo que el capo no obedece a nadie, ¡Mirabella! Vienes conmigo.

Jimin avanzó hacia el vehículo que estaba esperando por él y por Jungkook con decisión, sin embargo fue detenido por un par de dedos en la frente. El índice y el cordial, dedos que le pertenecían a la enorme mano del Pakhan.

—Mirabella se queda —dijo Jungkook con voz gruesa—. Lupus, lleva a nuestra nueva amiga a descansar adentro —añadió dirigiéndose a su lobo de pelaje oscuro.

Momentos después, Mirabella y Lupus regresaron al interior de la mansión.

—¿Mirabella obedeció a tu lobo? —preguntó Jimin, empujando la mano de Jungkook.

—Todos obedecen a mi lobo. —Encorvó los hombros—. Luca y yo iremos juntos, ustedes tres sígannos en el mismo auto. —Le arrojó el auricular que le había quitado a Jimin de la oreja a Yoongi, quien lo tomó en el aire—. Ya se saben la dirección del restaurante, que nuestros hombres nos escolten. Iremos a renovar el Metka.

—¿Luca...? —preguntó Yoongi, buscando la mirada y aprobación de Jimin.

—Por hoy, haremos lo que Artyom acaba de decir —contestó y Yoongi asintió.

Jungkook subió a la parte trasera del vehículo blindado, Jimin subió junto con él y después el chofer arrancó.



El restaurante no tenía nombre. Solo una pequeña placa dorada con el símbolo del león bicéfalo y letras grabadas en cirílico antiguo decoraban la fachada de mármol blanco. Era un sitio exclusivo, enterrado en lo más alto de un rascacielos en el centro de Moscú, diseñado para reuniones que no podían ser grabadas, rastreadas ni infiltradas. La privacidad era absoluta. El lujo, obsceno.

Jungkook y Jimin llegaron en una limusina blindada. Ninguno de los dos había hablado durante el trayecto.

El ascensor privado los llevó hasta el piso 66. Las puertas se abrieron con un suave ding que contrastaba con el peso del momento.

—A partir de aquí, no mires al suelo —le dijo Jungkook, sin volver la vista—. No mires a nadie como si buscaras aprobación. No hables si no se te ha concedido la palabra y si alguien alza la voz, no te muevas, yo me haré cargo de ponerlo en su lugar.

Jimin asintió. Su reflejo en el espejo negro del ascensor lo mostraba sereno, pero sus nudillos estaban blancos de tanto apretar los puños.

—Dame tu bastón. —Estiró la mano y Jimin le entregó el bastón que tenía una fina espada dentro—. Las armas se quedan afuera, si alguien sabe que llevas una no habrá dios que te salve.

—No pensaba usarlo.

—Díselo a mi cuello. —Se señaló a sí mismo.

—Ese corte fue tu culpa por...

—Shh... —Jungkook lanzó el bastón a un bote de basura—. A partir de ahora tú y yo somos grandes amigos. —Jungkook golpeó la espalda de Jimin con algo de fuerza al mismo tiempo que reía—. No me hagas quedar mal.

Y cruzaron la puerta del salón.

Era redondo, con techos altos decorados con frescos inspirados en el infierno de Dante. El aire olía a incienso caro, madera antigua, vino tinto y perfume importado. En el centro, una mesa circular de ónix negro. Nadie se sentaba en la punta: todos eran iguales. En teoría.

Ya estaban ahí los otros.

El plebe, su verdadero nombre era Juan Sandoval era un alfa que fumaba un habano grueso mientras apoyaba sus botas vaqueras de piel de cocodrilo sobre una silla de manera despreocupada. Su traje blanco impecable contrastaba con su piel bronceada y la cicatriz

que le cruzaba el labio. Reía con descaro mientras hablaba en español con un mesero que le cebaba tequila artesanal.

Shān hu, su verdadero nombre era Kim Seokjin estaba de pie junto a una silla vacía, las manos cruzadas tras la espalda. Su postura era la de un general. Su rostro, impassible. El líder de las Triadas era un omega que vestía como un banquero de élite, pero había una serpiente tatuada subiéndole por el cuello, apenas visible. Sus ojos rasgados no se apartaban de la entrada. Estaba atento.

Teiō, su verdadero nombre Jung Hoseok, el nuevo líder de los Yakuzas, era más joven de lo que Jimin esperaba. Su cabello estaba recogido hacia atrás en un peinado tradicional japonés y lucía un kimono negro con patrones dorados. Hoseok sostenía un tazón de sake con ambas manos, bebiendo con una elegancia que no combinaba con sus cientos de tatuajes por el rostro, cuello y básicamente cada parte de su cuerpo.

Y entonces todos se giraron hacia ellos. Hacia el Pakhan ruso recién nombrado... y hacia el nuevo Capo italiano.

Jungkook avanzó primero. Impecable en su traje negro con líneas plateadas. El rostro serio, la mirada oscura. La fuerza del silencio lo precedía.

Jimin lo siguió. Con su traje color vino y su abrigo de piel sintética blanca, a medida. El broche con la insignia de la familia Nostro brillaba sobre su solapa. Su cabello estaba perfectamente peinado hacia atrás, su expresión de mármol. Nadie debía notar su juventud. Nadie debía detectar el temblor sutil de su pulso.

Cuando llegaron al borde de la mesa, todos se pusieron de pie. Incluso Juan Sandoval.

—Bienvenidos —dijo Seokjin en inglés neutro, con voz pausada—. Nos alegra tener al nuevo capo entre nosotros... y ver que los Bratva siguen siendo el perro leal de los Nostro.

Una risita apenas audible se escurrió por la garganta de Juan.

—¡Ah, pero no lo insultes! —dijo con acento mexicano, sonriendo—. Ese perro leal ya ha matado a más hombres que la mitad de esta mesa.

—Y tú has sobrevivido a tres atentados en un mes, Plebe —intervino Hoseok sin mirar a nadie, aún con el tazón en las manos—. Quizás deberías cambiar de escoltas.

Juan le guiñó un ojo.

—O dejar de follarme a las hijas de mis enemigos.

La tensión en el aire se disolvió por un momento en un par de risas secas. Jimin no rió. Jungkook tampoco.

—Que alegría verlos a todos reunidos. ¿Teiō? También es tu primera vez, pero a diferencia del Capo di tutti capi no tienes ningún amigo, ¿cómo harás para sobrevivir entre hienas? —dijo Jungkook, finalmente—.

—Simple mi querido... —arrugó la frente, Jungkook notó de inmediato que también era un novato—. Artyom, no tengo nada qué perder.

Jimin contuvo el aliento. Taiō era el nuevo líder de los yakuza, al igual que él era el nuevo líder de los cosa Nostra, eso significaba que seguramente también murió su familia... ¿Y si Italia los mató? Ella le dijo que había matado a algunos Yakuza...

—Estamos aquí para consolidar dos pactos. —continuó Jungkook—. Uno, por parte de Italia. Otro, por parte del clan Yakuza. También creo que sería bueno que todos nosotros renovemos votos, ¿no creen?

Hoseok alzó la vista por primera vez. Sus ojos eran oscuros, impenetrables. Sí, era un novato, pero también era duro de roer.

—Así es. Esta noche haré el pacto del Metka junto al Capo Nostro. Japón e Italia, sellando su permanencia en este círculo y dispuestos a no volver a traicionarnos, ¿verdad omega rubio?

Seokjin hizo un gesto leve con la cabeza al notar el comentario pasivo agresivo de Hoseok, de hecho todos lo notaron,

—Omega, pero no cualquier omega —dijo Jimin acercándose a Hoseok—. No te confundas. —Le sostuvo la mirada,

—¡Uy, es idéntico a Italia! —gritó—. ¡Es como ver un puto fantasma, mierda!

—Primero dale las condolencias, cabrón —dijo El Plebe—. Lamento la muerte de Italia, la Sottocapo era agradable.

—Lo dices porque follaste con ella —masculló Seokjin.

Jimin iba a replicar, a defender la integridad de su hermana fallecida, pero Jungkook se adelantó.

—Sí vuelvo a escuchar a alguno de ustedes, hijos de puta hablar acerca de la fama fallecida les arrancaré las lenguas y las tragaré junto con mi licuado de proteínas, ¿estamos de

acuerdo? —al cuestionarlo se sentó en su silla y le hizo un gesto a Jimin para que se sentara junto a él.

—Entonces comencemos —dijo Seokjin sentándose también—. ¿Y tus hermanos, como están Artyom?

—Están esperándome afuera.

—Genial, a ver si hoy conozco a mi prometido —dijo sonriendo,

Un mesero llevó una bandeja de madera con cinco dagas de plata, los mangos eran dorados, cada una con grabados distintos. La que tomó Jungkook tenía el emblema de oso de los Solntsevskaya Bratva. La que tomó Seokjin tenía el emblema del dragón de Las triadas. La que tomó Juan Sandoval tenía el emblema del Jaguar del cartel latinoamericano. La que tomó Hoseok tenía el emblema del Faisán Japonés de la familia Yakuza, y por último: La que tomó Jimin tenía el emblema de un águila de La Cosa Nostra.

El pacto del Metka no era simbólico. Era sangre por sangre.

Los sirvientes extendieron dos pergaminos en la mesa. El contrato, el juramento. Uno de ellos fue quemado en fuego porque estaban las firmas de los antiguos líderes, por lo tanto no tenían validez, pero el nuevo, el reluciente tenía el contrato nuevo que sería leído por uno de los meseros.

Pacto del Metka

Juramento de Sangre y Honor

En nombre del Consejo de las Cinco Sombras, bajo la protección de la noche y el pacto silencioso de los siglos, nosotros, los firmantes de este documento, sellamos con sangre y fuego nuestro compromiso irrevocable con la Ley de los Antiguos. A partir del día de la firma, nuestras almas quedan ligadas al orden y nuestras vidas sujetas a sus reglas.

1. Lealtad absoluta.

Juramos lealtad no a un hombre, ni a un trono, sino al equilibrio de las Cinco Familias. Nuestros intereses personales jamás estarán por encima del pacto. Si alguno de nosotros rompe esta ley, perderá el derecho a misericordia.

2. Silencio perpetuo.

Todo lo que se diga, vea o escuche en presencia del Consejo quedará sellado. La traición por palabra es traición de alma. La traición por acción será castigada con el olvido absoluto: el borrado del nombre, del rostro y del linaje.

3. *Sangre por sangre.*

Juramos que si uno de los nuestros es atacado sin causa, su venganza será colectiva. El dolor de uno será el dolor de todos. La sangre que se derrame será multiplicada por cinco.

4. *Guerra justa.*

Ningún conflicto entre Familias podrá ser declarado sin la aprobación de al menos tres miembros del Consejo. Los conflictos personales se resuelven bajo la Ley del Duelo. La emboscada es cobardía. El asesinato no autorizado será castigado con mutilación y destierro.

5. *Herencia vinculada.*

Nuestros herederos, conscientes o no, quedan sujetos al legado de esta firma. La marca del Metka no desaparece. Ni con el tiempo, ni con la muerte.

6. *Honor al Consejo.*

Cada firmante acepta que, en caso de cometer errores que perjudiquen al equilibrio, podrá ser juzgado por los cinco, y si es encontrado culpable, ofrecerá su vida como redención voluntaria.

7. *El Fuego Sella.*

La firma de este documento con sangre representa la entrega de voluntad y existencia. No hay arrepentimiento. No hay retroceso.

Firmantes:

Luca Nostro, Capo di tutti capi, Los Cosa Nostra

Taiō, Kumi-cho, Clan Yakuza.

Artyom Terasov, Pakhan de Los Solntsevskaya Bratva.

Shān hu, Dragonhead de las Triadas.

El plebe, Jefe de la mafia latinoamericana.

[Lugar donde se colocan la huella dactilar con sangre]

" No somos hombres. Somos sombras. No tenemos patria. Solo palabra."

Después de ser leído, cada uno tomó su daga. Se cortaron la palma, Jimin imitó los movimientos de Jungkook sin que nadie se diera cuenta, clavándola profundo, desde la muñeca hasta donde iniciaba el dedo cordial, dejando que la sangre cayera sobre un cuenco de madera redondo que colocaron junto al pergamino. Los cinco mafiosos se miraron al rostro mientras las sangres se mezclaban.

—¿Es hora del saludo, no creen? —preguntó El Plebe.

Pronto se saludaron uno a uno. Jimin estrechó primero la mano de Shān hu, su apretón era suave, pues después de todo era un omega, después estrechó la mano del plebe, este apretón era un poco más fuerte, más tosco, le ardió un poco más la incisión que era a lo largo de su palma. Después estrechó la mano de Taiō, quien lo apretó más fuerte que el plebe, sus ojos oscuros centellearon a medida que sonreía, Jimin le devolvió el apretón con la misma intensidad y por último Artyom Terasov. Su mano fuerte envolvió la suya en un apretón fuerte, pero con gentileza, no le dolió tanto, pero igual ardía. Los cinco líquidos rojos se habían mezclado.

Finalmente, cada uno fue dejando su huella en el papel acompañada de una firma. Ese pergamino fue enmarcado de inmediato y clavado en la pared como si fuera una reliquia.

—Que quede constancia —declaró el mesero—. Las cinco mafias han sellado su sangre con este consejo. A partir de este momento, sus líderes están bajo la misma protección... y también bajo el mismo juicio, si alguno rompe las reglas, si alguien traiciona este pacto, su sangre bañará el mármol de este piso.

Todos asintieron.

El pacto estaba hecho.

Jimin sintió cómo el calor se le concentraba en la palma abierta, el ardor era molesto, pero estaba acostumbrado a sentir dolor durante sus horas de entrenamiento sobre el hielo, así que pudo soportarlo.

Ya no era solo el heredero de Luca Nostro.

Ahora era un verdadero mafioso.

La habitación quedó en silencio por unos segundos más. El pergamino aún fresco en tinta y sangre colgaba en la pared, observando como un testigo eterno. Ninguno dijo nada. Hasta que Jungkook dio un paso hacia el centro de la mesa con su postura rígida, controlada, todos sabían que hablaría y nadie lo iba a interrumpir.

—Bien —dijo con voz grave, arrastrando apenas la última sílaba—. El Capo di tutti capi tuvo un viaje largo, y aunque no lo parezca, los cambios de horario afectan incluso a los

herederos de la Cosa Nostra.

Algunas risas suaves se escucharon. Nada estruendoso. Solo un par de exhalaciones que aliviaban la tensión acumulada. Jungkook giró el rostro hacia Jimin, lo miró como si lo estuviera viendo por primera vez desde que llegaron.

—Lo conozco. —Mintió con un dejo de orgullo—. Tiene sangre fría, lengua afilada y un sentido del deber que heredó a pulso. Cumplirá este pacto mejor de lo que muchos esperan. —Miró entonces a los demás—. No lo subestimen.

Jimin tragó saliva, sin moverse. El mensaje era para todos, pero también para él. Juan Sandoval soltó un pequeño chasquido de lengua, cruzando las piernas.

—Lo has hecho bien, niño bonito —dijo, señalando la pared con el mentón—. Que no se te suba el humo a la cabeza, eh. La primera vez que uno sangra frente a los demás... también puede ser la última si te descuidas.

Shān hu inclinó la cabeza con gentileza.

—Los ojos que observan con silencio... son los más peligrosos. Pero también los más sabios. —Le dirigió una sonrisa suave—. Nos veremos pronto, Capo.

Taiō se acomodó el cuello del kimono y lo miró sin expresión.

—Tú y yo nos hemos ganado el derecho de estar en la mesa, pero no significa que hayamos ganado el respeto de los muertos que caminan en nombre de nuestra sangre. —Sus ojos brillaron—. Pero eso se consigue con tiempo... o con más sangre.

—¿Fue una amenaza? —preguntó Jimin—. No me importan los muertos de mi padre Luca Nostro, tampoco los muertos de mi hermana Italia Nostro. Sus muertos fueron suyos. Sus aliados también fueron suyos. Yo tengo ahora mis propios muertos y mis propios aliados. No me confundan, caballeros.

»Caminar entre monstruos requiere volverte uno. Pero los verdaderos jefes saben cuándo dejar de morder y empezar a mirar. No lo olvides, Taiō.

Jungkook volvió a colocarse a su lado con pasos serenos.

—¡Nos retiramos y nos vemos pronto!

Nadie los detuvo.

—¡Yo lo hago en esta ocasión, Shān hu! —dijo Juan.

—Bueno, lo harás tú. Yo me marchó.

—¿Qué hará? —preguntó Hoseok.

—Matar a los testigos —dijo Seokjin.

Jimin alcanzó a escuchar eso último al salir del lugar, Jungkook avanzó hacia el bote de basura sacando la el bastón de Jimin y entregándoselo de nuevo, Jimin negó con la cabeza.

—Compraré uno nuevo, ya tocó la basura. —Jungkook encorvó los hombros restándole importancia y lo regresó a la basura.

Caminaron en silencio hasta el ascensor privado y cuando las puertas se cerraron detrás de ellos, Jimin soltó el aire contenido en su pecho.

Jungkook alzó una ceja.

—¿Dolió mucho? —preguntó señalándole la mano que todavía sangraba.

—El corte fue lo de menos —dijo Jimin, mirando su palma vendada.

—Entiendo.

Jungkook se inclinó levemente hacia él. Sus ojos tenían un brillo más suave, uno que no mostraba delante de los otros líderes.

—Sí sientes que te vas a desmayar te dejaré tirado, alguien como yo no es capaz de llevar a alguien como tú en brazos.

Jimin lo miró de reojo.

—No soy así de débil. Recuerda que no soy un omega cualquiera —contestó con amargura.

Las puertas del ascensor se abrieron. El aire de la madrugada los golpeó con una ráfaga fría. Afuera se encontraban los hermanos de Jungkook y el primo de Jimin, quienes se acercaron de inmediato preguntando con la mirada si todo había salido bien. Jungkook alzó la mano con la marca para mostrárselas a lo lejos y les hizo una señal para que se mantuvieran alejados.

—¿Van a matar a los empleados del lugar?

—Solo a quienes vieron nuestros rostros y a quien leyó el acuerdo. Nadie puede conocer nuestras identidades.

—¿Hacen eso cada vez que...?

No terminó la frase.

Varios disparos se escucharon en el interior del edificio. Jimin dio un pequeño brinco, tambaleándose un paso hacia el frente, cuerpo aún no se acostumbraba a convivir con el eco de las ejecuciones.

Jungkook, sin pensarlo demasiado, estiró el brazo y lo sujetó del codo con fuerza, con la mano que no tenía la herida. Su gesto no fue suave, pero sí firme. Lo mantuvo en pie.

—Te dije que no iba a llevarte en brazos, Luca —murmuró sin apartar la vista del camino.

—Y yo te dije que no soy débil, Artyom.

La voz de Jimin fue seca, desafiante. Pero lo que vino después fue inesperado.

Con un empujón efectivo, usó la mano herida para empujarle el pecho, dejando una mancha roja en el traje de diseñador que Jungkook llevaba como si lo hubiera robado de la pasarela de Milán. Jungkook bajó la vista hacia la mancha con el ceño apenas fruncido. Respiró hondo, muy hondo. Contuvo la reacción automática de estrangularlo ahí mismo porque no quería enemistarse con él por un traje, era un detalle mínimo, además... No lo había hecho con mala intención.

No

—Entonces no te caigas. —Lo soltó—. Y tú pagas la cena, en algún lugar lujoso. A mí y a mis hermanos.

—¿Qué?! —preguntó yendo caminando detrás, su abrigo ondeando tras él mientras bajaban los últimos escalones del estacionamiento.

Jungkook se detuvo de golpe. Jimin casi choca con él.

El ruso se giró lentamente, y lo encaró. Tenía esa sonrisa peligrosa en los labios, la que no mostraba cuando estaba molesto... sino cuando estaba jugando.

—Es el cobro por mi favor.

—¿El cobro por tu...? ¿El cobro por haber ocultado mi identidad y por haberme ayudado allá adentro es una cena lujosa? —preguntó sorprendido.

—Sí, te dije que podría pedir cualquier cosa en cualquier momento. —Se inclinó hacia él, sus ojos oscuros haciendo contacto con los azules—. ¿Te parece injusto?

—¿Injusto? —repitió, con una sonrisa amplia, de oreja a oreja. Sus ojos azules brillaban con esa chispa que siempre aparecía justo antes de hacer una locura—. Por supuesto que te llevaré al mejor restaurante de Moscú.

—Y pediré vino —añadió Jungkook, retomando el paso con aire altivo.

—¿Vino ruso? —preguntó Jimin, horrorizado en broma.

—No. Francés. Y tú vas a pagarlo sin hacer pucheros.

—Dios, me van a quebrar las finanzas antes que las balas —refunfuñó falsamente mientras lo seguía.

Cuando finalmente se acercaron al automóvil blindado y al Corbo, Mijail y Sergei se quedaron callados. Corvo y Sergei estaban fumando, mientras que Mijail los esperaba de brazos cruzados.

—¿Sobreviviste? —preguntó Yoongi, aunque era obvio.

—Estoy aquí, ¿no? —replicó Jimin, acercándose.

—No significa que estés ileso. —Yoongi bajó la vista a la mano con la herida—. Pero supongo que sigues siendo más terco que frágil.

Sergei soltó una risita burlona.

—¿Así es como Italia cría a sus capos ahora? ¿Con heridas decorativas?

Jungkook se giró hacia su hermano con una sonrisa sardónica.

—Cállate, Sergei, tú lloraste la primera vez que te cortaron el dedo meñique.

—¡Fue con un hacha! —protestó, ofendido.

Mijail alzó una ceja. No dijo nada, pero cuando su mirada se cruzó con la de Jimin, asintió lentamente. Era un gesto breve, respetuoso, propio de quienes no hablaban mucho porque las palabras habían sido reemplazadas por hechos.

Jimin le devolvió el gesto, serio, aunque por dentro se sentía agotado.

Jungkook dio un par de pasos más hacia el auto, deteniéndose justo frente a Yoongi.

—¿Querías escoltarnos personalmente, Corvo?

—Solo quería asegurarme de que Luca seguía siendo Luca y no un cadáver.

—Aún respira. Aunque me costó unos cuantos nervios —dijo Jungkook.

Yoongi apagó el cigarro y se incorporó con una elegancia letal. Caminó hasta Jimin y por primera vez en horas, lo miró a los ojos.

—¿Estás bien?

—Estoy perfecto, ¿no me ves?

Sin previo aviso, lo abrazó brevemente, casi con disimulo. Después se alejó como si no hubiera pasado nada.

Jungkook abrió la puerta del auto y se giró hacia todos.

—El Capo tuvo un viaje largo —declaró, con tono neutral—. Necesita comer, dormir... y gastar su dinero en mi cena.

—Muchachos, los llevaré al mejor restaurante de Moscú —respondió, resignado—. Sígannos el paso —añadió, antes de meterse al auto.

Yoongi, Mijail y Sergei los vieron marcharse.

El motor rugió con suavidad y el vehículo se perdió entre las sombras del túnel subterráneo.

Sergei escupió al suelo.

—¿Están... saliendo?

Yoongi se encendió otro cigarro.

—Más bien parece un tipo de acuerdo extraño.

Mijail entrecerró los ojos, observando hacia donde desaparecieron.

—Yo solo escuché: Sígannos —dijo al subir al vehículo—. Más vale que pises el acelerador Corvo porque ya los perdí de vista.

—¡Oh, cierto! —exclamó Yoongi subiéndose al asiento del piloto y pisando el acelerador.



LO LOGRÉ!!!!

Creí que no podría escribir este capítulo para hoy porque no estoy en mi casa, ando en una especie de vacaciones.... Peeeeeero aprovechando que todos se pusieron a ver el partido de Real Madrid Vs Pachuca decidí encerrarme a escribir mientras gritaban porque creían que Pachuca iba a ganar.... jajajajajaja al final, obvio ganó Real Madrid.

En fin, espero que les esté gustando la historia. Nos leemos el próximo domingo!!!!

Meta para este capítulo: 200 comentarios.

Sígueme en mi canal de WhatsApp, por ahí te cuento lo que estoy haciendo y aviso acerca de mis actualizaciones. Además me podrás encontrar por si Wattpad decide censurarme o algo por el estilo.

Mi tiktok e Instagram es: melyliim (con doble i)



[06] *Descontrol*



El restaurante estaba en el último piso de un edificio sin nombre. No tenía cartel. No aparecía en mapas. Y su entrada solo se reconocía si sabías lo que buscabas: una puerta negra con herrajes dorados, custodiada por hombres que hablaban de manera elegante en medio de susurros... o disparos.

Le Nocturne.

Un lugar reservado para aquellos que no necesitaban reservas.

El maître los recibió con una inclinación sin palabras. Reconoció a Artyom Terasov con una sola mirada y su respeto fue inmediato. A su lado, Luca Nostro, aún con la palma sangrante, caminaba con la seguridad de quien ya no duda de su lugar en el mundo.

Tras ellos, como sombras letales, llegaron Corvo, con paso felino y mirada inquisitiva, Sergei Terasov, jugueteando con un palillo de dientes como si fuera un cuchillo y Mijail Terasov, el último en entrar, cubierto por su abrigo largo y ese silencio que siempre antecedió a las tormentas. Los comensales los veían con muchísima atención porque los meseros se pararon en fila para recibirlos. No todos los días atendías a gente de alto rango dentro de la mafia, y aunque no conocían a Jimin sabían quienes eran el resto.

La mesa estaba apartada, rodeada de biombos japoneses de madera oscura con inscripciones en oro. Sobre el centro colgaba una lámpara baja, que proyectaba un círculo de luz casi

teatral sobre los platos aún vacíos.

—Parece que llegamos con escolta —murmuró Taehyung, dejándose caer en la silla con despreocupación.

—No escolta —dijo Namjoon, dejándose el abrigo puesto—. Observadores que si miran de más les sacaré los ojos.

Yoongi no dijo nada. Se sentó al lado de Jimin, con los ojos fijos en su rostro, tratando de averiguar qué era lo que pensaba y porqué había decidido llevar a esos tres a cenar a ese restaurante. ¿Qué había hablado con Jungkook? Parecían... Extrañamente amigables entre sí.

Jungkook se acomodó en la cabecera, cruzando la pierna con elegancia. Jimin tomó asiento frente a él. El silencio era cómodo, igual al de un campo minado que ya fue explorado, pero nunca desactivado.

Un camarero silencioso sirvió vino francés sin preguntar. Nadie pidió nada, nadie tenía que hacerlo.

—¿Así que esta es tu forma de cobrar tu favor? —preguntó Jimin, observando a Jungkook al otro lado de la mesa.

—¿Una cena con familia? Claro que sí —respondió con una media sonrisa—. Mis hermanos y tu primo, ¿no es precioso que dos líderes de la mafia se lleven así de bien?

—A veces, las noches tranquilas terminan siendo las más sangrientas —dijo Yoongi finalmente, mirando a Jimin de reojo y a Jungkook fijamente.

Sergei alzó su copa.

—Brindemos, entonces.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Jimin, alzando también su copa, aunque sin brindar aún.

Namjoon giró su copa lentamente entre los dedos, observando el líquido tinto como si fuera sangre.

—Por tu coronación como nuevo Capo, ¿no es por eso que estamos aquí? —preguntó con voz neutral, aunque en el fondo, sus palabras eran una provocación.

Jimin se recostó hacia atrás en la silla, con una expresión fría que no encajaba del todo con el calor de su rostro. Los ojos azules lo delataban, porque evitaban mirar a nadie en particular.

—Estamos aquí porque Artyom quería venir —respondió, sin molestarse en ocultar su desdén—. Estoy pagándole un favor, así que pidan lo que quieran.

Taehyung, más inquieto, entrelazó los dedos sobre la mesa con un gesto de perro joven.

—¿Por qué de pronto pareces enojado, Luca?

El italiano apretó la mandíbula, mordiéndose por dentro una respuesta innecesaria, pero sorprendiendo a todos, se levantó de golpe.

—No estoy enojado, me... —sus palabras se apagaron en el aire—. Ya vuelvo.

Salió de la mesa con pasos ligeros, cruzando el salón sin mirar a ninguno. Si andar era elegante, sublime, parecía que flotaba. Jimin tenía un buen control en su cuerpo, no por nada era elegante príncipe del hielo.

Yoongi, alzó la vista inmediatamente. Sabía leer a su primo como quien interpreta un mapa de cicatrices. Iba a levantarse, pero no alcanzó a enderezarse del todo cuando la garganta de Jungkook emitió un carraspeo.

Yoongi se congeló.

—Yo iré —dijo, sin mirar a nadie—. Espera aquí con mis hermanos.

No fue una sugerencia. *Fue una orden.*

Yoongi regresó a su asiento con movimientos lentos. Lo observó irse, pero no dijo nada. Namjoon bajó la vista, esbozando una sonrisa apenas perceptible. Taehyung, en cambio, solo bebió de su copa sin apartar los ojos de la puerta por la que el Pakhan acababa de desaparecer.

El baño del restaurante era otra obra de arte: lavabos de mármol negro, paredes de piedra, espejos dorados y luces que no agredían la vista. Jimin se apoyó frente al lavamanos, observando su propio reflejo. Sus ojos estaban ligeramente hinchados, la piel se le notaba más pálida que de costumbre y el dolor de cabeza no era sutil: era una línea densa que le apretaba la sien derecha igual a una tenaza invisible.

—¿Hay algún empleado cerca? —preguntó con voz algo más débil que su tono habitual.

Un joven empleado con uniforme oscuro se acercó desde el área de toallas con una leve reverencia.

—¿Necesita algo, señor?

Jimin cerró los ojos por un segundo antes de responder.

—Sí. Una pastilla. Algo fuerte para el dolor de cabeza. Nada que me haga dormir.

—Ahora mismo —asintió el joven, desapareciendo por una pequeña puerta lateral.

Jimin se apoyó con ambas manos en el mármol, inclinándose hacia adelante. Sentía el ardor de la cortada en la palma. Aún le dolía, aún sentía el apretón de cada uno durante el Metka.

Pero lo que más dolía... era otra cosa.

Era la ausencia, la terrible y asquerosa ausencia de su hermana gemela. Había estado escuchando el llanto de Horus durante todo el día dentro de su cabeza, el lobo estaba triste, podía sentirlo, podía sentir su llanto, su tristeza compartida y su cuerpo, su alma ya no podía más. Mientras trataba de mantener la compostura, la puerta del baño se abrió.

Jimin no se giró. Sabía quién era antes de que hablara, lo supo por su aroma.

—¿No te enseñaron a darle su espacio a las personas, Artyom?

Jungkook cerró la puerta tras él, sin ruido. Apoyando la espalda contra ella, sin acercarse mucho al rubio.

—No —contestó—. Me enseñaron a observar a las personas, a darme cuenta cuando algo no va bien.

Jimin soltó una risa breve, seca y sin humor.

—Qué bonito debe ser tu mundo. —contestó al girar levemente el rostro, encontrando su reflejo y el de Jungkook al fondo del espejo, ambos compartiendo el mismo cristal—. No me sigas cada vez que salgo de una habitación.

—Eres mi aliado ahora, quiero saber porqué te sientes mal. ¿Te duele la mano?

Sus ojos se cruzaron a través del reflejo.

—No —contestó Jimin finalmente, separándose del lavabo, seguía con las manos sobre el mármol.

No explicó más. Jungkook, astuto como era, no preguntó de inmediato aunque no le creyó nada. Se notaba en su semblante que se estaba controlando en romper a llorar.

En ese instante, la puerta lateral del baño se abrió. El mismo empleado que había atendido a Jimin antes regresó con discreción. Llevaba en las manos una bandeja negra con bordes

dorados. Sobre ella, una jarra de cristal tallado con agua potable y un vaso a juego, junto con un pequeño frasco de analgésicos y una servilleta de lino perfectamente doblada.

—Señor —dijo inclinando un poco la cabeza al acercarse.

Jimin asintió, agradecido pero sin pronunciar palabra. El empleado colocó todo sobre una repisa lateral y desapareció por la misma puerta por la que había venido, sin hacer el menor ruido.

Jungkook caminó sin prisa hacia donde estaba el vaso. Tomó la jarra con una sola mano, y sin mirar a Jimin, la llenó con cuidado.

—Dicen que el dolor de cabeza no siempre viene del cuerpo —comentó mientras servía el agua—. A veces es por aguantar demasiado.

Le ofreció el vaso, sin necesidad de decir que lo tomara. Jimin lo aceptó. Sus dedos rozaron los de Jungkook durante una fracción de segundo.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Lees libros de autoayuda en las madrugadas o simplemente tienes experiencia rompiendo la mente de la gente?

Jungkook, era la primera vez que Jimin lo veía sonreír sin ironía.

—A veces rompo. Pero también sé cómo juntar los pedazos.

Jimin tomó la pastilla del frasco, se la llevó a la boca, bebiendo un trago largo de agua. Después dejó el vaso sobre la repisa, no sin antes secarse los labios con el dorso de la mano lastimada.

—No necesito que me recojas los pedazos —susurró.

—No dije que lo haría. Solo dije que sé cómo.

—Mmm... Da igual, vete. Esperaré a que esta mierda haga efecto y regreso a la mesa.

Jungkook exhaló, con su mirada fija en la mano lastimada de Jimin. Después habló con voz más alta.

—¿Hay algún médico aquí que pueda suturar una herida?!

No tardaron en atenderlo. De la puerta lateral, emergieron dos empleados para guiarlos a otra habitación. Jungkook le dio el pase a Jimin de manera cordial, Jimin chasqueó la lengua, después avanzó por la puerta, pero en lugar de dirigirse a la habitación en donde estaría el médico para arreglarle la mano, regresó a la mesa.

—¡Ja! Qué interesante —masculló Jungkook.

Jimin tomó asiento, notando que la comida ya estaba servida, eran filetes cocidos al punto exacto, foie gras, caviar oscuro, trufas blancas sobre pasta, panes de masa madre recién horneados. Todo era sofisticado, mortalmente caro, después comenzó a comer en silencio y con cejas alzadas.

—¿No van a cenar? —preguntó antes de llevarse un bocado a la boca.

Jungkook también tomó asiento, todos comieron con esa calma que solo los criminales de verdad pueden permitirse.

—¿Qué vas a hacer con las viejas alianzas de tu padre? —preguntó Yoongi, limpiándose los labios con una servilleta de lino negro.

Jimin le sostuvo la mirada con serenidad.

—Evaluarlas. Cortar lo que no sirve, reforzar lo que sí y traer bajo mi sombra a los que merezcan estar ahí.

—Razonable —dijo Namjoon.

—Mi educación fue más con cuchillas que con caricias —dijo Taehyung—. Mi consejo para ti es que no tengas piedad.

Conversaron de cosas banales, después, al finalizar, llegó la cuenta, no hubo un número visible. Solo un sobre negro. Jimin lo abrió, sacó una tarjeta negra y la deslizó sin mirar.

Sergei lo silbó con fingida sorpresa.

—El Capo paga mi cena sin pestañear. Me siento halagado.

—No lo hago por ti —respondió, poniéndose de pie—. Corvo, quiero hablar contigo.

Jungkook se levantó después que él.

—No lo sabrás, pero eso fue elegante —murmuró, acomodándose la chaqueta—. Deberías pagar nuestra cena más seguido.

Yoongi y Jimin avanzaron primero, subiéndose juntos al elevador. Estando solos el par de lágrimas escurrieron de las mejillas de Jimin, pero se las limpió de inmediato.

—Te juro que mi cabeza está reventando, Yoongi.

—¿Quieres que te lleve a un hospital?

—No. Esos cabrones no me pueden ver débil o enfermo. —Suspiró—. Se supone que debo quedarme en la casa de los Bratva esta noche, aceptar supone hospitalidad. También te invitaron a ti, así que vas a ir al hotel por los lobos y regresas a la mansión de nuestros aliados.

»Pasaremos aquí unos días hasta que se terminen de revelar todos los traidores de mi padre, ¿hay alguien trabajando en eso?

—Más de los que imaginas, tengo todo coordinado. ¿Qué tal tu relación con el Pakhan?

—Conocía a Italia, al parecer le debe un favor. ¿Sabes cuál es?

—No...

—Pues investigalo. Quiero saber qué es lo que ligaba a ese sujeto con mi hermana, además... Ha sido amable, más de lo que esperaría, digo... para ser un mafioso.

—¿No te ha faltado al respeto?

—¿Crees que si lo hubiera hecho lo habría invitado a cenar?

—No.

Las puertas del elevador se abrieron, ambos caminaron hacia la salida del edificio, en donde los esperaban los autos en los que llegaron.

—Iré de regreso con Artyom, te veo en la mansión de los Bratva.

—Bien.



Jimin miraba por la ventana mientras las luces de Moscú desfilaban como fantasmas. No hablaba, ni se movía. Mantenía la mano herida sobre su pierna sin mostrar incomodidad,

pero Jungkook sabía que ardía.

—¿Te duele? —preguntó sin apartar la vista del respaldo del asiento delantero.

—No —contestó cortante.

—Mientes —dijo Jungkook, tranquilo.

—Me sorprende que alguien como tú esté preguntándome si me duele algo, es la segunda vez que lo preguntas.

Jungkook ladeó la cabeza, en sus labios se dibujaba una sonrisa ligera.

—No me interesa cómo te sientes. Solo si puedes soportarlo —contestó y Jimin soltó una leve risa nasal.

—Eres un encanto.

Jungkook se inclinó ligeramente hacia el cristal que lo separaba del chofer y presionó el botón.

—Detente en la siguiente farmacia —dijo mandó .

—Sí, Pakhan —respondió el chofer sin más preguntas.

Jimin entrecerró los ojos, confundido.

—¿Qué vas a hacer? ¿Comprar vodka a esta hora?

Jungkook no respondió.

Cuando el auto se detuvo frente a una pequeña farmacia abierta las 24 horas, bajó del coche sin decir palabra. No cerró la puerta con fuerza, no hizo contacto visual. Simplemente caminó hasta desaparecer tras la puerta automática de vidrio, envuelto por la luz blanca del local.

Jimin lo observó con el ceño fruncido, quedándose mirando el asiento vacío frente a él, después observó su mano. El ardor seguía. El corte escocía cada vez que flexionaba los dedos, pero él no se quejaba. Había soportado cosas peores.

Minutos después, Jungkook regresó.

En las manos traía una bolsa de papel con gasas, tiras adhesivas, cinta quirúrgica, un pequeño frasco de alcohol, algodón... y un paquete de caramelos de menta. Nadie dijo nada

sobre eso.

Subió, cerró la puerta y le hizo una seña al chofer para que siguiera conduciendo.

—¿Qué haces? —preguntó Jimin, desconfiado, al ver cómo Jungkook dejaba todo en el asiento entre ambos y comenzaba a sacar el contenido.

—¿Qué parece que hago?

—No soy un niño —gruñó, retrocediendo un poco.

—No. Eres un Capo que necesita sus manos enteras para disparar.

Sacó la botella de alcohol, abriéndola con calma. El olor fuerte llenó el coche de inmediato, tanto que Jimin frunció la nariz.

—Puedo hacerlo yo.

—No me interesa si puedes —dijo, empapando un pedazo de algodón—. Estoy diciendo que lo haré yo.

Sin esperar más, tomó la mano herida entre las suyas. La sujetó con firmeza, pero sin brusquedad. Sus dedos eran fuertes, templados. El pulgar de Jungkook presionó justo debajo de la muñeca, inmovilizándola. Jimin apretó la mandíbula.

El primer toque del alcohol quemó como fuego.

—Tsssh... —jadeó por reflejo, bajando la mirada.

—No llores —murmuró Jungkook, limpiando con movimientos exactos—. Puedes sobrevivir al algodón.

Jimin cerró los ojos.

—Eres insoportable, ¿lo sabías?

—Lo sé, pero eso te gusta.

Jimin abrió los ojos molesto, no lo negó, aunque tampoco lo aceptó.

El vendaje fue rápido. Primero la gasa, después la cinta blanca y las tiritas adhesivas. Todo quedó limpio, seguro. Sin espacio para infecciones ni sentimentalismos. Cuando terminó, Jungkook dejó caer el último trozo de cinta quirúrgica dentro de la bolsa y cerró el frasco de alcohol.

Solo entonces soltó la mano de Jimin, sacando los caramelos de menta de la bolsa, abriéndolos y tendiendo uno pes Jimin..

—¿Y esto? —preguntó este, mirando el envoltorio.

—Para ti. Por no llorar durante la consulta.

Jimin soltó una risa ronca, pero lo tomó.

—Eres un bastardo arrogante.

Se quedaron en silencio otro momento. El auto ya se acercaba a las afueras de la ciudad, hacia la mansión de los Bratva.

—Gracias —murmuró Jimin, sin mirarlo.

Jungkook no respondió de inmediato. Se limitó a girar el rostro, solo lo suficiente para observarlo.

—No digas que curé tu mano, se supone que soy letal.

Jimin sonrió sin mostrar dientes.

—Perfecto, ahora me debes un favor. Yo no cobro los favores con cenas lujosas, Pakhan.

—¿Ah no? —Alzó las cejas—. ¿Cómo los cobras?

—Pues, si tú curaste la mía... Entonces es justo que yo también cure la tuya.

—¿Me cobrarás el favor haciéndome otro favor? —Alzó las cejas—. Que bondadoso eres.

—Voy a curarte, dame la mano.

Jungkook hizo contacto visual con Jimin, negando con la cabeza.

—No es necesario.

Pero Jimin ya se estaba inclinando hacia la bolsa de papel, sin pedir permiso.

—Yo tampoco lo pedí —replicó—. No me interesa si puedes hacerlo tú mismo. Estoy diciendo que lo haré yo.

El ruso lo miró con una ceja alzada, no por molestia, por el descaro que ahora empezaba a gustarle. Jimin sacó algodón, el frasco de alcohol y algunas gasas con la misma calma que él había visto minutos antes. Después le hizo una seña.

—Dame la mano.

Jungkook dudó

—¿Sabes hacerlo?

Jimin lo miró a los ojos, de nuevo.

—Entreno desde los seis años con cuchillas en las botas y sangre en los nudillos. Aprendí a desinfectarme con vodka barato cuando se me abrían los talones sobre el hielo. —Tomó aire—. No soy médico, pero sé hacerlo.

Jungkook dejó escapar una risa por la nariz, breve. Luego le extendió la mano con el corte del Metka, rojo, sucio en los bordes, ya un poco endurecido por el frío.

Jimin lo tomó sin vacilar.

Empapó el algodón con alcohol.

—Va a arder —le advirtió.

—Créeme que esto no es nada —replicó Jungkook en tono burlón.

Jimin apretó los labios y presionó el algodón contra la herida.

El escozor fue inmediato.

La carne reaccionó.

El músculo también.

Pero Jungkook no se movió ni un centímetro.

Jimin, en cambio, bajó la mirada. Concentrado, metódico, serio.

—Tu corte es más profundo —dijo en voz baja, mientras limpiaba con movimientos suaves pero firmes—. ¿Por qué te abriste más de lo necesario?

Jungkook no respondió enseguida.

—Para que nadie dudara.

—¿De qué?

—De mi fuerza.

Jimin no dijo nada mas, él terminó de limpiar, para al final presionar una gasa limpia sobre la herida. La fijó con cinta quirúrgica. Era menos perfecta que la que Jungkook le había

hecho, pero igual de firme. Igual de funcional.

Cuando terminó, soltó la mano y se recostó de nuevo en su asiento, sin mirarlo.

—Listo.

Jungkook observó su propia palma vendada por unos segundos. Luego, sin cambiar de expresión, dijo:

—Gracias.

Jimin lo miró, apenas.

—No lo digas. Guárdalo, es nuestro secreto. Un capo como yo no debería andar curando manos... debería cortarlas, ¿qué... no?

La voz de Jimin se fue apagando poco a poco, desvaneciéndose como una vela a punto de consumirse. Había algo extraño latiendo dentro de su pecho, pareciera que el universo le estuviera quitando el aliento sin previo aviso.

Horus.

La voz de la criatura, el lobo que compartía vínculo con su hermana, se escuchó en su mente.

" Lo siento, a pesar del vínculo... no puedo seguir..."

Un temblor invisible recorrió la espina dorsal de Jimin, helándolo hasta los huesos. Era como si alguien lo hubiese dejado caer al vacío.

—¡No! —gritó, con los ojos abiertos de par en par, brillando por las lágrimas que comenzaron a formarse sin control.

" Ella te amaba... y me hizo jurar no decirlo. Pero cuando lo descubras... debes saber que te lo ocultó a ti y a todos, por amor..."

—¿Qué cosa? —sollozó Jimin, incapaz de controlar el espasmo que se apoderaba de su cuerpo. El llanto se colaba por cada grieta de su autocontrol. Estaba roto, por dentro. Su dolor no era físico. Era memoria, era sangre, era alma.

—¿Horus...?

Y lo sintió.

El vínculo.

Quebrado.

La conexión entre su corazón y lo que quedaba de su hermana se había desvanecido por completo, la llama se había apagado de golpe.

Golpeó el asiento vacío frente a él, con las dos manos, sin cuidado de su herida. Pateó el respaldo, golpeó el techo del auto, maldijo, lloró.

Todo al mismo tiempo.

Y Jungkook, a su lado, lo miraba en silencio, sin interrumpir, sin tratar de calmarlo todavía. Lo observaba descomponerse con la dignidad de quien entiende que no todo se puede controlar. Pero no podía ignorar las feromonas. El auto estaba impregnado de tristeza pura, las ventanas se empañaban con su respiración, incluso el aire sabía a sal.

—Luca... —murmuró Jungkook, con un leve fruncir en la frente. Golpeó el vidrio que separaba el asiento trasero del chofer. Tres toques calculados. El conductor entendió la señal. El auto comenzó a reducir la velocidad.

Jimin no paraba. Gritaba, lloraba, sollozaba igual que un niño al que le habían arrancado la mitad del alma.

Es que lo habían hecho. Se la habían arrancado. Su gemela, su espejo, su otra mitad... le había ocultado secretos importantes para irse por siempre, sin avisar, sin terminar de decirle nada.

—¡Maldita sea! —exclamó, abriendo la puerta antes de que el vehículo se detuviera del todo. La nieve comenzaba a caer como cenizas. Era una noche silenciosa, rota solo por los motores distantes y el paso apurado de algunos autos.

Sin mirar atrás, Jimin corrió. Corrió directo hacia el puente más cercano, cuyas barandas de hierro se extendían sobre un río congelado. El viento le azotaba la cara, pero no le importaba. Seguía llorando a medida que los copos se derretían sobre sus mejillas ya mojadas por las lágrimas.

Jungkook bajó después. Le hizo una seña al chofer para que esperara. Sus pasos eran firmes, silenciosos. No tenía prisa. Sabía que a veces, para alcanzar a alguien herido, uno debía acercarse con más paciencia que velocidad.

Encontró a Jimin golpeando el barandal del puente, una y otra vez. Sus nudillos y la herida del Metka sangraban por encima del vendaje roto, su cuerpo temblaba por la mezcla de dolor físico y colapso emocional.

—Luca...

—¡Cierra la boca, ruso de mierda! ¡No me molestes! —gritó, sin dejar de llorar.

Jungkook no se detuvo. Llegó hasta él. Y antes de que Jimin pudiera lanzarse de nuevo contra el metal, lo rodeó con los brazos desde atrás, sujetándolo con fuerza de los antebrazos.

—Basta —dijo con firmeza—. Jimin.

Ese nombre.

Su nombre real.

No Luca, no el Capo, no el heredero de la mafia italiana.

Jimin .

El cuerpo de Jimin se paralizó por un segundo. Respiró entrecortado. Los latidos de su corazón parecían querer atravesar su pecho y no se movió. No lo empujó, no en esa ocasión.

Jungkook lo sostuvo contra su propio cuerpo, con el rostro inclinado y los labios rozándole la oreja.

—Hacer rabieta no traerá a los muertos de regreso.

—Tú no sabes nada —susurró Jimin, aunque su voz ya no tenía fuerza—. Quítate o juro que te mato.

Pero no se movió. Ni un centímetro. En lugar de eso, se dejó caer hacia atrás, apoyando el peso de su espalda contra el pecho firme de Jungkook.

—No podrías —respondió él en voz baja—. Créeme.

Las palabras flotaron entre los copos de nieve.

En ese momento, Jimin bajó los brazos, derrotado. Las manos le colgaban a los costados y su cuerpo, siempre tan recto, parecía encogerse como si fuera un animal herido. Jungkook aprovechó ese instante para girarlo con suavidad. Tomándolo por los hombros, obligándolo a enfrentarlo, a mirarlo de frente. Sus rostros estaban separados por un aliento.

—¿De qué me sirve el poder y la fortuna si no tengo a nadie para compartirlo? —soltó Jimin, con la voz rota—. Tengo a Corvo... pero Italia era... ella era...

—Tu gemela. Lo sé —susurró Jungkook y estiró la mano vendada. Sus dedos rozaron la barbilla de Jimin con ternura inusual, obligándolo a levantar la mirada.

Jimin estaba pálido, con las mejillas heladas y los labios temblorosos.

—Eres distinto a ella —dijo Jungkook—. Muy distinto.

—¿Por qué dices eso?

Jungkook inclinó la cabeza, contemplando esos ojos azules cristalinos, esas facciones delicadas cubiertas de dolor y de nieve.

—Italia no lloraba... Nunca.

—Eso me hace débil.

—Te hace humano. —Jungkook exhaló, después alejó la mano de la barbilla de Jimin, colocándola en su espalda y pegándolo a su pecho—. Lloro todo lo que quieras, esta noche no eres el capo di tutti capi, no eres amiga Nostro... Eres Jimin, llora, Jimin.

Los brazos de Jimin colgaban aún, sin fuerza. Temblaba. No lo abrazaba, pero se apoyaba. Se dejaba sostener. Sus mejillas húmedas descansaban sobre el abrigo del Pakhan, empapando la tela cara con cada lágrima que caía.

—Jimin no debería llorar frente a Artyom Terasov.

—Bueno, eso se puede arreglar. —dijo Jungkook, apretando la quijada. Su mirada se volvió hacia el río congelado a sus pies, donde la oscuridad del agua se confundía con el cielo.

—¿Cómo?

—Lloro frente a Jeon Jungkook, esta noche tampoco soy el Pakhan Artyom Terasov... Soy Jungkook, llora conmigo.

—¿Jungkook? —preguntó en medio de sollozos y las lágrimas aumentaron—. ¿Es tu identidad?

—Conozco la tuya, lo justo es que conozcas la mía. ¿No crees?

Jimin asintió.

Sus manos se movieron con torpeza, le pesaban más de lo habitual. Las levantó y rodeó la espalda del Pakhan, no con fuerza... con necesidad. Un gesto vulnerable, extraño, imperfecto y real. Se unieron en ese abrazo frágil y sin reglas. En medio de la nieve, en

medio de la oscuridad, en medio del mundo peligroso que ambos representaban pero del cual ahora escapaban, aunque fuera por minutos. Nadie los vería, nadie podría.

Ese abrazo no pertenecía a la mafia, ni al poder, ni a los pactos de sangre.

Era de Jimin, de Jungkook... y de nadie más.



Ay que bonitos ya se abrazaron. Alsjskwlwlw



[07] *Hielo y sangre*



Tres meses después del pacto.

Tres meses desde la noche de nieve, de la muerte de su padre, de su hermana, del puente congelado, del llanto que escapó de su pecho pegado al abrigo de un hombre que no le pertenecía, pero que por un instante le ofreció un lugar donde derrumbarse.

Jimin, o más bien Luca Nostro, había regresado a Italia, no como un simple heredero, regresó siendo el *Capo di tutti capi*, el nuevo rostro de una organización que se inclinaba ante su linaje y su apellido.

Desde entonces, Corvo, su primo, su sombra, su único refugio real se había encargado de moldearlo, de pulirlo como a un diamante que aún tenía impurezas. Las enseñanzas eran diarias, crudas y a menudo implacables.

—Nunca debes hablar primero, Luca —le repetía Corvo mientras caminaban por el pasillo de mármol negro de la sede en Nápoles—. El Capo no inicia, el Capo espera. El poder habla por él.

Jimin asentía, pero no siempre escuchaba. A veces, mientras sostenía una copa de vino en una cena de negocios, su mente volaba lejos... muy lejos.

Moscú.

Puente.

Nieve.

"Llora conmigo. Soy Jungkook."

Y la copa temblaba apenas entre sus dedos.

Pero en lugar de dejarse vencer por la nostalgia que le causaba el recuerdo de Jungkook, entrenaba. No lograba explicarse porque no podía dejar de pensar en ese alfa, incluso había tenido sexo con otros alfas para olvidar el simple toque de sus dedos sobre su barbilla, pero... no podía.

Todas las mañanas, al alba, bajaba a la pista privada de hielo que había mandado construir en la antigua villa familiar. Se colocaba los patines de manera profesional. Solamente sobre el hielo podía calmarse, relajarse y descansar la mente.

—Quedan cuatro meses para las olimpiadas —le recordaba su entrenador—. No puedes fallar en la presentación en solitario.

Jimin asentía y patinaba.

Saltaba, giraba, caía, volvía a girarse.

El hielo se volvía sangre, sudor, arte y castigo. A veces, cuando el filo del patín rozaba la superficie con la fuerza justa, le parecía que escuchaba otra voz además de la suya.

"¿Te parece injusto?"

"Llora conmigo, Jimin."

Y patinaba más fuerte, tratando de escapar de ese recuerdo clavado en su pecho.

Por las tardes, volvía al cuartel general de los Nostro. Corvo lo esperaba con informes, con mapas, con contratos ilegales y con fotos de enemigos a eliminar. Las decisiones que tomaba no eran vistas con recelo: Se le respetaba. Lo llamaban por su nombre de mafia con reverencia.

—Capo, hay un cargamento que interceptar en Palermo. El clan del sur se niega a pagar lo acordado.

—Que uno de sus barcos desaparezca en altamar —decía sin levantar la vista de sus papeles.

Era calculador, era firme.

Pero por las noches, cuando se encerraba en su habitación, cuando el silencio caía sobre los pasillos, sus dedos alcanzaban una caja pequeña guardada en su mesita de noche. Dentro, entre documentos falsos y una daga, había algo que no debería estar allí. Una fotografía vieja de su familia... Él, su padre y su hermana, con sus tres lobos frente a ellos.

Cerraba los ojos y recordaba el olor del abrigo familiar, la textura de sus voces y maldecía en silencio, porque aunque los amaba no les perdonaba las mentiras, la exclusión.



Mediolanum Forum, Milán.

El estadio cerrado permanecía en completo silencio. Las luces bañaban la pista como si una luna artificial flotara sobre ella. Un único cuerpo se desplazaba con violencia, rapidez y elegancia sobre el hielo, dejando marcas precisas, afiladas, expertas.

Park Jimin.

El ángel del hielo.

Aunque otros preferían llamarlo; el príncipe del hielo.

Vestido completamente de negro, desde los patines hasta el cuello alto de su traje de manga larga, ajustado como una segunda piel. Cada centímetro de su cuerpo, muslos definidos, espalda amplia, cintura diminuta, brazos marcados por el entrenamiento, se movía con exactitud milimétrica, con la fluidez de alguien que no conocía la duda ni la debilidad.

Despedir a su antiguo entrenador había sido un acto tan necesario como simbólico. Aunque dijera que su hermana le había ordenado que le revelara su identidad al Pakhan ruso no podía darse el lujo de confiar en él.

—Desháganse de él. —Había ordenado.

El cadáver apareció días después, flotando boca abajo en el lago Como. Los tobillos triturados. Un mensaje para cualquiera que pensara que Luca aún era el niño heredero que una vez patinó por amor. Ahora patinaba por poder.

Y el hielo lo respetaba.

En su lugar, contrató al mejor entrenador del mundo. Un técnico extranjero, implacable, casi inhumano. Ambos hablaban poco. Solo lo necesario, pero cuerpos se entendían a otro nivel. Ahora entrenaba con música. Aún así los sonidos secos de las cuchillas sobre el hielo taladraban sus oídos al igual que su respiración tensa, del cuerpo desafiando la física con cada salto.

Saltaba.

Giraba.

Caía.

Se levantaba.

En una combinación de pasos impecables, Jimin rozó el filo interior, bajó el centro de gravedad, y se impulsó en un cuádruple salchow. Su cuerpo rotó en el aire con una precisión brutal, elegante. Cayó con el peso exacto sobre el patín derecho, ni un milímetro de más, ni uno de menos.

—Otra vez —ordenó el entrenador desde las gradas, sin emoción—. Ahora desde la entrada Lutz. Las caderas deben estar más alineadas.

Jimin asintió, sin hablar. No cuestionaba cuando se trataba de patinaje, si tenía al mejor entrenador del mundo lo obedecería.

Volvió al centro. Esta vez su expresión era de hielo puro. Ni una emoción, ni un destello de humanidad. Solo concentración. El dominio del cuerpo era total: su espalda fuerte sostenía el impulso, sus brazos se abrían hermosamente, sus piernas marcaban el ritmo con una belleza hipnótica.

Era fuerza

Era técnica perfecta.

Era arte fabricado sobre dolor.

Cuando el cronómetro marcó los tres minutos de descanso, Jimin deslizó su cuerpo hacia la orilla. No jadeaba, ni se tambaleaba. Tomó una botella de agua, dio dos sorbos y estiró las muñecas.

Sus guantes estaban húmedos de escarcha. Su piel brillaba de sudor bajo la tela ajustada. Parecía una figura esculpida para conquistar el hielo, no para buscar consuelo en nadie.

Cerró los ojos un instante.

Vacío.

Ni un pensamiento intruso. Ni un recuerdo.

Solo la próxima rutina.

Solo las olimpiadas.

Solo la victoria.

Cuando el entrenador marcó el tiempo, Jimin ya estaba de pie, de nuevo en posición, con los ojos clavados en el horizonte de la pista.

Y cuando giró, cuando voló, cuando su cuerpo se elevó por encima del hielo como un halcón negro, la única cosa que cruzó su mente fue una frase grabada en él como una orden de vida:

" No sonrías. Aquí, nadie sonríe hasta que lo hagas perfecto."

Y él no sonrió.

Porque ahora, ni siquiera era Jimin.

Era Luca Nostro.

Era poder.

Era hielo.

El cronómetro marcó el final del bloque. Jimin se desplazó con gracia hasta el borde de la pista. El sonido de sus patines negros sobre el hielo era lo único que se oía en el estadio semivacío.

—Diez minutos de descanso —dijo el entrenador sin mirarlo.

Jimin no respondió. Se quitó uno de los guantes para estirar los dedos adoloridos. Se sentó en uno de los bancos junto a la pista y tomó un trago largo de agua. El líquido frío le resbaló por el cuello, empapando parte del traje oscuro que se pegaba aún más a su piel.

Sus músculos estaban tensos, marcados por el esfuerzo. El negro del conjunto resaltaba el pálido tono de su piel y la perfección de su silueta: hombros anchos, espalda poderosa, abdomen tallado en líneas firmes, piernas torneadas por años de saltos, caídas y resistencias.

Cerró los ojos por un instante, no para descansar, para visualizar la siguiente secuencia.

Fue entonces que escuchó el sonido de otros patines entrando en la pista.

—No sabía que los prodigios tomaban descansos —dijo una voz con acento italiano.

Jimin giró el rostro con lentitud. Reconoció de inmediato la silueta de Matteo Bellandi, su compatriota y rival desde los circuitos juveniles. Más alto, de complexión sólida, cabello castaño claro y una sonrisa que siempre parecía al borde del sarcasmo.

Vestía de blanco y gris. Elegante. Limpio.

—Algunos entrenamos más porque no confiamos en el talento —respondió Jimin sin cambiar la expresión.

Matteo rio entre dientes, comenzó a calentar con suaves deslizamientos.

—Pensé que entrenabas en Nápoles.

—Cambio de escenario.

—¿Y de entrenador? —Matteo lo miró con atención—. Escuché rumores.

—Los rumores mueren con el hielo —dijo Jimin, volviéndose a poner los guantes.

Matteo no insistió. Giró sobre sí mismo, tomando velocidad. Jimin lo observó.

Se retaban sin necesidad de palabras.

Matteo ejecutó una combinación de pasos con giro interior, luego un bracket limpio y cerró con una espiral perfecta. Jimin no reaccionó al principio. Después entró a la pista, sin prisa. Imitó los movimientos, pero más veloz, más limpio. Un filo que cortaba sin piedad.

El italiano sonrió con una ceja alzada.

—¿Un poco de improvisación?

—Cuando quieras —respondió Jimin.

Y así comenzó.

Una batalla no declarada sobre el hielo.

Saltos, vueltas, espirales, cuces casi rozando los cuerpos.

El Mediolanum Forum, vacío, se convirtió en un coliseo sin público. Solo el juicio del hielo.

Matteo intentó cerrar con un cuádruple salchow. Voló... pero el eje se desvió. Cayó con un golpe que rebotó como un latido en el aire.

Jimin frenó justo frente a él.

Extendió la mano. Sin burla y sin orgullo, simplemente respeto técnico.

Matteo lo miró desde el suelo, molesto.

—Estoy bien —espetó, rechazando la ayuda.

Se incorporó solo, empapado de ego herido.

Jimin lo miró durante dos segundos más, sin cambiar el gesto y luego giró, patinando de vuelta al extremo opuesto.

—Cinco minutos y realizas de nuevo la rutina, última vez y te vas a casa... por hoy —marcó el entrenador desde lo alto.

Jimin volvió a la posición.

Las luces superiores creaban un círculo perfecto de claridad alrededor de la figura central: Park Jimin, vestido de negro, flotando sobre la superficie helada con la gracia de una criatura celestial.

En ese momento la puerta principal del estadio se abrió con un chirrido respetuoso.

El sonido de pasos firmes y calculados se propagó sobre las baldosas, al mismo tiempo que seis hombres de trajes oscuros y auriculares invisibles entraron en formación cerrada, separándose en dos líneas hacia los extremos del pasillo. En medio, avanzaba una figura de negro absoluto.

Artyom Terasov.

El Pakhan de los Solntsevskaia Bratva.

Un demonio elegante envuelto en un traje italiano a medida, con el abrigo largo danzándole levemente tras las piernas. Su cabello oscuro caía ordenado sobre la frente y sus ojos, del mismo negro que la tinta más antigua, brillaban con una intensidad quieta.

Se detuvo al llegar a la baranda que daba vista directa a la pista de hielo.

A sus espaldas, uno de sus hombres se acercó al entrenador de Jimin con discreción.

—El Foro ha sido reservado. Necesitamos que todos salgan —ordenó, sin margen de discusión.

—¿Qué? ¡Imposible! ¡Jimin está en la mitad de una...

—Ahora —repitió el hombre. Su mano apenas se movió, pero lo suficiente para que otro escolta mostrara el brillo metálico de un arma oculta.

El entrenador calló. Tragó saliva y asintió.

Uno a uno, los asistentes, el personal del hielo, incluso Matteo Bellandi que todavía estaba resentido por la derrota que Jimin le propinó minutos antes, fueron escoltados fuera del estadio. Nadie se atrevió a preguntar. Nadie quería problemas con esos hombres armados.

En cuestión de minutos, el Mediolanum Forum quedó desierto, solamente se encontraba Jungkook... y Jimin, aunque este último estaba doble la pista, ajeno a los ojos que lo observaban desde las sombras.

Jungkook se quitó los guantes lentamente. Su palma aún conservaba la delgada cicatriz del ritual del Metka. La miró por un instante, luego volvió a posar la vista sobre el hielo.

Park Jimin, el cuerpo que recordaba apretado contra su pecho en un puente nevado.
Park Jimin, el capo que no parecía un capo cuando patinaba, sino algo sagrado.

Vestido completamente de negro, el omega flotaba sobre la pista con una elegancia que desafiaba el mundo al que ambos pertenecían.

Cada giro y cada salto hipnotizaban más a Jungkook que el anterior, la tela ceñida delineaba un cuerpo sin errores: espalda firme, abdomen cincelado, piernas poderosas como columnas de mármol.

Y la cara.

Esa cara...

Congelada en concentración, perfecta en líneas, en expresividad, en pureza.

Jimin caía con elegancia.

Y Jungkook no parpadeó.

Su mandíbula se tensó, sus pupilas se dilataron. Era belleza, sí, pero también dominio, fuerza y dolor en movimiento. Una violencia transformada en arte.

El aire de Milán no olía a pólvora.

Olía a arte.

El violín en la pista alcanzó su clímax.

Jimin ejecutó un cuádruple giro cerrado en el aire, cayendo con un suspiro suave sobre la cuchilla izquierda. Giró, frenó, bajó lentamente en un ángulo de reverencia.

El hielo guardó silencio.

Y entonces...

Aplausos.

Lentos.

Contundentes.

Jimin levantó la cabeza.

Sorprendido porque ese nuevo entrenador nunca aplaudía.

Giró lentamente hacia el origen del sonido.

Y allí estaba.

Él .

Apoyado contra la baranda, sin escoltas a la vista, sin amenazas, sin palabras.

El Pakhan.

Jeon Jungkook.

Con la mirada fija en él.

El pecho de Jimin subía y bajaba.
El sudor le resbalaba por la sien.
Sus ojos, abiertos por la sorpresa, se clavaron en los del ruso.

—¿Tú? —susurró Jimin, apenas audiblemente, entre jadeos.

Dejó que sus patines lo deslizaran hasta el borde. Apoyó las manos en la baranda, sudoroso, agitado, con el cabello pegado a la frente.

—¿Vas a quedarte ahí como un acosador elegante o planeas decir algo, Artyom?

Jungkook lo miró desde arriba.

—Corvo me dijo que entrenabas aquí. Iba de paso.

—Claro —replicó Jimin con una sonrisa descarada—. Porque Milán está de paso entre Moscú y el infierno.

Jungkook ignoró la provocación.

—No pensé que patinaras así.

—¿Así cómo?

—Como si no fueras el Capo di tutti capi.

Jimin sonrió, amplio, mostrando dientes perfectos. Se impulsó, saltando fuera de la pista con un giro natural. Cayó a centímetros del ruso, apenas más bajo que él, con el pecho aún alzándose por el esfuerzo.

—¿Te gustó lo que viste?

Jungkook no respondió. Solo lo observó.

Entonces, Jimin avanzó un paso más.

—Es la primera vez que me ves, ¿cierto? Digo... verme realmente. No con armas de por medio. No con nieve en el rostro, ni con sangre en las manos.

—Sí —admitió Jungkook, con voz baja.

—Y, dime... ¿cumplí con tus expectativas o esperabas a alguien más torpe y más mafioso?

—Esperaba algo más frío —dijo, con honestidad amarga—. Pero resultó demasiado... hermoso.

El silencio los rodeó por unos segundos.

Jimin lo sostuvo con la mirada y después se dio la vuelta.

—¿Entonces? —preguntó Jimin sin girarse, con la espalda aún hacia él mientras recogía la toalla negra que había dejado sobre la baranda—. ¿Cuál es la verdadera razón por la que estás en Italia?

Jungkook era muchas cosas, pero nunca precipitado. Medía cada palabra como si con una sílaba mal dicha pudieran estallar las fronteras del mundo.

—Como dije, iba de paso —repitió con tono neutro.

Jimin se giró hacia él con lentitud, secándose el cuello y la nuca. Las gotas de sudor aún descendían por la línea definida de su mandíbula. Sus ojos azules brillaban con algo más que provocación. Algo más que burla.

—Oh, claro... —sonrió con fingida comprensión—. Porque seguro ibas de paso por Milán con un avión privado, ocho escoltas armados y un abrigo de cinco mil euros para ver casualmente a un patinador olímpico que por casualidad resulta ser el Capo de Italia.

Jungkook alzó una ceja.

—Tenía ganas de... turismo —dijo al fin.

Jimin estalló en una carcajada breve y elegante. Una risa cortante, deliciosa y peligrosa.

—¿Turismo? —Ladeó la cabeza, divirtiéndose con la situación.

—¿No es Milán la capital de la moda? —añadió con absoluta seriedad, como si fuese la excusa más lógica y legítima.

—Claro, claro... viniste por una bufanda de cachemira y encontraste a uno de tus aliados haciendo piruetas sobre hielo. Todo muy casual, Pakhan.

—No me llames así —dijo Jungkook, de pronto, con un tono más áspero.

Jimin parpadeó.

—¿Así cómo?

—Pakhan.

Jimin lo miró fijo. No respondió enseguida. Solo se acercó otro paso, quedando de nuevo tan cerca que podía contarle las pestañas.

—¿Por qué? Eso es lo que eres, eso es lo que nos vincula.

Jungkook tensó la mandíbula y Jimin avanzó hacia la banca en donde estaban sus tenis, se sentó para quitarse los patines. Jungkook lo siguió con pasos lentos.

—Déjame adivinar —musitó con voz más baja—. Vas a quedarte otro rato en Italia porque... ¿necesitas zapatos nuevos?

—Zapatos, bufandas, alguna pintura. Tal vez un té raro —enumeró Jungkook, secamente.

—Y ya que estás aquí... te quedarás cerca de la pista. Cerca de mí. Solo... por precaución. ¿Verdad?

—Eso depende —replicó el ruso.

—¿De qué? —preguntó al quitarse el primer patín, se sentía como la gloria descansar los pies.

—¿Te molesta?

—¿Tener al gran Pakhan de visita? —preguntó sin mirarlo. Por supuesto que no le molestaba, pero le causaba intriga.

—Ajá.

—No me molesta —contestó quitándose el segundo patin y poniéndose finalmente ambos tenis, después alzó el rostro para ver a Jungkook—. Pero ya dime en serio, ¿a qué vienes? ¿Pasó algo?

Jungkook exhaló.

—¿Siempre entrenas con esa ropa ceñida al cuerpo? Con un poco de imaginación podría verte desnudo.

—Que morboso eres —dijo al ponerse de pie.

—Cámbiate. Hablemos en otro lugar, te invito a comer.

—Rechazo tu invitación, pero no me mal entiendas, no es que no quiera. Se trata de Mirabella.

—¿Qué le pasa a Mirabella?

—Ella solo come de mis manos. —Encorvó los hombros—. Tengo que regresar a casa para alimentarla.

—Ya veo.

—Sé que parece un pretexto, pero no lo es. —Sonrió—. Si quieres... Te invito a mi casa, después de todo yo ya he ido a la tuya, me quedé allá quince días. Puedes ir a comer a la mía.

—Bien.

—Iré a cambiarme.

Y sin decir más, se giró con elegancia, caminando de regreso al pasillo que lo llevaría a los vestidores, la toalla aún sobre sus hombros, el cuerpo impecable marcado por el entrenamiento y la belleza, como si no cargara con los secretos de toda la mafia italiana sobre sus hombros.

Jungkook lo observó hasta que desapareció entre los muros blancos.

Y no se movió.



—Estamos en Italia —dijo Jimin de pronto, ya llevaba puestos un abrigo y unos pantalones al último grito de la moda, mientras cruzaban la puerta principal del estadio.

Jungkook lo miró de reojo.

—¿Y eso qué significa?

Jimin sacó las llaves de su abrigo, un llavero negro con el emblema de los Nostro grabado en acero pulido tintineó con discreta elegancia.

—Que hoy no conducen tus hombres... Hoy vamos en mi coche. —Giró la cabeza con una sonrisa arrogante—. Y tú vas de copiloto.

Jungkook entrecerró los ojos, pero no dijo nada. Lo siguió sin objeciones hasta el estacionamiento privado donde un *Aston Martin DB11 negro azabach* e relucía bajo la luz artificial del techo.

Jimin se acomodó en el asiento del conductor como si esa máquina fuera una extensión natural de su cuerpo. Jungkook ocupó el lugar del copiloto con la misma calma peligrosa con la que suele armar un arma automática.

—Cinturón —ordenó Jimin, con una sonrisa ladeada al encender el motor.

El ronroneo del motor llenó el silencio entre ambos. Detrás de ellos, diez autos para nada discretos con cristales polarizados se acomodaron en fila: cinco con placas falsas italianas, lleno de soldati de los Nostro, y otros cinco, con la insignia velada de los Bratva, que habían llegado esa misma mañana desde Moscú.

La caravana avanzó por las avenidas de Milán igual a un desfile de sombras silenciosas. Jimin conducía rápido, con una mano sobre el volante y la otra en la palanca de cambios, el cabello aún algo húmedo, el rostro sin rastro de miedo.

Jungkook lo observaba de reojo.

La forma en que fruncía el ceño ante un semáforo en rojo. Cómo inclinaba la cabeza al cambiar de marcha. Sus dedos golpeando el cuero con un ritmo que no obedecía a la música, sino a su propio corazón.

—Conduces como si quisieras morir —murmuró el ruso.

—¿Te da miedo?

—Para nada.

La Villa Nostro se alzaba a las afueras de la ciudad, entre viñedos privados y pinos centenarios, oculta por muros de piedra gris y decorada con esculturas de mármol de estilo barroco. La entrada se abrió sin necesidad de que tocaran el claxon; ya esperaban al Capo.

Cuando el coche se detuvo frente a la escalinata, al menos cuatro empleados vestidos de negro salieron de inmediato a recibirlos.

—Benvenuto, Signore Luca —dijeron al unísono, inclinándose.

Jimin bajó primero, girando el rostro hacia el asiento del copiloto.

—¿Vienes o vas a quedarte admirando el salpicadero?

Jungkook salió del coche con la misma elegancia con la que empuña una pistola. Detrás de ellos, los escoltas descendieron y se quedaron esperando en posición de guardia, sin traspasar el umbral principal.

Caminaron juntos por el largo corredor de piedra clara hasta llegar al comedor principal, una sala inmensa con una mesa de doce puestos, candelabros de cristal y cortinas de terciopelo azul marino.

Pero lo más llamativo no era la decoración.

Era Mirabella, sentada ya en uno de los extremos de la mesa, su lomo blanco reluciendo con el sol que entraba por las ventanas altas. Mantenía la cabeza erguida, los ojos azules fijos en Jungkook desde el instante en que cruzó la puerta.

—Te está analizando —murmuró Jimin mientras se sacaba el abrigo y lo colgaba en el respaldo de su silla—. Si no te ataca en los próximos cinco minutos, eres afortunado.

—¿Siempre come en la mesa?

—Es una pequeña diva —respondió Jimin con una sonrisa enigmática—. No come si no le doy en la boca.

Jungkook se detuvo, mirando a la loba con atención. Después inclinó levemente la cabeza, en una muestra de respeto casi imperial.

Mirabella parpadeó... después se estiró, sin mostrar señales de alarma.

—Los lobos se parecen a su dueño, eso significa que también eres un...

—Cuida tus palabras, Mirabella podría ofenderse y no tienes a Lupus contigo para que te defienda —dijo Jimin, sentándose junto a su loba.

Frente a él, un plato más ya estaba servido. La porcelana era blanca con bordes dorados. El vino rojo ya respiraba en las copas. Pan recién horneado, tres tipos de quesos italianos, carne sazónada. Todo impecablemente preparado.

—Le dije a mi gente que sirvieran un plato extra —dijo, rompiendo el pan—. Quítate el abrigo, toma asiento.

Jimin tomó la copa y bebió un sorbo antes de apoyarse en el respaldo de la silla.

—¿Qué le pasó a ese ciervo llorón?

—Nunca he sido un ciervo llorón, solo estaba abrumado cuando nos conocimos. Hoy... Estoy mejor.

—Pareces contento con tu nueva vida.

—Mi vida no cambió mucho, lo único distinto es la mafia y la verdad estoy disfrutando. Corvo me enseña bien y los consejos que me diste en Rusia también sirvieron. Abre grande preciosa —le dijo a Mirabella, dándole un trozo de filete en la boca con un tenedor más grande de lo común, la loba comenzó a comer.

—Pensé que era broma eso de que comía solo de tus manos —dijo Jungkook conteniendo la risa.

—Te dije que es una diva, ella solo come de mis manos, si no vengo a la hora de la comida no come y no quiero que enferme. Ni siquiera mis empleados o Corvo pueden alimentarla, es difícil esa parte con...

Jungkook se puso de pie, extendiéndole a Mirabella una pierna de lo que parecía ser pavo. La loba gruñó bajito, olfateó la mano de Jungkook y luego tomó el pavo.

—Mmm... ¿Difícil?

La voz de Jungkook sonó grave, desafiante. Mirabella devoraba con calma el trozo que él mismo le había entregado. La loba que se suponía letal había aceptado a un forastero en su mesa. Jimin lo observó en completo silencio por unos segundos, con el codo apoyado en la mesa y la copa de vino suspendida a mitad del trayecto hacia sus labios.

— *Madonna santa...* —susurró por lo bajo, en italiano, con un deje de genuina sorpresa—. No pensé que fueras a intentarlo... mucho menos que ella aceptara.

Jungkook volvió a sentarse sin ningún gesto triunfal, como si lo que acababa de hacer no fuera una proeza digna de leyenda.

—Todos hacen lo que quiero, los hombres, las mujeres y los lobos —dijo, tomando su copa de vino por primera vez.

Jimin alzó ambas cejas con gesto dramático.

—¿Esa fue una frase amenazante o seductora? —preguntó, recargando el mentón sobre la palma de su mano, con esa sonrisa burlona que le recorría los labios.

—Puedes interpretarla como quieras.

— *Che uomo complicato.* .. —musitó Jimin, moviendo la cabeza con una sonrisa entre dientes mientras cortaba un trozo de carne.

El silencio que siguió no era incómodo, era uno de esos silencios que solo puede nacer entre dos personas que guardan secretos juntos.

—¿Sabes? —Jimin retomó, hablando con voz suave mientras alimentaba de nuevo a Mirabella—. Desde que volví, nadie me mira a los ojos como tú lo haces.

Jungkook ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque todos me temen —respondió—. Incluso Corvo, aunque se niegue a admitirlo, me mira como se mira a un cuchillo afilado. Con respeto... pero también con cuidado.

—¿Y yo?

—Tú me miras como si fuera una persona común y corriente, no me miras con ni una pizca de miedo.

—Es porque no te tengo miedo.

—¿De verdad? Podría ordenar que te maten justo ahora, incluso Mirabella lo haría. ¿Verdad preciosa?

" *Por supuesto, Mimi*"

Contestó su loba.

—Mirabella no me haría daño —dijo Jungkook—. Puedo usar mi voz de mando con ella en caso de querer.

—¿Eso crees? —Jimin alzó las cejas—. Somos Omega Lupus, no recibimos órdenes de ningún alfa.

—Soy Alfa Lupus, ¿lo olvidas?

—¿Será esa la razón por la que mi preciosa aceptó tu comida?

—Tal vez le gusto.

—Imposible.

—¿Por qué sería imposible?

—Porque si le gustas a mi lobo, eso significaría que también me gustas a mí y no me gustas.

—Mentiroso, por supuesto que te gusto.

—¿Qué? —Jimin puso mueca de asco.

—Eres buen actor, deberías considerar actuar en lugar de patinar sobre hielo. Tengo contactos en Hollywood.

—Deja de bromear y ya dime a qué viniste a Italia, ¿sucedio algo con los miembros del Metka? Aunque no parezca estoy nervioso, no eres cualquier sujeto. Eres el Pakhan ruso y estás bajo mi techo...

—No estoy bromeando —dijo Jungkook, partiendo su filete con toda propiedad. Después se llevó un trozo a la boca—. Estuve pensando en ti... más de lo que me gustaría admitir —dijo eso último más bajito, pero de todos modos Jimin lo escuchó.

—¿Pensando en mí? ¿Por qué? ¿Por qué se tu verdadera identidad? Guardaré el secreto, descuida.

—Llevó una vida sexual muy activa, Jimin.

—¡Wow! —ironizó con una risa seca—. Creo que ya te estás desviando bastante del tema.

—No, no —alzó una mano, pidiendo que lo dejara continuar—. Escucha.

—Si vas a hablar de cosas privadas, prefiero cambiar el tema de conversación...

—Lo que quiero decir es que ninguna de las personas con las que he estado estas últimas semanas ha logrado saciarme. —Hizo una pausa, se sirvió más vino—. Eso es porque no dejo de pensar en ti.

Jimin lo miró como si acabara de soltar la confesión más absurda del mundo.

—Eres un sucio...

—¿Por qué?

—¿Viajaste desde Rusia hasta Italia porque quieres follar conmigo? —Soltó una carcajada escandalosa y elegante—. No soy un chico fácil, eh.

—No precisamente...

—¿No? Porque es lo que estoy entendiendo.

—¿Tú no has pensado en mí? —preguntó con voz más baja—. Porque si te soy sincero, no dejo de pensar en tus estúpidos ojos azules y en esa noche.

—¿Acabas de decir que mis ojos son estúpidos? —preguntó alzando una ceja, ofendido.

—Sé serio, por favor.

—No puedo serlo contigo diciendo tonterías.

—Me gustas, ¿eso es una tontería? No puedo tener un buen sexo porque aparecen tus ojos de la nada, ¿eso es una tontería? Vine desde Rusia para verte porque quería comprobarme a mí mismo que no siento nada por ti, ¿eso es una tontería?

Jimin guardó silencio. Solo movió los dedos sobre el tallo de la copa.

—¿Y sientes algo por mí?

—No te amo —confesó con brutal honestidad.

—Pff... Pues claro, yo tampoco te amo —respondió sin rastro de romanticismo.

—Pero tengo una severa atracción por ti... Quizás es porque ambos somos Lupus.

—No es eso. —Sonrió de lado—. Es porque soy divino, pero aceptaré tu excusa.

—También te gusto —afirmó Jungkook—. Por eso Mirabella me aceptó la comida.

—Mmm... Puede ser una ligera atracción. Gustar es una palabra fuerte.

—Vamos a besarnos, así lo sabremos.

Jimin dejó la copa en la mesa con calma.

—Sí que eres directo.

—Lo soy.

—Vamos a dejar un par de cosas en claro —dijo Jimin y Mirabella, recostada a su lado, soltó un bufido como si participara del diálogo—. ¿Estás aquí como Artyom o como Jungkook?

Hubo una pausa. Jungkook lo pensó antes de contestar.

—Como ambos —dijo por fin—. Pero es Jungkook quien no deja de pensar en ti.

—Ya veo. Entonces no puedo besarte —Jimin entrecerró los ojos—. Porque si vienes como Jungkook, supongo que vienes a buscar a Jimin, a mi verdadero yo y no a Luca. ¿Me equivoco?

—Estás en lo cierto.

—Pues no puedo hacerlo... Tal vez Luca lo haría, para cerrar un trato, para sellar un pacto. Pero Jimin... —Jimin sonrió, sin pena, sin miedo—. Jimin quiere ser conquistado. No comprado, no usado. Con-quis-ta-do —deletreó eso último.

—¿Estás diciendo que me deseas, pero quieres verme sufrir un poco por ti?

—Algo así. Quiero saber qué tanto te intereso. Cuánto estás dispuesto a dar por mí, soy alguien cotizado.

—O podría usar mi voz de mando ahora mismo... y obligarte a hacer lo que yo quiera —advirtió Jungkook, con un destello oscuro en los ojos.

" Es guapo, pero es un tonto "

Dijo Mirabella y Jimin soltó una leve risita.

—Podrías —Jimin se encogió de hombros—. Pero no sería real. Y tú eres un hombre que, por mucho poder que tenga, desprecia lo falso. ¿No es así?

—¿Qué opina Mirabella sobre esto?

Jimin giró la cabeza y miró a su loba. Mirabella bostezó, saltó de su asiento, después apoyó su enorme lomo contra el muslo del rubio.

—Ella cree que eres un tonto... —Jimin sonrió—. Pero le agradas.

—¿Y tú?

—Yo también te creo un tonto. —Continuó partiendo su carne—. Al menos en esto de las conquistas, fue demasiado directo decir que te gusto y pedir un beso así de la nada.

—¿Y eso no te atrae?

Jimin se mordió el labio inferior.

—Me parece adorable ver al gran Pakhan de los Bratva complicarse por cosas románticas y de seducción, pero ser buen estratega en cuanto a mafia.

Jungkook parpadeó una sola vez. Sus dedos aún sostenían los cubiertos, pero su mandíbula se tensó.

—No vuelvas a hacer eso —dijo.

Jimin ladeó el rostro, inocente, angelical.

—¿Decir verdades?

—No —Jungkook tragó saliva, apenas perceptible. Bajó lentamente los cubiertos sobre la mesa, los ojos aún fijos en esa boca.

—¿Entonces qué?

—Morderte el labio. No lo hagas.

Jimin levantó una ceja. El atrevimiento se volvió más tangible en su sonrisa, esa sonrisa que comenzaba en la comisura de sus labios y se extendía como una provocación.

—¿Por qué? ¿Te pone nervioso?

Mostró sus dientes blancos con una sonrisa amplia, descarada. Y antes de obtener respuesta, volvió a hacerlo: se mordió el labio inferior con fuerza medida, lenta, deliberada. Un gesto simple, pero invadido de intención.

Ese fue el punto de quiebre.

Jungkook se levantó tan rápido que su silla se deslizó hacia atrás con un golpe sobre el suelo de mármol. Rodeó la mesa sin vacilar, todo a causa de ese maldito gesto. Jimin ni se movió, lo esperaba.

Jungkook llegó. Le tomó la nuca con una mano firme, sus dedos se enterraron entre los cabellos rubios y sedosos, mientras con la otra mano lo sujetó por el cuello de la camisa, alzándolo ligeramente sin esfuerzo alguno, como si pesara lo mismo que una hoja de papel.

—Eres insoportable... —susurró, con voz áspera, vibrando entre ambos.

Y lo besó.

No fue un beso suave, ni fue dulce. Fue brutal, impetuoso, Todo lo que había callado durante tres meses se volcó en ese instante. Fue un choque de bocas, de alientos, de frustración acumulada. Jungkook lo devoró sin pedir permiso, besándolo con la desesperación de quien ha tenido hambre y por fin prueba el único manjar que anhelaba.

Jimin no se resistió.

De hecho, respondió. Su mano subió al pecho del Pakhan, cerrándose sobre la solapa de su abrigo con fuerza. Sus labios se abrieron bajo los de Jungkook, aceptando cada embestida de lengua, cada mordida leve, cada caricia disfrazada de guerra. El aire se volvió más denso entre ellos, impregnado del aroma de ambos, mezclando feromonas y deseo.

Mirabella, levantó la cabeza y observó la escena sin emitir un solo sonido. Sus ojos azules, parpadearon una sola vez, entendiendo todo. No ladró, no bufó. Sabía lo que significaba. Lo comprendía.

Jimin estaba aceptando el beso. No solo lo permitía, lo deseaba.

Cuando Jungkook se apartó, con los labios aún rozando los de él, las mejillas de Jimin estaban encendidas, el labio inferior húmedo, levemente enrojecido.

—Eres un idiota —murmuró Jimin con la voz entrecortada.

—Tal vez... —susurró Jungkook, sin soltarlo del todo—. Pero soy un idiota que no puede dejar de pensar en ti.

El silencio que siguió fue eléctrico era algo que ni siquiera el poder de sus apellidos podía controlar.

Jimin bajó la mirada unos segundos, luego lo miró de nuevo.

—La próxima vez... —dijo, con una sonrisa ladina—. Bésame con más fuerza. O no lo hagas en absoluto.

Jungkook sonrió... no con los labios, sonrió con la mirada, desde el alma.



Ooooookay, hoy me desvele hasta las 4:20 AM escribiendo esto porque me emocioné, cuando acordé ya tenía 10mil palabras escritas y así salieron dos capítulos. Espero que les esté gustando la historia. ¡Nos leemos el próximo domingo!

Disculpen la demora, como tengo otras historias en emisión apenas me ajusta el tiempo!

Meta para estos dos capítulos: 200 comentarios y 200 votos (ojo es una meta, de igual manera actualizaré si no se llega)

[08] *Cosas claras*



La comida terminó sin más besos, pero con muchas miradas. Jungkook, no se quedó mucho más. Se levantó de la mesa después de un espresso oscuro, Jimin lo acompañó en silencio, siguiéndolo a la puerta principal de su mansión con pasos elegantes semejantes a los de una garza. Cuando Jungkook cruzó el umbral de la puerta, Jimin soltó un comentario mordaz sobre lo poco romántico que era.

—¿Siempre haces visitas de media hora y un beso? —preguntó, cruzado de brazos, apoyado en el umbral de la puerta.

Jungkook se detuvo, dio media vuelta y avanzó de regreso hacia Jimin.

—Es suficiente para dejarte pensando en mí —respondió con una sonrisa torcida mientras se ajustaba los guantes de cuero negro—. Dejé unas cosas pendientes en Moscú y tengo que volver.

—Entonces no viniste de turista, te pillé en la mentira.

—Creí que lo habías notado desde que nos besamos.

—Dime a lo que viniste, con todas sus letras —dijo acercándose a Jungkook, colocando ambas manos encima del abrigo del ruso.

—¿Por qué quieres que lo diga?

—Baff. —Jimin rodó los ojos—. ¿Al Pakhan le da miedo decir algo tan sencillo como eso?

—No me da miedo nada, *Jimin* —dijo su nombre más bajito, inclinando un poquito el rostro para quedar más cerca de él.

—Demuéstralo.

—Viajé de Moscú a Italia para verte porque no puedo dejar de pensar en ti. ¿Eso es lo que querías escuchar?

—No es que lo quiera escuchar... —Las mejillas de Jimin se ruborizaron de manera notoria—. Me gustan las cosas claras.

Jungkook tenía dibujada una fina línea en los labios, no tenía expresión, pero en sus ojos se notaba el deseo por ese omega frente a él. Exhaló, deslizándose su mano por la espalda baja de Jimin, pegándolo más a su cuerpo.

—Conmigo las cosas siempre serán claras —dijo con voz ronca y profunda.

—Dime que no te gustan las relaciones poliamorosas porque no me gusta compartir y soy celoso en extremo. —La sonrisa de Jimin era peligrosa después de decir eso.

—¿Todavía no somos nada y ya estás marcando territorio?

Todavía .

Eso significaba que el Pakhan quería tener algo más que una relación divertida con Jimin... ¿qué clase de relación quería tener?

—Te dije que me gustan las cosas claras —le recordó Jimin, ladeando la cabeza—, y saber si tu plan conmigo es estar dándonos besos simples cada vez que nos veamos, pero follar con otros cuando el otro no esté... o si vas por un camino diferente.

Jungkook soltó una carcajada elegante, después afirmó más la mano sobre la espalda baja de Jimin mientras que con el dedo índice lo tomaba de la barbilla, levantándole el rostro para verlo muy de cerca.

—¿Quieres claridad? —Sus ojos oscuros brillaron—. Me gusta tu cuerpo, me gusta tu aroma, pienso en ti todo el tiempo y yo... No comparto. ¿Entiendes?

—Eso significa que...

—Que si follas con alguien en mi ausencia así seamos nada, voy a encontrarlo, matarlo, triturarlo y entregártelo en una cajita de porcelana con un listón.

—Uy... —La piel de Jimin se erizó, pero no por miedo—. ¿Puedo hacer la misma amenaza?

—Puedes.

Jimin sonrió sin mostrar los dientes, después empujó a Jungkook con suavidad y dio un paso hacia atrás.

—Ya que quedaron las cosas claras te puedes ir, ten buen viaje.

—Lo tendré —dijo el ruso, bajando los escalones que guiaban al auto que ya lo estaba esperando.

Subió sin voltear a ver a Jimin y se fue.

Las escoltas rusas arrancaron detrás de él. Las italianas volvieron a su ronda de patrullaje y el viento quedó quieto tras el portón cerrado.

Jimin se quedó de pie por un rato, en silencio, mientras Mirabella se sentaba a su lado de manera silenciosa aparentemente, pero la loba se reía en sus pensamientos.

"¿ Desde cuándo nos gusta?"

—No lo sé, tal vez desde que nos permitió cortarle el cuello con mi pequeña espada en su oficina.

"Es ardiente"

—Mirabella, no lo mires.

" Yo soy tú, Jimin."

—Puedes mirar a su lobo, pero el Pakhan... Ese es mío.

La loba estuvo de acuerdo. Momentos después, Jimin subió las escaleras sin prisa. Sus pensamientos lo llevaban de vuelta a la imagen de Jungkook: de pie, en su comedor, comiendo con propiedad, deseándolo sin rodeos. Al llegar a su habitación, se dejó caer boca abajo en la cama, hundiendo el rostro en las sábanas de lino egipcio. Se revolcó como adolescente enamorado, golpeó las almohadas, se rió entre dientes. Mirabella, desde la puerta, sololadeó la cabeza divirtiéndose ante la situación.

—Maldito ruso... —murmuró con la cara aún hundida en el colchón—. Ahora espero que me mandes flores, me secuestres o me compres un piano con forma de lobo... Algo, lo que sea. Pero que logre sorprenderme.



Al día siguiente

—¡Jimin! ¡Levántate, capullo!

La voz grave y áspera de Yoongi rebotó contra las paredes del cuarto.

—¿Qué...? —murmuró Jimin, alzando la cabeza, con el cabello revuelto y la camisa arrugada.

—Capturamos a los traidores del puerto de Palermo. Están en el sótano del cuartel. — Yoongi se cruzó de brazos junto a la puerta, vestido con traje negro y una bufanda gris—. Tienes que estar presente. No se ejecutan sin tu bendita aprobación, Capo di tutti capi.

Jimin se quedó quieto un momento. Todavía tenía el sueño tibio en los párpados y la imagen de Jungkook en la memoria. Pero entonces, el nombre "Palermo" caló hondo. Era uno de sus puertos más problemáticos.

—¿Cuántos?

—Tres. Uno habló, uno lloró, uno escupió el suelo y dijo que no te teme.

Jimin se sentó despacio, pasando una mano por su rostro.

—¿Y a ti sí te temen?

—Todos lo hacen. —Yoongi se encogió de hombros—. Es hora de que te hagas notar.

—Entonces vamos a mostrarles que puedo ser más temible que tú.

Se levantó de la cama. Caminó hasta el armario mientras hablaba:

—Que los lleven a la habitación del mármol negro. No quiero sangre en los salones principales. Ordena que calienten los cuchillos, quiero que el mensaje sea claro.

—¿Vas a matarlos tú?

—No. Pero estaré ahí, para que cada uno de ellos muera sabiendo que el Capo los miró soltar su último aliento. —Jimin alzó la vista mientras se abotonaba la camisa—. Eso da más miedo que la bala misma.

Yoongi asintió. Lo conocía desde pequeño, lo conocía antes del hielo, antes del título. Pero había aprendido que cuando Jimin hablaba con voz suave y mirada baja, algo cruel se cocinaba detrás de sus pestañas.

—Te espero abajo... Por cierto, ¿qué quería el Pakhan?

Jimin no pudo evitar sonreír de lado.

—Hablar.

—¿Sobre qué? ¿Sucedio algo importante con el Metka? Me dijo que era de vida o muerte hablar contigo por privado y no me dió tiempo de avisarte.

—Vida o muerte... —Jimin comenzó a reír.

—¿Te molestó o algo? ¿Quieres que restrinja su entrada a Italia? Una llamada y,

—Artyom vino de manera amistosa... Nuestra relación no es meramente diplomática, Yoongi.

—¿A qué te refieres con...? —Yoongi puso cara de asco, tomó una almohada de la cama y se la lanzó a Jimin—. ¡¿Te revuelcas con el Pakhan?!

—¡Oye! ¿Dónde quedó el respeto? —preguntó medio molesto por al almohadazo—. Y todavía no, pero tal vez suceda.

—Jimin, no puedes meterte con Artyom Terasov. Es peligroso ser su amigo, ahora imagina ser su amante.

—Min. —Jimin endureció la mirada—. Ser amante es vulgar y yo no soy un vulgar.

—¿Crees que el líder de la mafia rusa es alguien que considera tener una relación amorosa seria? —preguntó cruzando los brazos—. Disculpa que me meta en lo que no me llaman, pero quiero protegerte y lo mejor es que termines con eso. Mezclar los sentimientos es más peligroso que los disparos, te lo digo por experiencia.

—¿Experiencia con quién? —preguntó al terminar de abrocharse el pantalón—. ¿Salías con algún mafioso?

—Sí —contestó desviando la mirada.

—¿Con quién?

—No te lo diré, hay cosas que son privadas.

—¿Y así te atreves a querer meterte en mis asuntos con Artyom ?

Yoongi cruzó los brazos, Jimin lo miró con amenaza en los ojos y una sonrisa traviesa.

—Si nos apuramos haremos todo esto para que te vayas a tu entrenamiento, apenas son las cinco de la madrugada.

—No desvíes el tema, dime con quién salías. Te lo ordeno como tu Capo.

—Eso es un abuso claro de poder, Jimin.

—Dímelo.

Yoongi exhaló, después asintió.

—Sergei Terasov, salí con él durante dos años.

—¿Qué?! —Jimin amplió los ojos—. ¿Fuiste novio de ese alfa?! Oye... Sergei es guapo, su mandíbula... Sus brazos. Yoongi, que buenos gustos tienes. ¿Folla rico?

—¿Qué tonterías dices? —Yoongi se llevó la mano al entrecejo.

—¿Por qué terminaron? ¿Pelearon?

—Ni siquiera lo hablamos. —Encorvó los hombros—. Simplemente supe que se va a casar con el líder de las triadas. Es un omega, seguro lo recuerdas del día que hiciste el Metka.

—¿Te engañó?

—No. —Yoongi apretó los labios—. Escuché que su padre, el antiguo Pakhan lo comprometió para asegurar la alianza.

Jimin se quedó en silencio.

—¿Crees que Artyom quiera salir conmigo para tener una alianza asegurada? —preguntó arrugando los labios—. Tal vez así es como se manejan los rusos...

—No lo sé, pero es mejor que te mantengas alejado de él. Al menos en el aspecto sentimental.

—No soy un sentimental, Yoongi.

—Eso decía yo.

—Ese Sergei... ¿No intentó hablar contigo y tu con él? ¿No pueden cambiar la propuesta de matrimonio? Ellos tienen otro hermano, Mijail, el que iba a heredar la mafia.

—No creo que sea así de sencillo. De igual manera... A Sergei parece no importarle, nos hemos visto en varias ocasiones y nunca tocó el tema conmigo.

—¿Todavía lo quieres?

—No empieces a querer hacerla de cupido, Jimin.

—Solo pregunto...

—No lo quiero. —Suspiró—. Me voy a preparar todo para la ejecución, te espero abajo.

Cuando se quedó solo, Jimin terminó de vestirse. Se puso un Traje negro entallado, corbata de seda, anillo familiar en el dedo anular. Pensando en que esos rusos eran más rompecorazones de lo que podría imaginar. ¿Por qué Yoongi salió con Sergei? Sería interesante saber cada detalle, pero su primo no era muy abierto, además era terco.

Pero bueno, no era momento de pensar en eso.

Ahora era Luca Nostro.

Y alguien iba a morir por desafiarlo.



No había música, ni voces, ni siquiera susurros: solo el golpeteo metódico de los zapatos italianos lustrados de Jimin al avanzar, seguido de cerca por Yoongi y otros dos hombres de

confianza.

Vestía como la muerte misma: traje negro de cortes sobrios, corbata ajustada al milímetro, un abrigo largo que rozaba sus botas. Ningún detalle estaba fuera de lugar. El anillo de los Nostro brillaba como un ojo antiguo, pesado sobre su mano derecha. En sus ojos no había rastro del muchacho que había suspirado en su cama apenas unas horas antes. Ahora era Luca. El Capo. El que hacía temblar a los que osaban traicionarlo.

Cuando las puertas de la sala del mármol negro se abrieron, el silencio fue aún más pesado.

La habitación era amplia, con paredes revestidas en mármol negro pulido hasta el punto de reflejar. Luces blancas, frías, colgaban desde lo alto. En el centro, los tres traidores estaban arrodillados, las manos atadas a la espalda, rostros golpeados, sus rodillas sangrantes sobre el suelo frío.

Los hombres se callaron al verlo entrar.

Jimin caminó con calma hasta el centro del salón. Frente a él, una silla negra, de respaldo alto. Su trono temporal.

Se sentó con calma. Cruzó las piernas de manera elegante y finalmente rompió el silencio.

—¿Cómo se llaman?

Uno de sus hombres se inclinó.

—Marco Lucchetti, Francesco Bellini, y Tomaso Riva.

—Bellini... ese apellido me suena —musitó Jimin, apoyando un dedo en su labio inferior con aparente curiosidad—. ¿Tu padre no sirvió a mi familia durante veinte años?

El segundo traidor, Bellini, bajó la cabeza.

—Sí, signore...

—Y tú decidiste traicionar ese legado. ¿Por qué?

Bellini temblaba. No habló.

Jimin giró el rostro. No repetiría la pregunta.

Yoongi se adelantó y, sin una palabra, desenvainó el cuchillo largo que colgaba de su cinturón. El acero relució bajo la luz blanca. Caminó hasta Bellini, se arrodilló frente a él y

con la misma solemnidad con la que se bendice a un hijo, le hizo una incisión lenta en la mejilla.

El traidor gritó.

—Es por respeto al linaje —dijo Jimin suavemente—. No morirás sin que tu sangre grite lo que tu boca calla.

El primero, Marco, escupió al suelo.

—No te temo, maldito novato. Con tu cara bonita no asustas a nadie.

Jimin no lo miró directamente. Sólo alzó una ceja.

—Entonces mírame a los ojos mientras ordeno que te abran el estómago. —Movié la mano, señalando a uno de sus hombres—. Hazlo tú y asegúrate que me esté mirando mientras las tripas salen de su cuerpo.

—Sí, capo.

El hombre tomó una hoja curva, caliente del brasero.

La ejecución no era solo un castigo.

Era un espectáculo. Un acto de poder.

Jimin no parpadeó. Observó cada movimiento, cada gota de sangre que se derramaba sobre el mármol que no absorbía nada, como si la muerte quisiera que cada rastro de traición quedara visible y eterno.

Tomaso Riva, el tercero, empezó a llorar. Murmuraba plegarias a la Madonna, balbuceaba que su madre no sabía que él traficaba armas.

Jimin se levantó.

Caminó hasta él y lo miró desde arriba.

—Te perdonaría, pero no tengo un corazón tan grande como para hacerlo. Pero descuida, le haré llegar tu cabeza a tu madre.

Se giró, y con una sola palabra dictó la sentencia.

—Fátelo.

"Háganlo."

Y lo hicieron.

Cuando todo terminó, Jimin se detuvo en el umbral. Se giró para ver el salón una última vez.

Tres cuerpos. Tres mensajes.

El Capo di tutti capi no perdonaría traición.

—Manda limpiar todo —le dijo a Yoongi—. Que el mármol brille, que el puerto de Palermo reciba una caja con uno de los dedos de Bellini y aumentales las cuotas durante tres años. Un año por cada traidor. Avísales que si aparecen más traidores... más años.

—Sí, capo —dijo Yoongi con una mueca orgullosa.

Jimin no respondió.

Salió al pasillo.

Era hora de entrenar.

Era hora de volver a patinar. Pero en esa ocasión, con la sangre de tres hombres marcando el ritmo en su memoria.



Mediolanum Forum, Milán

Jimin descendió del vehículo en completo silencio, vestido con su conjunto deportivo negro ajustado, cuello alto, gafas oscuras, el cabello recogido con una discreta liga negra. Detrás de él caminaban dos de sus escoltas que se quedaron afuera del estadio porque Jimin odiaba estar siendo vigilado muy de cerca.

El vestíbulo lo recibió con un silencio limpio, interrumpido por el zumbido lejano de las máquinas del gimnasio de élite ubicado en el ala este del recinto. Ahí, entre estructuras

metálicas y plataformas de impacto, entrenaban los cuerpos más estrictamente cuidados de Europa: patinadores, bailarines de hielo, gimnastas.

Saludó con una breve inclinación de cabeza a los pocos presentes. Al ingresar al gimnasio, el aire cambió. Estaba impregnado de desinfectante, esfuerzo y música instrumental suave.

Jimin caminó hasta los vestidores.

Sobre el banco principal, tres grandes cajas negras esperaban con el logotipo de una marca lujosa bordado en plata. Eran chaquetas, perfectamente dobladas, acompañadas de una hoja de presentación.

—¿Qué es esto? —preguntó Jimin, mientras sus dedos ya abrían la suya.

Uno de los asistentes del club, con el uniforme de la empresa, se inclinó levemente.

—Una colaboración especial, signore. Las chaquetas fueron enviadas esta madrugada, directamente desde la casa matriz. Diseñadas para ajustarse sobre el traje de entrenamiento sin afectar el rango de movimiento.

—¿Y tengo que usarla?

—No es obligatorio, son obsequios para todos los que entrenan aquí.

Jimin deslizó los dedos por la tela. Negra. Cierre magnético oculto. Costuras invisibles. Un acabado que imitaba la seda, pero era tres veces más resistente. El cuello alto protegía hasta la mandíbula. Las mangas eran ceñidas, perfectas. La parte trasera tenía una caída elegante, como la capa de un general.

Sobre su chaqueta, sin embargo, no solo había una etiqueta.

Había una tarjeta pequeña, negra, con letras plateadas escritas a mano. Jimin la tomó con lentitud, alzando una ceja y sonriendo porque olía a acero... olía a Moscú.

La nota decía:

"Cuando entrenes, utiliza esto. No quiero que nadie vea lo que me pertenece.
—A.T."

—¿Ya empiezas con las indirectas de posesión? —preguntó en un murmullo para su mismo.

Minutos después, ya en la plataforma de entrenamiento, Jimin comenzó su rutina.

Sin música, sin asistentes. Solo con sus reflejos.

Primero, ejercicios de activación profunda: flexiones lentas con peso, planchas de antebrazo, dominadas explosivas con agarres cortos. Su cuerpo se movía despacio, controlado, pareciera que no pesaba.

Pasó después a los ejercicios de control isométrico: equilibrio sobre un solo pie, el torso inclinado, sosteniéndose durante veinte segundos. Después, series de saltos verticales con rotación en el aire. Lo hacía sobre un piso acolchado, con sensores que registraban la caída. Jimin no caía: aterrizaba como si el suelo lo esperara.

Luego vinieron las series de deslizamiento y fricción: imitación de los movimientos que haría sobre hielo. Saltos cortos, giros sobre el eje, combinaciones de pasos aéreos, respiración pausada. Cada giro sobre un pie duraba más de tres segundos. Perfecto equilibrio. Park Jimin no fallaba.

Ni un sonido más allá del de su respiración.

Ni un pensamiento más allá de esa frase:

"No quiero que nadie vea lo que me pertenece."

El corazón le palpitó más fuerte cuando recordó la forma en que Jungkook lo besó. El rostro serio, las manos firmes, el tono de voz cuando dijo que no compartía.

Jimin frenó su salto. Se quedó quieto, con la chaqueta en la caja y el pecho agitado.

—Ese maldito ruso...

—¿Cuál ruso? —preguntó Matteo porque alcanzó a escucharlo—. ¿El ricachón que vino a verte ayer? Sus guardaespaldas me pidieron que abandonara el recinto, ¿ya tienes novio?

—¿Qué te importa, Matteo?

—Quiero saber. —Sonrió—. Si te distraes con amoríos me conviene.

—¿Crees que el hecho de que tenga un romance hará que patines mejor que yo? —cuestionó el rubio con presunción en la voz—. Es todo lo contrario, tener a alguien a quién impresionar me motiva... y a mí, eso me vuelve peligroso.

—Lo veremos. —Palmeó su espalda y se fue de nuevo a entrenar.

Horas más tarde Jimin se dirigió a la pista de hielo, con la chaqueta negra puesta sobre su traje ajustado, caminaba con elegancia y al llegar a la entrada de la pista, el frío le mordió las mejillas exhalando vapor

Varios de sus compañeros ya estaban ahí.

Matteo presumía haciendo saltos triples, Líos estiraba las piernas en una barra baja, Dominique bebía agua como si acabara de correr una maratón. Todos vestían como él: ceñidos trajes de licra, peinados pulcros, pero con una diferencia notable.

Aunque a todos les dieron una chaqueta, la de Jimin era diferente, totalmente oscura, con las iniciales de su nombre en la espalda.

Y eso los hizo voltear.

—Oh, ¿te mandaron la tuya personalizada? —preguntó Dominique acercándose con curiosidad—. Porque la mía es simple.

—Tal vez alguien especial quiere que entrene con esto —dijo Jimin con media sonrisa, sin dar más detalles.

—A ese alguien le costó varios miles de euros —bufó Lior desde el centro de la pista—. ¿Sabías que solo produjeron ocho piezas de esa colección? Y la tuya está modificada con tus iniciales.

—¿Y qué número es la tuya? —preguntó Matteo con burla fingida.

Jimin alzó el cuello de la chaqueta con una mano enguantada.

—El número uno, obvio.

Hubo risas. Pero detrás de cada sonrisa había celos, aunque también respeto. Nadie podía negar su talento y en esa pista no era Capo, ni heredero de una familia criminal. Era un artista, un deportista fuerte, preciso y hermoso.

—Vamos a comenzar el ensayo —avisó el entrenador desde el borde del hielo—. La sección central del acto, todos juntos. Recuerden: sincronía y expresión. Queremos perfección antes del evento del sábado.

Jimin se quitó los guantes ajustándose los cordones. Se puso los patines negros con cuchillas de acero pulido y después subió al hielo.

Al contacto con la superficie, su cuerpo se volvió parte del ambiente. Las cuchillas no hacían ruido a medida que se deslizaba para encontrarse con sus compañeros.

Y la música comenzó: cuerdas graves, luego violines, luego un piano que marcaba la entrada al primer salto.

Jimin lideró. Siempre era él quien lideraba. No por imposición, era porque nadie más sabía cómo ser tan preciso sin parecer frío. Ni cómo ser tan hermoso sin parecer falso.

Un giro, un paso de tres tiempos... Salto en combinación.

Todos lo siguieron.

En un momento, el entrenamiento dejó de parecer entrenamiento. Era una danza hipnótica, un ballet con cuchillas.

Matteo cayó, Dominique perdió el tiempo, Lior giró en la dirección contraria.

Solo Jimin permaneció en ritmo.

La chaqueta negra ondeaba con cada movimiento, envolviéndolo en una ala de sombra.

Cuando terminó la primera parte, giró sobre un pie y frenó frente a los demás.

—¿Pasa algo? —preguntó con voz baja—. ¿Demasiado temprano para que intenten alcanzarme?

—Tienes ventaja. Estás motivado por el amor —dijo Dominique riendo.

—Estoy motivado por el ego —corrigió Jimin, patinando hacia atrás con gracia—. Pero no niego que pensar en alguien... ayuda.

La imagen de Jungkook volvió: su voz en la puerta, la forma en que lo sujetó de la barbilla, sus palabras en la tarjeta.

"No quiero que nadie vea lo que me pertenece."

—Tomamos cinco minutos. De nuevo desde la sección del salto doble —ordenó el entrenador.

Jimin se deslizó hacia el borde, donde había dejado su botella de agua. Dio un trago, secó su frente y se permitió un segundo para tomar su celular.

Una notificación.

No era un mensaje. Era una foto.

Sin remitente. Solo una imagen.

Era Jungkook.

De espaldas, en una habitación de mármol blanco. Estaba en camisa negra, los músculos marcados bajo la tela. Frente a él, la ventana mostraba las cúpulas nevadas del Kremlin. En la esquina inferior de la imagen, un texto corto:

"Sigo sin poder dejar de pensarte."

Jimin cerró los ojos por un segundo e inhaló.

—¿Quién carajos le dio mi número personal? —preguntó riendo, después tecleó el número de Yoongi.

Esperó a que respondiera.

Uno...

Dos...

—¿Qué pasa?

—Investiga al Pakhan —dijo con voz fría—. Quiero su número de teléfono, el personal y envíame fotos tuyas. Quiero saber dónde está en este momento preciso... También quiero que le envíes un detalle de mi parte.

—¿Ya comienzas con la conquista? Deberías tener cuidado...

—Solo obedece, primo. —Sonrió—. Me gustaba más cuando me veías con miedo.

—Nunca te he tenido miedo, solo tenía miedo de que no pudieras con esto.

—Mmm... Bueno, envíale a Artyom Terasov un detalle de mi parte.

—¿Qué quieres que le envíe?

Jimin se quedó en silencio unos segundos, paseando la vista por la pista de hielo, que reflejaba su figura como un espejo pulido.

—Hay una joyería discreta en Via Montenapoleone... pídeles que fabriquen un broche en forma de hoja de hielo, tamaño mediano, pero tallado en cristal de zafiro blanco. El interior debe tener diamantes tallados a presión y un sistema de anclaje oculto en platino negro. Dile que quiero que brille como si estuviera hecho con escarcha real. —Hizo una pausa—. Y que lo entreguen en un estuche forrado en terciopelo gris, con un lazo rojo sangre.

»Quiero que lo use sobre su abrigo, que todos lo vean... pero que nadie entienda lo que significa.

—¿Y qué significa?

—Que incluso el hombre más frío puede llevar algo mío encima. —Suspiró—. Ah, y acompaña el obsequio con una nota.

—¿Qué quieres que diga la nota?

—Escribiré esto con mi puño y letra: "Para que recuerdes que el hielo más bello no nace en Moscú."

—Eres un loco, Jimin.

—Lo sé. Pero dime, ¿no soy encantador?

Yoongi no respondió. Solo colgó con un suspiro exasperado.

Jimin guardó su celular en el bolsillo interior de la chaqueta.

Luego regresó al centro de la pista, deslizándose en silencio sobre la superficie, dejando tras él una estela de perfume caro.



Residencia Bratva, Afueras de Moscú.

El cuerpo a sus pies tenía los ojos abiertos... Vacíos. Un disparo limpio en la frente, cortes en las muñecas. Había confesado tarde, muy tarde.

Jungkook exhaló lentamente mientras uno de sus hombres le extendía una toalla blanca, limpió su rostro con ella, dejándola teñida de rojo. El frío le calaba los nudillos, pero no le importaba. El silencio tras la ejecución era su parte favorita.

Hasta que se acercó Mijail trotando sobre la nieve.

—¿Qué? —preguntó al ver a su hermano, sin paciencia.

—Hay algo. Una caja.

—¿Una caja?

—Sí. Llegó hace minutos. No tiene remitente claro, pero vino sellada con un listón rojo sangre. La seguridad la escaneó, no parece contener explosivos ni veneno. Solo... algo muy caro.

Jungkook frunció el ceño.

—¿Dónde está?

—Sergei la llevó a tu escritorio.

—Limpien todo —le dijo a uno de sus hombres.

. . .

Jungkook cruzaba las puertas de hierro forjado de la mansión con su hermano mayor caminando a su lado. Nadie se atrevió a preguntarle por la sangre en el cuello, sabían que era sanguinario y que estaba haciendo un par de ejecuciones diarias luego de lo que había pasado con los italianos.

—Parece un regalo —dijo Taehyung al salir de su despacho—. ¿Quién te quiere seducir, hermanito?

—No molestes —Lo empujó, quitándolo de su camino, entrando a su oficina y cerrando la puerta de golpe.

—¿Lo abriste? —Jungkook alcanzó escuchar a Namjoon preguntar.

Ahí estaba.

Una caja mediana, forrada en terciopelo gris, con un lazo grueso del mismo tono que el vino más oscuro. Sobre ella, un pequeño sobre negro.

Lo abrió.

Dentro, sobre una base acolchada de satén, brillaba un broche. Era una hoja de hielo perfectamente tallada en zafiro blanco, sus nervaduras internas formadas con diamantes diminutos. El montaje era casi invisible, en platino oscuro.

Jungkook no parpadeó.

Le tomó dos segundos reconocer la firma implícita en la extravagancia. Solo una persona podía tener ese tipo de elegancia ofensiva. Solo uno sería lo suficientemente atrevido como para enviarle algo a su hogar. Tomó el sobre negro y extrajo la nota manuscrita con caligrafía perfecta:

" Para que recuerdes que el hielo más bello no nace en Moscú."

Jungkook presionó la mandíbula. La provocación lo caló profundo, como un disparo, una caricia al deseo.

En ese momento vibró su teléfono.

Su número personal.

El que casi nadie tenía.

Vio el número extranjero.

No reconoció el código de área, pero su intuición sabía quién era. Por eso respondió.

—¿Demasiado discreto o demasiado obvio? —preguntó la voz coqueta de Jimin desde el otro lado de la línea.

Jungkook apoyó la espalda contra el escritorio. Cerrando los ojos con el pulso acelerado... por la voz.

—Podrías haberme enviado un cuchillo con veneno —murmuró Jungkook—. Y lo habría besado antes de morir.

—Qué poético, Pakhan. —La sonrisa se notaba incluso a través del teléfono—. ¿Te gustó?

—Debiste advertirme. Abrí la caja con guantes por si explotaba. —Mintió y Jimin lo supo.

—Bueno, pensé que un hombre que mata con la mirada sabría distinguir entre una amenaza y un gesto de interés.

—No me estás coqueteando —dijo Jungkook con voz baja, rasposa—. Me estás declarando una guerra emocional y voy perdiendo.

Jungkook se llevó una mano al pecho, justo donde había comenzado a arderle.

—Esto lo hace más divertido, ¿no crees?

Hubo un silencio breve.

—¿Dónde estás? —preguntó Jungkook.

—¿Dónde más? En Milán. Entrené esta mañana, ahora solo pienso en cómo mandar una foto con la chaqueta que me regalaste sin que parezca una provocación sexual.

—Hazlo... Provócame.

—¿Te gusta el broche? —preguntó cambiando el tema de conversación.

—No lo he dejado de mirar. Lo usaré. Quiero que todos me pregunten de dónde salió y no responderé.

—Perfecto. —La voz de Jimin se volvió más baja—. Que todos lo vean y solo tú sepas que es mío.

Jungkook sonrió con la mirada, con las entrañas.

—¿La chaqueta...? —Jungkook carraspeó la garganta—. ¿Te gustó?

—Sí, pero no prometo usarla diario. La tengo que lavar.

—Entonces te enviaré una todos los días.

—Ni siquiera soy tuyo y ya me quieres cubrir todo el cuerpo para que nadie me vea... Eso es tóxico.

—Lo dice quien me envió un broche para marcar territorio...

—No puedes negar que mi gesto es lindo.

—Y tú no puedes negar que el mío es protector.

Ambos se quedaron en silencio, Jimin contuvo la respiración.

—El sábado tengo una presentación, es caridad de algunas estrellas de patinaje profesional para ayudar a niños de bajos recursos. Voy a participar, si te haces un espacio en la agenda sería genial saber que estarás entre la multitud.

—¿Vas a verme a los ojos si voy?

—No. —soltó una risa—. Si te miro mientras patino probablemente me caiga, no puedo distraerme. Pero sería genial saber que estuviste mirándome.

—Sábado... Sábado... —Jungkook miró el broche—. Tengo una reunión con El Plebe ese día.

—Oh... Pues será en otra ocasión.

—No dije que no iría. —Sonrió—. Puedo cambiar de locación.

—¿Entonces vienes a Milán el sábado?

—Por supuesto, iré.

—Te espero.

Y Jimin colgó.

Jungkook se quedó en silencio, sosteniendo el broche entre los dedos, mirándolo como si fuera un fragmento de provocación pura.

El príncipe de hielo lo había tocado y él estaba condenado a derretirse.

Dejó el broche cuidadosamente sobre su escritorio. Acomodó la nota de Jimin justo detrás. Después respiró hondo, pasándose los dedos por el cabello todavía húmedo y con rastros de sangre seca, se giró hacia uno de sus teléfonos, el que estaba reservado para llamadas con contactos dentro de la mafia.

Marcó un número que conocía de memoria.

Tres tonos.

—¿Bueno? —La voz rasposa de quien contestaba que aunque era colombiano tenía acento sinaloense contestó. Al fondo se escuchaba música nortea.

—Plebe, soy yo.

Hubo una pausa.

—Ah, Pakhan... ¿todo bien en Moscú? Escuché rumores de que andas colgando traidores por los dedos.

—No son rumores —dijo Jungkook, sin humor—. Pero no te llamo por eso.

—¿Para qué soy bueno?

—La reunión de este sábado... no va a ser en Rusia.

—¿Y eso? ¿La movemos a qué país, compa? ¿Armenia? ¿Mónaco? ¿Acapulco?

—Acapulco no es un país.

—Pero me entendiste.

—Milán —dijo Jungkook mientras caminaba hacia la ventana y miraba las cúpulas blancas del Kremlin—. Quiero que tomes un vuelo el viernes por la noche. Mi gente te recibirá en Linate.

—¿Milán? ¿Qué demonios vamos a hacer en Milán?

—Lo mismo que haríamos en Moscú. Hablar de rutas, revisar los acuerdos, cerrar el trato.

—¿Puedo saber por qué el cambio?? —preguntó.

Jungkook sonrió de lado.

—Me reuniré con el Capo di tutti capi ese mismo día, pero a diferente hora.

—El omega bonito... Tal vez también pida reunirme con él. —Jungkook rodó los ojos.

—Como sea, te veo en Milán.

—Ya estás peinado pa atrás, ¿necesito llevar traje o chaleco antibalas?

—Ambos —dijo Jungkook, y cortó la llamada sin despedirse—. Por si se te ocurre acercarte a mi Capo —añadió cuando la llamada ya había finalizado.



Hasta aquí el capítulo.

Al menos ya tenemos las cosas claras, pero algo no me cuadra. Ocultan cosas pesadas que terminarán con la estabilidad de unos cuantos.... No todo lo que brilla es oro, ¿verdad?

Si la historia te está gustando no olvides comentar, votar y compartir con algún amigo. ¡Muchas gracias por acompañarme durante las actualizaciones!

[09] *Caridad*



Mansión de Los Cosa Nostra, Milán
Sábado – 4:35 p.m

El sol caía tenue sobre Milán a pesar de la lluvia cuando la puerta principal de la mansión Nostro se abrió. Jimin salió abrochándose los botones del abrigo largo. El cuello levantado cubría parte de su mandíbula; su cabello, ligeramente húmedo, despedía un aroma tenue a té blanco y almizcle. Caminaba con cuidado para no resbalarse por la lluvia matutina, pero no tenía ni una sola expresión en el rostro. Sólo sus ojos, delineados con sutileza, hablaban: era sábado.

Y esa noche, todo el mundo lo miraría.

Yoongi ya lo esperaba en el vehículo, sentado en el asiento del copiloto con un café en mano, revisando informes en una tableta. Llevaba guantes de cuero negro, bufanda gris oscuro y el ceño marcado, no había dormido bien sus horas para adelantar trabajo y que el capo estuviera libre ese día.

—¿Listo para patinar y manipular a la prensa internacional al mismo tiempo? —preguntó sin girarse.

—Listo para todo, —Jimin se dejó caer con elegancia en el asiento trasero—. ¿Comiste?

—No soy yo quien va a girar sobre cuchillas frente a cientos de cámaras. Tú necesitas energía. Te dejé algo de fruta y proteína en la hielera.

—¿Tú cuidándome como niñera?

—Yo cuidándote como guardaespaldas y Sottocapo. —Yoongi giró la cabeza solo un poco—. Si te caes, yo caigo con tu reputación.

Jimin sonrió sin humor. El motor arrancó y viaje hacia el Mediolanum Forum inició.

...

6:01 p.m. – Entrada sur del Mediolanum Forum

Las luces exteriores apenas parpadeaban sobre el pavimento mojado y los accesos estaban cerrados al público. Solo personal autorizado entraba, pasando por estrictos controles de seguridad.

Jimin descendió del vehículo sin necesidad de que nadie le abriera la puerta. El abrigo se movía con la precisión de un telón de ópera y Yoongi caminaba dos pasos detrás, atento.

Apenas puso pie en el vestíbulo del recinto, una figura rubia corrió hacia él.

—¡Jimin! —La voz era melodiosa, femenina. Una omega de silueta elegante, con el cabello recogido en una trenza francesa perfecta y tacones imposiblemente altos—. ¡Buenos días, tesoro!

—Roxane. —Jimin la saludó con una breve sonrisa—. ¿Todo está listo?

—Más que listo. Tu camerino fue desinfectado a las cuatro de la tarde, tu traje fue planchado por un sastre personal de Dior y... —Le ofreció un portatrajes negro con cremallera de oro—. Es este, el traje principal. Oscuro, corte imperial, cuello cerrado, mangas ceñidas y los diamantes... bueno, hablarán por ti cuando tú estés en silencio.

—Perfecto. —Jimin tomó el portatrajes sin mayor ceremonia.

—¿Comiste? —preguntó ella caminando a su lado.

—Poco. —Su tono fue neutro.

—¿Por nervios o por el magnate ruso que viene a verte?

—Por la presentación. —Jimin no miró a ningún lado más que al frente—. El ruso es otra historia.

. . .

6:23 p.m. – Vestidores interiores del Forum

La pista de hielo estaba siendo pulida. Dos máquinas giraban con precisión matemática, dejando tras de sí una superficie impecable. Las luces altas no no estaban encendidas del todo, así que los reflejos en el hielo eran tenues.

Dentro del área de vestidores, el ambiente era otro.

Silencio absoluto.

Algunos de sus compañeros ya estaban dentro, haciendo estiramientos con audífonos puestos. Matteo estaba en una esquina, bebiendo un batido sin azúcar. Una pareja canadiense practicaba las posturas de apertura del programa sin hablarse. Y a Jimin... todos lo vieron entrar, pero nadie habló.

Colgó su portatrajes sin abrirlo. Se quitó el abrigo con calma, lo dobló sobre el respaldo de una silla y se arrodilló sobre una colchoneta negra para comenzar su rutina de calentamiento.

Primero, elongación de espalda.

Luego, respiración diafragmática.

Después, trabajo de pies, apoyos alternos, equilibrio en media punta. El silencio era roto por su respiración y los crujidos minúsculos de sus articulaciones despertando.

Yoongi permanecía en la puerta, observando en silencio, nunca lo interrumpía.

Después de unos minutos, Jimin se levantó con gracia felina. Tomó una toalla, limpió el sudor de su frente. Se acercó al perchero y deslizó los dedos por la cremallera dorada del traje.

Roxane se acercó en silencio, sintiendo que algo se avecinaba.

—¿Hay algo mal?

—Este es el traje principal. ¿Dónde está el del primer número?

Roxane parpadeó. Sus pupilas se movieron sutilmente hacia los portatrajes restantes.

—¿No lo recibiste? —preguntó la omega.

—¿Recibir qué?

—El segundo traje... —Roxane abrió apresuradamente uno de los compartimentos—. El traje para el número de apertura... No está aquí.

Jiminladeó el rostro apenas un milímetro.

—¿Debería estarlo? ¿No se supone que es ese tu trabajo? Tener todo en orden para mi presentación...

—¡Sí, lo es! Discúlpame. —Se puso nerviosa—. Es una pieza más ligera, pensada para el acto inicial con los juveniles, es exactamente igual a la del resto, solo que la tuya es color negro y la del resto de otros colores, azul, verde, amarillo, etcétera. Vino en una caja separada, enviada esta mañana desde la maison de Valentino. —Roxane se giró hacia miembros del staff, buscando respuestas—. ¿No lo vieron?

El entrenador miró su reloj. Su rostro era una máscara.

—No sé nada de trajes, yo solo entreno.

—Cada asistente se hace cargo de cada traje —contestó otro.

—Mis hombres recibieron varios paquetes esta mañana, pero... —dijo Yoongi tecleando algo en su teléfono—. Déjame verificar.

—No tenemos tiempo para errores, Roxane —dijo Jimin sin alzar la voz—. El número de apertura es en menos de dos horas.

Roxane tragó saliva. Su elegancia tambaleó apenas un segundo y sus ojos se llenaron de lágrimas y genuino estrés.

—Voy a hacer que lo traigan. Seguramente alguien olvidó ponerlo con los demás—. Hizo una leve reverencia—. Dame quince minutos.

—Diez. —corrigió Jimin.

Roxane desapareció en cuestión de segundos.

...

6:47 p.m. – Área de maquillaje y peinado

Jimin estaba sentado frente al espejo iluminado con bombillas cálidas. Tenía los ojos cerrados mientras la maquilladora aplicaba el delineador en un trazo elegante. El cabello

estaba siendo peinado hacia atrás con bastante fijador para que todo quedará en su lugar ante las piruetas.

Detrás del biombo, colgaba ya el primer traje. El de la apertura.

Sí, había llegado.

Y no era el traje que esperaba.

Era una pieza negra, más simple que el traje principal, pero de textura peculiar: tela de escarcha satinada, con reflejos tornasol que sólo aparecían bajo ciertas luces. Un detalle plateado en forma de media luna decoraba el costado izquierdo del torso.

Y sobre el cuello interior...

Una etiqueta bordada con las iniciales A.T. en hilo plateado.

—¿Lo viste? —preguntó Yoongi desde una esquina del salón.

—Sí. —Jimin abrió los ojos lentamente.

—¿Te incomoda?

—Me intriga. ¿Por qué lo haría?

—La tela tiene tecnología térmica. Antideslizante y costuras internas recubiertas con grafeno.

Jimin se puso de pie.

—Tal vez solo trataba de mostrar que tiene poder. —Encorvó los hombros—. Pero le reclamaré, casi hace llorar a mi asistente.

. . .

7:09 p.m. – Pasillos del Mediolanum Forum

Las luces altas comenzaban a encenderse. Afuera, las gradas se iban llenando. La élite de Milán comenzaba a tomar sus lugares: empresarios, diplomáticos, prensa internacional, casas de moda y una fila completa reservada con placas que decían "CONFIDENCIAL / VIP GUEST".

Mientras tanto, Jungkook aterrizaba.

Su avión privado había descendido en Linate minutos antes de lo previsto. Rodeado por seis hombres de seguridad y sus dos hermanos, el Pakhan descendió por la escalinata del jet con la expresión más neutral que podía adoptar cuando estaba al borde del descontrol.

—Hora local, 7:14 p.m. —informó uno de sus hombres—. Nos esperan en el Forum. El evento inicia en cuarenta y cinco minutos.

Jungkook no respondió.

Dentro de su bolsillo interior, el broche de zafiro iba guardado en un estuche plano, iba a usarlo.

—Una vez lo miré patinar en la pista de hielo —dijo Taehyung.

—¿Qué hacías tú mirándolo? —preguntó Jungkook al subir a su vehículo.

—Estaba espiando a Corvo, no sabía que era su primo y mucho menos el heredero de la mafia.

—Entonces sabías su nombre real desde antes... —dijo Namjoon acomodándose en su asiento.

—Sí, pero si lo revelaba Corvo me cuelga de las bolas. Ya está bastante enojado conmigo por lo de mi compromiso.

—Yo nunca he visto un evento como este —dijo Namjoon—. Será interesante ver al novio de mi hermano bailar.

—No es mi novio —se quejó Jungkook—. Y tampoco baila, él patina y... hace piruetas.

—Lo hace mientras baila, le dicen el príncipe del hielo —dijo Taehyung.

—¿Y tú cómo sabes tanto? —preguntó Jungkook, girando el rostro, desconfiado.

—Porque tengo ojos, cultura general y lo investigué cuando estaba celoso de Corvo. — Taehyung sacó una paleta de cereza del bolsillo interno de su abrigo—. Además, me metí a ver algunos de sus videos junto con Namjoon cuando supimos que estaba comprometido contigo.

—No estamos comprometidos. —Frunció el ceño.

—Claro, claro. Y yo no soy mafioso —se burló, llevándose la paleta a la boca con desdén.

—Te dije que no estamos comprometidos, no digas estupideces.

—¿Y por qué mueves toda tu agenda por él?

—Dejen de hablar —ordenó Namjoon desde el asiento delantero—. El evento será público, estamos en Europa. Nada de armas a la vista. Ya ordené que los guardaespaldas se mantengan mezclados entre la multitud. No quiero que la prensa saque una foto con él rodeado de gorilas armados.

—Eso pasó en París hace un par de años —masculló Taehyung.

—Por eso lo digo —Namjoon lo fulminó con la mirada.

Jungkook no participó del regaño. Sacó el estuche del broche, lo abrió en silencio y sin decir una sola palabra lo ajustó al puño izquierdo de su camisa negra. El diamante blanco parecía un copo de nieve muerto sobre su piel.

—¿Estás nervioso? —preguntó Taehyung en voz baja.

—No.

—Lo pareces.

—Entonces no sabes lo que parezco —murmuró Jungkook, girando el rostro hacia la ventana.

—¡Mi hermanito está enamorado! —gritó emocionado.

Jungkook sacó el arma de su traje colocándola en la sien de Taehyung.

—¡Deja de molestar! —gritó y Taehyung soltó una carcajada que también hizo reír a Namjoon.

—Si, está enamorado —confirmó Namjoon.

...

7:36 p.m. – Entrada privada, Mediolanum Forum

El vehículo blindado se detuvo detrás del acceso exclusivo reservado para diplomáticos y figuras de alto nivel. Una lista con nombres rusos ya había sido entregada a la seguridad del recinto. Nadie preguntó nada.

Cuando Jungkook descendió, lo hizo sin prisa.

Traje negro de tres piezas, sin corbata. Botones de ónix. El cabello peinado hacia atrás, húmedo y el broche brillando sutilmente en su muñeca izquierda. El encargado del protocolo internacional se le acercó con una tablet en mano.

—Señor Terasov, es un honor. Tiene reservado el palco de la zona este, vista directa a la pista. ¿Desea algo en particular?

—Silencio.

—¿Perdón?

—Que nadie me moleste. —Su voz era hielo.

El hombre asintió sin replicar. Namjoon se acercó y habló en ruso con uno de los organizadores, asegurándose de que nadie pudiera acceder a su área.

Taehyung ya se había adelantado, caminando como si la alfombra negra le perteneciera.

Jungkook miró hacia la pista en penumbra. Solo una luz cenital estaba encendida. Ya quería verlo, quería disfrutar de su actuación... de su cuerpo.

. . . .

7:52 p.m. — Mediolanum Forum, Milán

La música ambiental se desvaneció.

Un breve destello de luces recorrió los bordes de la pista, provocando un murmullo tenue entre los asistentes. Desde los palcos privados, los diplomáticos, empresarios, aristócratas y figuras de poder ya estaban sentados. Algunos con copas de vino blanco entre los dedos, otros con la mirada perdida en sus teléfonos.

Pero no Jungkook.

Él estaba de pie.

De espaldas a todos, con las manos en los bolsillos del pantalón y el rostro inclinado hacia la pista congelada. El broche que Jimin le había enviado reflejaba los primeros haces de luz blanca sobre el hielo.

Y entonces ocurrió.

Las compuertas laterales del fondo se abrieron, y un grupo de siete patinadores profesionales entró en formación escalonada. Vestidos cada uno con un color distinto, con

trajes de líneas plateadas, comenzaron a deslizarse al ritmo de una melodía clásica que recién nacía en los altavoces: "Clair de Lune", pero en versión moderna, con cuerdas y bajos profundos.

El octavo en salir fue él.

Jimin.

Silencio absoluto.

Su cuerpo era la sombra del arte: traje negro con reflejos de diamante en las mangas, cuello alto, guantes delgados. El cabello peinado hacia atrás. Entró a la pista en diagonal, desde el extremo izquierdo, girando lentamente hasta quedar al centro. Su presencia era más que estética: era dominio.

—¿Es él? —preguntó Taehyung desde el palco.

Jungkook no respondió.

Jimin se deslizó hacia el frente del grupo, tomó posición inicial. Espalda recta, brazos relajados. Entonces comenzó la primera secuencia: pasos cortos, control absoluto del peso, brazos que se abrían al compás de una sinfonía de movimientos.

Cada integrante del grupo lo seguía con precisión matemática, pero era evidente que él era el eje.

Era imposible no mirarlo.

Cuando Jimin ejecutó el primer giro completo en eje vertical, con la pierna extendida y los brazos recogidos al pecho, hubo un pequeño jadeo colectivo. Pero nadie se atrevió a hablar.

—¿Cómo demonios puede hacer eso? —murmuró Namjoon, maravillado.

Jimin giraba, saltaba, se deslizaba y flotaba.

La secuencia grupal transcurría como un poema visual. Cada paso milimétricamente cronometrado. Los patinadores alternaban formaciones en espiral, diagonales cruzadas, giros invertidos, y en el clímax de la pieza Jimin saltó sobre uno de ellos, cayendo en el centro exacto de la pista sin tambalearse. Cayó como si el hielo lo esperara. *Como si fuera suyo.*

Jungkook se sentó, lento.

Apoyando un codo sobre el apoyabrazos del palco y cruzando una pierna sobre la otra. El rostro en sombra, los labios entreabiertos.

El corazón le latía en las costillas.

En ese momento, la formación cambió: los siete patinadores se dispersaron hacia los costados. Jimin quedó solo. La melodía descendió y comenzó el solo final. No había letra, solo cuerdas, solo él.

Un salto triple. Un giro con la espalda arqueada. Un movimiento casi felino de los brazos. Y al terminar la secuencia, Jimin se inclinó hacia adelante, con una rodilla rozando el hielo, los brazos abiertos, los ojos cerrados. Una reverencia silenciosa.

La luz lo iluminó por completo.

Su traje parecía cristalizado por la escarcha.

Su piel, porcelana.

El hielo... su imperio.

. . .

El público estalló en aplausos. Algunos se pusieron de pie. Otros simplemente quedaron sin aliento. Una cadena de flashes se activó. Las cámaras enfocaban los rostros de los asistentes más importantes.

Pero Jimin no los miraba.

Caminó hacia el borde de la pista con la misma calma con la que había entrado. Roxane lo esperaba con una bata térmica. Yoongi, firme al costado, sin parpadear.

Desde el palco, Jungkook no se había movido.

Ni una palabra.

Ni una expresión.

Solo su mano acariciando el broche. El mismo hielo que brillaba en su muñeca acababa de romperse frente a él.

—Estoy jodido —murmuró, por fin.

—Eso ya lo sabíamos —dijo Taehyung con una sonrisa, mientras el público aplaudía de nuevo.

—No —corrigió Jungkook—. Estoy jodido... y lo quiero todo para mí.

. . .

Desde el palco este, su postura era la de un hombre paciente... pero sus ojos lo traicionaban. Llevaba la mandíbula tensa y el broche apretado bajo los dedos. Habían pasado ya cinco números individuales desde el conjunto. Todos técnicos, todos correctos.

Todos aburridos.

Salto pulcros, figuras de puntaje, chicas sonrientes con trajes brillosos, chicos rígidos con música estridente. Gente buena, cuerpos bellos. *Pero nadie era él.*

Jungkook desvió la mirada una, dos veces. Revisó el programa impreso. Faltaban solo dos presentaciones.

—Tal vez no debimos venir —murmuró Namjoon—. Pero es divertido verlo desesperarse por ver a su prometido.

—Que no es mi prometido —dijo con aburrimiento en la voz.

Taehyung comenzó a reír.



8:47 p.m.

Las luces descendieron sin aviso.

El presentador subió a la tarima iluminada al costado de la pista, con una sonrisa que todos esperaban desde hacía minutos. Pues la mayoría había asistido al evento para ver actuar al príncipe de hielo.

—Señoras y señores, gracias por acompañarnos esta noche. Es un honor cerrar el evento con una presentación esperada por muchos, admirada por millones en redes sociales y que ha cruzado fronteras de técnica y arte.

El público se acomodó, los murmullos se apagaron.

—Él ha sido llamado "El ángel del hielo". Otros lo han nombrado "el espectro blanco". Pero nosotros sabemos quién es. Con ustedes, desde Milán... el único e inigualable: Park Jimin. ¡El príncipe del hielo!

Jungkook se enderezó.

Las luces cambiaron a un blanco cenital.

Y en la pantalla gigante del recinto apareció una toma lenta:

Jimin, caminando solo por el pasillo oscuro que daba acceso a la pista. El traje principal lo envolvía como una segunda piel: oscuro, imperial, cerrado en el cuello, mangas ceñidas decoradas con pequeños diamantes que no brillaban como lentejuelas, sino como cristales de escarcha helada. Cada vez que él giraba, parecía tener alas.

Jimin se colocó en posición siendo acompañado por una pequeña neblina artificial que cubría cubría la base pista y entonces; la música comenzó.

*"I'ma care for you
I'ma care for you, you, you, you"*

El arreglo musical no era pop. Era sinfónico, violines, chelo, un beat grave oculto en la base.

Jimin emergió de la sombra.

Dio un primer giro lento, tan amplio que barrió el centro de la pista. Cuando se detuvo, su brazo izquierdo se alzó hacia el cielo con lentitud, mientras el otro descendía por su costado, como si ofrendara algo a los dioses.

*" You make it look like it's magic (oh, yeah)
'Cause I see nobody, nobody but you, you, you
I'm never confused
Hey, hey, and I'm so used to being used"*

La letra flotó sobre las cabezas de todos. La voz masculina del cantante parecía cantar sólo para él. O peor, *por él*.

Entonces, la coreografía se transformó.

Jimin giró tres veces con los brazos cruzados sobre el pecho, y en la tercera rotación los abrió violentamente, provocando un destello. El diamante en sus mangas capturó la luz como si explotara.

*" So I love when you call unexpected
'Cause I hate when the moment's expected
So I'ma care for you, you, you
I'ma care for you, you, you, you, yeah"*

La cámara lo enfocó desde arriba.

Parecía un ángel oscuro rompiendo el hielo.

*" Cause girl, you're perfect
You're always worth it
And you deserve it
The way you work it
'Cause girl, you earned it, yeah
Girl, you earned it, yeah*

*You know our love would be tragic (oh, yeah)
So you don't pay it, don't pay it no mind, mind, mind
We live with no lies
Hey, hey, and you're my favorite kind of night"*

Cuando la frase se repitió, Jimin deslizó su cuerpo en una curva perfecta que terminó con una caída lateral y recuperación, parecía que su alma hubiera sido arrastrada por la pasión y luego rescatada.

El público contuvo el aliento.

Jungkook no parpadeaba.

Cada salto de Jimin era una declaración. Cada giro, una amenaza de belleza pura. En un momento se arrodilló en el hielo con una mano al pecho, y la otra extendida hacia el vacío, como si llamara a alguien.

*" On that lonely night...
You said it wouldn't be love, but we felt the rush...
It made us believe it was only us..."*

La estrofa pareció calarle al mafioso hasta los huesos.

Jimin no bailaba.

Jimin ofrecía el alma.

Y Jungkook la quería.

El giro final lo llevó al centro de la pista. Comenzó lento, pareciera que giraba dentro de una lágrima invisible, después aceleró... más rápido, más rápido. El aire lo rodeaba. Las luces se tornaron azules. Parecía levitar. Un giro axial que desafió la física.

Y al detenerse, de golpe, alzó el rostro.

Directo al palco este.

Los ojos delineados, las mejillas encendidas, el pecho agitado.

Y una sonrisa leve.

Para él.

"I earned it..."

La música terminó.

El silencio fue absoluto.

Finalmente, la ovación. El público en pie. Aplausos que se escuchaban igual a la lluvia de estrellas. Incluso algunos diplomáticos aplaudieron de pie. La cámara captó el rostro de Jimin, que le brillaban los ojos... conteniendo el aliento.

Jungkook cerró los suyos haciendo lo mismo, conteniendo la respiración. La actuación había sido hermosa, divina, perfecta. Jungkook realmente no veía a nadie más que Jimin, lo quería y cuando el Pakhan quería algo; lo obtenía.

Al abrir los ojos, estaba más enamorado que nunca.

Namjoon lo miró.

—¿Y bien?

Jungkook no respondió. Solo se puso de pie, acomodó su saco y murmuró:

—Voy a casarme con él.

—¡Yuju! —festejó Taehyung entre risas.

Las luces siguieron encendidas unos segundos más.

Y ocurrió lo que siempre ocurría luego de una actuación de Jimin. Desde los balcones altos, desde las filas VIP, incluso desde el palco diplomático, comenzaron a llover flores. Flores blancas.

Primero una, luego dos, después decenas.

Tulipanes, peonías, gardenias, camelias, incluso pequeñas orquídeas envueltas en cintas de satén. Eran ligeras, elegantes, la multitud comprendía que lanzar rosas rojas sería una falta de respeto para alguien como él.

Jimin no se movió.

Permanecía de pie, en el centro exacto de la pista de hielo, con la respiración agitada y el pecho subiendo y bajando bajo el traje oscuro. El foco principal seguía sobre él a medida que las flores continuaban cayendo.

La cámara captó su rostro. El maquillaje era mínimo, pero la expresión era épica: los ojos húmedos, la piel rosada por el frío, los labios entreabiertos. Un dios helado al que todos rendían culto.

—Es una locura... —susurró una mujer al fondo del palco.

—Es arte... —contestó un hombre, sin dejar de mirar la pista.

—Su cuerpo es perfecto... —Jungkook apretó los puños.

—Hasta su rostro, véanlo es como un ángel —susurró otra mujer y Jungkook gruñó.

En la gran pantalla, las tomas se alternaban entre el rostro de Jimin y el vuelo de las flores blancas cayendo a sus pies, mientras el hielo comenzaba a reflejar un juego de luces plateadas. Era como si patinara sobre un lago congelado que acababa de bendecirse.

Jimin bajó la cabeza lentamente, agradeciendo con una reverencia elegante a medida que tomaba algunas flores entre sus manos, formando así un enorme ramo blanco. Al incorporarse, las flores dejaron de caer y el público volvió a aplaudir.

Desde lo alto, Jungkook no se movía.

Sus manos estaban juntas, los dedos entrelazados. Sus ojos, clavados en él. Sintió algo arderle entre las costillas.

Era deseo.

Pero no del carnal. Era deseo de retener, de guardar, de tener el derecho de acercarse al hielo y no derretirse por estar a su lado.

—Te lo dije —dijo Taehyung, apoyando el codo en el borde del asiento, otra paleta de cereza en mano—. Es genial lo que hace.

Jungkook bajó la mirada hacia el broche que aún brillaba en su muñeca izquierda. Su puño se cerró.

—Es hermoso —susurró, sin pensarlo.

Después se levantó, caminó hacia la salida del palco mientras en la pista recogían algunas flores con guantes blancos, y los asistentes preparaban la salida del artista. La ovación seguía, pero las luces bajaban lentamente a medida que Jimin se retiraba de manera elegante, igual a como entró, pero envuelto en gloria.

Roxane lo esperaba afuera de la pista junto con Yoongi y con su entrenador que le sonrió a manera de felicitación.

—¿Todo bien, tesoro? —preguntó su asistente.

Él le entregó el ramo sin decir nada al salir y sostenerse de la mano de Yoongi.

—Ponle algún moño lindo y cuando esté listo llévalo a mi camerino, pienso obsequiarlo —murmuró, sin mirarla.

—Por supuesto —respondió con un asentimiento solemne.

Jimin siguió caminando, sin detenerse, hasta entrar al camerino asignado, escuchando a lo lejos el sonido de los aplausos apagarse.

—Espérame aquí afuera —le dijo a Yoongi—. No dejes entrar a nadie.

—¿Ni al Pakhan? Lo miré bajar de su palco, estoy seguro que querrá venir a verte.

—Excepto a él, déjalo pasar.

—Como órdenes.

Jimin cerró la puerta, sentándose frente al espejo iluminado y cerró los ojos. Aún estaba agitado, pero no sudaba. Su piel ardía debajo del traje, se sentía extrañamente envuelto una tormenta invisible.

El rostro de Jungkook. Lo había visto, lo sabía, incluso entre la multitud, sus ojos se encontraron. No lo imaginó, incluso casi cae de bruces, pero por fortuna logró estabilizarse sin que nadie lo notara, ni siquiera su entrenador.

Jimin apretó las manos sobre sus rodillas.

Todavía tenía música en la sangre.

Todavía sentía que flotaba.

Pero debajo de todo eso, en lo más profundo del pecho, comenzaba a sentir algo más.

Del otro lado de la puerta...

Yoongi bufó cuando miró a Jungkook acercarse. Los miembros del staff se hicieron a un lado, percibiendo el aura peligrosa de su sangre... de su casta.

—¿Vienes a felicitarlo o a hacer que se caiga de la emoción? —preguntó Yoongi con tono seco, sin moverse de la puerta—. Controla tus feromonas, ¿quieres?

Jungkook se detuvo frente a él. Su mirada era de acero. Pero sus labios estaban tensos... trataba de controlar sus feromonas, pero no podía, necesitaba ver a Jimin en cuanto antes.

—Quítate de la puerta.

Yoongi lo pensó unos segundos. Después sonrió.

—No lo asustes, acaba de conquistar a todo el continente europeo —dijo haciéndose a un lado.

Cuando Jungkook entró, Jimin seguía con los ojos cerrados, pero percibió el aroma del alfa de inmediato. No se volteó. Solo sonrió con lentitud.

—Tardaste más de lo que esperaba.

Jungkook cerró la puerta, sin decir nada. Simplemente se quedó mirándolo, tratando de memorizar cada sombra, cada reflejo, cada temblor leve que le recorría los hombros a causa del esfuerzo, de la adrenalina.

Jimin se levantó despacio.

Giró sobre sí, con los diamantes brillando bajo la tenue luz del camerino.

—¿Qué opinas... Pakhan? ¿Lo hice bien?

La distancia entre ellos era de apenas un par de metros. Pero era como si entre ambos vibrara un hilo tenso que se esmeraba en juntarlos.

Jungkook se acercó, extendiendo la mano para tocar el hombro del omega frente a él. Sus dedos rozaron la tela del hombro izquierdo, justo donde miró que una gardenia blanca lo golpeó.

—Lo hiciste perfecto —murmuró, embelesado—. Maldita sea, Park Jimin... me hiciste olvidar que estoy hecho de piedra.

Jimin bajó la mirada, ruborizándose.

—¿Me viste todo el tiempo?

—Cada segundo, ni siquiera parpadeé.

—¿Y ya sabes a quién le dediqué la presentación?

Solo bajó la mano... y en lugar de retroceder, la deslizó lentamente por el brazo de Jimin hasta llegar a su muñeca. Lo sostuvo con delicadeza.

—A mí... —susurró—. Lo entendí de inmediato.

Jimin lo miró directo a los ojos.

—No quería que pareciera una provocación... pero tampoco pude evitarlo —murmuró Jimin.

Jungkook entrelazó sus dedos con los del omega.

—Fue todo lo contrario. Me provocaste con belleza. Me dejaste sin alma, sin coraza. Jimin, si te hubieras caído... habría saltado desde el palco para recogerte con mis propias manos.

—Yo nunca caigo —dijo Jimin con una sonrisa leve.

—Tú vuelas y todos lo vieron.

—Gracias por venir a verme actuar. —Dio un paso hacia Jungkook—. Por mover tu agenda y viajar desde Rusia.

—Eres precioso, viajaría hasta los confines de la tierra por ti —contestó al dar otro paso hacia Jimin.

La distancia entre ambos se redujo a nada.

—Sí que te he flechado, ¿eh? —Sonrió coqueto.

—Te traje algo. —Soltó lentamente su muñeca y llevó una mano al bolsillo interior de su chaqueta.

Jimin arqueó una ceja sintiendo curiosidad y sonriendo al ver el broche plata en la muñeca del Pakhan que estaba sacando una pequeña caja cuadrada, forrada en terciopelo negro.

Jimin la tomó.

—¿Qué es?

—Ábrelo y descubre.

—No es una bomba, ¿o sí? —bromeó antes de abrirlo con cuidado.

Dentro, descansaba un collar.

Una cadena de oro blanco, fina pero resistente, con un dije discreto: dos letras entrelazadas, elegantes, talladas con precisión perfecta. *JJ. Jeon Jungkook*.

—Quiero que lleves esto cerca de tu garganta. Quiero que lo sientas cuando respires, que si alguien te toca... recuerdes que tus latidos llevan mi nombre.

Jimin sintió una descarga de electricidad por la espalda.

—No pareces para nada un tipo romántico y mira que me estás dejando sin aliento.

—No soy romántico... Es la primera vez que hago algo así, tú... Tú lo provocas.

—¿Por qué? —preguntó y Jungkook encorvó los hombros.

—Me gustas y ya. No es difícil de entender.

—Mmm... Te llevaste uno de mis trajes y lo modificaste, casi haces llorar a mi asistente.

—¿Tu asistente es lindo?

—Mi asistente es una omega —contestó riendo.

—Eso no impide que sea linda.

—No me gustan omegas. —Sonrió divirtiéndose—. ¿Por qué pusiste tus iniciales en mi traje?

—Quería estar tocándote durante tu presentación... mientras todos te miraban. Aunque fuera de manera simbólica. —Jimin sintió un escalofrío.

—Eres un enfermo con poder —murmuró, sin saber si reír o rendirse.

Después bajó la mirada hacia el collar. Lo sostuvo entre los dedos, era lindo. El detalle de Jungkook... No comprendía si se estaba acercando a él nada más por conveniencia porque era el capo di tutti capi, pero era atractivo, poderoso y le gustaba la atención que le estaba dando. Jimin no era tonto, si Artyom jugaba con él, entonces le mostraría las reglas del juego. Disfrutaría, vería hasta donde los llevaba todo eso. Además, Mirabella lo había aceptado, eso... Eso no había sucedido antes.

—¿Quieres ponérmelo tú?

—¿Puedo?

—Quiero que lo hagas.

Jungkook caminó detrás de él. Tomó el collar con ambas manos. Lo colocó despacio alrededor del cuello del omega, sus dedos rozaron la piel húmeda de su nuca, apenas expuesta entre los mechones del peinado deshecho.

Cerró el broche.

Jimin respiró hondo.

—Me queda perfecto —dijo mirándose frente al espejo.

Jungkook se inclinó, muy cerca de su oído.

—Porque está hecho para ti.

El omega cerró los ojos un segundo, conteniendo el aliento.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Solo me saludas, me das joyas y te vas?

—Ahora quiero que vengas conmigo a cenar.

—¿No tienes reunión con El plebe?

—El plebe puede esperar.

—¿Harás esperar al líder de la mafia Latinoamericana? Esos tipos están locos, yo que tú no lo hacía esperar.

—Quiero que vengas conmigo, no lo voy a repetir.

—¿Es una orden del Pakhan? —Enarcó una ceja.

—Es una petición de Jungkook.

Jimin se giró lentamente.

Sus rostros quedaron a escasos centímetros... Otra vez.

—Entonces déjame cambiarme.

—Puedo ayudarte con eso...

Jimin soltó una carcajada.

—Que adorable, te faltan muchos méritos para que me veas desnudo.

—¿Ah sí?

—Tienes que llegar al nivel diez y apenas vas en el cero punto cinco. ¿Crees que con un collar y un par de prendas ya me compraste?

—Haré lo posible para llegar a tu nivel, mientras tanto te espero afuera. No tardes mucho.

Y se fue.

Jimin se quedó unos segundos más, tocando las letras JJ que descansaban sobre su clavícula. Su identidad... La identidad que le había sido confiada, revelada en su momento de vulnerabilidad. Ese ruso sí que sabía cómo conquistar.



La cremallera del nuevo traje se cerró. Ahora vestido con un conjunto negro más sencillo, de corte limpio, cuello abierto y sin decoraciones. Su maquillaje seguía intacto. Roxane

entró sin tocar, con una sonrisa que le curvaba los labios como si estuviera por gritar victoria.

—Aquí tienes, tesoro . —Le extendió el ramo perfectamente formado con las flores blancas que recogieron de la pista—. Mandé quitar cualquier tallo torcido y está rociado con agua de rosas.

—Quedó precioso —respondió Jimin, tomando el ramo con ambas manos.

Roxane lo miró de arriba abajo y chasqueó la lengua.

—Estás demasiado guapo. Ya no es justo para el resto de nosotros.

—No lo fue desde que nací. —Jimin sonrió.

—Tu padre y tu hermana estarían orgullosos de ti.

—Quizás —contestó, después suspiró—. Lo del traje, no te preocupes por eso, nos vemos.

. . .

Yoongi lo esperaba en el pasillo de concreto con las manos en los bolsillos del abrigo. No hablaba, pero su energía vigilante decía más que cualquier palabra. Cuando Jimin salió del camerino, con paso firme, el ramo de flores en una mano y su cuello adornado con el collar de las iniciales JJ, Yoongi solo murmuró:

—Estás brillando.

—Es lo mínimo —respondió Jimin—. ¿Dónde está Artyom?

—Esperándote en el estacionamiento.

—Genial, llévame con él.

Caminaron juntos por el corredor subterráneo y al fondo, esperándolo junto al auto negro con cristales polarizados, estaba Artyom Terasov. Traje negro, postura de alfa, mirada detenida solo en él.

Jimin respiró hondo y se acercó.

—Esto es para ti. —Le extendió el ramo de flores blancas. Jungkook lo tomó, desconcertado.

—¿Flores?

—Son tuyas. Cada una cayó por mi actuación... y yo te la dedico a ti.

Detrás, un carraspeo desvergonzado rompió la escena.

—¿Un alfa recibiendo flores de un omega? —preguntó Taehyung con voz burlona.

—¡Qué ternura! —añadió Namjoon, cruzándose de brazos—. ¿Vamos a decorar la mansión de los Bratva con margaritas ahora?

La sonrisa de Jimin se congeló.

Luego giró lentamente hacia Namjoon —Mijail—, que era el que estaba más cerca suyo y sin cambiar de expresión, le tomó la mano con delicadeza... para luego apretarla con fuerza.

Un crujido se escuchó en el aire.

—¡Ahh! ¡Carajo! —Namjoon dio un paso atrás, pero Jimin no lo soltó.

—¿Un omega que es más fuerte que un alfa? —susurró Jimin con voz tan serena que helaba.

Jungkook no intervino. Nada más lo miraba, con los labios entreabiertos. Namjoon se retorció levemente, pero sonrió forzado.

—Oye... solo te perdono porque eres mi cuñado.

—No soy tu cuñado —dijo Jimin, soltándolo.

—Todavía. —Taehyung se echó a reír, de verdad le divertía toda esa situación.

—Luca es un Omega Lupus —dijo Yoongi acercándose a Taehyung—. Más fuerte que un alfa, no lo subestimen.

—Nosotros sabemos su nombre real —dijo Taehyung—. No deberíamos llamarlo así, estamos entre familia, ¿qué no?

—Familia que se rompe los huesos entre sí... —jadeó Namjoon acomodándose la muñeca en una mueca.

—¿Les dijiste mi nombre real? —le preguntó a Jungkook, con ojos furiosos.

—No, no, no. Escucha primero —contestó con calma.

—Tienes tres segundos para explicarte. —Cruzó los brazos.

—Yo salía con Corvo —dijo Taehyung y Yoongi cerró los ojos exhalando—. Cuando salía con él me puse celoso porque lo veía asistir mucho a este tipo de eventos junto con la Sottocapo, Italia. Entre tantas cosas, me di cuenta de que se acercaba mucho a ti, les tomé fotos y planifiqué matarte porque creí que eras su amante.

»Finalmente descubrí que son primos, aunque Italia nunca me dijo tu nombre me dijo que tenía un gemelo que no estaba involucrado en la mafia, entonces uní piezas... Park Jimin, el príncipe del hielo.

—Y ahora el rey de la mafia italiana —dijo Namjoon.

—¿Es cierto? —le preguntó a Yoongi y este asintió con la cabeza.

—Me juró que no diría tu nombre, creo que es momento de matarlo por fallar a su palabra —soltó Yoongi.

—Se va a casar con mi hermano, todos tenemos que saber su nombre —Taehyung trató de excusarse.

—No me voy a casar con Jungkook.

Todos se congelaron, en especial Yoongi, pues no sabía su verdadero nombre y era la primera vez que lo escuchaba.

—¿Le dijiste tu... nombre real? —preguntó Namjoon sorprendido.

—Me voy a casar con él. —Encorvó los hombros—. Por supuesto que lo sabe.

—No nos vamos a casar.

—Me diste flores. —Sonrió.

—Preséntense —dijo Jimin—. Todos, con sus nombres verdaderos. Queda claro que tendremos que vernos los rostros más seguido, así que agradecería saber sus identidades. Después de todo ya saben la mía... De alguna manera.

—Esto es cruzar una línea bastante importante, no sé si deberíamos... —comenzó Namjoon.

—Jeon Taehyung —dijo Taehyung, extendiendo la mano hacia Jimin.

—Que fácil eres hermano —se quejó Namjoon.

—Min Yoongi —dijo Yoongi, extendiendo la mano hacia Jungkook.

—Bien... —Namjoon exhaló adolorido—. Park Jimin, Min Yoongi, Jeon Jungkook, Jeon Taehyung y yo soy... Jeon Namjoon.

—Genial —dijo Jimin sonriendo—. Si me falla Jungkook, revelaré los nombres de todos ante la prensa. ¿Nos vamos?

Jungkook se carcajeó, los hermanos Jeon se quedaron congelados.

—No voy a fallarte. —Lo tomó de la cintura y lo encaminó hacia la puerta del auto—. Vamos.

Jungkook le abrió la puerta trasera a Jimin. El omega se acomodó con elegancia, cruzando las piernas, mientras les sonreía a los tres que se quedaron fuera del auto.

—No dirán mi nombre, ¿verdad?

—Son tontos —dijo Jungkook al cerrar la puerta—. Pero leales, ¿me debo preocupar por Corvo... Yoongi?

—Yoongi es más leal que yo mismo, así que descuida. No dirá nada.

—Bien. —Jungkook sonrió—. Gracias por las flores.

—No vuelvo a darte unas, pudo ser vergonzoso que un omega te diera flores. No me percaté de eso.

—¿Vergonzoso? Es honroso, envíame flores todos los días —contestó y Jimin sonrió.

Las colocó en el asiento frente a ellos, después le ordenó al chofer que arrancara el automóvil. Cuando estuvieron en marcha, Levantó una mano, y con los dedos marcados por una vida de poder y peligro, rozó la barbilla de Jimin. Lo sostuvo con cuidado, deslizando los dedos por su mandíbula, deteniéndose en la curva suave de su cuello, hasta enredarlos en la nuca, donde el cabello estaba todavía húmedo por la actividad sobre el hielo.

—Verte romperle la mano a mi hermano mayor... —murmuró, con un brillo oscuro en los ojos.

—Lo siento —susurró con voz dulce.

—Fue realmente sexy —dijo con voz ronca.

Después lo besó. Al principio fue un roce suave, un choque sutil de piel contra piel. Pero en cuanto sus bocas se encontraron, el beso se transformó. Sus labios se adaptaron, el alfa apretó con más firmeza la nuca del omega, atrayéndolo hacia él. El aliento cálido de ambos

se mezcló, y Jimin, en vez de retroceder, apoyó una mano sobre el pecho del Jungkook, sintiendo el latido frenético bajo la camisa. Respondió al beso con hambre delicada, devorándolo sin dejar de ser elegante.



Bueno, aquí está la actualización doble entre semana. Me dieron ganas de adelantar capítulos para no hacerlas esperar mucho. ¡Gracias por leer! Nos vemos el domingo 📖

Pd: La canción que Jimin utilizó en su presentación fue la de Earned it de The Weeknd

¿Ya tienes teorías?

[10] *Persecución*



El beso aún le latía en los labios cuando el móvil de Jungkook vibró contra su muslo.

La notificación apareció en la pantalla con un nombre codificado: "*El Plebe*".
Jungkook bajó la vista, deslizó el dedo para abrir el mensaje y lo leyó en silencio.

"Intentaron matarme en el hotel. Me lanzaron un artefacto al ascensor. No explotó. Pero esto es una declaración de guerra. Me moví a la suite de emergencia. Hay traición en Milán, carnal. Alguien nos quiere fuera del mapa."

Jungkook no dijo nada al inicio. Su mirada seguía fija en la pantalla del celular donde el mensaje del Plebe aún brillaba, se desvió al paisaje tras la ventanilla polarizada. No estaban en ruta hacia la hacienda privada al sur de Italia. El conductor había tomado un desvío discreto, apenas perceptible para alguien distraído... pero Jungkook no era alguien distraído.

Era un cazador.

Y acababa de oler la pólvora de una trampa.

Tragó saliva con la lentitud de un hombre que ya había contado sus opciones de muerte. Guardó el teléfono con el movimiento de quien ha ejecutado antes y volvería a hacerlo.

Después se giró hacia Jimin.

El omega tenía la respiración aún entrecortada por el beso anterior, los labios ligeramente hinchados, la piel blanca vibrando con la fragilidad de un instante feliz. Sus ojos reflejaban la luz cálida del interior no sabía que, en segundos, se apagaría todo.

—¿Qué pasa? —preguntó con un hilo de voz, al ver que la ternura de Jungkook se había evaporado.

No recibió respuesta. Simplemente el clic metálico del cinturón de seguridad siendo asegurado contra su pecho por manos que no temblaban.

El alfa se inclinó. El perfume costoso y la amenaza lo envolvieron.

—Precioso... no te asustes —murmuró con un tono que no le pertenecía al hombre que lo había besado minutos antes. Era otro Jungkook. Uno que no conocía dulzura, uno que no tenía alma.

—¿Por qué...? —iba a preguntar.

Pero ya era tarde.

Jungkook deslizó su mano bajo el reposabrazos y presionó un pequeño botón camuflado entre el cuero negro. El sonido hidráulico del blindaje fue inmediato: una barrera blindada comenzó a descender, era el cristal que los separaba de la cabina del conductor. Fue como abrir el ataúd de un muerto que aún no lo sabe.

Jimin se irguió, nervioso.

—¿Qué estás haciendo...?

El Pakhan no respondió. Él acomodó su chaqueta hacia atrás, dejando ver la culata negra de su arma corta. Desenfundó con naturalidad y soltó el primer disparo.

El sonido fue brutal en el interior cerrado del vehículo. La detonación rebotó en los cristales fundiéndose con el olor instantáneo de la sangre que salpicó el parabrisas. El chofer cayó sobre el volante con las manos aún sujetando la dirección.

—¡Artyom! —gritó Jimin—. ¡¿Qué hiciste...?!

No hubo tiempo para procesar.

El copiloto giró por puro instinto, la mano buscaba algo, un arma, o tal vez un botón para pedir ayuda, pero nunca lo logró porque Jungkook fue más rápido, él apuntó directo al

cuello, justo entre la clavícula y la base del cráneo. Él traidor cayó como un títere sin cuerdas.

Silencio, sangre y pólvora invadieron el vehículo.

Un silencio sepulcral envolvió el interior. Solo el eco de la muerte rebotaba entre los asientos de cuero.

Jimin estaba inmóvil. El cinturón de seguridad presionaba su pecho recordándole que aún estaba vivo.

—Nos estaban llevando por una ruta equivocada —dijo Jungkook al fin, sin parpadear—. Cambiaron los conductores en el último minuto. Esto fue una emboscada.

Las palabras eran frías. No hubo ira, no hubo pánico. Solo la certeza del depredador que ha sobrevivido lo suficiente para oler la muerte antes de que toque el timbre.

Y al igual que una fiera acorralada que aún manda en la cadena alimenticia, jaló el freno de mano.

Las llantas traseras se bloquearon. El vehículo patinó, se ladeó y finalmente se detuvo en seco, a un par de metros de una curva cerrada que llevaba hacia una carretera secundaria. Una carretera de la que probablemente nunca habrían salido.

Jimin se sujetó con fuerza de la palanca lateral. El cinturón lo salvó del golpe y su corazón retumbaba como si tratara de romperle las costillas desde dentro.

—Wow... —susurró, su voz era más aire que sonido.

Sus ojos, clavados en Jungkook, ya no lo reconocían.

Delante de él, no estaba el hombre que le había dicho " *precioso* " momentos atrás.

Estaba el Pakhan.

El hombre por el que se hacían guerras.

El monstruo por el que se firmaban tratados.

Y sin embargo, cuando Jungkook giró hacia él, aún tenía en los ojos ese fuego templado que lo hacía suyo. Se inclinó, tocando con el dorso de los dedos la mejilla de Jimin.

—Nadie te toca —le dijo, invadiéndolo de su aliento olor a menta.

—¿Qué fue todo esto...? —preguntó Jimin, temblando, desconcertado, pero sin miedo.

—Te lo dije, intentaban matarnos —respondió el alfa, despreocupado, había sido un intento inútil.

Jungkook apretó la mandíbula, pero sus ojos temblaban. La furia estaba teñida de cierto miedo porque no sabía si lo estaban siguiendo, no estaba en Rusia, no sabía quiénes lo estaban atacando.

—No bajes del coche. ¿Me escuchas? —le susurró, tomando su rostro con ambas manos.

—Estás sangrando... —Jimin notó una herida leve en la oreja de Jungkook, un roce que le había dejado la explosión del vidrio interno del auto.

—No importa. —En ese momento, Jungkook activó su comunicador interno en el oído—. Aquí Pakhan. Código rojo. Intento de secuestro. Ubicación Linate sur. Limpieza inmediata. Cambio de vehículo en tres minutos. ¿Entienden? Quiero salir de este lugar en cuanto antes.

—Estamos en Italia. Si alguien intentó hacerte daño lo haré comerse los dientes —dijo Jimin, sacando su teléfono, ese que solamente se comunicaba con Yoongi.

—Quédate aquí adentro, el automóvil está blindado, iré a sacar los cuerpos de enfrente por si necesitamos huir.

Y dicho eso, Jungkook salió del auto, dejando a Jimin a solas.

—Capo, escuché que, —dijo Yoongi al contestar la llamada a medio timbre.

—Sí. —Afirmó Jimin, interrumpiéndolo— Al parecer intentaron secuestrarnos al Pakhan y a mí. Envía vehículos para rodear el perímetro, no traje armas y...

Jimin observó que un vehículo se acercaba a ellos, Jungkook apenas estaba sacando al traidor que iba en el asiento del copiloto.

—¿Luca? —Llamó Yoongi.

—Estoy en peligro, no tengo armas, no tengo chaleco antibalas. ¡Activé el rastreador, apúrate!

—Estoy viendo la ubicación. ¿Recuerdas los mapas que te hice memorizar?

—Sí —dijo al bajar del automóvil, azotando la puerta.

—Entra a uno de los túneles militares, el C-198. ¡No mueras, voy para allá!

Jungkook soltó un bufido, con los nudillos manchados de sangre. Apenas había logrado sacar al segundo cuerpo cuando el rugido del motor que se acercaba lo hizo girar la cabeza como un animal salvaje. Sus ojos captaron el reflejo de las luces delanteras y el rechinar de llantas en el asfalto mojado.

El otro coche iba directo hacia ellos. No reducía la velocidad.

Y Jimin había salido.

Lo vio tomar el cuerpo en el asiento del piloto, jalando al cadáver por la camisa manchada, con las mejillas rojas y el cabello volando como una llama blanca al viento.

—¡Te dije que no salieras! —gritó Jungkook, furioso, corriendo tras él.

—¿No ves que viene aquel auto a gran velocidad hacia nosotros?! —Jimin se giró con los ojos bien abiertos. No era miedo lo que brillaba en ellos. Era furia, instinto y decisión..

—Sí, pero yo...

—¡Sube al asiento del copiloto! ¡Yo conduzco! ¡No hay tiempo!

Y Jungkook obedeció.

No porque dudara.

Era porque algo en su pecho —en su maldita alma helada— le dijo que si ese omega decía que conduciría, entonces el mundo entero debía abrirle paso.

Jimin se deslizó al volante, pateando el cadáver hacia abajo, empujándolo con violencia mientras sus manos, pequeñas y tersas, se aferraban al timón como si fuera el arma más mortífera que había empuñado jamás.

Giró la llave del vehículo, activando el motor y el rugido respondió como si el mismísimo Leviatán hubiera despertado.

—Abróchate —le ordenó sin mirarlo.

Y Jungkook, el Pakhan, el rey de las sombras, *hizo caso*.

El otro coche ya estaba cerca. Pudo ver el reflejo del parabrisas, oscuro como un ataúd, sin placas. Las luces altas encandilaban y sin ninguna intención de frenar.

—Jimin...

—Agárrate bien.

Giró el volante con una maniobra que ni el mismo equipo de seguridad de Jungkook habría previsto. Pateó el freno de mano, giró 180 grados sobre la autopista mojada, acelerando con tanta violencia que las ruedas chirriaron como si gritaran en otro idioma.

—Que bien maneja —murmuró Jungkook, sujetándose con fuerza.

Los vehículos se cruzaron. El coche enemigo pasó de largo, pero giró de inmediato para perseguirlos. Jimin ya lo esperaba. Mirando el retrovisor con la misma expresión que tendría un general en medio del campo de guerra.

—No voy a dejar que te maten esta noche.

—¿Cómo aprendiste a conducir así? —preguntó Jungkook, casi sin aire.

—Corvo me enseñó. Dijo que si era el capo di tutti capi, debía saber cómo huir del infierno. ¿Lo hago bien, Pakhancito?

—Lo haces perfecto... —rió el alfa.

—Estás sangrando —replicó Jimin, sin quitar la vista del camino—. Tu oreja, Tsk.

Detrás de ellos, el coche negro ganaba velocidad. Era más ligero, tal vez incluso más moderno. Pero no estaba preparado para lo que Jimin haría.

Se salieron de la carretera, metiéndose por un tramo de tierra que cruzaba campos oscuros de olivos y viejas fincas abandonadas. A cada giro, el lodo salpicaba como sangre sobre las ruedas.

—Si nos metemos en ese camino, podríamos quedar atrapados —advirtió Jungkook.

—No vamos a quedar atrapados. —respondió Jimin con los dientes apretados.

El coche botó, cruzó un canal angosto, se deslizó por el borde de una zanja y entonces volvió al asfalto por un carril secundario. Las luces de la ciudad ya eran visibles al fondo. Y detrás, en la negrura, los faros del enemigo volvían a aparecer, pero ya no era dos luces, eran seis, eso significaba que eran tres vehículos persiguiéndolos.

—¡Nos siguen, son tres! —gritó Jungkook, tomando el arma con una mano—. Si se acercan más, disparo.

—Dame diez segundos —susurró Jimin.

—¿Qué...?

—Sólo diez.

Aceleró

A fondo.

El velocímetro rebasó los ciento cincuenta. El motor rugía, el asfalto ardía bajo los neumáticos y la adrenalina se les filtró por las venas como heroína.

—Jimin... —dijo Jungkook, mirándolo de reojo. En ese perfil, en esa mandíbula tensa, en esa mirada filosa, había algo más feroz que cualquier mafioso que hubiese conocido.

—¿Sí...? —respondió sin mirarlo.

—No cabe duda de que no eres para nada el ciervo que conocí en Moscú.

—Por supuesto, hoy soy el omega que va a sacarte vivo de esta trampa.

Y lo hizo.

Giró abruptamente a la izquierda, por una rampa de acceso restringido que conducía a un túnel militar antiguo. El coche enemigo intentó seguirlo, pero patinó. Chocó con un poste y los otros dos se quedaron sin acceso estrellándose. El sonido del impacto retumbó en sus oídos al igual que una sinfonía de victoria.

Jimin frenó con suavidad, dejando que el vehículo se detuviera en medio del tu el vacío y oscuro. Lo único que se escuchaba era su respiración agitada, Jungkook bajó el arma lentamente. No sabía dónde estaban, pero la puerta de metal por la que entraron ya estaba cerrada, se cerraba ante el acceso porque tenía sensores de última generación.

Miró al omega, sintiéndose embelesado, verlo sostener el volante, con las manos manchadas de sangre que no era suya, con el pecho agitado, sudor en la frente y cabello despeinado. Era el mafioso más precioso que había visto, era perfecto para él.

—¿Dónde estamos?

Jimin giró el rostro. Le temblaban las manos, pero no dejaba que se notara mucho, aún así Jungkook lo notaba.

—Es un túnel militar, estamos a salvo.

Y sin más, apagó el motor.

Jungkook, a diferencia de Jimin parecía sereno, no estaba agitado, ni nervioso. Solo expectante, analizando cada ruido lejano, observando cada posibilidad de un nuevo ataque.

—¿Y cómo salimos?

—La otra entrada está sellada. —Exhaló—. Pero ni Dios podría entrar aquí, tengo que abrirlo desde adentro y lo haré hasta que Corvo venga con mis hombres.

Jimin se quitó el saco oscuro, limpiándose la sangre de las manos con una mueca de asco.

—Necesitas agua y jabón. La sangre se seca rápido.

—Lo sé, pero es desagradable la sensación viscosa en la piel... ¿Cómo lo supiste? Que nos estaban tratando de llevar a una trampa.

—El plebe me envió un mensaje. Lo atacaron en el hotel, eso me hizo analizar el camino por el que íbamos. —Encorvó los hombros—. Fue fácil deducirlo. ¿Te lastimaste?

—No, pero tú sí.

Jimin abrió la puerta del automóvil, dejando las luces prendidas y bajando de él. Jungkook también bajó, ambos se encontraron en el cofre, siendo iluminados por las luces amarillas.

—¿Cuánto tenemos que esperar? —preguntó Jungkook.

—No sé, pero al menos estamos bien acompañados. —Estiró la mano—. Déjame ver tu oreja.

—Solo fue un rasguño, no te preocupes.

Jimin se puso de puntitas, iluminando la oreja de Jungkook con la lámpara de su celular. El Pakhan aprovechó la cercanía para tomar la cintura del omega con ambas manos.

—Necesitarás un curita, lamentable que hayas quedado herido en compañía del Capo. No volveré a permitir que te lastimen estando conmigo —susurró y Jungkook sonrió.

—Te dije que no es nada, fue un vidrio que saltó. —Le dio un beso en la mejilla—. Las flores que me diste quedaron deshechas...

—Te daré cientos de miles más.

—Uy... ¿Eso es una promesa?

Jimin lo miró a los ojos.

—Sí. —Sonrió—. Llenaré tu mansión Bratva de flores, enviaré un helicóptero con miles de ellas.

En ese momento el teléfono de Jimin timbró al mismo tiempo que el auricular de Jungkook. Jimin contestó de inmediato.

—Capo, puede abrir, estamos afuera. —Era Yoongi.

—Estoy con los hombres de Luca, estamos afuera del túnel. —Era Namjoon a través del auricular de Jungkook.

—Llegaron —dijo Jimin—. La cena se pospone, ¿cierto?

—Tenemos que averiguar quiénes nos atacaron.

—Entiendo. —Sonrió—. Qué día tan agotador.

Al decir eso fue hacia la pared con los códigos que Yoongi le había mostrado y colocó su clave única, nadie más, solo el Capo Di Tutti Capi la sabía.

El portón metálico del túnel se abrió y del otro lado había más de cien hombres de Jimin y cerca de catorce de Jungkook. Mijail y Sergei se acercaron de inmediato hacia Jungkook para preguntarle lo sucedido, mientras que Corvo se acercaba a Jimin.

Todos los hombres de Los Cos Nostro apuntaban con sus armas a Jungkook, a los rusos y a sus hermanos.

—¿Los atraparon? Tuvieron un accidente a escasos metros del túnel —dijo Jimin.

—Dejaron un vehículo abandonado, pero ninguno de ellos. Se fueron —contestó Yoongi.

—¿Y quiénes son? —cuestionó Jimin, molesto.

—No lo sé, Capo.

—¿No lo sabes? —cuestionó relamiéndose los labios—. ¡¿Por qué le apuntan al Pakhan?! —cuestionó en un grito—. ¡¿No ven que es mi aliado, imbéciles?! ¡Bajen las jodidas armas y busquen rastros de los malditos traidores! —Jimin caminó hacia sus hombres—. Quiero que los encuentren, a todos y me los traigan con vida. ¿Entienden? ¡CON VIDA!

—¡Sí, Capo!

—Yo me encargaré de matarlos —añadió—. Cierren las fronteras. Nadie entra ni sale de Italia sin darme cuentas.

—¡Capo, un botiquín por si está herido! —dijo uno de sus hombres italianos corriendo hacia él.

—No estoy herido, pero dámelo. —Lo tomó, después avanzó hacia Jungkook.

—Entiendo —decía Jungkook.

—Oye... Artyom —decía Jimin al acercarse.

—Luca —dijo Jungkook con frialdad—. Tengo una pista de quienes pudieron haber sido.

—¿Quién? —cuestionó Yoongi.

—Los mismos que mataron a Italia.

—Esos Yakuzas ya están muertos —soltó Yoongi.

—No todos —interrumpió Taehyung—. Encontré un sello grabado bajo el asiento del copiloto. Es antiguo... y no es italiano, tampoco Ruso.

—¿Japonés? —preguntó Corvo, alertado.

—No. Coreano. —Se lo mostró. Un pequeño trozo de metal negro con una flor de loto grabada, rodeada por símbolos. Era sutil, apenas del tamaño de una moneda, pero demasiado limpio para ser decorativo.

—Ese símbolo es de la "Corte Negra" —dijo Namjoon con la voz grave—. Se supone que se habían disuelto, después del golpe de Busan.

—No —susurró Jungkook, con la mandíbula tensa—. No se disolvieron, los cabrones se ocultaron.

Jimin bajó la vista al fragmento, luego volvió a alzarla con la furia ardiendo tras las pupilas.

—¿Estás diciendo que los mismos que mataron a mi padre y hermana intentaron asesinar al Pakhan y al Capo en suelo italiano?

—Sí —confirmó Taehyung—. Y eso significa que el enemigo es alguien que conoce tus raíces, Luca.

Jungkook cerró el puño, tragando veneno.

—Si quieren jugar con mis raíces, tendrán que arder en ellas —soltó Jimin extendiéndole el botiquín a Jungkook.

—Dije que no estoy herido —murmuró Jungkook, sin tomarlo.

Pero Jimin no se movió.

—Y yo dije que estás herido. Tómallo ya.

Los hombres callaron. Algunos fingían no escuchar, otros se retiraron con discreción, pero Corvo frunció el ceño, viendo la tensión entre ambos.

—No es necesario —insistió Jungkook, apartando la mirada.

Jimin tampoco lo miró. Simplemente bajó la mano con una exhalación llena de indignación y se dio la vuelta. El botiquín aún en su puño, apretado.

Después de eso, ignoró al ruso.

Lo ignoró como si fuera un asistente más entre las sombras, como si no hubieran compartido un beso, un balazo, un obsequio. Su cuerpo entero proyectaba el mensaje: *si no sabes recibir, no mereces que te dé nada*.

Se giró hacia Yoongi, quien ya lo seguía con una tableta electrónica en la mano.

—Hay que evacuar el túnel. No quiero quedarme aquí un segundo más. Envíen un convoy a la mansión del lago. Nadie debe saber que estoy en movimiento —ordenó sin mirar a nadie más.

—¿Y qué hacemos con los rusos? —preguntó Yoongi.

Jimin giró apenas el rostro hacia Taehyung, Namjoon y Jungkook.

—Ellos vendrán también. Pero en otro auto. Corvo —llamó—. Asegúrate de que nuestros hombres escolten al Plebe. Que esté presente en la reunión, quiero oír cada maldito detalle de su atentado.

—Entendido —respondió Yoongi con un gesto firme.

—Toma a seis hombres, ni uno más. Que se muevan en líneas separadas, quiero rutas distintas, y quiero vigilancia aérea sobre cada trayecto —dictó Jimin sin detenerse, ya caminaba hacia su propio coche. Caminando con elegancia, con el mentón en alto.

Jungkook lo miró alejarse comprendiendo que estaba molesto porque le rechazó el botiquín. Es que el hielo en su voz y su mirada valía más que mil gritos.



El trayecto hasta la mansión del lago fue silencioso.

Jimin viajaba en un Bentley blindado color ónix, con cristales polarizados. Iba solo, salvo por Corvo que iba conduciendo. Mientras que él sostenía su tableta, revisando los mapas de tráfico en tiempo real, los drones desplegados y las rutas alternas hacia el norte.

Estaba en modo Capo, sin espacio para emociones. Sin lugar para dudas.

—¿Puedes olerlo también, Yoongi? —preguntó ensanchando sus fosas nasales—. Algo se está pudriendo en este país... Y no pienso dejar que lo huela primero el Pakhan.

—¿No se supone que son aliados?

—Ese hijo de puta... ¿Viste que me rechazó el botiquín? Quería curarle la oreja y me humilló delante de todos. ¿Me habla cálido en privado, pero en público con frialdad? Soy el príncipe del hielo, soy el rey de la mafia italiana. ¿Cómo se atreve a insultarme de esa manera?

—Estaba frente a sus hombres...

—¿Estás de su lado?! —cuestionó bloqueando la tablet.

—No, pero si se ponía cálido contigo podrían notarlo. El rumor se correría, entonces no solo serías el Capo Di Tutti Capi. También serías el interés amoroso del Pakhan, otra razón más para que intenten matarte. Él también se pondría en riesgo y con eso... Ambos, tú y él se verían débiles porque el amor te vuelve débil.

—Tonterías. —Jimin bufó—. Ni siquiera nos amamos, es atracción. Además, si llegara a haber un sentimiento como el amor sería distinto... Cualquiera que se atreviera a intentar tocar a mi amor moriría al instante.

—Llevo años en esto, lo mejor es mantener las relaciones amorosas ocultas.

—¿Y eso como te salió? —preguntó Jimin girando el rostro hacia Yoongi—. Terminaste con Sergei porque lo comprometieron con otro omega.

Yoongi no dijo nada, él pisó el acelerador más profundo.



Cuando llegaron a la mansión del lago. El agua brillaba como tinta derramada y las luces de la propiedad encendían sólo lo justo: *discretas, estratégicas, imposibles de rastrear desde el cielo.*

Jimin ya estaba dentro, en el lugar no se permitiría la entrada de nadie. Solamente de los líderes y sus más cercanos.

Sentado en la cabecera de una mesa redonda de mármol, con su copa de vino y su camisa colgada en el respaldo. Lucía intocable a pesar de vestir únicamente con su camisa de tirantes, la interior. Además, lucía peligrosamente bello y cuando Jungkook entró con su grupo, ni siquiera levantó la vista.

—¿Y Mirabella? —preguntó.

—Viene llegando en uno de los vehículos, justo como ordenaste —contestó Yoongi.

—¿Y El Plebe? —preguntó Jimin con voz fría.

—También viene llegando...

Momentos después, llegó Mirabella. La loba rugía bajito ante su paso, sin mirar a ninguno de los hombres. Solamente veía a Jimin.

" *Mirabella, no seas amable con nadie, ni siquiera con Jungkook. Ya sabes lo que pasó.*"

"*De acuerdo, Mimi.*"

La loba se sentó junto a Jimin, parándose con firmeza y rostro que amenazaba con atacar a cualquiera dentro de ese lugar.

Después, Yoongi salió de la habitación y regresó de inmediato acompañando al plebe que también acababa de llegar.

—¡Pakhan! Veo que de todas maneras nos terminamos reuniendo esta noche. ¡Capo! Tus hombres fueron muy amables, pero me quitaron mis armas.

—Te las devuelvo en breve, descuida —dijo al ponerse de pie—. Bienvenido. ¿Quieres algo para beber?

—¿Qué me puedes ofrecer?

—Lo que gustes. —Se mordió el labio acercándose a la reserva de vinos que tenía atrás de sí. Pues el lugar en el que estaban tenía un minibar.

—Dame un vino de esos elegantes de Italia.

—Claro, lo mejor para mis mejores invitados. —Sonrió.

Jimin se inclinó con elegancia, la luz cálida del candelabro colgante acariciaba su cuello expuesto y el borde de sus clavículas. Sacó una botella de Barolo añejo, del tipo que se servía solo en funerales... o negociaciones importantes. La tomó con sus dedos largos y la sirvió sin prisa, tomándose todo el tiempo del mundo para impresionar a cualquiera, menos al ruso.

Jungkook seguía en su silla, inmóvil, con los codos apoyados a los costados. No lo miraba directamente, ni siquiera fruncía el ceño. Pero el leve apretón en su mandíbula, y el sonido casi imperceptible de sus nudillos crujiendo eran más elocuentes que cualquier arranque de celos.

Porque lo sentía.

No era odio hacia El Plebe. Era una incomodidad instintiva. Una bestia que rasguñaba por dentro mientras observaba a Jimin sonreírle a otro hombre.

—Este vino huele a infierno —comentó el Plebe, levantando la copa para olerla—. Pero sabe a cielo.

—Sí, así son los buenos amores —respondió Jimin, girando el rostro hacia él. Su sonrisa era sutil, peligrosa, provocadora.

Jungkook apretó los dientes, pero no se movió.

Taehyung, que lo observaba desde un costado con los ojos entrecerrados, mordió el palito de su paleta y murmuró con diversión:

—¿Quieres que le ponga laxante al vino de nuestro Plebe?

Namjoon se carcajeó por lo bajo. Pero Jungkook no respondió. Su vista seguía clavada en los labios de Jimin, en la curva de su sonrisa, en cómo la sombra del cuello proyectaba líneas imposibles sobre su clavícula.

Y esa maldita camisa blanca.

La forma en la que se pegaba a su torso por el calor del lugar. Cada respiración del italiano era una amenaza para su autocontrol.

—Bien —dijo Jimin volviendo a sentarse con el mismo movimiento con el que alguien empuña un arma—. Ahora habla, Plebe. Quiero saber todo. Absolutamente todo.

El alfa dejó la copa sobre el mármol con un sonido leve. Se acomodó el cinturón, entre incómodo y respetuoso, luego se pasó una mano por el cabello y asintió.

—Fueron coreanos. No hay duda. Vi el símbolo... ese de la flor de loto. Pero lo más jodido es que sabían que estabas con el Pakhan, los escuché hablar acerca de ustedes. Fue así como logré salvarme, ya sabes. El chisme me salvó.

—¿Chisme? —repitió Jimin, despacio.

—Ellos sabían que el Pakhan estaba mirando una presentación contigo, algo así. La verdad no entendí bien esa parte. —Suspiró—. ¿Qué tan amigos son? Porque lo que alcance a escuchar...

—¿Qué escuchaste? —preguntó Jungkook, rompiendo el silencio.

—Que te vieron abrazar a Luca en Moscú —soltó—. Que son alfa y omega.

Jimin soltó una risa descarada.

—Artyom y yo no tenemos nada —dijo Jimin agitando la mano—. Supongo que vieron mal.

—¿Entonces creen que salen y por eso quieren matarlos? —preguntó Namjoon—. No tiene sentido.

—El símbolo es de la corte negra... —Jungkook se talló el rostro—. Son los mismos que atacaron a Italia, los que se inmiscuyeron dentro de tu mafia con el pretexto de las treinta monedas, ya sé quién es. —Se puso de pie.

—¿Quién? —preguntó Jimin.

—Ellos quisieron pertenecer al Metka el año pasado, pero no lo lograron.

—Dijeron que fueron los que mataron a mi padre y a Italia... ¿eso qué tiene que ver?

—Corvo... ¿No lo sabe? —le preguntó Jungkook a Yoongi.

—Se trata del ex prometido de Italia —dijo Yoongi finalmente.

—¿Ex prometido?

—Se iba a hacer una alianza, pero dicha alianza se rompió porque el compromiso se rompió. Había amenazas entre las cinco mafias, todos creían que probablemente se rompería el Metka, por eso todos quisieron comprar esas treinta monedas. Por una superstición.

—Mi padre fue quien las compró —dijo Jimin.

—¿Y dónde están? —cuestionó Jungkook, sabiendo la respuesta.

—Se perdieron cuando lo mataron.

Jungkook sonrió.

—Las tiene él. —Jungkook dio un paso hacia Jimin—. Sé cómo atraerlo a donde sea, pero si le tiendo la trampa... —Estiró la mano, acariciando la mejilla de Jimin—. ¿Te quedarás aquí a salvo y me dejarás hacer el trabajo?

El plebe amplió los ojos y abrió la boca grande al ver el contacto cariñoso del Pakhan hacia el Capo.

—No. —Le empujó la mano—. Corvo, ¿quién está detrás de todo esto?

—Le estoy siguiendo la pista desde hace tiempo. Esos coreanos se aliaron con los yakuzas que Italia mató. —Suspiró—. Italia trataba de proteger algo, yo creía que te trataba de proteger a ti, pero después me di cuenta de que se trataba de algo más.

—¿De qué?

—No tengo idea.

—Ellos están en Italia, ya cerraste las fronteras —dijo Jungkook—. Encontrarlos será fácil, si los atraigo... ordénale a tus hombres que me brinden apoyo.

»Sergei, contacta a Shān hu, tu prometido. Dile que movilice a las triadas, que busquen cada maldito rastro de la corte negra. Explícale que intentaron secuestrarnos, que siguen vivos.

»Mijail, llama a Teiō. Dile que busque también entre los yakuzas.

»Corvo. ¿Estás seguro de que nadie sabe el secreto de Italia?

—Nadie lo sabe, he interrogado a todos mis hombres.

—Entonces solo lo sé yo. —Suspiró—. Luca, permíteme hacer lo mío y te juro que tú mismo le arrancarás la cabeza a quien estuviera detrás de la muerte de tu hermana.

Todos se quedaron en silencio, esperando la respuesta del Capo. Quién le sostuvo la mirada a Jungkook durante varios segundos, hasta que rompió el silencio.

—Bien. —Exhaló—. Haz lo que tengas que hacer y usa a mis hombres, pero si tengo una sola baja te cobraré caro.

—Descuida, tengo todo planificado y mis planes siempre resultan bien.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó el plebe.

—Nada, iré yo solo.

—¿Solo? —repitió el Plebe, alzando una ceja—. ¿Tú solo contra una organización secreta de asesinos coreanos?

—No es la primera vez —respondió Jungkook, sin mirarlo—. Además, tendré el apoyo de los hombres del capo... ¿Cierto, Luca?

Jimin se puso de pie con lentitud, como si no tuviera prisa en absoluto. Caminó hacia el ventanal, Mirabella lo siguió con la mirada, atenta a cada paso. El italiano cruzó los brazos manteniéndose en silencio durante unos segundos. *Pensaba*. Pero no sobre la estrategia. Pensaba en lo que le estaban ocultando, ¿cuál era el secreto de Italia? ¿Por qué no sabía que había tenido un prometido? Y si... ¿Y si su muerte fue por algo más que una simple traición? Lo que haya sido, encararía a Yoongi en privado, le exigiría que le contara cada detalle por más absurdo que fuera.

—Hazlo —dijo Jimin al fin, con la voz más baja, pero rasposa—. Pero después de esta noche, tenemos mucho que hablar, Artyom.

Jungkook asintió.

—Como desees, Luca —dijo sin emoción.

Yoongi se aclaró la garganta.

—¿Damos por concluida la reunión?

—No —respondió Jimin, girando hacia él—. El Plebe se queda. Hablaré con él sobre los movimientos que haremos en Sicilia.

—¿Y yo? —preguntó Corvo.

—Ve con el Pakhan. Si va a usar a nuestros hombres y me quiere a salvo porque me sigue considerando frágil entonces esperaré aquí, pero irás tú, con tu lobo a acompañarlo.

—No es porque seas frágil, Luca —dijo Jungkook—. Es porque me importas.

Jimin no respondió.

Simplemente volvió a servirse vino, con una parsimonia calculada. Se lo llevó a los labios mientras Mirabella emitía un gruñido breve hacia Jungkook.

—Ejecuten el plan, si no se resuelve esta mierda antes de que salga el sol tendré que salir a hacer mis movimientos y ya saben... Los movimientos de un novato pueden ser demasiado sangrientos y espectaculares.

El Pakhan asintió. Dio media vuelta, sin decir palabra, y salió del salón.

Yoongi, Taehyung y Namjoon caminaron junto a él hacia la salida, para reunirse con los hombres de los Nostro, para hacer todo lo que Jungkook les pidiera.

—¿Qué ocultaba Italia? —preguntó Yoongi.

—Si no te lo dijo ella, ¿qué te hace pensar que te lo diré yo?

—Jimin querrá saberlo.

—Pues que me pregunte a mí.

—Créeme que lo hará. —Suspiró—. Después de gritarme por no haberle dicho que su hermana tenía un prometido.

—¿Por qué no se lo habías dicho? —preguntó Taehyung.

—Mmm... Porque si sabía de la existencia de Lee Bong entonces querría ir detrás suyo de manera explosiva. Mi primo es salvaje e imprudente, no le crean a esa cara amable.

—Si Lee Bong está en Italia... Si nuestras sospechas son ciertas y fue él con su pequeña organización quien nos intentó secuestrar... —Jungkook miró a Yoongi de reojo—. Le arrancaré la lengua antes de llevarlo con Jimin.

—¿Por qué?

—Porque quiero ser yo quien le cuente a Jimin el secreto que comparto con su gemela fallecida.

—Hasta yo quiero saber cuál es ese secreto —dijo Namjoon—. Tanto lío por eso...

—Te sorprenderías, hermano.



¿CUÁL ES EL CONDENADO SECRETO?



[11] *Utyó nok*



En el vehículo, Yoongi viajaba en silencio al lado de Jungkook. En el asiento trasero, Taehyung había sacado otra paleta mientras Namjoon hojeaba un expediente viejo de los archivos que Italia había dejado al morir.

—Si esto es verdad... la Corte Negra no está sola —murmuró Namjoon.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó Yoongi.

—Bong no actuaría si está solo. Sabe que somos peligrosos, a menos que sea un imbécil —dijo Namjoon.

—¿Y por qué alguien se aliaría con Lee Bong? —preguntó Taehyung, masticando el caramelo—. No es ni líder, ni un genio... solo un tipo resentido porque lo dejaron.

—Porque tenía las monedas —dijo Yoongi sin levantar la vista—. Y con las treinta monedas, puedes hacer creer a cualquier mafioso supersticioso que tienes derecho a romper el Metka.

—Te equivocas —habló Jungkook con voz calculadora—. Todo esto es por algo más simple de lo que creen, bueno, simple para ustedes. Complicado para mí.

Mientras ellos tenían esa conversación, los equipos ya estaban desplegados. Las triadas se movían por los barrios industriales del sur de Corea. Los yakuzas habían respondido al llamado. Se preparaban redadas discretas, silenciosas, como una telaraña cerrándose sobre los últimos miembros visibles de la Corte Negra.

Y Jungkook, sin mover un dedo, simplemente con una orden, ya había capturado cerca de cincuenta hombres de la corte negra. Todos ellos cayendo redonditos en una trampa para novatos. Invitándolos a tomar un trago de manera "amistosa" junto con Lee Bong, con la promesa de entregarle aquello que tanto buscaba.



Milán. Terraza del Duomo.

Las gárgolas del Duomo parecían observar con juicio divino desde los ángulos más altos. Lee Bong esperaba apoyado contra una estatua. El viento sacudía su abrigo largo y sus ojos tenían ese brillo sucio de alguien que cree que todo puede arreglarse con poder... o venganza.

—Pensé que no te presentarías —dijo, encendiendo un cigarro—. Creí que enviarías a tus perros a matarme como hiciste con mis hombres.

Jungkook emergió de entre las sombras sin una palabra. Traje negro, guantes de piel y el rostro de quien ya ha tomado la decisión.

—No maté a ninguno de tus hombres —dijo el Pakhan—. Los capturé.

—¿Y eso no es lo mismo?

Jungkook se detuvo a dos pasos de él. Lo miró de arriba abajo como si evaluara el peso de sus pecados.

—No seré yo quien los mate. Son un regalo para el nuevo capo.

Lee Bong rió, con una carcajada breve, rota por la tensión.

—Ella era tan preciosa —dijo, con la voz baja—. Italia. Con esa forma de mirar como si lo supiera todo... El mundo entero se detenía para rendirse ante sus órdenes. Me enamoré de ella. De verdad.

Jungkook entrecerró los ojos.

—¿Y por eso ordenaste matarla?

—Quise reclamar lo que era mío —dijo Lee Bong con los dientes apretados—. Se suponía que sería mía. Estaba prometida. Era parte del trato. ¡Me la quitaron! ¡Tú me la quitaste!

Jungkook no respondió enseguida. En su lugar sacó lentamente los guantes quirúrgicos blancos del interior de su abrigo y comenzó a colocárselos con una calma que dolía.

—¿Tuyo? —repitió, con una sonrisa sin humor—. Nada era tuyo, Bong. Todo ha sido mío desde siempre.

El viento barrió la terraza y Bong tiró la colilla de su cigarro al piso.

—Italia murió por tu culpa —escupió Bong con rabia.

Jungkook levantó la mirada.

—Si Italia estuviera muerta por mi culpa... no estaría aquí a punto de arrancarte la lengua.

Jungkook lo golpeó.

No fue un puñetazo vulgar. Fue un movimiento elegante, rápido, sin esfuerzo. Un solo impacto con el dorso de la mano enguantada directo al pómulo, que lo hizo girar la cabeza con violencia.

La sangre manó de inmediato.

—¿Qué estás...?

—Callado, ahora.

De su cinturón oculto, sacó un bisturí quirúrgico y se arrodilló frente a Lee Bong, que ya comenzaba a temblar.

—Tu lengua ha sido generosa con las conspiraciones en contra de mis amigos... en contra del Metka y en contra de Luca. Por eso vamos a silenciarla.

—¡NO! ¡Pakhan, espera! ¡No puedes...!

— *Abre la boquita, Lee Bong y no te muevas. Voy a cortarte la lengua* —dijo, utilizando su voz de mando.

El alfa se quedó completamente quieto, obedeciendo la voz de mando del alfa lupus. En ese instante, Jungkook introdujo el bisturí con fuerza cortando de manera eficaz la lengua. El llanto de Bong no le estremeció el corazón, no sentía nada a pesar de estar palpando la sangre caliente a través de sus guantes y los espasmos a través del contacto.

Minutos después dejó caer la lengua todavía caliente en el piso.

—Intentaste atraparme en una trampa de novatos. Interrumpiste mi cena con Luca y... Ahora tendré que contarle el secreto de Italia o de lo contrario va a terminar descubriéndolo él mismo y terminará odiándome. —Jungkook lo veía con los guantes ya ensangrentados. Bong estaba llorando en silencio—. Te llevaré con vida ante el capo, veras su rostro. Te sorprendería ver lo mucho que se parece físicamente a Italia, aunque... Es totalmente distinto en cuanto a personalidad. Luca es, mucho más caprichoso... y más lindo.

»No dirás mentiras. No darás órdenes y cuando te pongas frente a él ni si quisieras podrás suplicar por piedad —susurró Jungkook, inclinándose para hablarle al oído—. Italia no merecía morir tan joven, fuiste estúpido al matarla por despecho, fuiste estúpido al aliarte con los yakuzas y la DIA.

»Fuiste estúpido por meterte *conmigo* .

Se puso de pie, sacándose los guantes manchados de rojo con un gesto técnico, como un cirujano que finaliza la operación.

—Mijail —dijo Jungkook por su comunicador—. Ya pueden venir a llevarse esta escoria.

Desde los flancos de la catedral, los pocos hombres de la Bratva y los muchos del Capo ingresaron en formación. Ya tenían a cincuenta y tres miembros de la Corte Negra, capturados. Todos ellos amordazados en distintas camionetas blindadas.



Mansión del Lago, Salón Principal. 4:13 a. m.

La música mexicana era una carcajada insolente en medio de la madrugada. *El Rey de Vicente Fernández* sonaba en el reproductor, mientras el aroma a tequila y risas se entremezclaba con el humo del incienso que Mirabella había insistido en encender para relajarse.

Jimin reía.

Tenía los cabellos despeinados y la camisa sudada. Bailaba con los brazos en alto, copa en mano, dando vueltas con un ritmo despreocupado, casi seductor. El Plebe se reía con él, imitándole los pasos, pero de manera torpe.

—¡Órale, Capo! —gritó El Plebe con acento burlón—. ¡Con estos pasos sí conquistamos hasta al Papa!

—¡Y eso que no me has visto actuar de verdad! —dijo Jimin entre risas, alzando la copa.

Mirabella, recostada junto a la chimenea, observaba sin moverse. Su mirada iba del tequila al rostro de Jimin. No gruñía, pero tampoco sonreía. Estaba... atenta.

En ese momento, la puerta se abrió. Dándole paso a Jungkook, detrás de él iba Yoongi. Ambos estaban vestidos de la misma manera, totalmente de negro porque acababan de terminar de hacer el trabajo sucio.

El Pakhan enfureció al ver la escena de Jimin bailando con El plebe, por eso sacó su arma, disparando de inmediato y apagando de esa manera la música.

Jimin giró con brusquedad. Su copa se cayó y el tequila salpicó el mármol. Jungkook bajó el arma con lentitud, guardándola de nuevo en la funda que colgaba de su cintura. Sus ojos oscuros parecían brillar en un rojo intenso, tan intenso como las llamas del infierno.

—¿Te diviertes mientras imparto justicia? —preguntó con voz venenosa.

El silencio que siguió fue incómodo, tanto que ni siquiera el fuego de la chimenea se atrevió a interrumpirlo. Jungkook alzó la mano diciéndole a Yoongi que se quedara quieto, Yoongi tomó su arma, pero permaneció en el umbral de la habitación mientras que él Pakhan cruzaba la habitación en dos zancadas, tomando a Jimin de los hombros con fuerza, obligándolo a mirarlo.

—¿Es esto para ti? ¿Una fiesta? ¿Te parece una broma lo que estamos enfrentando?

—Suéltame —dijo Jimin entre dientes, pero no lo hizo.

—Mientras yo buscaba justicia cortando lenguas. Tú... —Su voz se quebró de rabia—. Tú estás aquí, bailando con un hombre al que ni siquiera puedes confiarle una maldita arma.

Fue entonces cuando una sombra blanca que se lanzó contra Jungkook desde un costado, derribándolo contra el suelo con un gruñido salvaje. Mirabella se le subió al pecho, mostrándole los colmillos, con la mirada encendida de furia.

Jungkook no intentó luchar.

— **Hazte a un lado, Mirabella** —ordenó, utilizando su voz de mando.

La loba se detuvo de inmediato.

Fue casi mágico.

Su gruñido se apagó. La loba tembló, bajó la mirada y se apartó, con las orejas planas, retrocediendo hasta colocarse atrás de Jimin quien nunca la había visto obedecer alguna voz de mando.

Jungkook se incorporó lentamente, sacudiéndose el polvo con una calma peligrosa.

—Te atreviste a usar tu asquerosa voz de mando! —Rugió Jimin.

—¡Y la usaría dos veces! —contestó furioso. Luciendo todavía más alto e imponente de lo normal.

—Solo bebíamos, carnal —dijo El Plebe.

—Agradece que estás en el Metka, Plebe, o de lo contrario la bala habría ido a tu cráneo y no al reproductor de música.

—¿El capo es tu omega? —preguntó ladeando la cabeza.

—No. —Apretó los labios—. Pero solo yo puedo tocarlo, besarlo y reír a su lado.

—Entonces sí es tu omega...

—¡No soy omega de nadie! —gritó Jimin—. Mucho menos de un alfa que utiliza su voz de mando para tratar de controlar a mi lobo, que además de eso se niega a tratarme con calidez en público y que me oculta junto con mi primo que mi hermana estuvo comprometida con un asesino.

—Te lo oculté por ella —respondió Jungkook—. Porque el secreto que protegía era más grande que cualquier promesa.

—¡Tú no tenías derecho!

—¡Tú no tienes idea de lo que Italia ocultaba por eso se te hace fácil juzgar! —espetó Jungkook.

Yoongi, que había permanecido en la puerta, cruzó el umbral, colocando su arma en la sien de Jungkook.

—Basta, no le grites a mi capo.

—Baja la maldita arma, Corvo —masculló.

—No la bajes —ordenó Jimin acercándose a Jungkook y sosteniéndole la mano que ya iba hacia el arma en su funda, quitándosela con delicadeza y colocándola en la barbilla—. Usa tu voz de mando, ordéname que no te dispare.

—¿Qué? —preguntó Jungkook, apretando los dientes.

—Luca. Si disparas al Pakhan estarías rompiendo los acuerdos del Metka —advirtió el Plebe sin saber qué hacer porque él no llevaba un arma.

—El Metka hace lo que le conviene, ¿por qué dejaron morir a mi hermana y mi padre?

—El Metka no los mató, fue Lee Bong y lo capturé para ti mientras disfrutabas con el Plebe.

—Es mi aliado y estoy molesto contigo —masculló Jimin haciéndole un ademán a Yoongi para que apartara su arma de Jungkook porque en la puerta había aparecido Taehyung y Namjoon, quienes ya los apuntaban—. Esto es entre el Pakhan y yo, lárguense de la habitación.

Mirabella aulló.

El primero en salir fue el plebe.

—¿Hermano? —cuestionó Namjoon.

—Váyanse —dijo Jungkook.

Se marcharon todos, excepto Mirabella. Jimin seguía sosteniendo el arma en la barbilla de Jungkook, presionándola con fuerza sobre su piel.

—Hueles terrible a tequila —murmuró Jungkook.

—Y tú... a soberbia —replicó Jimin con los ojos vidriosos—. A arrogancia. A ese maldito orgullo llevas encima, siempre creyéndote mejor que los demás.

Jungkook apretó la mandíbula, aún de pie, mientras Jimin apartaba el arma de su barbilla, sentándose pesadamente sobre el borde del sofá. Dejando la pistola en una mesita baja, una que era más que nada decorativa.

—¿Eso es lo que te tiene enfadado? —preguntó el Pakhan con voz baja, contenida.

Jimin lo miró, dolido.

—Quiero decirte muchas cosas, Artyom. Por ejemplo... que me humillaste.

—¿Cuándo? —preguntó, parándose frente a él. Mirándolo hacia abajo porque Jimin estaba sentado.

—¿De verdad no lo sabes? —se rió sin humor—. Frente a nuestros hombres, en el túnel. Cuando intenté curarte. Cuando te ofrecí el botiquín después de que volviste ensangrentado.

—Era un rasguño —dijo él, con un gesto en la mano, quitándole importancia—. No necesitaba atención médica.

—¡No era por el rasguño! —rugió Jimin, poniéndose de pie de nuevo—. ¡Era porque quería cuidarte! Porque estaba preocupado. ¡Porque momentos atrás nos habíamos besado!

Jungkook parpadeó, sorprendido. Pero no dijo nada.

—Y si no vas a dejarme cuidar de ti, si no vas a dejarme estar cuando te sangra cualquier parte del cuerpo, entonces dime —continuó Jimin, con la voz quebrada—. ¿Para qué estamos intentando esto?

—Jimin...

—No me llames así con esa voz baja y rota —dijo con los ojos brillantes—. Tú decides todo. ¿Quién vive? ¿Quién muere? ¿Cuándo se callan todos? Pero cuando se trata de lo que sentimos, ahí sí te escondes.

—No me escondo —dijo Jungkook, acercándose.

—Claro que lo haces, ¿por qué? ¿Te da miedo que sepan que tenemos algo y nos amenacen con matar al otro? ¿Tan débil eres que no podrías protegerme? ¿Tan débil crees que soy que crees que no podría protegerte? Yo no soy Italia, a mí no me van a matar igual que a ella. No caeré fácil.

—Creí que querías que esto se mantuviera oculto.

—Pues ya no quería que se mantuviera oculto. —Lo miró a los ojos—. Paremos esto porque me voy a volver loco y si me encapricho contigo voy a enamorarme y si me enamoro no podré separar lo sentimental de lo profesional.

—No quiero que lo separes... —Estiró la mano, acariciando la mejilla de Jimin—. Perdóname por rechazarte el botiquín, si tú quieres que todos sepan que soy tuyo... Entonces todos lo sabrán.

—No me mires como si ofrecerte amor fuera una debilidad.

—Es una debilidad —susurró.

Jimin retrocedió medio paso. Herido.

—¿Amarme es una debilidad?

—No tú —corrigió Jungkook, cerrando los ojos—. Lo que me haces sentir. Me rompe las defensas. Me... hace humano.

—Entonces quédate siendo un dios frío —dijo Jimin con la voz apagada, dándose la vuelta—. A ver quién te cura las heridas cuando tu imperio se te venga encima.

Jungkook lo sujetó del brazo con fuerza, girándolo hacia él.

—¡No digas eso!

—¡Entonces dímelo tú! —exigió Jimin—. ¿Qué somos? ¿Un juego para las reuniones del Metka? ¿Un secreto que nadie debe tocar? Porque creí que me querías solo para ti, que ibas a conquistarme y después me desairas de esta manera.

—No eres un secreto —susurró Jungkook.

—¿Entonces?

El silencio los envolvió como un abrigo pesado.

—Jimin, si no acepté ese botiquín fue porque... si tú me tocas, pierdo la razón. Y si pierdo la razón, dejo de ser el Pakhan. Y si dejo de ser el Pakhan... no puedo protegerte.

—No necesitaba que me protegieras, estaba rodeado de mis hombres —dijo Jimin más suave ahora.

—¿Por qué bailabas con El Plebe?

Jimin parpadeó.

—Porque estaba enojado contigo...

—¿Eso significa que si me enojo contigo puedo ir a bailar con cualquier omega bonito?

—Tú y yo no somos nada.

—Te dije que mataría a cualquiera que toques y te lo enviaría en una cajita de cerámica, además también te dije que te casarías conmigo, ¿lo olvidas?

—Bueno... —Jimin contuvo la sonrisa—. El Metka protege al Plebe. Además ni siquiera me gusta.

—Pero tú le gustas a él.

—No es cierto.

—Le gustas a cualquiera que te mire porque eres precioso.

Jungkook dio un paso más. Se acercó tanto que sus respiraciones se mezclaron.

Jimin lo miró por unos segundos que parecieron siglos, después, sin decir nada más, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. Fue un beso áspero. Real. Lleno de rabia, reclamo y esa vulnerabilidad brutal que ambos fingían no tener. Cuando se separaron, con las frentes juntas y los labios entreabiertos, Mirabella se acostó a los pies de ambos con un suspiro, como si por fin las piezas encajaran.

—No me rechaces frente a los demás —murmuró Jimin.

—De acuerdo.

—Y no le dispares a la música. —Lo golpeó suavemente en el pecho con los dedos—. Era Vicente Fernández, por el amor de Dios.

Jungkook rió bajito, después apoyó la frente en el hombro de Jimin.

—Entonces... ¿estamos bien?

—Estamos bien, pero también deberás contarme el secreto de mi hermana. ¿Qué es?

—Prefiero mostrarte en lugar de contarte, pero para eso tenemos que viajar.

—¿Viajar a donde?

—A Suiza.

—¿Por qué Suiza?

—Es uno de los países más seguros del mundo, ahí yace lo que tu hermana protegía. — Suspiró—. Mientras tanto... ¿quieres ir a ver al maldito que la mató?

—Sí, pero Jungkook. —Jimin lo miró a los ojos—. ¿Qué relación tenías con mi hermana? Eran solo amigos o también...

—Jamás follé con ella si es lo que preguntas. —Le dio un beso en la frente.

Jimin sonrió.



La puerta del salón se abrió y por ella salieron Jungkook y Jimin. Caminaban juntos, uno al lado del otro, pareciera que la discusión intensa no hubiera ocurrido minutos antes.

Afuera, recargado contra la pared, Taehyung se metió el palito de la paleta a la boca con una ceja alzada.

—¿Problemas en el paraíso... resueltos? —preguntó sin mirarlos.

Namjoon se giró desde donde estaba leyendo el expediente y soltó un suspiro dramático.

Yoongi no dijo nada. Solo miró de reojo a Jimin como si aún le preocupara el leve temblor en sus dedos. Pero El Plebe fue quien rompió el silencio con una sonrisa amplia:

—Bueno, Capo... ¿puedo decir que fue un honor bailar con usted o ya estoy condenado a muerte?

Jimin sonrió con cierto descaro.

—Fue divertido, Plebe. —Sonrió—. Artyom no es mi alfa. Pero si se porta bien, lo será pronto.

El Plebe abrió los ojos grandes.

—El Metka te protege, de lo contrario...

—Ay, cálmese, Pakhan... no lo voy a volver a tocar, ni con guantes.

—Tampoco con la mirada —masculló Jungkook.

—Vámonos, que quiero que se hagan las ejecuciones antes del amanecer y ya tengo sueño —dijo Namjoon y todos asintieron.

El grupo completo se puso en marcha por el pasillo. Se podía oír el murmullo de los hombres atados en el patio de la mansión. Jimin caminaba con la cabeza alta, aunque su camisa seguía arrugada sudada por el baile, y su pelo desordenado. Jungkook iba a su lado, con el rostro neutro pero la mandíbula tensa. Sus dedos se curvaban ligeramente, recordando el peso de la lengua de Bong aún caliente entre sus guantes.

—¿Todos con vida? —preguntó Jimin en voz baja, solo para él.

—Sí. Están enteros, sucios y temblorosos. Pero vivos —respondió Jungkook, girando levemente el rostro hacia él—. Como lo pediste.

—Bien. Quiero verles los rostros.

—Y yo quiero que ellos vean el tuyo —dijo Jungkook—. Y que entiendan que se metieron con la persona equivocada.

—¿Conmigo o contigo?

—Ambos —respondió Jungkook sin dudar.

—Mirabella, quédate adentro. No quiero que te ensucies tu pelaje, cariño —le dijo Jimin a su loba y esta pareció asentir, yéndose a sentar a un mueble de la sala elegante del lugar.

Afuera, cincuenta y tres hombres atados de rodillas, con las muñecas amarradas a la espalda, esperaban en fila frente al muro de piedra donde flameaba la bandera con el logo del Metka. Algunos aún escupían sangre. Otros mantenían la mirada baja. Pero todos sabían lo mismo: no saldrían vivos de ahí.

Lee Bong se encontraba al centro, aislado por dos metros de espacio, con el rostro cubierto de sudor frío. Su garganta seguía chorreando sangre por los bordes del bozal de cuero,

manchando su camisa cara, su orgullo destrozado. Intentaba mantenerse erguido, pero ya no tenía fuerza ni dignidad.

Fue entonces cuando las puertas del patio se abrieron y el silencio cayó como un manto de plomo. Los seis hombres aparecieron: Luca, Artyom, El Plebe, Mijail, Sergei y Corvo.

Pero la figura delgada de Jimin resaltaba, además se había adelantado hasta colocarse justo frente a ellos, a menos de dos metros de la primera fila. Observándolos rostros. Uno por uno. Sin pestañear.

—¿Cuál de todos es el líder?

—El ensangrentado, el del centro —contestó Yoongi.

Su mirada se posó en Bong.

El rostro del exlíder de la Corte Negra era una mezcla grotesca de miedo y suplicio. El bozal apretaba sus mejillas, y la sangre continuaba bajando, oscura, pegajosa, silenciosa.

Jimin lo miró con asco.

—Qué desagradable, ¿ese era el prometido de Italia?

—Sí, ese era —contestó Yoongi.

—Pésimo gusto el de mi hermana. —Exhaló.

Y sin decir nada más, estiró la mano hacia atrás.

Uno de sus hombres le ofreció de inmediato una espada delgada, de filo elegante y mango grabado con letras italianas. Jimin la tomó sin agradecer. La sostuvo con ambas manos por un momento, como si pesara más que su propia vida.

—Capo... ¿va a interrogar primero? —preguntó alguien con voz trémula.

Jimin no respondió.

Solo dio un paso al frente.

Y el primero cayó.

Una línea roja brotó del cuello del hombre más cercano antes de que siquiera gritara. Su cuerpo se desplomó y los demás se estremecieron al mismo tiempo.

—No —susurró Jimin, mientras daba el segundo paso—. Hoy no habrá preguntas. Ya sabemos que todos ustedes atentaron contra mi amigo; El Plebe.

»Sabemos que intentaron el secuestro mío y del Pakhan.

»También que mi padre y hermana murieron por su causa.

Hizo otro corte. Preciso y sin piedad.

Un tercer cuerpo cayó.

Los gritos no eran de dolor.

Eran súplicas.

Pero él no escuchaba.

Caminaba, cortaba. Giraba la muñeca con elegancia, moviendo su cuerpo y espada como si fuera otra más de sus coreografías sobre el hielo, la diferencia era que en cada paso dejaba tras de sí un charco más.

Jungkook lo observaba desde las sombras del pórtico. No intervenía. No apartaba la mirada. No temblaba. Solo lo observaba como quien ve una tormenta que ha invocado con sus propias oraciones. Taehyung tenía una expresión entre fascinada y horrorizada. Namjoon no decía nada. Solo se cruzó de brazos. El Plebe reía a carcajadas y Yoongi bajó los ojos una sola vez. Solo una porque su primo cada vez mostraba más su lado lupus.

Cuando el número veinticuatro cayó, Jimin hizo una pausa. Respirando hondo, mirando su espada, sangre, salpicaduras en la cara. El cabello pegado a la frente. Parecía una pintura antigua de guerra y venganza.

Caminó hasta quedar de nuevo frente a Bong.

Se agachó un poco, acercando el rostro a su oído cubierto por el cuero del bozal.

—Te dejé vivo porque quiero que veas hasta el final. —Su voz era fría como una tumba recién abierta—. Y porque el miedo, Bong... el verdadero miedo... es vivir sin poder hablar.

Se incorporó y limpió la espada en la ropa de Bong.

Luego volvió al centro del patio.

—¡Levanten los cadáveres! —ordenó sin levantar la voz.

Sus hombres se movieron de inmediato, arrastrando cuerpos, limpiando la escena con eficiencia.

Jimin les dio la espalda.

—¿Alguno de ustedes quiere continuar con esto, o lo termino yo solo?

—Yo —dijo Yoongi—. Por Italia.

—Yo también, intentaron matarme en el hotel, quiero devolverles el favor —El Plebe se acercó a Yoongi.

Jimin asintió.

—Háganlo.

Jungkook caminó hacia Jimin con calma, deteniéndose a su lado. Mientras que Yoongi y el Plebe terminaban lo que Jimin comenzó.

—¿Qué le harás a Bong?

—Lo dejaré vivo —contestó—. Encerrado, alimentándolo solo lo suficiente. Llevándole diario a un ser de su familia. —Sonrió—. Los buscaré a todos, su padre, su madre, sus hermanos y más vale que no tenga hijos porque también los buscaré.

»Morirá hasta que haya matado frente a sus ojos a toda su familia, hasta que quede igual de solo que yo.

Jungkook asintió una sola vez, sus ojos brillaron.

—Te ves precioso cuando dices esas cosas, pero... —Le acarició la mejilla—. Tú ya no estás solo; me tienes a mí.

Jimin lo miró con ojos brillantes.

—No me digas eso o voy a enamorarme.

—Ya estás enamorado. Sino, no me hubieras hecho esa escena allá adentro.

—Tal vez.

Se miraron.



El cielo empezaba a teñirse de azul suave, con trazos dorados entre las copas de los árboles. El lago era un espejo casi perfecto, solo perturbado por el suave desplazamiento de una familia de patos que se deslizaban cerca de la orilla. Cuatro pequeños nadaban entre sus padres, haciendo pequeños círculos en el agua mientras buscaban insectos o simplemente jugaban.

Jimin estaba sentado en uno de los muros bajos de piedra, los pies colgando sobre el borde del embarcadero. Llevaba un traje oscuro perfectamente planchado, un abrigo blanco suelto, su cabello rubio deslavado ya no tenía los tonos platinados que siempre llevaba en su retoque. A su lado, Jungkook fumaba un cigarro con la mirada perdida en el reflejo del sol naciente. También estaba vestido con un traje oscuro, ambos listos para partir.

Nadie más estaba cerca. Todos los hombres trabajaban sin descanso al interior de la mansión. A excepción del plebe que estaba tumbado en algún sofá de la sala esperando a que le prepararan un avión para regresar a México. Mientras tanto Yoongi, Taehyung y Namjoon organizaban los cuerpos de los traidores, documentos, armas y vuelos urgentes: todo debía quedar resuelto antes del amanecer completo. Dormirían en el avión.

—Míralos —dijo Jimin, rompiendo el silencio con voz baja—. No tienen idea de lo que acaba de pasar a cien metros de aquí.

Jungkook soltó el humo despacio, sin apartar la mirada de los patos.

—Y no necesitan saberlo.

—Exacto —Jimin asintió, dibujando con el dedo una línea sobre la baranda—. Están aquí. Nadando. Jugando con sus crías, ajenos a todo.

Se hizo una pausa larga.

El viento levantó levemente el borde de su camisa y un pato chilló como si estornudara.

—Yo era como ellos hace unos meses. —Jungkook lo miró de reojo, sin interrumpir—. No era débil —continuó—. Solo... tranquilo. Vivía sin mirar hacia los costados. Desayunaba, estudiaba, entrenaba. Me enfadaba si algo no salía bien en mis presentaciones, pero no conocía el peso de una traición. Ni el ruido que hace el hueso al romperse. No sabía lo que era ver sangre ajena en mi propia ropa.

—¿Y ahora? —preguntó Jungkook.

Jimin no respondió enseguida. Observaba a los patos como si los envidiara.

—Ahora puedo matar sin pestañear —susurró—. Y eso me asusta porque lo hago bien.

Jungkook apagó el cigarro contra una piedra y lo dejó a un lado. Luego estiró la mano para tomar la de Jimin, envolviéndola con sus dedos largos y firmes.

—Todos empezamos así. Incluso yo... Aunque crecí en medio de la mafia no me permitían participar directamente.

—¿A qué edad te permitieron participar?

—A los ocho.

Jimin apretó su mano con más fuerza.

—Eras un... niño.

—Los Bratva tienen que aprender desde jóvenes. Es el legado familiar. —Encorvó los hombros—. Desde que aprendí a caminar me enseñaron a usar armas y a pelear. Escuchaba a mis padres hablar de ejecuciones, de traidores, de que mis hermanos y yo continuaríamos con la herencia familiar. Entendía de lo que se trataba, pero no sabía exactamente lo que significaba. Hasta que cumplí ocho.

»Namjoon me acompañó a mi primera ejecución. —Suspiró—. Fue el lobo de un traidor, le encajé un cuchillo justo en la frente.

—Jungkook...

—¿Sabes qué fue lo que me conmocionó en esa ocasión?

—¿Qué?

—Que el cachorro de aquel lobo me eligió esa tarde como su amo. —Jimin giró el rostro para ver los de Jungkook.

—¿Qué?

—El lobo que maté tenía dos crías. Uno blanco... El otro negro. —Jungkook sonrió con tristeza—. El lobo negro me eligió esa tarde, estaban escondidos atrás de un arbusto dentro del patio de la casa del sujeto.

—¿Cómo te eligió?

—Simplemente escuché su voz, me dijo: Hola, quiero acompañarte. Con el tiempo me di cuenta de que ese lobo era igual que yo: un Lupus.

»Todo tuvo sentido, estábamos destinados a encontrarnos.

—Aún así eras un niño...

—Sí no hubiera matado a su padre, no habría conocido a mi lobo.

—En eso tienes razón —susurró Jimin.

—¿Crees que lo que hizo Lupus fue correcto?

—¿Elegirte? Pff, claro. Los lobos no se equivocan cuando eligen a su humano para vincularse.

—¿Tú me elegirías? Supongamos que maté a tu padre. ¿Me elegirías?

Jimin sonrió.

—Bueno, no lo hiciste. —Recargó el rostro en el hombro de Jungkook—. Pero supongo que lo haría.

—¿Supones?

—Sí. Tendría que vivirlo para saber mi actuar, las palabras dicen una cosa, las acciones otra.

—Tienes razón. —Le acarició la mano con el pulgar—. ¿Y tu lobo? ¿Cómo conociste a Mirabella?

—Fui con Italia a una granja de lobos. Nos dijeron que una loba tuvo trillizos, pero que uno murió.

»Cuando llegamos el gris eligió a Italia y el blanco a mí. Fue inmediato, instantáneo.

»Yo no elegí el nombre de Mirabella, fue ella misma.

—¿En serio? —Jungkook soltó una carcajada baja, apretando su mano con dulzura—. ¿Y qué te dijo? ¿"Hola, soy Mirabella y seré tu otra mitad"?

—Más o menos —rió Jimin suavemente—. Me dijo que su nombre era Mirabella porque alguien me había dicho que ese nombre era lindo.

—Esa loba te ama. A veces me dan celos.

—¿Te dan celos de mi loba? —Jimin se rió, alzando la vista hacia él.

—Sí —dijo Jungkook, sin reír—. Porque ella puede estar a tu lado sin que nadie la cuestione. Puede protegerte en público, dormir contigo, pelear por ti, sin que el mundo piense que eso te debilita.

El silencio cayó por un momento. El agua del lago reflejaba ya el sol en toda su gloria, los patitos chapoteaban felices, sin imaginar que dos hombres sanguinarios compartían un instante de vulnerabilidad justo frente a ellos.

—También puedes hacer eso —susurró Jimin—. Tienes mi permiso.

Jungkook lo miró de reojo.

—¿De verdad lo tengo?

—Naturalmente, caro.

—¿Eso significa que soy costoso o me acabas de decir... Cariño?

Jimin no respondió enseguida. Solo esbozó una ligera sonrisa, recargando otra vez el rostro en su hombro.

—Significa querido... " *Por supuesto, querido.*"

Una brisa suave cruzó el muelle. Los árboles susurraron su propio idioma, y por un instante, todo fue paz. Como si el universo les concediera un minuto de silencio antes de la revelación del secreto de Italia.

Detrás de ellos, desde el interior de la mansión, se escuchó la voz de Namjoon llamándolos con tono golpeado:

—¡Capo! ¡Pakhan! El jet está listo.

Jungkook suspiró.

—Se acabó el momento cursi —murmuró, pero con una pequeña sonrisa.

Jimin se puso de pie, estirándose un poco.

—Entonces vámonos. Que Suiza nos espera y los secretos también.

—Poydyóm, utyónok —dijo Jungkook, después le dio un beso en la mejilla a Jimin.

—¿Eso qué significa?

—Vámonos, patito. —Sonrió.



ES UN PATITO000000 🥺🥺🥺🥺🥺🥺🥺🥺🥺🥺

Vamos evolucionando cada vez más, primeros celos y eso que no son nada todavía.

Espero que les esté gustando, nos leemos el domingo (o quizás antes) depende de muchos factores.

¿Ya tienes teorías?

Te dejo mi canal para que estés al pendiente de las actualizaciones por si no avisa Wattpad. También por si la app algún día me censura puedas encontrarme. ¡Gracias por el apoyo!

Pd: la traducción de lo del patito estaba de esta manera:

Пойдём, утёнок. (Poydyóm, utyónok.)

Pero también me salía (Poydom, utoonok)

No se cual sea la correcta, pero me fui por la primera que es la que me salió en más fuentes. Si alguien de casualidad le sabe al ruso díganme cuál de las dos debería usar.



Imagen de este último momento:



[12] *El secreto de Italia*



Las ruedas del jet privado se deslizaron sobre la pista de aterrizaje, dibujando un ronroneo bajo que despertó a Jimin, quien dormitaba con la cabeza recostada en el hombro de Jungkook. El alba suiza los recibió con un cielo despejado y un viento frío que olía a pinos, lavanda y lejanía.

No había guardaespaldas, ni hermanos, ni aullidos de Mirabella. Solo ellos dos, en silencio, con las emociones todavía flotando como ceniza tras el amanecer frente al lago.

La pista estaba vacía. Un único vehículo esperaba al borde del asfalto: un sedán negro, de líneas sobrias y elegantes, con las llaves ya puestas en el encendido.

—¿Tú vas a conducir? —preguntó Jimin, alzando una ceja.

—Nadie más sabe llegar. —respondió Jungkook, abriendo la puerta del copiloto para él.

Jimin subió con gesto curioso. Jungkook encendió el motor y comenzaron a avanzar por los caminos suizos, dejando atrás la ciudad y adentrándose en los campos interminables de verdes vibrantes, cabañas de tejados empinados, cabras pastando, viñedos y relojes de madera en las esquinas. Todo tan... pacífico.

Casi como si la mafia no existiera.

—¿Vamos a una casa secreta? —preguntó Jimin bebiendo su café intenso tras casi una hora de viaje, viendo la señal de entrada de una propiedad privada.

—A una casa protegida —corrigió Jungkook—. Legalmente pertenece a una fundación médica. Pero está a mi nombre.

—¿Aquí está el secreto de mi hermana? —preguntó Jimin, bajando la voz.

—Sí. ¿Estás listo?

—Ya quiero saber qué es.

El automóvil se detuvo frente a una calle empedrada, flanqueada por hileras de árboles en flor. Al fondo, una villa enorme se levantaba, blanca, con persianas verdes y detalles de madera tallada. Jimin pensó que parecía una pintura de alguna postal de invierno.

Jungkook apagó el motor.

—Me gustas mucho —dijo Jungkook de pronto.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque siempre soy directo con las cosas, pero con lo que estás por ver... Eso no sé cómo explicarlo sin que lo malinterpretes.

—¿Es un secreto malo? —preguntó arrugando los labios.

—No. —Jungkook suspiró—. Solo quiero que mires... No preguntes mucho frente a él. Te juro que te responderé todas tus preguntas, ¿sí?

—Oye, tanto misterio hace que se me erice la piel...

—Solamente no olvides que me gustas mucho y que voy en serio contigo, ¿de acuerdo?

—Lo has dejado claro muchas veces, Pakhancito. —Jimin sonrió de manera radiante—. Si te preocupa mi reacción descuida.

Jungkook asintió.

—Ven. —Le tocó suavemente la mano.

Bajaron.

La brisa olía a pan horneado.

Un par de empleados cruzó la verja con paso sereno, haciendo una leve inclinación de cabeza al verlos. Una mujer mayor salió desde el umbral de la casa y sonrió al ver a Jungkook, pero fue interrumpida por un ruido de pasos apresurados.

—¡Papi!

Jimin parpadeó.

Un niño de no más de cinco años salió por el sendero de piedra con las mejillas rosadas por el frío y los brazos abiertos como si fueran alas, abrigado con un suéter gris y el cabello dorado alborotado por el viento. Tenía los ojos grandes, la piel clara y la boca curva... Era un espejo de Italia, era un reflejo más joven de Jimin. El cabello del niño era de ese tono entre vainilla y miel que Italia solía tener en los veranos, antes del tinte ceniza que utilizaba. Sus ojos, sin embargo, eran idénticos a los suyos. Y su boca también.

El pequeño se arrojó directo a los brazos de Jungkook, quien se agachó con rapidez para abrazarlo.

Jimin se quedó paralizado.

No podía moverse, ni respirar.

Jungkook rió suavemente, alzando al niño en brazos y apretándolo contra su pecho con una ternura que Jimin jamás había presenciado en él. Pareciera que lo hubiera hecho mil veces. El niño enredó los brazos alrededor de su cuello y apoyó la mejilla en su hombro con total familiaridad.

—¿Te portaste bien con tu nana, солнышко? —susurró en ruso.

Solnyshko.

Pequeño sol.

—¡Sí! Pero me porté mejor con Erika. —dijo el niño mostrando una hoja arrugada que llevaba en la mano.

Jimin dio un paso hacia atrás.

No por miedo.

Por vértigo.

Por la impresión devastadora de ver su propio rostro... en versión diminuta.

—¿Mamá va a venir hoy? —preguntó el niño, sin despegarse de Jungkook.

El rostro del Pakhan se suavizó y lo apretó un poco más antes de responder con voz baja:

—No podrá venir hoy.

—Oh... —El niño bajó un poco la cabeza, sin hacer escándalo. Después sacó una hoja arrugada de su bolsillo—. Pero hice un dibujo de cerdos. ¿Te gusta?

—Es perfecto. Lo enmarcaremos.

Jimin dio un paso adelante, lento, sin darse cuenta de que sus manos temblaban.

—¿Jungkook? —susurró, con la voz tensa—. ¿Es tu hijo?

Jungkook lo miró.

Sus ojos estaban serenos, oscuros, limpios.

Asintió.

— *Sí* .

El mundo de Jimin se tambaleó. Dio un paso más.

—¿Y de Italia? —La voz le tembló.

— *También* .

Jimin sintió una presión en el pecho. Como si alguien hubiera apretado su corazón con un puño de hielo.

Jimin tragó saliva.

—¿Cómo se llama?

Jungkook acarició la mejilla del niño con dulzura.

—Se llama Lucien.

—¿Lucien qué?

—Lucien Park. Porque eso fue lo que quiso tu hermana.

El niño alzó la mirada.

—¿Tú eres el tío Jimin? —preguntó, curioso, inocente.

Jimin dio un paso hacia él. Las lágrimas le quemaban la garganta.

—Sí. Soy Jimin.

—Mamá decía que te parecías a los ángeles. —Sonrió—. Y que algún día vendrías a buscarme.

Jimin se arrodilló frente a él.

—¿Cuántos... —Jimin se aclaró la garganta—. ¿Cuántos años tienes?

—Cinco. —Sonrió—. ¿Te gusta mi dibujo? Es un cerdo, si no te gusta puedo dibujarte una flor... ¡O un ángel! Aunque también puedo darte un dibujo de los que ya he hecho de ti bailando en el hielo. Mami me enseñó muchos videos tuyos. ¡Príncipe del hielo! —Levantó los brazos.

—Dios... Es idéntico... —murmuró cuando una lágrima se le escapó de la mejilla, pero la limpió rápido—. Lucien, ¿puedo abrazarte?

—¡Sipi!

Jimin con un cuidado instintivo, tenía miedo de romperlo, no quería lastimarlo porque en su interior, en su cuerpo podía sentir el aroma familiar de la sangre de su hermana, pero también el aroma de la sangre de Jungkook. Era de ambos, no había duda alguna.

Inhaló con fuerza, envolviéndose del aroma a jabón suave, a crayones, a leche tibia y a algo más profundo: a nostalgia viva... A familia.

Lucien apoyó la mejilla en su hombro, rodeando su cuello con los bracitos delgados, con una confianza absoluta que rompió aún más algo dentro de él.

—Hueles rico —dijo el niño, como si fuera un secreto—. Parecido a mi mami.

Jungkook sonrió, observándolos. Luego acarició suavemente la cabeza del niño, su flequillo dorado cayéndole sobre la frente.

—Lucien, ¿puedes hacerme un favor?

—¡Sí, papi!

—Ve a tu habitación y tráeme los dibujos que hiciste para tu tío Jimin. Los que acabas de mencionar de él bailando sobre hielo.

—¡Sí! ¡Sí los tengo! —respondió emocionado, apartándose de los brazos de Jimin—. ¡Espérenme aquí, no se vayan!

Salió corriendo con torpeza adorable, sus pies repicando sobre las baldosas y su voz canturreando algo ininteligible mientras se perdía dentro de la casa.

El silencio que dejó fue denso.

Jimin se quedó de pie, con los brazos colgando a los lados y la mirada en la puerta por la que desapareció el niño.

—Es... —su voz se quebró un poco—. Es exactamente igual a Italia.

Jungkook asintió, acercándose.

—Lo sé.

—Y también a mí...

—También lo sé.

Jimin lo miró. Sus ojos azules estaban llenos de preguntas, pero no las formuló todavía. Jungkook, comprendiendo, levantó una mano y, con lentitud, se la apoyó en el hombro.

—Antes de que digas algo... Recuerda lo que te dije. Nunca te he mentado, Jimin. Ni siquiera cuando eso me hubiera hecho quedar mejor.

—¿Entonces?

—Nunca tuve sexo con tu hermana.

Jimin lo miró, sin apartar la vista.

—Pero Lucien es su hijo y también tuyo. Vamos que no eres Dios, Italia no es la virgen María y yo no nací ayer.

Jungkook se acercó un paso más, sosteniéndole la mirada sin titubear.

—Nunca follé con Italia. Ni siquiera la besé.

—¡Oh, mi sobrino es el nuevo Jesucristo! ¡Gloria al nuevo mesías de los mafiosos! —gritó con ironía—. Yo no te gusto, estás detrás de mí para suplantarme a mi hermana porque te recuerdo a ella. Que asqueroso eres.

—Te dije que no miento. —Apretó los labios y sostuvo los hombros de Jimin.

— *¡No me toques!* —gritó, usando su voz de mando, lleno de enojo.

Jungkook retiró sus manos de él, no porque la voz tuviera algún efecto en su sistema. Era porque no quería contradecirlo.

—Italia era una Alfa, yo soy un Alfa Lupus. Tener un hijo de manera natural es imposible en ese estado. Ambos éramos muy amigos, nos conocimos a los quince, bueno, yo tenía quince, ella era más joven. Nos hicimos muy amigos porque durante las reuniones de nuestros padres pasábamos el tiempo juntos.

»También Namjoon, Taehyung y Corvo. Los cinco estábamos juntos todo el tiempo, Italia nunca me gustó, pero la quise mucho.

—¿Y por eso la embarazaste?

—Yo no puedo tener hijos.

—Cada vez te enredas más en tu mentira. —Rodó los ojos.

—Un Alfa Lupus no puede concebir con nadie más que con un Omega Lupus... Italia quería un hijo, yo también. Un día, luego de tanta insistencia acepté en darle de mi esperma. Ella dijo que haría magia con eso.

»Meses después, ocho meses para ser exactos me citó en esta misma casa, me encontré con tu hermana embarazada, a punto de dar a luz.

»No estuve en el parto porque tuve que hacer unas cosas que me ordenó mi padre, pero cuando terminé y regresé el pequeño alfa ya había nacido.

»Fue inseminación in vitro. Yo estaba feliz porque mi instinto de padre despertó, me hice más inteligente en cuanto a la mafia. Descubrí muchos enemigos de manera rápida, pero Italia... Ella se puso nerviosa cuando la comprometieron con Lee Bong, tenía miedo que descubrieran que tenía un hijo.

»Hizo de todo para romper ese compromiso. Finalmente lo logró, pero Bong... Él creyó que Italia y yo teníamos una relación porque descubrió que en un par de ocasiones volamos juntos para acá.

»Buscando, descubrió que Italia te tenía a ti. La citó para mostrarle fotografías de su hermano, yo no supe mucho de lo que Bong habló con ella en aquel tiempo, lo único que supe es que ella tenía miedo de que al encontrarte a ti, también pudiera encontrar a nuestro hijo.

»Mientras ella se hacía cargo de los Yakuzas y de la DIA. Yo me deshice de cualquiera que estuviera aliado con Bong

»Jimin, yo maté al antiguo líder de los Yakuzas, yo... —Jungkook suspiró y tragó saliva—. Estuve en el tiroteo que le quitó la vida a tu padre, lo vi morir y vi a Bong huir con las treinta monedas... Fue entonces que recibí la llamada de la muerte de Italia y regresé a Rusia, para encontrarme contigo.

—¿Cómo sé que es cierto? Le cortaste la lengua a Bong, no podrá decirme nada.

—Hay pruebas. —Estiró la mano tratando de acariciar la mejilla de Jimin, pero este dio un paso hacia atrás.

—Quiero ver esas pruebas.

—Las verás, cada una de ellas. Las mismas que miré yo. Italia dejó videos de su proceso de inseminación, me los mostró todos cuando me citó en este lugar para decirme que había funcionado.

»Ella mencionó que su hermano era un Lupus, no me dijo que eras omega, yo creí que eras alfa, igual que yo. Ella... Creo que hizo esto para que tú pudieras tener hijos bajo el mismo método. —Jungkook sonrió—. Fui su experimento.

—¿Ahora fuiste víctima de mi hermana? Que conveniente. —Chasqueó la lengua.

—No dije que fui su víctima, no lo fui —dijo, mirándolo a los ojos.

Jimin iba a responder, pero en ese instante escuchó la voz de Lucian que iba saliendo de la casa, corriendo emocionado hacia ellos.

—¡Ya los encontré! —gritó Lucien, agitando los papeles como si fueran banderas de victoria—. ¡Los tenía debajo de la cama, papi!

El niño llegó hasta ellos jadeando, con los cachetes encendidos por el esfuerzo y las mejillas aún más rojas por el frío.

Jimin apenas pudo reaccionar.

Lucien estiró las hojas hacia él.

—Toma, tío Jimin. Este es mi favorito, ¿ves? Aquí estás tú en el hielo, con una corona y una capa como los reyes. Mamá decía que bailabas como los cisnes en los cuentos.

Jimin miró el dibujo. Era un intento torpe pero dulce de una figura con cabello plata, brazos extendidos y una sonrisa gigante. Tenía escarcha en los pies dibujada con crayón plateado y estrellitas de colores pegadas con cinta.

—¿Y este otro? —preguntó con voz baja, aún temblorosa al colocarse de cuclillas frente al niño.

—¡Ese eres tú también! Pero bailando con un perrito. Y este... este fue el que hice el día que aprendí a escribir mi nombre.

Lucien colocó cada uno en el regazo de Jimin sin darle tiempo de asimilar. No dejaba de hablar, como si no notaba la tensión densa entre los adultos.

Y quizás no lo hacía. Quizás para él, el mundo solo era tan sencillo como crayones y palabras dulces.

—¿Puedo enseñarte la casita que hice en el árbol? —preguntó Lucien, alzando la mirada—. No es tan alta, pero puedo subir solo. Mamá decía que tú también eras valiente, como yo.

Jimin respiró hondo.

—Claro que quiero verla. Pero primero... ¿puedo sentarme contigo a ver los dibujos con calma?

—¡Sí! ¡Aquí mismo! —Lucien se sentó sobre el césped como si fuera su sitio favorito en todo el mundo, acomodando los papeles frente a él—. Este también te lo hice con plumas, pero se le cayó una. ¡La perdí!

Jimin se sentó a su lado. Jungkook los observó en silencio, con los brazos cruzados y la expresión quieta. Solo sus ojos lo traicionaban.

No era orgullo lo que tenía ahí.

Era amor hacia el pequeño y uno naciente hacía Jimin, de verdad lo quería de manera pura, silenciosa y honesta.

Jimin acarició el cabello del niño. Era suave, tan parecido al suyo cuando tenía cinco años. El mismo tono, la misma textura. Le temblaba el pecho, le temblaban los dedos.

Pero no podía odiarlo.

No a él.

No al hijo de su hermana.

No al hijo del alfa que lo había cautivado.

Al notarlo, Lucien lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Estás triste?

—No —mintió con dulzura—. Solo me emocioné mucho. Dibujas muy bonito, ¿lo sabías?

—¡Sí! Pero todavía no sé dibujar dragones. Cuando aprenda, te haré uno con fuegos y alas grandes. ¡Gigante! —levantó los brazos otra vez—. Como los de los cuentos de mamá.

Jimin rió, y Jungkook, que aún estaba de pie, caminó hacia ellos, agachándose a su lado.

—Solnyshko, ¿por qué no vas adentro con Erika a buscar los crayones? Vamos a guardar tus dibujos en una carpeta bonita para que no se dañen, ¿sí?

Lucien asintió y se levantó sin protestar, dejando los papeles ordenados con cuidado.

—¿También guardaremos el de los cerdos?

—Ese lo vamos a enmarcar. Lo prometí.

Lucien rió de manera adorable y salió corriendo de nuevo, esta vez con menos prisa.

Cuando se perdió tras la puerta, Jimin se quedó mirando el dibujo del príncipe en el hielo.

—Le dijiste que soy su tío...

—Porque lo eres.

Jimin suspiró, cansado. De pronto sentía que tenía cien años.

—Te juro que quiero odiarte. Quiero gritarte que todo esto es una mentira. Quiero pensar que te lo inventaste todo para manipularme. Pero luego aparece él y me dice que mamá decía que yo era un ángel... y ya no puedo ni respirar.

Jungkook se sentó junto a él. No lo tocó, no quería forzarlo.

—Si pudiera cambiar algo, solo sería una cosa.

Jimin lo miró, con los ojos aún empañados.

—¿Cuál?

—Haber traído a Lucien a tu vida antes. Que no lo conocieras así, de golpe, que hubieras tenido tiempo, que te lo dijera cuando te encontré en Rusia. Pero... no podía. Era su protección lo que me importaba y no sabía si debería confiar en ti.

Jimin bajó la mirada.

—Lo amas.

—Con todo lo que soy, es... parte de mí.

El silencio se extendió, largo y profundo, hasta que Jimin volvió a hablar:

—Quiero ver esos videos. —Exhaló—. Quiero todo. Las pruebas, los detalles. Cada cosa que respalde lo que me dijiste.

—Tendrás todo. Te lo juro por Lucien.

Jimin volvió a mirar los dibujos.

—Al final el Metka casi se destruye por ese niño adorable, ¿cierto?

—Sí, pero me conviene que todos crean que fue por las treinta monedas. Si descubren que Lucien existe pueden usarlo como carnada para chantajearme. Él no se sabe defender y yo... —Jungkook suspiró—. Se lo que es ser secuestrado siendo un niño inocente.

—¿Te secuestraron cuando niño? —Jungkook sonrió con tristeza.

—Muchas veces, aunque en tres ocasiones logré escapar. La primera si tuvo que ir mi papá a rescatarme.

Jungkook bajó la mirada, sus dedos rozaron una hoja que se había deslizado hasta el césped. Era un dibujo a crayón de un Jimin con una corona torcida sobre la cabeza. Sonrió, apenas.

—Un patito... —murmuró.

—¿Qué? —preguntó Jimin, volviendo la mirada.

Jungkook se lo mostró.

—Quiero que Lucien crezca igual que tú. Alejado de este mundo y de sus peligros, que pueda dormir por las noches, que siga haciendo dibujos en lugar de jugar con cuchillos.

Jimin se quedó mirando el dibujo largo rato, sintiendo que el pecho le ardía, como si todo lo que había sido su vida hasta ese instante se resquebrajara en un pequeño niño torpe.

—¿Y si crece y quiere saber quién fue su madre de verdad? —susurró.

—Le contaré todo con el corazón en la mano, pero cuando esté listo.

—¿Y si no está listo nunca?

—Entonces esperaré. Pero lo sabrá. Italia merece que su hijo la recuerde como era: valiente, brillante, impredecible.

Jimin asintió, despacio.

—¿Dónde están los videos?

—Ven conmigo. —Jungkook se levantó del césped y le tendió la mano.

Esta vez, Jimin no la rechazó.

Subieron por la terraza trasera de la villa, atravesaron un pasillo cálido de madera antigua y luces suaves hasta llegar a una habitación con una biblioteca, un escritorio con papeles ordenados y una pantalla conectada a una laptop.

Jungkook tomó un pequeño control y encendió la pantalla.

—Italia dejó una carpeta con varias grabaciones. Las nombró por fechas, y esta... —clicó sobre un archivo titulado "Experimento Lupus 1"—. Fue el primero.

Jimin parpadeó.

—¿Experimento... Lupus?

Jungkook sonrió con una mezcla de amor y vergüenza.

—Ella lo llamaba así porque soy un alfa lupus, al principio creía que no funcionaría, lo verás en los videos.

La pantalla se iluminó.

Apareció Italia.

Con su cabello recogido en una coleta baja, sin maquillaje, en bata de hospital y sin su mirada afilada habitual. Estaba frente a una cámara, en un banco sencillo de madera, con la sonrisa más vulnerable que Jimin le había visto jamás.

—Día uno del Experimento Lupus. Estoy nerviosa. No se lo he dicho a nadie, excepto a Erika. Tengo la muestra de Artyom. Está perfectamente sana. El doctor dice que será difícil lograrlo sin estimulación alfa-omega, pero quiero intentarlo igual. Si este video se ve algún día, probablemente funcionó... si tengo éxito... mi hijo sabrá que no vino al mundo por error.

Jimin llevó una mano a sus labios, conteniendo un sollozo.

Italia bajó la mirada en el video, entrelazando las manos.

—A veces me pregunto si mi hermano y mi padre me odiarán por esto. No quiero que lo hagan. Lo único que quiero es asegurarme de que esto funcione para que él pueda ser padre porque no hay muchos Lupus en el mundo.

»Pero bueno, dejemos esto de lado. Artyom, eres un idiota con armas, pero tienes el corazón más noble que he conocido en este mundo de mierda. Además eres un Lupus con dinero que podrá proteger a mi bebé, por eso te elegí.

La imagen se detuvo.

Jimin se giró hacia Jungkook.

—¿Cuántos videos hay?

—Doce. Algunos son del proceso médico, otros son de cuando ya estaba embarazada. Y el último... —señaló un archivo que decía "Para mí hermano"—. Lo dejó con la indicación de mostrártelo si alguna vez encontrabas esta casa.

Jimin tragó saliva. Sus dedos temblaban.

—¿Puedo verlo ahora?

—Es todo tuyo.

—Ponlo.

Jungkook abrió el archivo.

Italia apareció en pantalla, sentada frente un pequeño riachuelo, con el cabello suelto y el rostro pálido. Llevaba una manta sobre los hombros y hablaba en voz baja, como si supiera que cada palabra era la última.

—Hermano... Si estás viendo esto, supongo que encontraste a Lucien. Espero que te haya abrazado con fuerza, que te haya contado de sus dibujos y que haya dicho algún elogio como que quiere ser como tú de grande.

»Yo sé que nunca te conté nada de esto, no sé si me perdones. Pero Lucien no fue un accidente. Fue mi manera de ayudarte a darte cuenta de que puedes tener hijos por medio de este procedimiento. Además, no puedo dejar este mundo sin darte algo que te amará sin condiciones porque a decir verdad tengo muchos enemigos. Esta mañana intentaron asesinarme dos veces, sino fuera por Corvo ya estaría seis metros bajo tierra.

»Quizás nunca conozcas a Artyom porque son de mundos diferentes, pero es el padre de mi pequeñito, un buen amigo en el que puedo confiar con los ojos cerrados. Deja que el niño lo visite, Terasov nunca le haría daño.

Italia parpadeó. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Cuídalo, porque ahora son familia.

La pantalla se oscureció.

Y el silencio que vino después fue desolador.

Hasta que Jimin, con las manos sobre el regazo, dijo:

—¿Tú lo sabías? ¿Que ella me dejó a Lucien?

Jungkook negó con la cabeza.

—No te lo ha dejado, yo tengo la custodia, pero queda claro que quería que seas su tutor.

Jimin se cubrió el rostro. Jungkook se acercó, lento, como si cada paso fuera una súplica silenciosa, y lo abrazó.

—¿Qué pasa? ¿Qué sientes? ¿Qué piensas? Dímelo todo...

—Lo hizo para darme la seguridad de tener hijos por medio de fertilización in vitro. ¡Que tonta!

—Bong creía que Italia y yo éramos amantes por eso comenzó a infiltrar traicioneros dentro de los Bratva y dentro de los Nostro.

»Tu hermana no me gustaba.

—¿No? —Jimin se apartó—. Tenemos básicamente la misma cara.

—Pero no los ojos, ni el aroma, ni la voz, ni... El corazón.

—Jungkook, detengamos esto. —Jimin exhaló—. Me siento como si fuera el reemplazo perfecto. No creas que te creo por completo. Yo... Te ayudaré a proteger a Lucien porque es adorable, porque me robó el corazón y porque es hijo de mi hermana. Pero, entre tú y yo no puede haber nada. No puedo hacerlo.

—¿Qué? —repitió Jungkook. Su voz sonó incrédula, pero no agresiva—. ¿Me estás dejando?

—No se puede dejar algo que nunca comenzó. —Jimin apartó la mirada—. Eres atractivo y me gustas, pero... también hay partes tuyas que me asustan.

—¿Te asusto?

—Eres el Pakhan de los Bratva... Eres experto engañando, mintiendo, manipulando. ¿Cómo sé que no me manipulas ahora mismo porque me ves como un reemplazo de la madre de tu hijo?

Jungkook frunció el ceño, dolido.

—No te estoy usando como reemplazo porque Italia no me gustaba. ¡Carajo! —gritó Jungkook, y Jimin alzó el mentón.

—Cualquiera con tres dedos de frente creería lo mismo que yo —espetó Jimin, firme—. Además, he aprendido que no puedes confiar en un mafioso.

Jungkook dio un paso hacia él.

Jimin retrocedió.

Dio otro paso.

Jimin volvió a retroceder hasta que su espalda chocó contra la pared.

—¿Tú crees que me importa lo que piensas? —murmuró Jungkook entre dientes, con una sonrisa torcida que no alcanzaba los ojos—. ¿Crees que vine hasta aquí contigo, que te mostré a Lucien, que desenterré todo esto... para que me digas que no puedes confiar en mí?

Jimin lo miró, desafiante. Sus ojos azules centellearon.

—¿Si no te importa lo que pienso para que me trajiste aquí?

—Para que entiendas —Jungkook se inclinó, la sombra de su cuerpo cubrió a Jimin—. Para que sepas la verdad.

Jimin frunció el ceño, confuso.

—¿Qué estás diciendo?

—Me enamoré de ti mientras llorabas en aquel puente nevado en Moscú. Me enamoré de ti con la cara roja, la nariz hinchada y la mirada rota. Mientras patinabas como si el hielo fuera tu única salida, yo solo podía pensar en cómo hacerte mío.

—Jungkook...

—¿Y tú me vienes a decir que eres el reemplazo perfecto? —La voz de Jungkook bajó, oscura, rasgada—. No me jodas.

Antes de que Jimin pudiera reaccionar, la mano de Jungkook se alzó, con una fuerza precisa, entrenada, dominante, y lo sostuvo del cuello. No apretó. Solo lo mantuvo ahí, acorralado, bajo su dominio, con el pulgar rozando su arteria, sintiendo cada pulso.

—¿Sabes qué me asusta, Jimin? —susurró cerca de su oído—. Que esto se acabe sin que lo toquemos con las manos... Que te alejes sin probar siquiera lo que se siente pertenecerme.

Jimin tembló. Era miedo, sí. Pero también era deseo. Porque había algo en esa oscuridad que le hablaba a una parte de él que siempre había escondido.

—No deberías tocarme así...

—Y sin embargo, no te estás quitando —Jungkook acercó el rostro, sus narices casi se rozaban—. Porque sabes que no lo hago para hacerte daño. Lo hago porque estoy al límite, porque no sé cómo amar sin intensidad.

Jimin lo miró con el corazón desbocado.

Y por un instante... no supo si iba a golpearlo o besarlo.

—Estás enfermo —murmuró con la voz rasposa.

—Sí —aceptó Jungkook sin remordimiento—. Y tú me empeoraste.

Jungkook no pidió permiso para besar a Jimin, simplemente lo hizo. Sus labios reclamaban, exigían, marcaban territorio a medida que mordía el labio inferior del omega, lo succionó

como si pudiera extraerle los sentimientos a través del aliento, y cuando lo escuchó jadear, no se detuvo... se volvió más hambriento.

Jimin forcejeó, empujando la muñeca que le sujetaba el cuello con firmeza. Se estaba ahogando. No por falta de aire, por la intensidad brutal de aquel contacto, por todo lo que significaba y que no podía negar. Jungkook lo sintió, aflojó un poco el agarre, pero no lo soltó. Fue ahí, en ese segundo de tregua, que Jimin cayó rendido al abismo. Aferrándose a su cuello con ambas manos, alzando las piernas con un impulso que hizo que Jungkook gruñera por lo bajo, sorprendido. Sus muslos fuertes se cerraron alrededor de su cintura, elevándose del suelo. Jungkook lo sostuvo de inmediato, firme, su cuerpo parecía estar hecho para cargarlo.

La espalda de Jimin chocó contra la pared y el roce del yeso frío contrastó con el calor que se acumulaba entre ambos. Jungkook lo besó otra vez, más profundo, explorando su boca con una devoción salvaje. Las manos del alfa se afianzaron en sus muslos mientras Jimin se aferraba con fuerza a su nuca, desesperado, jadeando entre beso y beso, perdido.

—Te odio... —murmuró Jimin contra su boca, rompiendo el beso apenas un milímetro, con los ojos vidriosos—. Te odio por hacerme esto.

—No te estoy haciendo nada, patito... Te lo juro —susurró Jungkook, rozando su nariz contra la suya.

—No debería quererte, tienes un hijo con mi gemela. Esto está mal.

—Fue in vitro, a Italia nunca la toqué así, a ella... Nunca la deseé como te deseo a ti.

—No sé si deba creerte...

—No importa si me crees. No te dejaré ir.

Jungkook apoyó la frente contra la suya, con los ojos cerrados, tratando de recuperar el control, el oxígeno... la razón. Pero Jimin aún estaba aferrado a él, con el cuerpo tenso, las mejillas rojas, el aliento entrecortado.

—¿Vas a obligarme a estar contigo? —preguntó jadeante, la erección de ambos estaba endurecida, crecida, presionando en sus pantalones.

—Voy a amarte, Jimin... —susurró con la voz ronca, temblando de deseo—. Aunque tengas que odiarme por ello, pero nunca te dejaré porque lo que quiero; lo tengo.

—Estás loco.

—Solo por ti.

—Maldito alfa —masculló tomándolo de las mejillas.

Jimin lo besó sin medir consecuencias, sin detenerse a pensar en lo turbio o en las lágrimas que había llorado por su hermana. No había espacio para la moral en ese instante. Solo deseo, necesidad. Solo ese maldito alfa al que no podía resistirse aunque todo su ser gritara que lo hiciera.

Chocaron dientes, labios, lenguas, fue una guerra. Lenguas muda entre el orgullo y la rendición.

Jungkook gruñó en su boca al sentirlo devorarlo así, por alterarle la paz, por ponerle el mundo de cabeza. Jimin lo sujetó de la nuca con fuerza, sus dedos se hundieron entre los mechones oscuros mientras movía las caderas apenas, rozando su erección con la del otro a través de la ropa, frotándose como si buscara tallar su nombre sobre su piel.

—Maldición... —jadeó Jungkook, apretando más fuerte sus muslos—. No juegues conmigo así.

—¿Quién está jugando? —susurró Jimin, lamiéndole el labio inferior, provocador—. ¿Tú no eras el que me quería atado? Aquí me tienes, Pakhancito.

—No digas eso si no estás listo para las consecuencias.

—Hazlo entonces... —lo desafió, apoyando la frente en la suya—. Demuéstrame que no soy un reemplazo.

Fue todo lo que necesitó.

Jungkook lo empujó contra la pared otra vez, lo levantó de un impulso, y esta vez lo llevó sin esfuerzo por el pasillo de la casa, con Jimin aún envuelto en él, colgado de su cuerpo. Abrió una puerta al azar con una patada y entraron a una habitación amplia, oscura.

El alfa lo dejó caer sobre la cama, sin brusquedad pero sin delicadeza.

Jimin respiraba agitado. Su camisa estaba desabrochada hasta el tercer botón, revelando el nacimiento de su clavícula. Su corbata desordenada. Jungkook lo miró así, tirado entre las sábanas, tan perfecto, tan suyo... que le dolió el pecho.

—Demuéstramelo, Jungkook —repitió Jimin con voz ronca, abriendo apenas las piernas, dejando ver lo que su cuerpo pedía con desesperación.

Y Jungkook lo hizo.

Se arrastró sobre él como un lobo hambriento, besándolo otra vez, esta vez más lento, más entregado. Sus manos temblaban al recorrer su pecho, al deshacer el resto de botones, al olerlo... tan limpio, tan distinto a todo lo que había tenido. Jimin se arqueó bajo él, sus piernas lo apretaron, su gemido quedó atrapado entre sus bocas.

Pero de pronto, Jungkook se apartó, sosteniendo el peso de su cuerpo con sus brazos que estaban a los costados de Jimin.

—No voy a follarte aquí, Lucien nos puede escuchar —susurró bajito, después le dio un beso casto en los labios—. Créeme, Jimin.

—Quiero hacerlo... Quiero creerte.

—Ahí están las pruebas, mira todos los videos. —Pegó su frente contra la de Jimin, de nuevo, adoraba hacerlo—. Que Mirabella me arranque los huevos si estoy mintiendo.

Jimin soltó una leve risita.

—No digas eso, Mirabella lo haría sin pensarlo dos veces.

—Por eso lo digo. —Jungkook le acarició el rostro con los nudillos, lento, cuidadoso—. Porque contigo no me importa exponerme.

Ambos quedaron en silencio, mirándose sin necesidad de hablar más. El corazón de Jimin seguía latiendo rápido, aún no asimilaba lo que acababa de ocurrir... o lo que no llegó a ocurrir, por muy poco.

—Vamos —murmuró Jungkook con una voz más baja—. Lucien debe estar buscándonos. No quiero que piense que nos fuimos sin despedir.

—Sí... —Jimin asintió, alisándose la camisa, tratando de arreglar su corbata aunque sus manos todavía temblaban.

Jungkook lo ayudó a acomodarse. Lo hizo con una ternura que contrastaba con el deseo feroz que minutos antes lo había dominado. Le cerró los botones, enderezó el cuello de su camisa, e incluso le peinó un poco el cabello con los dedos. Después, sin decir una palabra, le ofreció la mano.

Jimin la tomó.



WUAAAAAAAAAKKKKK QUE ESTÁ PASANDO

Tú qué crees?

Le crees al Jungkook?

Yo le creo, con los ojos cerrados iré tras de él aksjskks

Como me centraré en esta historia habrá actualizaciones casi diarias o diarias si todo sale bien.

Gracias por leer!!!

Sigue mi canal para que te enteres de más cosas y para que me encuentres por si Wattpad me silencia skskks



[13] *El fin*



La mesa estaba servida frente al ventanal, dentro de la villa el aire era cálido a pesar de que afuera estaba comenzando a nevar. El aroma dulzón a mantequilla y queso fundido calaba en las narices de Jimin. Sobre el mantel blanco descansaban varios platos humeantes, servidos con delicadeza por Erika, la mujer que cuidaba de Lucien con gesto maternal.

—Hoy tenemos rösti, Zürcher Geschnetzeltes y un poco de fondue de queso gruyère —explicó Erika, sonriendo con amabilidad—. Y para el postre, nusstorte.

Jimin se sentó frente al niño y junto a Jungkook, que tenía las mangas de su camisa dobladas hasta los antebrazos, dejando ver sus tatuajes. Lucien, entusiasmado, ya intentaba cortar su rösti con un tenedor demasiado grande para sus pequeñas manos.

—¿Te gusta el queso, tío Jimin? —preguntó Lucien con la voz aguda, lleno de entusiasmo.

—Mucho. Y más si está tan bien preparado. —Jimin sonrió, aunque la garganta comenzaba a cerrársele sin razón aparente.

El niño intentó levantar un pedazo de ternera cubierta en salsa de crema, pero el trozo cayó directamente sobre su camisa.

—Ay... —murmuró bajito, haciendo puchero.

Jungkook se movió de inmediato, sacando una servilleta de tela de su regazo y limpiándole la barbilla.

—No pasa nada. Ven, yo te ayudo.

Con paciencia, el alfa cortó los trozos más grandes en pequeños pedacitos, los ordenó en el borde del plato y dejó a Lucien un tenedor más pequeño, con mango ergonómico.

—Así será más fácil.

Lucien asintió con ojos grandes, volviendo a intentar comer, esta vez con éxito.

Jimin los miraba en silencio. No podía apartar los ojos de la escena frente a él. Jungkook, con sus tatuajes asomando por las muñecas, con su expresión concentrada, con los movimientos suaves que no se correspondían con el mafioso que todos temían. Y Lucien, con esa risa traviesa, esos ojos que parecían haber heredado toda la luz que Italia ya no podía compartir.

El nudo en su garganta se apretó. Tuvo que fingir que bebía agua para disimular las lágrimas que amenazaban con asomar.

Comieron en relativa paz, con Lucien hablando sin parar de los colores que le gustaban, de los dibujos que haría después, de lo que creía que era un unicornio bebé que había visto una vez en el bosque (según él), aunque Jungkook aseguraba que había sido un ciervo albino.

Cuando el postre llegó, Lucien apenas probó su porción antes de levantarse de la silla.

—Tío Jimin, ¿quieres ver mis cosas? Tengo mi cuarto con muchos libros. También tengo fotos de mamá... Y de mí cuando era bebé. ¡Salgo pelón!

Jimin rió con ternura.

—Claro, muéstrame.

Lucien lo tomó de la mano como si lo hubiera hecho toda la vida y lo llevó escaleras arriba, hablando todo el tiempo, sin filtros, no podía callar ni un segundo por miedo a que se le escapará contarle cualquier cosa a su tío.

El cuarto del niño estaba decorado con tonos azules, madera clara y estanterías llenas de cuentos. En una esquina, una mesa de dibujo cubierta de papeles con crayones, figuras de dragones mal hechos y planetas con nombres en ruso, italiano y coreano.

Lucien se agachó frente a una caja forrada de estrellas plateadas. La abrió con cuidado y comenzó a sacar fotografías. Algunas estaban un poco dobladas en las esquinas, otras

enmarcadas.

—Esta es mamá cuando tenía el cabello como tú. —Señaló una imagen en la que Italia reía en un campo de girasoles, con el vientre abultado y una mano extendida hacia la cámara—. Aquí estoy yo en su pancita. Erika dice que pateaba mucho.

Jimin no podía hablar.

Lucien siguió mostrando imágenes: Italia cargándolo de recién nacido, Italia leyéndole un cuento, Italia con un gorro de chef. Todas eran con ella. Luego mostró una con Jungkook, en blanco y negro, claramente tomada por un fotógrafo profesional. Estaban él, Italia y Lucien, con sonrisas leves, formales. Un retrato familiar... sin calor.

Jimin miró alrededor. No había más fotos de los tres juntos. Todas las demás eran por separado.

Lucien bajó la voz, como si estuviera revelando un secreto.

—Mis papis nunca están juntos.

El corazón de Jimin se detuvo un segundo.

—¿Cómo que no?

—Mamá dice que mi papi es especial, que tiene muchas cosas importantes que hacer. Al igual que ella. Ellos nunca vienen juntos.

—¿De verdad?

—Sí.

Jimin tragó saliva.

—¿Y tú quieres a tu papá?

—Mucho. Me da miedo a veces cuando grita por teléfono, pero siempre me dice que soy su pequeño sol. —Lucien sonrió—. Me gusta cuando me abraza. Es fuerte, pero huele a familia.

Jimin lo abrazó sin pensarlo dos veces.

Sintió que el alma se le partía en fragmentos pequeños, como copos de nieve que se derriten apenas tocan la piel.

—Espero que la próxima vez que vengas esté mi mami aquí. Podemos ir a patinar a un lago congelado, yo... aprenderé contigo.

«Lucien no sabe que Italia murió», pensó Jimin.

Pero no quiso revelárselo, no sabía cómo.

—¿Te gustaría aprender a patinar sobre hielo?

—¡Me encantaría! —Lucien se paró en el centro de la habitación, parándose en un pie y girando en círculos—. ¡Girando como tú!

Jimin rió suave, contagiado por esa energía inocente y luminosa.

—Vas a marearte —le dijo, al tiempo que Lucien tropezaba con su propio pie y caía sentado, riendo.

La puerta se abrió con un crujido leve cuando Jungkook apareció. Llevaba en la mano un vaso con leche tibia y un par de galletas que dejó sobre la mesita de noche. Su mirada se posó primero en Jimin, luego en Lucien.

—Hora de dormir, campeón —dijo con voz suave, casi ronca por el cansancio.

Lucien hizo un puchero.

—Pero estaba enseñándole mis fotos...

—Ya las vi todas, fueron increíbles. —Jimin le revolvió el cabello.

Jungkook se agachó junto al pequeño, le dio la leche tibia, después lo ayudó a cambiarse de ropa con movimientos seguros, y finalmente lo metió bajo las cobijas con cuidado. Colocándole un dinosaurio de peluche entre los brazos.

—¿Quieres que te lea un cuento?

—No —murmuró Lucien, boquiabierto de sueño—. Quiero que me cuentes uno de los tuyos. De los que son secretos.

Jungkook asintió, acomodándose sentado en el borde de la cama y tomó la mano del niño, envolviéndola entre las suyas.

—¿De los secretos? —repitió Jimin desde un pequeño sofá inflable en el que se había sentado, alzando una ceja con una sonrisa leve.

—¡Sí! Los que papá inventa. Como el del barco invisible.

Jungkook se acomodó junto a él y se lo pensó un momento, mirando al niño a los ojos.

—Está bien. Te contaré el de "la fiesta del zorro rojo".

—¡Ese no me lo sé! —dijo Lucien emocionado.

Jimin se quedó en el umbral, cruzado de brazos. Sabía lo que iba a pasar: no sería un cuento, sería una historia de mafia disfrazada.

—Había una vez —empezó el alfa con voz baja—, una ciudad escondida entre montañas de hielo. En esa ciudad vivían criaturas muy poderosas: el oso de plata, el león ciego, la serpiente de humo... y el cuervo con ojos rojos.

Lucien abrió los ojos, fascinado.

—Un día, el cuervo se enteró de que el zorro rojo haría una fiesta secreta. Solo iban a asistir aquellos que supieran la contraseña. ¿Sabes cuál era?

—¿Cuál?

—"El tiempo se compra con silencio".

Jimin contuvo una risa amarga. Esa era una de las frases clásicas del Metka.

—Entonces —continuó Jungkook—, el cuervo fue al bosque a reunir a sus amigos. El búho matemático, que lo ayudaba con los planos; el gato negro, que sabía disfrazarse; y el cangrejo gigante que hacía explotar puertas con su pinza derecha.

Lucien reía, completamente envuelto en la historia.

—Esa noche —prosiguió—, todos fueron a la fiesta del zorro. Pero no para bailar. El cuervo quería encontrar el espejo de las sombras, un objeto mágico que reflejaba los secretos de quien se miraba en él. Estaba escondido en una bóveda, al fondo del salón.

»Los guardias eran jabalíes con trajes dorados. Había cien. Pero el cuervo era rápido. Y el gato negro fingió ser un invitado. Y el cangrejo... bueno, explotó la cocina.

Lucien se llevó las manos a la boca.

—¿Qué pasó con el espejo?!

—El cuervo lo robó. Pero no lo usó para él. Se lo llevó a su nido y se lo dio a un cervatillo dormido, para que cuando creciera supiera toda la verdad.

Jungkook acarició el cabello de su hijo.

—Y el cuervo huyó con la noche, con una bala en el ala... pero con el corazón tranquilo. Finalmente fueron felices con ese espejo.

Lucien murmuró un "wow..." y se acurrucó más bajo las sábanas.

—¿Papá?

—¿Sí?

—¿Tú eres el cuervo?

—Quizá.

—¿Y quién es el cervatillo?

Jungkook lo miró, lento.

—Tú.

Lucien sonrió, cerrando los ojos.

—Te amo, papi.

—Te amo, Lucien. Cierra los ojos y duerme.

Lo besó en la frente, quedándose unos minutos más en silencio hasta que se aseguró que el niño se había dormido. Cuando estuvo seguro se levanto de la cama, encontrándose con la mirada de Jimin que seguía sentado en el sofá inflable.

—¿Eso del espejo de las sombras... fue real?

—No era un espejo —dijo Jungkook en voz baja—. Era un disco duro.

—¿Y la bóveda?

—Una fiesta diplomática en Oslo. Tercer piso. Alfombra roja, piso falso, entrada secreta.

—¿Cuándo pasó eso?

—Hace como dos años —contestó, estirando la mano hacia Jimin, quien la tomó de inmediato—. Sígueme.

Jimin lo siguió sin hablar, bajaron por la escalera principal envueltos por el crujir suave de la madera bajo sus pies. Jungkook tomó las llaves de un cajón de la entrada, se colocó una chaqueta larga de lana oscura y le tendió otra a Jimin.

—Abrígate bien. Hace más frío allá arriba.

—¿Arriba? —preguntó Jimin.

—Ya verás.

Salieron al exterior. El cielo suizo estaba despejado, tachonado de estrellas frías que titilaban sobre el contorno silente de las montañas. La nieve crujía bajo sus zapatos y el vapor de su respiración subía como humo suave. Subieron al auto negro de Jungkook, silencioso y potente. Él encendió la calefacción sin decir palabra y encendió la radio, que dejaba sonar una melodía instrumental muy tenue, casi triste.

Condujo durante unos 40 minutos a través de caminos de montaña, pasando pequeños pueblos con luces cálidas en las ventanas. Jimin reconoció de reojo uno de los nombres: Interlaken.

—¿Estamos en Interlaken? —preguntó, apenas murmurando.

—Sí. Vamos al Harder Kulm. —Jungkook le lanzó una mirada de soslayo—. Es uno de mis lugares favoritos cuando necesito pensar estando en Suiza.

—¿No se supone que eso es para turistas?

—También sirve para mafiosos cansados.

El auto subió con fuerza hasta el punto de ascenso final. El mirador estaba cerrado oficialmente a esas horas, pero Jungkook conocía al guardia nocturno, quien los dejó pasar con una leve reverencia.

—Ve con cuidado —le dijo el hombre en alemán.

Jungkook respondió en el mismo idioma con voz firme.

Subieron por el pequeño sendero nevado hasta la plataforma panorámica de Harder Kulm, donde la vista nocturna de los lagos Thun y Brienz se extendía como un cuadro viviente. Las luces de Interlaken brillaban allá abajo, entre los picos helados.

Jimin contuvo el aliento.

—Es hermoso.

—Lo es.

—¿Vienes aquí solo?

—Desde hace años.

Se apoyaron contra la baranda metálica que daba al vacío. Jungkook se colocó detrás de él, sin tocarlo, pero cerca, protegiéndolo del viento.

—¿Por qué me trajiste aquí?

—Porque si iba a mostrarte algo vulnerable de mí... quería que fuera donde solo he traído a dos personas: Lucien y tú.

—Lucien es adorable y hermoso, pero eso de hermoso lo digo porque su rostro es idéntico al mío.

Jungkook soltó una risa.

—Jimin. —Exhaló su nombre como si al decirlo se le vaciara el pecho—. A veces me olvido de quién soy cuando estás cerca. Y eso, en este mundo de mafias, es casi lo mismo que morir.

Jimin bajó la mirada, incómodo, aunque en el fondo no quería que terminara de hablar.

Entonces Jungkook citó, en voz baja, con el acento más nítido y oscuro de su ruso natal:

— *"Si me amas, ama sin miedo,
sin exigencias, sin preguntas.
Como el cielo ama a la estrella
que no le pertenece."*

Jimin se quedó quieto. Los copos de nieve se derretían apenas tocaban su abrigo.

—¿Qué es eso?

— *Serguéi Yesenin* —respondió Jungkook sin apartarle la mirada—. Lo leí una vez y no pude olvidarlo.

Jimin respiró hondo. El frío de la montaña le quemaba la nariz, pero su corazón estaba más caliente que nunca. Jungkook dio un paso más, acortando la distancia entre ambos.

—Yo no quiero que seas una medalla en mi guerra ni un premio en mi infierno. Quiero estar contigo. Sin juegos, sin máscaras. —Exhaló, colocando la mano enguatada encima de la de Jimin que estaba recargada en el barandal—. Quiero que seas mi novio.

La palabra novio pareció ridícula viniendo de alguien como él. Un Pakhan. Un fantasma con tatuajes en la piel y crímenes en los dedos.

Jimin frunció los labios, intentando no sonreír.

—¿Tú sabes lo extraño que suena eso viniendo de ti?

—Lo sé. —Jungkook ladeó la cabeza, ligeramente inclinado hacia él—. Pero no me importa. Estoy dispuesto a parecer idiota por ti. A parecer humano, si es necesario.

—¿Y qué sigue después? ¿Un anillo? ¿Una casa con jardín? ¿Una lista de enemigos invitados a la boda?

—No. —Jungkook alzó una ceja—. Solo un sí.

Jimin lo miró. Largo, silencioso. Buscando un fallo en su voz, una grieta en su gesto, pero no encontró nada.

—Entonces... —Exhaló, mirándolo de reojo, con las mejillas ruborizadas—. Está bien.

—¿Sí? —preguntó Jungkook, ampliando los ojos. Le brillaban igual que un par de estrellas, aunque el cielo sobre ellos estuviera opaco por la nieve.

—Sí.

La sonrisa de Jungkook tembló.

Fue una reacción silenciosa, tenía miedo de romper la realidad con cualquier movimiento demasiado brusco. Dio un paso, pero en lugar de abrazarlo de frente, lo rodeó por detrás. Le rodeó la cintura con ambos brazos y recargó el mentón en su hombro, besando su cuello con dulzura, cerrando los ojos al inhalar el aroma de su piel tibia.

—No sabes la felicidad que siento en estos momentos.

—Y no sabes lo tonto que me siento... —confesó Jimin, apoyando su mano sobre los antebrazos de Jungkook—. Pero soy caprichoso, y te quiero para mí, aunque eso me cueste mi estabilidad.

—¿Costarte la estabilidad? —rió bajo, acariciando con la nariz la línea de su mandíbula—. Jimin... Conmigo tendrás la cosa más estable jamás imaginada.

—¿Seguro?

—Sí —susurró él, con la voz apenas audible—. Mis manos serán tuyas, mi vida, mis pertenencias, mi existencia. No tengo mucho más que ofrecer, pero nunca te soltaré.

El viento agitó la nieve que se acumulaba en los tejados de Lucerna. La ciudad bajo ellos parecía un cuadro en blanco y gris, con ventanas amarillas titilando entre la noche.

—Eso que acabas de decir es demasiado fuerte. Eres el Pakhan de los Bratva. No me puedes poner como prioridad.

—Porque soy el Pakhan, por eso puedo —contestó—. No tienes idea de lo que sería capaz de hacer por ti.

Jimin rió, más por nervios que por diversión, pero no se apartó. Jungkook lo abrazó con más fuerza.

Se quedaron así por varios minutos. En silencio. Compartiendo la noche. Compartiendo algo que no sabían cómo nombrar, pero que ya no podían negar.

Finalmente, Jimin habló:

—Yo también te daré todo de mí —susurró—. Pero no olvides que esto entre tú y yo es... Es más sagrado que el Metka, y si me traicionas. Si me lastimas, si me decepcionas; caerás.

—Lo acepto —murmuró—. Y no caeré, porque jamás haré algo para lastimarte, decepcionarte o traicionarte.

Jimin tomó a Jungkook de los antebrazos, apartándose de él para girarse y verle el rostro.

—Contigo me pasa algo que no me pasa con nadie, Jungkook.

—¿Qué cosa?

—Me siento vulnerable. —Sus ojos azules brillaron—. Y tengo una terrible y asquerosa necesidad de complacerte. En mis años de vida, nunca quise ser sumiso ante nadie y hoy me enfrento a esto por primera vez.

Jungkook se quedó en silencio.

Después se quitó el guante negro de cuero fino de la mano derecha y colocó su palma directamente sobre la mejilla de Jimin, con delicadeza. Su pulgar rozó la piel suave del omega, deteniéndose justo bajo el pómulos, irradiando calidez y cuidado.

—Mi Jimin... —susurró, con una voz tan baja que apenas fue aire—. ¿Sabes lo que significa para un alfa que un omega como tú, diga algo así?

Jimin no respondió. Lo miraba, esperaba a que continuara. Jungkook bajó un poco la cabeza, acercando sus labios a su frente, donde depositó un beso largo, lento, más reverente que apasionado.

—Significa que has bajado todas tus armas. Que dejaste la puerta abierta aunque aún haya lobos rondando afuera. Y yo... —tragó saliva, sin apartar la mirada de él—. Yo juro por mi sangre, por mis huesos, por el Metka, por los Solntsevskaia Bratva, por Lucien, por los cielos si hace falta, que nunca cruzaré esa puerta con intención de herirte.

Sus dedos se movieron hasta la nuca de Jimin, acariciando los cabellos finos con ternura.

—Tú no naciste para ser sumiso, Jimin. Tú naciste para ser adorado. Y si eso significa que tengo que bajar la cabeza y lamer el suelo que pisas... lo haré.

Los ojos de Jimin se empañaron.

—No digas esas cosas...

—Las digo porque son verdad. Porque quiero que lo sepas. Porque si un día dudas, si sientes miedo, si crees que no me importas por algún malentendido... recuerda esto: eres el único omega que ha logrado que un hombre como yo desee con cada átomo de su cuerpo, ser atado y domado sin cadenas.

»He sido un alfa criado entre sangre y poder, entrenado para liderar, para poseer, para imponer... pero contigo, me nace inclinar la cabeza y entregar el cuello.

»Contigo no quiero ser el cazador. Quiero ser el lobo que se tumba a tus pies, que ruge cuando lo llamas, que se arrodilla si lo miras.

»Y si alguien se atreve a tocarte con la intención equivocada... este lobo será infierno, será muerte. Porque soy tuyo y eso también significa que eres mío.

Jimin parpadeó lentamente. Su respiración se volvió temblorosa. Su corazón latía con fuerza contra el pecho y algo cálido le subía por la garganta: un calor que no era vergüenza, ni enojo. Era un sentimiento muy semejante al alivio.

Sin decir una palabra, dio un paso al frente. Luego otro. Y envolvió a Jungkook en un abrazo.

Hundió el rostro en su cuello, respirando su aroma. Cerró los ojos y permitió que sus brazos lo rodearan también, que el mundo se detuviera unos segundos entre el murmullo del viento y el crujido de la nieve bajo sus pies.

—Nunca imaginé terminar enamorado de un mafioso, mucho menos del Pakhan Ruso.

—Yo tampoco imaginé llegar a enamorarme y desear tanto al nuevo Capo, al hermano de mi amiga fallecida.

—¿Me deseas? —soltó una risa juguetona—. ¿Qué tanto?

—¿Quieres saber cuánto te deseo? —preguntó con voz ronca y más profunda que la de antes—. Imagina a un lobo hambriento, herido y salvaje... y ahora imagina que solo tú puedes calmarlo.

—Entonces... Déjame tocar tus heridas, déjame alimentar a ese lobo que ruge dentro de ti —contestó Jimin—. Si solo yo puedo calmartelo... no me detendré hasta verte rendido a mis manos.

—Ya estoy rendido y no te has dado cuenta, mi patito —susurró.

—¿Qué dirán nuestros hombres si se enteran de que el Capo tiene como apodo "Patito"? —murmuró contra su piel—. ¿Qué dirían si se enteran de que él Pakhan de los Bratva le dice Patito a su novio de manera tan adorable?

—Mmm... Más vale que digan cosas buenas porque no aceptaré ninguna burla ante este apodo tan adorable. —Jungkook le acarició la espalda con una lentitud, apoyando la mejilla contra su cabeza—. Estás temblando —susurró, preocupado.

—Hace frío.

—Vámonos, no quiero que enfermes.

—Cinco minutos más. —Jimin suspiró—. Quiero memorizar este momento, tus palabras, tu calor, tu cuerpo. Porque este es el inicio oficial de nuestro romance.

—El inicio de nuestro romance fue el día que entraste a mi oficina creyéndote un experto en mafia. —comenzó a reír bajito—. Lucías precioso ese día, ¿no te lo dije?

—No, no me dio dijiste.

—Pues ya lo sabes —susurró.

—Miré las fotografías tuyas boxeando...

—Lo hago en Rusia, soy... Algo así como una estrella en el boxeo.

—¿De verdad?

—Sí... Tú destacas en el hielo, yo en el cuadrilátero.

—Quiero verte en acción.

—Lo harás, lo prometo.

Jimin se apartó del abrazo y suspiró.

—Y así se siente estar enamorado... —murmuró.

—Lupus está emocionado, lo siento a través del vínculo, ¿qué dice Mirabella?

—A Mirabella le agradas más de lo que deberías, incluso te ha llamado guapo. Le dije que mantuviera sus garras alejadas de ti.

—Lupus quiere sentarse en tu regazo, por eso no lo llevé conmigo a Italia. —Jungkook rodó los ojos—. No dejaré que mi lobo toque tus piernas. Puede ser morboso.

—Debemos enseñarles que aunque son nuestros lobos, hay límites —contestó Jimin, riendo—. Pero si es de manera cariñosa, yo permitiría que Lupus se siente en mis piernas.

—Mmm... ¿Y si mejor lo emparejamos con Mirabella? Que se siente en las de ella.

—No te puedes poner celoso de tu lobo.

—Lo dice quien me acaba de confesar que se puso celoso de la suya.

—¿Sabes qué? Mejor hay que emparejarlos.

El momento íntimo terminó, ambos caminaron tomados de la mano de regreso al coche, Jungkook le abrió la puerta a Jimin y cuando se aseguró de que se pusiera el cinturón de seguridad cerró la puerta, rodeó el automóvil y subió al volante.

—Gracias por traerme aquí —susurró Jimin, ruborizado, mirándose las manos.

—Gracias por decir que sí —contestó Jungkook, suspirando, enamorado.

Jimin se encogió en su asiento, abrazando sus piernas, lucía adorable, serio, nervioso. Era extraño ver a un omega lupus como él en ese estado. Mientras tanto, Mirabella, en su hogar corría por los pasillos de la casa, aullando, rasgando sábanas, empujando a los empleados, persiguiéndose la cola. Estaba contenta, feliz.

Y Lupus, el lobo de Jungkook hacía exactamente lo mismo en la mansión de los Bratva, tumbado a la madre del Pakhan ante su paso veloz y violento.

Jungkook arrancó el vehículo, condujo, no sin antes estirar la mano y colocarla encima de la rodilla de Jimin, quien posó su mano sin guantes sobre ella, sintiendo mutuamente el calor que proporcionaba ese toque ligero, pero íntimo.

Condujo por las angostas carreteras suizas con una serenidad que no combinaba con su reputación de boxeador, de líder de la Bratva, de hombre marcado por el crimen y la sangre. La nieve caía ligera, espolvoreando el parabrisas, mientras los faros cortaban la neblina nocturna con haces dorados.

Jimin iba en silencio. Sus ojos seguían el reflejo de las luces que decoraban los balcones, los escaparates, los árboles pequeños plantados en las plazas. Las calles estaban tranquilas, como si el mundo entero estuviera congelado en un instante perfecto... y, aun así, dentro de él algo se quebraba.

Una lágrima solitaria rodaba por su mejilla. No por tristeza pura, eran un montón de emociones revoloteando no solo en su corazón o su cuerpo, también en sus pensamientos.

Estaba enamorado de Jungkook. Había caído tan profundo que se sentía en el paraíso rodeado de su fuerza, de su ternura, de la forma en la que lo miraba como si fuese más que un cuerpo hermoso o un apellido heredado. Estaba feliz porque patinar le iba bien, porque tenía un sobrino tan dulce como Lucien, porque estaba al frente de los Cosa Nostra con dignidad y respeto.

Pero también dolía.

Dolía el vacío de no poder contárselo a su padre. De no poder escribirle a su hermana y mostrarle una foto de Lucien dormido, de decirle lo mucho que se parece a ella. De decirle que ya no está solo.

Dolía saber que todo lo que creyó cierto fue una mentira.

Italia le ocultó a su hijo. Su padre le ocultó la verdad sobre la herencia mafiosa. Nunca le dijeron que era el heredero. Nunca le explicaron por qué su existencia se mantenía tan al margen, vivió en un engaño, creyendo tener una familia distinta a lo que en verdad era.

Se limpió la lágrima con el dorso de la mano. Con brusquedad, de pronto en lugar de tristeza se sentía enojado, resentido.

—¿Estás bien? —preguntó Jungkook, sin quitar la vista del camino, pero apretando suavemente su mano sobre la rodilla de Jimin.

—Sí... solo es el frío. —mintió, y se obligó a sonreír.

Jungkook lo miró de reojo, sonriendo también. Pero notó el brillo triste en sus ojos, y no dijo nada más. A veces, el silencio era el abrazo más fuerte que podía ofrecerse.

—¿Quieres que demos una vuelta más? —preguntó al ver el centro de Zúrich comenzar a quedarse atrás—. Puedo llevarte a ver el puente Mühletheg, donde todos cuelgan candados del amor. Aunque no tengamos uno... podemos improvisar.

—¿Improvisar? ¿Con qué? —preguntó Jimin, interesado.

—Con lo que sea. Un hilo, una pulsera... un botón de tu camisa. Lo que sea que nos recuerde este momento, la noche en la que me dijiste que sí.

Jimin lo miró largo rato, con la mandíbula tensa por la emoción.

—Llévame, Pakhan —susurró con una voz tan baja que casi no se escuchó.

—A la orden, Capo. —Jungkook sonrió, y giró en dirección al casco antiguo.

Mientras el motor ronroneaba en la noche, los dos hombres más temidos de Europa se perdían por las calles suizas. El mundo entero colapsaría en el momento que anuncien ante todos que son pareja.



El puente Mühletheg se alzaba ante ellos. Los candados del amor tintineaban levemente bajo la brisa nocturna, sus formas reflejaban la luz de los faroles antiguos igual a luciérnagas suspendidas en una constelación de promesas pasadas.

Jungkook bajó del coche primero. Rodeó el vehículo, abrió la puerta del copiloto y extendió la mano. Jimin la tomó de inmediato.

—¿Quieres dejar algo aquí que diga "nosotros"? —preguntó Jungkook mientras caminaban hacia el centro del puente, rodeados de miles de historias encerradas en metal oxidado.

—¿Como un candado?

—No tenemos candados aquí, aunque puedo robar uno, pero estaría rompiendo el amor de alguien y no sería tan simbólico.

Se detuvo. Miró su propia camisa oscura debajo de su abrigo, perfectamente abotonada hasta el cuello. Con decisión, llevó los dedos al segundo botón, aquel que cubría justo el corazón y lo arrancó con un gesto firme. Luego alzó la vista hacia Jimin.

—¿Me das uno tuyo?

Jimin, sin decir palabra, hizo lo mismo. Tomó con delicadeza el botón más alto de su camisa y lo separó de la tela, dejándolo en la palma de su mano.

Ambos botones descansaron juntos por unos segundos. Entonces, Jungkook se agachó, inspeccionó el suelo de madera del puente, y entre una rendija encontró un pequeño trozo de alambre delgado, retorcido, oxidado... olvidado. Lo sostuvo entre sus dedos con cuidado y lo alisó lo mejor que pudo.

—Perfecto —susurró.

Unió los dos botones en el centro del alambre, los cruzó como si fueran las dos mitades de un mismo destino, los envolvió con la firmeza de un juramento no pronunciado. Luego alzó la vista y, sin pedir permiso, colocó el pequeño símbolo improvisado en una de las rendijas de la baranda del puente.

—Ya está.

Jimin tragó saliva, emocionado.

—Un botón mío... y uno tuyo.

—Uno sobre tu corazón y otro sobre el mío. Ahora están atados. —Sonrió con ojos brillantes y peligrosos ante de decir—: Para siempre.

—Ese para siempre lo dijiste muy peligroso —dijo Jimin, riendo.

Jungkook se acercó a él con calma, luego tomó su rostro entre las manos y lo besó en la frente, con ternura.

—Jimin... —le tomó las dos manos, uniendo sus frentes bajo la farola del puente—. Si el mundo exige sangre, será la mía antes que la tuya. No tienes idea de lo mucho que me haces sentir, solo tú podrías quebrarme.

—No te voy a quebrar, nunca —susurró Jimin.

El viento sopló con más fuerza, haciendo ondear el alambre oxidado donde los botones ahora colgaban formando un pacto entre dos hombres que harían arder el mundo con tal de que el otro permaneciera en el paraíso.

—Duerme conmigo esta noche —susurró Jungkook.

—¿Primer día de novios y ya quieres follar?

—No te lo digo de esa manera, que morboso eres. —soltó una risa—. Quiero dormir y ya. A tu lado, sintiendo... tu calor.

Después de las risas, condujeron de regreso en silencio.

Jimin iba con la cabeza apoyada contra el vidrio, pero con la mano enlazada con la de Jungkook sobre la consola central. No hablaban, no era necesario. Lo dicho en el puente había sellado un pacto más fuerte que el hierro, más íntimo que la piel.

Cuando llegaron a la villa, lo hicieron sin hacer ruido.

Lucien ya estaba dormido, y Erika también. La casa, en semipenumbra, respiraba quietud. El crepitar de la chimenea en la sala era lo único que rompía el silencio.

Jungkook le quitó la chaqueta a Jimin con delicadeza y lo guió escaleras arriba. Entraron a una de las habitaciones de huéspedes, adornada con tonos oscuros y una cama amplia de sábanas impecables.

Jimin abrió el armario de madera y encontró dos juegos de pijamas de seda cuidadosamente doblados. Una era negra. La otra, azul oscuro.

—Supongo que eres de los que prepara pijamas incluso para dormir fuera del país —bromeó, sin poder evitar una sonrisa.

—Amo dormir bien vestido. Soy Pakhan, no salvaje sin estilo —dijo Jungkook, y ambos rieron.

Se cambiaron de ropa en silencio, dándose espacio. Pero cuando Jimin se giró para ponerse la parte superior de la pijama, sus ojos se quedaron detenidos.

La espalda de Jungkook.

Bajo la luz suave de la lámpara de noche, vio lo que los trajes y la postura siempre firme del Pakhan habían ocultado. Cicatrices largas. Algunas finas y blanquecinas, otras aún levemente rosadas. En forma de cortes de cuchillo. En forma de orificios mal curados.

Después bajó la mirada a sus brazos. Las líneas perfectas de los tatuajes no eran solo arte. Eran camuflaje. En medio del negro y el gris, Jimin reconoció las cicatrices viejas de balas y cuchillas, algunas en zigzag, otras rectas y silenciosas, marcas de tortura.

—¿Qué miras? —preguntó Jungkook, sin darse vuelta.

Jimin se acercó y pasó los dedos, apenas rozando, por una marca sobre la escápula derecha.

—¿Te torturaron?

Jungkook no dijo nada.

Pero su espalda tembló levemente bajo el toque, como si no estuviera acostumbrado a que alguien lo tocara con esa suavidad. Como si cada caricia deshiciera capas que había tardado años en construir.

Se metieron a la cama sin más palabras. La seda fría al principio se fue templando con la piel. Jimin se acomodó de lado, dándole la espalda, pero Jungkook no tardó en abrazarlo por detrás, rodeándolo con un brazo firme y protector, acunando su cintura con la naturalidad de quien ya pertenecía ahí.

—Te dije que me secuestraron varias veces por ser el hijo del Pakhan —susurró Jungkook—. Tu padre, hizo bien en mantenerte alejado de este mundo.

—¿Crees que a Italia...?

Jungkook enterró el rostro en la nuca de Jimin y cerró los ojos.

—También a Italia, incluso a Corvo. Todos en este mundo viven un secuestro alguna vez en la vida.

—¿Yo lo viviré?

—No. —Gruñó—. Jamás lo permitiré.

...

—¿Sabes qué me impresiona? —dijo el omega tras unos minutos, medio dormido ya—. Que me quieras, que eres el hombre más peligroso de Rusia y aún así estoy entre tus brazos sintiéndome en el paraíso.

—Y así se ve el principio del fin —bromeó Jungkook, con una voz tan suave que no parecía de él.

—¿Del fin?

—Del fin de la soledad, patito.

—Maldito romántico encubierto...

Se quedaron dormidos. Uno en brazos del otro, uno con cicatrices en la piel, el otro con cicatrices en el alma...



Awwwww que bonetooooossssss 😊

Espero que te esté gustando, gracias por leer!

Imagen del mis bebés, aunque el Jk casi no se parece wuaaaakkkkkk



[14] *El hijo de Judas*



El foco de luz parpadeaba como si el mismo techo tuviera miedo de lo que ocurría allí dentro. El aire estaba saturado de sangre, sudor y óxido.

Lee Bong colgaba de las muñecas, desnudo de cintura hacia arriba. Su cuerpo era un mapa de cicatrices nuevas. El hueco entre sus labios, donde antes había estado su lengua, escupía babas mezcladas con sangre. Respiraba por la boca, aullaba con sonidos viscosos y guturales que no tenían forma ni sentido.

Frente a él, de pie, Taehyung sostenía una hoja manchada con sangre seca. Los nudillos de su mano libre estaban rotos. A su izquierda, Namjoon mantenía los brazos cruzados, pero su ceño estaba profundamente fruncido. A su derecha, Yoongi afilaba el filo de una navaja con una calma que dolía mirar.

Namjoon, el imponente Mijail, tomó la hoja con una mano cubierta de sangre seca. La leyó en voz alta, asegurándose de que Taehyung y Yoongi escucharan la miseria de aquel hombre moribundo.

"Italia era una puta que seguramente se acostaba con Artyom. Descubrí que contrató un cuerpo médico especializado en partos."

"Estoy seguro de que tuvo un hijo con ese maldito."

"¡Él me la quitó!"

"Por los Bratva perdí mi oportunidad de casarme con la hija del capo, y la oportunidad de pertenecer al Metka."

"¡Pero todos lo sabrán me he encargado de eso!"

Lee Bong rió. Fue más bien un jadeo seco, un gorgoteo inhumano que erizó la piel de los tres mafiosos. Escupió sangre hacia el suelo, alzando la mirada hacia Namjoon como si esperara piedad. Como si aún creyera que tenía dignidad.

—Putra madre... —gruñó Namjoon, apretando la hoja hasta arrugarla—. ¿Así que por esto organizaste la traición a Los Cosa Nostra? ¿Por celos? ¿Por ambición?

Lee Bong soltó otro ruido, una burla ahogada.

Taehyung lo miró con los ojos encendidos por una furia helada.

—No fuiste digno ni de pertenecer a los nuestros. —Su voz era baja, oscura.

Yoongi finalmente alzó la vista.

—Tanta porquería solo para querer acostarte con la hija del capo. —Se acercó—. Por querer pertenecer al Metka, por celos sin sentido.

Bong hizo un gesto con la cabeza, una sacudida brusca. Nadie entendió si fue un no o un sí. Ya no importaba.

Taehyung tomó la barra de hierro apoyada en la pared. La levantó con una sola mano. El golpe retumbó en la habitación cuando se estrelló contra las costillas de Bong. Luego vino otro. Y otro.

Namjoon lo sostuvo por el cabello, acercando su rostro al suyo:

—¡Por tu culpa murió una querida amiga! ¡Traidor de mierda!

Yoongi desenfundó su navaja, clavándola con lentitud en el muslo de Bong. La retorció con una frialdad que solo le daban sus años dentro de la mafia.

El traidor intentó gritar, pero solo salió un vómito de sangre.

—Yo no me arrepiento de esto —murmuró Yoongi—. Perdí a Italia y a mi tío Luca por culpa de este imbécil y también intentó llevarse a mi primo, por fortuna ahí estaba Artyom de lo contrario se lo habría llevado.

—Quiero matarlo —Taehyung soltó la barra, que cayó con un golpe al suelo.

Namjoon retrocedió, jadeando.

—Terminemos con esto.

Yoongi asintió.

—Va a enojarse cuando se entere de que lo matamos, pero dice pura estupidez. Su existencia me da asco.

Y sin decir más, Taehyung le rompió el cuello de una sola patada. Seca, silenciosa y final.

El cuerpo de Bong quedó colgando, inerte. Su cabeza colgaba a un ángulo imposible.

Namjoon dobló la hoja con la confesión cuidadosamente. No era respeto, era para archivarla como prueba para Jungkook y Jimin.

—Siento el aire más limpio —dijo Taehyung sin emoción.

—Sí —respondió Yoongi apagando su cigarro en el suelo—. Que las panteras se traguen lo que quedó.

Y se alejó primero. La puerta chirrió al abrirse, dejando que el frío del pasillo se colara en la sala de tortura. La luz parpadeó detrás de él. No dijo nada más. Simplemente se marchó.

Taehyung lo siguió.

Caminó tras él por el pasillo subterráneo, sin hablar al principio, observando su espalda estrecha, el cuello cubierto por la bufanda negra, los pasos firmes que no vacilaban a pesar de todo lo que acababan de hacer.

—Yoongi... —dijo al fin—. Lamento la muerte de Italia.

El otro se detuvo. Lentamente se giró, con la mandíbula tensa y la mirada oscura.

—¿En serio? Esperaste mucho para darme las condolencias —respondió con tono cortante y seco.

Taehyung tragó saliva.

—No sabía cómo acercarme a ti... no después de que me comprometieran con Shān Hǔ.

El silencio entre ambos era denso, áspero, pero a pesar de la incomodidad habían esperado meses para tener esa conversación, es que ninguno de los dos se atrevía a dar el primer paso

para comunicarse.

Yoongi entrecerró los ojos, dolido pero no sorprendido.

—Bien. Condolencias aceptadas —murmuró al fin, girándose para seguir caminando.

Pero Taehyung lo sujetó del brazo.

Lo jaló con fuerza, empujándolo contra la pared. El cuerpo de Yoongi chocó con el concreto, quedando a centímetros del rostro de Taehyung, que respiraba con los labios entreabiertos, los ojos brillantes, escaneaba los de Yoongi.

—No lo hago porque quiera —susurró con voz rasposa—. Sabes cómo es esto...

—Tu hermano es el nuevo Pakhan —le interrumpió Yoongi, con voz firme—. Dile que rompa ese trato. Eso si es que tienes pelotas como para luchar por lo nuestro.

El brillo que cruzó los ojos de Taehyung fue salvaje, pero vulnerable.

—Yoongi...

—¿O es que tienes miedo de que el líder de las Triadas te mate así como mataron a mi prima por romper su compromiso? ¿Es eso? ¿O es que no me amas lo suficiente para correr ese riesgo?

Taehyung apretó los dientes, respiró hondo... y lo besó.

Fue un beso desesperado, húmedo, lleno de deseo y algo parecido al arrepentimiento. Los labios de Yoongi se abrieron un instante, por un segundo pareció que iba a responderle, pero solo le puso una mano en el pecho para apartarlo.

No lo empujó, se quedó quieto mirándolo.

—Yo te protegería, Sergei. —Exhaló—. A Italia no pude hacerlo porque ella no nos decía muchas cosas.

Taehyung asintió, derrotado.

—Te lo juro... haré que rompan ese compromiso. Aunque tenga que arrodillarme ante mi hermano.

Yoongi dio media vuelta, sin decir más.

Pero justo antes de perderse en la penumbra del pasillo, su voz retumbó suave.

—Más te vale. Porque soy capaz de asistir a tu boda para matarte, sino es conmigo, no es con nadie, ¿entiendes?

Taehyung sonrió.

Namjoon, que venía alejado en el pasillo los escucho y colocó ambas manos en los hombros de su hermano.

—Jungkook no va a dejar que rompas el compromiso, sabes que no te arriesgaría. La muerte de Italia le afectó.

—Amo a Yoongi, hermano. No sabes cuánto...

—El amor nos hace débiles, Tae. —Le dio un par de palmadas fuertes en la espalda—. ¿Qué sucede estos días con los Bratva? Tanto tú como Jungkook andan enamorándose de italianos.

—¡Lo mío con Yoongi es amor real, Jungkook acaba de conocer a Jimin, no es lo mismo!

—Entonces ruégale a nuestro hermano que te deje estar con él. —Encorvó los hombros y avanzó hacia la salida.



Jimin despertó despacio, envuelto en las sábanas de seda oscura que aún conservaban el perfume de la noche anterior. Se giró sobre su costado, buscando instintivamente el calor de Jungkook... pero el otro lado de la cama estaba frío.

Parpadeó un par de veces, perezoso. Se incorporó, se frotó los ojos, se puso una bata calentita encima del pijama de seda, y salió de la habitación con pasos lentos, guiado por el tenue aroma a pan tostado y chocolate caliente que se extendía por toda la villa.

Bajó las escaleras, deteniéndose en seco al llegar al umbral del comedor.

La escena que se desarrollaba frente a sus ojos era tan sencilla, pero tan poderosa, que le estrujó el corazón.

Jungkook estaba sentado con Lucien a su lado, ambos inclinados sobre la mesa, compartiendo una hoja de papel grande que ya estaba manchada de crayones, rotuladores y trozos de cereal aplastado. Jungkook tenía el pijama sin abotonar del todo, el cabello recogido en una coleta baja y un par de anteojos que jamás le había visto. Sostenía un crayón rojo con absoluta seriedad, dibujando un dragón con una sonrisa torcida.

Lucien, con una pijama de caramelos, lo miraba fascinado.

—¡Ese dragón tiene músculos! —dijo el niño riendo.

—Claro que sí. Es un dragón ruso, come sopa de remolacha y hace flexiones todos los días —respondió Jungkook con voz grave, imitando un tono de documental.

—¿Y qué es esto? —Lucien señaló un trazo irregular.

—Esa es su cicatriz. Un dragón fuerte siempre tiene una historia.

Lucien asintió, comprendiéndolo todo.

Jimin sintió que algo le apretaba la garganta. Se quedó en silencio, observando, sin querer interrumpir.

—Buenos días —dijo finalmente, con voz baja.

Ambos se giraron a mirarlo. Lucien fue el primero en levantarse de la silla.

—¡Tío Jimin! ¡Mira lo que dibujamos!

Corrió hacia él con la hoja en alto, tropezando un poco con sus pantuflas. Jimin se agachó para recibirlo en un abrazo y miró el dibujo: un dragón musculoso, un pequeño dragón bebé con gafas, y dos figuras humanas que estaban claramente inspiradas en ellos mismos. Incluso habían puesto su nombre al pie del papel, junto con un sol sonriente.

—Es perfecto —susurró Jimin, sonriendo.

Jungkook se acercó con una taza de café en mano.

—Te dejamos dormir un poco más. Lucien se despertó temprano, quería dibujar... y bueno, quise aprovechar este ratito con él.

—Gracias por no despertarme —dijo Jimin, mirando de nuevo al dibujo.

—¿Tienes hambre? Hay panecillos de miel y Erika dejó frutas picadas.

—Sí.

Pero no se movió. Siguió allí, con Lucien abrazado a su pierna y el corazón palpitando lento, feliz, lleno.

Nunca pensó que una escena tan doméstica lo desarmaría de esa manera.

El resto de la mañana transcurrió entre risas, charlas tranquilas y migas de pan por el suelo. Lucien hizo que los dos adultos se sentaran en la alfombra del salón para jugar con piezas de construcción, insistiendo en construir una fortaleza para su dragón musculoso. Jungkook, con la seriedad de un arquitecto experto, ayudó con las murallas mientras Jimin añadía ventanas en forma de corazones.

Al mediodía, Erika preparó albóndigas de carne con papas doradas y una sopa ligera, que los tres comieron en la terraza, envueltos en mantas, mientras la nieve comenzaba a caer suavemente en el jardín. Lucien hablaba sin parar, contando anécdotas de su escuela, sus sueños de ser astronauta, mago, dragón (todo al mismo tiempo) y lo mucho que deseaba tener un perro.

—Pero papá dice que los perros hacen popó por todos lados —dijo, arrugando la nariz.

—También hacen compañía —contestó Jimin con una sonrisa—. Y son leales.

—Como Lupus y Mirabella —dijo Jungkook, asintiendo—. Aunque ellos no hacen popó... como los demás y no son precisamente perros, son lobos. Algún día tendrás tu propio lobo, Lucien.

Lucien rió a carcajadas.

Luego pasaron la tarde dentro, viendo una película de dibujos animados y preparando chocolate caliente. Lucien, acurrucado entre los dos, terminó dormido con la cabeza en el regazo de su padre, mientras le acariciaba suavemente el cabello.

Ninguno de los dos quería moverse. El momento era demasiado perfecto para romperlo.

Pero el atardecer llegó sin permiso.

Y con él, el inevitable momento de despedirse.

Lucien bajó corriendo las escaleras una vez más, con su mochila a medio cerrar y un peluche en la mano. Al ver a Jungkook cerca de la puerta, soltó el muñeco y lo abrazó fuerte por la cintura, enterrando la cara en su abdomen.

—Papi... no quiero que te vayas —dijo con un hilo de voz.

Jungkook le acarició la cabeza con ambas manos, conteniendo el nudo en la garganta que lo amenazaba desde la mañana.

—No voy a tardar —susurró, agachándose a su altura—. Te lo prometo, Lucien. Pronto vendré a verte, cuando menos lo esperes, estaré aquí de nuevo.

—¿Lo prometes? —murmuró el niño, con los ojos brillosos.

—Te lo juro por el dragón musculoso. —Jungkook sonrió—. Por todas sus flexiones y por cada escama en su cuerpo.

Lucien soltó una risita llorosa.

—Te amo, papi.

—Y yo te amo más, mi pequeño sol. Siempre.

Lucien lo abrazó con fuerza, como si su cuerpecito pudiera retener a Jungkook solo con voluntad. Jimin se agachó a su lado y también lo rodeó con los brazos, apoyando la frente en la del niño.

—Te quiero mucho, Lucien. Me hiciste sentir en casa —susurró.

—¿Vas a volver con papá?

—Claro que sí. No podría estar lejos de ti.

Lucien asintió, respirando hondo como los adultos hacen cuando no quieren llorar.

Erika apareció en el umbral, con un abrigo en la mano y ojos discretamente humedecidos.

—Vamos, cariño. Despidámonos bien para que tu papá y tu tío lleguen con cuidado.

Lucien abrazó una vez más a Jungkook y luego a Jimin, antes de meterse en casa con pasos lentos y la cabeza agachada.

Cuando se cerró la puerta, Jimin notó que Jungkook no se movía.

—¿Estás bien?

—No. —Suspiró. Su voz era baja—. Pero esto es lo correcto. Él tiene su mundo aquí... seguro, tranquilo. No quiero mancharlo con el mío.

—Crecí lejos de esto y mírame ahora... Soy todo un inexperto. Podrías,

—No. —Jungkook apretó la mandíbula—. Es mejor que esté lejos de todo esto.

Después tomó la mano de Jimin, guiándolo hasta el coche, con la nevada cayendo suave sobre sus hombros.

Lucien los miraba desde la ventana del segundo piso. En sus manos tenía el dibujo del dragón con los cuatro nombres al pie del papel: Lucien, Jimin, Jungkook y el dragón ruso.

Y sonrió porque sabía que su papá siempre volvía, lo esperaría pacientemente.



El convoy llegó a la mansión de los Nostro bajo un cielo encapotado, invadido de una tensión que parecía adivinar lo que estaba por ocurrir. La entrada principal se abrió con solemnidad mientras la limusina se detenía en frente a la escalinata.

Jimin descendió primero, seguido por Jungkook. Lucía impecable, igual que un emperador de mármol recién cincelado. Su mirada estaba fija en el grupo de hombres que lo esperaba: Taehyung, Namjoon, Yoongi... alineados como estatuas de guerra.

Taehyung fue el primero en hablar, con voz templada:

—Bienvenidos de nuevo, Capo. Pakhan.

Jimin no respondió enseguida. Caminó hacia ellos con pasos lentos y pesados. Jungkook lo seguía en silencio, hasta que Namjoon se adelantó y le entregó una carpeta gruesa con un sello de los Bratva.

—Todo lo que conseguimos de Lee Bong antes de su muerte está aquí.

—¿Qué dijiste? —La voz de Jimin fue tan baja que apenas se escuchó. Sus ojos eran dos dagas de hielo.

Namjoon entrecerró los suyos.

—Murió. Fue necesario.

—¿Lo mataron?

—Sí —respondió Yoongi con voz seca—. No tenía lengua y aun así consiguió escupir suficientes verdades. Su confesión está escrita. No hacía falta más.

Jimin le quitó la carpeta a Jungkook, se la arrebató, después la abrió. Sus ojos recorrieron las frases como si cada palabra le clavara una aguja en el pecho:

"Italia era una puta que seguramente se acostaba con Artyom..."

"Estoy seguro de que tuvo un hijo con ese maldito..."

"¡Él me la quitó!"

"Por los Bratva perdí mi oportunidad de casarme con la hija del capo, y de pertenecer al Metka"

"¡Pero todos lo sabrán, me he encargado de eso!"

Jimin levantó la vista, sus pupilas dilatadas por una furia silenciosa que no podía ocultar. Cerró la carpeta con un chasquido, regresándosela a Jungkook, quien la abrió para ver el contenido.

—¿Y decidieron matarlo sin mi permiso? ¿Sin que yo lo viera a los ojos? —El silencio cayó como un látigo entre todos los presentes—. ¡Ese hombre merecía vivir el resto de su vida arrodillado, sin lengua, sin ojos, sin uñas! ¡Merecía sufrir hasta que me rogara matarlo! —gritó, y antes de que alguien pudiera reaccionar, levantó la mano y abofeteó a Yoongi con fuerza.

El sonido fue brutal. Se escuchó entre la piedra y el silencio. Yoongi giró el rostro por el impacto, pero no retrocedió ni un centímetro.

Un murmullo comenzó entre los guardias. Taehyung dio un paso al frente, con la expresión rígida.

—¡Capo! No lo sabíamos. Él lo...

Pero Namjoon extendió una mano firme y se la posó en el hombro. Lo contuvo.

—Sergei, no —murmuró, sin apartar los ojos de Jimin—. El Capo tiene derecho.

Taehyung apretó los dientes, pero asintió. Se quedó inmóvil.

Yoongi levantó la mirada hacia Jimin. Su mejilla comenzaba a enrojecer, pero su orgullo seguía intacto.

—Lo maté porque me quitó a Italia. Porque por su culpa, ella no pudo llegar a la vejez. Porque nos traicionó a todos y porque me envenenaba tenerlo respirando el mismo aire que

nosotros.

—Ese no era tu castigo que impartir —susurró Jimin, con voz fría—. Era el mío. Él nos arrebató a Italia. Me arrebató a mi hermana. ¡Mi gemela! Su lobo se vinculó conmigo, por unos momentos claro, pero lo hizo. ¿Sabes por qué? ¡Porque el amor que había entre Italia y yo jamás podrá ser suplantado y mucho menos igualado! A nadie en esta habitación le duele más la muerte de Italia que a mí y si pudiera retroceder el tiempo para entregar mi vida en lugar de la de ella; lo haría.

»Te di una orden y me robaste el derecho de hacer justicia con mis propias manos.

Jungkook colocó una mano en la espalda de Jimin, intentando calmarlo con ese gesto.

—¿Sufrió por lo menos? —cuestionó el Pakhan.

—Lo torturamos dos días seguidos —contestó Namjoon—. Después se lo dimos de comer a las panteras.

—¿Ustedes dos estuvieron en la ejecución? —cuestionó Jungkook.

—Italia... Sabes que la apreciábamos —contestó Taehyung.

—Sí la apreciaban tanto debieron evitar que muriera en aquel aeropuerto y no robarme el derecho de hacer pagar a ese cabron —dijo Jimin, llevándose la mano al entrecejo—. Agradece que llevas mi sangre, Corvo. De lo contrario te habría matado en este instante. Y ustedes dos... —Señaló a Taehyung y Namjoon—. Agradézcan que llevan la sangre del Pakhan corriendo por sus venas.

Todos se quedaron en silencio unos segundos.

—¿Podemos hablar en privado? Me refiero... Sin los hombres, nada más nosotros cinco —pidió Namjoon. Pasando la mirada hacia Jungkook, luego hacia Jimin.

—Vamos a mi oficina —dijo Jimin, siendo el primero en avanzar.

Jimin entró sin decir una palabra, seguido por Jungkook, Taehyung, Namjoon y Yoongi, este último cerró la puerta con un movimiento lento y silencioso. Después caminó hasta el escritorio de Jimin, se acomodó tras él con una solemnidad imperial, y esperó.

Namjoon fue el primero en hablar. Dejando sobre la superficie pulida de caoba un pequeño saco de tela rústica, amarrado con un cordel ennegrecido por la sangre seca.

—Lo encontramos en una de las casas de Lee Bong, escondido bajo el altar de su habitación personal.

Jimin lo observó, pero no lo tocó.

—¿Qué es?

Namjoon soltó el aire por la nariz, y con lentitud, desató el cordel, volcando el contenido sobre la mesa.

Treinta monedas de plata rodaron sobre la madera con un tintineo. Algunas estaban oxidadas, manchadas, marcadas con símbolos religiosos grabados a mano. Una de ellas tenía una gota reseca de lo que claramente era sangre humana.

—Treinta monedas —murmuró Jungkook, oscuro—. Las de Judas.

—Así es —confirmó Namjoon—. Estaban etiquetadas. "Por tu traición", eso dice la nota que viene con ellas.

—Se las robó a mi padre en el tiroteo, cuando intentabas ayudarlo, ¿verdad? —Jimin miró a Jungkook a los ojos.

—No exactamente. —Los labios del Pakhan eran una línea fina—. Hay muchas cosas por explicar, pero no tengo idea de cómo comenzar. Necesitamos hablar tú y yo en privado otro par de horas más.

—Papá compró esas monedas para mí y para Italia... —dijo en voz baja—. Dijo que quince serían para ella y otras quince para mí.

Yoongi permanecía en silencio, sin apartar los ojos del escritorio. Taehyung mantenía los brazos cruzados, tenso, al lado de Jungkook.

Namjoon continuó:

—Hay algo más.

Sacó una carpeta diferente de su saco interior y la deslizó sobre el escritorio. Estaba cerrada con un clip de acero. Jungkook la abrió mientras Jimin se recostaba ligeramente hacia atrás.

—El rumor... sobre Italia —dijo Namjoon con tono grave—. Sobre que tuvo un hijo con Artyom Terasov. Se está esparciendo por toda Europa como pólvora. En los círculos bajos y también en los altos.

—¿Quién lo está difundiendo? —preguntó Jungkook claramente molesto.

—Al parecer Lee Bong dejó eso como mandato por si era atrapado —dijo Yoongi—. Es lo que interpreto de su última línea escrita.

—Uno de los suyos se refugió en Marsella y lo dijo en un burdel... y de ahí llegó hasta Berlín, luego hasta Moscú —comentó Namjoon.

—Y Padre llamó esta mañana —dijo Taehyung, tenso—. Preguntó si era cierto. Dijo, y cito, "Si la sangre de mi hijo fluye en alguien más, tengo derecho a saberlo".

—¿Dónde está padre ahora mismo? —preguntó Jungkook notoriamente nervioso. Sus hermanos lo notaron.

—Mmm, se supone que en casa con mamá —contestó Taehyung.

—Me refiero a los rastreadores. ¡Rastréalo ahora! —gritó golpeando la mesa.

Jimin era el único en esa habitación que sabía porque Jungkook se había puesto de esa manera. Era por Lucien, no quería que lo encontraran.

Namjoon comenzó a teclear en su dispositivo de inmediato. Después dijo:

—Parece que está en... Suiza.

Las pupilas de Jungkook se dilataron.

—Lo sabe —dijo Jimin al ponerse de pie, y Jungkook se sentó en el asiento con la mirada vacía.

—¿Qué es lo que sabe? —cuestionó Yoongi.

Jimin rodeó el escritorio, parándose frente a Jungkook que estaba pensando qué hacer ante la situación. Que se maldecía por haber descuidado a Lee Bong, que se maldecía por haber dejado a Lucien solo porque aunque tomara un vuelo de inmediato no alcanzaría a llegar.

—Jungkook... —Jimin colocó la mano encima de su hombro.

—Estoy pensando mi siguiente movimiento, espérame —contestó con voz profunda y Jimin asintió.

—¿El rumor de tu hijo con Italia es cierto? —preguntó Namjoon.

Jungkook exhaló luego de un largo rato y asintió con la cabeza.

—¿Recuerdan el viaje a Francia hace cinco años? Me embriague porque Francia es aburrido...

—¿Follaste con ella borracho? —preguntó Taehyung y Jungkook lo miró furioso.

—¡No! —gritó—. Ella insistía en que tenía un hermano Lupus, Corvo le decía que se callara, que dejara de decir eso. Yo creía que era un Alfa Lupus igual que yo.

»Después dijo que quería saber si se podía engendrar con inseminación artificial del vientre de un lupus y el vientre de alguien no lupus.

—Dijo que ella era una alfa... —masculló Yoongi, recordando—. Qué tal vez un alfa lupus podría embarazarse a una alfa con ayuda de la ciencia y que si eso era posible entonces Jimin podría ser embarazado por algún alfa, o embarazarse a alguna omega.

—Les di de mi esperma, no creí que fuera a hacerlo. Se lo di... Porque estaba medio borracho.

—¿Medio? Si hablas de la noche en Francia en la que tomamos en el hotel e hicimos un escándalo te lleve cargando hasta tu habitación —dijo Namjoon.

—Yo tampoco creí que lo dijera en serio —murmuró Yoongi—. ¡Por eso se fue de vacaciones durante un año! Fue cuando te fuiste a esa academia en New York —le dijo a Jimin.

—Lo sé, ya hice las cuentas —contestó Jimin—. ¿Qué haremos?

—Esperen, ¿tengo un sobrino? —preguntó Taehyung.

—No, —Jungkook se puso de pie—. Yo tengo un hijo.

—Eso es lo mismo —masculló.

—Artyom me debe prácticamente la vida, me cubrirá, créeme primito —soltó Yoongi al avanzar hacia Jungkook—. Eso dijo Italia cuando mató a esos Yakuzas y al agente de la DIA un día antes de su muerte.

»También dijo que tenía trato con los Bratva, que ellos le cubrirían esa travesura, pero se refería a ti.

—Esos Yakuzas descubrieron la identidad del hermano de Italia y descubrieron junto con Lee Bong que ella y yo viajamos juntos un par de ocasiones. Una hace cinco años, cuando se recuperó de su cuarentena y otra hace tres años, fuimos juntos porque Lucien enfermó.

—¿Su nombre es Lucien? ¿Tú lo nombraste? —preguntó Namjoon.

Jungkook no contestó.

—Comencé a desconfiar de ti porque ella confiaba ciegamente y murió —Yoongi dio otro paso hacia Jungkook—. Pero tú nunca la traicionarías, ni a ella... Ni a nadie en esta habitación.

—Italia era mi amiga, Corvo —Exhaló—. Y me dio un hijo. No tuvimos nada sentimental, saben que ella adoraba cazar omegas y dominarlos.

Todos rieron, menos Jimin que estaba atento a la conversación.

—Las treinta monedas son una fachada, todo esto... Los infiltrados entre mafia, las muertes, la ruptura de pactos fue para proteger lo único inocente que teníamos en común.

—No creo que hayan sido una fachada —dijo Jimin, tomándolas entre sus manos—. Papá amaba las analogías, por algo las compró... Por algo quiso dárnoslas como obsequio de cumpleaños. —Los ojos de Jimin brillaron al ver la caligrafía de la nota que estaba en la bolsa de monedas "Por tu traición"

Jimin no conoció a su padre como mafioso, le mintió siempre, pero... Esa letra. Comenzó a abrir cajones en silencio, uno a uno, hasta encontrar distintas notas antiguas de Luca Nostro, leyéndolas todas, comparando la caligrafía y soltando una lágrima que limpió de inmediato al caer en cuenta de que era exactamente la misma.

—Es la letra de mi padre.

—¿Crees que el tío Luca descubrió el secreto de Italia antes de morir? —preguntó Yoongi.

Jimin apretó la quijada, después miró a Jungkook directo a los ojos.

—En el lago, mientras veíamos a los patos me contaste que mataste un lobo, me dijiste que ese lobo era el padre de Lupus y que aún así él lobo te eligió como su acompañante.

»Después me preguntaste que si yo te elegiría si hubieras matado a mi padre. —Los ojos de Jimin se llenaron de lágrimas—. Lo hiciste, mi padre descubrió el secreto de Italia y lo mataste. No lo encontraste muerto, ¡tú lo mataste! —Jimin gritó.

Jungkook se talló el rostro.

Todos en la habitación contuvieron la respiración hasta que Jungkook habló:

—Italia me lo pidió.

—¡Ella jamás haría eso! —Jimin gritó, en ese momento Yoongi ya tenía la mano encima de su arma, al igual que Namjoon y Taehyung.

—Todos los mafiosos querían las monedas de Judas porque Luca Nostro, tu padre comenzó a decir que quien las tuviera mantendría alejados a sus enemigos. Después en la subasta fue él quien las compró. ¿Por qué las monedas de la traición?

»Italia me llamó por teléfono la madrugada de su cumpleaños. Estaba llorando, aterrada porque decía que algo en la voz de tu padre no le gustaba, que había decidido obsequiarles las monedas de Judas y que le dijo que se despidiera de ti porque iría a un viaje del cual nunca volvería.

—Papá no haría algo así. Él nos adoraba.

—Nos reunimos esa mañana, aquí en un restaurante a las afueras de Italia. Tu padre nos dijo que encontró la ubicación de Lucien y le pidió a Italia que se casara conmigo, ella no accedió, yo tampoco. Un hombre poderoso no es doblegado ni mandado por nadie y yo ya era el Pakhan, no obedecería al Capo de Italia y no permitiría que me chantajeara con la vida de mi hijo.

»Tu padre le ordenó a Italia que matara a Lucien para que cumpliera con su compromiso con Lee Bong. Italia jamás mataría a su propio hijo, era despiadada, pero no era un monstruo.

»Discutimos, tu padre abofeteó a Italia, ella le regresó el golpe.

»Y yo maté a Luca Nostro. —Dio un paso hacia Jimin—. Le disparé de manera certera en la frente. A él y a sus hombres, excepto a Lee Bong que logró escapar con las monedas. Fue en ese momento que Italia fue por ti para llevarte a mi mansión, para nombrarte el nuevo Capo y en el aeropuerto... Ella murió.

—¡No te creo! —Jimin gritó—. ¡Me niego a ser el puto hijo de Judas!

Jungkook tomó a Jimin de las muñecas con fuerza.

—No miento, te lo juro y ahora lo que más me importa es Lucien porque mi padre está en Suiza y no va a rendirse hasta que sea reconocido como un Bratva. No quiero que mi hijo tenga el mismo destino mío y de mis hermanos. Créeme, no es bonito crecer siendo parte de la mafia.

—Lo mataste... A mi papá y después me consolaste por su muerte.

—Lo hice, no te lo estoy negando, te lo estoy confesando.

—Estás conmigo por remordimiento.

—No. Yo no me arrepiento de matar, Jimin. —Le acarició la mejilla—. Acéptame con mis pecados o recházame, pero lo que decidas no hará que deje de quererte y de luchar por ti.

El teléfono de Jungkook comenzó a vibrar dentro de su pantalón. Al sacarlo la llamada entrante iluminaba la pantalla: "Padre".

Todos seguían en silencio. Jungkook lo miró, respirando hondo, sintiendo que con cada segundo que tardaba en contestar pudiera contener la avalancha de caos que estaba por llegar.

—No contestes —ordenó Jimin.

Pero Jungkook no apartó la mirada de la pantalla. El zumbido cesó. Un segundo después, volvió a vibrar. El nombre seguía ahí, igual de implacable.

Namjoon dio un paso hacia atrás, colocándose discretamente entre Taehyung y Jungkook. Los tres tenían la misma tensión escrita en el rostro: no era solo una llamada, era la declaración de que la caza había comenzado.

—Si no contesto, irá tras Lucien de inmediato —dijo Jungkook en un susurro ronco.

—¿Y si contestas? —preguntó Jimin—. Está en Suiza, ya sabe dónde está.

—Si contesto... me reta a que vaya por él —respondió Jungkook—. Y yo voy a ir.

Jimin negó con la cabeza, entre lágrimas de rabia. Arrebatándole el teléfono y colocándolo en la mesa, después golpeó el pecho de Jungkook, una, dos, tres veces, como si pudiera desenterrar la traición de su carne.

—¡No vas a Suiza! ¡No lo vas a entregar! —escupió, su voz quebrada—. ¡Amenázalo con cualquier cosa, yo lo amenazaré, soy el Capo di tutti capi!

—No pienso entregarlo, Jimin. —Jungkook sujetó su muñeca, respirando apenas—. Pienso matarlo si se atreve a tocarlo. —Sonrió—. Y te dije que dijeras quién eres, no hace falta que lo digas, demuéstalo.

El teléfono seguía vibrando. La luz parpadeaba sobre las monedas de Judas, lanzando destellos sucios que parecían latir como un corazón podrido.

Taehyung se pasó la lengua por los labios, tenso.

—Si Kang Terasov sabe del niño no se detendrá hasta tenerlo y hacerlo parte de la Bratva.

—Su voz era baja, casi resignada.

—Escúchame, Capo —dijo Namjoon con frialdad, acercándose a Jimin—. Es nuestro padre, lo conocemos y hacer lo que Jungkook pida es lo más conveniente.

Jimin abrió la boca para protestar, pero Jungkook deslizó la mano por su nuca, sosteniéndolo, forzándolo a mirarlo a los ojos.

—No me odies —pidió, tan bajo que solo él pudo escucharlo—. Por matar a tu padre, lo hice para proteger a Lucien, y te juro que lo mismo haré con cualquiera que intente lastimarlo.

»Si tengo que matar a mi padre, también lo haré. ¡Espero que todos aquí lo entiendan! —gritó eso último para que sus hermanos entendieran.

El teléfono vibró una última vez.

Y Jungkook contestó.

—Padre.

Hubo un silencio. Lo que escucharon los demás fue solo un murmullo áspero, la voz de un fantasma viejo que hablaba desde el otro lado del mundo.

Jungkook tragó saliva, contuvo su furia bajo la máscara de un hijo obediente.

—Sí, sé dónde estás... —Su mirada se movió hacia Jimin—. ¿Qué quieres?

Otra pausa. Una risa seca, apenas perceptible, salió de la bocina.

—No te atrevas... —murmuró Jungkook, su puño libre crispándose sobre el escritorio, casi hundiéndolo.

El viejo habló algo más, apenas un rumor, pero alcanzó a escucharse: "Ven a abrir, o hago explotar el lugar."

Los ojos de Jungkook se oscurecieron como un pozo sin fondo y colgó.

—Va por él, ¿cierto? —susurró Taehyung.

Jimin apenas respiraba. Tenía las monedas de Judas en la mano, y esta vez no las soltó.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Namjoon.

Jungkook levantó la mirada. Su voz salió cortante, afilada al igual que un disparo:

—La villa tiene una zona segura subterránea que no se abre a menos que yo vaya. Los empleados saben que si va alguien que no sea yo deben correr a esconderse junto con Lucien. Eso hicieron, mi padre está afuera, esperando a que vaya a abrir.

»Pero antes de ir, voy a cerrar todas las salidas de Suiza. Voy a sacar a Lucien esta misma noche y voy a arrancarle la garganta a mi padre si lo toca. —Se giró hacia Jimin, tan cerca que sus respiraciones se mezclaron—. Dime que vas conmigo —dijo Jungkook, con la voz apenas quebrada—. Dime que no me dejas solo en esto.

Jimin lo miró. Tenía el corazón hecho trizas, la traición todavía abierta como una herida sin cerrar. Pero Lucien también tenía sangre Nostro en las venas, y la familia era una maldición de la que nadie escapaba. Además, era el hijo de Italia, su gemela y de Jungkook, su novio Pakhan asesino.

Lentamente, colocó la bolsa con las monedas sobre la mesa, soltándolas de nuevo.

Y levantó la barbilla.

—Ve a preparar el jet —ordenó—. Porque si Kang Terasov pone un dedo sobre mi sobrino, no quedará ni un puto hueso que enterrar.

—¿Y ustedes? —les preguntó a Taehyung y Namjoon.

—Yo estoy contigo, papá ha sido duro con nosotros y no quiero el mismo destino para tu hijo, pero tendrás que presentármelo alguna vez —dijo Taehyung.

—Sí matas a papá le haremos un glorioso funeral, ¿de acuerdo? —preguntó Namjoon—. Estoy contigo, eres mi hermano... y mi Pakhan.

—¿Lupus está en Italia como ordené?

—Sí —contestó Namjoon.

—Lo llevaré conmigo, todos deberían llevar a sus lobos. Los van a necesitar. Y tú —Miró a Jimin a los ojos—. Mantente en un lugar seguro, siempre atrás, por favor.

—Preocúpate por tu hijo, mis hombres se preocuparán por mí —dijo con voz dura, después suavizó la mirada—. Estaré bien.

—Mijail, comunícame con el Metka. Haré una petición.

—¿Qué?! —cuestionó Jimin.

—Son nuestros aliados, ¿no? Pues que sirvan de algo.



;;;Actualización de miércoles!!!!

Yeeeeiiiiii 🤔

Bueno, siento que fueron demasiadas cosas en este capítulo. Pero al Jimeno le hace falta sacar su carácter Lupus, échale papiiii explota, mátalos a todossssss

[15] *Solo per me*



La villa emergía entre la nieve igual a un secreto maldito, arropada por un silencio denso que presagiaba muerte. Bajo la luz de la luna suiza, tres bandos se alineaban como placas tectónicas a punto de chocar: Quinientos hombres de Kang Terasov, el antiguo Pakhan. Quinientos de Jeon Jungkook, su heredero, su propia carne rebelde. Quinientos del Capo Nostro, Park Jimin, Capo Di tutti Capi, que estaba por mostrar su valía.

Los lobos, junto con sus hombres, decenas de ellos, acechaban entre filas: pelajes blancos, grises, negros, gargantas vibrantes de gruñidos. El vapor de sus fauces se mezclaba con el humo de los rifles listos para detonar la noche.

La puerta de la limusina se abrió. Jungkook fue el primero en descender. Su abrigo negro ondeaba como un estandarte de guerra. A su costado, Lupus, el monstruo nacido para matar y morir a su lado, lo seguía sin correa, un fantasma de colmillos y músculo.

Un paso detrás, Jimin emergió. Impecable. Su abrigo de lana oscura y guantes de cuero parecían tragarse la luna entera. Mirabella, su loba, se mantuvo tan pegada a su pierna que casi podía sentir su respiración contra la pantorrilla.

Namjoon, Taehyung y Yoongi se posicionaron como sombras a su espalda, sus manos cerca de las armas, ojos clavados en la línea de los hombres de Kang.

Frente a ellos, Kang Terasov, el antiguo emperador de un imperio de hierro, esperaba sobre la escalinata. El viento le agitaba la barba gris y el abrigo de cuero curtido. A sus pies, su lobo personal: un demonio gris, cicatrizado, con ojos muertos que parecían no mirar nada... salvo la garganta de quien se atreviera a cruzar la línea.

Jungkook avanzó. Cada paso se hundía en la nieve, cada paso era un juramento grabado en la tierra.

—Padre —dijo, sin emoción, solo plomo.

—Pakhan —contestó Kang, escupiendo la palabra como veneno—. Aún tienes la lengua para pronunciarlo después de ocultar lo que es mío.

Jungkook inspiró por la nariz. La furia dormía detrás de sus ojos, pero aún no mordía.

—Estoy aquí para hablar —respondió. Lupus gruñó bajo—. No para derramar sangre.

Kang rió, la carcajada raspó la noche como vidrio roto.

—Habla, entonces. —Se inclinó hacia adelante—. Devuélveme lo que me pertenece.

Jimin avanzó un paso, colocándose hombro con hombro junto a Jungkook.

—El niño no es tuyo —su voz fue un murmullo helado—. Es mi sobrino y no lo tocarás.

Los hombres de Kang tensaron sus fusiles. Los de Jimin hicieron lo mismo, formando una marea de acero y pólvora. Los lobos se agitaron, olfateando la violencia.

Kang dio un paso abajo. El pelaje de su lobo se erizó, encajando las garras en la nieve.

—El niño tiene mi sangre. Lleva el nombre Terasov —espetó—. Es un Bratva. Vendrá conmigo.

—Irás contigo... —repitió Jimin, con una risa breve que sonó a amenaza—. ¿Para qué? ¿Para convertirlo en lo que hiciste con Artyom? ¿Un mafioso? ¿Un asesino? ¿Un huérfano vivo?

Los ojos de Kang se volvieron brasas.

—Te metes donde no debes, Capo Nostro.

Jimin avanzó otro paso, ya casi rozando a Jungkook.

—Si lo tocas, te mato aquí mismo, viejo.

Kang abrió la mano. Fue rápido, casi un latigazo: levantó el brazo para golpearlo en la cara, un manotazo de padre a hijo ajeno. Pero no llegó porque Jungkook tomó con rapidez el brazo de Jimin jalándolo hacia atrás, colocándose frente a su cuerpo. En ese instante, Mirabella se lanzó. Su rugido partió la noche. Se estrelló contra el pecho de Kang, hundiendo colmillos en su abrigo, desgarrando tela y carne. El viejo gruñó de furia, retrocediendo, su brazo atrapado entre fauces.

El lobo de Kang reaccionó como un relámpago: saltó sobre Mirabella, su mandíbula le buscaba el cuello. Pero no lo logró.

Un segundo rugido, grave y mortal. Lupus se abalanzó contra el monstruo gris. Los dos lobos chocaron como piedras lanzadas al viento, rodando en la nieve, dientes contra carne.

—¡Protejan al Capo! —tronó Yoongi. Detrás, quinientas gargantas respondieron cargando armas, quitando seguros.

—¡No disparen! —gritó Jimin, pero era tarde.

El primer disparo estalló.

Un eco lo siguió.

Después, un huracán de pólvora, fuego y metal.

La villa se convirtió en un campo de lobos y fusiles. Gritos, mordidas y aullidos.

Jimin retrocedió medio paso, pero Yoongi se pegó a su espalda, escudo humano, mientras Taehyung disparaba hacia un soldado de Kang que intentaba trepar la escalinata.

Mirabella chilló cuando el lobo de Kang le hundió los colmillos en el flanco. Lupus rugió y destrozó la pata del rival de un mordisco brutal, el chasquido del hueso se perdió entre los disparos, la loba blanca aulló furiosa y encajó los colmillos justo en la yugular del lobo gris, sintiendo la sangre espesa correr con fluidez por su lengua, manchándose el hocico blanco y el alma al terminar con la vida del lobo de Kang Terasov.

Y Jungkook empujó a su padre, lo estrelló contra la barandilla.

—¡No debiste intentar tocar al capo! ¡Tampoco meterte con mi hijo!

Kang escupió sangre. Su mano vieja se cerró en un puño, golpeando a su hijo en la mandíbula. Jungkook ni se inmutó: levantó su Glock, apoyando el cañón en la sien de su padre.

—Dame una razón, padre —murmuró—. Una sola.

Detrás, la manada de lobos se partía entre chillidos y gruñidos. Mirabella se apartó y retrocedió hasta las botas de Jimin, sangrando, pero viva. Lupus se alzó sobre su rival sin

vida, su pelaje moteado de rojo.

Kang rió, con la boca manchada.

—Te enseñé a tomar lo que te pertenece y a no dejarte doblegar. ¿Te estoy doblegando, hijo?

—Quiero que sepas que me enseñaste bien.

Y disparó.

La detonación fue tan mortal como el invierno suizo que helaba la villa. El disparo de Jungkook rebotó contra la piedra de la barandilla, pero no hubo eco de súplica: Kang Terasov, el Bratva caído, se desplomó de rodillas, la sangre salpicó la nieve, manchándola como una firma. Jungkook lo empujó con un leve ademán, casi respetuoso, y el cuerpo rodó hasta quedar semioculto en la nieve revuelta por huellas, sangre y pólvora.

El rugido de los lobos siguió vibrando en la garganta de Lupus. Mirabella, a su lado, respiraba pesado, manchada de rojo, pero erguida, un espectro blanco de dientes y coraje. La batalla seguía viva detrás de ellos: los hombres de Kang, sin un líder, disparaban sin estrategia, igual que ratas acorraladas; pero los hombres Nostro de Jimin y los Bratva de Jungkook avanzaban, organizados, en un muro de fuego, acero y colmillos.

Jungkook giró sobre su eje, buscó a Jimin entre la tormenta de caos. El Capo se mantenía de pie, firme, con Yoongi y Namjoon flanqueándolo como centinelas. Taehyung arrodillado recargaba un rifle junto a ellos, gritaba órdenes a los suyos en ruso, mientras que Yoongi lo hacía en italiano. Jimin sostenía la mirada de Jungkook, incrédulo, las pupilas dilatadas por la furia y el miedo.

—¡Lo mataste! —dijo, en un susurro entre todo el estrépito.

Jungkook, con la mandíbula endurecida, dio un paso hasta él, sin importarle el estruendo de los disparos detrás.

—Ya era hora de que alguien terminara con su vida podrida —escupió, con la voz rota—. Lucien no crecerá bajo el yugo de Kang Terasov. No mientras yo respire.

Jimin tragó saliva, notando el hilo de sangre que corría por la barbilla de Jungkook, mezclándose con la escarcha de su cabello.

—Vámonos. —Jungkook giró la cabeza hacia Yoongi, Taehyung y Namjoon—. Cubran la retirada. —Miró a Jimin—. Tenemos que sacar a Lucien. Ahora.

Los tres asintieron como uno solo. No hubo tiempo para promesas. Jungkook tomó la mano de Jimin, la apretó hasta doler, y ambos comenzaron a moverse entre la tormenta de disparos.

Diez hombres Bratva y diez de la mafia italiana formaron un muro móvil a su alrededor. Entre la nieve, Lupus y Mirabella iban al frente, olfateando cada sombra que pudiera ser una emboscada. Bajaron las escaleras traseras de la villa, cruzaron pasillos con ventanas reventadas por las balas.

Llegaron a una puerta de acero reforzado. Jungkook, que estaba respirando como una fiera, apoyó la mano ensangrentada sobre el panel biométrico. La luz verde titiló. Introdujo el código, un número interminable de dígitos que Jimin observó grabarse en su memoria.

El pestillo interno liberó un chasquido.

Detrás de la puerta, se abrió un sótano iluminado por luces de emergencia. Allí dentro, bajo un techo de cemento, estaba Lucien: sentado sobre un colchón improvisado, abrazado a Erika, la niñera, que apretaba contra su pecho un pequeño bolso con documentos. A su alrededor, los empleados de confianza, desarmados pero dispuestos a morir si era necesario.

Lucien alzó la cabeza. Sus ojitos se abrieron de par en par al ver a Jungkook.

—¡Papi! —gritó, corriendo hasta él—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué gritan afuera?

Jungkook se agachó, lo alzó en brazos, la sangre de su padre salpicó la ropa del niño.

—Nos vamos a otra casa —dijo, con voz ronca, casi dulce—. Ve con el tío Jimin, ¿sí? *Él te va a proteger*. Papá tiene que... arreglar cosas afuera.

Lucien parpadeó, olió la sangre y su labio tembló.

—¿Vas a pelear?

—Voy a terminar esto —corrigió Jungkook, besándole la frente. Se lo entregó a Jimin, que lo tomó como si sujetara su último rastro de esperanza.

—Estará a salvo conmigo —le aseguró Jimin, sujetando a Lucien contra su pecho.

Erika se puso de pie, miró a Jungkook y a Jimin, buscando alguna orden.

—Váyanse —ordenó Jungkook—. Ahora.

Jimin asintió.

Jungkook se giró hacia la puerta, sacando su segunda Glock, la revisó, alimentó el cargador. Taehyung y Namjoon a su lado.

—Voy a matar unos cuantos más.

—Artyom... —llamó Jimin, con voz quebrada.

Jungkook lo miró por encima del hombro, como si no existiera ni el infierno ni la traición ni la muerte. Solo él, su hijo y Jimin.

—Te veo en Italia.

Y salió.

Un disparo más se escuchó cuando la puerta volvió a cerrarse detrás de él. Afuera, la villa ardía en pólvora, fuego y lobos rabiosos, como si las entrañas de la Bratva y la Cosa Nostra decidieran esa noche escribir un nuevo evangelio... con sangre.

Cada copo que caía se manchaba de rojo antes de tocar la tierra. La villa, con siglos de piedra y secretos, temblaba bajo los disparos, los gritos y el rugir de los lobos.

Jungkook avanzaba primero. A su derecha, Taehyung que marchaba con la mira del rifle levantada. A su costado, Opex, su lobo de pelaje café, grande como un becerro, caminaba alerta, olfateando la sangre, gruñendo a cada sombra que respirara traición.

A la izquierda, Namjoon se movía con precisión entrenada. Su fusil AK12 descansaba en sus manos, cargadores sujetos a su cinturón como la última palabra de un verdugo. Uppa, su lobo, color café con vetas grisáceas, poderoso, de pecho ancho y mirada feroz, avanzaba junto a él con los colmillos entreabiertos y escarcha pegada a su pelaje espeso.

Detrás de ellos, la biblioteca ardía. La madera centenaria y los muros de piedra chisporroteaban mientras el fuego devoraba cada secreto que aún quedaba. El cielo se encendía naranja, mezclando chispas y humo con la nevada helada.

—¿Qué plan, Pakhan? —escupió Taehyung, con una sonrisa torcida mientras recargaba su fusil.

Jungkook no dijo nada. Solo levantó la Glock, cargó una nueva bala y apuntó hacia el ala este, donde la última línea de hombres de Kang resistía tras barricadas improvisadas.

Namjoon se giró hacia Opex y Uppa, levantó dos dedos. Los lobos gruñeron al unísono, se adelantaron en silencio, eran bestias domadas por el instinto de matar. Lupus, a la derecha de Jungkook, vibraba como un cañón a punto de rugir.

Un silbido. Un francotirador disparó desde la torre lateral. Taehyung giró sobre un talón, levantó la mira, respiró una sola vez y disparó. El cuerpo cayó de la cornisa, golpeó la nieve igual a un saco podrido.

—Uno menos —gruñó Taehyung.

De pronto, un rugido: Opex se lanzó como un proyectil hacia un hombre que intentaba rodearlos por el flanco derecho. Lo derribó, hundió colmillos en su garganta. La nieve se volvió roja, salpicando el pecho del lobo.

Uppa, por su parte, saltó sobre dos que corrían hacia el jardín trasero, uno apenas pudo gritar antes de sentir los colmillos hundirse en su espalda. El segundo quiso disparar, pero Namjoon lo derribó de un tiro en la frente, sin apartar los ojos de su lobo, que desgarraba tendones y músculo.

—No quedan muchos —masculló Namjoon, respirando entre vapor y pólvora.

Jungkook bajó el arma, su respiración era humo caliente. Miró hacia la escalera, donde más hombres de Kang bajaban, desesperados, disparando a ciegas.

—Que nadie salga de esta villa —dijo Jungkook, su voz estaba ronca—. Que ardan todos los fieles a nuestro padre para evitar traiciones futuras.

Taehyung soltó una risa breve, giró el cargador y abrió fuego junto a Namjoon. Opex y Uppa se lanzaron entre pasillos de piedra, cazando rezagados como lobos en invierno. Cada disparo de Taehyung era preciso, cada ráfaga de Namjoon era una sentencia de muerte.

Lupus saltó a través de una puerta rota, se escuchó un chillido, un disparo ahogado, luego el sonido húmedo de carne siendo rasgada. Opex regresó a su humano con el hocico cubierto de sangre, ojos encendidos.

—¡Eres el mejor lobo, Opex! —gritó Taehyung, acariciando la oreja ensangrentada de su bestia.

"Gracias y lo sé, Taehyung"

Le contesto.

Namjoon avanzó, pasando sobre un cuerpo, disparó sin mirar cuando escuchó pasos a su izquierda. Uppa regresó con un trozo de tela negra colgando de los colmillos, sus patas levantaban vapor donde la sangre tibia tocaba la nieve.

—¿Qué hay de Luca? —preguntó Namjoon.

—Ya salió —respondió Jungkook, con un hilo de voz que ardía como el fuego detrás—. Se fue con Corvo y Lucien. Nadie los alcanzará, los italianos protegerán a su Capo con su vida porque no permitirán otra baja.

Taehyung pasó el dorso de su mano por la boca, borrando un hilo de sangre que no era suya.

—Entonces terminemos esto.

El último grupo de hombres de Kang gritaba órdenes en ruso, intentando organizarse detrás de barricadas improvisadas en el ala oeste. Pero no lo lograron.

Jungkook levantó la Glock, respiró, apuntó. Taehyung se colocó a su derecha, con la rodilla en tierra, rifle apoyado en el hombro. Namjoon detrás, cubriéndolos. Opex, Uppa y Lupus se adelantaron, casi hombro a hombro, sus respiraciones feroces, sus patas se hundían en la nieve roja.

—Pakhan —dijo Namjoon.

Jungkook inhaló profundo.

—A cazar —respondió.

Y dispararon.

El trueno de balas, el rugido de los lobos, el crepitar del fuego detrás. El imperio de Kang Terasov que se despedazaba entre aullidos, casquillos calientes y colmillos empapados de sangre.

El linaje del viejo Pakhan fue enterrado esa noche. No bajo tierra; bajo nieve. Había fuego ruso y la lealtad inquebrantable de tres hombres y sus lobos.

Mientras, en otro rincón de la montaña, lejos de la masacre, Park Jimin sostenía la mano de Lucien, con Corvo y Erika a su flanco. Entre sus dedos, la única herencia que valía la pena salvar.



Jimin sostenía a Lucien pegado a su costado, sintiendo su pequeño corazón galopar bajo la chamarra gruesa. Erika, con la cara blanca como la nieve, lo seguía con una maleta y una pistola diminuta que temblaba en su mano enguantada.

—Vamos, Lucien. Sube, rápido —ordenó Jimin, empujando a Lucien dentro de la camioneta blindada negra. Erika subió tras él, cerrando la puerta con un golpe fuerte. Dentro, la respiración se condensaba en bocanadas.

Yoongi, su sombra más leal, sostuvo la puerta un instante, escaneando la línea de árboles. Entre la penumbra, siluetas corrían: hombres de Kang que lograron escapar de la villa. Escopetas, fusiles. Aún querían el niño, aún querían el corazón del Capo.

Rahab, su lobo, oscuro como el aceite quemado, con una cola blanca que se agitaba como un látigo vivo, se pegó a su flanco, erizado, los colmillos descubiertos y ojos brillando como carbones.

—¡Chofer! —gritó Corvo—. ¡Enciéndelo! ¡Ahora y vete!

Jimin abrió la ventanilla apenas unos centímetros.

—¡Sube! —gritó, la voz le temblaba de furia y miedo.

Corvo negó con la cabeza. Su mano libre golpeó la puerta.

—¡No! ¡Yo limpio! ¡Llévate al Capo y mantenlo a salvo si algo le pasa te mato a ti y a toda tu familia! —Amenazó al chofer—. ¡Pisa ese maldito acelerador!

Rahab gruñó. Dos hombres de Kang emergieron del lindero del bosque, dispararon a ciegas. La puerta de la camioneta tembló cuando dos impactos rozaron el marco. Yoongi desenfundó su Beretta, descargó tres balas limpias: un enemigo cayó de bruces en la nieve, otro se retorció con un gemido ahogado. Rahab saltó como una sombra viva, hundió los colmillos en el cuello de un tercero que emergía con un machete.

—¡Corvo! —gritó Jimin otra vez, pero fue inútil.

Yoongi miró por última vez a su primo, con los ojos de un hombre que aceptaba morder la muerte si eso significaba mantener vivo a su Capo, no perdería de nuevo a un superior, no perdería de nuevo otro más de su familia.

—¡Písalo! —rugió, golpeando la carrocería.

El chofer no dudó. El rugido del motor llenó el claro. La camioneta se sacudió sobre la nieve, los neumáticos escupieron fango y escarcha. Jimin sintió que su estómago se hundía

cuando la silueta de Yoongi, diminuta bajo la ventisca, quedaba atrás, rodeada de sombras y disparos.

Dentro, Lucien lloraba, abrazado a Erika, que temblaba mientras trataba de cubrirle los oídos. Jimin no apartaba la vista de la ventana trasera. Vio a Yoongi plantarse firme. Vio a Rahab saltar sobre otro atacante, despedazándolo en un estallido rojo que manchó la nieve. Vio la boca de Yoongi moverse en un insulto que jamás escucharía.

—No temas, Lucien... —murmuró Jimin, bajando la vista a Lucien.

El chofer viró a la derecha, saliendo del sendero boscoso. A su lado, un convoy de camionetas negras emergió de la penumbra: cinco de los suyos, hombres de confianza, armados hasta los dientes, con lobos corriendo a su flanco. Un ejército improvisado para abrirles paso hasta la pista privada.

Jimin respiró hondo. Sacó su teléfono, la pantalla parpadeó: *Sin señal. Maldita montaña. Daba igual.*

—Directo al aeropuerto —ordenó Jimin al chofer, su voz ahora afilada como hielo que sabía dominar a la perfección.

Afuera, la caravana rugía bajo la ventisca, abriéndose camino como una manada enfurecida hacia la única pista de escape: un jet privado esperándolos en la noche suiza, bajo la tormenta.

La pista privada se abrió bajo los faros del convoy. El jet aguardaba con los motores encendidos, rumiando vapor en la helada madrugada alpina. Lucien dormía con la cabeza recostado en el regazo de Erika dentro de la camioneta.

Corrieron hombres, seis de ellos, uniformados con insignias de la mafia italiana. Sus rostros estaban cubiertos hasta la nariz por pasamontañas. Uno de ellos levantó el pulgar. El plan estaba limpio, todo despejado. Eso decían sus labios.

Jimin no respondió. Su respiración salía lenta, casi metódica. Su mano derecha reposaba en el bolsillo interno de su abrigo, rozando el seguro de su arma.

Mirabella, con el pelaje salpicado de la sangre del caos reciente, le rodeaba las piernas igual que una sombra blanca viva.

Lucien despertó, adormilado, frotándose un ojo con la manita enguantada.

—Despierta, mi amor —le susurró Erika—. Ya vamos a volar.

Lucien se sentó, bostezando. Su voccecita se escuchó tan limpia, tan maldita y pura.

—Tío Jimin... ¿Dónde está papi?

Ahí. Justo ahí. Algo en Jimin se partió, una bisagra vieja que cede sin ruido. Sus ojos bajaron, observando el mechón rubio que sobresalía del gorro de Lucien. En su cabeza, la voz de su padre muerto retumbó igual que un trueno: *El heredero de la Bratva, el heredero de los Nostro. Es hermoso, idéntico a Italia, idéntico a ti, con sangre de dos mafias poderosas.*

Recordó el disparo que nunca pudo ver en la frente de su padre, disparo que le dio el padre de ese niño.

Recordó la sangre de Italia goteando por sus zapatos caros en aquel aeropuerto, el día en que se quedó huérfano de hermana.

Recordó a Jungkook: su Jungkook, su bestia negra, su corona... compartida. *Siempre compartida.*

Un pensamiento venenoso reptó como serpiente entre sus costillas.

*«Por culpa de Lucien murió mi padre.
Por culpa de Lucien murió mi hermana.
Por culpa de Lucien, Jungkook nunca será solo mío.»*

Miró a Erika. Ella le sonrió, inocente, ignorante, feliz de estar viva.

—Bájalo tú —dijo Jimin. Su voz fue seda húmeda de veneno.

Erika cargó a Lucien, que la rodeó con los bracitos y dejó caer la cabeza sobre su hombro. El niño se removió, mirando a Jimin, buscando su mano. Pero Jimin se apartó, permaneciendo en su asiento.

—Ve con Erika —dijo en un tono que era casi dulce.

El viento cortaba, mordía. Lucien bajó, dando pasitos torpes sobre la pista. Erika lo tomó de la mano. Sus zapatos crujían sobre la escarcha.

Fue entonces. El leve chasquido metálico de los fusiles levantándose detrás. Uno de los "leales" de Jimin, un hombre con pasamontañas gris, se adelantó. Lució tan común y tan correcto.

Levantó el fusil, apuntando al niño.

Jimin observó en silencio desde dentro del vehículo.

—Capo, es un traidor —dijo el chofer—. Deme la orden y,

—Déjalo, quiero ver qué hace —interrumpió con frialdad.

El chofer asintió.

Y Erika... Erika gritó.

—¡NO!

El disparo atravesó la noche como un relámpago sucio. Lucien soltó un grito breve, diminuto. La chaqueta se manchó de un rojo oscuro, imposible de ignorar.

El niño cayó de rodillas primero, como si rezara. Luego se desplomó sobre la pista manchada de nieve.

Por un segundo, todo quedó en silencio. Un segundo que duró una eternidad.

Erika se giró, tenía los ojos abiertos como platos, apuntando al hombre que le había disparado.

—¡MALDITO! ¡MALDITO ENFERMO! —jadeó—. ¡ERA UN NIÑO!

Y Jimin... Dio la orden finalmente.

—Desarmen al traidor.

—¡Desarmenlo! —gritó el chofer por su auricular.

Jimin bajó del vehículo junto a Mirabella, sintiendo algo al ver al niño en el suelo y a Erika tratando de alcanzarlo. No fue alivio, no fue victoria. Fue un hueco, un vértigo, un abismo.

El rugido de la conciencia lo golpeó tarde. *Demasiado tarde.*

Aún así, sacó su arma y disparó a Erika a quemarropa.

La bala se incrustó justo entre sus cejas. Erika se desplomó sin voz. Su cabeza golpeó la pista, todavía tibia, sus ojos vidriosos mirando la nada.

Jimin jadeó, llevándose la mano a la boca. Observó la sangre, la nieve... El cuerpo diminuto que juró proteger

El hombre que disparó a Lucien se reía mientras era desarmado por los hombres de Jimin, su risa era ronca, apenas audible bajo el pasamontañas.

Mirabella gruñó, su pelaje blanco se levantaba en espigas.

La rabia, el asco de sí mismo, el horror... Todo brotó de golpe.

—¡MATEN A TODOS LOS QUE NO CONOZCAN! —rugió Jimin.

Su voz era pura dinamita.

Mirabella saltó sobre el traidor que reía, desgarrándole el muslo de un mordisco. Los fusiles se alzaron, chisporrotearon.

Jimin se lanzó. Su arma humeaba mientras disparaba a bocajarro al segundo traidor. Le vació tres balas en la mandíbula, volándole media cara en una lluvia espesa.

Otro lo embistió, tratando de bajarlo. Jimin giró el arma, la encajó bajo la mandíbula del bastardo y disparó. El cráneo se abrió como una flor roja.

Mirabella se retorció con otro enemigo, sus fauces destrozando tendones.

Jimin se lanzó sobre otros, incluso le disparaba a sus propios hombres porque no distinguía del todo a todos. Derribó a uno contra el fuselaje del jet, su puño bajó una, dos, cinco veces. Cada golpe partía hueso. Cada puñetazo era un grito: *Por culpa tuya. Por culpa mía. Por culpa de todos.*

Cuando se detuvo, el rostro bajo él ya no existía. Solo carne, hueso molido y dientes sueltos.

Jimin se levantó, tambaleando, no era que estuviera débil, era que sentía tanta furia que no podía contenerse. Su abrigo ya estaba empapado de sangre ajena. Mirabella jadeaba, los colmillos goteaban.

Apenas respirando, Jimin se giró, vio el cuerpecito tendido.

Y enfureció más.

" Si Kang Terasov pone un dedo sobre mi sobrino, no quedará ni un puto hueso que enterrar."

Eso había dicho horas atrás, estando en Italia, pero... Jimin permitió que le dispararan.

Porque sin ese niño su hermana seguiría viva.

Porque sin ese niño su padre seguiría vivo.

Porque sin ese niño la atención de Jungkook sería solo suya.

Porque sin ese niño su mundo perfecto seguiría siendo perfecto.

Ahora, las consecuencias de su acto eran demasiado evidentes. Sus hombres lo veían en silencio, el chofer sabía que había permitido tal acto.

" Capo, es un traidor. Deme la orden y,"

"Déjalo, quiero ver qué hace."

No podía haber testigos, nadie debería decirle a Jungkook que, aunque no mató a Lucien, permitió que sucediera. Esa noche, Park Jimin había sido el verdadero hijo de Judas.

Sus pasos se volvieron más peligrosos cuando se acercó al chofer que minutos antes le había salvado la vida conduciendo con eficiencia, su cuerpo Lupus aumentó en tamaño sus músculos que siempre parecían más pequeños y su mano se enroscó en la garganta del chofer, alzándolo en el aire, cortándole la respiración, observando con frialdad la vida escaparse de sus ojos.

Jimin... Él no creció siendo un mafioso.

Pero tuvo la educación adecuada para serlo, no solo practicaba con las armas o con defensa personal teniendo los mejores coaches. Jimin creció en escuelas disciplinarias, creció siendo un niño problema a causa de su temperamento hostil, matando no a uno, sino a cerca de diez profesores y estudiantes. Nunca tuvo represarías, ahora comprendía que su padre le ayudó durante sus años más rebeldes porque era un mafioso. Ahora comprendía que le permitió tomar el patinaje sobre hielo como disciplina porque era lo único que lo mantenía lo suficientemente ocupado como para no matar.

Al dejar de sentir las palpitaciones de la yugular bajo sus dedos, soltó el cuerpo del chofer, dejándolo caer al suelo.

—¿Quién ha matado a Erika? —cuestionó Jimin, con voz profunda y peligrosa, mirando el cuerpo de la mujer en el suelo junto a Lucien que seguía respirando, que tenía los ojitos tapados con ambas manos.

—Usted, mi capo —contestaron, tontamente cuatro de sus hombres.

Jimin fue hacia ellos, uno a uno, golpeándolos, sometiéndolos, destrozándoles el cuello.

" Todos ellos vieron, Mimi. Si no quieres testigos es mejor matarlos a todos."

Dijo Mirabella.

—Ayúdame, Mirabella.

" Primero diles que suelten sus armas."

—¡Quiero que todos me entreguen sus putas armas, ahora! —gritó Jimin.

Sus hombres, cerca de treinta, obedecieron. Despojándose de sus armas, dejándolas en el suelo.

—Ustedes dos, vayan por los miembros del equipo del Jet —le ordenó a dos de sus hombres, ellos obedecieron, abordando el Jet.

"¿ *Comienzo* ?"

Preguntó Mirabella.

—Comenzamos.

En ese instante, Jimin se transformó en lo que era realmente. Un Omega Lupus que podía someter a cualquiera, alfa, omega, beta... No importaba quien fuera, Jimin era más fuerte que cualquiera. *Y lo sabía.*

— ***¡Más vale que no se resistan, hijos de puta!*** —gritó, utilizando su voz de mando que caló hasta lo más profundo de los huesos de aquellos hombres.

Todos murieron, y cuando el par de hombres que fueron por los miembros del staff del Jet regresaron... También los mató, no quería ningún testigo. Jimin no podía confiar en nadie, nada más en Mirabella.

El silencio que siguió fue desolador, pero Jimin todavía escuchaba el corazoncito de su sobrino palpar, así que corrió, arrodillándose junto a Lucien, tomándolo en brazos.

—Lo siento... —murmuró. Su voz era un hilo roto—. Lo siento, lo siento... actué mal en contra tuya, lo siento.

Lucien respiraba aún. Un susurro, un hilo de vida, una burbuja de sangre que se formaba en la comisura de su boca. Jimin lo meció, sollozando, con su frente pegada a la del niño.

—Perdóname, perdóname, perdóname... —repetía, como un rezo inútil.

La pista era un altar de nieve y sangre. Jimin tenía al niño entre sus brazos, arrodillado sobre un charco tibio que teñía de rojo sus rodillas y las botas carísimas que ni siquiera sentía. Mirabella estaba a su lado, respirando a golpes, sus colmillos aún goteando sangre ajena, sus ojos fijos en su humano, ella sentía cada gota de culpa recorrerle en su sistema.

Lucien, tan pequeño, tan leve en sus brazos, abrió los ojos apenas, invadidos de lágrimas, de fiebre, de un final que no tenía vuelta atrás. Su boquita se movió, buscando un aliento que se negaba a llegar.

—Tío... Jimin... —susurró. Su voz era casi nada—. Pareces... un ángel...

El corazón de Jimin se estrujó, algo dentro de él gimió como un animal atrapado.

—No digas eso...

Los párpados de Lucien temblaron. Sus labios se curvaron en una sonrisita, dulce y dolorosa.

—Aquel hombre... me habla... —dijo, mirando hacia algún lugar por encima del hombro de Jimin, hacia un cielo que no existía—. Está... con muchos globos... muchos... globos... detrás de una puerta...

Jimin sintió su mundo inclinarse. Negó con la cabeza, su cabello negro pegándosele a la frente húmeda.

—No... no, no, no. No quiero que vayas. Quédate conmigo. Lucien, mírame... —sus manos, manchadas de rojo, le acariciaron el cabello rubio, intentando atarlo a la tierra—. Por favor...

Lucien inspiró. Tosió, una burbuja de sangre se rompió en su labio.

—Me duele... el pecho... Papá... —jadeó, cada palabra era un latido que se extinguía—. Mi... papi... lo amo... cuídalo.

Jimin se mordió los labios hasta abrirse la piel. Se tragó un sollozo que le quemó la garganta cuando la cabecita rodó hacia su pecho, los ojitos entreabiertos, fijos en ninguna parte.

No hubo un suspiro final. Solo silencio. Silencio y viento helado.

—Mierda... Mierda... ¡Mierda! ¡¿Qué diablos?! ¡Mirabella, es mi culpa! ¡Siempre es mi culpa! ¡Todo, todo es mi maldita culpa! —Lloraba rodeado de cuerpos sin vida, con la nieve cayendo más espesa, con Lucien sin vida en su regazo.

El temblor comenzó en sus hombros, subió hasta su nuca, le abrió la boca en un gemido. Una carcajada rota. Un rugido mudo, lo abrazó más fuerte, hundiendo la cara en el cuello tibio del niño sin vida.

Mirabella gimió bajo, empujó con su hocico la pierna de Jimin, como si pudiera devolver al niño a la vida con su calor. Jimin levantó la cabeza. Sus ojos eran dos cráteres incendiados a medida que respiraba hondo, tragando la bilis, la culpa, la furia.

Maldecía, se maldecía, pero también lo besaba, lo abrazaba como si de pronto pudiera sentir un latido tibio bajo sus manos manchadas.

Pero Lucien estaba frío...

En medio del llanto, de la imagen de su padre Luca sonriéndole, de la imagen de Italia cruzada de brazos, furiosa, juzgándolo y de la imagen de Jungkook mirándolo a los ojos en aquel mirador en Suiza... Jimin alcanzó a decir con su acento italiano bien marcado:

—È triste, ma ora il Pakhan avrà occhi solo per me, *Mirabella* .



Traducción de lo último: *Es triste, pero ahora el Pakhan solo tendrá ojos para mí, Mirabella.*

Les dije que ustedes no estaban listas para este capítulo 🙄🙄🙄🙄🙄

Meta: 200 comentarios

CAPITULAZO DIGNO DE DARK ROMANCE es que a ver, Lucien era un obstáculo para el amor de esos dos porque imagínense que Jk tuviera que elegir entre el hijo o entre Jimin... Iba a elegir siempre al hijo.

Ahora sí que se viene lo chido porque el Pakhan está reee enamorado de Jimin, pero... ¿qué pasará cuando se entere de que permitió que le desvivieran al chamaco por el que inició todo el merequetengue entre mafias?

DIOSMIOOOOJESUCRISTO00000000 🙄🙄🙄

Esas monedas de Judas tienen que ser quemadas de una buena vez, puro mal augurio que traen!!!!

Si la historia te está gustando me ayudaría mucho:

- Siguiéndome aquí en wattpad y en mis redes (Instagram y tiktok: melyliim)
- Votando.
- Comentando.
- Invitando a alguien a leer.

Te dejo el qr de mi canal de WhatsApp por si Wattpad un día decide que no soy grata para la app:



[16] *¿Esto es amor?*



La sangre de Lucien formaba una mancha oscura que se expandía con lentitud criminal. A Jimin le ardían los ojos, los tenía rojos, quemados por la sal de sus lágrimas y la furia que le reventaba las venas. Abrazaba el cuerpecito como si pudiera fundirlo en su pecho, como si pudiera robarle el frío para devolverle un poco de calor. Sus labios murmuraban cosas que ya no tenían forma, un rezo a un dios que jamás escuchaba a los hombres como él.

Mirabella se había tendido junto a él, con su hocico apoyado en la nieve. Sus ojos de hielo estaban fijos en su humano, entendiendo cada grito interno.

Jimin levantó el rostro, aspirando hondo, sintiendo que se le partía la garganta.

—Mirabella... —jadeó—. Encuentra el arma... Encuentra... la puta arma que mató a Lucien.

La loba, obediente, levantó el hocico. Su pelaje blanco estaba manchado con sangre, sus patas hundidas en el charco helado. Olfateó, avanzó entre los cuerpos desperdigados, saltó sobre un cadáver a medio enterrar por la ventisca. Su cola se alzó rígida cuando olfateó algo. Hundió el hocico en un montículo de nieve sucia.

Un tintineo. El metal mordido por el frío.

Regresó arrastrando el fusil, lo dejó a los pies de Jimin, inclinó la cabeza, ofreciéndosela.

Jimin soltó un bufido de carcajada amarga. Se secó la nariz con el dorso de la mano, dejando un rastro rojo en su guante.

—Bien... buena chica... —murmuró, acariciando el cuello erizado de la loba—. Ahora, busca mi arma, quiero revisar las balas... Revisar si son iguales o si cambian en algo.

La loba obedeció, hizo lo mismo buscó el arma de Jimin que estaba tirada en el suelo. Cuando se la entregó Jimin comparó las balas suyas con las del enemigo, eran iguales, de la mafia italiana, con su sello, con su signo. Nadie sospecharía de él. Todos culparían a Kang Terasov, porque al final Lucien murió por eso, a manos de un traidor enviado por él.

Con un suspiro roto, tomó el fusil, lo giró en sus manos, contemplándolo como si fuera un regalo maldito. Sintió el peso, la textura del gatillo bajo su dedo.

Apuntó. Sin pensarlo, sin temblor, sin piedad por su propia carne.

—Por ti, Lucien... —susurró.

El disparo quebró el silencio de nuevo. Un trueno en mitad de la ventisca. El balazo le abrió el costado, bajo las costillas. Un dolor caliente, un fuego que le devolvió algo de sentido, un fuego que expiaba pecados, un fuego que le aseguraba una coartada ante Jungkook. Su sangre fresca se mezcló con la otra, se derramó, manchando la nieve. Su cuerpo se dobló de inmediato, un gemido se le escapó entre dientes. Mirabella se tensó, su hocico rozó la herida, olfateando la carne quemada por la pólvora.

Jimin respiró con dificultad, tragándose la náusea. Sabía que sanaría pronto: un lugar sin órganos vitales, sin fractura, solo carne rota. Lo suficiente para verse como la víctima de ese atentado.

Apoyó la mano ensangrentada en la cabeza de su loba. Hablándole con la voz aún temblorosa:

—Ahora... llama a Rahab... —dijo, arrastrando el aire—. Aúlla, llámala...

Mirabella levantó el hocico. Su garganta vibró con un gruñido grave que se transformó en un aullido largo, estremecedor, que se elevó igual a una plegaria salvaje a la noche. El sonido rebotó en los hangares, se expandió por la pista, atravesando la ventisca. Rahab escucharía. Rahab iría .

Jimin inclinó la cabeza, presionando la herida, sintiendo que la sangre tibia se mezclaba con la nieve, igual que Lucien, igual que todos.

—Rahab... Rahab... —repitió, casi delirante, mientras Mirabella aullaba una y otra vez—. Ven y trae a Yoongi, la única familia que vale la pena salvar.

Jimin era un rey ennegrecido por su propio infierno, bajo la nieve que caía como ceniza sobre un campo de traición.



Los lobos, todavía con los colmillos manchados, patrullaban los bordes de la masacre, husmeando a los muertos, asegurándose de que ninguno se levantara.

Taehyung avanzó entre la nieve pisoteada, la escarcha se le pegaba al abrigo. Opex, su lobo color café, caminaba a su lado, olfateando cada rastro de sangre como si clasificara fantasmas. Cuando alcanzó a Yoongi, lo encontró de pie junto a un par de cadáveres recién apilados. Tenía la mirada fija en algo que solo él entendía. Rahab, su loba oscura de cola blanca, se mantenía alerta con el lomo erizado.

Taehyung parpadeó. El humo de su respiración se perdió entre las volutas del aire helado.

—¿La sangre en tu cuerpo es tuya? —preguntó, dejando caer la mano sobre el hombro de Yoongi.

Yoongi giró el rostro, un hilo de sangre le corría por la mandíbula, pero sus ojos eran dos brasas tranquilas.

—No —respondió, encogiéndose de hombros—. Soy bueno esquivando balas.

Taehyung soltó una risa breve, cargada de alivio. Opex se sentó junto a Rahab, ambos comprendían que por ahora, todo estaba bien.

Namjoon se acercó detrás, ajustándose el chaleco antibalas con manos grandes y firmes. Uppa, su lobo, caminaba un paso adelante, vigilando cada sombra.

Fue entonces cuando Rahab levantó la cabeza. Sus orejas se alzaron como estacas, su hocico se abrió en un leve gruñido que vibró en la quietud y sus ojos se clavaron en Yoongi. La voz grave y gutural, solo para su oído:

" Mirabella nos busca. Algo salió mal en el aeropuerto."

Yoongi entrecerró los ojos, entendiendo de inmediato. Alzó la mano, acarició el cuello rígido de Rahab, afirmando el mensaje.

Giró hacia Taehyung y Namjoon. No hubo un solo titubeo en su voz cuando se dirigió a Jungkook, que emergía entre la bruma como un dios de guerra, Lupus a su lado, salpicado de rojo.

—Artyom —dijo Yoongi—. Mirabella está pidiendo ayuda. Algo salió mal en el aeropuerto, pero no comprendo exactamente qué fue... —Yoongi trataba de comunicarse con sus hombres por medio del auricular, pero nadie le contestaba—. Nadie me contesta.

Jungkook frunció el ceño, su mandíbula se tensó. Lupus soltó un gruñido bajo, olfateando la pista, rastreando el desastre a kilómetros de distancia.

Taehyung pasó un brazo por el hombro de Yoongi, medio asustado, comprendiendo la mirada de susto del beta. Namjoon chasqueó la lengua, mirando hacia el cielo que empezaba a teñirse de un gris más sucio.

—Nos vamos —ordenó Jungkook. Su voz fue un filo limpio, sin temblores.

Todos se reacomodaron. Opex y Uppa se alinearon junto a Rahab. Listos para moverse, las fauces limpias para abrir nuevos surcos de muerte si era necesario.

Jungkook respiró hondo. Su mirada se perdió en el horizonte, justo donde la pista del aeropuerto dormía bajo la ventisca.



Las luces de los faros arañaban la neblina, recortando la silueta de un hombre de rodillas que lloraba sobre algo demasiado pequeño para esa cantidad de pena.

Jungkook llegó primero. Lupus se adelantó, husmeando entre los cadáveres, gruñendo bajo. Rahab, Opex y Uppa rodeaban la pista, asegurándose de que ningún traidor siguiera respirando. Detrás de Jungkook, Taehyung, Namjoon y Yoongi avanzaban en formación, con sus armas listas y la nieve pegándose a sus hombros como luto.

Fue entonces que Jungkook lo miró.

Jimin estaba de rodillas, encorvado, con su abrigo empapado en sangre ajena y propia. Lucien descansaba en sus brazos, la cabecita rubia apoyada contra su pecho, inmóvil igual que una muñeca rota. A su alrededor, los cuerpos desperdigados eran un testamento de rabia, traición y muerte.

El mundo se detuvo. Jungkook sintió que su respiración se quebraba. Dio un paso. Otro. Y de pronto, corrió. Lupus lo siguió, era a una sombra oscura manchada de rojo.

El Pakhan tropezó con un brazo muerto enterrado en la nieve. Cayó sobre una rodilla, tenía la mano llena de nieve y sangre, después se levantó enseguida como si el frío no existiera.

—No... no, no... —jadeó. Su voz era un hilo hecho trizas.

Llegó a Jimin, lo apartó sin cuidado, como si fuera humo, como si no importara, porque en ese momento solo importaba Lucien. Se lo arrancó de los brazos con dedos que temblaban, sosteniéndolo con torpeza. La chaquetita del niño estaba rígida, teñida de carmesí, y su piel tan fría como la nieve que lo rodeaba.

— **¡LUCIEN!** —El grito de Jungkook rasgó la pista, hizo temblar la luna misma. Sus ojos se empañaron de una furia que ni mil balas podrían aplacar—. **¡MI HIJO! ¡MI HIJO!**

Lupus se sentó junto a él, olfateando el cuerpecito, gimiendo bajo entendiendo que era el final.

Jungkook dejó caer su frente sobre la del niño, sus lágrimas manchaban el cabello rubio. Un sollozo seco le partió la garganta, mezclado con un gruñido de bestia acorralada.

Detrás, Yoongi ya se había acercado a Jimin que también lloraba sin cesar, le dolía ver a Jungkook de esa manera, se lamentaba por ser el causante, por no haberlo evitado en su arranque de furia, de celos, de estupidez. Yoongi lo tomó por los hombros, revisando el agujero de bala en su costado. Notando abrigo negro empapado de rojo, la piel fría, la mirada perdida.

Namjoon y Taehyung rodearon a Jimin, formando un muro con sus cuerpos. Los hombres de la mafia italiana, los Nostro, que habían estado en la villa, levantaron sus fusiles, apuntando a Jungkook y a cualquiera que se atreviera a moverse contra su capo.

Jungkook bajó a Lucien, lo depositó con delicadeza sobre la nieve. Acomodó sus manitas frías, cerró sus ojos azules que parecían de cristal. Después se puso de pie. Cada músculo de su cuello se tensó, estaban a punto de reventar. Se acercó a Jimin. No caminó: marchó. Sus botas se hundieron en la nieve, la rabia se dibujó en cada zancada. Yoongi no lo detuvo. Taehyung respiró hondo. Rahab mostró los colmillos, alerta.

Cuando Jungkook llegó a él, no habló primero. Lo agarró de la pechera, lo alzó como si fuera nada y cerró la mano alrededor de su cuello, apretando.

— **¿QUÉ LE PASÓ A MI HIJO?!** —rugió. Su aliento olía a furia y sal—. **¿DIJISTE QUE LO CUIDARÍAS!**

Jimin no se defendió. Solo jadeó de dolor por la herida física, de dolor por lo que había hecho, de decepción por sí mismo. Mirabella gruñía a su lado, mostrando los colmillos, lista para lanzarse aunque supiera que Lupus le partiría el cuello si daba un paso en falso.

Los Nostro rodearon la escena. Veintenas de rifles apuntaron directo a Jungkook. Un solo jalón del gatillo y la cabeza del heredero de la Bratva estaría regada en la pista.

—Perdón —jadeó Jimin, llorando.

—¡Está herido, Artyom, suéltalo. No ves que esto fue un acto de traición! —gritó Yoongi—. ¡Suéltalo o te juro que ordeno que te acribilen aquí mismo!

Jungkook observó los ojos de Jimin, mirándolo, leyendo que le dolía la herida, leyendo que estaba sufriendo... Porque lo estaba.

Y aflojó el agarre.

—Mátame si quieres —dijo Jimin—. Prometí cuidarlo y... No lo hice. No merezco tu perdón.

—¿Tú los mataste? ¿A estos hombres? ¿Mataste a... al hijo de puta que le disparó?

—Lo hice, a todos.

Jungkook abrazó a Jimin con fuerza.

—Lo vengaste, a mi Lucien... Lo vengaste.

Jimin no sabía cómo reaccionar, solamente abrazó a Jungkook despacio, sintiendo remordimiento por la mentira, remordimiento porque aunque no soltó el gatillo, omitió dar la orden, permitió que el niño muriera y eso lo hacía igual de culpable que el resto. ¿Así se había sentido Jungkook cuando lo consoló en aquel puente en Moscú? ¿Así se sintió cuando le ayudó a sabiendas de qué había sido él quien mató a su padre?

—Perdóname, soy una escoria —murmuró Jimin—. Debí cuidar mejor de tu hijo... De mi sobrino.

Jungkook pegó su frente a la de Jimin, cerrando los ojos. Su respiración golpeaba la piel helada del otro, mezclada con el vapor blanco de la nieve.

—No eres escoria... —murmuró en un gruñido—. No sabías que alguien fuera a disparar.

Lo apretó más fuerte. Sus dedos temblaban, no sabían si sostenerlo o estrangularlo otra vez. Lupus caminó en círculos alrededor de ambos, su hocico sangriento olfateaba cada cuerpo que respirara demasiado cerca. Mirabella, quieta junto a Jimin, mantenía los colmillos expuestos hacia cualquiera que se atreviera a interrumpir.

Taehyung bajó su arma, respirando hondo. Yoongi dio la orden muda a los hombres de la mafia italiana de que bajaran los fusiles. Rahab, detrás suyo, emitió un leve ladrido grave, aprobando que aún no corriera más sangre.

Jungkook se apartó un poco, sosteniendo el rostro de Jimin entre sus manos, su pulgar rozando la comisura ensangrentada de su boca, respirando hondo, tragándose la nieve que le pegaba en las pestañas, la sangre coagulada en sus nudillos y la culpa que le corroía la lengua. Miró a Jimin, tan frágil, tan roto, tan suyo.

Sin más palabra, se agachó. Lo levantó en brazos, ignorando el peso, m. Jimin jadeó, quiso protestar, pero la mirada de Jungkook le selló la boca: acero puro, furia pura, devoción demente.

—No permitiré que te desangres aquí —le dijo, con la voz apenas audible entre la ventisca que devoraba la pista privada—. Escúchame bien... Tú eres mi prioridad, viviré por ti, moriré por ti y mataré por ti.

Lo sujetó más fuerte contra su pecho, sintiendo el calor tembloroso que se escapaba de su cuerpo.

—Lleven el cuerpo de Lucien al jet —ordenó Jungkook.

Taehyung y Namjoon apartaron a los hombres que quedaban, dando paso al camino despejado entre fusiles bajados y miradas bajas. Rahab caminó primero, olfateando la nieve, asegurando la pista. Opex y Uppa seguían detrás, vigilando, alerta a cualquier amenaza que pudiera quedar.

Jungkook giró la cabeza, su mirada negra se posó en los cuerpos apilados, en la manita de Lucien apenas visible entre la escarcha.

—Aseguren su cuerpo —dijo. Cada palabra le dolía como una bala—. Llévemolo a Italia. Quiero que sus cenizas descansen junto a su madre. Juntos, como debía ser.

—Sí, Pakhan —respondió Namjoon, y su voz no tembló aunque sus ojos sí se nublaron apenas—. Nos encargamos.

Mirabella se acercó, rozó su lomo ensangrentado contra la pierna de Jungkook, gruñó leve dándole un consuelo más que nada para Jimin, que respiraba con dificultad, que sentía que cada palabra de Jungkook doliera mucho más que la anterior.

Si tan solo supiera...

Lo mataría ahí mismo...

Jungkook avanzó. Sus botas pisaron charcos de sangre, nieve, trozos de casquillos vacíos.

—Te llevaré al mejor hospital de Italia —susurró, sus labios rozaban la frente helada de Jimin—. Te coserán bien, estarás bien.

Jimin abrió la boca, quiso confesar todo, el fusil, la orden omitida, la culpa, pero solo un hilo de voz escapó:

—Lo siento...

Jungkook no respondió. Lo sostuvo más fuerte, como si pudiera apretar la mentira hasta pulverizarla.

Detrás, los hombres italianos cargaron el pequeño cuerpo de Lucien con un respeto solemne, casi religioso. El niño parecía dormido, envuelto en una manta blanca que se manchaba lenta, casi poéticamente de rojo.

Los lobos alzaron la cabeza hacia el cielo. Lupus fue el primero en aullar, un canto grave y profundo que reventó el silencio de la pista. Opex y Uppa lo siguieron, un trío de gargantas salvajes que parecían bendecir la marcha fúnebre hacia la cuna de Italia.

Cuando abordaron el jet, Jungkook no soltó a Jimin ni un segundo. Lo acomodó sobre el asiento de cuero, se sentó a su lado, tomó su mano manchada de sangre seca y la pegó a su pecho.

—No te culpes. —Le sonrió de manera falsa y triste—. En la mafia todos nacemos muertos, lo demás es puro teatro.

Mirabella se pegó a las piernas de Jungkook, soltando un pequeño llanto. Ese hombre peligroso quería a Jimin y si lo quería, entonces ella también.

La escarcha cubría la pista cuando las turbinas se encendieron, tragándose la noche, tragándose la culpa, tragándose la promesa de que, aún después de la muerte, la mafia

siempre encuentra un modo de reclamar lo que ama.



La luz era blanca. Blanca como la nieve suiza que envolvía a esos cuerpos, que envolvía a Lucien... Jimin parpadeó. Una línea de luz quebraba la penumbra de la habitación privada, filtrándose entre persianas de madera. Olía a desinfectante, a rosas en un jarrón, a medicamentos.

Su abdomen estaba vendado. El dolor latía, insistente, pero no era nada comparado con el agujero abierto en su pecho. Se escuchaba a sí mismo respirar, lenta y mecánicamente, cada bocanada pedía permiso para quedarse.

Giró el rostro. Un ventanal mostraba un fragmento de Milán a la distancia. El canto apagado de una iglesia cercana se colaba por las paredes. Jimin cerró los ojos, volviendo a la noche anterior, el frío de la culpa seguía allí, anclado bajo su piel, más profundo que la bala.

"Oye, ya pasó. No puedes vivir en condena por un arrebató."

Decía Mirabella, que estaba en la habitación. No se había querido apartar de Jimin, incluso su pelaje blanco seguía manchado de rojo seco. Ella colocó su enorme cabeza sobre el colchón. Gimió, empujando su hocico contra la mano de Jimin.

—Mirabella... —murmuró. Su voz era áspera, casi sin carne.

"Él te ha perdonado... No sabe todo cómo pasó verdaderamente, pero tú no le disparaste, solamente tardaste en reaccionar. ¿De acuerdo? Ten paz, Mimi."

—Paz... —susurró con los ojos invadiéndosele de lágrimas.

La puerta se abrió, haciendo emerger silueta de Jungkook. Tenía la camisa negra arremangada hasta los antebrazos, los nudillos hinchados y aún marcados de moretones. Llevaba horas vigilándolo, sin sentarse, sin dormir, sin apartarse de la habitación salvo para organizar el funeral.

Sus ojos, hinchados, se posaron primero en la herida de Jimin y luego en su cara. Caminó lento, pesado, igual a un soldado que regresa de una guerra que nunca pidió.

Sin pedir permiso, se sentó a su lado en la cama. Mirabella gruñó bajo, pero no fue agresiva, ella se apartó a un rincón de la habitación. Jungkook posó una mano grande y caliente sobre la frente de Jimin, apartando un mechón rebelde.

—Despertaste —dijo.

Jimin tragó saliva. Su lengua sabía a hierro.

—¿Lucien...?

Jungkook asintió, sin apartar la mirada.

—Lo preparan para la ceremonia. Hoy... —su voz se quebró, tan fugaz como un relámpago, y respiró hondo para tragarse el temblor—. Hoy iré junto a su madre. ¿Me dejarás colocar sus cenizas junto a ella, cierto?

Un silencio cayó entre los dos, Jimin comenzó a llorar de manera fluida y silenciosa a medida que asentía.

—Italia me odiaría en este momento, soy un mal hermano, soy un mal capo, soy un mal novio.

Jungkook bajó la mano, tomando la de Jimin, apretándola fuerte. Demasiado fuerte para un amante, demasiado suave para un verdugo.

—Lucien era inocente en todo esto, Italia sabía en dónde lo metía al darlo a luz. —Exhaló—. Yo también lo sabía, aun así le di mi muestra para la inseminación.

»Lucien vivió feliz, no estuve con él durante su crecimiento. Lo visité muy pocas veces, de eso me arrepiento, pero ahora descansa lejos de toda esta mierda.

»Quise un mejor futuro para él, ahora con mi padre muerto pude dárselo, sin embargo he aprendido que después de la muerte no hay nada peor que pueda pasar. Estoy acostumbrado a ver bajas, Jimin. Si lo que te preocupa es mi sufrimiento; yo estoy bien.

»He nacido entre sombras y balas,
bajo un techo de pólvora y pecado.
Mi cuna un gran secreto.
Mi primer juguete, una pistola cargada...

»Aprendi a caminar sobre cadaveres,
a sonreír mientras otros lloraban.
No conozco el amor,
el perdón es casi un mito.

»La compasión es un chiste que casi nadie cuenta.
Mi alma está tatuada de nombres que no recuerda, rostros que se apagaron frente a mi vista congelada.

»Si alguna vez tuve corazón,
lo enterré junto a mi primer enemigo.
Avanzó igual a un Dios sin fe,
besando labios que temen mi nombre,
rompiendo promesas, todo a mi conveniencia,

»Y espero que quizás,
algún día alguien me ame lo suficiente
como para atreverse a destruirme,
porque solo el amor podría quebrarme.

—Jungkook... —susurró Jimin.

Jungkook no respondió con palabras. Lo besó, primero en la frente, después en la comisura del labio. Sabía a sal, a culpa, a cariño.

—Ese es un poema de mi autoría, yo... Realmente no me creo capaz de amar a nadie, Jimin.
—Suspiró—. Aunque lo decía, yo... No creo que amara a Lucien, simplemente sentía el derecho de querer protegerlo porque nació de mí. ¿Comprendes?

—No... No entiendo.

—Lo llegué a ver una vez al año porque estaba ocupado con otras cosas. Italia igual, casi no lo visitaba. Fuimos realmente muy malos padres. La única vez que lo miré dos veces al año fue el año de su nacimiento y cuando enfermó. Erika fue quien se desvivió por el niño. A su familia, a ellos les enviaré indemnización.

»Está mal que lo diga, pero me siento culpable por haber sido un mal padre, por por mentirle con cada te amo que salía de mi boca, le decía que lo amaba de dientes para afuera, casi por obligación... Le decía que lo amaba porque él me amaba. Este mundo no merecía a Lucien, yo no lo merecía, tampoco Italia.

»Tal vez mi instinto dominante y protector quería cuidar de ese niño, pero realmente no forjé un verdadero vínculo a su lado.

»Por eso no quiero que te vuelvas a disculpar —susurró sobre su boca—. Porque sé que no vas a crearme, pero... lo que siento por ti es mucho más real que lo que llegué a sentir por mi propio hijo, sangre de mi sangre y eso que... No tengo mucho tiempo de conocerte.

—¿Qué...? —musitó.

—¿Increíble, no crees? —Bufó—. Tal vez es porque eres un Lupus y me atraes como un imán, como si fueras la pieza que me hace falta.

—Lucien era tu hijo...

—Al que no veía más que una vez al año, el que nació de una inseminación artificial, el que tuve con una mujer a la que quería, apreciaba, pero que no amaba. —Jimin arrugó los labios—. ¿Demasiado cruel para tu corazón de patito?

—Sí no amabas a tu propio hijo, jamás podrás amarme a mí.

—Por ahora tenemos algo bien claro. —Rozó la boca con la suya, casi burlón—: y es que estoy obsesionado contigo... El amor vendrá después... Si quieres.

—¿Y si nunca llega el amor? —Jimin suspiró—. Yo quiero que me ames, quiero ser tu devoción.

—Enséñame a amar, Jimin.

Jimin contuvo el aliento ante la revelación de Jungkook y se sintió patético al ponerse celoso de aquel niño inocente.

Sí... Jungkook tenía razón. Ese pequeño nunca debió nacer para ese mundo.

El error no era de Lucien: era de todos ellos.



El cementerio privado de los Nostro se alzaba en la cima de una colina, custodiado por muros de piedra, cipreses negros y perros entrenados que rondaban el perímetro. Jimin

caminaba despacio, sostenido por el brazo de Jungkook. Vestía de negro absoluto: abrigo largo, bufanda oscura, guantes que cubrían sus dedos que aún temblaban. A su lado, Taehyung y Namjoon abrían paso entre la escolta armada de los Bratva. Detrás, Hoseok, Teiō de los Yakuzas, avanzaba en silencio, cubierto con un kimono negro y un abrigo occidental encima, mirando el suelo con la serenidad de un monje y la crueldad de un emperador.

Yoongi, caminaba con la espalda recta, detrás suyo los Cosa Nostro, Rahab a su lado, flanqueándolo como una sombra. Seokjin, Shān hu, dragón de las triadas chinas, lucía un traje impecable, un lirio blanco prendido en la solapa, y miraba todo como si calculara la mejor forma de hacerse dueño de cada piedra de ese lugar.

Juan Sandoval, el Plebe, se persignó frente a la cripta antes de encender un cigarro. Nadie se atrevió a regañarlo: el humo era su oración para los muertos.

La madre de Jungkook estaba allí también. Anikka, viuda de Terasov. Una mujer de rostro impenetrable, vestida con un abrigo largo de piel oscura. Su cabello recogido mostraba cada línea de su nobleza gastada. Sus botas apenas hacían ruido sobre la grava helada.

Jungkook abrió el nicho de mármol con manos firmes. Dentro descansaban ya Italia y Luca. Ahora Lucien dormiría ahí, entre fantasmas que nunca lo soltaron.

Jimin sostenía la pequeña urna blanca como si fuera un corazón arrancado. Sus labios murmuraban una disculpa que solo Mirabella, echada a sus pies, parecía escuchar. La loba respiraba lento, su pelaje ya estaba limpio, blanco, resplandeciente.

—Te traje con mamá —susurró Jungkook, inclinándose para posar la urna junto a las otras—. Espero que algún día me perdones por haber sido un mal padre, pequeño sol.

Taehyung tragó saliva. Namjoon bajó la cabeza, murmurando una oración en coreano. Hoseok juntó las manos, como un monje que absuelve culpas ajenas. Seokjin respiró hondo, Juan dejó caer la colilla apagada, la aplastó con la punta de su zapato caro.

Anikka dio un paso adelante. Su sombra se proyectó sobre Jungkook arrodillado. No tocó el mármol, ni siquiera lo miró. Puso su mano enguantada en el hombro de su hijo.

—Tu padre fue sepultado —dijo, sin temblor, sin piedad—. Pero no merece perdón. Ni siquiera fui a su tumba. Ese hombre... no merece oraciones.

Jungkook no la miró. Su mano acariciaba la tapa de mármol, cerrándola con cuidado.

—Lucien era un niño precioso que no merecía vivir entre todos nosotros. —Jungkook apretó los labios—. Lamento no haberlo amado tanto como estoy seguro que él me amaba a mí. Siempre honraré su memoria, siempre le estaré agradecido por su inocencia, por sus

dibujos que serán todos enviados a una de las galerías más importantes de arte dentro de Rusia.

El Pakhan se puso de pie, mirando a la multitud que lo acompañaba.

—Mi hijo no fue concebido por amor, pero era mi sangre y esa sangre no fue derramada en vano. ¡Hoy, en su funeral quiero que todos sepan que el Pakhan de los Bratva está sediento de sangre y que cualquiera que se atreva a traicionar será mutilado de manera lenta junto con toda su familia, grandes y pequeños porque si no tuvieron piedad con un tierno niño, entonces yo tampoco tendré piedad con nadie!

Un silencio pesado se extendió por la colina. Nadie se movió. Ningún pájaro osó cantar entre los cipreses. Fue entonces cuando continuó con voz baja, recitando para todos, dejando que el viento helado llevara sus palabras:

—Las cinco mafias más poderosas del mundo Juramos lealtad no a un hombre, ni a un trono, sino al equilibrio de las Cinco Familias. Nuestros intereses personales jamás estarán por encima del pacto. Si alguno de nosotros rompe esta ley, perderá el derecho a misericordia.

»Dentro del Metka se pacta una verdad simple: quien rompe sangre, sangra; quien vende lealtad, la paga; quien mira atrás, muere sin rostro.

Un murmullo de respeto recorrió la línea de mafiosos. Nadie replicó. Nadie respiró más fuerte de lo necesario.

Jimin sintió un escalofrío recorrerle la espalda mientras Mirabella, a su lado, erguía las orejas, como si entendiera que aquel pacto, antiguo como el pecado mismo, volvía a sellarse con la muerte de un niño.

Jungkook apretó la mano de Jimin, sin voltear a mirarlo, pero dejando claro para todos que su Metka, su marca de hierro, era también ese lazo que estaba surgiendo entre ellos dos.

El viento helado agitó las flores blancas. Entre la piedra y el mármol, Lucien descansaba al fin, pequeño príncipe de un imperio manchado que jamás lo mereció, un imperio que jamás conoció.



Horas después...

En un bar discreto, apenas iluminado por lámparas ámbar, Jungkook se doblaba sobre la barra de madera, rodeado de botellas abiertas. Su chaqueta negra colgaba de la silla; la camisa estaba arrugada, manchada de una lágrima que nunca se secó del todo.

Tenía un vaso a medio llenar en una mano, la otra golpeaba el mostrador cada tanto, marcando un ritmo sin sentido. Sus nudillos, magullados, goteaban un poco de rojo sobre la madera.

—¡Tráeme otro! —gruñó al cantinero, su voz se quebró al final, traicionándolo.

Namjoon estaba a su lado, colocando el brazo firme sobre sus hombros anchos, conteniéndolo sin contenerlo realmente. Taehyung, sentado del otro lado, fumaba despacio, expulsando el humo como quien exhala un secreto. De vez en cuando, levantaba la mano y golpeaba la espalda de Jungkook: fuerte, seco, tratando de despegarle la culpa a palmaditas.

—Pakhan... —dijo Namjoon, con suavidad casi imposible para un hombre de su tamaño—. Ya, hermano. No vas a arreglar nada así.

Jungkook rió, una carcajada hueca que se quebró en un gemido.

—Yo... ¡Yo dije que no lo amaba! —escupió, hundiendo el rostro en el vaso—. Le dije a Jimin que no lo amaba, me quise convencer de que era solo un error bonito, un experimento de la cabrona de Italia... Pero... —Lo miró, sus ojos oscuros estaban ojos rojos y fijos—. ¿Por qué carajo me duele así, Namjoon? ¿Esto es amar, hermano? Porque si esto es amar, qué jodido es, duele como el puto infierno.

Taehyung dio otra palmada, más fuerte.

—Lo amabas, idiota —murmuró, sin mirarlo siquiera.

En ese momento, la puerta del bar se abrió, dejando pasar el viento nocturno junto con dos sombras. Yoongi, impecable a pesar del olor a alcohol que impregnaba el lugar, llegó

primero. Jimin, detrás de él, llevaba un abrigo largo abierto y la herida cubierta con vendas frescas. Avanzó sin saludar, sin permiso, sin miedo.

Se detuvo frente a Jungkook, respirando sobre su corona oscura, ese cabello húmedo de sudor y rabia. Lo vio alzar la cabeza: unos ojos perdidos, vacíos de corona, vacíos de imperio.

Jimin alargó una mano, le acarició la mandíbula manchada de alcohol y ceniza. Jungkook parpadeó, parecía un niño deshecho.

—Lo amabas —susurró Jimin, apenas audible entre la música baja y los murmullos de fondo—. No te lo niegues más.

—No... —gimió Jungkook, apartando la cara, como un animal herido—. Si lo amaba... ¿por qué dejé que muriera? ¿Por qué lo mandé contigo? ¡No, no lo amaba!

La carcajada amarga se atragantó en su garganta. Jimin lo tomó de la nuca, lo obligó a mirarlo. Sus ojos, dos heridas abiertas, brillaron bajo la luz tenue.

—Si no lo hubieras amado, ni siquiera estarías respirando así —dijo Jimin, su voz era un hilo de hielo y ternura podrida—. Si no lo hubieras amado, estarías durmiendo tranquilo en Moscú, rodeado de putas, de oro y de pólvora. Pero no estás ahí... Estás aquí, llorando como hombre, como padre. Ya deja de hacerte el fuerte y abraza tu dolor.

Jungkook hundió la frente en el pecho de Jimin. El vaso resbaló de sus dedos, rodó sobre la barra, cayó y se hizo añicos a sus pies.

Namjoon lo abrazó más fuerte desde un costado. Taehyung apagó el cigarro sobre el cenicero, dejó una última palmada en el hombro de acero que temblaba como un cachorro. Yoongi pidió al cantinero que limpiara el vidrio roto. Nada más.

—Déjalo salir, Jungkook —murmuró Jimin, enterrando los dedos en su cabello—. Lloro todo lo que quieras... Llóralo bien, porque Lucien merece que su padre lo ame al menos ahora que ya no puede abrazarlo.

—No lo cuidaste bien, Jimin... No quiero culparte, pero no lo cuidaste bien. Sé que he sido un hijo de puta toda mi vida, sé que he lastimado, hurtado, matado, engañado, pero ese niño era puro, era inocente. No merecía morir en medio de la nieve, con un disparo en su estomaguito.

—Lo sé... —murmuró, Jimin ya estaba llorando a esas alturas—. Fue mi culpa, culpame a mí. Si quieres odiar a alguien, soy esa persona. ¿De acuerdo? Yo... Yo pude salvarlo y no lo hice, es, es mi culpa.

—Sí... —masculló Jungkook, abrazando a Jimin con fuerza, tanta que le tronaron los huesos de su espalda—. Es tu culpa Jimin.

Todos se quedaron en silencio, Yoongi, de manera discreta se acercó a Taehyung, colocando una mano encima de su hombro, sabía que le dolía ver a su hermano llorar. Jungkook... Él no lloraba, él siempre era fuerte, al igual que todos ellos.

—¿Qué fue lo último que dijo? ¿Lo... lo recuerdas?

—Dijo que le llamaban por una puerta, que había globos.

—Namjoon, envía cientos de globos de colores a su cripta.

—Ya lo hago, hermano.

—También dijo que te amaba y me pidió que te cuidara —susurrón Jimin.

—¿Murió en tus brazos? No... No murió solito, ¿verdad?

—No, corazón —susurró Jimin—. No murió solo.

—Jimin...

—Dime...

—¿Esto es amor? ¿Estoy llorando porque lo amo?

—Sí, estás llorando porque lo amas.

—Entonces mi padre no me enseñó bien —musitó.

Namjoon y Taehyung exhalaban, ellos sabían perfectamente a lo que Jungkook se refería porque también crecieron bajo las enseñanzas de Kang Terasov.

El Pakhan lloró como no se había permitido llorar nunca. El último sollozo de amor que negaba lo sostuvo vivo... mientras todo lo demás moría.



Confieso que sí lloré escribiendo esto.



No tengo nada para decir, solamente que esta no es una historia cute, ni soft y que si no tienes nada positivo para decir te ahorres los comentarios y mejor vayas a leer algo que sí te guste.

¡Gracias por leer!

[17] *Trato por amor*



Un mes después

Jimin se dirigía cada mañana hasta una florería elegante, elegía lirios blancos y claveles rojos, los envolvía él mismo en papel kraft y escribía una nota sin firma, aunque sabía que Jungkook siempre reconocería su letra. Los enviaba a Moscú, a la mansión de los Bratva, donde la nieve se tragaba cada color.

Jungkook, por su parte, le enviaba detalles que no combinaban con la primavera italiana: un abrigo de lana negra, un reloj suizo demasiado pesado para sus muñecas delgadas, un libro de poesía marcado con una página doblada: « *Toda herida se convierte en casa cuando no sabes huir* ».

Así pasaba el duelo: entre flores que se marchitaban en un despacho vacío y objetos que ocupaban su clóset sin ser usados porque no eran de su talla exacta.

El niño, Lucien, seguía allí, convertido en ceniza en algún rincón del recuerdo, aferrado a la memoria de ambos igual a una mordida clavada en el alma.

Jimin también cargaba la muerte de su hermana. La veía en la penumbra, detrás de cada copa de vino, en cada sonrisa que se le quebraba a mitad de la tarde.

Y la culpa anidaba era un animal hambriento. Lo devoraba cuando Jungkook le enviaba detalles románticos, lo mordía cuando sentía la tibieza de sus palabras a través del teléfono, cuando escuchaba su voz quebrantada susurrándole " *gracias por estar conmigo*".

Jimin quería confesarlo todo: " *Fue mi culpa. Pude salvarlo, pero no lo hice. Permití que muriera.*"

Pero nunca encontraba el coraje para hacerlo y eso lo destrozaba aún más.

El teléfono sonó cuando la luna estaba alta. Jungkook contestó desde su despacho helado, la voz rasposa de vodka y silencio. Jimin tenía la suya empapada de lluvia italiana.

—¿Estás bien? —preguntó Jimin, primero.

Hubo un chasquido de encendedor, la respiración de Jungkook se escuchaba suave y cansada.

—Estoy bien —mintió, pero su voz temblaba en las costuras.

Jimin cerró los ojos, apoyó la frente contra la ventana empañada.

—Te extraño —susurró, casi avergonzado.

Jungkook dejó escapar una risa breve.

—Yo también, patito. —Hizo una pausa, se escuchó un golpe de cristal, tal vez su vaso contra la mesa—. ¿Y tú? ¿Tu herida?

Jimin bajó la mirada a la venda que ya casi no cubría nada.

—Sana. Duele cuando río, nada más.

—No rías entonces.

—Imposible no reír cuando pienso en ti —murmuró, y por un segundo casi olvidaron que estaban a kilómetros de distancia.

Jungkook respiró hondo, casi se podía escuchar la nieve golpeando los ventanales de Moscú.

—¿Y tú? —insistió Jimin—. ¿Cómo... cómo estás por lo de Lucien?

Jungkook dejó que el silencio contestara primero. Luego, con la voz rasgada de invierno:

—Estoy bien. Ya sabes... uno se acostumbra. —Hizo una pausa, fue un hueco tan grande que Jimin quiso meterse dentro—. Duele menos cuando llegan tus flores.

Jimin cerró los ojos, sonriendo.

—Mañana te mandaré girasoles —dijo, aunque sabía que Moscú devoraría cualquier color.

—Hazlo.

Un silencio cómodo se tendió entre ambos, atravesado por la distancia, por la herida compartida, por el amor que seguían cultivando de poquito en poquito.

—Quiero quemar las monedas de Judas —dijo Jimin de pronto. Jungkook frunció el ceño del otro lado.

—¿Qué dices?

—Siento que traen mala suerte, son de mal augurio. —Se pasó la mano por la frente, exhaló—. Quiero quemarlas, Jungkook.

Jungkook no contestó de inmediato. Se escuchó un golpe, su mano sobre la mesa.

—Voy a Italia —dijo al fin, con una firmeza que era promesa y condena a la vez—. Espérame ahí. Quemaremos esas malditas monedas juntos.

Jimin sintió que la respiración le temblaba en el pecho.

—Está bien.

—Te extraño —repitió Jungkook, más bajo y más humano—. Quemar esas monedas es el pretexto perfecto para verte.

—Yo planeaba ir a Moscú con el pretexto de patinar sobre algún lago congelado.

—¿Ya puedes hacer ejercicio?

—Tengo qué... Las olimpiadas están a la vuelta de la esquina y si quiero llevarme al menos el bronce necesito practicar.

—Ganarás el oro, y cuando ganes haremos una gran fiesta con cientos de mafiosos. También... Tendremos sexo por primera vez.

—¿Esa es mi motivación para ganar? ¿Tener sexo contigo?

—Sí. —Jimin escuchó la risa de Jungkook, adoraba escucharlo reír porque casi no reía—. Si no ganas el oro en las olimpiadas no tendrás sexo conmigo y vaya que el sexo conmigo es delicioso, me lo han dicho.

—No me hagas tomar un vuelo y obligarte a follarme, Pakhan —murmuró Jimin, dejando que la amenaza se derritiera en el filo de su voz, entre seria y burlona.

—Te encantaría, ¿verdad? —dijo él, con un deje de ronquera—. Llegar sin avisar, irrumpir en mi despacho como un patito mojado... y obligarme.

—Quizá lo haga. —Jimin se acomodó contra el cristal, sintiendo la lluvia resbalar del otro lado—. A veces me da miedo lo mucho que quiero verte.

—A mí no me da miedo. —El tono de Jungkook bajó, se volvió humo—. Me da miedo no poder dejarte ir, eso sí.

Un silencio llenó la línea, pero era un silencio que no pesaba tanto como antes. Jimin imaginó el despacho de Jungkook: los lirios sobre la mesa, la pistola dormida cerca del cenicero, las paredes cargadas de secretos que nadie más escuchaba.

—Cuando quememos esas monedas —dijo Jungkook, casi un susurro—, quemaremos todo lo que nos ata a esos días. A Lucien, a tu hermana, a nuestros padres... a la parte de nosotros que no sirve para nada más que doler.

—¿Y después? —preguntó Jimin, su voz tan baja que casi se confundía con la lluvia—. ¿Qué pasa después de quemarlas?

Jungkook suspiró y Jimin escuchó el leve crujir de su silla.

—Después... supongo que me dejarás tocarte —respondió, sin ironía esta vez, casi vulnerable—. Sin miedo y sin fantasmas.

Jimin cerró los ojos, sintiendo una punzada detrás de la cicatriz que ya casi no dolía.

—Tu puedes tocarme cuando quieras, Jungkook —murmuró—. Lo sabes.

—Nos unió la muerte. —Jungkook tragó saliva. Jimin lo sintió, incluso a un mar de distancia—. Quiero tocarte sin ver sangre y sin que tú veas sangre, que cierres los ojos y no te ardas por dentro. ¿Es mucho pedir? Es que ya no quiero que te sientas culpable por lo que pasó ese día.

Jimin sonrió, triste, sintiéndose pequeño. En ese momento, Taehyung ingresó a la oficina del Pakhan sin pedir permiso, sin anunciarse.

—Tal vez nunca dejaré de sentirme culpable, en las noches no puedo dormir porque Italia me persigue, ella... No logra perdonarme por no cuidar de Lucien. —Hizo una pausa, escuchó su propia respiración mezclarse con la de él a través del hilo telefónico—. Pero podemos intentarlo.

—Claro que podemos. —La voz de Jungkook recuperó algo de filo—. Esos sueños desaparecerán con el tiempo, Mmm... Taehyung está aquí, quiere hablar conmigo de algo que parece urgente, te veré pronto, patito.

—Te veré pronto, mi bello.

Jungkook no levantó la vista enseguida. Permaneció sentado tras su escritorio, Taehyung avanzó un par de pasos, las manos heladas dentro de los bolsillos del abrigo largo. Tenía el rostro pálido, las ojeras profundas, la voz atrapada entre el orgullo y el miedo.

—Pakhan... —empezó, y Jungkook apenas levantó un ojo.

—Habla.

Taehyung tragó saliva. Dio un paso más. La nieve derretida chorreó de sus botas caras sobre la alfombra persa.

—Quiero pedirte que... —Inspiró, bajó la mirada a sus propias manos—. Que canceles mi compromiso con Shān Hu.

El aire se congeló un segundo.

Jungkook lo miró entonces, directo a esos ojos oscuros que no parpadeaban.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —preguntó, con voz medio molesta.

Taehyung tragó saliva otra vez.

—Lo amo, Jungkook. Amo a Corvo... A Yoongi.

Jungkook dejó escapar una breve risa por la nariz. No era burla; era cansancio.

—Taehyung... Es un acuerdo —dijo—. Tú te casas con Shān Hu, nosotros con las triadas. Sin sangre, sin guerras innecesarias. Es simple.

Taehyung dio otro paso. Ahora estaba frente al escritorio.

Dejó que la dignidad se le deslizara de los hombros y se arrodilló. El golpe de sus rodillas sobre la alfombra retumbó más que un disparo.

—Te lo suplico. —Su voz se quebró, y sus manos se posaron sobre el borde de la mesa, aferradas como un rezo—. Por favor, Jungkook... Hermano... Déjame vivir esto con él. Déjame quedarme con Corvo. Papá ya está muerto, él fue quien pactó esto... Tú eres el nuevo Pakhan, no me obligues a casarme sin amor.

Jungkook lo miró largo rato. Sus dedos jugaron con la cadena de plata que Jimin le había enviado días atrás, pensó en lo mucho que quería a Jimin y en lo doloroso que le sería apartarse de él con tal de cumplir con su deber.

—Ve con Shān Hu —dijo al fin, su fue casi misericordiosa—. Si él acepta romper el compromiso, entonces también lo haré.

Taehyung alzó la cabeza, incrédulo. Tenía los ojos brillantes y húmedos.

—¿De... de verdad?

Jungkook asintió una vez.

—Convéncelo, Taehyung. De manera pacífica. No quiero más guerra. Ni más cadáveres en mi suelo. Si logras que Shān Hu te libere... Pues asunto arreglado.

»No mueras por favor, que no quiero enterrar a otro miembro de la familia.

Taehyung dejó escapar un sollozo que se tragó de inmediato. Se inclinó un poco más, su frente casi tocó la superficie de madera.

—Gracias... Gracias, Pakhan... Gracias.

Jungkook apartó la mirada, un leve destello de ternura se filtraba entre la severidad.

—Agradécele a Jimin después —murmuró, casi para sí mismo.

Taehyung parpadeó, confundido.

—¿A Jimin?

—Sí —Jungkook soltó una risa pequeña, fatigada—. Si no supiera lo que es estar enamorado, ahora mismo estaría llamando a Shān Hu para disculparme por tu comportamiento. —Se pasó la mano por la nuca—. Así que corre antes de que cambie de opinión.

Taehyung se puso de pie, con el corazón desbocado y las manos temblorosas. Quiso decir algo más, pero se quedó mudo, mirando a Jungkook agradecido de que su hermano fuera el Pakhan.

Jungkook levantó la mano, sin mirarlo ya, indicándole la puerta.

—Fuera de mi oficina, Jeon Taehyung. Ve y gánate tu libertad.



Al día siguiente...

Jimin tenía las palmas abiertas sobre el tapete negro, la frente llena de sudor y la cicatriz en el abdomen palpitando como un segundo corazón.

Inhaló.

Exhaló.

Flexionó los brazos otra vez, bajando el pecho hasta casi rozar el suelo.

—Treinta y dos... treinta y tres... —musitaba agotado.

" *Vamos, príncipe, no me hagas avergonzarme de ti.* "

Jimin soltó un bufido ahogado entre dientes. Tembló. Volvió a empujar su cuerpo hacia arriba.

—Calla, Mirabella... Treinta y cuatro —continuó.

"Si puedes follar con la mirada a tu novio mafioso, puedes hacer cien lagartijas sin quejarte."

Jimin rió, un segundo, pero la punzada en la herida lo obligó a cerrar los ojos.

Una gota de sudor cayó sobre la esterilla, en ese instante, sintió la sombra pasar por su costado. Un par de pies descalzos. Pequeños, torpes..

Lucien.

Su respiración se trabó al mismo tiempo que un escalofrío le recorría la columna. Apretó los puños y bajó de nuevo.

—Treinta y cinco —murmuró.

Se desplomó de lado cuando el ardor se volvió insoportable. Se sentó en el suelo, respirando como si todo el aire del mundo no fuera suficiente. Mirabella caminó hacia él con pasos lentos y replegó su lomo en sus piernas.

"Tómate agua, o terminarás desmayado y tendré que llamar a ese pájaro negro para que te levante del suelo."

Jimin sonrió, con la mirada perdida en el techo alto de madera. Tomó la botella de agua y las pastillas que estaban en un banquillo de metal, se tragó dos sin protestar. El agua bajó quemándole la garganta, pero el calor fue un alivio fugaz.

"¿Lo viste otra vez?"

preguntó Mirabella, observándolo con algo de preocupación.

Jimin no contestó. Solo se pasó la mano por la frente.
La sombra de Lucien seguía ahí, justo fuera del rincón de su ojo.

"No es un fantasma. Es tu conciencia, príncipe."

Jimin no tuvo fuerzas para discutirlo. Se levantó como pudo, apoyándose en el banco. En ese momento la puerta del gimnasio se abrió sin ceremonias. El golpe de pasos elegantes se escuchó sobre la tarima. Yoongi apareció, con su traje oscuro intacto, pero el cabello revuelto como si hubiera cruzado la ciudad entera sin detenerse.

Mirabella rodó los ojos.

"Y llegó el pájaro negro"

Yoongi se plantó frente a Jimin, sus ojos centellaron bajo la luz.

—¿Recuerdas que te dije algo sobre mi relación con Sergei Terasov?

Jimin lo miró, confuso.

—Mmm... Sí, lo recuerdo.

Yoongi se cruzó de brazos. Se permitió, por una vez, una leve curva en la comisura de sus labios.

—Shān Hu aceptó la ruptura del compromiso. Taehyung lo convenció. Sin guerra, sin disparos. Un pequeño milagro, viniendo de él.

Jimin dejó escapar una risa baja. El peso en su pecho se movió, solo un poco.

—Entonces Taehyung y tú...

Yoongi negó con la cabeza, quitándole importancia, aunque un leve rubor le subió a las orejas.

—Nada está escrito —gruñó—. Pero por ahora no tendremos una cabeza en una bandeja china y eso es suficiente. Aunque...

—¿Aunque?

—Shān Hu quiere reunirse con nosotros. —Exhaló—. Quiere asegurarse de que Taehyung y yo nos queremos de verdad y que no es una coartada porque no es agradable a los ojos de Tae.

Jimin bajó la mirada a sus manos, flexionó los dedos. Sintió cómo la pastilla empezaba a adormecerle el fuego en el vientre.

—¿Y vas a ir?

—A eso he venido, a pedirte permiso de ir a Corea del Sur para encontrarme con ellos.

—¿Quién estará a cargo en tu ausencia? Sabes que no pueden ver mi rostro, yo solo aparezco en las ejecuciones y ante el Metka. No podría...

—Los hermanos Wang estarán a cargo, ¿los recuerdas? Jackson y Taemin. Te prepararé todo, ellos se comunicarán contigo por auricular, no tendrás que verlos, ni dar órdenes por un día. Aunque si algo se complica te llamarán por el auricular directo, solo que no debes quitártelo por ningún motivo durante mi ausencia.

Jimin exhaló.

—Amas a Taehyung —Jimin afirmó—. ¿Cierto?

Yoongi se ruborizó.

—Con toda mi alma, Jimin.

Jimin sonrió.

—Entonces ve, prepárame lo necesario. De igual manera no estaré solo porque vendrá mi novio de visita. —Jiminladeó la cabeza—. Le mandas mis saludos a Shān Hu, dale algún obsequio costoso de mi parte y agradécele por permitir la felicidad de mi adorado primo.

Jimin se acercó, dándole un beso en la barbilla, cerca de la clavícula a Yoongi, quien lo sostuvo de los hombros y lo miró directo a los ojos.

—Jimin, quiero que estés tranquilo y que duermas. Tienes ojeras y eso no luce bien en ti.

—¿Estás diciendo que me veo feo? —Arrugó los labios—. No puedo verme feo porque vendrá mi novio...

—No te miras feo, te miras débil, pareces fantasma.

—Quizás eso es porque no paro de ver el fantasma de Italia, de mi papá y de Lucien. —Suspiró—. Incluso he visto al profesor pessina, ¿Sabes lo difícil que es? ¿Cómo haces para no ver el fantasma de todos tus muertos?

Yoongi sostuvo su mirada un segundo largo, casi doloroso.

Sus dedos se cerraron sobre los hombros de Jimin más firmes que antes.

—Cada muerto carga un nombre y una deuda. Si los dejas sentarse a tu mesa, se quedan. Si les das tu cama, te roban el sueño. Si les hablas, se multiplican. —Hizo una pausa, su aliento rozó la frente sudada de Jimin—. Los muertos se entierran, Jimin. Aquí —apuntó con un dedo su propia sien—. Y aquí —apretó el pecho de Jimin, justo donde la cicatriz ardía.

Mirabella, encaramada sobre el banco, los miraba con la cabeza ladeada, como una esfinge vieja que ya lo había visto todo.

—Si algún día quieres volver a dormir tranquilo —susurró Yoongi—, entiérralos bien y no vuelvas a excavar.

Jimin bajó la cabeza. Sus labios temblaron un instante, pero se obligó a sostenerle la mirada.

—¿Y si no puedo?

Yoongi sonrió, esa sonrisa rota que parecía una línea de pólvora antes de prenderse.

—Entonces te vuelves uno de ellos. —Su pulgar rozó la comisura de la cicatriz de Jimin—. Y te juro que yo mismo cavaré tu fosa para que no molestes a nadie.

Jimin rió, bajo, quebrado. Lo abrazó, hundiendo la frente en su hombro.

Yoongi, por una vez, no se apartó.

—Sabes todo, ¿verdad, hijo de puta? —preguntó Jimin en un sollozo.

Yoongi le dio unas palmadas en su espalda.

—Los hombres que mataste, todos eran fieles a los Nostro, crecí con muchos de ellos. Ellos jamás nos traicionarían, a excepción de unos cuantos que no reconocí. —Exhaló—. ¿Tú lo mataste o se te fue de las manos?

—No lo maté, yo no disparé. —Ya estaba llorando sin darse cuenta—. Pero cuando el chofer me dijo que había traidores no hice nada al respecto, dejé que el niño bajara del automóvil con Erika, yo... Por un momento lo culpé de la muerte de papá, de la muerte de Italia, me sentí celoso de tener que competir contra él por la atención de Jungkook y entonces, omití la orden.

»Yoongi, yo no le disparé, pero permití que alguien más lo hiciera. Me siento culpable, era un niño.

—La muerte de niños dentro de la mafia es más común de lo que crees, no te agobies por eso —murmuró palmeándole la espalda.

—Era el hijo de mi hermana, de la mujer que más he amado en el mundo y por mi egoísmo, por mi maldad permití que,

—Los muertos se entierran o te comen vivo. —interrumpió—. Ya está, lo hiciste. No queda más remedio que aceptarlo y seguir viviendo.

—Pero...

—Tú y yo sabemos que no es tu primera vez matando por impulso, Jimin —dijo apartándose de su lado—. Esa es la razón por la que el tío Luca no quería que tomaras las riendas del negocio, por eso te ocultó todo este mundo. Porque sabía que tomarías decisiones precipitadas, pero también sabía que eres inteligente, capaz y fuerte. Eres el arma más letal de la mafia Italiana, el arma más letal de los Nostro y Dios salve a quien se meta contigo porque incluso los alfas se doblan ante tu fuerza.

—Jungkook no, el Pakhan es un Alfa Lupus. Y maté a su hijo, cuando se entere va a,

—¿Piensas decirle? Cubrí bien las huellas cuando lo descubrí. —La mirada de Yoongi era calculadora—. No le digas nada, bueno... No le digas si te interesa seguir a su lado. Después de todo por una parte mataste al niño para quedarte con toda su atención, ¿no es así?

—Sí Italia estuviera viva me habría matado mientras duermo...

—No sé qué tanto amaba Italia a ese niño, pero Artyom dijo luego de la ceremonia fúnebre en aquella noche en el bar que casi no visitaban al niño. Ni él, ni mi prima.

»Italia te habría perdonado porque eres a quien más adoraba en todo el mundo, y no lo digo para quedar bien contigo. Sabes que no soy un lamebolas.

—Debí cuidarlo —musitó Jimin.

—No lo hiciste y ya está. ¿Vas a lamentarte toda tu vida por eso? No, tienes que seguir. De lo contrario terminarás enloqueciendo.

Yoongi chasqueó la lengua, como si quisiera borrar el veneno del aire. Lo miró de arriba abajo, calibrando la fractura y el filo.

—Mira bien quién eres, Park Jimin —dijo, con esa calma venenosa que tenía cuando ya no hablaba como Yoongi, sino como Corvo, el que sabe limpiar cadáveres y conciencias por igual—. Eres el heredero de un linaje que ahora se arrodilla a tus pies, eres el nido donde se entierra la culpa de todos los demás. —Se inclinó hacia él—. Pero si vas a ser la presa, te devoran. Si vas a ser el fantasma, te olvidan. Y tú no naciste para ser ni lo uno ni lo otro.

Jimin apretó los labios, contuvo el temblor de su barbilla.
Yoongi lo tomó del rostro, firme, obligándolo a mirarlo.

—Te lo repito una vez más: entierra a Lucien aquí —le rozó la sien con un dedo, helado— y aquí —le dio un leve golpe con los nudillos sobre el pecho—. Y cuando Artyom llegue... míralo a los ojos como si no debieras nada. Porque no le debes nada, porque él también te arrebató a mi tío, a tu padre.

Jimin tragó saliva. Sintió la amenaza latir bajo la piel, la misma que ardía cada vez que recordaba la sangre, los pies descalzos, la carita dormida en la urna de cenizas.

—No sé si puedo hacerlo —musitó.

Yoongi soltó una risa tan corta que fue casi un cuchillo.

—Claro que puedes. Solo recuerda que no eres el niño rico que patina y mata por diversión. Eres el Capo di tutti capi. Dueño de toda Italia, con un chasquido de tus dedos se organiza una guerra, con un chasquido de tu dedo se crea paz. La verdad está en tus labios, la libertad y la sentencia.

Mirabella, aún sentada en el banco, bostezó satisfecha al escuchar las palabras de Yoongi.

"Lo que dice el pájaro negro es correcto, Mimi. Deja de lamentarte."

Yoongi se ajustó el cuello de la camisa con un movimiento elegante.

—¿Estás con Jungkook porque lo quieres o por algún interés dentro de la mafia?

—Lo quiero —musitó.

—Entonces guarda y olvida todo lo relacionado con Lucien o no podrás ser feliz a su lado.
—Le dio una palmada en el hombro—. Y la próxima vez que dejes salir a tu Omega Lupus llámame y dime la verdad para ayudarte a limpiar la escena del crimen. Te amo y mi lealtad está contigo sin importar lo que hagas.



Luego de dejar todo listo, Yoongi se dirigió a Corea Del Sur. No llevaba más que un maletín discreto y la pistola que nunca abandonaba en el interior de su traje.

Taehyung lo esperaba junto a un convoy negro, apoyado en la puerta trasera, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Cuando vio a Yoongi bajar, su boca se torció en esa sonrisa arrogante que no podía sostener más de dos segundos antes de quebrarse.

Yoongi alcanzó a dar dos pasos cuando Taehyung se le echó encima. Lo abrazó, fuerte, casi doloroso, enterrándole la nariz en el cuello.

—Olías igual la última vez que te vi —susurró Taehyung, con la voz ronca.

Yoongi soltó una risa corta, el brazo izquierdo apretó la cintura del alfa.

—Sigues siendo cursi, Sergei —murmuró.

—Y tú sigues oliendo al amor de mi vida —Taehyung lo separó solo lo justo para mirarlo a los ojos—. Vamos. Shān Hu reservó el ático de su hotel para vernos.
Yoongi arqueó una ceja.

—¿Seguro que aceptó romper el compromiso?

Taehyung rio, pero sus ojos seguían clavados en su boca porque quería devorarlo ahí mismo.

—Sí, pidió algo a cambio y se lo daremos.

—¿Qué pidió?

—Todavía no me dice. Ya, sube o te juro q he te arranco la ropa aquí mismo y te hago mío.

El trayecto hasta el hotel fue corto, un edificio de vidrio y luces suaves a la orilla del río Han. Les abrieron paso hasta el piso más alto. Un salón de reuniones privado, tan pulcro que olía a dinero viejo y té de jazmín.

Un par de sirvientes chinos les ofrecieron copas de licor transparente, servidas en vasos de cristal cortado. Taehyung alzó el suyo sin mirarlo demasiado, girando la copa entre los dedos largos.

—Dice que vendrá en media hora —comentó, dejándose caer en uno de los sillones, y Yoongi soltó por fin el peso del maletín a un lado.

—Media hora es demasiado —gruñó Yoongi—. ¿No es esto alguna trampa o algo por el estilo, qué pasaría si,

Taehyung no lo dejó terminar. Se inclinó hacia él, apoyó las manos a cada lado de sus muslos y le rozó la barbilla con la nariz.

—Si ese dragón respira cerca tuyo me encargaré de partirle los dientes. —dijo gruñendo.

Yoongi soltó una carcajada. Tomó la copa que estaba entre las manos de Taehyung y la dejó en la mesa baja de golpe.

—Relájate. Estamos aquí por un acuerdo de paz, no para desatar otra guerra.

Pero Taehyung ya estaba arrastrándolo de la muñeca. Lo obligó a levantarse, el olor de su feromona revuelto con la rabia Alfa se pegó como veneno en la piel.

—Cinco minutos —murmuró Taehyung, empujándolo contra la puerta de la habitación privada que estaba junto a la sala principal—. Solo para recordarte de quién eres.

Yoongi iba a protestar, pero Taehyung le devoró la boca con un beso caliente, violento, lleno de palabras que no se decían. El golpe de sus espaldas cerró la puerta, dejando afuera la diplomacia y la cortesía.

Entre jadeos, Taehyung le mordió la oreja, bajó la mano a su pecho, lo obligó a retroceder hasta que chocaron con la pared tapizada en seda.

—Cinco minutos —repitió, susurrándole contra la garganta—. Y después saludo a Shān Hu como si nada hubiera pasado.

Yoongi tragó saliva, una sonrisa torcida se le dibujó entre dientes mientras le desabrochaba el primer botón de la camisa a Taehyung.

—No vas a aguantar ni dos —provocó.

Taehyung chasqueó la lengua, presionó la frente contra la suya. Su aliento mezclaba menta y feromona Alfa pura, tan densa que Yoongi sintió la piel erizársele bajo la camisa.

—Calla, Yoongi. —Su mano bajó, arrancándole el saco de un tirón descuidado, dejando que cayera como un animal muerto a sus pies. Sus dedos encontraron el nudo de la corbata, lo deshicieron con la habilidad de quien ya lo ha hecho mil veces, y la arrojó a un rincón—. Mírame.

Yoongi obedeció. Clavó los ojos en los suyos, negro contra fuego. Taehyung bajó la boca a su cuello, rozando la vena expuesta, abriendo los labios, mordiendo suave, un reclamo posesivo que quemaba.

—Sigues sabiendo igual —susurró, dejando un camino húmedo hasta el borde de la mandíbula—. Más de medio año sin tocarte, sentía que me volvería loco. ¿Por qué hueles al Capo? Te besó la mandíbula, siento su aroma.

—Eres celoso, mi Taehyung —contestó Yoongi, con un bufido que se quebró cuando Taehyung bajó una mano a su cadera, la presionó fuerte, marcándole la curva bajo la camisa metida aún en los pantalones de traje—. Me dio un beso de despedida porque vendría a cerrar el acuerdo, mi primo es cariñoso

Taehyung dejó un beso lento bajo su oreja, sus dedos se colaron entre la pretina, tirando apenas del cinturón sin quitarlo del todo.

—No quiero que vuelvas a dejar que te besos en tu cara, eres mío —gruñó Taehyung, lamiendo el punto donde latía el pulso—. Recuerda que me perteneces, a mí... y a nadie más.

Yoongi soltó un gemido bajo, lo detuvo con una mano fría en la nuca.

—Entonces hazlo bien, Alfa. Follame y deja de hablar.

Taehyung levantó la cabeza, sus ojos llamearon un segundo antes de capturarle la boca otra vez. Fue un beso sucio, sin modales. Se devoraron la lengua, chocaron los dientes, respiraron uno dentro del otro. Taehyung empujó su pierna entre las de Yoongi, lo forzó a abrirse, lo sostuvo firme contra la pared con la rodilla hundida en su entrepierna.

—Taehyung... —jadeó Yoongi cuando sintió la presión directa, la tela se tensaba demasiado rápido, caliente, cruel.

Taehyung hundió los dedos en su nuca, tiró de su cabello hacia atrás, obligándolo a arquearse, a exponerse.

—¿Duele? —susurró contra su garganta, mientras la otra mano se colaba bajo la camisa abierta a medias, recorriendo piel, rozando la línea marcada de su estómago.

—Un poco —mintió Yoongi, medio ahogado.

Taehyung sonrió, un relámpago de malicia. Su lengua trazó un camino lento entre el cuello y la clavícula. Mordió ahí, sin delicadeza, dejando un moretón que iba a durar días.

—Bien. Que te arda cuando respires —murmuró. Su palma bajó un poco más, presionó la dureza que crecía debajo del pantalón sin desabrocharlo—. Recuerda de quién eres.

Yoongi soltó un gemido bajo, clavándole las uñas en la muñeca, buscando control que sabía que ya no tenía. Taehyung volvió a capturarle la boca, lo besó tan profundo que casi no hubo aire. La presión de la rodilla lo obligó a rozarse, a buscar fricción. Era humillante, delicioso, brutal.

Cuando Yoongi soltó un gruñido, Taehyung se apartó, sus labios rojos, húmedos; brillaban.

—No acabes —ordenó, relamiéndose la boca—. Sal ahí a negociar con tu polla dura. Quiero ver cómo miras a Shān Hu sin doblarte. Es tu castigo por dejar que el capo besara tu carita.

Yoongi respiraba a bocanadas, con la frente llena de sudor, la mirada oscura como pólvora mojada.

—Maldito celoso —jadeó, intentando recomponerse.

Taehyung le arregló el cuello de la camisa, dejando un beso suave justo donde había mordido.

—Soy tu Alfa. Y tú, mi ave carroñera favorita.

Se separó, dándole espacio para arreglarse, dejar el cabello en orden, ignorando la dureza latente aún palpitando en la tela.

Del otro lado de la puerta, se escucharon pasos. La comitiva de Shān Hu estaba llegando. Yoongi respiró hondo, tragó saliva y terminó de acomodarse la ropa sin mirar a Taehyung.

—No me distraigas cuando hable —advirtió, entre dientes.

Taehyung soltó una carcajada baja, abrió la puerta como si nada.

—No puedo prometerlo, mi amor.



El salón de reuniones olía ahora a madera cara, licor y feromona alfa mal disimulada. Taehyung y Yoongi ocuparon los asientos principales junto a la mesa de madera oscura cuando la puerta se abrió con un suave crujido.

Primero entró Namjoon, impecable en su traje gris carbón, tenía la mirada severa. Detrás de él, Seokjin apareció de manera elegante: túnica negra de lino, anillos de jade, cabello bien peinado y una sonrisa sutil que parecía tallada a mano.

Afuera, dos asistentes chinos cerraron la puerta tras ellos y se quedaron de guardia.

—Corvo, Sergei —saludó Seokjin, abriendo los brazos como si recibiera a parientes lejanos. Se sentó frente a ellos, con Namjoon a su lado, y dejó caer un abanico de madera sobre la mesa—. Han hecho un largo viaje para evitar una boda. Los respeto por eso.

Taehyung inclinó la cabeza, con la mandíbula tensándose cuando Seokjin se permitió mirarlo de arriba abajo como quien evalúa una joya devuelta. Yoongi, en cambio, sonrió con educación y encendió un cigarrillo sin pedir permiso.

—Hablemos claro, Shān Hu —dijo Yoongi, soltando el humo despacio, dejando que Taehyung recuperara la compostura—. Mi jefe te envía su gratitud por permitirme permanecer con el amor de mi vida. Recibirás regalos de su parte. Un cargamento que llegará a tu puerto personal en dos semanas.

Seokjin asintió, jugando con el abanico entre sus dedos largos.

—Lo agradezco, Corvo. Pero hay un problema —dijo, mirando primero a Yoongi, luego a Taehyung, y por último a Namjoon, que frunció apenas el ceño, incómodo—. Tenía todo preparado para mi boda. Invitaciones, comida, trajes. Medio año de gastos. No pienso quedarme vestido y alborotado.

Namjoon se irguió un poco, la tensión le marcaba la mandíbula.

—¿Qué significa eso? —preguntó, en un tono más gélido de lo habitual.

Seokjin apoyó un codo sobre la mesa y entrecerró los ojos, ladeando la cabeza hacia Namjoon.

—Pues si Sergei no se quiere casar conmigo —Sonrió—, creo que es justo que otro Terasov tome su lugar, ¿no cree, Mijail?

Taehyung apretó el borde de la mesa, un crujido leve se escuchó en la madera. Yoongi exhaló humo por la nariz, midiendo la reacción de Namjoon, que tragó saliva, manteniendo la mirada fija en Seokjin.

—Quieres a Mijail como prometido —declaró Yoongi, sin rodeos.

Seokjin inclinó la cabeza, su sonrisa se ensanchó, sin enseñar dientes.

—Quiero algo que equivalga a Sergei. Y no acepto imitaciones. Si Sergei rompe el trato, pago con otro Terasov. Justicia simple. Y no quiero un matrimonio falso, quiero un vínculo real. Papel, firma, fiesta.

Taehyung abrió la boca para protestar, pero Namjoon levantó una mano, como un juez deteniendo a un testigo.

—Déjame entenderlo, Shān Hu. Si aceptamos esto, ¿no habrá guerra? ¿Mantendrás abiertos tus puertos, tus rutas? ¿Protegerás el intercambio con Moscú?

Seokjin asintió, el abanico se cerró con un chasquido.

—Exacto. Me caso con un Terasov o llamo al Pakhan para explicarle por qué uno de sus lobos Alfa está jugando con mis promesas.

Namjoon dejó escapar una risa seca, sin rastro de humor. Sus dedos tamborilearon sobre la mesa de cristal.

—Y si no acepto —dijo, despacio, mirándolo directo a los ojos—, ¿qué vas a hacer?

Seokjin se inclinó hacia adelante, apoyando la barbilla en la mano, con la sonrisa intacta.

—Reunirme con el Pakhan y hacer un gran escándalo.

Yoongi apagó el cigarrillo. Intercambió una mirada con Taehyung, luego volvió a fijarse en Namjoon.

—Podríamos discutirlo. Darle forma, un contrato de conveniencia, un año de prueba —dijo Namjoon.

Pero Seokjin negó con suavidad, sus ojos rasgados se estrecharon como dos medias lunas.

—No juego a prueba, Mijail. O se sientan a mi mesa como familia, o se sientan como enemigos. Y no me gustan los enemigos. No les conviene ser mis enemigos.

—Existe el Metka —dijo Taehyung.

—El trato con el Metka es con sus líderes, no con ustedes. Ustedes son simples peones.

Taehyung se inclinó, rozó la mano de Yoongi bajo la mesa, necesitaba atarse a algo para no saltar sobre el líder de las triadas.

Namjoon respiró hondo. Sus ojos cruzaron los de Yoongi, luego los de Taehyung.

—Sergei, ¿tú sabías esto? —le preguntó, bajo, casi un gruñido.

—No... pensé que solo rompería el compromiso. —Taehyung tragó saliva, el sudor le brillaba en la nuca.

Namjoon chasqueó la lengua, hundió la espalda en el respaldo. El silencio pesó hasta que Yoongi se inclinó hacia él, su voz fue una orden envuelta en terciopelo:

—No tienes que hacerlo —murmuró Taehyung, bajito.

Namjoon cerró los ojos un segundo, su mandíbula se tensó. Abrió los ojos y miró de frente a Seokjin, como un lobo enseñando los colmillos.

—Si quieres casarte conmigo, dragón —dijo—. Primero tendrás que demostrar que sabes sobrevivir a mí.

—Uy, que candente sonó eso, ¿quieres follarme antes de ser mi esposo? Soy alguien tradicional, cariño.

Namjoon se talló el rostro.

—Más vale, cabrones. —Señaló a Taehyung y Yoongi—. Que se amen hasta el último día de sus malditas vidas.

—Mijail... —murmuró Taehyung.

—Me caso contigo —dijo Namjoon—. Después de todo también soy un Terasov y te saldrá mejor porque soy el segundo al mando. Pero olvídate de Sergei.

Seokjin abrió los brazos de manera inesperada, riéndose a medida que se lanzaba a los brazos de Namjoon, quien permaneció quieto, inquebrantable.



Mis parejitas ya se están formandoOoOooOo 😊👉😊👉😊👉😊👉

Feliz como lombriz!!!! 🐛

Nos leemos mañana mis lobs preciosaaaaassss 🐾

Y OMG, YOONGI SABÍA, SIEMPRE SUPOOOOOO

Por cierto, yo si quería un gogogo potente entre el Taegi, pero a Taehyung se puso celoso y no cooperó. 🙄

[18] *Un dios que todo lo ve*



El portón de hierro forjado se abrió a regañadientes para recibir la caravana negra, encabezada por un Mercedes blindado que, a pesar de la discreción, imponía respeto entre los jardines de olivos y cipreses que bordeaban la entrada principal.

Jungkook bajó primero. Iba vestido de negro, un traje ligero, corbata suelta, el abrigo colgado en un brazo. Detrás de él, su lobo Lupus que se estiró al pisar el empedrado. Olfateó el aire, gruñó leve al sentir la humedad del jardín.

Uno de los sirvientes, un hombre mayor de uniforme gris y mirada baja, se apresuró a inclinarse, casi sin levantar la vista.

—Señor Pakhan... el signore Nostro está descansando —anunció, con un temblor en la voz.

Jungkook giró el rostro, sus ojos de sombra quemada se posaron sobre el anciano.

—Despiértalo —ordenó, sin dureza, pero tampoco con paciencia.

—Me temo que si lo despierto pueda castigarme. Luca Nostro no es despertado por nadie, nunca, solamente lo Corvo.

—Entonces iré yo.

El hombre tragó saliva, asintió porque sabía que él Pakhan era algo más que un amigo de su amo, asintió que se retiró a paso corto, mientras Jungkook seguía su propio ritmo por el corredor de mármol. A sus espaldas, Lupus se quedó atrás, olfateando los setos que bordeaban el estanque de carpas. El animal se inclinó hacia el agua, la lengua le colgaba entre los colmillos. Sabía que si se metía, mordería algo que no debía; su humano no necesitaba limpiar sangre esa tarde.

Los ventanales dejaban entrar la luz dorada, moteando el suelo con reflejos tibios. La mansión olía a madera encerada, flores frescas y un leve rastro de pólvora que nunca desaparecía del todo en territorio Nostro.

Cuando Jungkook llegó a la escalera principal, Mirabella, estaba en la galería. Se levantó de su rincón junto a la puerta de roble, la cola se agitó en un saludo silencioso. La bestia, casi tan alta como un hombre cuando se erguía, bajó la cabeza para olfatearlo. Su hocico rozó la mano enguantada de Jungkook, le soltó un lametón tibio y breve, aprobándolo y le cedió el paso como una guardiana satisfecha de su sustituto.

Jungkook empujó la puerta de la habitación sin hacer ruido. Dentro, la penumbra era dulce. Las cortinas gruesas apenas dejaban pasar un haz leve de sol que se estrellaba en la colcha blanca.

Jimin dormía boca arriba, una mano caída fuera del borde de la cama, los labios entreabiertos, la respiración lenta, casi demasiado tranquila para su reputación. Su piel estaba pálida, los pómulos marcados, y bajo los ojos unas ojeras moradas que parecían dibujadas a mano.

Se acercó despacio. Su sombra se derramó sobre el cuerpo de Jimin, cubriéndolo igual que un manto de caza.

Se inclinó, dejando el abrigo sobre una butaca moderna.

Entonces vio la mesita de noche. Un vaso de agua a medio beber. Dos blísteres abiertos: uno de antidepresivos, otro de paracetamol. Un encendedor dorado, una cajita de pastillas para dormir que parecía olvidada pero no del todo vacía.

Todo en orden, todo a la vista.

Jungkook rozó con la yema de los dedos la etiqueta del frasco más grande, leyó la dosis y suspiró.

Después volvió a mirar a Jimin.

Su mano, tan grande, tan firme en la guerra, se alzó para apartar un mechón rubio que le caía sobre la frente. Lo retiró con suavidad, casi temeroso de romperle el sueño.

Los labios de Jimin temblaron, estaba soñando con sus fantasmas.

—Dormilón —susurró Jungkook, su voz ronca quebró la quietud—. Ni la mafia ni los lobos pueden contigo, pero este colchón sí...

El reloj en la pared marcaba las 3:07.

Jungkook se sentó al borde de la cama, dejando que el colchón cediera bajo su peso. Apoyó la mano sobre el pecho de Jimin, sintiendo el latido lento, pesado de sedantes y silencios.

—Está siendo duro para ti, ¿eh? —Exhaló.

Jimin se removió bajo las sábanas palma mientras que un estremecimiento le recorría la espalda, era ese viento helado habitual que cruzaba la habitación solo para atormentarlo. Sus párpados vibraron, los labios se abrieron con un leve gemido.

—Papá... —balbuceó, en un hilo de voz quebrada—. Italia... Lucien... yo... lo siento... yo...

Jungkook tragó saliva al escucharlo, se puso de pie acercándose y deslizando su desde el pecho de Jimin hasta su mandíbula,.

—Shh... —susurró, inclinándose hasta que su frente rozó la de él.

Pero Jimin tembló, los ojos aún cerrados, atrapado en ese pozo oscuro de culpa donde todos los muertos hablaban al mismo tiempo.

—Yo... yo no... no quería... —musitó con la voz partida entre sollozos dormidos—. Perdón... Lucien... no bajes... no bajes del coche... yo...

Un sollozo ahogado, tan pequeño para un monstruo tan grande.

Jungkook pegó los labios a su frente, respirando con él, dejando que su propio pecho le dictara un ritmo nuevo.

—Escúchame —murmuró, su voz grave era una orden y un rezo—. Nadie va a juzgarte, ellos ya no están. Tú estás aquí, conmigo.

Jimin jadeó, entre sueños, llorando fuerte mientras que Jungkook bajaba la mano hasta su cuello, sosteniéndolo con firmeza, presionándole la piel fría.

El cuerpo de Jimin se relajó un poco bajo su palma. Sus labios musitaron algo que ya no tenía forma y Jungkook apoyó un codo junto a su cabeza, doblado sobre él como un escudo. El peso de su pecho rozó el abdomen vendado de Jimin, el aroma de su colonia, limpio y metálico, desplazó el perfume rancio de los fantasmas.

—Te tengo —murmuró, casi rugiendo contra su cabello rubio—. Te tengo, mi maldito infierno... y mi paraíso.

Jimin respiró hondo. El jadeo se quebró en su garganta, y algo dentro, ese nudo helado, esa raíz de culpa, pareció soltarse un milímetro. El calor de Jungkook encima suyo, la presión firme de su mano en el cuello, lo hicieron regresar a la realidad. Abrió los ojos con esfuerzo. Primero solo un parpadeo, después dos hasta que miró el contorno de la mandíbula de Jungkook, la sombra negra de su cabello cayéndole sobre la frente y el aroma de su perfume antes de enfocar del todo.

—...Jungkook... —balbuceó, ronco, la voz áspera de dormir y llorar.

Su mano, temblorosa, subió a tientas. Tocó la muñeca que lo sujetaba, se aferró. El contacto era débil, casi infantil.

Jungkook bajó más la cabeza, rozó su nariz, atrapándolo con la mirada como si pudiera sostenerlo despierto solo con sus ojos.

—Tienes los ojos cansados —era un reproche envuelto en cuidado—. ¿Por qué no me dijiste que tomas antidepresivos?

—Ah... —Parpadeó, lento. Las lágrimas temblaron en sus pestañas.

—¿Por qué no me dijiste que no puedes dormir? —insistió, después le rozó con el pulgar la piel húmeda bajo el ojo.

Jimin tragó saliva, sintió la vergüenza subirle caliente desde la nuca hasta las orejas, un leve rubor manchó sus mejillas pálidas.

—Se supone que... nos veríamos hoy en la noche... —balbuceó, todavía adormilado—. ¿Qué haces aquí, Jungkook...?

Su pregunta era un reproche torpe, un intento de recuperar algo de control. Pero sus dedos seguían aferrados a la solapa de su traje como un niño perdido. Jungkook soltó un suspiro breve, pesado, dejando caer su enorme cuerpo a un costado de la cama, junto a él.

—¿Qué hago aquí? —repitió, y su tono era casi un gruñido suave—. Vine a verte para pasar más tiempo juntos. ¿Qué te aflige? ¿Las bajas? ¿Lucien? Te dije que todo estaba bien, te dije que no te preocupes por eso.

—Es culpa, Jungkook. ¿Nunca sentiste culpa por matar a alguien?

—Mmm... —Frunció el ceño, pensando, girándose de lado para ver el rostro de Jimin. Este hizo lo mismo. Estaban en la cama, el cuerpo enorme del alfa lupus, junto al cuerpo

delicado del omega lupus—. Cuando tenía catorce tuve que matar a mi nana.

—¿A los catorce?

—Papá me llamó por teléfono y me dijo que era una infiltrada de la mafia española. —Suspiró—. Me dijo que depositara en su té algo de veneno. Lo hice, ella bebió y cayó muerta a los pocos minutos.

»Me había educado desde los once, fue el primer ser humano al que le arrebaté la vida. Papá dijo que me había mentido. Ella... Ella no era una traidora, pero quería saber si yo sería capaz de investigarlo o quedarme con la información que él me dio.

—Te mintió...

—Sí. Era parte de su entrenamiento, me hizo perder a alguien que apreciaba para que antes de actuar en contra de alguien o tomar un veredicto investigara porque un Terasov no debía equivocarse jamás.

»Viví con la culpa de matar un inocente durante años. —Acarició la mejilla de Jimin—. Es difícil engañarme, Jimin. Por eso sé que tu falta de sueño es porque sientes culpa.

»Está bien llorar por alguien que ha muerto ya sea de manera justa o injusta, pero si te quedas en el pasado no podrás avanzar al futuro.

—Yoongi me dijo algo parecido —murmuró.

—Mira mis manos, Jimin: están manchadas igual que las tuyas. —Extendió una de sus manos frente al rostro de Jimin, quien la tomó con suavidad, mirándola—. ¿Ves? Es por eso que nos encontramos en la oscuridad. Porque la luz nos quemaría.

—Dices cosas demasiado lindas.

—No trato de ser lindo. —Buscó la mirada de Jimin—. Quiero que entiendas que los muertos viven en nosotros porque somos la última casa donde pueden dormir. Pero si dejas que se queden para siempre, te arrancan las paredes desde dentro.

»No hay lágrima ni desvelo que curen lo que hemos hecho, somos esto, asesinos, pero hay besos que curan lo que somos.

—¿Eso último a cuántas de tus parejas mafiosas se lo has dicho? —preguntó limpiándose la lágrima que le estaba brotando.

—Eso me lo acabo de inventar, así que eres el primero. Además, eres mi primer novio. El resto ha sido mero placer, a excepción de Itzel, ella fue una novia que quise, pero que nunca

toqué de manera sexual porque tenía un acuerdo con su padre.

—¿Itzel? ¿Era bonita? —Jimin pareció sumamente interesado.

—No tanto como tú —ronroneó—. Pero en lo que estábamos, quiero que duermas, que dejes de pensar en lo que pasó. ¿Puedes hacerlo?

—Voy a hacerlo. Me estoy esforzando por ello, después de todo... Seguiré viendo morir personas mientras siga siendo el Capo. —Suspiró—. Tú... ¿Sabes cumplir promesas? Porque yo solo sé romperlas y no quiero decepcionarte.

—Yo cumplo todo lo que digo, patito.

—¿Y no te importa que yo las rompa?

—Te enseñaré a cumplirlas.

—Bien, prométeme algo —dijo colocando ambas manos en las mejillas de Jungkook, sus ojos azules estaban llenos de una súplica inocente.

—¿Qué quieres que te prometa?

—Hazme olvidar todo lo malo que he hecho, opaca mis recuerdos con tu presencia.

Jungkook sintió de oreja a oreja, pero sus ojos... Sus ojos también sonrieron.

—Que cosa tan fácil me estás pidiendo, por supuesto que lo haré.

Jungkook lo miró un segundo más, grabándose las palabras de Jimin dentro de la memoria donde guardaba todas sus balas y todos sus silencios.

Después lo tomó. Sin delicadeza, sin permiso. Sus manos fuertes se cerraron alrededor de la cintura de Jimin, lo alzó como si no pesara nada y lo sentó sobre su regazo, forzándolo a quedar cara a cara, rodilla contra rodilla.

—Ven aquí, mi pequeño Capo. —Le gruñó cerca de la oreja, era un susurro que quemaba.

Jimin soltó un jadeo suave, sorprendido por el cambio de ritmo, sus manos se enredaron en los hombros de Jungkook, buscando sostenerse cuando sintió los muslos abiertos por la firmeza de sus manos.

—¿Cómo va tu entrenamiento? —preguntó, colocando la mano izquierda en la cadera para que no se moviera.

—Yo... —Jimin bajó la mirada un segundo, sus pestañas largas rozaron la mejilla del alfa—. Sigo practicando, aunque duele un poquito, pero tengo que hacerlo por las olimpiadas

Jungkook lo tomó del mentón, obligándolo a levantar la cara.

—Quiero olerte. —Susurró. Y lo hizo. Hundió la nariz en la curva de su cuello, respiró profundo, hasta que su pecho se llenó de ese aroma único, mezcla de miedo domado y deseo—. Te extrañé tanto... Te extrañé como se extraña la pólvora después de un invierno demasiado largo.

Jimin tembló, los dedos se cerraron sobre el cuello de su camisa cara.

—Jungkook...

Pero no dijo más porque Jungkook se lo robó. Le robó el resto del aire, el resto del pudor. Le tomó la boca con un beso caliente, exigente, que sabía a pacto sin firma y a guerra sin tregua. Lo besó enseñándole con la lengua todo lo que no podía prometerle con palabras.

—No quiero que llores por lo que no vive, quiero que sonrías por lo que aún respira... y que me sonrías a mí —soltó contra su labio inferior.

—Úsala conmigo —musitó.

—¿Qué?

—Tu voz de mando, ordéname hacer eso que me acabas de pedir.

—No. —Jungkook comenzó a reír—. Eso es hacer trampa.

—Eso es asegurarlo, yo... Puedo fallarte, ordéname con tu voz de mando para asegurar que nunca más te falle.

—No importa cuántas veces me falles, mi lobo ya te eligió —susurró y lo volvió a besar.

Su mano se cerró sobre la nuca de Jimin, apretándolo más, devorando la última gota de culpa entre sus bocas abiertas.



El agua caliente, la comida caliente, las manos calientes de Jungkook: todo había servido para arrancarle a Jimin la noche vieja de encima. Se abrochó la camisa blanca hasta la garganta, se peinó el cabello húmedo hacia atrás, dejando solo un mechón rebelde que rozaba la frente pálida.

Ahora caminaban juntos por el jardín trasero de la mansión Nostro. Mirabella iba delante, con la mirada fija en el viento, mientras Lupus cerraba la marcha, vigilante y silencioso.

El taller de armas esperaba. Una caseta de piedra, vieja, con su fragua encendida. Jungkook empujó la puerta de hierro, dejando que el calor los recibiera con un golpe de aire denso.

Sobre una mesa de madera oscura, un paño negro cubría las treinta monedas de plata. Jungkook avanzó primero. Descubrió el paño, dejando que la luz del fuego encendiera reflejos sobre los bordes limpios del metal.

—Treinta piezas... —murmuró, casi para sí—. Si quieres podemos venderlas...

Jimin se acercó a su lado. Lo escuchó sin parpadear, sin soltar el temblor que le ardía en la nuca.

—Prefiero eliminarlas —dijo firme—. Sin monedas, no hay Judas.

—Perfecto, haremos lo que tú digas.

Jimin tragó saliva. Hundió la mano entera en el paño, sintió el peso. Cada moneda era un nombre, una herida, una noche de insomnio.

Jimin asintió, sintiendo cómo se le desprendía algo viejo entre las costillas al mismo tiempo que tomaba la primera moneda, acercándola al crisol ardiente de la fragua. El fuego la tragó con un siseo, como si exhalara un secreto que ya no dolía. Luego vino la segunda, la tercera... Una a una, las traiciones se hicieron metal fundido, humo nuevo.

Jungkook lo abrazó por la espalda mientras la última pieza se deshacía. Sus labios rozaron la oreja de Jimin antes de susurrar.

—Que arda todo lo que no somos y que solo quede lo que queremos ser. Tú y yo. Un infierno propio... sin traidores, sin monedas, sin cadenas. Solo nuestros lobos y nosotros.

—Te quiero —soltó Jimin, cerrando los ojos—. Mucho.

Jungkook sonrió contra su piel, después lo giró despacio, hasta tenerlo de frente, con el calor de la fragua pintándoles la cara de sombras rojas.

—Dilo otra vez —le pidió, con voz baja, casi ordenándole.

Jimin abrió los ojos. Los suyos parecían dos estanques limpios después de una tormenta.

—Te quiero. —Repitió, firme esta vez, clavándole los dedos en la nuca.

Jungkook soltó un leve gruñido satisfecho. Bajó la cabeza y le besó la boca, lento, tan lento que parecía que lo aprendía por primera vez.

...

Cuando el último eco del metal fundido se apagó en la fragua, Jimin soltó un largo suspiro, de verdad había soltado algo viejo que le oprimía el pecho. Jungkook apagó el fuego, cerró la puerta del taller y, sin soltar su mano, lo guió de vuelta al jardín trasero. Mirabella iba delante, trotando ligera entre los setos y bufando al mancharse las patas con la tierra húmeda. Lupus, más lento, salió de la penumbra del taller caminando tras ellos, sus patas pesadas se hundían en la tierra húmeda.

La brisa del atardecer movía los árboles, arrastrando un olor a hierba quemada y flores frescas. Jimin respiró hondo, se detuvo cerca de la fuente central, donde una estatua rota derramaba un hilo constante de agua. Miró de reojo a Lupus, que se sentó a unos metros con la cabeza alta y la mirada fija en él. Se pasó una mano por el cabello, peinado hacia atrás horas antes, ahora revuelto por el calor de la fragua y el peso de todo lo que habían dejado arder ahí dentro. Jungkook se quedó a un par de pasos, observándolo sin prisas, mientras encendía un cigarrillo que apenas tocó sus labios. Jimin se agachó un poco, apoyando los codos sobre las rodillas flexionadas, justo a la altura de la bestia de pelaje oscuro.

—Hola, Lupus —murmuró. El humo del cigarrillo de Jungkook dibujaba una pequeña nube sobre sus cabezas—. Dicen que has arrancado varias manos que intentaron acariciarte el lomo... —Lupus ladeó la cabeza, un destello de fuego encendió su ojo izquierdo bajo la luz débil de la farola del patio—. ¿Yo podría tocarte?

Lupus no gruñó. No bufó y no mostró los colmillos. Simplemente soltó un resoplido grave y, con un leve impulso de sus patas, se dejó caer de lado, rodando despacio hasta quedar de espaldas sobre el césped. Mostrando el vientre, mostrándose vulnerable, una pata doblada hacia el cielo, otra extendida, la cola golpeando suavemente la hierba húmeda.

—Que payaso eres —se quejó Jungkook.

"Nuestro omega me gusta."

—¿Nuestro omega? Es mío, Lupus —dijo con amargura.

Jimin, aunque no podía escuchar lo que decía Lupus, escuchó lo que dijo Jungkook, así que soltó una pequeña carcajada, quebrada entre incredulidad y ternura. Estiró la mano, con cuidado, rozó primero la piel áspera del vientre, luego se atrevió a rascar suavemente detrás de la oreja puntiaguda. Lupus cerró los ojos, emitiendo un sonidito que vibró desde su pecho hasta la punta de su cola.

—Míralo... —Jungkook murmuró detrás de él, exhalando humo—. Eres el único que puede acercarse así sin quedarse sin dedos.

—Es porque somos iguales, somos Lupus, ¿verdad precioso? —preguntó Jimin, dejando que su mano se hundiera en la densa capa de pelo. Lupus estiró la pata como un cachorro satisfecho.

Jungkook se inclinó, soltó el cigarrillo entre los labios para aplastarlo con la suela del zapato. Sus manos fuertes rodearon la cintura de Jimin, lo sujetaron suave mientras hablaba junto a su oído:

—Lupus sabe que te he elegido como mi acompañante, nunca había elegido a alguien.

Jimin se quedó un momento así, con la mano enterrada en el pelaje caliente, la respiración calmándose y la culpa quemada hace un rato junto a esas monedas malditas.

"¿No tiene roña?"

Preguntó Mirabella acercándose y mirando a Lupus con algo de asco.

—Mirabella, ustedes dos tendrán que ser amigos. No pelear, no morder, no rasgarse las pieles —advirtió Jimin—. Yo también elegí a Jungkook como mi alfa, así que van a tener que verse los hocicos más seguido.

"No prometo ser amiga de este lobo, pero su humano me agrada, te cuida y huelo buenas intenciones."

—¿Escuchaste lo que dijo Jimin? —preguntó Jungkook—. Se buen lobo con Mirabella.

"Siempre y cuando nos deje acercarnos a Jimin sin gruñir."

Contestó y Jungkook rodó los ojos.

—Gracias... Lupus —susurró Jimin—. Por aceptarme y no mordirme.

El lobo abrió un ojo, movió la cola una vez, luego cerró el párpado pesado, rendido bajo el toque del omega que su humano había elegido.

—Parecen tan inocentes —dijo Jungkook apartándose de Jimin y acariciando el pelaje de Mirabella sin preguntar, la loba lo permitió—. Y son unos asesinos.

El crujir suave de la grava interrumpió el silencio cómplice del jardín. Jimin alzó la vista justo a tiempo para ver dos figuras cruzar el arco de piedra que conectaba el patio con el camino principal.

Yoongi iba adelante, con las manos metidas en los bolsillos y esa expresión que siempre parecía estar a punto de ordenar una ejecución o pedir un café, la misma indiferencia. Detrás, casi pisándole los talones, Taehyung caminaba con la cabeza alta, las manos cruzadas tras la espalda, pero con un brillo insolente en los ojos oscuros cuando vio a Jimin acariciando a Lupus.

—Llegaron antes —murmuró Jungkook, que enderezó la espalda, todavía con una mano sobre la cabeza de Mirabella, quien gruñó bajo cuando sintió el olor de otros en el territorio.

—Mirabella, no muerdas, tú tampoco, Lupus —dijo Jimin en voz baja, palmeando a Lupus antes de ponerse de pie y alisar su camisa blanca, aún oliendo a fuego y humo viejo.

Yoongi fue el primero en detenerse frente a ellos, su mirada felina pasó de Jungkook a Jimin, luego a Lupus, evaluando qué parte podría arrancarle un dedo primero.

—¿Interrumpo algo? —preguntó, aunque no esperaba respuesta.

Taehyung se adelantó medio paso, soltó una pequeña risa que fue más un bufido divertido.

—Si interrumpimos, igual nos quedamos —declaró, ignorando la forma en que Mirabella le mostró los colmillos. Se giró hacia Jimin, el tono burlón se derritió en un susurro serio—. Sabíamos que estaban juntos y quisimos venir a contarles antes que nadie.

Jimin arqueó una ceja, ladeando la cabeza apenas.

—¿Qué cosa?

—Lo de Shān Hu —soltó, seco—. Después de poner sus condiciones, aceptó cancelar el compromiso con Taehyung. Es oficial.

Los ojos de Jimin se fueron directo a Taehyung, que ahora tenía una sonrisa apenas dibujada, pero el brillo de alivio era demasiado evidente como para ocultarlo.

—Pero —añadió Yoongi, afilando la palabra como una daga—. Hay una nueva cláusula: Shān Hu no rompe alianzas gratis y no quería quedarse con los preparativos de la boda sobre la mesa. Así que ahora va a casarse con Mijail.

Por un instante, ni las hojas de los olivos parecieron moverse.

Taehyung soltó una carcajada baja, resignada.

—Así que... soy libre, y Namjoon... bueno, supongo que ahora estoy en deuda con él de por vida.

Jungkook soltó una risa seca, ladeando la cabeza hacia Jimin.

—En la mafia todos ganan algo y todos pierden algo.

—¿Y tú? —le preguntó Jimin a Jungkook. Su voz sonó más blanda de lo que planeó—. ¿Estás bien con eso?

—Mi hermano sabrá arreglárselas —dijo simplemente. Se giró para mirar a Taehyung de reojo—. Lo hizo por Sergei, solo espero que al cobrarse el favor le correspondas como es debido, hermano.

Mirabella se sentó junto a Jimin, Lupus se incorporó detrás de Jungkook, sabiendo que el viento estaba a punto de cambiar de dirección.

Taehyung respiró hondo, metió las manos en los bolsillos, su silueta casi encajada en la sombra de Yoongi.

—La última vez que Namjoon me cobró un favor tuve que darle más de diez millones de euros —contestó Taehyung—. Pero este es su pago por haberlo sacado de prisión aquel día, ¿te acuerdas?

Jungkook soltó una leve risa.

—Que astuto eres.

—Soy un Terasov. —Encorvó los hombros.

—Mijail se quedó en Corea —dijo Yoongi—. Shān Hu insistió en que debía quedarse a medirse el traje porque la boda es en dos semanas.



Las paredes respiraban un silencio pesado, que era quebrantado únicamente por la respiración entrecortada de Seokjin, atrapada contra la boca de Namjoon.

El alfa lo tenía sostenido por la cintura, con la mano grande extendida en la curva de su espalda, obligándolo a arquearse hacia él. Seokjin, frágil y perfecto en su camisa desabrochada, se dejaba devorar la boca sin miedo a nada. Sus manos delgadas tiraban del cuello de Namjoon, hundiendo los dedos en la nuca firme, acariciando la raíz del cabello como si allí pudiera tatuar su nombre.

Namjoon gruñó suave, saboreando cada susurro de Seokjin. Sus labios descendieron de la comisura húmeda hasta la mandíbula, mordisqueando, dejando marcas que solo él podía mirar.

—Los engañamos y nos salimos con la nuestra —jadeó Seokjin, con la risa quebrándose en la punta de la lengua cuando Namjoon lo apretó más fuerte contra su pecho ancho.

—Y lo mejor de todo es que piensan que me he sacrificado —le respondió Namjoon, rozándole los labios otra vez—. Te dije que no te preocuparas. Te dije que siempre encuentro la forma de volver a ti.

Seokjin soltó una carcajada sofocada, ahogada contra el beso que volvió a buscar. Sus piernas se enredaron en las caderas del alfa, un suave tirón que sellaba la conspiración y la rendición en un mismo susurro.

—Te amo, Namjoon —confesó, fue tan suave como una oración, como una bala que perfora sin dolor.

Namjoon cerró los ojos respirando su aroma con hambre. Lo levantó apenas del suelo, sosteniéndolo con devoción porque era lo único puro que había logrado robarle al mundo.

—Te amo, mi Jin —gruñó, sus dientes rozaron la garganta expuesta de Seokjin, justo donde la vena latía frenética—. Por ti quemaría Roma, por ti me dejo coronar por un dragón si hace falta, por ti seré el alfa más sumiso sobre la faz de la tierra.

El omega soltó una risita, inclinando la cabeza hacia atrás para darle más piel, más fe, más de todo.

Namjoon lo arrastró despacio hasta la cama de sábanas de lino claro, lo dejó caer como un trozo de porcelana salvaje, se arrodilló sobre él, sus manos enormes rodearon las muñecas pálidas y las llevaron sobre su cabeza.

—Esta guerra es de todos —susurró Namjoon, besándole el pecho expuesto—. Pero esta victoria... —mordió suave el hueso de su clavícula—. Esta victoria es solo nuestra.

Seokjin soltó una carcajada rota entre jadeos, mientras la casa entera, por fuera, seguía creyendo que su sacrificio era real.

—El día de la boda, ese día quiero que me marques.

—Lo haré con gusto.

Namjoon descendió, tomando con sus enormes manos el miembro eréctil de Seokjin, lamiendo con su lengua húmeda, devorando, saboreando, provocando jadeos intensos al omega que había estado deseoso de él por más de medio año. Saboreando las venas palpitantes del omega que temblaba ante sus succiones, masajeándole los muslos con sus enormes manos a medida que buscaba con el dedo índice el círculo que ya estaba lubricado de manera natural, que estaba goteando, ansioso, dispuesto a ser tomado.

Introdujo el dedo grueso al interior, deleitándose con el calor desbordante que lo envolvía, deleitándose ante el jadeo de placer de su omega y succionando todavía más fuerte ese miembro que tanto adoraba.

—¿Estás tomando anticonceptivos, Jin?

—No —dijo ruborizado—. Tomare la del día después. ¡Follame de una maldita vez! —jadeó.

Namjoon se apartó, limpiándose los labios con el dorso de la mano, buscando la mirada ansiosa de Seokjin, tomándolo de las caderas, elevándolo en el aire con facilidad e introduciendo sin previo aviso su enorme y venoso miembro.

—¡Ah, maldita sea Jeon Namjoon! —gritó Seokjin—. ¡Maldita sea, párteme en dos desgraciado! ¡No me hagas olvidar el día de nuestro compromiso!

—Haré que te desmayes de placer, mi amor —susurró y lo embistió con más fuerza, llegando a lo más profundo de sus entrañas.

Los muros blancos retumbaron con cada gemido que Seokjin soltó, sin vergüenza y sin filtros. El omega arqueaba la espalda a medida que Namjoon continuaba con las embestidas, siendo cada vez más rudo y más preciso con sus movimientos. El alfa gruñía entre dientes, con la mandíbula apretada, sosteniendo a Seokjin con ambas manos abiertas sobre sus caderas frágiles. Cada embestida era un juramento sin palabras, un golpe brutal y sin piedad de promesas y posesión que enterraba cada mentira que habían dejado atrás.

—Mírame —ordenó, sin dejar de moverse dentro de él. Seokjin muy apenas pudo abrir los ojos, medio inundados de lágrimas de puro exceso, mientras sentía cómo la carne se le abría para tragarse al alfa entero—. Mírame cuando te rompo, Jin. Mírame cuando te hago mío.

—Mierda... mierda... Namjoon... —jadeó, la voz estaba tan rota que se quebró en un gemido agudo cuando Namjoon lo levantó aún más, encajándolo de nuevo hasta el fondo, empujando hasta arrancarle otro grito, pero este grito era más de dolor que de placer.

El sonido húmedo de sus cuerpos chocando se mezclaba con los gemidos, con los gruñidos animales de Namjoon, con el golpeteo de la cabecera de madera que rozaba la pared en un compás frenético.

—Vas a correrte... conmigo dentro —gruñó Namjoon, apretando los dientes contra su garganta—. Vas a correrte y vas a manchar estas sábanas con tu nombre... y con el mío.

Seokjin sollozó, perdido, mientras un hilo de saliva le caía de la comisura de los labios hinchados. Apretó los muslos contra la cintura dura de Namjoon, clavando las uñas en sus hombros, pidiéndole sin voz que no parara jamás.

—N-No pares... —balbuceó—. Quiero... quiero tu... tu maldito veneno en mi interior, Namjoon.

Namjoon soltó una risa oscura y peligrosa. Se inclinó, atrapó su boca, lo besó hasta robarle el aliento. Y sin aviso, aceleró el ritmo, embistiéndolo más rápido, más fuerte, más salvaje, reclamándolo desde la raíz hasta el último aliento.

El omega gimió alto, sacudido por un espasmo que le hizo ver estrellas detrás de los párpados. Sintió el calor de Namjoon llenando cada rincón de su cuerpo, sintiéndolo derramarse en su vientre de manera deliciosa, de manera posesiva y brutal.

—Eres mío —gruñó Namjoon, mordiéndole el cuello, rompiendo la piel suave con colmillos apenas expuestos, delineando la futura marca que sellaría todo frente a todos—. Siempre serás mío, pronto lo sabrán todos y no tendremos que escondernos más, Kim Seokjin.



Jimin lamía con cuidado su helado de vainilla, cuidando que no se derritiera y chorreara entre sus dedos. Jungkook, en cambio, sostenía el suyo distraído, como si el dulce fuera solo una excusa para ocupar la otra mano, porque la primera la tenía ocupada entrelazada a la de Jimin.

—¿Te cuento un secreto? —preguntó Jungkook, al detenerse.

Jimin giró un poco el rostro, el mechón rubio rebelde cayó sobre su ceja. Sonrió, dejando un leve rastro de crema en su labio inferior.

—¿Cuál?

Jungkook se inclinó, besándolo rápido para limpiar el rastro de helado y soltó una risa.

—Mijail es un cabrón.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Jimin, fingiendo indignación, aunque la sonrisa les le asomaba entre dientes.

Jungkook mordió su helado, ignorando el frío que le quemó la lengua.

—Está enamorado de Shān hu. Lo descubrí antes de convertirme en Pakhan, pero no lo sabe. —Se encogió de hombros, apretando más fuerte la mano de Jimin entre la suya—. Me refiero a que no sabe que yo lo sé.

Jimin parpadeó, procesando mientras saboreaba la punta de su cono.

—¿Entonces la boda...? —preguntó, mirándolo de reojo.

Jungkook soltó una carcajada áspera, llena de veneno.

—Esos hijos de puta se van a casar por amor. Mi padre hizo que Taehyung se comprometiera con Shān hu porque adoraba ver el mundo arder... y forjar el carácter de sus hijos. Hacerlos dejar lo que aman era lo que más disfrutaba, sabía que Taehyung salía con

Corvo y que Namjoon salía con Shān Hu. Por eso decidió hacer ese compromiso, para volverlos locos.

»Por eso acepté cuando Sergei fue a mi oficina a rogarme romper el compromiso, en realidad estaba esperando. No sabía cuál de los dos suplicaría primero. —Sacudió la cabeza, una sombra de burla oscura cruzándole los ojos—. Mijail lo ha jugado bien haciéndole creer a Sergei que le hizo un favor, que hizo un sacrificio y Shān hu es listo, mucho más de lo que parece.

—¿Por qué no les dijiste que sabes todo?

—Me gusta saber y que no se den cuenta de cuánto se. —Sonrió—. Eso es lo que hace Dios, mira todo, calla, perdona, castiga y se venga en silencio. Y los humanos se vuelven locos creyendo que los está ignorando, que no los mira o que simplemente no existe.

»Pero te digo una cosa, creer que algo como Dios no existe es de estúpidos porque nunca ven el golpe o la recompensa.

—¿Por qué me cuentas esto? —Jimin lamió su helado—. ¿Qué te asegura que no se lo contaré a Corvo? Es mi primo.

—Confío en ti. —Se acercó para darle un beso en la frente—. Con los ojos cerrados.



Hasta aquí el capítulo de hoy.

*Dudas
Quejas
Sugerencias*

Escriban al 01800nuncateatenderemos

Perdón me paso de "graciosita"

Nos leemos mañana tal vez o pasadomañana, o en la madrugada, depende de mi inspiración.

Cómo ya va más avanzada la historia de pronto se me cruzan los cables, así que si ves algo que no cuadre (por ejemplo en un cap puse que la cicatriz de Yoongi estaba en el ojo derecho y en otro que en el izquierdo) pues corrígeme, así lo puedo arreglar.

¡GRACIAS POR LEER, TEN UN BUEN DÍA!



[19] *Celos de Capo, venganza de Pakhan*



⚠[***AVISO** , ESTE CAPÍTULO SERÁ VIOLENTO, SI ERES SENSIBLE NO LO LEAS. TE PUEDO DAR RESUMEN SI ME LO PIDES*



Jimin tenía las manos vendadas, el torso cubierto solo por una camiseta blanca que se pegaba a su espalda a cada flexión, a cada levantamiento de barra. La música estaba apagada. El único ritmo era el de su corazón martillando contra sus costillas. Cuando bajó la barra y la dejó sobre el banco de acero se encontró con el reflejo de Yoongi en uno de los espejos. El recién llegado se recargaba en la pared con los brazos cruzados, una carpeta delgada bajo el brazo y una ceja arqueada.

—Entrenas como si fueras a pelear —bromeó Yoongi.

—No paro de pensar en esa Itzel —replicó Jimin, respirando aún agitado, sacándose uno de los vendajes de la muñeca.

Yoongi se acercó, dejó la carpeta sobre una de las bancas y la empujó hacia él con un dedo.

—Te traje lo que me pediste. —Abrió la portada, dejó ver la primera página: una fotografía perfectamente iluminada, sacada de alguna gala empresarial. Itzel Miller: cabello oscuro, ojos almendrados, sonrisa encantadora que parecía fabricada por la mano de un dios caprichoso. Delgada, elegante, rodeada de guardaespaldas.

—Itzel Miller... —leyó Jimin en voz baja, mirando la foto de cerca.

—La ex de Artyom. —Yoongi habló despacio, como si aún no estuviera seguro de querer decirlo todo—. Hija de Edgar Miller, magnate americano con inversiones pesadas en bancos rusos y un par de proyectos mineros cerca de San Petersburgo. Inteligente, diplomática. Es florista profesional, tiene una cadena de boutiques de diseño floral en Europa y Moscú.

Jimin deslizó el pulgar por el borde de la fotografía. Era bonita, sin duda. Bonita de la forma más delicada y peligrosa.

—¿Sigue en contacto con los Bratva?

—Sí. Tiene tratos con Mijail para importar flores raras desde el Mediterráneo y Asia. —Yoongi le mostró otra foto: Itzel saliendo de un auto negro, rodeada de dos hombres armados, sonriente, vestida de blanco. La imagen estaba fechada hacía apenas una semana.

Jimin guardó silencio. Dejando la carpeta sobre su regazo, se inclinó hacia adelante.

—Quiero conocerla —dijo al fin, sin apartar la mirada de los ojos de Itzel congelados en papel satinado—. Quiero saber qué tanto sabe... y qué tanto aún significa para Jungkook.

Yoongi soltó una pequeña risa irónica.

—¿Estás celoso?

—No —respondió Jimin, con un deje de amenaza seca—. Estoy curioso.

Se puso de pie, sacudiéndose el sudor de la frente, la fotografía todavía en mano. Luego caminó hacia la pared de espejos, se miró un momento y sin pensarlo mucho, volvió a mirar a Yoongi por el reflejo.

—Organízalo, Yoongi. Quiero que me invites a tomar té con Itzel Miller.

Yoongi sonrió, satisfecho.

—Será un té memorable.



El encuentro no ocurrió en la mansión Nostro, ni en un restaurante lleno de flashes. Jimin no quería un teatro, quería observarla sin distracciones, sin la presión de los reflectores.

Yoongi eligió un invernadero privado a las afueras de Rusia: un jardín de cristal, rodeado de camelias y jazmines incluso en pleno verano. A Jimin le gustaba el lugar; se sentía limpio, casi inocente, era un velo antes de la tempestad.

Llegó primero. Iba impecable: traje claro, sin corbata, el cabello peinado hacia atrás y un anillo pesado que giraba distraídamente entre sus dedos mientras esperaba. A su derecha, Yoongi revisaba el perímetro junto a dos hombres de seguridad. A su izquierda, una mesa pequeña, dos tazas de porcelana, un ramo de magnolias frescas que perfumaba el aire.

Cuando la vio entrar, entendió al instante por qué Jungkook había elegido nunca tocarla: Itzel Miller parecía salida de un poema. Vestía un conjunto crema, vaporoso; el cabello recogido a la ligera dejando escapar algunos mechones oscuros; pendientes de perlas pequeñas, nada ostentoso. Caminaba sin miedo, segura de su propio peligro. Un guardaespaldas abrió la puerta de cristal, ella avanzó sin mirarlo. Sus ojos se posaron directo en Jimin.

—Señor Nostro —dijo, su voz era como un sorbo de agua helada—. Qué honor tan inesperado.

Jimin se levantó despacio, cortés, extendiéndole la mano que ella tomó con ligereza. Fue un saludo breve, pero ella no la soltó de inmediato. Se quedaron unos segundos así, midiéndose en silencio.

—Gracias por aceptar venir —respondió Jimin, indicándole el asiento frente a él.

Itzel se sentó, cruzando las piernas con elegancia, dejó su bolso de marca a un lado y entrelazó las manos sobre la mesa. Su perfume era tenue, fresco, un aroma caro con notas de gardenia.

—Corvo me habló de tu interés —empezó ella, inclinando apenas la cabeza—. No suelo aceptar invitaciones tan... íntimas sin protocolo. Pero supongo que si me citaste aquí, no es solo por flores.

—No —dijo Jimin. Se acomodó, dejando la fotografía de ella sobre la mesa—. Quería mirarte a los ojos, Itzel Miller. Y quería escuchar de tu boca cómo alguien tan... —Sus ojos recorrieron su silueta sin pudor— ...tan meticulosa sigue atada a Rusia cuando podría vivir de flores y herencias.

Itzel sonrió, ladeando la cabeza como un felino que evalúa si vale la pena arañar.

—Los Terasov pagan bien —dijo, sin rodeos—. Y yo disfruto tener acceso a cosas que no se venden en ninguna boutique. Plantas raras, contactos aún más raros. Poder... discreto.

Jimin asintió, entrelazando los dedos frente a ella.

—¿Y Artyom Terasov? —preguntó, bajando la voz—. ¿También te agrada estar cerca suyo? Supe que salieron un tiempo.

Itzel se rió, un sonido que rozó la superficie de la taza de té sin tocarla. Sus dedos jugaron con la cucharilla de plata, mientras sus ojos, oscuros y profundos, estudiaban cada pestaño de Jimin.

—Artyom besa bien —repitió, arrastrando la confesión con una dulzura venenosa—. Es dominante, de esos que marcan la boca y la memoria. Pobre criatura, se cree de hielo pero es fuego cuando quiere... Aunque claro, tú ya sabes eso, ¿no?

El chasquido de la porcelana contra la mesa interrumpió su pequeña escena. Jimin bajó la mirada un segundo, sus pestañas temblaron sobre la sombra azul de sus ojeras. Cuando volvió a mirarla, la sonrisa que había tenido antes se había borrado por completo.

—Salí con Artyom dos años atrás y me prometió volver, aunque nunca llamó, pero supe por medio del difunto señor Kang que un omega rubio e italiano estuvo viviendo durante un par de semanas en su mansión. Supongo que tú eres ese omega rubio... Tu acento, se nota el italiano. Además huelo a la distancia los celos, estoy aquí por eso, ¿no señor Nostro?

—¿Todavía quieres a Artyom? —preguntó con una calma que no le tocaba la voz, pero sí le tensó la mandíbula.

Itzel ladeó la cabeza, sus labios se curvaron. La respuesta no salió de su boca, sino de la forma en que se inclinó hacia adelante, dejando que su perfume llenara la distancia, casi retando al heredero Nostro a sostener su propio veneno.

—Digamos que algunas cosas no se olvidan... —susurró, lenta—. Y algunas bocas se recuerdan toda la vida.

La fragancia de las camelias pareció pudrirse un segundo en el aire. Yoongi, recargado contra la puerta de cristal, ni se movió. Sabía leer esos silencios.

Jimin se incorporó despacio. Apoyó ambas manos sobre la mesa, inclinándose tanto que su frente casi rozó la de ella. Su voz fue tan baja que sonó como una bendición maldicha:

—Entonces recuerda esto también.

Y sin darle espacio a un último suspiro, alzó la mano, cerró el puño y la derribó con un golpe limpio a la sien. El cuerpo de Itzel se venció hacia un lado, la silla rechinó, la porcelana tembló. El perfume caro se mezcló con el aroma metálico de una flor rota.

Yoongi soltó un suspiro hastiado, empujándose de la pared mientras se acercaba a recogerla del suelo como si levantara un fardo de ropa cara.

—¿Quieres que la despierte en el auto o cuando lleguemos a Moscú? —preguntó, sin sorprenderse lo más mínimo.

Jimin se sacudió los nudillos, volvió a erguirse con la calma de alguien que acaba de podar una mala hierba.

—En Moscú. —Su voz sonó hueca, pero sus ojos brillaban de celos puros, casi infantiles—. Que sepa que no todo lo que se besa se conserva.



Despertó a medias, parpadeando contra la venda que raspaba su boca. Sus muñecas y tobillos ardían bajo las correas de cuero, el frío del sótano era como una serpiente deslizándose por su nuca.

Itzel forcejeó, la silla crujió bajo su peso. Un haz de luz cruda iluminaba su rostro desde arriba, mostrando cada pestaña húmeda, cada trenza oscura aplastada contra su mejilla.

Frente a ella, Jimin estaba de pie, impecable de negro, parecía un sacerdote sin iglesia. Detrás, Yoongi observaba, cruzado de brazos, con la expresión del verdugo que ya se aburrió de afilar la espada.

—Vamos a hacer un juego —dijo Jimin, su voz rebotó contra las paredes desnudas.

Itzel intentó gritar, pero la cinta negra tragó el sonido, haciéndolo apenas un gemido asfixiado. Jimin inclinó la cabeza, acercándose lo justo para oler su perfume arruinado.

—Llamaré a Artyom —susurró, despacio, cada palabra un corte limpio—. Si él elige tu vida en lugar de la mía... te salvas. Pero si me elige a mí... mueres aquí.

El frío se volvió más profundo. La respiración de Itzel se aceleró, se agitó contra la cinta, sus muñecas forcejearon contra el cuero hasta enrojecer la piel.

Yoongi abrió su móvil, deslizó la pantalla con un clic y se la tendió a Jimin, quien lo tomó con la delicadeza de quien porta un cáliz de veneno.

—Quédate quieta —dijo, rozando su mejilla con un dedo, un gesto de ternura podrida—. No quieres sonar desesperada cuando escuche tu voz.

Itzel soltó un sollozo apagado mientras la llamada comenzaba a retumbar en la sala de concreto. Jimin, con la espalda recta, miraba la pantalla porque de ella saldría la única pregunta que valía la pena responder.

Una, dos, tres vibraciones... hasta que la línea se abrió.

—¿Sí? —La voz de Jungkook era un hierro bajo el hielo, una línea recta de control. Podía estar en Milán, en Moscú, en medio de una reunión de sangre y pólvora... y sonaba igual de letal.

Jimin no dijo nada al principio. Se inclinó hacia Itzel, puso el altavoz y le retiró la cinta de la boca de un tirón brusco. La piel se enrojeció de inmediato, los labios de ella temblaron, húmedos.

Itzel respiró con un jadeo, buscando su voz. Su orgullo parpadeó entre cada sollozo.

—Artyom... —susurró, quebrada, humillada y hermosa a la vez—. Soy Itzel Miller, ayúdame... por favor...

Un silencio se filtró en la línea. Del otro lado, Jungkook respiró una sola vez, tan profunda que el eco rozó el micrófono.

—¿Dónde estás? —preguntó, seco, directo, sin una gota de temblor.

Jimin tomó la palabra antes de que ella pudiera balbucear otra súplica. Se inclinó hasta poner su rostro frente al móvil, su sombra proyectándose sobre Itzel como un eclipse cruel.

—Artyom... mi amor —dijo Jimin, usando ese diminutivo con la suavidad de un cuchillo que acaricia la piel antes de abrirla—. Tengo un problema. Encontré un recuerdo tuyo que no quiero guardar.

Jungkook no respondió de inmediato. Del otro lado, solo se escuchó su respiración, un silencio tan pesado que Yoongi tuvo que mirarlo para asegurarse de que la llamada seguía viva.

—¿Secuestraste a mi ex novia? —preguntó con burla, ignorando por completo el jadeo tembloroso de Itzel.

Jimin sonrió, despacio, dejando que Itzel lo viera. Deslizó un dedo por su mejilla. Ella intentó apartar la cara, pero estaba bien amarrada.

—Tenía curiosidad. Cuando te pregunté si era bonita no lo negaste y quise saber cuáles eran tus gustos.

—¿Y es bonita? —preguntó acercándose al balcón de su oficina, encendiendo un cigarro.

—No tanto como yo —contestó coqueto—. Dijo que se besaron y que recordaría tus labios toda la vida. Eso me hizo enfadar, es que... ¿Cómo podré dormir sabiendo que hay una mujer recordando tus labios?

—¡Artyom! —gritó Itzel, pero Yoongi se acercó a ella haciéndole un ademán con la mano para que se callara.

—No te conviene hacer un escándalo —murmuró bajito.

—Si te diera a elegir entre su vida o la mía... ¿Qué elegirías?

La línea crujió, Jungkook dio una calada a su cigarro, después dejó que el humo saliera de su sistema.

—¿Por qué? ¿La vas a matar? Tengo negocios con su padre y si Miller se entera de que su hija murió por los celos de mi novio me negará bastantes ingresos. Estoy hablando de millones.

—¿Entonces prefieres los millones de tu ex suegro en lugar de mi corazón?

—No dije eso, Patito.

—Te dije que soy celoso. —Jimin hizo puchero.

Jungkook exhaló.

—Haz lo que quieras —dijo llevándose los dedos al entrecejo—. Pero que no quede huella de quién lo hizo, así Miller no me niega esos millones mensuales.

Itzel ahogó un grito: la última ilusión que le quedaba se partió en mil cristales.

—Si la mato... ¿Me perdonas?

—No me importa su vida, pero te advierto que comenzaste este juego y yo también puedo jugar. *Me fascina jugar.*

—Estoy en Rusia.

—Lo sé, creí que venías de visita. A sorprenderme.

—¿Y esto no te sorprende?

—Mucho.

—Ya que estoy en Moscú iré a verte.

—Mmm... Estoy ocupado. ¿Te parece si te cito en algún lugar?

—Ah, sí. De acuerdo.

—Te envío la ubicación, te quiero.

Jimin sonrió como adolescente, no pareciera que estaba a punto de hacer una ejecución.

—Te quiero más.

Finalizó la llamada, le deslizó el móvil de vuelta a Yoongi y, con toda la calma, acarició el cuello expuesto de Itzel. Sus ojos, negros, parecían brillar con una ternura retorcida.

—Tranquila —murmuró—. No quiero ensuciar mis manos contigo.

—¿Eso qué significa?

—Te quedarás aquí encerrada con una pistola y una bala. Tú decides cuando morir. Así podrás seguir recordando los besos inolvidables de mi novio hasta tu último suspiro, pues ellos te trajeron hasta acá.

Se incorporó, girándose para salir del sótano. Yoongi soltó una carcajada seca mientras la puerta de acero se cerraba, dejando a Itzel sola, atada, tragando su propio miedo.

—Fue amable contigo —dijo Yoongi—. A los dieciséis mató a uno de sus compañeros que intentó hacerle bullying en una de sus clases de música. Lo dejó colgando por días... Usó ganchos de metal en su espalda. Fue, difícil de ver.

—Ese Nostro es un asesino...

—Su nivel de venganza es mayor que el de la mayoría de la población. —Yoongi sonrió—. No debiste decir que todavía te interesaba Artyom, ese fue tu error.

Yoongi sacó de su traje una pistola y una bala, después desató las manos de Itzel, entregándosela.

—¿De verdad van a dejarme aquí encerrada?

—Este lugar es de los Nostro. Además viste el rostro de Luca. Él es el jefe de la mafia Italiana; El Capo. —Yoongi exhaló—. ¿Sabes cómo armarla? —preguntó, señalando el arma y ella negó con la cabeza.

—No tengo la menor idea.

—Puedo ayudarte.

Yoongi se agachó frente a Itzel, sus rodillas crujieron al acomodarse sobre el suelo. Ella lo miraba como un animal que no sabía si agradecer el agua o temer el cuchillo.

—Escucha bien —murmuró, casi amable—. Esta parte de aquí... —Señaló la corredera con un dedo largo y manchado de aceite—. La deslizas hacia atrás hasta que encaje. La bala entra aquí, cámara lista. Giras, apuntas, jalas. ¿Entiendes?

Itzel tragó saliva, respiró hondo. Sus dedos temblaron cuando tocaron el frío del metal. Yoongi sostuvo su mano, forzándola a cerrar bien los dedos alrededor de la culata.

—Vamos, no tiembles —susurró con una sonrisa torcida—. Hoy puede ser el día más valiente de tu vida... el último, de hecho.

Itzel respiró por la nariz, hizo lo que él dijo. Montó la corredera, miró el brillo dorado de la bala antes de insertarla. Le costó un par de intentos, pero Yoongi no se burló, la observaba, paciente, como quien enseña a un niño a usar un fósforo. Cuando escuchó el clic del seguro, Itzel se quedó quieta, mirando la pistola en sus manos. Su pecho subía y bajaba rápido, estaba aterrada.

—¿Ves? Fácil —musitó Yoongi, poniéndose de pie despacio. Dio dos pasos atrás, sacudiéndose el polvo imaginario de las rodillas—. Puedes usarla para volarte la cabeza a la hora que quieras.

Los ojos de Itzel cambiaron. Un destello de orgullo, de pura desesperación, la hizo alzar el arma. Sus muñecas aún estaban débiles, pero sus dedos no dudaron. Apuntó directo a la frente de Yoongi, con la respiración rompiéndosele en la garganta.

Yoongi solo sonrió. Abrió ligeramente los brazos, ofreciéndose como blanco.

—Bueno, cambiemos el juego. Si logras matarme, o herirme de alguna manera te dejaré libre. Convenceré al Capo de dejarte ir.

El disparo explotó como un latigazo. El sonido rebotó contra las paredes de concreto. Por un segundo, el humo pareció flotar en cámara lenta.

Pero Yoongi ya no estaba allí. Había dado un paso lateral, rápido, entrenado, girando sobre la pierna derecha para esquivar la trayectoria. La bala se incrustó en la pared, astillando una vieja mancha de humedad. El cañón humeante tembló en manos de Itzel, sus ojos se abrieron como platos. Yoongi avanzó un solo paso y el arma se le resbaló de los dedos de la omega.

—No debiste apuntarme —dijo Yoongi, su voz ahora era una línea recta de acero—. Estaba siendo amable contigo. ¿Ya no se puede confiar en nadie? Tsk.

Sacó su propia pistola, la levantó sin prisa. No hubo insultos, no hubo juicio. Solo un disparo perfecto y directo.

El proyectil se hundió en el centro de la frente de Itzel Miller. Su cuerpo se venció hacia atrás, cayendo de lado, los ojos aún abiertos, mirando nada entre las sombras del sótano.

Yoongi giró la muñeca, sopló el cañón, más por costumbre que por burla. Miró la mancha de sangre que comenzaba a expandirse como una flor carmesí en el cemento.

Guardó su arma, revisó su reloj y salió de la habitación sin mirar atrás. Afuera, los hombres de los Nostro esperaban. Uno encendió un cigarro, otro abrió la puerta de la furgoneta para la limpieza. Pero Yoongi se dirigió al vehículo en donde lo estaba esperando Jimin.

—Tardaste mucho y escuché dos disparos.

—Intentó matarme cuando le enseñé a armar la pistola.

—Lo que hago por amor. —Suspiró Jimin—. ¿Revisaste si hay más exs de mi novio por visitar?

—Artyom se acostó con medio Rusia, acostumbraba ir a burdeles y tomar omegas atractivos y atractivas. ¿De verdad quieres buscar uno a uno?

Jimin arrugó los labios.

—¿Estoy yendo demasiado lejos?

—Te estás viendo muy inseguro.

—¿De verdad?

—Te lo juro. —Yoongi le dio un golpe a Jimin en el hombro—. Deja de matar por matar, mejor ve a patinar que se acercan las olimpiadas.

—Lo haré, pero por lo menos ya me quité el nombre de Itzel de la cabeza. Me atormentaba por las noches.

—¿Me dices a dónde nos dirigimos ahora? Soy tu chofer personal por este día.

—Vamos al hotel, Jungkook dijo que me citaría en un lugar. Quedo en decirme la hora. —Suspiró—. Si quieres ve a reunirte con tu novio aprovechando que estamos cerca suyo. Yo... Sabré moverme para ver al mío.

—Solo prométeme una cosa, Jimin.

—¿Cuál?

—Que no vas a matar a nadie del hotel, por favor. Compórtate.

—Te lo prometo. —Sonrió de manera angelical—. Incluso les daré propina a los empleados.

—Entonces iré a ver a mi novio sin preocuparme de limpiar tus desastres.

—Relájate, nadie más morirá este día.



Jimin se sentó en el borde de la cama, con una bandeja de plata frente a él: un filete perfecto, papas fritas con trufa, una copa de vino blanco y un flan diminuto coronado con frutos rojos.

Pinchó una papa, la masticó sin entusiasmo. Cambió de canal en la televisión montada en la pared: una película rusa doblada al inglés, un noticiero, una vieja comedia americana que no le hizo reír.

Miraba su teléfono cada diez segundos. El nombre de Jungkook iluminaba su pantalla, pero no porque llamara, sino porque Jimin lo había dejado abierto en el historial de llamadas, sentía que con solo mirarlo pudiera invocar una maldita vibración.

«Te estás viendo muy inseguro», las palabras de Yoongi se repetían en su mente una y otra y otra vez.

Rodó los ojos, dejó el control remoto a un lado, se puso de pie y cruzó la suite hasta una pequeña mesa redonda donde había un tablero de ajedrez. Lo abrió, dispuso las piezas, movió una torre blanca, luego un peón negro. Jugó solo, aburrido, suspirando cada vez que hacía sonar la porcelana contra el tablero.

Tomó un sorbo de vino, se dejó caer en el sofá junto a la ventana. Desde allí veía las luces de Moscú, frías y lejanas, sentía que todo el país estaba congelado solo para burlarse de su impaciencia.

Miró el móvil otra vez. *Nada* . Ningún mensaje, ningún pitido, ningún « *ven ahora* » con la voz ronca de Jungkook.

Mordió su labio inferior. Lo soltó con un suspiro. Se prometió no marcarle primero, « *No voy a ser inseguro, no voy a ser inseguro, no voy a ser inseguro* . », se repetía una y otra vez.

Se recostó, cerró los ojos un segundo. Se preguntó si Jungkook estaría trabajando, bebiendo con Mijail, riéndose con alguien más. Se revolvió el cabello con frustración. Volvió al tablero, jugó tres movimientos más, derribó la reina con un manotazo y suspiró.

La hora marcaba las diez de la noche cuando, por fin, el móvil vibró. Jimin se quedó viéndolo, dudando de que fuera real. Luego lo tomó, deslizó el dedo para responder antes de que sonara por segunda vez.

—Diga —murmuró, fingiendo un tono tranquilo y aburrido.

—Te quiero en el campo de béisbol privado de los Terasov, te espero ahí en media hora. Envié un atuendo que está por llegar a tu habitación.

—¿Sabes en dónde estoy?

—Cariño, estás en mi territorio. No hay lugar de Rusia en donde no tenga mis narices.

El omega se mordió la lengua para no reír.

—Entendido, Pakhancito.

—Vístete, un auto irá por ti. No tardes. —Y la línea se cortó.

Apenas colgó, Jimin apenas tuvo tiempo de parpadear cuando alguien golpeó a la puerta de su suite. Un empleado del hotel, perfectamente peinado, traje negro y una sonrisa ensayada, sostenía una caja blanca con el logo bordado de los Terasov.

—El señor Artyom Terasov pidió que le entregara esto personalmente. Dijo que es... el uniforme para esta noche.

Jimin arqueó una ceja, divertido. Abrió la caja ahí mismo: dentro, cuidadosamente doblado, había un traje de béisbol completamente blanco. Pantalones, camiseta, calcetas y hasta una gorra con el mismo emblema bordado: una pequeña letra T de oro.

—Perfecto —dijo Jimin, cerrando la caja. Deslizó un montón de billetes doblados en el bolsillo del empleado—. Gracias, puedes irte.

Tardó diez minutos en vestirse. El uniforme estaba hecho a medida: la tela fresca, la gorra ladeada sobre su cabello rubio perfectamente peinado hacia atrás. Se miró en el espejo y no pudo evitar reírse: parecía un niño bonito jugando a ser criminal.

Cuando bajó, ya en la recepción, dos de sus guardaespaldas italianos lo esperaban, serios como estatuas. Un Mercedes negro lo aguardaba afuera, motor encendido.

—Señor, ¿quiere que lo acompañemos? —preguntó uno, mientras Jimin se acomodaba la visera de la gorra.

—No hace falta. Es una cita —dijo, casi canturreando—. Estaré bien.

Les dio una palmada ligera en el brazo a cada uno antes de entrar al vehículo. La puerta se cerró y, en cuanto lo hizo, sintió que su corazón se aceleraba. Como si tuviera quince otra vez.

El trayecto fue rápido. Moscú pasaba de largo, una cinta de neón y asfalto. El chofer, un hombre callado con un tatuaje Bratva en la nuca, no dijo una palabra. Solo detuvo el coche a las afueras de un estadio privado de béisbol bien iluminado pese a la hora, sus torres de luz encendidas como un altar industrial.

Jimin salió, respiró hondo el aire helado y caminó despacio. Las puertas principales se abrieron apenas llegó: Jungkook lo esperaba allí, apoyado en un pilar, vestía una chaqueta negra de cuero y un bate de béisbol descansaba sobre su hombro.

Cuando lo vio, Jungkook sonrió. Caminó hacia él, lo tomó de la cintura, lo levantó con un movimiento limpio y lo hizo girar una, dos veces. Jimin soltó una risa breve, avergonzado, escondiendo la cara en su cuello.

—Me gustas de blanco —susurró Jungkook, bajándolo con cuidado, dejándole la gorra ligeramente torcida—. Pareces un maldito ángel en uniforme.

—Me obligaste a ponerme esto —dijo Jimin, haciéndose el ofendido.

—Te queda perfecto. —Jungkook lo tomó de la mano, entrelazando sus dedos sin soltar el bate del otro lado—. Ven. Quiero mostrarte algo.

Caminaron juntos por el túnel que daba al campo. El pasto estaba húmedo, brillante bajo los focos industriales. En el centro, justo en la zona del lanzador, había algo que hizo detenerse a Jimin. Un círculo perfecto de concreto, y en él... ocho figuras. Ocho personas. Todos amarrados con cuerdas gruesas a un poste de metal, hileras de cinta tapándoles la boca, los rostros hundidos, algunos con lágrimas, otros con la mirada baja.

Jimin abrió la boca, casi sin poder creerlo. Jungkook soltó su mano solo para girarse, ponerse frente a él. Apoyó el bate sobre el hombro, inclinándose para rozarle la oreja con los labios.

—Creo que son todos tus ex —susurró con una dulzura fingida—. Vaya que tuviste bastantes, Patito.

Jimin tragó saliva, sintió un escalofrío recorrerle la columna.

—¿Por eso te tardaste en llamar? —preguntó en un susurro.

Jungkook sonrió. No fue una sonrisa amable, ni cruel: fue la sonrisa de alguien que estaba genuinamente feliz.

—Sí —respondió, cambiando el bate de hombro—. Ahora dime, cariño... —Se irguió, giró el bate entre las manos como si pesara menos que una rama seca—. ¿Por cuál comienzo?

Jimin sintió el sabor metálico de la risa atascada en la garganta. Observó uno por uno los rostros hinchados, algunos intentando suplicar tras la cinta, otros con la cabeza gacha, resignados a un destino que olía a sangre y hierba recién cortada.

Se acercó un par de pasos, sintiendo que la humedad del césped se le pegaba a los tobillos, pareciera que Moscú respirara con ellos. Aún así, se acomodó la gorra blanca, la ladeó un poco más, y comenzó a señalar con un dedo delicado, casi burlón:

—Nuni —dijo, señalando a una alfa de cabello negro, ojos delineados de rímel corrido.

—Sady. —Continuó, otra alfa con hombros anchos, mirada rabiosa.

—Camila. —Apuntó a una alfa rubia, las manos tensas como garras cerradas.

—Dimitrio. —El único que intentó levantar la cabeza, sus ojos grises temblaron.

—Carlo. —Un alfa con tatuajes visibles hasta el cuello.

—Betty. —Una alfa con tatuajes hermosos que soltó un chillido ahogado bajo la cinta.

Hizo un gesto pequeño, buscando en la fila, frunciendo la nariz con desdén, como quien elige fruta pasada.

—Atenas —dijo, señalando a una alfa de cabello rojo que le devolvió una mirada llena de odio.

—Y... Byul —cerró, apuntando al último, un alfa de barba mal afeitada que mantenía los ojos fijos en sus zapatos.

Jungkook escuchó cada nombre como quien desgrana una lista de facturas impagas, girando el bate entre las manos.

—Qué buena memoria tienes, Patito —dijo, con un tono falsamente dulce que hizo que el vaho de su aliento pareciera humo—. ¿A cuál de todos quisiste más?

Jimin se llevó el dedo índice a los labios, hizo un puchero dramático, mirando a Dimitrio con una sonrisa traviesa.

—Mmm... Dimitrio —respondió—. Me cocinaba waffles en las mañanas.

Un silencio espeso se tendió entre los dos. Jungkook parpadeó, giró el cuello, la mandíbula se le tensó. Luego soltó una carcajada baja y áspera.

—Qué descarado eres, Jimin —murmuró, inclinándose para rozarle la frente con la suya—. Tan descarado que me das ganas de pintarte de rojo para que no brilles para nadie más.

Volvió a erguirse con la mirada fija en Dimitrio, que tragó saliva, atado como un perro en la lluvia.

Jungkook levantó el bate a la altura de su hombro, listo para lanzar un jonrón.

—¿Empezamos por tu cocinero? —preguntó.

Jimin no se movió cuando Jungkook retrocedió un paso, dándole la espalda mientras ajustaba los nudillos enguantados alrededor del mango del bate. La gorra blanca del omega resguardaba su expresión, pero sus ojos brillaban debajo del ala, fascinados y expectantes.

—Quédate atrás —dijo Jungkook, con voz ronca—. Y observa lo que un Alfa Lupus puede hacer con un bate de béisbol... y una simple pelota.

Giró la muñeca, el bate dibujó un arco en el aire, silbando. Dio dos pasos al frente y le indicó a uno de los hombres a un lado, un hombre de los Nostro, que le acercara la bolsa de pelotas. El tipo obedeció, pálido, dejando caer a sus pies una malla plástica llena de pelotas blancas que rodaron y tintinearón como dientes sueltos.

Jungkook recogió una. La sintió en la palma, la lanzó al aire una vez, calibrando el peso. Giró la cabeza hacia Dimitrio, que respiraba con dificultad, las muñecas abiertas en carne viva por las sogas que lo sujetaban al poste.

Crack .

El primer golpe fue casi poético. La pelota se transformó en un proyectil blanco que impactó directo en la sien de Dimitrio. El crujido de su cráneo quebrándose retumbó como un trueno apagado. La cabeza se le ladeó grotescamente; sangre oscura empezó a deslizarse por su mejilla. Dimitrio no tuvo tiempo ni de soltar un grito antes de desplomarse sobre sus rodillas, la cuerda sosteniéndolo como una marioneta rota.

—Uno —dijo Jungkook en voz baja, lanzando una segunda pelota al aire.

Jimin, a dos pasos detrás, abrió ligeramente la boca. Ni un parpadeo. Solo el sonido del viento frío que colaba entre los asientos vacíos del estadio.

Crack .

La segunda pelota voló. Esta vez fue Sady quien soltó un graznido desesperado antes de que la bola le astillara el puente de la nariz, hundiéndole el cartílago en un estallido. Un hilo rojo brotó, salpicando el césped. Jungkook avanzó, sin inmutarse, tomando otra pelota.

Crack.

Nuni recibió el impacto directo en la clavícula; se escuchó cómo la escápula cedió, un chasquido hueco, y la alfa soltó un gemido que se tragó en la cinta adhesiva. La pelota rodó manchada de sangre, dejando rastros rosados en la hierba.

Jungkook respiró despacio, su sombra enorme se alargaba con cada giro de hombros. Los músculos del antebrazo se marcaban simulando cables de acero.

—Esto es deporte, Patito —murmuró entre dientes, sin volver a mirarlo—. Estoy practicando mi swing.

Lanzó una cuarta pelota. Betty apenas levantó la cabeza antes de que la esfera se incrustara bajo su pómulo. El impacto le arrancó un pedazo de piel que quedó colgando, la sangre corrió como una fuente negra.

Atenas intentó girar la espalda al siguiente tiro. No lo logró. Jungkook midió el ángulo, la velocidad y el bate silbó con un rugido grave.

Crack.

La pelota atravesó su boca. Los dientes se deshicieron como sal bajo un martillo. El poste se manchó de trozos de encía, saliva y coágulos.

—Cinco —dijo Jungkook, casi para sí mismo.

Byul lloraba. Jimin alcanzó a notar cómo se meaba encima. El olor ácido mezclado con el de la sangre y la hierba mojada levantaba un vapor enfermizo en la fría noche rusa.

—No, no, no —balbuceaba Byul bajo la cinta, moviendo la cabeza como un niño—. No, no, no...

Crack .

El proyectil impactó en la tráquea. El crujido de cartílago y hueso fue sordo, pastoso. Byul quedó colgando del cuello roto, sus ojos quedaron abiertos como huevos estrellados.

Para Carlo fue rápido, lanzó la pelota y esta le dio directo en la frente, destrozando todo a su paso.

Y Camila, sabiendo que era su turno gritó sin voz. El poste vibraba cada vez que intentaba escapar, sus rodillas raspaban la base de metal. Jungkook le sostuvo la mirada un segundo y le sonrió antes de lanzar la última pelota.

El proyectil impactó justo entre sus cejas. La cabeza reventó hacia atrás, golpeando el poste con un sonido hueco. Un rastro de materia gris quedó suspendido unos segundos, como confeti macabro, antes de salpicar el césped.

El estadio quedó en silencio. Nada más se escuchaba la respiración entrecortada de Jimin. Los focos iluminaban la escena: postes salpicados de sangre, cuerpos colgando ensangrentados, las pelotas esparcidas, teñidas de un rojo negruzco. Jungkook se giró hacia Jimin, con la calma de un atleta que acaba de terminar su rutina. El bate goteaba. Pero la sonrisa era la misma que tenía cuando besaba la nuca de su omega.

—Me gusta este deporte —murmuró, caminando hacia él—. ¿Tú qué opinas, Patito?

Jimin respiró hondo.

—Creo... —dijo, con la voz apenas temblando por la risa contenida—. Creo que deberíamos jugar más seguido.

Jungkook, sin soltar el bate, lo tomó del rostro y lo besó, con los labios manchados de polvo de cuero y olor a hierro fresco.

—Itzel no era nada para mí —murmuró—. Deberías dejar esos celos, así no tendré que vengarme cada vez que mates a alguien de mi círculo.

—La maté porque todavía le gustabas —contestó haciendo puchero—. Bueno, al final la terminó matando Corvo, pero eso fue porque ella intentó matarlo a él.

—Ye haría una lista de todas las personas con las que he estado para que veas que no me importan, pero ni siquiera los recuerdo. —Sonrió.

—¿A mí me vas a olvidar cuando terminemos?

—Tú y yo nunca vamos a terminar, lo nuestro es distinto. Además, tenemos mucho en común. ¿No crees? —preguntó señalando los cuerpos sin vida del campo de Béisbol—. Ambos somos asesinos, mafiosos, demonios de carne y hueso.

—El otro día decías que eras como dios y hoy dices que eres un demonio...

—Soy un conjunto de ambos, ¿y tú?

—Yo también —susurró—. Quiero... quiero contarte algo, pero no sé cómo me vas a ver después de que te lo cuente.

—¿Qué me quieres contar? —preguntó con ojos brillantes.

—Mis pecados.



Hasta aquí el capítulo de hoy.

Fue para que vieran los celos enfermizos que tendrán este para y para que se den cuenta de que en esta historia **NADIE ES BUENO Y NADIE ES VÍCTIMA DENTRO DE LA MAFIA** . Porque en realidad la mafia en la vida real no es nada bonita, no romanticen eso lobassssssss

También es un recordatorio de que esta historia no es soft, es medio oscura, no digerible para muchas.

Yo con las del grupo que hablaron mal de Jimin Patito:



En realidad las amo mucho, espero que entiendan mi humor negro, y que mientras más las amo, más llevadita soy ajshskkskwkw

*Y no he terminado, me faltan otras que haré sufrir
WUAJAJAJJAJAJAJAJJAJAJAAAAAA las estoy anotando a todas.*



ESTOY LOQUITA ESTOY DEMENTE YA NO ME PONGAN A ESCRIBIR MAFIA

CULPA DE LARY 🖐️ 🔥

PD:

Yo escribiendo este capítulo anoche:

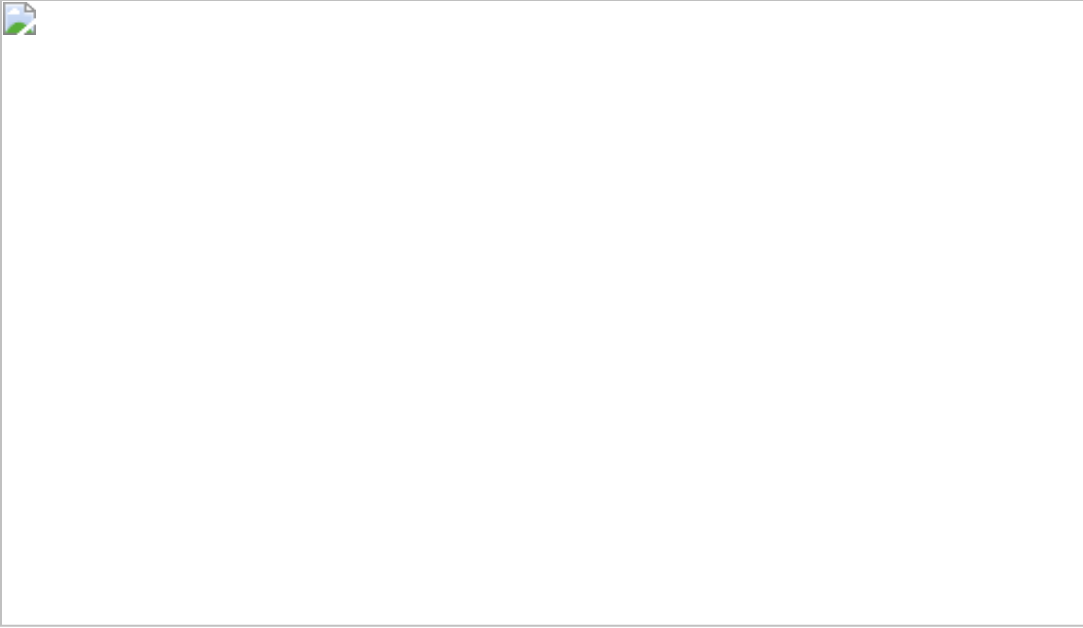


Foto del Jungkook con 6 dedos porque la ia me odia y no hace bien las imágenes.



[20] *Soy un lupo, tu lupo*



Las luces del campo de béisbol ya no iluminaban la sangre ni los postes de metal, se concentraban en la tranquilidad irónica de las gradas. La brisa nocturna de Moscú se colaba entre los asientos de concreto, llena de un aroma lejano a gasolina, tierra húmeda y carne vieja.

Jimin y Jungkook se sentaron juntos, uno al lado del otro, en la fila más alta, donde la vista era perfecta para contemplar los cuerpos que estaban siendo levantados por los hombres de la Bratva. Un par de dichos hombres se acercaron con bandejas de cartón que cargaban hamburguesas envueltas y refrescos burbujeantes. Haciendo una leve reverencia al servirlos. Jimin tomó su vaso con una sonrisa dulce y se relamió los labios como si nada hubiese pasado ahí abajo.

—Qué buen servicio —bromeó Jungkook, dándole un mordisco ruidoso a su hamburguesa mientras miraba de reojo a su omega.

Jimin tomó una papa frita, la llevó a su boca y la trituró despacio, casi pensativo. Sus ojos se deslizaron hacia el diamante vacío, donde los cadáveres todavía se balanceaban, luego se posaron en Jungkook, que sorbía la pajilla de su refresco como si fueran dos adolescentes escapados de la escuela.

—Oye... —susurró Jimin de pronto. Tenía la voz suave, apenas una veta de algo más oscuro se asomaba bajo su tono dulce—. Quiero confesarte algo.

Jungkook se giró hacia él, con media hamburguesa en la mano y los labios húmedos de salsa.

—¿Qué cosa, Patito?

Jimin respiró hondo. Bajó la mirada a sus rodillas, luego volvió a alzarla, tan firme que el brillo de sus pupilas se clavó en la garganta del alfa.

—Que soy un asesino —dijo, casi con calma, casi como si recitara un poema infantil—. No por lo que pasó hoy... Ni por los hombres que maté en el aeropuerto, ni por lo que heredé de mi apellido. *Lo soy desde antes.*

El bate de béisbol descansaba entre los pies de Jungkook, manchado de costras secas. El alfa ladeó la cabeza, curioso, sin un ápice de sorpresa. Solo interés genuino, dejó la hamburguesa en la charola y se relamió el pulgar.

—¿Desde cuándo? —preguntó, como si charlaran sobre la última serie de moda.

Jimin soltó una risita hueca. Jugó con la pajilla de su vaso, hundiéndola y sacándola.

—Desde cuarto grado —susurró—. Había un alfa mayor que nos molestaba a todos en la escuela. Golpeaba a una compañera, la hacía llorar cada semana. Un día... no pude más.

Se pasó la lengua por el labio inferior. El recuerdo se le alojó detrás de la lengua, era un sabor amargo que no se borra con coca cola.

—Era un alfa, Jungkook. Yo era un omega de nueve años. Se suponía que su voz de mando debía doblegarme, ¿sabes? —Soltó una carcajada seca—. Pero no lo hizo. No funcionó. Fue la primera vez que entendí que soy diferente. Que soy más fuerte que los alfas. Lo sujeté del cuello y... —sus dedos hicieron un gesto, imaginando que sostenía algo diminuto y afilado—. Tomé un compás, de esos de matemáticas. Se lo metí en la garganta. Corté hasta que dejó de hacer ruido.

La noche se tragó el silencio después de esas palabras. Jimin sorbió su refresco con un golpito final. Jungkook no apartaba los ojos de él, a medida que una chispa oscura brillaba en su sonrisa torcida.

—Mi Patito era un pequeño monstruo —murmuró, casi orgulloso—. ¿Y qué hiciste después?

Jimin encogió los hombros, dando otro mordisco a su hamburguesa.

—Me lavé las manos. Me senté en mi pupitre y esperé a que llegaran los gritos. Nadie sospechó de mí porque el omega callado, el que sacaba dieces en ciencias.

»Pero... Ahora que lo recuerdo mi padre fue a la escuela, después me cambiaron a una para niños problema.

»En esa todo empeoró, los chicos eran más abusivos y terminé matando a un grupo de cuatro. Los recuerdo bien, dos alfas, un beta y un omega. Tenía quince cuando eso sucedió. Los descuarticé en el baño, lo hice rápido, llamé a papá y cuando llegó me envió a casa con el mayordomo.

»A los dieciséis jugaba en un equipo de fútbol. —Suspiró—. El entrenador nos gritaba y golpeaba en los muslos cuando perdíamos, eso me molestaba, pero lo que me hizo estallar en aquella ocasión fue que lo encontré intentando abusar de un omega del equipo. Maté a mi entrenador y le dije adiós al fútbol.

—A los dieciséis ya tenías seis muertos en tu conciencia...

—Siete —corrigió Jimin y Jungkook entreabrió los labios—. Había un chico que se burlaba de mí por haber sido expulsado del equipo, también decía que yo era un asesino. Aunque la policía dijo que el entrenador se suicidó en su casa... Papá me cubría las huellas, siempre lo hacía.

»Se llamaba Alessandro. Lo recuerdo bien porque su muerte fue planificada, él me había echado queso en el uniforme, en el comedor de la escuela. Yo... Lo seguí en la noche, lo dormí con formol, lo arrastré al sótano de mi casa, la de mi padre. Una antigua que ahora se usa como punto de entrega de mercancías... El punto es que desnudé a Alessandro y lo colgué con distintos ganchos de metal, como si fuera carne y yo un carnicero.

»Le hice muchos cortes en el cuerpo, lo torturé. —Jimin tragó saliva nervioso—. Lo disfruté, pero Yoongi me descubrió, me encontró. Alessandro ya estaba muerto, creí que Yoongi me delataría con la policía, pero llamó a mi papá y bueno...

»Papá me felicitó y una vez más limpió mi desastre.

»Luego me dijo que si iba a hacer mis travesuras tenía que mejorar en la lucha, el tiro con arco, las armas. Me dijo que si quería ser un asesino tenía que hacerlo bien o de lo contrario él mismo me metería a prisión. —Jimin exhaló—. Aprendí bien, me esforcé porque no quería ir a prisión. Pero tampoco quería seguir matando.

—¿Y ya no lo hiciste? ¿No mataste?

—Lo seguí haciendo, los otros dos alfas que maté intentaron meterse a robar a mi casa. Llevaban armas, los hice picadillo. —Sonrió—. Y el último fue mi profesor de retórica, lo

maté con un bolígrafo porque me puso de manera injusta una mala calificación. Italia me miró hacerlo, fue la única vez que me miró matando a alguien. Aunque ahora creo que ya sabía que era un asesino.

»Patinaba por gusto desde los ocho, entraba a pequeñas competencias, cuando lo hacía mi mente se relajaba. Luego de ver a la familia del profesor Pessina llorando en su funeral, porque fui. Decidí meterme de lleno en el patinaje sobre hielo.

»Así es como me convertí en el príncipe de hielo. Me parecía una burla que me arrojaran flores blancas y me alabaran, ellos... Mi público no sabe que alaba a un asesino.

Se giró, encontró la mirada de Jungkook. Entre sus pestañas aún se balanceaba la sombra de aquellas personas. No había arrepentimiento, ni culpa. Solo la confesión desnuda.

—¿Me sigues queriendo? —preguntó, en un susurro.

Jungkook se acercó, tan cerca que el aroma del cuero, la sangre seca y la salsa se mezclaron.

—Más que nunca —murmuró, rozándole la comisura de la boca con un beso lento, manchado de ketchup—. Porque somos iguales.

»Somos una aberración perfecta —susurró contra su boca—. Y todo esto... —Señaló el campo—. Todo esto es solo el prólogo.

»He matado más que tú —confesó Jungkook—. La diferencia es que tú lo has hecho por impulso, sin planificarlo. El único que planificaste fue al que colgaste en tu sótano y bueno, a los otros que han traicionado a los Nostro en estos últimos días, incluida Itzel, hoy.

»Mi padre me daba un nombre, completo, con apellidos, vestimenta habitual, rastros generales en cuanto a cabello, aroma, casta. ¿Mí trabajo? Cazarlos, matarlos, llevar sus cuerpos a su oficina y si me equivocaba recibía un castigo. Azotes en la espalda hasta desmayar.

»Fallé los primeros años, muchas veces. Maté muchos inocentes, por eso me hice más hábil. —Sonrió—. Después de eso no erré una sola vez. Año tras año, nunca me equivocaba cuando se trataba de cazar mis presas. Si lo hacía me esperaba el infierno en casa.

—Es distinto, Jungkook —murmuró Jimin, acariciando las mejillas del alfa con ambas manos—. Tú matabas porque te lo ordenaban, yo lo hice porque quise.

—Bésame —pidió Jungkook y Jimin lo besó, fue un beso fugaz—. Bien hecho. —Sonrió cuando se alejó, después lo tomó de la barbilla y le dio otro beso—. ¿Eso fue un beso o fueron dos?

—Ah... Dos.

—Uno fue ordenado, el otro no —susurró—. Y ambos fueron besos. Da lo mismo si mataste porque quisiste o porque te lo ordenaron. Al final, nos deshumanizamos.

Jungkook volvió a tomar su hamburguesa y Jimin abrió la suya, dándole un enorme mordisco.

—No debería comer esto —dijo con la boca llena—. Pero una hamburguesa al año no hace daño.

—Luces adorable con las mejillas llenas —dijo Jungkook, riendo.

—Yo sentía que no podía amar —soltó Jimin finalmente—. Pero cuando murió Italia y cuando murió mi padre... Me di cuenta de que tengo sentimientos, llegué a creer que era psicopata.

—Pff... Matar no te quita la empatía, solo te acostumbras. —Estiró la mano para limpiar con el pulgar el ketchup de la barbilla de Jimin—. Dentro de la mafia todos son asesinos expertos, tú eres asesino, pero no eres experto. Te hace falta aprender a cubrir huellas, me alegra que Corvo esté a tu lado. Además me tienes a mí, te ayudaré a mejorar.

—¿Qué tengo que mejorar?

—Mmm... —Jungkook frunció el ceño—. Tienes que evaluar a quién vale la pena dejar vivir y a quién no... No puedes matar a inocentes, tampoco a piezas claves dentro del juego.

»Aprende a controlar tus emociones, no sabes controlarlas, Patito. Eres muy agresivo e imprudente.

—Oye, no me insultes...

—Tu reinado como Capo se puede destruir de la noche a la mañana si eres agresivo. Imagina que un día El Plebe te haga enojar, ¿vas a matarlo?

—¡Por supuesto! —contestó y Jungkook negó con la cabeza al tiempo que cerraba los ojos.

—No puedes matar al plebe porque el Metka que une a él. Si lo matas todos iríamos por ti porque estamos bajo juramento, incluso yo tendría que ir por ti. El Metka es un ritual, no es solamente una formalidad. —Jungkook le mostró la mano en donde tenía la herida cicatrizada del corte—. Hay magia de por medio, con la luna.

—¿En serio? —preguntó algo incrédulo y Jungkook asintió con la cabeza.

—Eres inocente, aunque no parezcas y aunque eres un asesino. Hay inocencia en ti. Lo vi en tus ojos aquel día en el puente, por eso... —Exhaló—. Voy a protegerte, incluso de ti mismo.

Jimin bajó la vista, jugueteando con la envoltura de su hamburguesa ya medio fría. La risa que se escapó de sus labios parecía un murmullo más para la brisa nocturna que para Jungkook.

—¿Protegerme de mí? —repitió, dejando la hamburguesa de nuevo en la bandeja, limpiándose los dedos con una servilleta que tenía una mancha de salsa—. ¿Y quién te protege a ti?

Jungkook ladeó la cabeza. El brillo en sus ojos era el mismo que tendría un lobo que observa a su presa sin hambre, solo por placer.

—Nadie —respondió con simpleza, relamiéndose el pulgar—. No necesito que nadie lo haga. Yo nací para tragarme el mundo, Patito. Yo soy el que hace temblar a los otros cuando abro la puerta. Pero tú... —Se inclinó, juntando sus frentes—. Tú todavía tiemblas por dentro, aunque nadie lo vea.

—No tiemblo —mintió y sus pestañas rozaron la piel de Jungkook cuando entrecerró los ojos.

—Sí lo haces. —Sonrió—. Y está bien. Me encanta. Es como si la bestia que llevo adentro encontrara un lugar cálido donde dormir.

—No soy tan cálido, pero por ti puedo serlo.

Jungkook terminó su hamburguesa en dos bocados más, Jimin mordisqueó la última papa frita antes de soltar una risita. Entonces Jungkook se irguió de golpe, chasqueando la lengua y sin darle tiempo de reaccionar, pasó un brazo firme bajo los muslos de Jimin, lo alzó de golpe, obligándolo a rodear su cuello y subir ambas piernas para sostenerse. Jimin soltó un jadeo bajo y se mordió la sonrisa.

—Jeon, bájame... —protestó, pero era inútil.

—Cierra la boca —gruñó, sujetándolo mejor, sintiendo cómo los muslos del omega se apretaban contra sus hombros anchos.

Así, erguido, cargó con él a través de las gradas, descendiendo cada escalón con pasos lentos, mientras los hombres de la Bratva apartaban la vista y abrían paso, casi con una reverencia. Los focos del estadio se apagaban detrás de ellos mientras la noche se tragaba la escena. A la salida, aguardaba un Aurus Senat negro, brillante como la pantera personal de

un Zar. El chofer abrió la puerta trasera con un leve gesto de cabeza. Jungkook depositó a Jimin en el asiento con cuidado, como si fuera frágil porcelana... y luego subió él.

Cuando el motor encendió, Jimin respiró hondo: cuero caro, gasolina, tabaco ruso, el aroma de Jungkook impregnando cada costura.

El trayecto fue silencioso. Jimin jugaba con la cremallera de su chaqueta, mientras Jungkook mantenía una mano reposando descaradamente sobre su muslo, marcando territorio, marcando intención.

Veinte minutos después, la mansión apareció tras una reja de acero forjado, vigilada por cámaras, escoltas y perros que no ladraban, solo observaban, estaban bien entrenados.

No era la residencia principal. Era un refugio, más privado, con luces cálidas encendidas en el jardín trasero y una piscina privada que brillaba como un espejo azul, con vapor escapando de la superficie: agua tibia en la helada Moscú.

Cuando bajaron, Jimin abrazó sus brazos alrededor del cuerpo. No tuvo tiempo de reaccionar cuando Jungkook lo levantó de nuevo, directo desde el borde del coche.

—No, no, no, Jungkook, ni se te ocurra... —dijo al notar la intención del alfa.

Pero Jungkook ya reía, esa risa de demonio satisfecho, antes de lanzarlo sin ceremonias al agua humeante.

—¡ **JEON JUNGKOOK** ! —gritó Jimin cuando salió a la superficie, escupiendo cloro y agua—. ¡Oye, debiste avisarme! ¡Tragué agua con cloro!

—Si te avisaba, ibas a negarte porque hace frío... —Jungkook se desabrochó la chaqueta de cuero, la dejó caer al suelo junto a la piscina y se lanzó tras él, vestido, arrastrando consigo salpicaduras brillantes.

Emergió junto a Jimin, lo arrinconó contra uno de los bordes. Cerrando sus manos pesadas alrededor de su cintura, pegándolo a su cuerpo empapado.

—Además —murmuró, con la voz ronca de deseo—, esta ropa pesada y mojada nos estorba, ¿no crees?

Las manos de Jungkook descendieron por su espalda, firmes, encontrando el dobladillo de la camiseta empapada de Jimin, la subieron centímetro a centímetro, revelando piel pálida erizada por el contraste de calor y bruma.

—Déjala —gimió Jimin, intentando retener la tela—. ¡Hace frío!

—Te caliente yo —susurró, y arrancó la camiseta de una sola vez, lanzándola fuera del agua.

Volvió a acorralarlo, hundiéndolo en la pared de cerámica, besándolo con lentitud obscena, una mordida suave que bajaba por su mandíbula. Entre beso y mordida, sus manos se colaron por el cinturón, abriéndolo, soltándolo bajo el agua. Jimin gimió cuando sintió el roce de la tela bajando por sus muslos, atrapada por la corriente. Jungkook rió contra su oído.

—Mírate... temblando —ronroneó, mordiéndole el lóbulo de la oreja—. Dime que no te gusta.

Jimin quiso mentir, quiso arañarle los hombros para disimular, pero solo pudo hundir los dedos en la nuca húmeda del alfa, pegándose más.

—Cállate... —susurró, sin dejar de besarlo.

Jungkook se rió, ronco, atrapando su boca de nuevo. El vapor de la piscina cubría ambos cuerpos igual que un velo y la noche alrededor parecía guardar silencio solo para escucharlos. El agua tibia se cerró alrededor de ambos cuando Jimin aprovechó un momento de distracción para tomar la iniciativa. Se separó de la pared, empujó a Jungkook hacia atrás, hasta hacerlo chocar con la parte menos profunda de la piscina, donde la luz subacuática delineaba los músculos tensos del alfa bajo la ropa empapada.

Sin dejar de mirarlo, Jimin llevó las manos al cuello de la camiseta de Jungkook, tiró de ella hacia arriba, la tela mojada se resistía, pegada como segunda piel, pero la fuerza del omega se imponía. Con un tirón brusco, expuso la piel bronceada, los tatuajes negros que parecían tinta viva brillando entre las gotas.

—Te quiero sin esto... —murmuró, dejando caer la prenda flotando junto a ellos.

Las manos de Jimin se deslizaron por el pecho desnudo, palpando cada línea dura del abdomen, cada cicatriz. Lo besó despacio, primero el cuello, luego el esternón, descendiendo con la lengua mientras sus dedos bajaban al botón del pantalón de mezclilla. Jungkook apenas respiraba, observándolo con la mandíbula tensa y una chispa de fuego bajo las pestañas mojadas.

—Patito... —advirtió, pero su voz se quebró en una risa oscura cuando sintió los dedos de Jimin desabrochando el pantalón—. Vas a... ah, joder...

Jimin tiró de la tela, arrastrando los jeans y la ropa interior bajo el agua. La prenda pesada se hundió sin remedio, apartada por los pies de Jimin mientras se impulsaba con fuerza, sosteniéndose de los hombros anchos de Jungkook para sumergirse.

El agua se onduló, tragándose su figura cuando desapareció bajo la superficie. Jungkook soltó un gruñido, apoyando la cabeza contra el borde, con los brazos abiertos, dejando que el vapor le besara la piel mientras la lengua de su omega lo reclamaba bajo el agua, explorando cada rincón prohibido con una adoración sucia y descarada.

El leve chapoteo se mezclaba con respiraciones ahogadas. Jungkook cerró los puños en la cerámica del borde, arqueando la espalda, soltando un gemido grave que se perdió en el vapor cuando sintió la presión húmeda, la caricia pecaminosa de aquella lengua obediente.

Salpicaduras, risas y un crujido húmedo cuando Jimin volvió a asomar la cabeza, con la boca roja, el cabello rubio pegado a la frente, jadeante y sin vergüenza.

—¿Qué haces? —murmuró Jungkook, ronco, atrapándolo de la nuca para impedirle huir—. ¿Quién te enseñó a hacer eso, ah? Lo buscaré, le arrancaré las pelotas.

—Aprendí solo... —susurró Jimin, volviendo a hundirse, lamiendo, mordiendo con suavidad, sintiendo las venas palpitantes del alfa en su cavidad bucal.

Jungkook soltó una carcajada, hundiendo la otra mano en el cabello mojado de su omega, obligándolo a quedarse ahí, guiándolo, poseyéndolo a su modo. La piscina se convirtió en su altar privado, donde solo existían sus jadeos, el vapor y la promesa de que esa noche sucedería algo más que simples caricias.

El agua salpicó contra la cerámica cuando Jungkook tiró de Jimin hacia arriba, lo alzó sin esfuerzo, obligándolo a rodearle la cintura con ambas piernas mientras salían de la piscina, goteando vapor y deseo. Lo sentó sobre el borde cálido, inclinándose entre sus muslos abiertos para devorarlo la boca con un beso húmedo. Jungkook soltó una risita baja contra sus labios antes de separarse lo suficiente para girarlo, obligándolo a apoyar las palmas en el borde, de espaldas a él.

—Así... —ronroneó, mientras sus manos grandes resbalaban por la curva de su espalda, bajando a sus muslos firmes—. Déjame verte temblar. Creo que no podré esperar hasta las olimpiadas.

Jimin tragó saliva, las gotas de agua cayeron de su flequillo rubio, mientras sentía cómo uno de los dedos de Jungkook se deslizaba, explorando, entre la unión de sus muslos, encontrando su entrada con un roce descarado. Un quejido se le escapó de golpe cuando sintió la presión húmeda abriéndolo un poco.

—¡Oye! —se quejó, girando la cara, tenía las mejillas encendidas—. De esto no hemos hablado.

Jungkook soltó una risa oscura, mordiendo la parte interior de su muslo, sin detener el lento movimiento de su dedo.

—¿De qué, Patito?

—Yo... —Jimin apretó la mandíbula, sintiendo un escalofrío recorriéndole la espina—. Nunca...

El alfa arqueó una ceja, divertido.

—¿Nunca qué? No me digas que eres virgen porque no te creo.

—No soy virgen —escupió Jimin, frustrado—, pero...

—¿Pero? —Jungkook presionó un poco más, sintiendo el cuerpo del omega tensarse alrededor de su invasión.

—Nunca me han... penetrado. ¡¿De acuerdo?! —soltó de golpe, entre dientes, el rubor le subió hasta las orejas—. Así que mejor gírate, porque esta noche vas a recibir de mí.

El silencio se llenó de la risa grave de Jungkook. Una carcajada que vibró entre sus costillas mientras sacaba el dedo y lo reemplazaba con una caricia más suave, marcando territorio.

—Soy un alfa, Jimin —murmuró, inclinándose para rozarle la nuca con los dientes.

—¡¿Y eso qué?! —espetó Jimin, intentando retorcerse, pero Jungkook lo sostuvo firme por la cadera, como si fuera suyo desde siempre—. Yo solo he estado con alfas y...

—No soy cualquier alfa de por ahí —interrumpió Jungkook, su voz estaba más ronca y feroz que nunca a medida que alineaba su cuerpo contra el del omega, respirándole detrás de la oreja—. Soy un Lupus. Tu Lupus.

La risa temblorosa de Jimin se ahogó contra el borde de la piscina, justo cuando sintió la mordida de Jungkook en su espalda alta, le encajó los colmillos de manera violenta, la sangre escurrió de su piel a medida que el alfa mordía una y otra vez, reclamando el cuerpo que ya era suyo, pero que solamente le faltaba tomar.

Jimin soltó un gemido bajo, que se rompió en su garganta. Sintió el ardor de los colmillos hundiéndose, la carne cediendo con un dolor exquisito, casi un fuego líquido que le subió hasta la nuca. Su instinto gritó peligro, posesión... y sin pensarlo, se apartó de un salto, metiéndose de nuevo al agua tibia que se agitó cuando su cuerpo se hundió de nuevo, retrocediendo hasta pegarse a la pared opuesta de la piscina, subió las escaleras de metal de manera hábil para salir. Su respiración era un jadeo rápido, sus ojos azules estaban bien abiertos, fijos en la mandíbula de Jungkook: de ella resbalaba un hilo delgado de sangre roja y brillante, *su sangre*.

—Eso duele como el infierno, lo sé —soltó Jimin entre dientes, ignorando el ardor en su espalda.

Jungkook levantó la cabeza mirando a Jimin completamente desnudo y mojado, de pie frente a la piscina, sus labios estaban manchados, su lengua arrastró restos de carmesí como un depredador satisfecho.

—¿Tienes miedo? —preguntó, con la voz baja y profunda, arrastrando cada sílaba como un reto.

—¡No! —mintió Jimin, con un temblor apenas perceptible en la barbilla.

—¿Entonces por qué te alejas? —murmuró, sus ojos de lobo clavados en él, brillando con una fiereza que desarmaba—. Mírate... estás temblando.

Jimin abrió la boca para replicar, pero solo exhaló vapor. Estaba temblando, sí. No de miedo, no por completo: el frío de la noche se mezclaba con el calor de su piel lacerada, con la sangre que ardía donde Jungkook lo había mordido.

El alfa lo observó como si pudiera verlo todo: cada pulso bajo la piel, cada estremecimiento contenido, cada chispa de resistencia. Y sonrió, una sonrisa que quemaba más que la herida abierta.

—Pero te miras hermoso. Tu cuerpo es espectacular, Jimin. Eres perfecto.

Dio un salto ágil, felino, saliendo de la piscina en un movimiento que no dejó ni una gota fuera de lugar. El vapor marcó sus músculos tensos, haciéndolo lucir más imponente de lo normal, más, mucho más atractivo. Se plantó frente a Jimin, que lo observaba como un ciervo atrapado entre barrotes dorados.

Jungkook inclinó su cuerpo, tomó su barbilla con firmeza, obligándolo a alzar la vista. Lo besó de golpe, un beso caliente, lleno del sabor a cloro, sangre y algo que no admitía límites. Cuando se separó, Jungkook rozó su nariz contra la de él.

Y sin darle margen a escapar, lo levantó de un tirón. Tomándolo en brazos, sintiendo el cuerpo empapado y vibrante de su omega contra su torso desnudo.

—Vamos adentro —ordenó Jungkook, ronco, mientras caminaba decidido hacia la puerta acristalada de la mansión.

Cada paso que daba hacía que el agua resbalara de sus cuerpos y manchara la madera pulida del umbral. El calor de la casa, la suavidad de la luz, los recibió dispuesta a tragarse todo lo que eran: bestias hambrientas, un Alfa Lupus y su Omega Lupus, pecadores perfectos, a punto de consumirse el uno al otro.

Entraron a la sala principal, en el centro, un sofá enorme, de terciopelo negro, Jungkook lo recostó ahí con cuidado.

—Quédate aquí.

Jimin asintió en silencio. Lo observó desaparecer por un pasillo lateral, después escuchó cajones abrirse, puertas cerrarse. Su espalda ardía, las mordidas punzaban como un ancla clavada en su piel húmeda. Cuando Jungkook volvió, traía en un brazo un par de toallas gruesas y en la otra mano un pequeño frasco de pomada.

—Ven acá, Patito —murmuró.

Se arrodilló frente a él. Desplegó una toalla y comenzó a secarle el cabello primero, con movimientos lentos, casi devotos. El aroma de su colonia, del jabón, de la sangre tibia se mezclaba con el vapor que aún se desprendía de sus cuerpos. Jimin entrecerró los ojos, dejándose secar.

Luego Jungkook le tomó la mano, la besó rápido, y con la otra toalla recorrió sus hombros, pecho, abdomen, cada gota de agua atrapada entre sus costillas.

—Duelen las mordidas, ¿verdad? —preguntó, al rozar la piel inflamada.

Jimin respiró hondo, asintiendo. Jungkook abrió el pequeño frasco y hundió dos dedos en la pomada, que olía a hierbas frescas, medicina y algo mentolado. Con delicadeza, apartó los mechones húmedos de la nuca de Jimin y empezó a untar la pomada sobre la piel. Sus dedos eran cálidos, expertos, el contacto arrancaba un escalofrío nuevo cada vez que rozaba la carne más sensible.

—Tranquilo —susurró Jungkook, con la boca tan cerca de su cuello que podía sentir su aliento—. No volveré a morderte, si no quieres...

Cuando terminó, cerró el frasco y se sentó frente a él, sobre el sofá, de rodillas. Tomó las manos de Jimin, entrelazándolas, y guió sus piernas para enredarlas alrededor de su propia cintura. Quedaron así: pegados, pecho contra pecho, respiración contra respiración.

—Quiero hacerlo contigo —murmuró, sin apartar la mirada de sus ojos azules. El tono de su voz se quebró, no le hablaba el alfa, me hablaba el hombre bajo la piel de depredador—. Quiero todo de ti, Patito. Pero si no quieres... no voy a forzarte. Nunca voy a forzarte.

Acarició su mandíbula, limpiando un hilo de agua que aún le corría por la sien. Bajó la mano hasta su nuca, sosteniéndolo firme, sosteniéndolo seguro.

—Dime que sí —ronroneó, la sombra de un ruego brillando detrás de sus pupilas de lobo—. O dime que no. Y me detendré ahora mismo, pero de todas maneras seguiré queriéndote,

seguiré estando a tu lado.

—¿Eres capaz de estar en una relación conmigo sin sexo de por medio?

—Por supuesto. —Sonrió de manera pura, pero al mismo tiempo tan torcida y animal, que Jimin sintió un tirón en la base de la columna—. Te quiero a ti, no el placer que puedas darme.

Jimin lo observó un segundo largo, calibrando las palabras del alfa, calibrando sus propios sentimientos. Sus manos temblaron un poco, pero no las soltó de las de Jungkook.

—Podemos intentarlo —dijo en un hilo de voz—. Pero si no me gusta... si no puedo... entonces no volveremos a hacerlo.

Jungkook asintió despacio, tan serio que parecía contener un volcán detrás de la mirada.

—De acuerdo. —Su pulgar rozó los nudillos de Jimin con un mimo casi infantil.

—Y... —Jimin inspiró, tragando saliva—. Trátame con delicadeza. No me destroces. Lubrica bien, por favor.

—Lo haré —prometió Jungkook.

—Y no me embaraces —agregó de golpe—. Ni se te ocurra. Tengo mi carrera de patinador. El Capo no puede andar por ahí con un vientre enorme. Me vería... me vería débil. Y un omega débil no sirve.

—No eres débil, Patito —Se acercó a las manos de Jimin, besándole los nudillos—. Pero te prometo que no habrá un bebé. Vas a ser mío y nada más.

Jimin soltó un leve suspiro, un sonido tan pequeño que se perdió en el chasquido húmedo de los besos que el alfa le daba en los nudillos.

—Quítate la toalla —murmuró al terminar de besarle las manos—. Déjame verte bien.

Jimin dudó, tragó saliva, pero bajó la mirada, soltó un leve bufido resignado y dejó caer la toalla sobre la alfombra. Quedó ahí, desnudo, sentado sobre el sofá de cuero, la espalda aún humedecida por la pomada. Sus muslos estaban tensos, la primera vez siempre causa algo de incertidumbre.

Jungkook lo devoró con los ojos. No había prisa, ni brutalidad. Había hambre, sí, pero una que se sostenía en la paciencia.

Se arrodilló frente a él, sobre la alfombra, sus rodillas encajando entre los pies de Jimin. Despacio, levantó una de sus piernas, apoyándola sobre su hombro, luego la otra, abriendo su cuerpo como quien abre un libro secreto.

—Perfecto... —ronroneó, dejando un beso lento sobre la parte interna del muslo, ahí donde la piel era delgada y vulnerable.

Jimin contuvo un gemido, sus dedos se agarraron del respaldo del sofá.

—Recuerda lo que te dije —dijo en un hilo de voz—. Despacio... y bien...

—Lo recuerdo —Jungkook sonrió, los colmillos se asomaron entre sus labios húmedos—. Te voy a preparar tan bien que vas a suplicarme que no pare.

Se inclinó, rozó su boca contra la piel suave, descendiendo. Jimin soltó un jadeo tembloroso cuando sintió la lengua caliente del alfa recorrerlo, lamiendo la piel, jugando con la punta, abriéndolo con lentitud. Cada respiración era fuego derritiendo su columna.

—Jungkook... —gimió, apenas consciente de que sus caderas buscaban más.

El Lupus sonrió contra su carne, hundiéndose más, con la lengua primero, con un dedo después, empujándolo suave, mojándolo, aflojándolo con un ritmo paciente y cruel.

—Relájate, Patito —susurró, hundiendo otro beso, otro lametazo lento que hizo que Jimin soltara un pequeño sollozo—. Relájate para mí. Vas a brillar todavía más que cuando te lanzan todas esas flores en la pista, brillarás cuando termines temblando por completo.

La respiración de Jimin se volvió errática cuando sintió el segundo dedo de Jungkook abrirse paso junto a la lengua húmeda. El calor era sofocante, el ardor extraño, el hormigueo eléctrico y un leve escozor que lo hacía tensar la nuca contra el respaldo del sofá.

—Jungkook... —jadeó de nuevo, aferrándose a los hombros anchos del alfa cuando lo sintió retirarse apenas para mirarlo desde abajo—. ¿Lo estás haciendo bien?

—Lo estoy haciendo perfecto —respondió, con la voz ronca y la sonrisa manchada de deseo—. Mira cómo reaccionas... cómo tiembla tu vientre.

Su lengua volvió a descender, húmeda, caliente, acariciándolo desde dentro y afuera, mientras sus dedos se movían lento, con la habilidad de quien conoce de instintos y fisuras. Cada empuje era suave, cada roce arrancaba un pequeño estremecimiento a Jimin, que mantenía las piernas apoyadas en los hombros de Jungkook y los talones golpeándole suavemente la espalda.

—Duele un poco... —murmuró Jimin, tragando saliva—. Pero... se siente... bien. —Se mordió los labios—. Mmmm...

—Ey... —Jungkook lo besó otra vez, subiendo hasta capturar sus labios, sin retirar sus dedos de su interior—. Déjame escuchar tu voz bonita, Patito. No muerdas tus gemidos.

Jimin arqueó la espalda cuando sintió el roce de la yema de uno de los dedos justo en el punto que lo hizo ver chispas. Soltó un gemido quebrado, corto, que se mezcló con la risa grave de Jungkook.

—Así... ahí está... —susurró el alfa, dejando un beso húmedo en su cuello, luego bajó sus labios, mordisqueándole un pezón, haciendo vibrar su nombre en la piel.

Jimin soltó un leve quejido, entrecerrando los ojos, sintiendo que la cabeza se le iba de tanto calor acumulado. Entreabriendo los labios para decir algo, pero solo pudo suspirar.

Jungkook retiró sus dedos apenas un momento, observó la humedad, la suavidad que se abría para él. Lo miró directo a los ojos.

—Voy a entrar —dijo—. Si quieres que me detenga, dime ahora.

Jimin tragó saliva, su respiración un caos, su cuerpo un temblor de fiebre. Aun así, asintió, con la voz baja, rota, sumisa.

—Hazlo. Si duele mucho... —tragó saliva—. Si no me gusta... no volveremos a hacerlo, ¿sí?

Jungkook se inclinó, sus frentes se tocaron, susurró con los labios rozando los de Jimin:

—Sí, mi Patito. Como quieras. Hoy lo intento... y si no es para ti, nunca más. Pero hoy... —Sonrió contra su boca y esparció feromonas dominantes, posesivas, seductoras—. Hoy te prometo que voy a cuidarte como a un tesoro.

Jungkook sostuvo a Jimin con ambas manos. La calidez de su respiración chocaba con la piel húmeda del omega, que mantenía la mirada fija en él, sus ojos grandes, abiertos, temblorosos... llenos de algo más profundo que miedo: la rendición, la confianza.

El alfa presionó su frente contra la de Jimin, sus narices se rozaban, sus bocas separadas por el jadeo que compartían. Una de sus manos se deslizó hacia el rostro del omega, acomodando un mechón húmedo de cabello rubio detrás de su oreja.

—Mírame... —le susurró, con una voz que era más caricia que mandato—. No cierres los ojos. Quiero verte el alma cuando seamos uno.

Jimin obedeció al mismo tiempo que sus pupilas tilitaban. Dejó escapar un leve sonido cuando sintió el cuerpo de Jungkook acomodarse, el calor de su vientre rozando el suyo. La punta de su miembro prominente rozó su entrada, húmeda y suave por la preparación.

Jungkook le besó la frente, luego la nariz, luego la comisura de sus labios. Fue lento, saboreaba cada pequeña parte de él. Sus caderas se movieron despacio, se trataba de un avance succulento que arrancó un jadeo a Jimin, uno que vibró entre ambos, sostenido por el eco íntimo de la habitación silenciosa.

—Relájate... —susurró el alfa, posando su frente ahora en el hueco del cuello de Jimin, inhalándolo, envolviéndolo—. Déjame entrar, sólo piensa en mí... no en el Pakhan, no en el capo, piensa en Jungkook, piensa en Jimin, sólo yo... sólo tú... solo en tu alfa, tu único alfa lupus.

Jimin abrió la boca, un leve gemido se le escapó mientras sentía la presión, el calor llenándolo poco a poco. Su cuerpo se tensó, pero Jungkook lo calmó enseguida, besándole el cuello, murmurando palabras suaves en ruso, idioma que se perdió entre dientes y labios.

La unión fue lenta, profunda, una invasión que no buscaba devorarlo, una invasión que buscaba envolverlo. Jimin sintió un leve temblor en sus muslos, una chispa eléctrica recorriéndole la columna. Sus manos se aferraron a los antebrazos firmes del alfa, anclándose porque en ese momento era lo único que importaba.

—Estás bien... —murmuró Jungkook, sin dejar de besarle la mejilla, la mandíbula, la clavícula—. Tan bien... tan perfecto... mío... mi Patito hermoso.

Un leve sollozo quebró la garganta de Jimin cuando sintió que el alfa encajaba completamente, el peso de Jungkook sobre su cuerpo, la calidez dolorosa recorriéndolo de dentro hacia afuera. Buscó la boca del alfa tratando de mitigar el dolor, se besaron sin apuro, húmedos, suaves, agradeciéndose mutuamente por existir.

—Duele un poquito... —confesó Jimin entre susurros, con los labios rojos y brillosos—. Pero... no me sueltes...

—No te soltaré —prometió, rozando su nariz con la suya—. Nunca, mi amor.

Miró esos ojos azules que derretían todas sus barreras para comenzar a moverse, tan lento, tan cuidadosamente que parecía una danza apenas perceptible. Cada embestida era una caricia, cada gemido de Jimin era devorado por los besos profundos del alfa. Entre el calor de sus cuerpos, la humedad del agua que aún goteaba de su cabello y el crujir apenas audible del sofá, se escuchaba un latido compartido: el de dos bestias, dos mitades imperfectas fundiéndose por primera vez, aprendiendo a no temerse, aprendiendo a amarse.

Jimin, con los ojos vidriosos por la mezcla de placer, dolor y miedo, encontró el reflejo de sí mismo en los de Jungkook: un alfa que no devoraba... un alfa que guardaba, protegía y besaba. *Una bestia domesticada solo para él.*

El ritmo era casi hipnótico, un vaivén entre jadeos y el chasquido húmedo de sus cuerpos encontrándose una y otra vez. Jimin abrió la boca para buscar aire, pero lo que salió fue un leve gemido, una súplica que se quedó atorada en su garganta.

Jungkook detuvo sus labios sobre los de él, sosteniéndolo de la cintura temiendo perderlo en mitad del movimiento. Entre sus frentes, el calor era tan intenso que parecía que respiraban fuego.

Fue entonces que Jimin, con la mirada vidriosa, se atrevió a soltarlo, entre un jadeo que más parecía un verso que una confesión.

—Si algún día dejo de existir... —susurró, sintiendo que la voz se le quebraba contra la boca de Jungkook—... promete que vas a recordar cada parte de mí... así... por dentro de ti.

El alfa parpadeó, su respiración se trabó un segundo, el brillo de deseo en su mirada se tensó con algo más profundo, algo que dolía y encendía a la vez. Jimin arqueó la espalda, recibiendo más, evitando gritar cuando sintió la embestida más profunda, esa que le arrancó un escalofrío hasta los dedos.

—Porque si me vas a devorar... —prosiguió, con la voz hecha un hilo, la lujuria de Jimin estaba impregnada de ternura oscura—... que sea así... despacito... tan dentro que no puedas sacarme nunca. Porque después de esta noche yo... —Una lágrima resbaló finalmente de ambos ojos de Jimin—... Yo no podré borrarte.

Jungkook exhaló, al mismo tiempo que suspiraba, pero en lugar de contestar lo besó. Enlazando su lengua con la de Jimin, sellando con ese acto la promesa.

Ambos sabían que no había forma de volver atrás.
No se apartarían nunca el uno del otro.
No después de aquello.

HASTA AQUÍ EL CAPÍTULO

GRACIAS POR LEER!!!!

Qué bonito es lo bonito, que precioso es lo precioso.

*Mi Pakhan nunca decepciona, **ES EL MAN EL HOMBRE EL MACHO EL ALFA MI AMORRRRR***

¿Y se fijan como el Patito se dobla con él? Todo tierno y chiquituuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu

(Con esto hablo por mi) pero a mi me gusta cuando son malos con el mundo, pero entre ellos unas masitas alsjksiwjwjkw

¡¡¡¡NOS LEEMOS PRONTO!!!!

**ÁNIMO GUERRERAS LEYERON MÁS DE 100mil PALABRAS SIN DETONADA
HASTA HOY!!!! 😊📄**

Que no les digan que leen puerçadas porque no es ciertuuuuuu, pura gente culta, pura loba que aprecia la literatura moderna, pura loba bien. 😊🔗

ESTOY FELIZ PORQUE HOY HUBO LIVE KOOKMIN YEEEEIII

Así que para que duerman bien les dejo este cap con detonada que ya estaba predilecto por la dinámica, peeeero de todos modos fingiré que lo subí por el live Kookmin :v los astros se alinean.

[21] ¿*Distracción*?



Las respiraciones se hicieron más frenéticas, los besos más torpes, las manos resbalaron una y otra vez por piel mojada, piel marcada, piel que dolía en las mordidas aún abiertas y palpitantes en la espalda de Jimin.

Él fue el primero en perderse, con un jadeo tembloroso que empezó como un quejido y terminó como un grito ahogado contra el cuello de Jungkook. Lo sintió: un temblor eléctrico que le recorrió la espina cuando se derramó sobre el vientre del alfa, manchando la piel caliente, las respiraciones y todo lo que había entre sus cuerpos.

Jungkook soltó una maldición entre dientes. Lo sostuvo con más fuerza, sintiéndolo tensarse, contrayéndose a su alrededor hasta volverlo loco. Un instante después, fue él quien cayó, profundo, sin contenerse, vaciándose dentro de Jimin con un rugido que vibró en el pecho de ambos.

Jimin gimió, casi lloró, temblando por el calor repentino y por la sensación de sentirse tan lleno, tan poseído, que ni su propia esencia deslizándose mezclada con la de Jungkook pudo borrar esa verdad cruda.

—Ah... —se le escapó un susurro irreconocible, un lamento cargado de placer. Se llevó una mano a la boca, queriendo contenerlo, pero Jungkook lo tomó de la muñeca y la apartó, dejando que escuchara cada sonido, cada respiración.

Cuando todo terminó, cuando el último espasmo de sus caderas se calmó, cuando la respiración volvió a encontrar un ritmo lento, Jungkook se dejó caer sobre él un segundo, solo para sentir su pulso acelerado contra el suyo. Luego se incorporó, con cuidado. Sus manos pesadas rodearon a Jimin, lo levantaron del sofá. El omega se dejó cargar, con las mejillas rojas, el cabello húmedo y pegado a la frente, el cuerpo rendido y la mirada casi ausente, entornada, fija en la boca del alfa que lo sostenía con un brazo firme bajo sus muslos, lo estrechó contra su pecho desnudo y caminó así hasta la cama enorme del piso de arriba.

Jimin entrecerró los ojos cuando sintió el colchón suave bajo su espalda. Medio sonrió, sin fuerzas, la respiración seguía errática. Jungkook lo observó un segundo, le acarició la mejilla húmeda, y sin más, se metió bajo las cobijas junto a él.

Sus manos fuertes lo atraieron de nuevo, pegándolo pecho contra pecho, atrapando toda la fragilidad de su omega dentro de su abrazo, hundiendo la nariz en su cuello, respirando su aroma.

—Duerme, Patito —murmuró.

Jimin no dijo nada, simplemente se quedó ahí, en su pecho, envuelto en su dominacia, envuelto en su cariño, envuelto en su alfa... y pensó que ser un omega no era para nada malo, le fascinaba serlo porque solo así Jeon Jungkook podría poseerlo y protegerlo de esa manera.



Jungkook despertó antes que él, lo supo por el modo en que sus dedos ya se entretenían recorriendo su cintura, acariciando la línea de su espalda, buscando cada lunar, señalándolos, besándolos. Soltó un quejido somnoliento, enterrando el rostro en la almohada y se removió, dejándose abrazar más fuerte por el cuerpo enorme del alfa detrás de él.

—¿Despierto? —ronroneó Jungkook, con la voz más áspera y gruesa, su voz matutina.

—Mmm... más o menos —contestó, sin abrir los ojos, dejándose besar detrás de la oreja.

Pasaron unos segundos así, respirando lento, compartiendo el calor de las sábanas y el aroma de la noche anterior, que aún seguía allí, envolviéndolos.

Fue Jungkook quien rompió la calma, deslizando la mano que tenía en su vientre para rodearlo más abajo, con cuidado, perezoso.

—Patito... —susurró, besándole la nuca—. Tengo una pregunta y no quiero que te pongas tenso.

Jimin bufó, medio riendo.

—Si dices "no quiero que te pongas tenso" es porque voy a ponerme tenso —contestó, dándose la vuelta para mirarlo.

Jungkook se quedó quieto, mirándole el rostro, Jimin lucía más radiante, era por sus feromonas, el sexo con un alfa lo hacía lucir más bonito. Se inclinó para morderle el mentón sin poder contenerse ante la preciosura que tenía entre los brazos.

—No es nada grave —susurró—. Quiero saber qué métodos anticonceptivos usas.

Jimin parpadeó. Soltó una risa incrédula, luego enterró una mano en el cabello oscuro de Jungkook y lo jaló hacia sí, besándolo rápido.

—No te preocupes. Iré con un buen médico para poner todo en orden. No quiero sorpresas tampoco.

Pero Jungkook no se apartó. Siguió mirándolo con esos ojos negros, entrecerrados, medio posesivos, medio divertidos.

—Tengo anticonceptivos aquí —murmuró, deslizando la mano abierta por la cadera de Jimin, pellizcándole la piel—. Puedo dártelos en lo que vas al médico. Para evitar cualquier cosa.

Jimin rodó los ojos, divertido.

—¿Por qué tienes anticonceptivos? ¿Traías muchos omegas a esta casa? ¿Con cuántos follaste en esta cama?

—Eres el primero que traigo, pero compré anticonceptivos ayer, antes de pasar por ti.

—Mientes —Rodó los ojos.

—Te juro que no. Eres muy celoso, Patito.

—Te lo dije antes, de verdad lo soy.

—Y yo te dije que nunca miento, ¿quieres los anticonceptivos?

—Aunque no llegamos al nudo, ¿no?

—Nunca está de más prevenir —dijo Jungkook, ronroneando—. No quiero que mi omega patinador y capo termine de repente con un cachorro mío dentro.

Jimin le dio un empujoncito suave en el pecho.

—Ni lo sueñes. Si me embarazas ahora, te juro que te corto los huevos yo mismo —bromeó, medio serio, medio encantado de verlo tan protector.

—Entonces... —Jungkook bajó la voz—. ¿Sí quieres que te dé las pastillas?

Jimin suspiró, dejándose besar una vez más antes de asentir.

—Dámelas, lobo. Pero después... vas a prepararme el desayuno tú, ¿entendido?



El vapor subía lento desde la sartén mientras Jungkook, de pie frente a la estufa, removía la mezcla dorada de papas ralladas. Su torso desnudo estaba salpicado de diminutas gotas de aceite, sus músculos se tensaban cada vez que giraba la muñeca. Jimin estaba sentado sobre la fría isla de mármol, con las piernas colgando y la camisa negra de Jungkook cubriéndole apenas hasta la mitad de los muslos, se sentía como un gato mirando a su dueño preparar el desayuno. Tenía las manos apoyadas detrás, sosteniéndose, los boxers grises le quedaban flojos sobre sus caderas estrechas. Observaba cada línea, cada sombra que el amanecer resaltaba sobre la espalda ancha de Jungkook.

—Estás viéndome como si fueras a comerme vivo —murmuró Jungkook sin girarse.

Jimin soltó una risita, bajando la mirada a sus propios muslos, dejando que una pierna se balanceara despacio.

—Te veo porque me gustas. No quemes el desayuno —contestó, burlón.

Jungkook se giró un poco, lo suficiente para atraparlo con la mirada, oscura y afilada como la noche anterior.

—No podría quemarlo aunque quisiera. Eres mi invitado importante —dijo, girando la cabeza para volver a la sartén.

—¿Invitado? —bufó Jimin, jugando con un mechón rubio que caía sobre su frente—. Me cogiste y me mordiste, Jungkook. Creo que ya pasé la categoría de " *invitado* ".

Jungkook soltó un gruñido divertido, dejando caer la última tanda de dranikis en el plato. Lo tomó y se acercó, dejando el calor del cuerpo enorme a centímetros del suyo. Jimin alzó la barbilla, tragó saliva porque la simple cercanía de Jungkook lo hacía sentir vulnerable de nuevo, aunque aún tenía marcadas en la piel las mordidas que lo declaraban suyo.

—Y vas a seguir subiendo de categoría —ronroneó, dejándole el plato al lado, acomodándose entre sus piernas colgantes, apoyando sus manos en la encimera fría.

Jimin cerró los muslos para atrapar las caderas de Jungkook, rozando el borde de sus boxers negros.

—Primero aliméntame —dijo, provocador.

Jungkook negó con la cabeza, apartándose para tomar un vaso de jugo de naranja recién exprimido y una pequeña pastilla blanca que tenía a un lado, en el mostrador. Cuando volvió, lo hizo más serio. Su mano tomó la barbilla de Jimin, la inclinó hacia atrás, sosteniéndolo con firmeza. Jimin abrió la boca sin protestar cuando sintió el pulgar del alfa presionando con suavidad el borde de sus labios.

—Abre —ordenó.

Jimin abrió, dejando que la pastilla se depositara sobre su lengua. Su respiración se detuvo cuando Jungkook acercó el vaso de jugo y se lo puso entre los labios. Bebió lento, haciendo contacto visual con su alfa todo el tiempo, dejando que el cítrico borrara el amargor. Cuando terminó de beber, Jungkook inclinó la cabeza y atrapó su boca en un beso lento.

—Para que sigas patinando, Capo —susurró sobre su lengua.

Jimin rodó los ojos, intentando disimular el calor que le subió a las mejillas.

—Si te atreves a embarazarme, Jeon, te entierro en el jardín de la mansión —murmuró, medio broma, medio amenaza.

Jungkook soltó una carcajada suave, se apartó sólo lo justo para tomar un tenedor y ofrecerle el primer bocado de dranikis, aún humeantes.

—Cállate y come.

Jimin obedeció, abriendo la boca con una lentitud descarada, dejando que Jungkook lo alimentara como a un niño mimado. Masticó, sorprendido del sabor: papas suaves, saladas, con la cebolla perfectamente caramelizada.

—No sabía que cocinabas tan bien —murmuró, tragando despacio.

—No sabes muchas cosas de mí —le recordó Jungkook, empujando otro trozo hasta sus labios.

El resto del desayuno transcurrió así: Jimin robándole bocados, Jungkook sosteniéndolo firme entre sus piernas cada tanto, mordisqueándole la mandíbula cuando tragaba. Era un momento íntimo, silencioso, que parecía hecho sólo para ellos.

Pero el encanto se rompió cuando el teléfono de Jimin vibró, sacudiendo la encimera.

Él rodó los ojos, resopló y tomó el móvil sin apartar la espalda de la cálida presión del cuerpo de Jungkook detrás.

—¿Qué? —contestó, seco.

Del otro lado, Yoongi no se molestó en saludar.

—¿Dónde estás?

—Estoy bien —respondió Jimin, dejándose caer un poco sobre el pecho de Jungkook—. Pasé la noche con... mi novio. Espero que tú también hayas pasado la noche con el tuyo.

—Eso es lo de menos —cortó Yoongi—. Recibí una llamada de la casa Nostro.

Jimin tensó la espalda. Jungkook frunció el ceño, rozándole la oreja con la nariz porque alcanzaba a escuchar lo que Yoongi decía.

—¿Qué pasó? —preguntó, ahora más serio.

—Se trata de Mirabella —dijo—. Acaba de arrancarle el brazo a uno de los empleados.

Jimin soltó una exhalación incrédula.

—Algo habrá hecho.

—En realidad sí hizo algo.

—¿Qué hizo?

—Intentó darle de comer.

Jimin se frotó la frente con la mano libre, conteniendo una risa.

—Seguro era nuevo. Qué idiota. Démosle una indemnización.

—No va a poder tomarla —replicó Yoongi—. La comida que intentó darle a Mirabella tenía veneno, Jimin. ¿Sabes lo que significa?

El aire se volvió pesado. Jungkook apoyó una mano grande en el muslo de Jimin, sabía lo que significaba. Todos lo sabían.

—Por supuesto que lo sé —dijo Jimin, con la voz helada—. Me cambio y voy para allá. Espérame en el aeropuerto. Que Jackson y Taemin Wang custodien a Mirabella y que nadie, absolutamente nadie, se acerque a ella.

—Bien —contestó Yoongi antes de cortar.

Jimin dejó el móvil a un lado, respirando hondo. Sus dedos jugaron con el borde de la camisa de Jungkook, clavándole la mirada. El alfa se inclinó, besándole la sien.

—¿Hora de recordarle a Italia de quién es ese país? —preguntó Jungkook.

Jimin le devolvió la sonrisa, oscura y peligrosa.

—Hora de recordarle a todos quién soy yo. Pero primero necesito ropa, algo que me quede bien...

—Yo resuelvo, tú... ¿Mirabella esta muy lejos, verdad? No puedes comunicarte con ella a esta distancia...

—No, no puedo. —Suspiró—. Tengo que irme a Italia en cuanto antes.

—Iré contigo y llevaré a Lupus. —Comenzó a teclear un mensaje en su teléfono—. Iremos vestidos a juego.

—Ay por Dios, ¿qué sigue? ¿Tatuajes iguales?

—Si quieres. —Encorvó los hombros y Jimin comenzó a reír, pero esa risa se desvaneció al recordar la gravedad del asunto—. ¿Quién habrá sido? ¿Quién quiere matarme?

—Pues no le salió y llegaremos al fondo de esto. —El sonido del timbre de la casa se escuchó—. Llegó la ropa.

—¿Tan rápido?

—En Rusia se hace lo que yo digo. Si se tardan ruedan cabezas, espérame aquí, yo abro. No dejaré que vean tus lindas piernas.

Jungkook desapareció unos segundos, dejando a Jimin en la cocina. El rubio se pasó una mano por el cuello, sintiendo aún la punzada de las mordidas y la quemazón que dejaba la ansiedad de saber que alguien, allá en Italia, se había atrevido a atentar contra su loba. Mirabella era suya, su mitad, su ella moría Jimin también moriría a los pocos meses, días o quizás horas. Si alguien quería matarla, quería matarlo a él. Todos lo sabían, si un lobo muere, también muere el humano y viceversa.

Cuando Jungkook volvió, traía un portatrajes negro en un brazo y una pequeña maleta Louis Vuitton en la otra. Lo dejó todo sobre la mesa y se acercó para acomodarle un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Vístete. Tenemos un avión esperándonos.

Jimin deslizó la mirada por el traje. Negro, impecable, con una camisa blanca que parecía hecha a la medida. Suspiró e ignoró la risita de Jungkook cuando le dio una nalgada rápida al pasar.

—Te espero en la puerta, Lupus y Opex ya están en el coche —anunció Jungkook, abotonándose una camisa negra que había sacado de un perchero junto a la entrada.

Veinte minutos después, la caravana negra se perdió en las calles de Moscú. Dentro del Maybach blindado, Jimin iba tranquilo, con el cinturón abrochado, ajustando los puños de su camisa mientras Lupus, el enorme lobo negro de Jungkook, y Opex, el lobo café de Taehyung, que viajaría con ellos hasta llegar al aeropuerto, ocupaban el asiento trasero, vigilantes, con las orejas tiesas y los ojos dorados encendidos.

Yoongi esperaba junto al avión, el motor ya encendido, la escalerilla desplegada. Tenía un cigarrillo sin encender colgándole de los labios.

—El Capo está listo para despegar —anunció cuando Jimin bajó la ventanilla para mirarlo.

Los lobos bajaron primero, Lupus saltó al asfalto, emitiendo un gruñido grave. Opex le imitó, yéndose directamente con Taehyung.

Jungkook se sentó junto a la ventana. Jimin se dejó caer a su lado, apoyando la cabeza en su hombro cuando se abrochó el cinturón. Lupus soltó un aullido bajito, mirándolo con esos

ojos salvajes y brillantes.

"Quiero estar con él."

Dijo Lupus.

—No Lupus —murmuró Jungkook, chasqueando la lengua.

Pero el lobo no obedeció. Saltó y apoyó las patas delanteras sobre el regazo de Jimin, empujándolo a reclinarse más en el asiento. Un leve aullido salió de su garganta, lastimero, casi reclamándole algo.

—Déjalo —pidió Jimin, llevándose una mano al pelaje áspero y negro del animal—. Parece inquieto.

"Es nuestro, huelo tus feromonas en su interior. Quiero cuidarlo."

Jungkook asintió, relajándose un poco. Apoyó la palma abierta en la espalda del lobo, acariciando su lomo poderoso.

—Sabe que estás alterado. Te reconoce como suyo también —Jungkook explicó.

Jimin asintió, enredando los dedos entre las orejas puntiagudas del animal. Lupus cerró los ojos, rindiéndose, dejando escapar un gruñido que parecía un ronroneo feroz.

—Voy a matarlos a todos, Jungkook —dijo de pronto Jimin, sin apartar la mirada de la ventanilla, donde la pista se hacía cada vez más pequeña a medida que el avión despegaba.

Jungkook ladeó la cabeza, besándole el cabello.

—Yo voy a ayudarte a enterrarlos.

Yoongi, desde un par de asientos más atrás, cruzó una pierna sobre la otra y dejó escapar un suspiro.

—Jackson y Taemin me informaron que Mirabella está enojada. La encerraron en la biblioteca, dicen que está rasgando todo porque quiere salir.

—Mirabella no es una loba a la que puedas controlar —masculló Jimin—. Ella no recibe órdenes y seguramente quiere ir a descuartizar al infiltrado, así como a cualquiera que huela un poquito a él.

—Escuché que tu loba no acepta comida de nadie que no seas tú, capo —dijo Taehyung.

—Y solo come de un enorme tenedor de plata —contestó Jungkook.

—Es una loba decente —defendió Jimin.

—Que arranca brazos... —continuó Yoongi—. Es muy mimada, pero eso mismo la salvó y te salvó.

—Mirabella es el balance perfecto entre lo mimado y lo salvaje. Ya quiero ver la cara de ese maldito —dijo Jimin molesto.

El jet aterrizó sin contratiempos en la pista privada de la familia Nostro. La mansión destacaba entre los árboles, antigua y solemne, rodeada de hombres armados.

Jimin descendió primero. A su lado, Jungkook caminaba con las manos en los bolsillos, serio, y Lupus trotaba a la par, enorme, silencioso. Taehyung bajó detrás, con Opex rozando su rodilla. Yoongi encendió por fin su cigarrillo, expulsando una nube de humo agrio mientras los escoltaba hasta los autos que aguardaban.

El trayecto hasta la mansión duró apenas diez minutos. Jackson Wang los esperaba en la puerta principal, el cabello recogido en un moño apretado, la camisa manchada de sangre seca. Cuando vio a Jimin, inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Señor —dijo con voz firme, pero había un leve temblor en su mandíbula—. No nos atrevimos a entrar. Fue difícil hacer que la loba se metiera... y ahora no quiere quedarse. La biblioteca ya casi no existe.

Detrás de Jackson, dos escoltas mantenían la puerta doble cerrada desde afuera. Los rasguños profundos en la madera eran tan evidentes como el gruñido bajo y gutural que se escuchaba detrás.

Jimin se detuvo frente a todos. Pasó la mirada de Jackson a Taehyung, luego a Yoongi, que le sostuvo la vista sin expresión. Lupus se movió inquieto a su izquierda, encajando las garras en la alfombra persa del vestíbulo.

Jungkook se colocó a su lado, la silueta alta e imponente, apenas separada de la de Jimin. Su sombra lo cubría como una muralla.

—Retírense —ordenó el Capo, su tono estaba tan frío como una navaja—. Todos. Al pasillo.

Nadie discutió. Jackson levantó la mano para que los guardias se apartaran. Taehyung retrocedió con Opex, Yoongi se quitó el cigarrillo de la boca, lo apagó contra la pared y se giró sin decir nada. La galería se quedó vacía, salvo por ellos dos... y Lupus, que no se movió ni un milímetro del costado de Jungkook.

El silencio se tensó cuando Jimin posó la mano en la manija de bronce. Miró a Jungkook de reojo, buscando algo que no se atrevía a nombrar.

—Mirabella no lastimará a su alfa —dijo Jungkook, ronco y seguro.

Jimin asintió, respiró hondo y giró la manija.

La puerta se abrió con un crujido. Dentro, la biblioteca era un caos. Los estantes, desgarrados como papel; alfombras finas hechas jirones; cortinas arrancadas de cuajo y cristales esparcidos como lluvia de cuchillos. Entre todo, una sombra enorme, blanca y viva se movía, respirando como una fiera.

Mirabella. La loba. Una mancha de pelaje blanco y ensangrentado, con la mandíbula abierta en un gruñido que helaba la sangre. Al verlo, se detuvo. Sus ojos azules se clavaron en Jimin. Un segundo después, se lanzó.

Jungkook se tensó, Lupus gruñó, pero Jimin levantó una mano, ordenando silencio. Mirabella se abalanzó sobre él, pesando casi tanto como un hombre. Lo derribó de espaldas contra la alfombra destruida, pero no hubo un solo mordisco de ataque: la loba enterró la nariz en su cuello, olfateó con desesperación, lamió su cabello, su frente, su mandíbula.

Y habló:

"Era veneno, lo olí a kilómetros. Ese imbécil parece no conocernos, todos aquí saben que no recibo comida de nadie que no seas tú. Me preocupabas, ¡tonto! No me vuelvas a dejar lejos de ti."

Jimin soltó una risa corta, ahogada por la presión de la lengua áspera que lo bañaba de amor. Acarició la cabeza de la loba, hundiendo los dedos en el pelaje aún manchado de sangre.

—Lo sé, pequeña asesina... —susurró, dejando que ella gimiera entre lametones—. No volveré a dejarte sola.

Mirabella olfateó su pecho, luego giró la cabeza hacia Jungkook, que permanecía a un lado, inmóvil, con Lupus tensando cada músculo como un centinela. La loba gruñó bajo en una señal de sumisión, un reconocimiento. Luego volvió a Jimin, frotando su hocico contra su mejilla.

"Te follaste a nuestro alfa. Que buena noche tuviste, Mimi. Huelo su saliva en tu espalda y las feromonas en tu interior."

—Oye...

Mirabella lamió su boca. El gesto, para cualquiera, habría sido aterrador. Para Jimin, era su bendición.

"Me gusta, me gusta tu humano, también su lobo. ¡Buena elección, Mimi!"

—Mirabella —dijo Jimin, sujetándole la cara—. Ese maldito que intento envenenarte, dime más.

"No le vi mucho la cara, pero su aroma me es familiar. Aunque alguien de tu círculo no podría atreverse a alimentarme, saben que solo como de tus manos."

—¿Familiar? Explícate con familiar.

"Su aroma... Sus ropas olían a Italia... A ti."

—¿A mí?

"Sí, y no me equivoco."

Jimin pasó la mano por el lomo de Mirabella, calmándola mientras la loba bufaba, olfateaba su pecho y volvía a gruñir suave. A cada caricia, la respiración de la fiera se hacía más tranquila.

—Vamos, bella mía —murmuró, clavándole un beso en la frente—. Tienes sangre hasta detrás de las orejas. Vamos a limpiarte.

Se incorporó despacio, dejando que Mirabella lo siguiera de cerca, casi pegada a su muslo. Jungkook avanzó un paso y Lupus trotó a su lado. Al salir, Jimin miró de reojo a Yoongi, que aguardaba a un lado del umbral.

—Encárgate de esto —ordenó—. Quiero la biblioteca impecable antes del anochecer y quiero al traidor preparado en el calabozo. Voy a interrogarlo yo mismo.

Yoongi inclinó la cabeza con un brillo de respeto y peligro cruzándole la mirada oscura.

—Como ordenes, Capo.

Jungkook entrelazó su mano con la de Jimin mientras caminaban por el corredor alfombrado. Mirabella avanzaba delante de ellos, moviendo la cola como si nada hubiera pasado, pero su pelaje blanco estaba manchado de rojo hasta el pecho. Lupus le gruñó suave, olisqueándola, vigilando cada paso.

El cuarto de baño para Mirabella estaba justo al final del ala este: un espacio tan opulento que rivalizaba con la habitación de cualquier heredero mimado. Paredes cubiertas de

mármol rosa, enormes ventanales que dejaban entrar luz filtrada por visillos de encaje, un tocador repleto de cepillos de cerdas finas, aceites especiales y lociones de marca francesa. A un lado, decenas de collares de diamantes colgaban en estuches de terciopelo. Una loba mimada... era quedarse corto.

—Qué princesa más salvaje tienes —murmuró Jungkook, soltando una risa grave mientras Lupus se sentaba junto a él, mirando el ritual con un interés casi humano.

—Merece esto y más —contestó Jimin, arremangándose la camisa impecable que todavía llevaba. Abrió un grifo dorado, dejó correr agua tibia en la pileta ancha. Mirabella saltó al banco bajo el lavabo, obediente como un cachorro domesticado solo para él.

—A ver, abre la boca —le dijo, tomando un jabón suave, perfumado de lavanda. Ella abrió el hocico, dejando ver colmillos enormes manchados de sangre seca. Con una delicadeza inaudita, Jimin empezó a frotar la espuma sobre su mandíbula, limpiando cada gota, sin miedo a que la bestia le arrancara los dedos.

Jungkook, a su lado, se cruzó de brazos. Sus ojos seguían cada movimiento: el modo en que Jimin le hablaba a Mirabella con devoción, con amor, el modo en que la loba cerraba los ojos, emitiendo ruiditos tiernos cada vez que el agua corría entre sus colmillos.

—No entiendo cómo confías tanto —dijo Jungkook, acariciando la cabeza de Lupus—. Incluso Lupus me ha mordido un par de veces cuando lo baño.

—Mirabella nunca me lastimaría —contestó Jimin, echando más agua, masajeándole la base de las orejas—. Sabe que esto es por su bien y sabe que nunca le haría daño.

La loba agitó la cabeza, empapando a Jimin de gotas espesas. Se rió, limpiándose la mejilla con la manga. Jungkook negó con la cabeza, divertido.

—Podrías delegar esto, ¿sabes? —preguntó—. Podrías pedirle a un sirviente.

—Y perderme esto... —Jimin se inclinó y besó la frente húmeda de Mirabella—. Ni loco.

Cuando terminó de enjuagarla, tomó un paño blanco y limpió suavemente cada mechón, peinando las orejas, revisando que no quedaran restos de sangre entre los dientes. Mirabella soltó un bufido satisfecho, cerrando los ojos, como si se quedara dormida.

—Listo, reina mía —susurró—. Toda limpia para despedazar al traidor.

Mirabella abrió un ojo, dejando escapar un gruñido que casi parecía una carcajada telepática. Lupus, a su lado, se removió, acercándose a olfatearla de nuevo. Jungkook tomó la toalla de manos y se la ofreció a Jimin, sin dejar de mirarlo como si viera algo más feroz que cualquier fiera en esa habitación.

—Quiero ver tu cara cuando encuentres a ese bastardo —dijo Jungkook, la voz baja, casi ronca—. Permíteme estar presente.

Jimin se giró, le tomó la mandíbula con la mano mojada y lo besó ahí mismo, con Mirabella y Lupus como únicos testigos. Fue un beso lento, mordido, lleno de la misma promesa que retumbaba entre las paredes de mármol: el Capo estaba listo para hacer que ese imbécil se orinara en los pantalones.

—¿El Pakhan de los Bratva pidiendo permiso? ¿Una noche conmigo y ya te he domesticado?

—Es que eres delicioso... —murmuró, tomándolo de la cintura, besándole el cuello.

"¡No se atrevan a follar en mi cuarto de baño!"

Se quejó Mirabella y Jimin sonrió en contra de los labios de Jungkook.

"¿Cuándo es el celo de Mirabella? Pregúntale, quiero cachorros con ella. Si es nuestro omega, Mirabella es mía."

Jungkook soltó una carcajada.

—Primero tienes que ganártela, ¿no ves que es tan mimada como su humano? —le preguntó a Lupus y este bufó, girándose a ver a la loba con atención.

Jimin se apartó de Jungkook con una última mordida suave en su labio inferior. Mirabella, digna y ofendida, giró la cabeza con un bufido, entendiendo que el lobo oscuro quería depositar su semilla en ella, mientras Lupus la olisqueaba, rodeándola con la cola levantada.

—No vas a tener nada con Mirabella si no te portas bien, Lupus —le advirtió Jimin, secándose las manos en la toalla que Jungkook todavía sostenía—. Mirabella no es una loba fácil.

"Voy a cortejarla," gruñó Lupus, pero su mirada oscura no se despegaba de la espalda de la hembra que, aunque recién bañada, se sacudía con un leve orgullo.

Jimin le dio un suave golpecito en el costado a Lupus, que resopló. Luego se giró hacia Jungkook.

Saliendo juntos se encontraron con Yoongi y Taehyung, que aguardaban a la entrada del baño, ya de regreso, reportándose sin decir nada.

—Mirabella me dijo algo —anunció Jimin, abotonándose la camisa limpia a medio cerrar—. El traidor... su aroma olía a Italia. Y a mí.

Yoongi arqueó una ceja, su lengua rozó uno de sus colmillos. Taehyung chasqueó la lengua, alzando una ceja como si midiera el alcance de esas palabras. Jungkook, sin apartarse de Jimin, colocó una mano pesada sobre su nuca, sosteniéndolo, dispuesto a desollar a cualquiera.

—¿A ti? —repitió Taehyung, despacio—. ¿Qué clase de idiota cree que puede camuflarse usando tu aroma?

—Uno muy desesperado —respondió Yoongi, metiendo las manos en los bolsillos—. O muy seguro de que tenía un pase libre cerca de él.

Jimin bajó la vista, pensativo. Pasó una mano por el lomo de Mirabella, que caminaba a su lado, orgullosa de su nueva limpieza y reluciente pelaje blanco. Lupus se adelantó, vigilante, marcando la distancia de manera lenta y protectora.

—Vamos —ordenó Jimin—. Quiero que me mire a los ojos y me diga por qué intentó envenenar a MI loba.

Caminaron así, los cuatro: Jimin a la cabeza, Jungkook pegado a su flanco, Yoongi detrás, Taehyung cerrando la retaguardia. Mirabella trotaba al costado de Jimin, con la cola en alto, Lupus apenas la rozaba de tanto en tanto, midiendo sus posibilidades. La mansión, silenciosa, se tensaba con su paso. Criados y guardias se apartaban, bajando la cabeza, pegando la espalda a las paredes.

Bajaron un tramo de escalera de piedra, cruzaron un pasillo largo iluminado solo por lámparas altas de hierro. Al fondo, dos puertas reforzadas de roble marcaban la entrada a los calabozos. Un par de soldados armados custodiaban la cerradura. Uno de ellos tragó saliva cuando vio a Jimin, pero no dijo nada. Abrió de inmediato.

Dentro, olía a sangre y al fondo, encadenado a un banco de hierro, un hombre, italiano, de unos treinta años, respiraba de forma rasposa. Tenía el brazo vendado, un muñón rojo envuelto en gasas empapadas que ya se manchaban de nuevo. A su alrededor, un charco oscuro se expandía, marcando el suelo.

El traidor levantó la cabeza cuando escuchó pasos. Sus ojos se agrandaron como los de un ciervo acorralado al ver a Mirabella primero, paseándose a metros de su cara, enseñándole colmillos limpios esta vez. Detrás de ella, Lupus gruñó, una orden y ese hombre estaría muerto.

Pero fue Jimin quien atrajo toda la gravedad del momento. Caminó despacio, deteniéndose a un par de pasos del traidor, observándolo como si mirara un insecto raro y repulsivo.

—Mírame bien —dijo el Capo con voz fría—. ¿Sabes quién soy?

El traidor gimió. Miró a Jungkook, que se apoyaba en una columna con los brazos cruzados, sosteniendo la mirada con un interés casi divertido. Yoongi encendió un cigarrillo, dejándolo colgar del borde de sus labios mientras medía el calibre de cada temblor del prisionero. Taehyung jugaba con un encendedor, haciendo chasquear la tapa una y otra vez.

—¿Quién te envió? —preguntó Jimin, sin subir el tono—. Quiero nombres. Nombres y razones. Dímelos ahora, porque después solo tendrás la lengua para que Mirabella juegue contigo.

—Recibí ordenes de tu hermana, de la Sottocapo, de la heredera legítima, de Italia Nostro.

—¡Maldito infeliz, mentiroso! —gritó Jimin—. ¡¿Osas jugar con la muerte de mi querida hermana?! ¡Pusilánime, traidor!

—Soy un hombre leal, me descubriste, no importa morir. He cumplido con mi parte.

—¿De qué demonios hablas? —cuestionó Jimin.

El italiano mordió una cápsula que tenía en la boca tragándose un veneno letal que lo hizo convulsionar. Un silencio sepulcral se tragó la celda cuando el traidor cayó al suelo. Un hilo de espuma oscura se deslizó de la comisura de su boca, mezclándose con la sangre seca que le manchaba la barbilla. Su cuerpo, aún convulsionando, se estremeció una última vez antes de quedar inmóvil, los ojos abiertos y vidriosos fijos en el techo de piedra.

Taehyung fue el primero en romper el silencio. Cerró su encendedor de golpe y dejó escapar un silbido entre dientes.

—Bueno... —musitó, divertido, casi decepcionado—. Así de fácil, ¿eh? Qué falta de respeto, ni lloró.

Yoongi tiró el cigarrillo al suelo, aplastándolo con la bota sin apartar la mirada del cadáver.

—Tenía la cápsula preparada —dijo, girándose hacia Jimin con el ceño fruncido—. Significa que no vino a contarnos nada. Nunca pensó sobrevivir a esto.

Mirabella, detrás de Jimin, gruñó tan bajo que las cadenas de su collar de diamantes tintinearón. Lupus se colocó a su flanco, con la cola rígida, olfateando el aire invadido del veneno recién liberado.

Jungkook, se agachó con elegancia junto al muerto. Con la punta de sus dedos, revisó la boca abierta, los dientes astillados donde había reventado la cápsula. Olfateó cerca, reconociendo el veneno. Sus ojos negros se alzaron hacia Jimin.

—Tenía miedo. —Su voz sonó más grave de lo normal—. Miedo de hablar más de la cuenta, miedo de algo peor que tú y también tenía la lealtad bien definida.

Jimin respiraba rápido, tenía los hombros tensos, la mandíbula trabada. Sentía el calor de la ira quemándole la nuca. La sola mención de su hermana lo corroía como un hierro candente en el pecho.

—Mi hermana... —escupió, sin mirarlos—. Mi hermana no tiene nada que ver. Está muerta y enterrada. Esa rata se llevó un secreto a la tumba... o una mentira que alguien plantó en su lengua podrida.

—Alguien quiere revivir fantasmas y usar tu propia sangre para quebrarte —dijo Yoongi—. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó—. Si quieren que corras detrás de un fantasma, es porque quieren distraerte de algo mucho mayor.

Jungkook se puso de pie, se limpió los dedos con un pañuelo de lino que sacó del bolsillo interior de su chaqueta. Caminó hacia Jimin, posó su palma grande sobre la nuca rígida del omega, masajeando con firmeza, tratando de arrancarle la tensión a la fuerza.

—Nadie juega contigo —dijo, con voz profunda y suave, ese tono sorprendió a Taehyung porque nunca lo había escuchado hablar de esa manera con nadie—. Soy bueno cazando y esta vez pienso lucirme en ello.

Mirabella empujó su hocico bajo la mano libre de Jimin, gimiendo bajito, reclamándole que no se dejara quebrar. Lupus, pegado a Jungkook, gruñó al cadáver, como si lo retara a levantarse para ser devorado.

—Quiero un informe completo de cada contacto que esa rata tuvo con la Casa Nostro —ordenó, mirando a Yoongi—. Interroga a cada sirviente, a cada chófer, a cada contable. Si alguien supo de su traición y respiró junto a él, me lo traes. Vivo.

—Por supuesto —respondió Yoongi sin dudar, girándose para empezar a dar órdenes desde su móvil.

Jungkook se volvió hacia Taehyung.

—¿Mijail ya viene de regreso de Corea?

—Sí —contestó.

—Tengo un viaje importante —le dijo Jungkook a Jimin—. Iré con mis hermanos, no me demoraré mucho. Mañana temprano estaré de regreso, ¿de acuerdo? —Lo miró a los ojos—. No te separes de Mirabella, tampoco de Corvo hasta mi regreso.

—No te preocupes, estaré bien. Arregla tus asuntos —contestó.

Yoongi sonrió despacio, ladeando la cabeza.

—¿Y si alguien realmente cree que Italia sigue viva?

—Entonces —gruñó Jimin, acariciando la cabeza de Mirabella con un afecto mortal—... tendré que recordarle a toda Italia que solo hay un Nostro con corona. Y está aquí, respirando, oliendo la traición a kilómetros, listo para matar.

Jungkook se inclinó, rozó la frente de Jimin con la suya.

—Te acompañaré —murmuró, ronco—. A donde sea. Nadie toca a mi omega. Nadie se atreve.

—Te quiero —susurró Jimin, mirándolo a los ojos. Yoongi y Taehyung se miraron de reojo, incómodos.

Y su incomodidad aumentó cuando Jungkook pegó sus labios encima de los de Jimin, besándolo, arrancándole el aliento.



Suiza los recibió con una brisa que olía a nieve derretida y a historia sin resolver. El jet privado aterrizó, rodando sobre la pista despejada mientras la noche apenas clareaba detrás de los picos alpinos.

Jungkook fue el primero en descender. Llevaba la chaqueta negra abierta sobre el pecho y la mirada clavada en el horizonte buscando cualquier traidor, nunca iba sin su estado de alerta habitual, a ningún lado. Lupus bajó de un salto, su silueta negra parecía tragar la luz de la pista.

Taehyung le siguió, cargando una mochila ligera al hombro. Opex caminaba a su izquierda con las orejas erguidas, moviéndose con la elegancia de un asesino bien alimentado.

Esperándolos junto a un SUV negro, con el motor encendido y un cigarrillo a medio apagar entre los dedos, estaba Namjoon. La mole de los Terasov mayores, la mente estratégica, el azote diplomático. Se giró cuando los vio acercarse, exhaló humo y soltó una sonrisa breve.

A su lado, sentado sobre las patas traseras, estaba Uppa.

—Pensé que llegarían antes —gruñó Namjoon, apagando el cigarrillo con la bota—. No me gusta esperar cuando hace tanto frío.

—Te volviste blando, hermano —respondió Jungkook, chocando su hombro con el de Namjoon. Un saludo entre depredadores, seco pero con sangre compartida.

—¿Qué sabemos? —preguntó Taehyung, directo.

Namjoon abrió la puerta trasera del SUV, los tres lobos subieron primero, sin necesidad de órdenes. Luego subieron ellos. Namjoon se acomodó en el asiento del copiloto, ajustándose los guantes de cuero. Jungkook se sentó atrás, Taehyung a su lado.

—Sabemos que limpiaron la pista —respondió Namjoon mientras el chofer arrancaba—. Nadie se atreve a tocarla, por respeto, por miedo o por ambas cosas. Pero encontré algo curioso: un registro de vuelo no autorizado la semana pasada. Una avioneta privada, sin manifiesto de carga, sin pasajero registrado.

Jungkook bajó la mirada, pensativo.

—¿Y qué hacía una avioneta en la pista donde murió Lucien? —murmuró Taehyung.

Namjoon se giró un poco, mostrando una media sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Eso venimos a averiguar.

El trayecto hasta la pista fue breve y silencioso. A través de los ventanales, la nieve vieja cubría los bordes de la carretera como un sudario amarillento. Cuando el SUV se detuvo, los tres lobos bajaron primero, olfateando el aire gélido, marcando territorio con pasos lentos.

Los hermanos Terasov caminaron juntos hacia la extensión desierta de asfalto agrietado, con las luces del vehículo alumbrando la vieja pintura que delimitaba la zona de carga.

Nadie hablaba.

Jungkook se detuvo cuando llegaron al lugar exacto. Aquel punto donde había sostenido el cuerpo de Lucien.

Cerró los ojos, respiró hondo. Lupus se acercó, rozándole la mano con la cabeza, reclamando calma.

Namjoon se agachó, pasó la linterna por una grieta húmeda. Había marcas de neumáticos recientes, todavía impresas en la escarcha.

—Aquí estuvo alguien.

—Tengo la grabadora —dijo Jungkook—. Si mi teoría es cierta, Jimin lo mató.

—¿Por qué lo haría? —cuestionó Taehyung.

—Por Lucien inicio todo, ¿no? —Suspiró, sacando de su chaqueta una grabadora diminuta, menos de un centímetro—. Tiene sentido que lo haya matado, murió su hermana, su padre, su mundo perfecto se destruyó y ahora tiene que hacerse cargo de una de las mafias más importantes del mundo.

»Jimin no nació para ser el Capo.

—Y aún así te acostaste con él —se burló Namjoon.

—Y aún así lo besa como si lo amara, lo hubieras visto en la mansión de los Nostro —dijo Taehyung riéndose.

—¿Quién dijo que lo amo? —Rodó los ojos, luego colocó la pequeña grabadora de alta tecnología que había dejado en aquel collar que le obsequió en la primer presentación sobre hielo dentro del aparato con bocina a juego—. Lo quiero, me gusta, pero no lo amo.

—Yo creo que no lo mató —dijo Taehyung.

—Yo pienso que sí —contestó Namjoon—. ¿Y tú, Jungkook?

—Desde aquella noche lo sé, esa es mi teoría —dijo Jungkook, suspirando—. Él no jaló el gatillo, quizás dio la orden. —Cerró los ojos, imaginándose el momento, imaginando el rostro de Lucien—. Pero mató a sus hombres, recuerdo los cuerpos, las posiciones en las que estaba cada uno de ellos, las huellas sobre el hielo.

»Ese Corvo, fue él quien limpió. Jimin no es tan astuto como para limpiar, no es tan astuto como para pensar que no me daría cuenta de que se auto disparó, de que se disparó exactamente en el lugar donde no hay ningún órgano vital.

»Esa es mi teoría, pero hoy vamos a averiguarlo. ¿Listos para escuchar el audio? Si quieren apostar por ver quién tiene la razón, háganlo ahora. Es su última chance.



HASTA AQUÍ EL CAPÍTULO DE HOY

MUCHAS GRACIAS POR LEER

NOS VEMOS A LA PRÓXIMA!

LEO SUS TEORÍAS AQUÍ EN COMENTARIOS

TAMBIÉN EN EL GRUPO

¿Qué hará Jungkook?

¿Quién quiere matar a mi Patito?

Las lobas inteligentes que ya sabían que Jungkook sabía:



Las lobas no tan inteligentes:



[22] *Taula abierta*



—Diez mil a que no lo hizo —apostó Taehyung, encendiendo un cigarro que le robó a Namjoon sin pedir permiso. La brasa iluminó la curva torcida de su sonrisa—. Jimin puede ser un Nostro, pero no es un verdugo de su propia sangre.

—Diez mil a que sí —gruñó Namjoon—. Si lo mató, lo hizo para sobrevivir. Lo que lo convierte en peor que cualquier verdugo: un estratega de última hora. El tipo más peligroso es el que no quiere ser rey, pero que sobrevive al trono.

Jungkook no respondió. En su lugar colocó la fecha, el día y ma hora de lo sucedido, hasta que comenzó a reproducirse.

El viento silbó entre los árboles, arrastrando un rumor que parecía casi una voz. Los tres lobos levantaron el hocico, tensos, como si olieran la sangre que una vez tiñó ese mismo hielo.

«No temas, Lucien...», era la voz de Jimin.

«Directo al aeropuerto», continuó Jimin.

Hubo silencio, un largo silencio. Nada más se escuchaba el sonido del automóvil, tiempo después; la voz de Erika.

«Despierta, mi amor. Ya vamos a volar.»

Y la voz de Lucien...

«Tío Jimin... ¿Dónde está papi?»

Lucien no obtuvo respuesta, pero Jungkook logró escuchar la respiración de Jimin, sus palpitaciones, su corazón más acelerado, lo escuchó tragar saliva y después su voz:

«Bájalo tú», su voz era distinta, no era dulce, no era amable.

«Ve con Erika.», En esa ocasión se escuchaba más cálido, pero no lo suficiente. Jungkook tragó saliva, apretó los labios.

Hubo silencio, Jimin seguía respirando agitado, se escuchaba en la grabación, después la voz del chofer:

«Capo, es un traidor. Deme la orden y,»

«Déjalo, quiero ver qué hace», interrumpió con frialdad.

Más silencio, y después... El sonido de un disparo lejano.

«¡NO!», el grito de Erika.

Namjoon estiró la mano hacia Taehyung, pidiéndole dinero, Taehyung sacó su cartera para pagarle.

Por un segundo, todo quedó en silencio. Un segundo que duró una eternidad.

«¡MALDITO! ¡MALDITO ENFERMO! ¡ERA UN NIÑO!», Seguía gritando Erika.

Y después la voz de Jimin, de nuevo.

«Desarmen al traidor.», ordenó.

Taehyung se quedó quieto, mirando a Namjoon. Diciéndole que no con la cabeza y estirando la mano para que fuera él quien pagara.

«¡Desarmenlo!», era la voz del chofer.

Se escucharon distintas voces, después el viento, Jimin había bajado del automóvil. Después se escuchó su jadeo, su aliento contenido.

La risa de un sujeto.

Y el gruñido de Mirabella.

La respiración de Jimin era cada vez más agitada, luego se escuchó el sonido de un arma, era un arma cercana y otro disparo.

«¡MATEN A TODOS LOS QUE NO CONOZCAN!», rugió Jimin.

Después jadeos, maldiciones, golpes, disparos. Y Jimin gritando cada cierto tiempo:

«Por culpa tuya. Por culpa mía. Por culpa de todos.»

Después otro silencio, seguía largo.

Se escucharon sus pasos sobre la nieve, luego el sonido de un hombre al que al parecer estaba estrangulando. Namjoon estaba sorprendido ante lo que escuchaba, Taehyung se llevó la mano a la boca y Jungkook seguía con la misma expresión.

Después se escuchó el cuerpo caer al suelo.

«¿Quién ha matado a Erika?», cuestionó Jimin, con voz profunda y peligrosa.

«Usted, mi capo», se escucharon las voces de varios hombres.

El mundo de Jungkook se cayó a sus pies. Su estómago dio un vuelco y la saliva le supo a bilis. En ese momento se escuchó más violencia, jadeos inentendibles, pero podía imaginarlo. Era Jimin matando a sus hombres.

«Ayúdame, Mirabella.», dijo.

«¡Quiero que todos me entreguen sus putas armas, ahora!», añadió en un grito.

Se escuchó el sonido de armas caer sobre la nieve, después de nuevo la voz de Jimin.

«Ustedes dos, vayan por los miembros del equipo del Jet», ordenó.

Otro breve silencio.

«Comenzamos.», susurró Jimin.

«¡Más vale que no se resistan, hijos de puta!», ese grito, esa voz. Era una que Jungkook nunca había escuchado, era una que provocó el estremecimiento de Taehyung y Namjoon. La reconocieron, se parecía bastante a la voz de mando de Jungkook.

Era la voz de un Lupus.

Jadeos, gritos, súplicas...

Más silencio.

«Lo siento... Lo siento, lo siento... actué mal en contra tuya, lo siento.», después Jimin disculpándose, Jungkook podía escuchar sus sollozos.

«Perdóname, perdóname, perdóname...», repetía una y otra vez.

«Tío... Jimin... Pareces... un ángel...», dijo el pequeño, agonizante.

El corazón de Jungkook se estrujó, algo dentro de él gimió como un animal atrapado y finalmente se llevó una de sus manos a los ojos, cerrándolos, como si quisiera escapar de esa absurda realidad.

«No digas eso...», susurró Jimin, llorando.

«Aquel hombre. .. me habla...», una pausa. «Está... con muchos globos... muchos... globos... detrás de una puerta...»

«No... no, no, no. No quiero que vayas. Quédate conmigo. Lucien, mírame... Por favor...», Taehyung masculó una maldición, Namjoon negaba con la cabeza y Jungkook seguía con la mano en sus ojos, cubriéndose, pero escuchando.

Se escuchó la respiración de Lucien, después tosió.

«Tío... Jimin... es que... me duele... el pecho...», decía jadeando. «Mi... papi... lo amo... cuídalo.»

Y otro silencio, en esa ocasión más largo.

«Mierda... Mierda... ¡Mierda! ¡¿Qué diablos?! ¡Mirabella, es mi culpa! ¡Siempre es mi culpa! ¡Todo, todo es mi maldita culpa!», lloraba.

Se escucharon más sollozos, más llanto, maldiciones, besos, Jungkook escuchaba el sonido de sus besos, besaba a Lucien mientras lloraba.

Pero Lucien ya estaba muerto...

Nada lo traería de regreso, ni siquiera el arrepentimiento.

Otro silencio largo y después...

«È triste, ma ora il Pakhan avrà occhi solo per me, Mirabella.»

Más silencio, hasta que se escuchó una profunda inhalación de Jimin.

«Mirabella... Encuentra el arma... Encuentra... la puta arma que mató a Lucien.»

Se escucharon las patas de la loba, luego un tintineo, el metal mordido por el frío.

Jimin soltó un bufido de carcajada amarga.

«Bien... buena chica... Ahora, busca mi arma, quiero revisar las balas... Revisar si son iguales o si cambian en algo.»

Se escuchó de nuevo la loba buscar entre la nieve.

Momentos después otro suspiro de Jimin, el sonido del arma en sus dedos y...

«Por ti, Lucien...», susurró.

El disparo.

Jungkook sonrió de lado porque había acertado, luego se escuchó la respiración de Jimin, conteniendo el dolor.

«Ahora... llama a Rahab... Aúlla, llámala...»

Se escuchó el aullido de Mirabella, largo y hermoso, tenebroso.

«Rahab... Rahab... Ven y trae a Yoongi, la única familia que vale la pena salvar.»

Más silencio, solo se escuchaba Jimin sollozando, pidiéndole perdón a Lucien, diciendo que merecía el dolor y...

Cantando una canción de cuna:

*«Duerme lobito, duerme en mis brazos...
Es tarde, descansa...»*

Minutos después el sonido de coches y el grito de Jungkook...

«No... no, no...»

«¡LUCIEN! ¡MI HIJO! ¡MI HIJO!»

Jungkook cortó la grabación.

Mantenía la mano apretada contra su rostro, tratando de contener la furia, la pena y la rabia que hervían debajo de su piel. Entre los dedos, se asomaba una gota, no sabías si era sudor o lágrimas que ni él mismo aceptaba.

Namjoon preguntaba bajito, queriendo saber cuál sería el siguiente paso.

—¿Ha sido Jimin?

Taehyung guardó la billetera sin mirar a nadie. Se frotó la boca con el dorso de la mano, sintió el humo agrio del cigarro que ya se le había apagado entre los dedos. Opex, a su lado, gruñó despacio.

Jungkook respiró, después suspiró, bajó la mano y abrió los ojos. Sus pupilas eran dos charcos de luto.

—No —dijo—. Fue todo y fue nada. Fue el Capo, fue el tío, fue el Lupus que sobrevive a todos. —Se pasó los dedos por la mandíbula, casi arrancándose la barba inexistente de pura ansiedad—. No jaló el gatillo. No mató a Lucien, pero jugó a ser monstruo porque alguien le puso la corona en la cabeza y lo empujó al barro.

Lupus, a su espalda, soltó un leve ladrido, inquieto. Uppa se sentó junto a Namjoon, mirándolo como si entendiera el peso de esas palabras. Opex le dio un leve empujón a Taehyung, reclamando que se movieran ya de ese lugar maldito.

Namjoon ladeó la cabeza, sus ojos de estrategia medían las grietas de la pista igual que medía las grietas en su hermano menor.

—¿Y qué vas a hacer ahora que sabes todo esto? Fue homicidio por omisión, a tu propio hijo —dijo, calmado.

Jungkook se echó la grabadora al bolsillo, la mano le tembló, pero respiró hondo y esa vibración murió en el aire helado.

—Yo les dije que nunca debemos subestimar a los Nostro —murmuró Taehyung—. Ni siquiera uno que juega a ser frágil.

—Lo sé, por eso le di ese collar. Por si algún día lo necesitaba, no creí que ese día llegaría pronto. —Suspiró—. Jimin no mató a Lucien con sus manos. Pero pudo evitarlo. —Respiró hondo—. Cualquiera podría usar esa noche para romperlo cuando el único que tiene derecho a quebrantarlo soy yo.

—¿Lo vas a matar? —preguntó Namjoon.

Jungkook soltó aire, despacio, mientras Lupus se acomodaba detrás de su talón.

—Dije que me gusta, ¿lo olvidas? Y... Lo elegí como mi acompañante.

—Entonces sí lo amas —se burló Taehyung.

—No lo amo. —Bufó—. Pero supongo que le daré una oportunidad luego de hacerlo pagar, también quiero escucharlo de su boca. Quiero que me lo confiese sin miedo.

—¿Y si no lo hace? —Namjoon arqueó una ceja.

—Entonces le recordaré quién soy.

—Pues yo digo que estás enamorado. —canturreó Namjoon—. Si hubiera sido otro, ya estarías torturándolo por menos.

—Si lo amara, no haría lo que pienso hacer —contestó, encendiendo un cigarro, después apuntó a Taehyung.

—¿Qué quieres que haga? —cuestionó Taehyung, conociendo perfectamente a su hermano.

—Vete de viaje con Corvo. —Le dio una calada a su cigarro—. Quiero que Jimin se quede sin su Sottocapo.

—¿Por qué? —preguntó Taehyung.

—Dejaré que lo atrapen, quien sea que lo esté buscando. —Sonrió con la mirada—. Así como él hizo con Lucien, esa será mi venganza. Cerrar los ojos cuando más debo prestar atención.

—¿Y si lo matan? —preguntó Taehyung.

—¿Crees que alguien podría matarlo? —Rodó los ojos—. No tiene madera para ser un capo, no aún. Pero es un asesino, un sobreviviente.

—Entonces lo vas a dejar sangrar —dijo Namjoon, midiendo cada palabra—. Vas a dejar que se retuerza solito, como un conejo acorralado.

Jungkook expulsó humo por la nariz, lento, disfrutando del ardor del cigarro en su garganta.

—No quiero matarlo. Quiero que entienda lo que hizo, ya siente culpa, se está recuperando, pero... —inclinó la cabeza, su voz se volvió un ronroneo grave, casi animal—. Antes de hacerlo mi omega oficial tiene que aprender que aunque sea mío, debe respetarme y no tocar lo que quiero. No me quiero arriesgar a que no entienda las consecuencias y después vaya por ustedes porque yo jamás iría por Corvo. Hay códigos que respetar.

Taehyung se carcajeó bajito, negando con la cabeza mientras le lanzaba una mirada a Opex.

—Deberías escribir poesía, hyung. Serías millonario y te alejarías de la mafia —bufó, después tragó saliva—. ¿Quieres que me lleve a Corvo a dónde?

Jungkook se encogió de hombros, dio otra calada.

—No me importa. París. Budapest. Moscú. A donde sea. Mantenlo ocupado. Mantenlo ciego. Si Jimin se queda solo sin su perro guardián podré ponerlo en la situación que más me convenga.

—¿Y después? —preguntó Namjoon.

Jungkook se pasó la lengua por el diente canino.

—Lo haré llorar lágrimas de sangre.

Los tres lobos se tensaron a la vez. Era como si supieran que el juego estaba lanzado. Un juego sin reglas limpias.

Namjoon soltó una carcajada breve.

—Siempre supe que ibas a ser peor que papá —dijo, sin rencor.

—Yo soy peor que todos ustedes juntos —contestó, apagando el cigarro contra la chapa del SUV. Después abrió la puerta, silbó a Lupus y lo hizo subir primero—. Vámonos de este puto cementerio, volvemos a Italia.

Taehyung soltó una última nube de humo y sonrió, mostrando todos los dientes.

—Italia nunca va a estar lista para ti, hyung. Ni para él.

Jungkook se giró a medias, el brillo en su mirada era de todo menos de amor.

—Que rece para estarlo. —Se encajó en el asiento trasero.

Mirando hacia la pista una última vez. En su mente, el disparo de Lucien aún se escuchaba. Lucien... y esa maldita voz quebrada: « *Perdóname... perdóname...* »

"Te decepcionó."

Dijo Lupus.

—No —contestó con seriedad—. Esto ya me lo esperaba, no dejaré que nadie lo mate, ni que lo toquen, ni que lo lastimen. El único que puede hacerlo; soy yo. Después de todo, me

quería solo para él.

»Y le daré toda mi atención.



Yoongi estaba recostado a medias en la pared, con un cigarrillo apagado entre los labios que no se había dignado a encender. Su mirada, quieta y filosa, se posaba en el pasillo porque detrás de la puerta que custodiaba respiraba el único Nostro que aún merecía su lealtad.

Escuchó pasos antes de verlos. Lupus fue el primero en aparecer por el pasillo, su pelaje negro se confundía con las sombras, solo sus ojos reflejaban la luz de la lámpara de pared. Jungkook llegó detrás, sin prisa, pero con la mirada llena de un fuego que no era del todo humano.

Rahab, al costado de Yoongi le gruñó a Lupus y Lupus soltó un bufido lo suficientemente fuerte como para hacer que Rahab bajara la cabeza.

Yoongi miró a Jungkook de arriba abajo, sin molestarse en ocultar el filo de su juicio.

—¿De verdad lo quieres? —preguntó, seco.

Jungkook se detuvo frente a él, tan cerca que su aliento frío se mezcló con el humo del cigarrillo muerto.

—Si no lo quisiera no estaría aquí —contestó—. Ahora quiero entrar, vete, yo lo cuido.

Yoongi sostuvo la mirada un segundo más, tanteando si debía negarse. Luego suspiró, ladeó la cabeza y se apartó un paso.

—Si lastimas a Jimin destruiré Moscú —amenazó y Jungkook soltó una risa ronca.

—Si Jimin sufre, jamás será por mi mano: Lo juro. —dicho eso, apoyó la mano en el picaporte. Lo giró despacio y entró.

Dentro, la habitación estaba tibia, envuelta en penumbra. El perfume inconfundible de Jimin impregnaba cada rincón: la dulzura rota de alguien que juega a ser ángel.

En la cama, hundido entre sábanas de lino blanco, dormía Jimin. Tenía la mejilla apoyada en la almohada, un brazo doblado cerca del rostro, la respiración lenta, celestial. A su lado, Mirabella roncaba despacio sobre un colchón especial dispuesto junto a la cama: mullido, lleno de peluches que había destrozado y vuelto a acomodar a su antojo.

Mirabella abrió un ojo cuando sintió el peso de la mirada de Jungkook. Gruñó bajo, más por costumbre que por amenaza. Lupus se acercó desde la puerta, olfateó su oreja, la rozó con el hocico y la loba, satisfecha, volvió a cerrar los ojos, rindiéndose de nuevo al sueño.

Jungkook permaneció de pie, a los pies de la cama. Observándolo.

Mirándolo, como se mira algo precioso que también puede destruirte.

Su mente repasaba cada palabra, cada grito, cada susurro de la grabación.

El disparo. El llanto. El «perdóname».

Lucien llamándolo tío.

Jimin cantando una nana sobre un cadáver.

Se pasó una mano por la nuca. Su pulgar rozó el cuello de su camisa. Necesitaba un cigarro, un trago, un disparo, un infierno. Pero todo lo tenía justo ahí, respirando suave bajo esas mantas.

"Te decepcionó."

Recordó la voz de Lupus.

—No —murmuró para sí mismo en un hilo de voz mientras lo observaba—. Eres exactamente lo que siempre fuiste. Un lobo que cree que es cordero.

Caminó despacio. Rodeó la cama. Se sentó en la orilla sin hacer un solo crujido. Miró su rostro dormido, la línea suave de su cuello expuesto, la clavícula asomándose abajo de la sábana.

«Lo quiero.»

Claro que lo quería. Lo quería tanto que dolía en cada costilla.

Pero también lo odiaba por todo lo que se había dejado arrancar.

Apoyó la mano en la sábana, cerca de la muñeca de Jimin. Su pulgar rozó la piel tibia, tomando en su memoria una muestra de ese pulso para guardárselo.

«Voy a romperte.»

«Voy a verte sangrar y no haré nada para detenerlo.»

«Voy a reconstruirte.»

«Es cruel, pero solo así serás seas solo para mí.»

«Es cruel, pero solo así podré amarte.»

Se inclinó despacio. Tan cerca que sintió la respiración de Jimin chocar contra su barbilla. No lo besó, pero inhaló ese aroma que era su droga y su ruina.

—Duerme, Jimin —susurró—. Espero que sueñes bonito.

Lupus se sentó junto a la cama, vigilante. Mirabella suspiró entre sueños, rodando sobre su lomo mullido de peluches.

Jungkook se quedó ahí, mirándolo, hasta que la noche empezó a volverse más pesada que la venganza.



El amanecer se coló tímido por la rendija de la cortina, tiñendo la habitación de un dorado pálido. La luz dibujó la silueta de Jungkook, que se había quedado dormido junto a Jimin, con los brazos cruzados. No lo abrazó, tampoco se metió bajo las sábanas, simplemente durmió ahí.

Fue el leve cambio en la respiración de Jimin lo que lo hizo abrir los ojos. Parpadeó despacio, primero confuso, luego reconociendo la figura que lo vigilaba. Un bostezo inocente, le abrió los labios. Se frotó la mejilla contra la almohada antes de estirar la mano y rozar la muñeca de Jungkook.

—Mi amor... —murmuró, ronco de sueño—. ¿Llevas mucho aquí?

Jungkook no contestó de inmediato. Lo miró, memorizando cada pestaña pegada por el sueño, cada pulso vulnerable latiendo bajo esa piel demasiado suave para este mundo.

—Lo suficiente —dijo con voz grave.

Jimin frunció el ceño, intentando recordar por qué dormía tan profundamente cuando, usualmente, no descansaba más de unas horas. Se incorporó, apoyándose en un codo, y su otra mano encontró la de Jungkook para entrelazar los dedos, lento.

—Me gusta que estés aquí —susurró, curvando los labios en una sonrisa pequeña—. Te quiero mucho, Jungkook.

Fue tan sencillo, tan tierno, tan cruel en su pureza, que por dentro algo en Jungkook se estremeció como una vena vieja a punto de reventar.

—Mm. —Jungkook solo asintió, sus dedos apretaron los de Jimin, reclamándolos, marcándolos—. Levántate. Vamos a desayunar.

—¿Pasa algo? —preguntó con un brillo vulnerable en la voz.

—Solo no dormí bien y quiero que desayunes antes de marcharme. —Jungkook se inclinó, rozó con la nariz la sien cálida de Jimin, dejando un beso casi imperceptible en el borde de su cabello revuelto—. Dejemos que Lupus y Mirabella salgan al jardín, quiero un desayuno sin lobos.

Como si entendieran, Lupus levantó la cabeza, alerta, y Mirabella se desperezó en su colchón de peluches, soltando un bufido entre dientes. Jimin rió bajito, esa risa que merecía un perdón eterno.

—Al jardín entonces... —murmuró. Se incorporó más, aferrado a la mano de Jungkook—. Ven conmigo. No me dejes solo.

—No pienso hacerlo. —Jungkook se levantó primero, estiró la mano libre hacia Mirabella y Lupus, que ya caminaban hacia la puerta como soldados obedientes. Les abrió, dejando que se adelantaran por el pasillo.

Cuando volvió a girarse, Jimin ya estaba de pie sobre la alfombra, descalzo, con el cabello hecho un desastre, los ojos hinchados de tanto dormir. Lo miraba como si nada malo pudiera suceder mientras él estuviera allí.



Pasaron los días demasiado rápido...

La mansión Nostro respiraba una calma que no era real, sino una pausa tensa entre la furia y la venganza calculada. Yoongi, fiel a su promesa, hizo del control un arte. Interrogó a cada

sirviente, revisó cuentas, rastreó llamadas, siguió sombras. Pero ni un soplo de traición se asomó entre los muros de piedra y mármol. Cada boca que abrió juró lealtad. Cada libro de cuentas estaba limpio. Ningún rastro que mordiera el talón de Jimin.

Y sin embargo, esa pulcritud perfecta olía a mentira. O a verdad insoportable.

Los días se estiraron en semanas. Jimin llenó las horas muertas con hielo. Patinaba cada mañana, cada tarde, cada noche cuando podía. Su respiración formaba nubes blancas que se quebraban con cada giro, cada salto. La pista improvisada se volvió su templo y su prisión. Allí, bajo los reflectores, el Capo se volvía otra vez niño, otra vez frágil, otra vez un lobo disfrazado de ángel.

Jungkook iba y venía. A veces desde Moscú, a veces desde ciudades que Jimin no preguntaba. Llegaba de madrugada, se marchaba de día. Tocaba su puerta, se sentaba a su mesa, caminaba a su lado por la pista, cruzaba miradas que prometían mucho y decían nada. A veces se sentaba en las gradas heladas, con Lupus a sus pies, observándolo girar sobre la pista con el mismo silencio con el que uno observa a un animal hermoso justo antes de cazarlo.

No hablaban de la noche de Lucien. Ni de la sangre. Ni del veneno que todavía vivía entre sus costillas. Hablaban del desayuno, del clima, de cosas pequeñas que parecían enormes cuando uno sabe mentir con los dientes apretados.

El hielo, la mansión, la vigilancia. Una rutina tan perfecta que ni la traición podía encontrar grietas para colarse.

Hasta que, una tarde cualquiera, después de una sesión agotadora, Jimin se sentó en la baranda de la pista, con los patines todavía calzados y las mejillas encendidas por el frío y el esfuerzo. Yoongi se acercó, Rahab pisándole los talones como una sombra de cuatro patas. Se detuvo frente a él, midiendo su aliento, como quien mide el filo de un cuchillo antes de clavarlo.

—Jimin —dijo, directo, como todo lo que salía de su boca—. Dame permiso de ir este fin de semana con Taehyung. Queremos ver auroras boreales.

Jimin parpadeó, levantó la mirada. Los copos empezaban a posarse sobre su cabello húmedo.

—Bien —respondió, simple, sin drama. Como quien suelta un ave en medio de una tormenta.

—Nuestros hombres, son cerca de cuatrocientos los que conocen tu rostro. Por favor, no hagas imprudencias en mi ausencia y no vayas diciendo del este al oeste que eres el capo.

»Mantener el rostro de Luca Nostro en las sombras es importante... Mantenla oculta, ¿de acuerdo?

—Tsk, ya la saben muchos.

—Quienes la saben no lo divulgarán, no si quieren vivir.

—Lo saben los del Metka, ¿no es eso suficientemente peligroso?

—Pues ellos deben saberla. Así que bueno. —Lo señaló—. No hagas nada impulsivo en mi ausencia, mantente como hasta ahora, de la casa a la pista y de la pista a la casa.

—Te preocupas demasiado por mí.

—Es que algo me dice que no vaya a ese viaje, pero...

—Tienes que ir. —Lo miró a los ojos—. Trabajas demasiado, ve a disfrutar con tu alfa, abre esas piernas y que te folle bien.

—Que vulgar. —Hizo mueca de asco.

—No olvides los anticonceptivos.

—Los betas no pueden concebir, eso no me preocupa. Tú sí que deberías revisarte porque Alfa Lupus, más Omega Lupus... Un descuido, un nudo y bebé seguro.

—Ya me estoy medicando, no soy estúpido. Ganar las olimpiadas es mi prioridad. —Suspiró—. Un bebé con Jungkook es muy precipitado.

»Ya vete, organiza bien tu viaje. Aquí todo estará bien.

—De acuerdo.

Yoongi asintió, se dio media vuelta. Rahab lo siguió.

Y detrás de esa despedida, sin saberlo, Jimin acababa de abrir la jaula que Jungkook esperaba.



Al día siguiente, Jimin escuchó el zumbido de su teléfono muy temprano, era un mensaje de Jungkook, escueto como siempre:

" Te espero en Roma. Comeremos helado, una charla tranquila. Ven."

Jimin se quedó mirándolo un momento, con el pulgar detenido sobre la pantalla, sintiendo que algo se removía en su pecho. Era una orden disfrazada de invitación, un anzuelo envuelto en azúcar. Sonrió enamorado, cerró el mensaje y se puso de pie.

—Mirabella, iré a ver a Jungkook. Pórtate bien.

"Nuestro humano anda extraño estos días, ¿no crees?"

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó Jimin, alzando la ceja.

"No te besa como antes, no huele igual."

—¿No huele igual?

Mirabella se levantó de su cama acolchada, estiró sus huesos, bostezó y se acercó a la cama colocando el hocico sobre el colchón para mirar a su humano.

"Nos enamoramos muy rápido, temo desilusionarnos. Mejor dile que venga aquí, no te encuentres con él."

—Tal vez me tiene una sorpresa en Roma. —Sonrió, acariciando el pelaje de Mirabella—. Todo estará bien.

La loba soltó un sonidito de preocupación.

"Lo amas, te enamoraste de verdad."

—Sí. —Jimin suspiró—. Creo que lo amo.

"Solo mantente alerta."

—Por supuesto, aunque de Jungkook no debo cuidarme, cariño... —Se puso de pie—. Me adora... Nos adora.

Momentos después pidió que le prepararan el coche. Subió sin más equipaje que un bolso de diseñador y sus lentes oscuros dirigiéndose a su pista privada para tomar un Jet hacia Roma. Antes del despegue, Jimin se acomodó mejor en el asiento y marcó a Roxane, su asistente omega.

—Buen día, tesoro —contestó ella, con ese cariño y formalidad de siempre.

—Roxane —murmuró, mirando por la ventanilla—. Quiero el traje blanco para las olimpiadas.

—¿El de la gala inaugural? ¿El nuevo? —preguntó ella, conteniendo un suspiro de emoción.

—Sí. Las olimpiadas son en exactamente un mes. Quiero medírmelo en cuanto regrese de mi viaje a Roma, tal vez vuelva para mañana. Hagan todos los ajustes necesarios.

Roxane casi pudo verse sonriendo al otro lado de la línea.

—El diseñador dijo que estará disponible para cualquier retoque, y las costuras ya están marcadas para que le calce perfecto. No te preocupes por nada, tengo todo previsto.

Jimin cerró los ojos, apoyando la cabeza en el respaldo.

—Perfecto. Prepáralo. Quiero ganar, Roxane. Quiero dejarlo todo impecable.

—Así será. —Su voz bajó un tono, cálida, como si quisiera abrazarlo a través del auricular—. Lo lograremos.

—Eso espero. —Colgó sin más.

...

El jet tocó pista en Roma apenas pasadas las once de la mañana. Jimin descendió con bolso en mano, los lentes cubriéndole los ojos y el corazón encendido con esa chispa de ilusión que insistía en vivir, pese a todo. Caminó entre la pequeña multitud de la terminal privada, localizando a Jungkook a pocos pasos de la salida.

Ahí estaba, apoyado contra un coche negro, con las manos en los bolsillos, la mandíbula firme, la sonrisa torcida que solo aparecía para él. Lupus, a sus pies, lo miraba con ojos brillantes, con adoración.

Jimin ni siquiera dudó. Cruzó la distancia en un par de zancadas largas y lo abrazó con fuerza, enterrando la nariz en su cuello, respirando ese aroma que siempre lo regresaba a un lugar que parecía ser su único refugio, el único lugar en donde podía ser vulnerable y sumiso.

Jungkook le rodeó la cintura con un brazo, bajo, posesivo, rozando su frente con la de Jimin y lo besó. Fue un beso corto, pero lo suficientemente intenso para dejarlo sin aliento.

—Me tenías con hambre —murmuró Jungkook a su oído.

—Siempre llego para darte de comer —bromeó Jimin, con esa sonrisa que guardaba solo para él.

Caminaron juntos por las calles del centro de Roma, perdiéndose entre turistas, cámaras, palomas y ruinas centenarias. Jungkook lo llevó por la Via dei Fori Imperiali, apuntando con un gesto hacia el Coliseo que se recortaba a lo lejos, imponente y dorado bajo el sol tibio.

Jimin lo miraba todo con la fascinación de un niño. Se detuvieron a comprar helado en una heladería que parecía salida de una postal. Caminaban a paso lento, sosteniéndose siempre de las manos.

Jungkook sintió el pinchazo en la nuca. El instinto primero, después el vistazo fugaz: una silueta que se repetía a cada esquina, a cada escaparate, a cada paso. Una sombra demasiado obvia para ser profesional. O demasiado confiada.

No dijo nada. Lamió su helado, mantuvo el brazo enlazado a la cintura de Jimin, que hablaba de coreografías, saltos, puntas, de cómo se imaginaba en las olimpiadas.

Cuando llegaron a la Piazza Navona, Jungkook se detuvo, inclinándose para rozar la sien de Jimin con los labios.

—Jimin —dijo, suave, como si hablara de cualquier tontería—, voy al baño. Espérame aquí.

Jimin parpadeó, mirándolo, confuso.

—Te acompaño.

Jungkook negó con una sonrisa, la más tierna de sus mentiras.

—No. Quédate aquí. Termina tu helado. —Le acarició la mejilla con el pulgar, asegurándose de grabar esa imagen—. Vuelvo en un segundo.

Jimin lo miró a los ojos, Jungkook dudó por un segundo en dejarlo ahí solo y vulnerable, pero tenía que aprender la lección... De lo contrario volvería a ser imprudente, necesitaba castigarlo. Suspiró, le besó los labios y se marchó.

Dejándolo ahí, perfectamente expuesto. Un cordero sin protección, cegado por el amor hacia quien prometía cuidarlo, exactamente igual que Lucien aquella noche, totalmente desarmado, totalmente vulnerable.

Se quedó de pie junto a la fuente central, rodeado de turistas que lanzaban monedas y sacaban fotos. Se lamió los dedos, sintiendo el frío del helado mezclarse con la tibieza de su respiración. Miró hacia donde Jungkook había desaparecido entre los arcos de piedra, intentando descifrar por qué sentía un leve escalofrío en la nuca que intentó ignorar cerrando los ojos un segundo, respirando el aire romano. Le gustaba Roma. Le gustaba estar ahí, le gustaba soñar que, por un rato, todo era tan simple como un paseo y un helado.

Pero algo en su instinto le susurraba que no estaba solo.

Miró de reojo. A unos metros, un hombre fingía leer un mapa, otro revisaba su reloj una y otra vez, y una pareja se detuvo justo frente a él, *demasiado cerca*.

Demasiada coincidencia. Demasiada quietud en una plaza donde todo debía moverse.

Tragó saliva, se acercó a un bote de basura para tirar su helado, luego apretó su teléfono en el bolsillo para marcarle a Jungkook a medida que avanzaba hacia los baños, a medida que se recordaba que no solo era Park Jimin, que era Luca Nostro. Se recordó que era hielo bajo la piel.

Y recordó a Mirabella...

"Nuestro humano anda extraño estos días, ¿no crees?"

"No te besa como antes, no huele igual."

"Nos enamoramos muy rápido, temo desilusionarnos. Mejor dile que venga aquí, no te encuentres con él."

"Lo amas, te enamoraste de verdad."

"Solo mantente alerta."

—Mierda, l'amore ti rende debole.

Esa repentina soledad era una trampa.

No iría al baño, pero continuó caminando, acercándose a la baranda de la fuente. Mientras tanto, sus dedos, temblorosos, sacaron el teléfono del bolsillo. Desbloqueó la pantalla sin mirar. Su mente, entrenada para sobrevivir, comenzó a trazar rutas de escape: el callejón detrás de la iglesia, el vendedor de globos, la salida trasera de la trattoria de la esquina.

Tecló el nombre de Corvo, así lo tenía registrado. Solo tres palabras: "Me dejó en,"

Pero nunca las terminó de escribir.

Detrás de él, alguien se movió. No era un turista, ni un vendedor, ni una sombra normal de Roma. Era una presencia demasiado cercana, demasiado pesada, con un olor que no pertenecía a la multitud: cuero, sudor, metal frío. Una sombra que respiraba demasiado cerca. *Y la jaula se cerró.*

Jimin sintió la piel de su nuca erizarse. Enderezó la espalda, tragó saliva. Quiso girarse, pero no lo dejaron. La mano que lo sujetó por el hombro era grande, dura, veloz, tanto que lo único que sintió fue el pinchazo en la base del cuello, una aguja pequeña, rápida, semejante a una picadura de abeja en la carne expuesta.

Se tensó. Intentó alzar el codo, golpear un rostro que no vio. Intentó girarse, empujar, correr. El teléfono se resbaló de sus dedos, golpeando la piedra húmeda. La pantalla se encendió una última vez, mostrando el mensaje inconcluso: "Me dejó en"

Su respiración se volvió un silbido breve. Vio las luces de Roma bailar, retorcerse. Escuchó voces que no entendió. Sintió unas manos enguantadas sujetarlo por la cintura cuando sus piernas, traidoras, dejaron de obedecerle. El medicamento para dormir era demasiado fuerte para su sangre. La adrenalina no bastó. Su cuerpo se rindió primero que su mente, que aún gritaba "*¡Jungkook, maldito traidor, yo te amo imbécil, te amo, asqueroso alfa!*" dentro de su cráneo.

Cayó hacia atrás, rendido, desmadejado, hundiéndose en unos brazos desconocidos que lo sostuvieron con la misma suavidad con la que se carga a un cordero al matadero.

Roma, indiferente, siguió respirando al mismo tiempo que el heredero Nostro era tragado por la multitud sin que nadie mirara dos veces.



Jungkook se sostenía frente al espejo, inclinado hacia adelante, con las manos apoyadas a ambos lados del lavabo. El agua corría sin usarse. Su reflejo le devolvía la mirada: un lobo vestido de hombre, con la mandíbula tensa, la vena del cuello le latía demasiado rápido,

más que nunca. Respiraba por la boca, cada inhalación le dolía, le ardía. Se llevó una mano al pecho. Sintiendo el latido violento bajo la camisa, casi podía jurar que se quemaba.

Cerró los ojos. Y ahí estaban.

Los ojos azules de Jimin, grandes, húmedos, fijos en él igual a dos mares que prometían tragarlo entero y los ojos de Lucien mirándolo desde un recuerdo podrido por la culpa. Esos mismos ojos que se cerraron para siempre sobre el hielo.

Los únicos ojos puros que había visto en toda su maldita existencia, los únicos ojos que lo desarmaban, que lo dominaban, que lo destruían y lo volvían a construir en un segundo.

Gruñó por lo bajo y se dio un golpe seco en el pecho, tratando de arrancarse la rabia de raíz.

—Maldita sea... —escupió, casi sin voz—. Maldita sea... Amo a ese cabrón.

El sabor de la confesión le resultó amargo y necesario. Una mordida en la lengua. *Una rendición tardía.*

Abrió los ojos, se enderezó. Sus pupilas estaban dilatadas, negras como una noche sin luna. Se limpió la boca con el dorso de la mano, cerró el grifo a golpes.

Empujó la puerta del baño de un manotazo. Salió de nuevo al corredor estrecho, atravesó, ignorando a los transeúntes que se hicieron a un lado como si intuyeran que algo muy malo estaba a punto de pasar.

Cruzó la salida, volvió a la plaza, buscó a Jimin entre los turistas.

Nada.

Lo llamó con la mirada, con el olfato, con la pura intuición de lobo.

Nada.

Hasta que miró el teléfono.

Tirado junto a la baranda de la fuente.

La pantalla, agrietada, mostraba el mensaje a medio escribir.

Se agachó de inmediato, lo tomó, revisó la última notificación. Vio la palabra rota: "Me dejó en"

Y entendió todo.

Su plan había resultado demasiado perfecto que le dolía, pero no contaba con que Jimin se diera cuenta de que lo había abandonado a su suerte, supo que se enteró porque le escribía a

Corvo, pudiendo ir a él... Decidió buscar a su Sottocapo.

Un rugido le arañó la garganta, tan bajo que hizo que dos palomas cercanas alzaran vuelo de golpe.

—¡Mierda! —escupió. Tomó el teléfono llamando a Namjoon—. ¡Quiero a todos en Roma, no me importa si tengo que quemar la jodida Ciudad! —gritó.

—¿Eh?

—Se llevaron a Jimin, si le pasa algo serás el primero en morir, ¿de acuerdo?

—Oye hermano, relájate —dijo calando—. ¿No es eso lo que querías? ¿Qué se lo llevaran? ¿Dejarlo expuesto?

—No... —Su voz se quebró—. Ya no. Si algo le pasa...

—Solo aclaremos una cosa, de eso depende cuánta sangre voy a derramar esta noche —dijo Namjoon estirándose, buscando su arma—. Lo amas, ¿verdad?

Hubo un silencio.

Una paloma levantó vuelo detrás de Jungkook. Un coche pitó a lo lejos. Roma siguió existiendo sin enterarse de que, para él, en ese segundo, todo se congelaba.

Apretó el teléfono contra su oído, tan fuerte que le dolieron los nudillos. Sintió que la palabra se gestaba en su pecho, arañando costillas, quemándole la lengua. Tragó saliva, cerró los ojos. Vio los ojos de Jimin, ese par de luceros azules que le desordenaban la vida, los planes, sus ambiciones.

Ese omega, su omega, su lupus, su amor, la única bala capaz de perforar la piel del Pakhan de los Solntsevska Bratva y dejarlo en coma.

—Mierda —jadeó—. Sí, lo amo.

Namjoon soltó una carcajada.

—Taehyung ganó la apuesta, que desgracia... —Se levantó, metió la pistola en una funda y tomó su chaleco antibalas—. Movilizaré todo, hasta el último perro que respire. Lo traeremos vivo, pero avísale a Corvo. Una ayudita de los Nostro no caería nada mal.

Jungkook pulsó la pantalla rota del teléfono de Jimin, marcándole a Corvo de inmediato.

—Escúchame bien, bastardo —dijo en cuanto escuchó la respiración al otro lado—. Han tomado a Jimin. Dile a Taehyung que corten su ridículo viaje romántico y vengan a Roma,

trae a toda la jodida mafia italiana porque si algo le pasa a mi omega el primero en ser desollado serás tú.

Jungkook se pasó la lengua por los colmillos. En su cabeza, la imagen de Jimin se superponía a la de Lucien, a la de cualquiera, incluso a la suya propia.

Apresuró su paso hasta llegar a su coche, buscando su arma en la guantera, tomando su tableta electrónica en donde tenía todos los apuntes que había hecho desde el día en el que Mirabella había arrancado aquel brazo, uniendo los puntos para dar con los bastardos que querían capturar a Jimin, sabiendo todas las respuestas, uniendo todas las piezas como un puzzle.

—Si no estás muerta yo mismo te llevaré al infierno —masculló—. Y si es lo que creo que es, el juego termina hoy.



Haaaaasta aquí el capítulo de hoy.....

Ya ven, la venganza no es buena, mata el alma y la envenena.

Luego andan todos estresadotes como el Pakhancito.

¡GRACIAS POR LEER, TE QUIERO! ♡

Es que sí lo ama, ¿vieron?



[23] *Detente, me lastimas*



Yoongi hundía el pedal del Maserati como si con cada kilómetro pudiera recortar la distancia entre él y su Capo perdido. La carretera nocturna se abría igual que un cuchillo, cortando campos y ciudades apagadas bajo la orden silenciosa de un imperio invisible.

Mientras conducía, su teléfono vibraba sin parar. Iba dictando órdenes en italiano, ruso, coreano, inglés, incluso latín mezclado, una lengua de sangre.

—Prohíban todo vuelo comercial, privado y de carga que salga de Italia en las próximas seis horas.

—Los puertos también, sí, sí, sí, toda la costa. Cualquier barco que zarpe, lo hunden.

—Quiero hombres en cada frontera terrestre. Cada coche, cada maleta, cada sombra... revísenla.

Un auto negro rebasó el suyo: Era Taehyung al volante con el rostro tallado en hielo. En su propio asiento, Yoongi hablaba por un auricular, Rahab respiraba pesado en el maletero abierto, inquieto.

Cuando Taehyung colgó la última llamada que era con Namjoon para coordinar mercenarios de Moscú, Yoongi se giró hacia él. Deteniendo un poco su andar, sus ojos brillaban con intensidad al encontrarse con los del alfa.

—Lo sabía —dijo con un tono tan suave que dolía más que un disparo—. Algo olía mal desde el principio. Si Artyom quisiera de verdad proteger a mi primo... nada de esto estaría pasando.

Taehyung mantuvo las manos firmes en su propio volante. No miró a Yoongi, pero un músculo en su cuello delató la tensión.

—Yoongi...

—Él lo planeó —escupió Yoongi, casi silabeando—. Él. Artyom. El aeropuerto... Lucien... todo encaja. —Afirmó el volante en su vehículo—. Y tú lo sabes. No lo niegues. No te atrevas a mentirme, Jeon Taehyung.

El auto rugió en la autopista, devorando señales.

—Hoy te exijo que elijas —susurró Yoongi, la voz temblando entre el amor y la rabia—. Lealtad a tu hermano... o lealtad a mí.

Taehyung tragó saliva. Sus nudillos se pusieron blancos alrededor del volante.

Un segundo.

Dos.

Tres.

—Te amo —dijo sin mirarlo pues tenía la vista en la carretera—. Siempre te amaré, Min Yoongi... pero no te diré nada relacionado con mi hermano.

Yoongi lo miró de reojo, en silencio. La respiración de Rahab se mezcló con el viento que colaba la ventanilla entreabierta y miró de lejos a Opex que estaba en el vehículo con su humano, ambos se miraron con tristeza.

—Lealtad a tu hermano, captado —dijo Yoongi, girándose para mirar la autopista, pisar el acelerador y perderse en la oscuridad.



El punto de encuentro era una vieja estación de tren abandonada a las afueras de Roma. Un lugar tan muerto que hasta los graffitis parecían haberse ido. Los hombres de los Nostro se alineaban entre autos negros, camionetas blindadas, todos ellos a espera de una orden.

Yoongi descendió primero. Rahab saltó del maletero y olfateó el aire. Taemin y Jackson Wang —dos piezas letales del tablero Nostro— caminaron hacia Yoongi, inclinando la cabeza apenas.

—Sottocapo —murmuró Taemin, deslizando una pistola al cinturón—. Todo listo. Tenemos la ciudad rodeada de hombres esperando tu señal. Nadie ha entrado ni salido de Italia a excepción de la entrada autorizada de la Bratva, mucho menos de Roma, nuestro capo está aquí.

—Si alguien respira mal, lo quiero saber antes de que exhale —ordenó Yoongi. Jackson asintió, ajustándose los guantes de cuero.

A lo lejos, motores rusos rompieron el murmullo del viento. Varios SUV oscuros llegaron como si fuera un desfile militar. Yoongi avanzó, furioso, con los nudillos tan tensos que estaban blancos. A unos metros, Jungkook ya estaba de pie, rodeado de su guardia Bratva, moviendo la mano mientras señalaba rutas y cuadrantes. La calma de un rey que da órdenes mientras la cabeza le hierve.

Yoongi caminó derecho hacia Jungkook, cada paso era una amenaza. Sin frenar, y le estampó un puñetazo seco que hizo que el Pakhan girara el rostro con un crujido.

—¡Te dije que si le pasaba algo a Luca iba a destruir Moscú! —rugió, con la voz quebrada de rabia y miedo.

De inmediato, una decena de armas rusas se alzaron. Fusiles automáticos y pistolas apuntaron directo al pecho de Yoongi. En respuesta, los Nostro hicieron clic con sus seguros, alzando sus armas de vuelta.

Jungkook levantó una mano.

—Bajen las armas.

Los cañones de los rusos se bajaron uno tras otro, pero la furia quedó flotando, como un perro sin cadena.

—Tienes muchas cosas por aclarar, porque estando contigo es imposible que lo hubieran secuestrado. —Lo miró furioso, luego se pasó la lengua por el labio inferior, riéndose de manera descarada, burlesca—. Porque si no fue traición, entonces estoy comenzando a creer que el gran Pakhan de los Bratva es en realidad un imbécil.

Los rusos que escuchaban, contuvieron el aliento.

—Pierdes a tu hijo... Pierdes a tu novio. —Lo observó con más dureza—. ¿Pero sabes? Mi Capo no va a morir, de eso me encargo yo.

Jungkook pasó el dorso de la mano por la boca rota, mirando a Yoongi con la mandíbula tensa:

—Ya sé dónde está.

Taehyung se acercó, buscando calmar a la tormenta viva que era Yoongi.

—Corvo... tranquilo, no empeoremos esto, ¿sí? —dijo bajito, intentando posar una mano en su hombro.

Pero Yoongi giró sobre sí mismo, estaba furioso con su novio, tanto que podría golpearlo allí mismo.

—¡No te atrevas a volver a tocarme, Sergei! —lo escupió con veneno, apartándolo como a un perro extraño. Su mirada rebotó en Jungkook, luego en Namjoon, luego en la noche—. ¡Esto es Nostro! ¡Él es Nostro! ¡Nadie toca a Luca!

Y sin más, se dio media vuelta, haciendo un gesto con la mano para que Taemin y Jackson lo siguieran.

Namjoon, apoyado en el capó de un coche, soltó una carcajada seca.

—¿Se dio cuenta? —preguntó, burlón, mirando la sangre en el labio de Jungkook y la mirada derrotada de Taehyung.

El Pakhan escupió a un lado. Se pasó la lengua por el colmillo, sintiendo el sabor metálico de su propia ira.

—Por supuesto —gruñó Taehyung—. Es Corvo. Él siempre se da cuenta.

Jungkook subió a su vehículo de un salto, encajándose detrás del volante, sin esperar chófer y se giró hacia la multitud:

—¡Vamos a hacer fila, un convoy! —rugió con voz de trueno—. ¡Iremos por Luca! ¡Y quien se atreva a interponerse, lo enterramos en cemento!

Los motores encendieron al mismo tiempo. Los coches se alinearon como un ejército de lobos que olía sangre.

Yoongi subió de nuevo a su auto, Taehyung respiró hondo, mirando a Namjoon y se fue al automóvil de Yoongi, subiendo al asiento del copiloto sin pedir permiso.

Yoongi, tomó su arma corta, colocándola en la barbilla de Taehyung de inmediato, sin darle tiempo de apartarlo, quitándole el seguro, dispuesto a disparar.

—No volveré a preguntártelo, baja del puto auto. —Lo miró a los ojos.

Taehyung lo conocía bien, sabía que estaba decepcionado de él, pero que no iba a decirlo, así como cuando su padre lo comprometió con Shān Hu que actuó como si no le afectara.

—Lucien —dijo Taehyung, tomando la muñeca de Yoongi, sin apartar las pupilas de sus ojos—. Por él.

Yoongi chasqueó la lengua y bajó el arma, colocándole de nuevo el seguro.

—Si le pasa algo a...

—Mi hermano lo ama, se... se lo dijo a Namjoon.

—Vaya amor. —Encendió el auto.

—Tú me amas y me estabas apuntando con tu Glock sin seguro hace unos segundos.

—Quisiera no hacerlo. —Arrancó el auto—. Amarte, quisiera no hacerlo.

—No puedes evitarlo. —Sonrió—. Soy encantador.

Yoongi gruñó, pero sonrió de manera ligera. Porque Taehyung... Su Taehyung se lo contó, su Taehyung eligió decirle la razón detrás de la captura de Jimin.

Fue la venganza de Jungkook.

—Pues ahora están a mano —dijo Yoongi—. Tu hermano y mi primo, pero... Si tengo que elegir estar de lado de mi primo y dispararle a tu hermano, no voy a dudar. ¿Lo sabes?

Taehyung estiró la mano, colocándola encima del muslo de Yoongi.

—Lo sé.



El frío se sentía primero en la piel expuesta de las rodillas. Luego en los dedos entumecidos, luego en la columna que temblaba bajo una camisa ligera. Jimin despertó de golpe cuando la punzada del metal quemó sus muñecas: esposas gruesas, pesadas, que mantenían sus brazos alzados, atados a una argolla de hierro clavada en la viga de un techo húmedo.

El suelo era de concreto, rugoso, manchado de óxido y salitre. A su alrededor, un silencio. No había ventanas, solo una bombilla solitaria que colgaba, parpadeando como un ojo roto. El olor a gasolina vieja y a perros encerrados se mezclaba con algo más tenue, floral... un perfume caro, dulce, fuera de lugar en ese agujero.

Jimin abrió los ojos por completo. La primera figura que vio lo hizo parpadear varias veces, confuso, casi creyendo que su mente, lacerada por la droga y el miedo, estaba jugando con él.

Era una mujer. Estaba de pie frente a él, la silueta recortada por la luz amarilla. Tenía los brazos cruzados, un vestido largo, elegante, de piel oscura. Su perfume era un látigo invisible que le trajo a la memoria un ramo de gardenias podridas sobre una lápida olvidada.

Italia .

Su mente intentó desecharlo: «No *puede ser*.»

Pero la voz vino. Áspera, burlona, familiar en lo que tenía de venenosa.

—Vaya, vaya, hermanito... —Su sonrisa era todo colmillos y ningún consuelo—. Qué fácil fue capturarte.

Jimin sintió que la sangre se le estrellaba en la nuca. Tragó saliva con dificultad, la respiración se le cortó en un jadeo que rozó el grito.

Eran idéntica, era rubia, no grisácea, su rubio era vainilla, su voz aunque muy parecida, pero no era ella, tenía algo distinto...

Lo podía sentir.

—¿Quién eres?! —ladró, la voz rasposa de sed, de rabia.

No tuvo que esperar mucho para la respuesta. La mujer caminó un par de pasos, con los tacones haciendo eco en la inmundicia. Se sentó sobre un banquito de metal como si se tratara de un trono improvisado, cruzó las piernas con elegancia estudiada.

Detrás de ella, Jimin notó sombras. Alfas. Cerca de veinte, trajeados, de pie como estatuas vivas. Todos lo miraban a él como si fuera un ciervo atado y listo para degollar.

Ladeó la cabeza. Su cabello largo se movió como un río dorado y sonrió.

—¿Yo? —soltó una risita suave, de garganta—. Soy tu hermana. ¿No lo ves, Luca?

Ese nombre, *Luca*, le mordió la lengua como un recordatorio de quién era... o quién fingía ser.

Un haz de luz hizo brillar la cadena de oro que rodeaba su cuello.

—Fue fácil someter a un Omega Lupus, creí que sería más complicado —dijo, despacio, como quien degusta una confesión macabra—. Nuestro padre... ah, el gran patriarca, tan astuto, tan previsor... me tuvo escondida como una carta bajo la manga, por si tú fallabas. Por si algo salía mal.

Jimin sintió un espasmo de náusea. Quiso escupirle a la cara, pero la saliva se le pegó al paladar seco. La falsa Italia lo observó un momento, degustando su silencio, su rabia. Se inclinó hacia él, su perfume quemando la distancia como un ácido invisible.

—Pero ahora papá está muerto. —Abrió los brazos, teatral—. Y tú... bueno, tú eres un niño jugando a ser rey. Un capo que baila sobre hielo para que lo aplaudan. —Chasqueó la lengua—. Un lobo con tutú.

Se levantó, de un salto. Dio un giro, la falda de cuero oscuro ondeó como un látigo de sombra.

—Así que... —susurró, acercándose tanto que Jimin pudo ver sus pestañas cargadas de rímel—. Me toca a mí. Tomaré el mando, hermanito. Tú volverás a tus bailes y piruetas, tus luces y tus medallas de oro... Y yo... —Abrió los brazos otra vez, como si abrazara una multitud invisible—. Yo tomaré el control de la mafia italiana.

Se giró hacia los hombres detrás, sus alfas de piedra. Levantó el puño, como si brindara con fantasmas.

—Diremos que soy Italia. Diremos que nunca morí. Diremos que resurgí de las cenizas como el fénix que soy. —Su voz subió, soltando una carcajada quebrada que vibraba entre

paredes descascaradas—. ¡RESURGÍ DE LAS CENIZAS!

La risa se desbordó de sus labios como un torrente negro. Los alfas sonrieron, tensos, esperando una orden que no llegaba. Jimin, encadenado, sintió que el sudor frío le recorría la columna, gota a gota, mezclándose con la sangre que rezumaba de sus muñecas.

—Quédate quieto, Jimin. —Se inclinó, rozándole la mejilla con el aliento—. Esta vez, elige bailar solo para mí. ¿Vas a mantenerte al margen, cierto? Yo... Conozco más de mafia que tú, aunque crecí en Corea, papá me contó todo desde la infancia y entrené con todos ellos. —Señaló a sus hombres.

—Si papá te entrenó, ¿por qué Italia no me dijo nada?

—Porque Italia no sabía de mi existencia, bobo. Además murió, si lo supiera, tal vez ya lo sabrías. —Sonrió de nuevo—. Yo era su reemplazo perfecto, una alfa idéntica a su gemela. En fin, si decides pelear voy a tener que matarte. —Le acarició la barbilla con la punta del dedo.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Nuestra trilliza era Italia, quedaría poético si yo fuera Roma, ¿no crees?

—Tiene sentido, eres inferior. Italia es un país y Roma una pequeña ciudad.

Roma soltó una carcajada.

Y entonces chasqueó los dedos. Dos hombres se acercaron, uno sostuvo el mentón de Jimin, otro le empujó la cabeza hacia atrás. Jimin forcejeó, pero la cadena tirante mordió su piel.

Romase inclinó más, su perfume le llenó la garganta hasta casi asfixiarlo.

—Bienvenido a tu verdadero escenario, hermanito. —susurró—. Aquí no hay medallas. Aquí solo se gana o se muere.

Su risa volvió a rebotar en la bóveda de concreto, mientras el heredero Nostro, ahora prisionero en su propio reino, clavaba la mirada en el techo, conteniendo un grito que no sabía si era de furia... o de miedo.

Mantuvo la cabeza echada hacia atrás mientras la risa de Roma se deslizaba por sus tímpanos de manera venenosa. El aroma de sangre familiar, de perfume caro y de metal oxidado se mezclaba con algo más: el ardor ácido de su propia furia, que empezaba a abrirse paso como un animal que despierta tras siglos encerrado.

Roma aún reía, deleitándose, cuando Jimin abrió los ojos y soltó una carcajada baja, aterradora. El hombre que le sujetaba la barbilla sintió el temblor. Roma bajó la mirada hacia él, frunciendo el ceño.

—Las medallas... —susurró Jimin, su voz le vibraba en la garganta, cada palabra era un silbido de hielo—. Las obtengo... —Alzó la cabeza con un chasquido de cadenas—. *En donde sea.*

Lo siguiente fue un relámpago.

Jimin dobló las rodillas, tirando de la cadena que sujetaba sus muñecas, y de pronto se impulsó hacia delante. Su frente impactó con la nariz del Alfa que lo sujetaba, partiéndola con un crujido repulsivo. Un manchón de sangre caliente le salpicó la mejilla. El segundo Alfa apenas tuvo tiempo de parpadear antes de recibir una patada giratoria en la tráquea que lo lanzó contra la pared, escupiendo dientes.

Roma dio un paso atrás, temblando.

—¡Atrápenlo, idiotas! —gritó, pero su voz temblaba.

Los Alfas se lanzaron sobre él como lobos hambrientos. Pero Jimin... ya no era Jimin.

Era algo más.

Era Lupus.

Era la sangre de un *omega real*.

Su respiración se detuvo. El iris de sus ojos, ese azul helado de linaje, se encendió de pronto con un destello ámbar, casi dorado, como la mirada de un depredador que arranca la carne aún palpitante de su presa.

Las cadenas crujieron. El metal chirrió cuando sus músculos se tensaron con una fuerza antinatural. Los grilletes se partieron con un grito de acero torcido. Jimin se puso de pie, encorvado como una fiera.

Roma aprovechó para salir corriendo, huyendo, sabía que no tendría oportunidad. Había escuchado a su padre decirle en varias ocasiones que Jimin era tan fuerte que doblegaba a los alfas más dominantes.

Los Alfas dudaron. Fue suficiente.

Un torrente de feromonas densas, sofocantes, llenó el sótano. Una orden muda, una presión que ninguno pudo ignorar. Sumisión. Los cuerpos comenzaron a temblar, uno tras otro.

Rodillas que se doblaron. Espaldas que se inclinaron. Alfes enormes reducidos a sombras temblorosas, con la frente contra el cemento sucio. Algunos gemían, igual que perros castigados.

Jimin inclinó la cabeza hacia un lado. Su sonrisa era la de un dios cruel.

—Acepto sus disculpas, alfas tontos. —Su voz era un ronroneo de muerte.

Y la carnicería comenzó.

Saltó hacia el primero, enterrando las uñas emergentes, —largas, filosas como cuchillas de metal—, bajo la mandíbula de un Alfa que no tuvo tiempo de levantar la mirada. De un tirón, le abrió la garganta. La sangre brotó como un geiser. Jimin se giró, lanzó una patada al rostro de otro que intentaba levantar su arma. El cráneo estalló contra la pared con un chasquido húmedo.

Pisoteó el torso de uno que gimoteaba, aplastándole el esternón hasta hundirle las costillas en los pulmones. Su respiración era un gruñido animal. Cada zancada dejaba charcos carmesí bajo sus pies descalzos.

Un alfa chilló. Jimin se le lanzó encima como un espectro: lo sujetó por el pelo, le arrancó la cabeza con un giro bestial. Arrojándola como basura. Un segundo después, pateó el cuerpo sin cabeza, que se desplomó sin dignidad.

—¡Basta! —gimió otro alfa— ¡BASTA! ¡Te doy mi lealtad, no me mates!

Jimin lo miró. Sus pupilas doradas parecían derretirse, quemando la penumbra. Se acercó, arrastrando los pies por el suelo ensangrentado. Se detuvo ante dos Alfes arrodillados, uno de ellos era el que le había ofrecido su lealtad.

— *Mírenme* . —Les ordenó, y ellos obedecieron, con ojos vidriosos, impotentes—. *Sus lealtades cambian rápido con un poquito de miedo, así no me sirven.*

De un zarpazo, degolló a uno. Al otro le hundió la garra en la boca, rasgándole la lengua hasta la nuca. El cadáver cayó gorgoteando su último lamento.

Quedaban pocos hombres paralizados de terror... y el demonio de hielo, de pie, bañado en carmesí.

Jimin lamió un hilo de sangre que le manchaba el labio y escupió un diente que se le había pegado entre los colmillos. Después levantó la mirada.

—Yo dije... —susurró, caminando hacia los alfas restantes con paso firme, chorreando muerte—. Que las medallas... las consigo donde sea.

Miró a su alrededor, respirando como una bestia recién salida de la jaula. Cada bocanada arrastraba el olor dulzón del miedo y el hierro de la sangre fresca. Su pecho subía y bajaba, tenía los mechones húmedos pegados a su frente salpicada de sangre, con un gruñido breve, caminó entre los cadáveres, pisando charcos rojos, buscando algo con lo que cubrirse.

En una esquina vio un bolso de lona, uno de los Alfa había dejado su chaqueta y un par de pantalones negros de tela deportiva. Jimin se inclinó, sus garras aún goteaban. Los dedos temblaban mientras se limpiaba la sangre de la boca con el dorso de la mano. Se enfundó los pantalones, la camisa la tenía ensangrentada, tanto que escurría, así que se la quitó, dejando que su torso marcado quedara expuesto, cubierto de salpicaduras.

Se abrochó el botón y, por un instante, cerró los ojos. Tratando de controlar su respiración. El Omega Lupus en su interior palpitaba aún, reclamando más sangre, más sumisión, más ruina.

Pero en ese momento lo sintió.

Ese aroma. Fuerte, familiar y cálido al igual que una bala directo al corazón.

Jungkook .

Junto a él, esa otra presencia firme y helada: Yoongi. Los pasos se acercaron, primero lejanos, luego más claros, hasta que la puerta se abrió de golpe y un haz de luz dibujó la silueta de varios hombres entrando.

Yoongi entró primero. Tras él, Taehyung, con la mirada afilada. Namjoon cruzó el umbral sin decir palabra, solo examinó la escena como si fuera una obra de arte macabra. Y detrás, Jungkook, que se detuvo apenas dio un paso dentro.

Contuvo la respiración.

Todos se quedaron clavados en el umbral, *mudos* .

El suelo era un campo de batalla. Los cuerpos de los Alfa se amontonaban como muñecos rotos, la sangre goteaba desde las vigas, manchaba el cemento, se acumulaba en charcos oscuros. Jimin estaba en el centro de ese altar de carne rota, semidesnudo, cubierto de heridas menores.

Yoongi soltó un leve suspiro, un alivio feroz se le quebró en la voz:

—Qué alivio... —murmuró, relajándose por completo.

Jimin no apartó los ojos de Jungkook. Su respiración se volvía más irregular al mismo tiempo que daba un paso hacia adelante sintiendo que su pecho estallaría a causa de las mil emociones que sentía. Jungkook levantó la barbilla, sus pupilas oscuras parecían tragarse la

poca luz del lugar.

Pero observó a Jimin de arriba abajo, bebiéndose cada gota de su furia y su triunfo.

—Me alegra que no necesitaras nuestra ayuda —dijo Jungkook en un hilo de voz, invadido de alivio genuino.

Fue todo lo que hizo falta.

Jimin se lanzó hacia él como un proyectil. Le plantó una mano en el pecho, empujándolo contra un pilar de concreto. Le dio un puñetazo, después otro... y otro. Jungkook no bloqueó ninguno. Simplemente se arqueó hacia atrás, con la respiración rota, dejándolo hacer lo que quisiera.

Namjoon dio un paso hacia adelante, alarmado, pero Jungkook alzó una mano, con los labios partidos.

—No intervengan... —masculló, escupiendo sangre de su labio—. Déjenlo.

Namjoon soltó una risa seca.

—Será mejor que salgan. Es una pelea de pareja. —Y de inmediato chasqueó los dedos. Los Bratva retrocedieron, guardando las armas, cerrando la puerta detrás.

Yoongi miró a los suyos, Taemin, Jackson, todos firmes como una muralla de acero.

—Salgan y esperen mi orden. Luca tiene todo bajo control. —Su voz fue tan fría que nadie osó contradecirlo. Salieron uno a uno, cerrando la puerta.

El sótano se quedó solo para ellos.

Jimin volvió a golpear. Un puñetazo en la clavícula, otro en el estómago. Lo empujó, lo pateó en la cadera. Jungkook chocó contra el concreto, lo cuarteó con un estruendo que hizo vibrar la sangre derramada.

— *¡Dame una razón para no matarte!* —rugió Jimin con su voz de omega lupus. Sus garras se clavaron en la tela de la camisa de Jungkook, la desgarraron de un tirón.

Jungkook no hizo nada para defenderse. Solo se permitió rodearle las muñecas con sus manos, sujetándolo, obligándolo a mirarlo directo a los ojos.

En su pupila temblaba algo que no era miedo. Era verdad, era fuego.

—Porque te amo. —musitó.

Por un segundo, el mundo contuvo la respiración.
La sangre dejó de gotear.
Las paredes dejaron de gemir.

El mundo se redujo solo a Jimin y Jungkook.
El Omega Lupus y el Alfa Lupus.
La jaula de hielo y la corona de plomo.

Jimin se quedó mirándolo. Se trataba de un te amo que debió calmarlo y en cambio encendió cada nervio que tenía bajo la piel. Soltó una risa, primero baja, luego rota, luego feroz. Una carcajada animal que retumbó en las paredes manchadas de sangre.

—¿Te amo? —repitió, burlándose, hundiendo sus uñas en los hombros de Jungkook—. Mientes. ¡Eres un mentiroso, Jeon Jungkook!

Su voz era pura rabia, pura sal, puro veneno. Lo empujó otra vez contra el concreto. Jungkook se dejó, sintió la nuca golpear la pared agrietada, el polvo cayéndole en el cabello. No hubo ni un gesto de defensa.

—Me dejaste solo —escupió Jimin, cada palabra era un zarpazo directo al corazón—. ¡Sabías que me seguían! Sabías que era una trampa y me dejaste ahí porque lo sabes, ¡sabes que por mi culpa murió tu hijo! ¡¿Crees que voy a tragarme tu maldito te amo?!

Le soltó un puñetazo en la mandíbula, después le dio otro más fuerte. El crujido de hueso partiendo la carne, los labios de Jungkook se abrieron en un borbotón de sangre. El Pakhan tosió, la sangre le manchó los dientes, se deslizó por su cuello, tibia, oscura.

Yoongi tensó la mandíbula. Taehyung dio un paso, alarmado, Namjoon levantó la mano en señal de espera. Nadie se atrevió a interrumpir.

—¡Te odio! —gritó Jimin, la voz se le quebró en un aullido mezclado con sollozo, con furia—. ¡Te detesto, Jungkook! ¡Mataste a mi padre! ¡Por tu culpa murió mi hermana! ¡Y no debiste confiar en mí para cuidar de Lucien porque dejé que lo mataran! Te juro por la vida de todos mis muertos y por la de todos estos bastardos... —escupió a un lado, salpicando la pared— ... que te voy a matar.

Jungkook parpadeó, la sangre se mezcló con una sonrisa ligera, apenas un tirón de labios partidos. No dijo nada. Siguió observando a Jimin como si fuera lo más hermoso del mundo, su bestia más letal y preciosa.

La sonrisa hizo enfurecer más a Jimin, quien perdió el control. Lo derribó con un rodillazo en el pecho, lo hizo caer de espaldas contra el suelo áspero y frío. Se montó sobre él, con las rodillas firmes a cada lado de sus caderas, sus manos se cerraron en puños que martillaron el rostro de Jungkook una, dos, diez veces.

Cada golpe era un relámpago. La sangre salpicaba, mezclándose con las lágrimas furiosas que Jimin ya no podía contener. Los dientes de Jungkook cortaron su propio labio, la respiración se le volvió un gorjeo áspero. La nuca golpeó el piso una y otra vez.

—¡Te entregué mi maldito corazón e intentaste matarme! —rugió Jimin, sin dejar de golpearlo—. ¡Voy a matarte yo primero! ¡Voy a arrancarte el corazón con mis propias manos, voy a masticarlo, Jeon Jungkook!

Taehyung dio otro paso, alarmado. Namjoon negó con la cabeza, pero sus manos ya buscaban el arma en su cinturón.

Y fue entonces.

En medio del estruendo, con la vista borrosa de sangre, Jungkook levantó una mano, la apoyó en la nuca de Jimin, obligándolo a mirarlo. Su voz, cuando salió, no fue un grito. Fue un murmullo bajo, invadido de autoridad.

— *No, mi amor...* —jadeó, usando su voz de mando entre sus dientes salpicados de sangre —. *Detente, me lastimas.*

El sonido de esas tres palabras fue un disparo silencioso. Un trueno que rompió la rabia de Jimin como un cristal bajo un zapato.

El sótano se quedó sin aire.

Jimin se quedó congelado, con las manos cerradas en puños, manos que temblaron sobre el pecho ensangrentado de Jungkook. Las garras se retrajeron, aunque su mirada seguía encendida, azul y oro, furiosa, herida.

Pero su cuerpo obedeció, su sistema entero reconoció la voz de mando.

La única voz de mando que podía controlar esa bestia incontrolable.

—Qué fácil para ti... Una palabra y detengo mi mano. —Sonrió. Era una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

Se apartó, no de un salto, despacio, igual que un felino herido que guarda su furia. Se levantó, colocando una rodilla a Jungkook, quien trató de incorporarse, pero Jimin lo detuvo poniendo un pie sobre su pecho, aplastándolo contra el concreto. El Alfa soltó un gruñido bajo cuando sintió la presión del talón justo donde le dolía respirar.

—¿Dijiste mi amor? —se burló Jimin. Se agachó, tan cerca que sus labios rozaron los de Jungkook—. ¿Quieres perdón? No hay. —dijo, sin mover el pie de su pecho—. Si quieres seguir respirando cerca de mí, vas a arrastrarte para ganártelo.

Jungkook intentó sostener su mirada, pero la sangre le nublaba un ojo. Tosió, sintió un sabor metálico y caliente subirle por la garganta.

—Me enamoré de ti mientras planeabas vengarte, en lugar de reclamarme de frente por mis pecados. —La voz de Jimin casi se quiebra—. Me entregué a ti por primera vez y tú,

—Quería darte una lección, que aprendieras a no meterte con la familia... —susurró.

—¿Y cómo te salió eso, Artyom?

—Mal, porque al igual que tú con Lucien... Me arrepentí al instante de entregarte.

—¿Qué?

Los hermanos, aún tensos detrás, apenas contenían la respiración. Taehyung se cubrió la boca con la mano. Yoongi, estático, mantenía la mirada fija, sin pestañear. Namjoon, seguía inmóvil como una lápida.

—De verdad me alegra que no te hayan lastimado esos imbéciles, ¿podemos irnos a un lugar más... respirable?

Jimin se quedó quieto, su mirada se suavizó un poco y sus fosas nasales se ensancharon porque de pronto le dieron muchísimas ganas de llorar.

—Ya no te quiero —dijo al ponerse de pie—. Cualquier asunto con los Nostro, arréglalo con Corvo. —Suspiró.

Jungkook también se levantó, sosteniéndolo de la cintura, de su cuerpo desnudo.

—No me mientas, Patito.

—No me llames así. —Lo tomó del brazo, apartándose de su agarre.

Yoongi se había quitado la chaqueta de mezclilla y se la colocó a Jimin sobre sus hombros al mismo tiempo que salían de ahí.



El coche blindado lo llevó directo a la pista privada en Roma.

Los Nostro y la Bratva se separaron, sin rozarse, sin mezclarse. Jimin no dijo nada cuando subieron al jet. La sangre seca le manchaba el pecho desnudo, la chaqueta de Yoongi apenas cubría su piel marcada de moretones, rasguños y la furia a medio tragar. Se sentó junto a la ventanilla, pero cuando el avión despegó, se venció de lado, dejando caer la cabeza sobre el regazo de Yoongi.

Yoongi, con esa paciencia suya de plomo, acomodó la chaqueta sobre sus hombros, apoyó una mano en su nuca, acariciándole el cabello. Jimin, al sentir el calor, soltó el primer sollozo, un hilo quebrado que se le atragantó entre dientes.

—Yoon... —murmuró, ronco, empapando la tela de sus pantalones con lágrimas saladas—. No era ella... no era Italia...

Yoongi no dijo nada, no entendía, pero lo dejó romperse, mientras peinaba con los dedos sus mechones enmarañados.

—Apareció... idéntica —continuó Jimin, su voz era apenas un quejido—. Dijo que es Roma... mi trilliza... sentí su sangre... es igual... igual, hyung, pero... está podrida... dice que es la heredera de los Nostro. Ella dijo que era el reemplazo de Italia, que fue entrenada para esto.

»Quiere que me aparte de la mafia, dijo que si no me apartaba me mataría, quería que volviera a hacer piruetas y baile sobre hielo... Yo no iba a permitir que me humillara. Es mi sangre, pero no la conozco. ¿Debería retirarme? ¿Mi padre de verdad querría eso? ¿Qué haría Italia? ¿Qué harías tú?

Yoongi tragó saliva, su mandíbula se tensó.

—Respira, Jimin. —le dijo, despacio, usando su nombre como una oración—. Italia creía en ti, yo creo en ti. Se hará lo que tú digas.

—¿Por qué no pareces sorprendido?

—Porque ya lo sabía. —Exhaló—. Su verdadero nombre es Park Aera.

—Aquí todos me mienten —masculló.

—No te mentí, simplemente no te lo dije.

—Mentira por omisión, es lo mismo.

—Voy a cazarla. Lo juro.

—¿Por qué no me dijeron de su existencia?

—Yo... La estaba buscando para matarla. —Yoongi apretó los labios—. Creí que sería traumático para ti encontrar a alguien que luce igual a Italia.

—Lo fue. —Cerró los ojos—. Cuando la miré... Fue como verla a ella, pero no olía, tampoco hablaba como Italia.

—Roma está demente.

—Al menos eso es una cosa de los Park, digna trilliza.

—No Jimin. Ella... Viola y mutila omegas, por diversión. Estuvo en distintas clínicas mentales.

—Si estaba loca, ¿por qué ella sabía de los Nostro y yo no?

—Porque era el reemplazo de Italia, eso es cierto. Italia lo sabía. Si ella moría, se demostraría que un Nostro es inmortal. —Yoongi volvió a exhalar—. Pero Aera enloqueció y cuando se enteró de la muerte del tío Luca escapó del manicomio en Corea. La busqué, pero no logré encontrarla. Tenía mi mente entera en ti, en cuidarte.

—Creí que ya me habías dicho todo. —Jimin seguía con los ojos cerrados—. Un sobrino, otra hermana. ¿Qué sigue? Tengo a mi madre viva y un hijo nacido de mí? —cuestionó con sarcasmo.

—No hay más secretos, Jimin. Lamento no habértelo dicho, es que creí que sería demasiado para ti ver la cabeza de Italia de nuevo.

—Pues quiero verla. Cuando la mates, quiero ver su cabeza rubia sobre mi mesa.

—La tendrás.

Jimin asintió, con la mejilla aplastada contra su muslo, respirando entre hipidos.

—Lamento arruinar tu viaje... —murmuró.

—No arruinaste nada, duerme. Seguro estás cansado, gastaste mucha energía.

Jimin quiso asentir, pero ya estaba más dormido que despierto. Yoongi sacó su teléfono, desbloqueándolo con un movimiento seco.

—Taemin, Jackson —ordenó, su tono era una navaja—. Que nadie salga de Italia hasta que la encuentren, la quiero viva.

Del otro lado de la línea hubo un silencio reverente. Luego un « *Sí, Signore* » que cerró la orden como un disparo.

El resto del vuelo fue un océano roto. Jimin dormía a ratos, despertaba llorando, murmurando frases inconexas: « *No era ella... papá... la sangre... me mintió... todos me mienten* »

Yoongi no lo soltó ni un segundo.

Cuando aterrizaron en Milán, el cielo era gris plomo, una llovizna delgada manchaba la pista. Jimin bajó primero, cubierto con la chaqueta. Caminó con pasos de niño herido, su orgullo roto, sus pies arrastrando la sangre seca como una corona caída.

Frente a su mansión, la verja estaba abierta. Las luces de la entrada encendidas, los cipreses de los jardines parecían murallas vivas contra el frío de la noche.

Y ahí, bajo la lluvia fina, estaba él.

Jungkook .

Apoyado en su coche negro, el motor aún caliente, la puerta entreabierta. Tenía una camisa nueva, parecía impecable de nuevo, pulcro, a excepción del labio roto y el moretón que estaba formándosele en el pómulo.

Sus ojos se alzaron en cuanto vio a Jimin bajar del vehículo portando unas botas de plástico que le proporcionaron para que no se mojara con la lluvia. Yoongi bajó tras él, sosteniendo un paraguas, pero no hizo nada por cubrirse. Tenía la vista fija en el Pakhan.

Al igual que Jimin, quien se detuvo a mitad del camino. El viento le revolvió los mechones, la chaqueta prestada ondeó como una bandera de tregua que no existía.

Jungkook respiró, dando un paso adelante. Abrió la boca, pero no tuvo que hablar: su expresión era toda la súplica que un rey podía dar.

—Patito... —murmuró con la voz quebrantada.

Jimin sintió que algo dentro de él se retorecía, como un animal que se niega a morir y Yoongi lo sostuvo por la espalda, susurrando en su oído:

—No tienes que escucharlo si no quieres. Lo hago sacar de aquí, dame la orden, haré lo que sea. Ningún Bratva, ni siquiera el Pakhan manda en terreno italiano.

Pero Jimin negó despacio, tragándose la decepción, la rabia, el amor podrido y dio un paso hacia Jungkook.

Ambos se quedaron quietos, mirándose bajo la lluvia, uno empapado en culpas, el otro empapado en sangre seca. Dos monstruos, dos reyes. Dos amantes que se rompieron más de lo que supieron amar.

Jungkook abrió la boca para hablar... pero esperó, porque sabía que el único que tenía derecho a disparar era de Jimin.

Pero Jimin no habló, él comenzó a acercarse cada vez más.

Despacio.

Dando pasos lentos.

Hasta quedar justo frente a él. Su pecho casi rozaba el de Jungkook cuando levantó la vista y ahí estaba: la furia, el amor, la herida que no cicatrizaba ni con mil litros de lluvia.

Las miradas no mentían, esos dos se adoraban, se querían y de alguna extraña manera; se amaban.

Jimin dejó caer los hombros. La chaqueta de Yoongi se deslizó, quedó colgando en un brazo cuando se inclinó hacia adelante, apoyando la frente contra el pecho de Jungkook. Cerrando los ojos. La lluvia golpeó más fuerte, como si quisiera borrar la sangre del cuerpo de Jimin, como si quisiera borrar los pecados de ambos.

Jungkook alzó una mano, algo temblorosa, apoyándola en la nuca de Jimin, casi sin tocarlo, casi temiendo romperlo más. Ante el contacto, Jimin soltó un sollozo. Un solo sonido ahogado, pegado al corazón de Jungkook.

Yoongi, desde la distancia, cerró los ojos un segundo. No podía gritarle a Jimin que se alejara de Jungkook porque era el menos indicado, porque él también estaba enamorado hasta los huesos de un Bratva, de un Terasov.

—Una semana. —Jimin habló finalmente, su voz salió muy despacio, le costaba expulsar cada sílaba.

El Alfa bajó la mirada, sin entender.

—¿Qué...?

Jimin levantó el rostro, separándose. Sus ojos azules brillaron, hundidos en un rojo de lágrimas y furia:

—Tienes una semana para arreglar todo. Para entregarme la cabeza de Roma, porque lo sabes, mi trilliza...

—Era una sospecha, dudaba de que fuera Italia.

—Pues te doy una semana para poner de rodillas a cualquiera que toque a los Nostro. Si Corvo la encuentra primero que tú, olvídate de lo nuestro.

Su respiración se quebró.

—¿Y si la encuentro? —preguntó Jungkook, con la voz rasgada.

—Te daré otra oportunidad, pero si fallas... yo mismo voy a abrirte el pecho y sacaré con mis dientes el corazón que dices que me pertenece.

—Perdóname —musitó, acariciándole la mejilla, levantándole el rostro hacia arriba, mirándolo a los ojos.

—También tienes que ganarte el perdón de Mirabella, está enfadada y te quiere lejos.

Desde la mansión, se escuchó el aullido de Mirabella.

—¿De verdad me ibas a matar? Si no te detengo con mi voz de mando... ¿Ibas a hacerlo?

—Sí —dijo sin mentir—. Porque tú me entregaste.

—Fui a rescatarte.

—Yo no soy alguien para rescatar, jamás. ¿Lo viste, no?

—Lo vi.



Hasta aquí el capítulo de hoy.

¡Muchas gracias por leer!

¡Nos leemos mañana, tal vez!

Estaré leyendo sus teorías. 

Sígueme en mi canal de wuasaaaappppppp eso por si Wattpad decide que no me quiere en la app, así podrás encontrarme.

*En Instagram y tiktok me encuentras como: **melyliim** (así, con doble i) me encuentras fácil porque el contenido es de mis historias.*



[24] *Terminamos*



—Una semana... —murmuró Jungkook para si mismo—. Ja, en menos de doce horas se la entrego.

Caminó despacio hacia su coche. Abrió la puerta del copiloto, extrajo un móvil reforzado, uno que nunca se apagaba, aunque él sí cayera. Marcó un número. El tono no alcanzó a sonar dos veces.

—Pakhan. —Respondió una voz, grave, llena de respeto absoluto.

Jungkook se sentó al volante, encendió el motor. El rugido del auto casi tapó el trueno que se quebró en el cielo.

—Cierren fronteras. Busquen en Roma a una alfa idéntica a Italia Nostro. —Su voz salió seca, precisa—. Cualquier Alfa que huela a Nostro traidor, cualquiera que la encubra, cualquiera que la ayude... muerto.

Del otro lado de la línea hubo un silencio. Después, la voz replicó:

—¿Viva o muerta?

Jungkook soltó una risa breve, tan fría que empañó el parabrisas.

—Viva. Quiero a esa perra de rodillas. Quiero que la entreguen en una jaula, respirando, suplicando.

Metió primera. El auto se lanzó como un perro rabioso por la avenida empapada. Sus nudillos apretaron el volante hasta que crujieron.

Marcó otro número.

—Sergei.

Taehyung contestó de inmediato.

—Dime que no iniciamos una guerra con los Nostro. —Su voz estaba llena de nervios, todavía podía sentir la imagen de Jimin montado sobre Jungkook, con la furia de una bestia salvaje.

—Reúne a todos. Los Bratva que están en Europa. Quiero rastreadores en cada puerto, cada pista de aterrizaje, cada túnel que salga de Italia.

—¿Y Nostro?

—Nadie toca a Nostro. Luca es mío y Corvo es intocable, después de todo es tuyo, ¿no? —Mordió la palabra como un disparo.

Giró el volante. Las luces de la ciudad se difuminaron mientras el auto se adentraba en la vía rápida. Una fila de motocicletas negras apareció tras él, un enjambre oscuro que lo seguía a la distancia. Sus hombres. Sus lobos. Su familia rusa.

Taehyung guardó silencio un segundo.

—¿Quieres que la capturen... viva?

—Esa perra no muere hasta que Luca esté frente a ella. Hasta que él decida si muerde o perdona.

—Oye... —Taehyung tragó saliva—. No creo que la perdone.

Un relámpago iluminó el rostro de Jungkook por un segundo. Sus pupilas parecían pozos sin fondo, tragándose toda la luz del tablero.

—Por eso la quiero viva.

El silencio volvió a envolver la llamada. Taehyung lo entendió. Lo aceptó. El rugido del motor fue lo único que se escuchó cuando Jungkook colgó. Puso la música del coche. Un

violín comenzó a llorar entre los truenos. Apretó el volante y se relamió los labios partidos al mismo tiempo que el reflejo de Jimin se repetía en su mente como un mantra. Ensangrentado, gritando furioso, maldiciéndolo, golpeándolo... Precioso, una bestia... Su bestia.

—Me darás cientos de cachorros, Patito. —Sonrió enamorado.



Mientras Jungkook devoraba la autopista, dejando atrás la lluvia y el temblor de sus propios pecados, Yoongi se quedó de pie bajo la marquesina de la mansión Nostro, mirando la silueta de su primo desaparecer tras la puerta principal.

Jimin había dejado un rastro de agua y sangre en cada baldosa de mármol, como si su furia todavía supurara por la piel rota. Yoongi encendió un cigarrillo. No dio ni una calada, lo dejó arder en su mano. El humo se mezcló con el viento húmedo de Milán. Su mirada, oscura, se movió como un bisturí de un lado a otro del jardín. Las luces de los autos de los Nostro lo esperaban tras la reja, motores encendidos, hombres listos.

Jackson Wang se acercó primero

—Sottocapo —murmuró, inclinándose lo suficiente para demostrar su respeto—. Dime qué hacemos.

Yoongi soltó el cigarrillo en un charco. El humo se apagó con un siseo. Se arremangó la chaqueta de mezclilla que le había dejado a Jimin, dejando a la vista las cicatrices finas que cortaban sus antebrazos, marcas de promesas y traiciones.

—No vamos a dejar que Bratva se lleve la gloria —masculló, encendiendo otro cigarro. Esta vez sí fumó. Lento, letal.

Taemin apareció detrás, sosteniendo una tablet. En la pantalla, los mapas de puertos, autopistas, carreteras secundarias.

—Artyom Terasov ya bloqueó rutas comerciales —dijo Taemin—. Tiene a los Bratva rastreando cada frontera.

—¿Y? —Yoongi exhaló el humo entre los dientes—. No somos Bratva. Nostro sabe moverse por túneles que Artyom ni siquiera imagina. —Hizo un chasquido con los dedos—. Quiero a la tal Roma respirando, gemela o demonio, me da igual. La quiero de rodillas.

Jackson arqueó una ceja, divertido.

—¿La quieres muerta, sottocapo?

Yoongi lo fulminó con una carcajada seca.

—No. Quiero que Luca la mire a los ojos antes de decidir. —Su pupila chisporroteó como una hoja de acero al sol—. Si alguien pone un dedo de más, se lo corto yo mismo.

Se giró, alzó la voz para que todos sus hombres lo escucharan. Los Nostro formaron una media luna, camuflados entre la bruma que subía de la grava mojada.

—Quiero a cada rata que alguna vez escuchó el rumor de que Italia estaba viva, despierta. Si se esconden en conventos, quemen la capilla. Si se meten en burdeles, compren a cada puta. Si corren, muérdanle los talones. —Tiró el cigarro, aplastándolo con la punta de la bota—. Esa mujer es nuestra antes de que Bratva huela su perfume, ¿me entendieron?

—¡Sí, Sottocapo! —rugió Jackson. Taemin sonrió de lado, ya escribiendo órdenes en la tablet.

Yoongi se giró hacia el portón, alzó la mano, y sus hombres se dispersaron como lobos. Automóviles rugieron al encenderse. Motocicletas, camiones, hasta helicópteros Nostro dormidos: todos despertaron.

El cielo sobre Milán vibró con la promesa de la cacería.

Bratva contra Nostro.

Bestias contra fantasmas.

Ninguno quería la gloria compartida.

Y en el centro de la tormenta: Jimin, esperando.



El vapor de la ducha empañaba el vidrio cuando Jimin abrió la puerta del baño. El frío de la habitación lo envolvió enseguida, pegándose a la piel húmeda, a las gotas que resbalaban por su nuca, atrapándose en el hueco de la clavícula.

Se quedó un momento respirando frente al espejo grande del tocador, necesitaba probar que todavía estaba allí. Las luces suaves de la lámpara acariciaban cada moretón, cada línea rojiza que cruzaba sus antebrazos. Rasguños de uñas, arañazos de lucha. Tatuajes nuevos sobre la piel de un capo demasiado joven y demasiado roto.

Tocó uno de los cortes con la yema de los dedos, contuvo un siseo de dolor. Abrió un frasco de crema cicatrizante, la untó con paciencia: movimientos lentos, casi mecánicos. El ungüento se mezclaba con el aroma de jabón limpio, con el pulso lento de su respiración. Después levantó la vista, mirándose a los ojos en el espejo. Los tenía hinchados, rojos, inyectados de sangre. Bajó la mirada cuando un dolor punzante le mordió el vientre bajo. Un espasmo extraño, agudo, un recordatorio de todo lo que su cuerpo guardaba dentro, todo lo que todavía no decía.

Soltó un suspiro áspero, abrió el botiquín, sacó un blister de analgésicos. Tomó dos sin agua, tragándolos con un amargo que se le quedó pegado a la lengua. Se cepilló los dientes inclinado sobre el lavamanos, mirando cómo el agua arrastraba la espuma, la sangre de la encía rota donde se había mordido de pura rabia horas antes.

Cuando salió del baño, envuelto en una bata blanca, la casa estaba en silencio. Solo el latido de la lluvia golpeando los ventanales. Se dejó caer en la cama, hundió la cara en la almohada, el cabello mojado empapando la funda. Sus ojos se cerraron cansados, demasiado cansados.

Fue cuando la sintió.

Un peso cálido, mullido, subiendo por el colchón. Un par de patas blancas que se acomodaron junto a su costado. El suave jadeo de Mirabella, su loba, su sombra fiel desde cachorro. La loba se acurrucó a su lado, enorme, su pelaje blanco como la nieve, limpio, perfumado con el aroma Nostro. Mirabella apoyó el hocico en su vientre. Gruñó bajo, un sonido suave, una canción de cuna para ahuyentar fantasmas. Jimin, sin abrir los ojos, enterró una mano en su pelaje denso. Hundiendo los dedos hasta sentir la piel caliente, viva.

Su respiración se calmó, lenta, aunque la punzada seguía latiendo, recordándole lo frágil que era bajo toda esa rabia y todas esas coronas.

Mirabella soltó un leve aullido apagado, casi un susurro. Jimin sonrió con la mitad de los labios.

—Mirabella... —murmuró, medio dormido—. No sé qué hacer.

La loba no respondió con palabras, pero bajó las orejas, pegó su lomo fuerte contra su costado. El calor de su cuerpo llenó los espacios fríos que ni la bata ni las mantas podían cubrir.

—Dime algo... —continuó Jimin, con los ojos cerrados.

"Nuestro alfa es un imbécil, pero dime, ¿dónde quieres que lo muerda?"

Jimin soltó una leve sonrisa.

—En las pelotas, por...

Se durmió sin terminar la oración. Mirabella soltó un sonidito tierno y le lamió la mano, despacio, un beso, después se quedó en vela toda la noche. No dormiría, vigilaría a su humano, no podía dejarlo solo y frágil otra vez.



Jungkook dejó su automóvil negro aparcado a media calle del bar rústico. Bajó despacio, cerró la puerta sin hacer ruido. Vestía un traje oscuro, ligero, sin corbata. El cuello de la camisa estaba abierto, la pistola fría le rozaba la cadera bajo la chaqueta. Era casi invisible bajo la penumbra y la neblina que cubría los callejones de Ostia Antica a esa hora.

Sabía que tenía que moverse rápido. Roma estaba allí. Roma, no Italia, pero idéntica hasta en la forma de escupir veneno. No podía permitir que Corvo la tomara primero; los italianos jugaban en casa, conocían cada grieta de cada barrio. Él estaba en territorio enemigo... pero un Alfa Lupus jamás se declaraba perdido.

Siguió a Corvo a pie, pegado a las sombras, a la distancia justa para no ser descubierto. Observaba cada paso, cada giro por callejones antiguos. Corvo caminaba con las manos en los bolsillos, confiado. Tenía a cuatro alfas detrás, armados, pero Jungkook los tenía vigilados uno por uno. Los podía oler incluso desde la otra acera.

No los perdería.

Caminaron así casi una hora, cruzando esquinas, pasando por las ruinas, hasta que Yoongi se detuvo frente a una puerta sin letrero. Un tugurio cualquiera, pero rústico, como todo en

aquella ciudad. Se escuchaba dentro el murmullo de vasos, risas, humo espeso de cigarrillos baratos.

Ahí estaba.

Yoongi entró primero, dejando a sus hombres custodiando la entrada principal. Jungkook esperó unos segundos, midiendo su respiración, luego cruzó la calle y entró también, con la cabeza agachada, invisible entre el gentío.

El bar olía a sudor, cerveza rancia y feromonas baratas. Un local para tipos sin patria ni dueño. Al fondo, en la penumbra, Jungkook la vio. Roma estaba sentada en la barra, bebiendo directo de la botella, tenía las piernas cruzadas, la chaqueta de cuero abierta mostrando un tatuaje en la clavícula izquierda.

Pero no era Italia. *No* .

Yoongi se abrió paso, se acercó a ella. Jungkook, desde la penumbra, lo siguió, de manera ágil entre las mesas.

—Park Aera... —murmuró Yoongi, relamiéndose el labio como un chacal—. Qué gusto verte tan lejos de tu manicomio.

Roma alzó una ceja. Su sonrisa era la de un demonio aburrido.

Pero antes de que Yoongi pudiera decir algo más, Jungkook apareció detrás. Su voz retumbó con la fuerza de la sangre pura, la orden de un Alfa Lupus que ni un Nostro podía ignorar.

—¿Sabes? Ser un Alfa Lupus es agradable. —Jungkook sonrió, los ojos le centellearon—. Así los betas como tú hacen el trabajo sucio y yo me llevo el crédito.

Yoongi giró la cabeza, la rabia incendió sus pupilas.

—Hijo de puta...

— ***Quédate quieto*** —la voz de mando se volvió hierro líquido—. ***No hagas nada para impedir que me la lleve.***

Yoongi tembló. La ira se le quedó atascada en la garganta. Quiso mover un brazo, ordenar algo a sus hombres, pero su cuerpo no respondió. Las órdenes de un Lupus eran una cadena alrededor del cuello. Su lobo interior gruñó, frustrado, pero su cuerpo no se movió. *Nada. Ni un dedo.*

Roma frunció el ceño, pero no tuvo tiempo de burlarse.

Jungkook se acercó, la sujetó del cabello largo y rubio, tiró de ella con un jalón brusco, mientras ella reía a carcajadas.

—Oh, vaya, ¿tan rápido quieres la fiesta? —escupió—. ¿Follaremos, dónde?

Jungkook no respondió. La arrastró por el bar, ignorando las miradas, los murmullos. Un par de tipos intentaron levantarse. Bastó un solo gruñido bajo, esa vibración Lupus, para que se congelaran en sus sillas.

Al llegar a la salida, Jungkook levantó una mano. Desde la acera opuesta, un furgón negro se acercó, neumáticos chirriantes. Dos rusos saltaron del asiento delantero, abrieron la puerta trasera. Jungkook empujó a Roma dentro como si fuera un saco de carne.

Roma soltó un insulto en coreano, sus uñas arañaron el marco de la puerta, pero Jungkook la encajonó con un solo empujón de rodilla.

—Silencio, hoy me perteneces a mí.

Dio una última mirada a Yoongi, que ya había salido del bar, mirándolo sin hacer nada, tenía su mandíbula desencajada, pero no podía desobedecer. El mandato se lo impedía, estaba furioso, esa furia en sus ojos no se podía transformar en acción.

Jungkook subió al furgón. La puerta se cerró de un portazo y el motor rugió alejándose.

Al amanecer, Yoongi empujó suavemente la puerta del cuarto principal. Mirabella, que estaba hecha un ovillo junto a Jimin, levantó el hocico primero, gruñó en silencio. Jimin se removió bajo la manta, pestañeó somnoliento, sintiendo los músculos entumecidos y el sabor amargo de la noche anterior.

Yoongi no esperó a que terminara de desperezarse.

—Despierta, Jimin —murmuró, sin suavidad, aunque su tono llevaba una pizca de alivio.

Jimin abrió los ojos, mirándolo con pereza y un brillo opaco.

—¿Qué hora es...?

—No importa. Encontramos a Roma.

Eso sí lo despertó de golpe. Jimin se incorporó tan rápido que Mirabella gimió, medio aplastada. El joven Lupus lo miró fijo, la bata se le resbaló de un hombro.

—¿De verdad? ¿La encontraste? —preguntó, la voz quebrándose entre incredulidad y miedo—. ¿Tan rápido? ¿Dónde está?

Yoongi frunció el ceño, como si le costara admitirlo.

—La tiene tu novio. Dice que no la va a entregar a menos que bajes a recibirla. Está en el patio, no lo dejé entrar.

Jimin lo miró como si le hubieran arrojado un cubo de agua helada. Se quedó quieto, procesando. El corazón le dio un golpe extraño, ni feliz ni triste, algo a medio camino entre el alivio y una sensación amarga.

—¿La encontró primero que tú? —susurró, frotándose la sien—. ¿Los Bratva son más rápidos que los Nostro?

Yoongi resopló, casi escupiendo veneno.

—La encontré yo. Pero él la tomó. —Gruñó con los colmillos apenas visibles y un leve rubor en las mejillas. No quería admitir que había cedido a la voz de mando de ese alfa, le era vergonzoso sentirse sumiso—. Larga historia. Ve. Dice que si no sales, entrará por ti.

—Qué necio... Vamos, Mirabella. —Suspiró.

Mirabella se estiró, soltó un bufido como diciendo «Mejor lo muerdo yo». Jimin caminó descalzo hasta la puerta, salió al pasillo con la bata arrastrándose detrás. La mansión estaba en silencio, salvo por la vibración de los motores estacionados afuera.

El jardín estaba húmedo por la lluvia nocturna. Entre las luces de los focos, Jungkook se recortaba en una forma perfecta: traje oscuro, manos en los bolsillos, una sonrisa torcida que solo un idiota podría considerar encantadora después de todo.

Cuando lo vio, levantó una mano como si fueran dos amigos cruzándose en la calle.

—Patito —lo saludó, sin pizca de vergüenza.

Mirabella soltó un gruñido tan grotesco que vibró en el pecho de Jimin. La loba avanzó primero, un relámpago blanco que se lanzó directo contra Jungkook. Saltó, lo embistió con fuerza, lo tiró un par de pasos atrás. Jungkook muy apenas alcanzó a mantener el equilibrio cuando sintió las patas delanteras de la loba apoyarse en su pecho, hundiéndolo contra la verja metálica.

Mirabella abrió el hocico, los colmillos brillaron húmedos a centímetros de su rostro. Una baba espesa le goteó sobre la mejilla. Jungkook parpadeó, torciendo una sonrisa agria.

—Oye preciosa, tú y yo somos amigos...

Jimin se cruzó de brazos, con pantuflas y su bata abierta dejando ver la línea fina de su pecho. La brisa fría le erizaba la piel, pero no hizo el menor esfuerzo por detenerla... Ni a Mirabella.

"¡Dile que lo odio!" ladró Mirabella en la mente de Jimin.

Jimin alzó una ceja, suspirando algo aburrido.

—Te odia —informó, como si recitara el clima.

Jungkook soltó una risa corta, su aliento chocó con el hocico de la loba. Extendió una mano, rascándole la oreja con suavidad, aunque su antebrazo temblaba bajo la presión.

—Yo también te quiero, preciosa. Suelta, vamos... Necesito hablar con nuestro Mimi.

Mirabella gruñó más fuerte, los colmillos rozaron su mandíbula. Pero sus orejas se movieron hacia atrás, captando la voz muda de Jimin, su calma, su permiso resignado.

Finalmente, la loba se apartó de mala gana, dejándolo con el traje lleno de pelos blancos y la dignidad apenas pegada a los botones. Jimin ni se inmutó.

—¿La tienes? —preguntó seco, dando un paso más cerca. El frío del suelo le mordía los pies, pero no retrocedió—. ¿Dónde está esa infeliz?

Jungkook se acomodó el cuello de la chaqueta, bajó la mano de la oreja de Mirabella, que seguía gruñendo como un motor diesel.

—En la furgoneta. Sedada, amarrada, viva —respondió, con una sonrisa ladina—. Como me pediste.

—Corvo me dijo que la encontró primero, ¿algo para decir? ¿O vas a mentirme?

—La encontró él. Pero... Usé mis trucos de Lupus para tomarla primero, el que la toma y el que la entrega primero gana, ¿no? —Alzó la mirada de manera descarada, luego se acercó a Jimin.

Mirabella le gruñó.

—Ella ya no te quiere —dijo Jimin, cruzando los brazos.

—Pero tú sí, me quieres bastante. —Dio otro paso hacia Jimin, estirando la mano y acomodándole la bata para dormir, cubriéndole más el pecho—. Buenos días.

—Lo único bueno de este día es que me vas a entregar a esa maldita.

—Ya deja de hablarme como si no me quisieras y dime dónde quieres el regalo.

Jimin respiró hondo. Miró a Yoongi, que había salido detrás de él y se mantenía a una distancia prudente. Después pasó la mano por el lomo de Mirabella, que estaba pegada a sus piernas.

—Llévala al sótano —ordenó, después miró a Jungkook de arriba abajo—. Y luego... te largas.

—Sabes que no me iré hasta verla muerta y escuchar lo que le vas a decir. Intentó matarte.

—Y si yo fuera un omega inofensivo lo habría hecho, estaría muerto. Por tu culpa. —Jimin le dio la espalda—. Llévala al sótano.

Mirabella miró a Jungkook con recelo y le gruñó furiosa, después trotó con elegancia atrás de su humano.

—Alguien se quedará soltero... —canturreó Yoongi acercándose a Jungkook—. ¿De verdad crees que te va a perdonar así de fácil?

—Me lo dijo anoche, que se la trajera y aquí la tengo. —Cruzó los brazos.

—Es una estrella internacional y lo decepcionaste. —Alzó las cejas burlón—. Hay filas de alfas, betas y omegas rogando por la atención de mi primo. ¿Sabes con quién salió la última vez? ¡Un príncipe! El de Arabia, no formalizaron relación porque a Jimin no le gustó que eructara mientras comía.

—¿Jimin salió con un príncipe? Solamente encontré ocho de sus exs... Lo quiero muerto.

—Te dije que no formalizaron. —Yoongi sacudió la mano, caminando hacia la furgoneta—. ¿Y Sergei? Creí que vendría contigo.

—Fue con Mijail a Rusia. —Exhaló—. Shān Hu pasará varios días en la casa nuestra, antes de la boda. Se tuvo que atrasar, pero finalmente será el próximo fin de semana. ¿Ya tienes traje?

—No iré.

—¿No irás? —preguntó Jungkook, caminando junto a él hacia la camioneta.

—Bueno, iré si va mi primo.

—Tiene que ir, será mi pareja de baile. —Sonrió.

—Si va contigo, entonces no voy.

—¿Y no irás con Sergei?

—Me engañó para tu beneficio, Artyom. —Lo miró de reojo—. Tiene que besarme los pies si quiere que vaya.

—Pff, lo hará. Te besaré hasta la suela de los zapatos si es necesario.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque yo lo haría por Luca.

—Pakhan —dijo uno de los hombres de Jungkook cuando estuvo finalmente frente a la furgoneta.

—Abre y bájala —ordenó.

Su hombre lo hizo, abrió la puerta de la furgoneta, Yoongi alzó las cejas al ver a Roma en ropa interior y adentro de una jaula de oro tamaño humano.

—No sé por qué no me sorprende —masculló Yoongi.

. . .

El calabozo principal de la mansión Nostro era un sótano revestido de piedra, con arcos medievales y lámparas bajitas que llenaban de sombras cada rincón. Allí se llevaban a morir traidores, desertores y traiciones vivientes como Roma.

La jaula dorada brillaba al centro, resaltando. Dentro, Roma se mantenía encorvada, la espalda contra los barrotes, la cabeza agachada, la mirada cargada de odio puro. A pesar de las cadenas de plata que mordían su cuello, sus muñecas y tobillos, la Alfa mantenía esa sonrisa torcida que tan bien había heredado.

Frente a ella, Jimin estaba sentado en su trono: terciopelo rojo, patas labradas a mano, respaldo alto que enmarcaba su figura delgada. Una copa de cristal se balanceaba entre sus dedos, llena de un vino tinto que parecía más sangre que licor.

—¿Ves esto? —Jimin habló despacio, su voz rebotó por la piedra, acariciando cada grieta como un veneno dulce—. Un trono real para un heredero real. Para un Nostro digno. —Su sonrisa no era humana—. No como ese cajón de metal que utilizaste ayer.

Roma alzó la mirada. Se rió, ronca, desgarrada, una carcajada que rebotó en la celda como un graznido de cuervo.

—Príncipe... Príncipe de juguete... —escupió entre dientes—. ¿Quieres aplausos por tu sillita brillante? ¿Eso te hace olvidar que te asustaste como un cachorro cuando despertaste en mi bóveda?

Jimin no parpadeó. Levantó la copa, observó la superficie roja danzar con la luz. La bajó, apoyándola en el brazo del trono. Mirabella estaba tendida a su derecha, tenía la cabeza apoyada en sus patas cruzadas, los ojos clavados en Roma y los colmillos apenas visibles.

—¿La bóveda que terminó manchada de sangre? ¿La que terminó con todos tus perros muertos? —Se inclinó hacia adelante, dejando que su voz se afilara como una daga—. Si no morí en tu trampa, ¿por qué parece estar tan segura estando en mi territorio?

Roma se encogió de hombros, tironeando de las cadenas. El metal hizo un sonido áspero.

—Porque te crees superior, pero eres una escoria. Al final no importa cuál de los Nostro reine. Italia... Yo... Da igual, cariño. Los tres somos iguales. —Escupió un hilo de saliva que no alcanzó a salir de la jaula—. Hará falta más que tus coronitas y tu perro faldero para que seas diferente.

Jimin se levantó despacio. Dejó la copa a un lado, bajó los escalones del trono hasta estar justo frente a los barrotes. El olor de Roma, le llenó la nariz.

Se agachó, apoyó una mano en uno de los barrotes, mirándola fijo. Sus ojos azules eran hielo puro.

—¿Sabes qué es lo que me hace diferente a ti, hermanita? —preguntó estirando su dedo índice y haciendo emerger una de sus garras para después pincharse el dedo, dejando escurrir una gota de sangre—. Mi sangre, no soy alfa, no soy omega. ¡SOY UN LUPUS! —rugió.

Mirabella se levantó, caminó hasta la jaula. Apoyó el hocico entre dos barrotes. Roma contuvo el aire, retrocedió un centímetro cuando los colmillos de la loba relampaguearon, rozando su piel. No era miedo... todavía, pero estaba cerca.

Jungkook apareció detrás de Jimin, silencioso como un espectro. Se quedó a su espalda con las manos en los bolsillos, observando la escena con una calma tan calculada que casi parecía orgulloso.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó contra su nuca.

Jimin no lo miró. Sus ojos seguían fijos en Roma.

—No. —Su respuesta fue una sentencia—. Vete. —Jungkook asintió y salió del lugar.

Jimin respiró hondo, sus ojos clavados en Roma.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de este trono? —preguntó, tan bajo que Roma tuvo que inclinar la cabeza para oírlo—. Que desde aquí, decido cuándo acaba tu respiración... y cuándo empieza tu suplicio.

—Hazlo entonces, lobito con tutú, inicia mi suplicio. —Lo retó.

Jimin alcanzó a escuchar a lo lejos la discusión de Jungkook y Yoongi. Así que dejó ahí a su presa, subiendo los escalones del calabozo sin prisa, la bata oscura que se había puesto encima de la pijama arrastraba un poco contra la piedra. A su lado, Mirabella caminaba alerta, su sombra blanca que lo escoltaba entre las antorchas parpadeantes.

—...Te dije que no, Yoongi. La traje yo, la sometí yo. —La voz de Jungkook era un gruñido peligroso.

—La encontró mi gente, Artyom. Si no hubieras usado tu voz de mando, la estaría interrogando ahora mismo. —Yoongi le plantaba cara, la chaqueta de cuero tirada sobre un hombro, los brazos cruzados con arrogancia—. No es tu presa. Es un asunto Nostro.

—Todo lo que toca Jimin es mi asunto. —Jungkook lo dijo sin pudor, la mandíbula marcada, el pulso reventándole una vena en el cuello—. Esa perra intentó matarlo. Es personal.

Yoongi rió por lo bajo, inclinándose apenas hacia adelante.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Desollarla tú mismo y grabar un video? —chascó la lengua, con desprecio—. Necesitamos respuestas, no solo venganza de gánster barato. ¿qué harás? ¿Matar a todas sin preguntar primero? Necesitamos saber su pasado, toda la información necesaria.

—Si tengo que hacerlo, lo haré.

—Qué dramático —bufó Yoongi.

Jimin se detuvo a un par de pasos de ellos, Mirabella pegada a su pierna. Apretó la mandíbula, respiró hondo y dejó que su voz cortara el pasillo de piedra como un látigo:

—¿Quién les dio el derecho de decidir sobre la vida de mi nuevo juguete?

Ambos se giraron al mismo tiempo.

Jungkook se enderezó, sus hombros estaban tensos. Yoongi levantó una ceja, esbozando una sonrisa ladeada como si no tuviera ni pizca de culpa.

—Primo... —empezó Yoongi, intentando sonar razonable—. Solo estamos...

—No. —Jimin lo interrumpió con un gesto de mano. Se acercó hasta quedar entre los dos, un paso delante de Jungkook, un susurro detrás de Yoongi—. Esa cosa que está allá abajo. —Señaló con la barbilla hacia el calabozo—. Es mía. Mía para quebrar, mía para reconstruir, mía para colgarla del cuello si me apetece. Ni tú —miró a Yoongi—, ni tú. —Apuntó con un dedo a Jungkook, tan cerca que casi tocaba su pecho—. Tienen voz ni voto.

—Nunca quise decidir por ti, Jimin. Solo quiero estar cerca cuando la destruyas.

Yoongi soltó una risa seca, divertida, aunque sus colmillos se marcaron un segundo.

—Sí, claro. Muy romántico todo —murmuró, rodando los ojos—. ¿Y si necesita información? ¿Qué vas a hacer, Jimin?

—No tiene nada para decir, ¿no sienten su olor? Sus feromonas están podridas. Esa alfa perdió la cabeza. —Sonrió—. Pienso dejarla colgando en esa jaula, sin comida, sin agua, que se muera lentamente.

»Si le quieren preguntar algo, inténtenlo.

—Ahora que lo pienso hasta acá me llega el aroma de sus feromonas inestables —murmuró Jungkook frunciendo el ceño.

—Buen día para ser un Beta —se quejó Yoongi que no podía percibir el aroma.

—Es lamentable, después de todo era una Park... Otra más, otro miembro de mi familia que apenas conozco y ya se va. —Encorvó los hombros—. Bueno, iré a desayunar, solo he bebido vino y... —Suspiró—. No está bien que eso sea lo primero en mi sistema por la mañana. ¡Vamos, Mirabella.

—Jimin... —Jungkook lo tomó del brazo y Mirabella gruñó.

—Bueno, yo me voy. No quiero estar en medio cuando peleen —dijo Yoongi y se fue.

Jimin sintió la presión cálida de los dedos de Jungkook cerrándose alrededor de su muñeca, por encima de donde un rasguño mal curado todavía ardía. La loba se giró de inmediato con el lomo erizado, gruñendo bajo con esa nota que prometía colmillos si era necesario. Pero Jimin alzó una mano, y Mirabella bajó el hocico, aunque sus ojos seguían fijos en Jungkook como dagas.

—Jimin... mírame —pidió Jungkook, casi en un susurro. Su voz se quebró lo suficiente para que Mirabella girara una oreja, intrigada.

Jimin no quería mirarlo. Pero lo hizo. Sus ojos, aún rojos de la noche anterior, se encontraron con los de Jungkook. El Alfa tenía la respiración pesada, la mirada vulnerable detrás de la máscara de acero.

—Perdóname —dijo por fin. No fue un grito, ni un rugido orgulloso. Fue un murmullo, cada letra le costaba un trozo de garganta—. Por lo que pasó, por Lucien, por lo que planeé, por lo que destruí... por ti.

La palabra *perdóname* se deslizó entre los muros húmedos. Mirabella bajó aún más la cabeza, entendiendo el peso de esa cadena rota. El silencio se volvió casi piadoso. Jimin respiró hondo. Parpadeó lento, las ojeras marcaban la palidez bajo su piel, y aún así, cuando habló, su voz fue firme:

—Sí, te perdono.

Los hombros de Jungkook parecieron aflojarse. Su mano apretó con más fuerza la muñeca, como si ese sí borrara todos los errores. Pero Jimin ladeó la cabeza, abrió la boca y soltó la última daga.

—Pero terminamos.

Jungkook se quedó quieto, congelado. Parpadeó, buscando una grieta en la postura de Jimin, pero no la encontró.

—Espero que nuestra relación quede en pacifismo —continuó, sin bajar la mirada—. Después de todo... ambos somos parte del Metka. Estamos ligados... de otra forma, pero lo estamos.

Jungkook tragó saliva. Soltó su muñeca con la misma delicadeza con la que antes la sostuvo. Mirabella levantó la cabeza y se colocó de nuevo entre ambos, pegada al costado de Jimin.

—Pacifismo —repitió Jungkook, para sí mismo. Su voz estaba áspera—. Bien... pacifismo.

Jimin dio un paso atrás, acomodándose la bata. Mirabella se giró con él, rozándole la mano con el lomo.

—Nos vemos en la próxima reunión del Metka, Pakhan —dijo Jimin con fingida formalidad.

Sin esperar respuesta, se dio media vuelta. Subió los escalones de piedra, dejando atrás sótano... y a un Alfa Lupus que, por primera vez en años, no supo cómo volver a cazar lo que se le escapaba. Mirabella se giró una última vez hacia Jungkook. Gruñó, despacio, enseñándole los colmillos antes de desaparecer tras su humano.



Hasta aquí el capítulo de hoy....

Suavecito, tranquilo, igual que nuestro patito.

¡NOS LEEMOS EN EL SIGUIENTE CAPÍTULO!

[25] *La traición de Mirabella*



Yoongi estaba recargado contra la puerta de hierro, encendiendo un cigarro con la calma de siempre. Cuando vio a Jimin, le sonrió sin mostrar los dientes.

—Te estaba esperando —murmuró. El humo dibujó una serpiente que se deshizo entre los barrotes de la vieja celda.

Jimin pasó de largo, su bata oscura rozaba el suelo húmedo. Mirabella lo siguió a dos pasos.

—Apaga tu cigarro, no quiero humo cerca de mi.

—¿Desde cuando te molesta el cigarro? —cuestionó mirándolo fijo.

Jimin exhaló.

—¿Lo hiciste? —preguntó ignorando la pregunta anterior, observando la puerta cerrada, al otro lado estaba Roma, encerrada en su jaula.

Yoongi exhaló despacio, dejando caer la ceniza al suelo, tirando el cigarro y apagándolo

—Está todo grabado —dijo—. La interrogué todo el día y toda la noche, como pediste. Tres cámaras. Dos micrófonos. No dijo nada que valga la pena. Solo repitió que era la hija de

Luca Nostro. Tu padre. —Hizo una pausa—. Y que era la heredera legítima de los Nostro.

Jimin soltó una risa breve. Miró a Mirabella, que levantó una oreja, atenta. Luego volvió los ojos a Yoongi, que aguardaba su veredicto.

—Bien —dijo Jimin al fin, la voz tan suave que dolía—. Entonces máatala.

Yoongi arqueó una ceja, sorprendido. Sus colmillos asomaron un segundo cuando se pasó la lengua por la comisura de los labios.

—Creí que lo harías tú.

Jimin suspiró, bajando la vista a su propia mano, mirando sus venas azules que estaban hinchadas.

—Yo también —admitió, con fastidio—. Pero... no quiero mancharme las manos con otro Nostro. La última vez tardé muchas noches sin dormir. —Hizo una pausa, sus ojos se velaron con una sombra oscura—. Con Lucien.

Mirabella gimió bajito.

—Además es idéntica a Italia, no podría degollar a alguien que luce igual a ella. Y ahora no puedo darme el lujo de desvelarme —continuó—. No con la competencia tan cerca. Dos semanas. Dos semanas y quiero esas medallas colgando de mi cuello. No ojeras.

—Bien. Haré lo que digas. ¿Quieres que sufra?

Jimin levantó el mentón. Se cruzó de brazos, como un príncipe aburrido.

—Bastante —dictó—. Que sepa que cada minuto es un regalo que yo le estoy quitando.

Yoongi asintió.

—Hecho.

Jimin giró en silencio. Mirabella se movió detrás de él, dejando a Yoongi solo frente a la puerta de la jaula.

—Yoongi —llamó Jimin antes de perderse entre las sombras del pasillo.

Yoongi levantó la cabeza, atento.

—¿Sí?

—Después de esto... limpia bien esa jaula. No quiero rastro de Nostros muertos en mi sótano.

Yoongi inclinó la cabeza, casi como un caballero.

—Por supuesto.

Cuando Jimin se alejó, el silencio volvió a reinar bajo tierra. Excepto por un pequeño clic metálico, el de Corvo abriendo la cerradura, silbando una canción de cuna mientras adentro, Roma temblaba, todavía sin saber que, al fin, se había quedado sin herencia.

Jimin no escuchó los gritos, ni las súplicas de Roma. No quería hacerlo, además, tenía muchísimas ganas de llorar. Pero se contuvo y en lugar de llorar se encerró en su oficina. Abriendo una videollamada con su asistente; Roxane. Quién lo había estado esperando para hacer los ajustes de su traje blanco, Jimin le pidió que esperara, no tenía ánimos para ir con el diseñador, pero hablaron acerca de algunos videos promocionales que haría, entrevistas por si ganaba, otras por si perdía.

Le gustaba más ese mundo, el mundo del patinaje.

Pero no quería dejar el mundo de la mafia porque al final era un monstruo y solamente un monstruo podría reinar a los mafiosos de Italia.



Dos días después...

Toneladas de flores blancas; lirios, gardenias, peonías, rosas. Bloqueaban el vestíbulo. Ramilletes atados con seda plateada subían por las escaleras de caracol, otros cubrían la fuente central, incluso la enorme cabeza disecada de un ciervo lucía una corona de flores en los cuernos.

En cada ramo, una simple tarjeta con letras negras en papel crema: **Para el Omega más bello del mundo. —A.T.**

Mirabella se abrió paso primero, olfateando los pétalos como si buscara dinamita. Soltó un gruñido bajo, rozó un jarrón con el lomo y lo tumbó sin querer. El agua empapó parte de la alfombra persa. Jimin ni siquiera pestañeó.

—De todos los putos gestos teatrales que se le pudieron ocurrir... —murmuró para sí, empujando un arreglo de orquídeas con el pie—. Un jodido mar de flores blancas.

Caminó hasta el recibidor. Allí, entre los sobres de facturas y cartas formales, estaba el sobre de pergamino grueso, cerrado con un sello de cera roja: *Shān Hu y Mijail Terasov*.

La invitación a la boda del año.

Jimin la sostuvo un momento entre los dedos, sintiendo el peso de la tinta dorada. En la parte inferior, casi imperceptible, un post-it doblado que abrió de inmediato.

Solo tres palabras:

Nos vemos pronto. —A.T.

—Hijo de puta. —El papel tembló entre sus dedos.

Subió las escaleras, empujando flores como un emperador ofendido. En su despacho, se sentó en la esquina de su escritorio, apoyó un codo sobre un florero gigante y sacó el móvil. Marcó sin pensarlo dos veces. Un tono, dos tonos. No tuvo que esperar mucho.

—Patito... —respondió esa voz, calmada, irónica, demasiado cerca de su oído aunque estuviera a kilómetros—. Sabía que me llamarías.

—¿Por qué me envías flores?! —escupió Jimin sin ningún saludo, levantándose de golpe. El florero se tambaleó y se estrelló contra la alfombra, liberando un charco de agua perfumada—. ¡Mi casa no es un jodido funeral, Artyom!

Una risa divertida, estalló al otro lado de la línea. Jungkook, su Artyom Terasov, rey de la mafia rusa, ex amante, enemigo íntimo, demonio personal.

—Las envié porque eres lindo —contestó, tan tranquilo que Jimin quiso estrellar otro florero—. Porque tus fans te lanzan flores blancas. Y porque quería que me llamas para reclamar. ¿Cómo estás, patito?

La forma en que pronunció patito le encendió las venas. Jimin giró sobre sus talones, tropezó con una caja de flores aún cerrada. Mirabella, acostada, levantó una oreja, divertida.

—Deja de molestar, Artyom.

—¿Irás a la boda de mi hermano? —preguntó él, ignorando el veneno en la voz de Jimin.

—¿Namjoon? —Jimin frunció el ceño, jugando con el borde del sobre roto.

—Ese mismo. Luca Nostro debería asistir a la boda del líder de las triadas Shān Hu y del segundo al mando de los Bratva. ¿no crees? Sería grosero no ir.

Jimin apretó la mandíbula.

—Asistiré —respondió con frialdad—. Pero no contigo.

—¿Ah no? —su voz descendió un tono, ese que usaba cuando estaba a punto de devorar algo—. Entonces, ¿quién te llevará a la pista de baile, hmm? ¿Quién te va a sostener la cintura cuando suene el vals, patito?

El aire se volvió fuego en la garganta de Jimin. Quiso decirle que se ahogara con sus flores blancas, también quiso colgar. Pero sus labios se movieron antes de que pudiera detenerse.

—¡Mi nuevo novio! —gritó. La voz rebotó por las paredes forradas de madera, asustó a Mirabella que se levantó, alerta.

Al otro lado hubo silencio. Un silencio tan denso que por un instante Jimin pudo imaginar la expresión de Jungkook: *mandíbula tensa, colmillos apenas expuestos, la vena en su cuello latiendo a punto de explotar.*

—¿Qué dijiste? —preguntó Jungkook.

—Dije que iré con mi nuevo novio —repitió, esta vez más oscuro y bajo.

No esperó respuesta. No soportaría escuchar la risa, ni el rugido, ni la promesa de algo peor. Apretó el icono rojo en la pantalla.

Llamada finalizada.

Soltó el móvil sobre el escritorio. Se dejó caer en la silla, exhalando por la nariz. Mirabella apoyó la cabeza en su muslo, sintiendo el pulso acelerado bajo la tela.

Jimin levantó la invitación arrugada, dejándola caer sobre un ramo caído.

Mirabella, a sus pies, levantó la cabeza y lo miró con burla.

"¿De verdad le mentiste?"

—No empieces —murmuró Jimin, frotándose la sien—. No me mires así. Tenía que decirle algo.

La loba soltó un resoplido bajo, burlón, y se levantó para ir a olfatear una de las tantas cajas apiladas alrededor. El aroma era dulce, casi empalagoso: lirios, peonías, gardenias,

orquídeas... flores blancas, toneladas de flores blancas que tapizaban la oficina, la entrada, el recibidor, las escaleras, incluso parte del jardín interior.

—Mi casa no es un jodido funeral... —repitió Jimin en voz baja, la frase aún le vibraba entre los dientes. Luego se sentó sobre el reposabrazos del sofá de su oficina, deslizó el móvil entre sus dedos... pero lo arrojó de nuevo a un cojín. Ni loco lo volvería a llamar.

Se levantó, caminando entre los arreglos como si fueran minas personales. Cada pétalo era un recordatorio de que Artyom Terasov, su Artyom, su Jungkook, siempre encontraría la forma de invadirlo. Incluso cuando decía que lo odiaba. Incluso cuando lo rechazaba.

Salió de la oficina, yendo al exterior de su casa. En el invernadero de cristal, los jardineros amontonaban flores sobre carretillas. Uno de ellos, un beta joven, lo miró con terror contenido.

—Signor Nostro... ¿qué hacemos con...? —Señaló un mar de flores que tapaba la fuente central.

—Quémalas —respondió sin pensarlo. Mirabella, detrás de él, soltó un aullido, riéndose de su drama—. No, no —corrigió Jimin, masajeándose la frente—. Regálenlas. Repartan en hospitales, iglesias, orfanatos... No quiero ni un solo pétalo aquí cuando vuelva a bajar.

Todos asintieron, sudando frío. Era mejor obedecer al heredero Nostro cuando estaba de mal humor.

Jimin regresó a su despacho. Tomó la invitación de la boda, la leyó de nuevo, arrugó el papel, lo tiró a la chimenea, donde ardió despacio entre brasas de leña perfumada. Mirabella se sentó a su lado con la cabeza apoyada en su rodilla. Jimin le acarició la oreja distraído.

—No puedo dejar que me gane —le murmuró a su loba—. No puedo aparecer solo. No después de haberle dicho que tenía un novio.

"¿Vas a ir con un novio?"

Jimin no le dijo nada, él volvió a abrir el celular. Esta vez, buscó un solo nombre y presionó llamar.

No tardó ni dos tonos.

—¿Todo bien?

—Necesito un favor —dijo Jimin, frotándose la frente.

Yoongi soltó un suspiro largo, sabía por el tono de voz que se trataba de su novio. Jimin escuchó el sonido de una cajetilla y un encendedor. Seguro estaba fumando, como siempre

que le llamaba.

—¿Qué hizo Artyom esta vez? —preguntó Corvo, con ese sarcasmo que solo él sabía usar.

—Me mandó flores blancas. Toneladas. Mi casa parece un jodido mausoleo imperial —
espetó Jimin, empujando con el pie un ramo de orquídeas caído.

—Qué romántico —bufó Yoongi, claramente aburrido—. ¿Quieres que se las devuelva...
una por una... dentro de una caja? Puedo ponerle una serpiente de regalo.

—No —suspiró Jimin—. Ya le dije algo peor.

—¿Qué hiciste ahora, Luca?

Jimin se hundió en la silla, mirando cómo se consumía la invitación en la chimenea.

—Le dije que iría a la boda de Mijail... con mi nuevo novio.

Al otro lado hubo silencio. Después, una carcajada suave, rasgada por la nicotina.

—Eres un puto genio, Park Jimin.

—Lo sé —gruñó—. Necesito uno.

—¿Uno de verdad o uno de utilería? —preguntó, divertido.

—Que baile bien, que no se asuste de Mirabella, que se deje fotografiar y que tenga cara de
príncipe para que mi ex quiera arrancarse los ojos cuando nos vea.

Yoongi soltó el humo.

—Estás pidiendo demasiado.

—No puedo aparecer solo. No después de todo —murmuró, cerrando los ojos.

Yoongi resopló.

—Está bien. Déjamelo a mí. Dame veinticuatro horas. Te conseguiré uno tan perfecto que
Terasov querrá matar a todos los invitados.

Jimin sonrió, cansado. Mirabella gimió bajito, acomodándose a sus pies.

—Gracias.

—No me agradezcas todavía. Me debes una botella de Macallan de veinte años —bufó, colgando antes de dejarlo protestar.

"Va a matarlo, a tu novio falso"

Dijo Mirabella.

—Da igual, solo quiero que se retuerza en celos.



El día de la boda:

Jimin se despertó con un mensaje de Yoongi: "*Prepárate. Te lo llevo a las seis.*"

No había más explicación. Ni un nombre, ni una foto. Solo la promesa de Yoongi: "*Si Terasov no se atraganta con su propia lengua cuando lo vea, me corto la mano derecha.*"

A las dos en punto, Mirabella fue la primera en escuchar el motor grave de un Maserati negro estacionarse frente a la entrada de la mansión. Se levantó, erizó el lomo y trotó hasta la puerta. Jimin, que llevaba horas revisando su traje frente a un espejo, exhaló una maldición baja. Se miró al reflejo: perfecto. Ni un solo hilo fuera de lugar.

Cuando la puerta se abrió, fue Yoongi quien entró primero, impecable en un traje elegante... Jimin tuvo que contener un gesto de sorpresa porque creía que no asistiría a la boda, pero por cómo estaba vestido sí iría.

El hombre que lo siguió medía fácilmente un metro noventa, hombros amplios, postura de alguien que había crecido sabiendo que podía comerse el mundo sin despeinarse. Traje gris de corte italiano, reloj de oro pulido, anillos discretos pero caros, y un aroma Alfa tan marcado que hizo que Mirabella gruñera con recelo.

Tenía el cabello peinado hacia atrás, unos mechones sueltos caían apenas sobre su frente. La mandíbula marcada, la barba perfectamente delineada. Ojos oscuros, casi negros, que no pestañearon ni cuando se toparon con la mirada de Jimin.

—Luca Nostro, te presento a Viktor Dragunov. Empresario, magnate del acero, miembro de la Cámara de Comercio Rusa, dueño de media costa del Báltico... y esta noche, tu novio —dijo, palmeando el hombro del Alfa como si lo hubiera comprado en subasta.

Viktor se adelantó, se quitó los guantes de piel negra y tomó la mano de Jimin sin preguntar.

—Un placer, Luca —murmuró, con una voz profunda, calmada, tan grave que se sintió como un retumbo suave en la madera del recibidor—. Corvo me explicó la situación. Estoy aquí para ser... convincente.

Jimin parpadeó, procesando todo. Miró de Viktor a Yoongi y de vuelta.

—¿Qué tan convincente? —preguntó, intentando sonar irónico, pero la voz le tembló apenas.

Viktor sonrió, ladeando la cabeza.

—Lo suficiente para que Terasov considere poner una bala en mi cabeza —respondió sin inmutarse—. Y lo suficiente para que nadie dude de que, tú eres mío.

Mirabella gruñó. Viktor bajó la vista hacia la loba, como midiendo un rival. Bajó una rodilla, extendió la mano, sin miedo.

—Hermosa —murmuró.

La loba olfateó, tensó la mandíbula, pero permitió el contacto porque Jimin le había dicho que lo hiciera, que no asustara al alfa que le ayudaría a montar el espectáculo. Un segundo después, apartó el hocico, aceptando su presencia. Yoongi soltó una carcajada.

—Te dije que sabía manejar fieras —comentó.

—¿Y por qué aceptaste esto? —le preguntó a Viktor, que volvió a ponerse de pie como una torre de mármol.

Viktor sostuvo su mirada. Un destello casi divertido asomó en sus ojos.

—Porque conozco a Sergei, somos amigos —dijo, con una media sonrisa elegante—. Y porque Corvo me ofreció algo que no podía rechazar.

Jimin alzó una ceja, girándose hacia Yoongi.

—¿Qué demonios le prometiste?

Yoongi soltó humo, encogiéndose de hombros.

—Nada que comprometa a los Nostro, Luca —dijo burlón—. Solo un pequeño favor comercial. Él juega a ser tu novio una noche, tú sonríes, bailas y le rompes el ego a ese lobo. ¿Trato?

Jimin inspiró, contuvo la respiración. Miró a Viktor de pies a cabeza. El Alfa arqueó una ceja, sosteniendo su mirada sin pestañear.

—Tendré que besarte —advirtió Viktor.

—Lo sé —murmuró Jimin. Mirabella soltó un ladrido bajo, resignado.

El corazón le retumbaba a ambos, a Jimin y a Mirabella.

—Perfecto —dijo al fin, con un hilo de arrogancia helada que lo salvó de sonar nervioso—. Si Terasov te toca un pelo...

Viktor sonrió, calmado.

—Si Terasov me toca, se le cae cierto negocio en las costas que no quiere perder —respondió, como si realmente no le preocupara que un Alfa Lupus armado hasta los colmillos lo estuviera mirando.

Yoongi aplaudió una sola vez, seco.

—Entonces, niños, ensayen bien la historia de cómo se conocieron, quién se encarga de sostener la copa, quién sonríe primero... y por favor, que alguien le avise a la prensa. Esta boda se va a poner preciosa.

Jimin miró a Viktor. Viktor lo miró de vuelta.



El jet blanco de los Nostro aterrizó suave, casi sin vibrar, pareciera que la máquina supiera quién viajaba dentro y no se atreviera a incomodarlo. Cuando la puerta se abrió, la primera en bajar fue Mirabella, trotando por la escalerilla, la loba no se separaría de Jimin, no volverían a hacerlo. Ambos habían llegado a ese acierto. Detrás de ella, Jimin apareció de la mano de Viktor Dragunov.

Iban perfectamente sincronizados, parecían la pareja imperial de un cuento ruso: fríos, bellos, intocables.

Jimin mantenía la barbilla alta, los dedos enganchados al antebrazo firme de Viktor. No titubeaba, no miraba atrás. Sabía que, en ese momento, alguna cámara le estaría robando una foto. Que alguno de los hombres de Artyom, escondido en un auto negro, estaría informando cada paso.

"Perfecto. Que lo vea, que lo odie."

Decía Mirabella.

El convoy que los llevó al gran salón del Palacio Zaryadye parecía un cortejo fúnebre de lujo: cinco autos blindados, lobos de seguridad, y detrás, una fila de autos oscuros.

Jimin bajó del coche, con Viktor ofreciéndole la mano para sostenerlo, en ese momento todo se detuvo un segundo. Un murmullo suave recorrió la entrada principal: los invitados. Todos giraron la cabeza para ver al heredero Nostro, luciendo radiante... y acompañado. Aunque la mayoría no sabían que se trataba de Luca Nostro, podían ver su belleza, eso no pasaba desapercibido.

Jimin apretó el brazo de Viktor, clavó los zapatos en la alfombra roja y cruzó la puerta principal como si fuera su propia coronación. Al fondo del vestíbulo, Yoongi lo esperaba y cuando lo vio entrar, una sonrisa ladina le arqueó la comisura de los labios.

A su lado, Taehyung, se abalanzó sobre él en cuanto lo tuvo al alcance. Lo rodeó por el cuello y lo besó en la mejilla, dejándole una mancha invisible de sus labios.

—Te extrañé, precioso —susurró Tae, rozándole la oreja con una risa.

Yoongi soltó un resoplido burlón, pero levantó una mano para sostenerle la nuca. Cuando se separaron, Taehyung se giró hacia Jimin, con la sonrisa de un zorro satisfecho.

—Dios bendiga al puto arquitecto que construyó este palacio —soltó, mirando a Viktor de arriba abajo—. Luca Nostro, tú sí sabes hacer una entrada.

Jimin levantó la barbilla con la mirada filosa como un alfiler de hielo.

—Gracias a Corvo que nos presentó —respondió seco. Miró a Yoongi, como quien confirma que un favor fue entregado a la perfección—. ¿Todo bien?

Yoongi encendió un cigarro, ignorando el gesto de Jimin de desaprobación. Mirabella gruñó, recelosa, por el humo.

—Perfecto. Ya está dentro. —Susurró—. Mijail sonríe para todos. Shān Hu no ha soltado su copa en dos horas. Y Terasov... —Hizo una pausa, mientras lanzaba un aro de humo hacia la cúpula dorada—. Artyom está ahí dentro, ardiendo. Literalmente. Se levantó de su mesa cuando escuchó que llegaste.

Viktor soltó una risa apenas audible. Sus dedos se cerraron un poco más sobre la mano de Jimin.

—Voy a gozar esto —murmuró Viktor, divertido, en ruso.

Taehyung carcajeó y se colgó del brazo libre de Yoongi, casi ronroneando.

—Eso sí mi hermano no te mata primero —canturreó Tae.

—No lo hará.

—¿Le contaste todo a Sergei? —Jimin le preguntó a Yoongi.

—Viktor es mi amigo —dijo Taehyung—. Además yo le ayude a mi lindo novio a armar todo esto para que me perdonara por lo de las auroras boreales...

Jimin asintió, respiró hondo, ajustó la postura. Miró a Viktor, que inclinó la cabeza, prometiéndole con los ojos que, pasara lo que pasara, no lo soltaría.

—Entonces vamos a ver —susurró Jimin, casi para sí mismo—, si Artyom Terasov sabe bailar solo.

Juntos, tomados del brazo, cruzaron la puerta. Justo como si fueran los únicos que importaban en la boda más peligrosa de Moscú.

En una de las mesas más cercanas a la pista de baile, Jimin se sentó primero, dejando que Viktor acomodara la silla. Mirabella se acomodó detrás de su silla, echada sobre la alfombra con los ojos alerta, la cola se le movía cuando Jimin se inclinaba a acariciarle la nuca con la punta de los dedos.

Taehyung y Yoongi ocuparon los asientos a su derecha, conversando en susurros irónicos, apostando entre ellos sobre cuánto duraría Jungkook en estallar en celos.

Viktor, a la izquierda de Jimin, cruzó una pierna y descansó un codo sobre la mesa. No hablaba mucho porque sus ojos vigilaban el salón, analizaban cada entrada, cada copa levantada, cada camarero que se acercaba demasiado. De vez en cuando inclinaba la cabeza hacia Jimin, murmurándole algo en ruso que sólo lograba arrancar una sonrisa helada de sus labios.

Entonces, sin que nadie lo anunciara, sucedió.

Una sombra se recortó entre los arcos dorados de la entrada lateral del salón. Artyom Terasov, de pie, impecable en un traje negro como la tinta más antigua. Con corbata, cuello cerrado, pulcro, se notaba que la tela era cara. Miraba fijo. No a Viktor, ni a Yoongi, ni a Taehyung.

Sólo a Jimin.

El Alfa se detuvo junto a una columna con las manos metidas en los bolsillos, el mentón ligeramente inclinado, evaluando una obra de arte, su obra de arte, su omega.

Jimin sostuvo su mirada por un segundo eterno. Después, despacio, deslizó su mano enguantada sobre la rodilla de Viktor, quien captó la indirecta y colocó su mano grande encima, firme, posesiva.

—No bajes la guardia —murmuró Viktor, sin apartar la vista de la copa de vino que giraba entre sus dedos—. Está midiendo cuánto puede soportar antes de arrancarme la garganta.

Taehyung soltó una risita, estirando el brazo para robarle una aceituna del plato a Yoongi.

—Que mire todo lo que quiera —canturreó Tae, divertido—. Hoy no puede tocarte. Le prometimos a Mijail no hacer destrozos en su boda.

—Hacen buena pareja —murmuró Jimin, viéndolo a Namjoon en la mesa central, junto con Seokjin. Recordando que Jungkook le había dicho que su relación no era actuado.

—Igual que nosotros —dijo Viktor.

Jimin parpadeó, giró el rostro hacia Artyom, que seguía inmóvil, parecía una estatua hecha de odio encapsulado.

De manera provocativa y audaz giró la cara hacia Viktor, ladeó la sonrisa y apoyó la frente en su hombro ancho. Viktor dejó la copa sobre la mesa. Subió una mano a la nuca de Jimin, hundiendo los dedos con cuidado, como quien reclama un territorio.

Taehyung escondió una carcajada detrás de su copa de champagne. Yoongi hundió su tenedor en el plato del postre y al otro lado del salón, Artyom Terasov dio un paso hacia adelante. Después otro. Luego se detuvo, masticando su propia rabia, con los ojos fijos en la mano de Viktor acariciando la nuca de su Omega.

Mirabella se irguió cuando sus orejas captaron el leve crujir de los dientes de Jungkook.

"Me está llamando"

Le dijo Mirabella a Jimin.

—¿Qué dices? —preguntó Jimin bajito a su loba.

"Nuestro Alfa Lupus, sus..."

Mirabella se puso de pie, Jimin la miró a los ojos sin comprender mucho sus palabras.

"Suelta a Viktor"

Dijo Mirabella.

—¿Qué?

"Suelta a Viktor"

Repitió.

El gruñido de Mirabella hizo vibrar la mesa. En un parpadeo, la loba se lanzó contra Viktor, sujetándole el antebrazo con una mordida que no atravesó la carne, pero sí lo obligó a soltar a Jimin.

—¡Mirabella! —exclamó Jimin, medio levantándose de golpe, la silla rechinó sobre la alfombra.

Taehyung dejó caer su copa, que rodó por la mesa, derramando champagne sobre el mantel de lino. Yoongi se quedó congelado con el tenedor en el aire.

Viktor no gritó, pero soltó un jadeo ronco, mirando la mandíbula poderosa hundida en su brazo. No peleó contra la loba. Al contrario: levantó la otra mano, rozando la oreja de Mirabella intentando calmarla, aunque sus ojos se clavaron en Jimin, buscando una explicación.

Jimin no alcanzó a darla.

Porque al otro lado del salón, Jungkook ya no estaba junto a la columna.

De pronto, estaba ahí, de pie detrás de Jimin. No hizo ruido al llegar; se deslizó cuál depredador con la sombra pegada a su espalda. Nadie lo detuvo, ni los guardias, ni los testigos. Porque nadie, jamás, detenía a Artyom Terasov cuando iba a reclamar lo que era suyo.

Jimin sintió primero el calor, esa ráfaga helada y ardiente a la vez que lo paralizaba. Luego sintió la mano, firme, brutal, sujetándolo de la nuca, no como Viktor, no como un falso

amante elegante, sino como un Alfa que marcaba a su presa.

Taehyung se llevó la mano a la boca, ahogando una risa nerviosa. Yoongi ni se inmutó; solo empujó el plato lejos, sabiendo que nada de lo que hiciera detendría la tormenta.

Mirabella soltó a Viktor de inmediato. Retrocedió un paso con la cabeza agachada, la cola baja, mostrando sumisión absoluta ante el Alfa Lupus. Un hilillo de sangre escurrió por el puño impecable de Viktor, pero él no hizo un solo ruido. Le sostuvo la mirada a Jungkook, midiendo la distancia dispuesto a morir por su farsa.

—Basta —ronroneó Artyom, su voz grave se escuchó tan cerca de la oreja de Jimin que le erizó cada centímetro de piel expuesta—. Mira lo que provocas, patito. Mirabella no quiere a este... Alfa inferior, no hagamos una escena en la boda de mi hermano.

Jimin abrió la boca para replicar, pero el agarre en su nuca se cerró un milímetro más.

—Suéltame —susurró Jimin, entre dientes.

Jungkook se inclinó, respirándole la coronilla, tragando su aroma entre colmillos apenas visibles.

—Después de tanto sin probarte... ¿y quieres que te suelte ahora?

Viktor se levantó despacio. Se quitó la servilleta del regazo, dejando que una gota de sangre manchara la tela blanca.

—Suelta a Luca —ordenó—. Él es mío.

Los ojos de Jungkook se cruzaron con los de Viktor: la promesa de una masacre latía entre ellos.

—¿Tuyo? —preguntó alzando las cejas—. Iré a la pista de baile, esperaré a mi omega en el centro y... —Soltó la nuca de Jimin—. ¡El primer omega, hombre o mujer que baile conmigo esta noche será mi esposo! ¡Lo juro por mi sangre, lo juro por Los Solntsevskaya Bratva!

Taehyung soltó una carcajada.

—Viktor, no te conviene meterte conmigo. —Lo señaló—. Te prometo un lindo funeral.

Al decir eso, caminó hacia la pista de baile que estaba vacía, pero que pronto comenzaría a ser inaugurada por los novios porque la música estaba por comenzar.

—Mirabella, ¿por qué hiciste eso?

"Sus feromonas, sabes que es nuestro."

—No es nuestro —musitó Jimin.

"¿Y lo que llevas dentro? Yo no fui quien abrió las piernas y se dejó embarazarse. ¡Ahora hazte responsable porque respondí a las feromonas de nuestro alfa por culpa de tu nuevo vínculo con él. ¡Así que no me culpes!"

Gritó furiosa, Jimin la miró a los ojos.

Su loba, su Mirabella...

Ella nunca se molestaba con Jimin.

Hasta ese día.

—Traidora —masculló.

Un susurro eléctrico recorrió a los invitados cuando la orquesta, obediente, cambió de compás: los acordes del primer vals inundaron las paredes doradas. Mijail Terasov, impecable, tomó la mano de Shān Hu, impecable también, con un brocado rojo y negro que parecía sangre viva, y la pista se abrió para ellos.

El silencio se rompió con el roce de sus zapatos de charol sobre el parquet encerado. Giraron una, dos, tres veces, bajo la mirada de docenas de clanes, familias y traidores disfrazados de diplomáticos. La boda más peligrosa de Moscú brillaba.

Cuando el vals de los novios floreció, El Plebe apareció desde el fondo. Su risa, siempre demasiado alta, encendió una segunda ola de murmullos. Se deslizó hacia la pista jalando a Tāio, el líder de los Yakuzas que llevaba el cabello teñido de azul noche, casi tan mortal como él. Bailaban mal, se reían demasiado, pero nadie se atrevía a detenerlos.

Y en el centro, sin moverse, estaba Artyom Terasov. De pie, solo. No tenía pareja, no sonreía, no parpadeaba. Pero miraba hacia la mesa donde estaba Jimin.

Fue ahí cuando Jimin lo escuchó. Sus oídos captaron el veneno envuelto en risas suaves, la forma en que dos Omegas se acercaban entre sí para cuchichear:

—¿Si bailo con Artyom me caso con él?

—Dios, ojalá...

Volvió a enfocar la vista hacia Jungkook y un omega precioso de cabello castaño, piel blanca, mejillas ardientes de ilusión. Dio un paso acercándose a Jungkook con una sonrisa temblorosa, mostrando el cuello, ofreciéndose y extendiendo la mano hacia el Pakhan.

Jungkook ladeó la cabeza asintiendo, bastó eso para incendiar el pecho de Jimin.

No sintió cuándo se levantó. Ni cómo Mirabella gruñó detrás. Solo escuchó la sangre hirviendo como plomo líquido en la base de su cráneo a medida que cruzaba la distancia en cuatro zancadas. El Omega apenas alcanzó a mirarlo.

El golpe fue limpio, certero, bestial. El cráneo se quebró bajo el puño de Jimin como un jarrón de porcelana. La sangre saltó, caliente, tibia, bendiciendo el rostro de Jimin como una máscara carmesí. Un grito ahogado, una copa rota en alguna parte. Los novios se detuvieron un segundo, pero la música siguió, Namjoon no permitiría que se arruinara su boda. Jimin bajó la mano ensangrentada. Observó el cuerpo del omega desplomarse con la cabeza abierta. Después alzó los ojos directo a Jungkook que ya estaba llamando a sus hombres con un ademán de manos para que limpiaran el cuerpo y la pista.

Jimin respiraba como una fiera. Las gotas de sangre le rodaban por la mandíbula perfecta y cuando habló, su voz se ancló hasta lo más profundo del alfa frente a él.

—Mataré a todos los invitados si es necesario aunque Mijail y Shān Hu me odien por el resto de mis días... —jadeó, con los colmillos asomándose y el iris dilatado—. Pero hoy, Artyom Terasov... hoy bailas solo conmigo.

Jungkook tomó del interior de su saco un pañuelo blanco, suspiró, después con la elegancia y lentitud de quien no le teme a la bestia frente a él, limpió las gotas de sangre de su rostro.

—¿Tratabas de hacerme sufrir dándome celos con Viktor? —preguntó mientras lo limpiaba.

—Me salió mal, Mirabella pasó de ser una omega lupus a una omega sumisa de un segundo a otro.

—¿Mal? —Tiró el pañuelo blanco, ensangrentado y tomó la barbilla de Jimin que ya estaba limpia para obligarlo a mirarlo a los ojos—. Sentía que me moría, Patito. No vuelvas a hacer algo como eso, prefiero que me golpees como aquel día, pero no permitas que otras manos toquen tu precioso cuerpo.

—Te lo prometo.

Jungkook suspiró, inclinó la cabeza y besó los labios de Jimin despacio, con amor, con cuidado... Porque era su mayor tesoro y no se permitiría volver a fallarle... Jamás.

—Te amo... —susurró, colocando una mano en su cintura, pegándolo a su cuerpo y comenzando un vals lento a medida que le olfateaba el cuello—. Tanto... Que me duele.



Aquí tienen su actu doble YEEEEIIIII

Me tardé porque con todo eso de PTD andaba vuelta loca, pero aquí tienen mis lobas. 🍷

Mi patito haciendo travesuras: (esta imagen la hizo Sady la rana sandía)



Para las que se quieren unir al grupo, aquí está el qr:



[26] *Nadie toca lo mío*



La música llenaba cada rincón del gran salón. Jimin y Jungkook se movían en el centro de la pista, pareciera que minutos atrás no hubiera muerto un inocente en esa misma pista, todo era alegría y diversión. A pesar de que Seokjin le murmuraba a Namjoon entre dientes que hablaría con Jimin, que no se iba a quedar de brazos cruzados por el espectáculo montado en su maravilloso día.

—No vas a soltarte de mí —murmuró Jungkook, rozándole el lóbulo de la oreja.

—No podría aunque quisiera —respondió Jimin, clavándole las uñas en el hombro a través del saco impecable.

Cerca de ellos, Taehyung giraba entre risas, sostenido por Yoongi. Jimin, en un momento, desvió la mirada y casi se detuvo al ver a su primo. Nunca lo había visto tan... feliz. Yoongi sonreía de verdad, sin cinismo ni reservas, Taehyung le arrancaba las espinas de la lengua con cada carcajada.

—Míralos —dijo Jungkook al notar la distracción de Jimin—. El pequeño demonio domesticó al viejo lobo.

—Se llevan dos años, no le digas viejo lobo a mi primo... —Sonrió—. Él siempre dijo que moriría solo. Míralo ahora... —susurró Jimin.

—A veces el amor encuentra hasta al más terco, soy la prueba viviente de eso.

Mientras tanto, en la esquina más iluminada de la pista, Namjoon giraba con Seokjin entre sus brazos. Seokjin lanzaba pequeñas risas contra el cuello de Namjoon, mientras este le murmuraba algo que lo hacía ruborizarse como un adolescente. Se movían lento, casi sin querer separarse.

Jimin suspiró, apoyando la frente en el hombro de Jungkook.

—Hiciste bien en ordenar que Mirabella fuera llevada a un lugar más tranquilo...

—Lupus la cuidará, ambos estamos dispuestos a morir por ustedes. No te preocupes — contestó bajito—. Tu aroma... Hueles distinto, ¿eso es porque estoy de verdad enamorado?

—¿A qué huelo?

—Más dulce, más cálido, más mío. —Jimin se ruborizó y sonrió siguiéndole el paso lento.

Pero el ambiente perfecto se quebró cuando El Plebe decidió que el alcohol era mejor coreógrafo que cualquier vals. De pronto, se subió a una mesa, entre velas encendidas y copas de champán medio vacías. Comenzó a quitarse la camisa mientras gritaba algo incomprensible, provocando aplausos y carcajadas entre los más borrachos.

Hoseok, que había empezado la noche bebiendo tranquilo, ahora estaba sentado al filo de la tarima, sosteniéndose la cabeza con una mano, tenía la cara roja como una granada madura. Cada tanto intentaba levantarse, pero se tambaleaba y volvía a sentarse, murmurando canciones infantiles para no dormirse.

En medio de ese pequeño circo, Namjoon y Seokjin pasaron de bailar entre sí a observarlo todo, fascinados y un poco resignados a su propia boda caótica.

Cuando la música bajó, Namjoon palmeó a Jungkook en el hombro.

—Ven aquí, hermano, hora de la foto familiar —dijo, con la voz ronca de tanto reírse—. Мамочка quiere un recuerdo con mi esposo... y con nosotros tres.

Taehyung, aún abrazado de Yoongi, jaló al pelinegro hacia el improvisado grupo.

Jimin se quedó quieto, mirando a Jungkook acomodarse junto a Namjoon, Seokjin y la elegante Anikka Terasov, que sonreía feliz porque estaba viendo a sus cachorros reunidos.

Yoongi se plantó a su lado, con la copa en una mano.

—Entonces los dos estamos destinados a lobos rusos —murmuró Jimin, sin pensarlo.

Yoongi soltó un bufido, pero sonrió.

—Sergei es... lo que más amo en esta vida.

Jimin se giró, dolido.

—Creí que lo que más amabas era yo.

—Bueno... a ti no te puedo dar besos, tampoco morderte —se burló Yoongi, dándole un empujón suave en el hombro—. Eso queda para mi alfa.

—Tienes razón —suspiró Jimin, mirando a Jungkook posar para la foto—. No puedo juzgarte. Yo también caí bajo los encantos de un Terasov.

De pronto, la voz de Jungkook retumbó en todo el salón.

—¡Luca, ven aquí! —gritó, señalándolo con una sonrisa salvaje—. Quiero que te tomes una foto con nosotros, serás mi esposo.

Jimin soltó una risa incrédula.

—Entonces que también venga Corvo, pienso casarme con él después —respondió Taehyung, caminando hacia el beta muy sonriente.

Jungkook se echó a reír, echándole un brazo al cuello a Jimin cuando estuvo a su lado, besándole la sien. Anikka veía a Jimin muy atenta, dándole una sonrisa ligera y después también posó para la foto.

El flash iluminó los rostros, congelando para siempre ese instante: Namjoon y Seokjin abrazados, Taehyung sosteniendo la mano de Yoongi con fuerza, y Jimin, atrapado en el brazo de Jungkook.

Cuando la cámara bajó, Anikka Terasov giró hacia Jimin, mirándolo fijamente, sus ojos, aunque azules eran idénticos a los de Jungkook.

—¿Podrías acompañarme un momento, Luca? —pidió, en ruso, aunque su voz era tan clara que Jimin entendió sin necesitar analizarla mucho.

El corazón de Jimin dio un pequeño brinco, sintió a Jungkook tensarse detrás de él. Pero antes de que pudiera responder, Jungkook le soltó la cintura para tomarle la mano y guiarlo hacia Anikka.

—Мамочка —murmuró Jungkook, besando la mejilla de su madre—. Me alegra que conozcas a Luca... **Mi omega** —dijo eso último utilizando su voz de alfa, pero no era una

voz agresiva, era más bien una voz protectora.

Anikka era hermosa de una forma casi sobrenatural: alta, esbelta, la piel clara como la porcelana, el cabello rubio recogido en un moño impecable que dejaba ver la curva de un cuello largo, marcado por un collar de perlas. Parecía más una reina vikinga que una madre de criminales.

Pero cuando sus ojos que aunque eran azules, idénticos a los de Jungkook en cuanto a forma y tamaño se posaron en Jimin, no parecía haber frialdad ni juicio. Solo una ternura tranquila que lo desarmó de inmediato.

—He oído mucho sobre ti —dijo ella, en un ruso pausado, que Jungkook se apresuró a traducir para asegurarse de que Jimin entendiera todo—. Pero nada de eso importa... porque nunca había visto a mi hijo tan enamorado.

Jimin abrió la boca, sorprendido. Quiso contestar algo, pero solo salió un hilo de voz.

—No... No es necesario que me traduzcas, entiendo el idioma —le dijo a Jungkook con las mejillas ruborizadas, después continuó en ruso— Yo... yo también... lo amo, señora Terasov.

Anikka sonrió, en ese instante el hielo se derritió de golpe. Después extendió ambas manos, sosteniendo las de Jimin entre las suyas, cálidas.

—No me llames señora Terasov. Llámame Anikka, или Мама, si alguna vez quieres —dijo con una sonrisa en los ojos—. Quiero que sepas que siempre tendrás un lugar en esta familia, no por el apellido... es porque haces que mi cachorro sea más humano, porque lo haces sonreír. Es difícil hacer sonreír a este lobo.

Jungkook bajó la cabeza, ocultando una sonrisa que era pura vulnerabilidad y apretó la mano de Jimin en silencio..

—Nunca pensé... —susurró Jimin, mirando a Anikka—. Creí que usted me odiaría... que pensaría que soy un error para su familia.

—Oh, cariño —Anikka levantó una mano, acariciándole la mejilla con suavidad maternal—. Solo sería un error si no lo amaras así de fuerte. Pero veo cómo lo miras... y vi lo que le hiciste a aquel omega. —Suspiró—. También sé que eres un lupo. En nuestra tradición existen los destinados, ¿has escuchado hablar de ellos? Creo que tú y mi hijo lo son porque nunca había conocido a otro lupo. —Anikka inhaló el aroma de Jimin con atención—. Tu aroma complementa el de mi hijo, el destino fue quien los unió.

»Todos necesitamos de alguien que nos ayude a dormir en paz y mi hijo al fin ha encontrado a esa persona. Protéjanse siempre el uno al otro.

Jungkook se aclaró la garganta, después se dirigió a su madre.

—Yo lo protegeré, de quien sea —dijo Jungkook—. Vamos, Luca —susurró—. Hora de ir a descansar.

Anikka los vio alejarse, con la mirada orgullosa, sabiendo lo que Jimin ocultaba, era demasiado vieja y astuta como para no notarlo.



—No confíes en las palabras lindas de mi madre —dijo Jungkook estando en el interior de la limusina que los transportaba a su mansión personal—. Está resentida contigo por la muerte de mi padre, era su alfa y una omega hace cualquier cosa para vengar a su alfa. No nos heriría a nosotros porque somos sus cachorros, pero a ti sí.

—Entonces todo lo que dijo fue falso...

—No fue falso, pero trama algo. —Chasqueó la lengua—. Tal vez un atentado, secuestro, matar a alguien querido para ti. Da igual, no va a lograr lastimarte porque estoy contigo. —Tomó las manos de Jimin y le besó los nudillos.

—Eso me hace pensar en Mirabella...

—Mirabella está con Lupus, mi lobo jamás dejaría que nadie la toque. Tranquilo. ¿Estás cansado? —preguntó con voz más bajita.

—No... —respondió Jimin, aunque su pecho subía y bajaba demasiado rápido para ser cierto—. Me pusiste nervioso con eso que dijiste de tu mamá.

—Es para advertirte, todavía eres muy inocente. Letal, pero inocente. Pero para eso estoy yo, para oler las traiciones a kilómetros, descuida, yo me encargo.

Cuando por fin llegaron, reconoció la fachada sin dificultad. Era el mismo lugar donde, meses atrás, Jungkook lo había devorado por primera vez. La mansión donde se había convertido en suyo de verdad. Un guardia abrió la puerta de la limusina. Jungkook bajó primero, y cuando Jimin puso un pie en el frío suelo de piedra, sintió la mano de su Alfa envolver su cintura como una mordaza caliente.

Entraron sin decir palabra. Al cruzar el umbral, Jungkook cerró la puerta y Jimin lo sintió antes de entenderlo: esa ráfaga densa, una presión invisible que se filtraba en cada poro de su piel. Un aroma salvaje, metálico y dulce a la vez, tan pesado que su nuca se tensó, la cabeza le empezó a doler y su estómago se retorció despertando de golpe algo dentro de él.

Feromonas.

Feromonas Alfa.

Feromonas Lupus.

Jungkook soltaba su dominio sin filtros, quería demostrarle a Jimin que era suyo, que era el único alfa que podría tocarlo por el resto de su vida.

—Jungkook... —jadeó Jimin, tambaleándose, apoyándose en la pared, con la palma temblorosa.

Jungkook no dijo nada. Lo miraba al mismo tiempo que se aflojaba la corbata, sus pupilas se dilataron, estaba hambriento. Se había controlado desde que lo miró cruzar la puerta del salón acompañado de Viktor y ya no esperaría un segundo más. Se acercó a Jimin, cada paso liberaba más de esa presión tóxica, tan sofocante que las piernas de Jimin cedieron y resbaló hasta quedar medio arrodillado contra el muro.

Su pulso se aceleró enloquecido.

Un calor líquido empezó a florecerle en el vientre.

Celo.

Era la parte más primitiva de su cuerpo respondiendo de inmediato, abriéndose, suplicando. El perfume del celo omega chocó con la tormenta Alfa que llenaba la casa, envolviéndolos. Jungkook se detuvo frente a él, inclinándose. Sus pupilas eran tan oscuras que no parecían humanas. Se agachó, tomó su barbilla, lo obligó a alzar la cara. El contacto de sus dedos le arrancó un gemido, vergonzoso, pues el mero toque excitó a Jimin.

—¿Recuerdas este lugar? —murmuró Jungkook, pegando la frente a la suya, respirando hondo—. Aquí probé tu cuerpo por primera vez... aquí aprendiste a decir mi nombre de la forma más preciosa que alguien lo ha pronunciado.

El aroma se intensificó. Jimin gimió más, sintiendo la tela de su pantalón pegándose a su piel y se estremeció cuando la lengua de Jungkook rozó su oreja.

—Patito... mírame. —Le ordenó—. Vas a abrir las piernas para mí esta noche. No quiero mentiras, no quiero barreras... Te quiero temblando, marcándome la piel con tus uñas hasta

que sangremos juntos.

Jimin trató de responder, pero otro espasmo lo atravesó desde la nuca hasta la entrepierna.

—Me duele... —susurró, medio suplicando—. Tus feromonas son demasiado... pesadas.

—Así debe ser —ronroneó, inclinándose para morderle el labio inferior—. Así es como me aseguro de que tu cuerpo nunca olvide que eres mío.

Sin dejarlo respirar, lo alzó en brazos. Cruzó la sala enorme sin soltarlo. Cada paso dejaba un rastro de feromonas tan espesas que parecían un veneno dulce. Jimin se retorció entre sus brazos, sintiendo la erección dura de Jungkook golpearle el muslo. Cada latido le arrancaba un gemido pequeño, indefenso. Al llegar a la misma habitación de paredes blancas y sábanas de seda, Jungkook lo soltó sobre la cama. Lo miró, desabrochándose la camisa, dejando caer el reloj caro al suelo sin cuidado.

—Hoy... —dijo, mientras se quitaba la corbata—. Hoy voy a darte una razón para recordarme incluso cuando duermas.

Jimin, tendido sobre la seda, jadeó, abriéndose, entregado al lobo que se lo iba a devorar otra vez.

Jungkook se inclinó sobre él, sin darle espacio para escapar. Le arrancó la chaqueta con un tirón, haciendo que los botones salieran disparados al suelo. Cada caricia era una orden, cada roce, un grillete. Los labios del Alfa bajaron a su cuello, succionando sin piedad hasta dejar marcas púrpura que dolían y ardían al mismo tiempo.

Jimin arqueó la espalda, jadeando entre dientes.

—Jungkook... —gimió—. Cuidado, yo...

Pero no terminó la frase.

Porque la boca de Jungkook se cerró sobre su clavícula, mordiéndola hasta dejar un surco rojo. El dolor le cortó el aliento, y el placer venenoso lo hizo olvidar por un segundo el miedo que se le agolpaba en la garganta.

«Ojalá que esto no le haga daño al bebé...»

El pensamiento cruzó su mente, breve, culpable, y se perdió cuando Jungkook le abrió la camisa por completo, hundiendo la nariz entre su pecho. Respirando como un animal que olfatea a su presa justo antes de devorarla.

—¿Qué querías decir? —gruñó Jungkook, levantando la cabeza. Tenía la boca roja, húmeda, los ojos ardiendo de deseo—. ¿Cuidado qué, patito?

Jimin abrió la boca, pero un gemido roto lo interrumpió. Jungkook deslizó la mano bajo la cintura de su pantalón, lo encontró húmedo, palpitante, y soltó una risa ronca.

—Tan mojado ya... —murmuró, hundiendo los dedos hasta que Jimin se retorció—. Tu cuerpo no sabe mentir. Eres muy malo mintiéndome...

—Jungkook... —gimió otra vez, tratando de contenerse, pero cada toque era una chispa que le incendiaba la espalda, las costillas, el vientre ya sensible.

El Alfa lo obligó a girarse, dejándolo de bruces sobre la seda fría. Tiró de su cinturón, aflojándolo, bajó los pantalones y la ropa interior de un tirón brusco. El aire helado de la habitación mordió la piel expuesta de Jimin justo antes de que la palma de Jungkook lo golpeará en una nalga. Un solo azote fuerte que le arrancó un jadeo ahogado.

—Te voy a abrir tan bien, mi dulce omega... —ronroneó contra su oreja, mientras le apartaba las piernas con una rodilla.

Su voz era puro veneno, pura promesa.

—No... no tan fuerte —susurró Jimin, temblando.

Pero el Alfa lo ignoró. Se inclinó, rozó con la lengua la línea de su columna, probándolo, marcándolo de saliva caliente. Sosteniéndole con una mano la cadera y con la otra guió la punta gruesa y dura de su erección contra la entrada que palpitaba.

—Shh... —Jungkook respiró hondo, olfateando su cuello, los cabellos sudados, la nuca expuesta, su dulce esencia que le fascinaba, que lo volvía loco, que lo volvía más posesivo—. Hoy me vas a suplicar que no me detenga.

Empujó. Despacio, solo lo justo para sentirlo abrirse. Jimin ahogó un grito, sus uñas arañaron la sábana. El ardor lo partía, y dentro de su vientre algo se encogió, era su cuerpo protegiendo algo frágil.

« *El bebé... por favor, que no le haga daño...* »

Jungkook gruñó, empujando más profundo, estirándolo, llenándolo hasta el fondo. Cada centímetro se sentía como un veneno dulce que trepaba por su columna y le robaba el aire. Al estar completamente enterrado, Jungkook soltó un suspiro grave. Besando la nuca sudada de Jimin, lamiendo la piel roja.

—Tan apretado... —murmuró—. Tan perfecto y tan mío.

— *Sí...* —gimió Jimin, con los ojos cerrados con fuerza, mordiéndose los labios para no llorar del ardor, pero usando su voz más primitiva, su voz de omega lupo—. *Soy tuyo.*

La primera embestida lo tomó desprevenido. Jungkook salió casi por completo y volvió a hundirse de golpe, fuerte, sin cuidado, haciendo chocar sus caderas contra la carne suave de Jimin. El golpe hizo que un grito se le escapara sin remedio. El Alfa se inclinó sobre él, tomándolo del pelo, obligándolo a girar la cara para verlo.

—Mírame cuando te follo —ordenó, entre dientes—. No quiero que cierres los ojos.

Jimin abrió los párpados, con lágrimas prendidas en las pestañas. Mirando a Jungkook sobre él, tenía sudor en la frente, la mandíbula tensa, la mirada tan oscura que parecía tragárselo todo. Cada embestida era un latigazo eléctrico que le arrancaba gemidos quebrados. El colchón crujía bajo su cuerpo, marcando el ritmo salvaje de Jungkook, que no frenaba, no suavizaba, no conocía la piedad en ese momento, que quería que el cuerpo de Jimin recordara que el único alfa que podía tocarlo era él y nadie más que él.

—Patito... —ronroneó Jungkook, mordiéndole la oreja—. Si supieras lo que haces conmigo... Te quiero tan lleno de mí que no puedas ni caminar mañana.

Jimin arqueó la espalda, rindiéndose, temblando cuando sintió un espasmo profundo que casi le arrancó un sollozo.

« *Por favor, bebé... por favor, aguanta...* »

El calor, la fricción, las palabras sucias, todo se mezclaba con su miedo. Pero incluso eso se volvía más dulce bajo el peso del Alfa que lo devoraba. Jimin gimió, perdió la voz en un rugido cuando Jungkook lo sostuvo de la garganta, obligándolo a quedarse quieto, a abrirse más.

—No pares... —jadeó Jimin, tembloroso, sucio de saliva, lágrimas y sudor—. No pares, por favor...

—Nunca —gruñó Jungkook, lamiendo una gota de sudor que resbalaba por su sien—. Esta noche... no hay final para ti.

Hundiéndose de nuevo, tan profundo que lo sintió hasta la garganta, lo reclamó de nuevo, sin saber que, dentro de su vientre, una pequeña vida temblaba junto a ellos.

Cada embestida era un trueno entre sus cuerpos, las manos de Jungkook lo sujetaban con tanta fuerza que probablemente le dejarían moretones en las caderas.

Jimin sintió cómo algo profundo en su vientre se contraía y, entre gemidos entrecortados, supo que no aguantaría mucho más así. Su respiración era un temblor débil y sumiso que se

mezclaba con el jadeo grave y posesivo de Jungkook, que lo empujaba sin tregua, con la mandíbula apretada, los ojos oscuros, febriles, fijos en él porque mirarlo fuera lo único que lo mantenía cuerdo.

« No puedo... no puedo dejarlo romperme así toda la noche... »

Dejó escapar un gemido que apreciaba más bien un sollozo, mientras su espalda se arqueaba y sus uñas se enterraban en el pecho firme de Jungkook.

De pronto, se soltó del agarre de hierro. Colocó ambas manos en los hombros del Alfa, empujándolo hacia atrás. Jungkook gruñó, sorprendido por la fuerza de su Omega. Lo dejó hacer, fascinado, cuando Jimin, temblando, se sentó a horcajadas sobre él.

Los muslos de Jimin se abrieron sobre las caderas duras de Jungkook. El Alfa lo miró fascinado porque era la criatura más hermosa y letal que había parido la tierra. Sus manos, enormes, se cerraron en la cintura del Omega, sintiendo la tensión caliente de los músculos, la vibración leve que le recorría la espina. Las mejillas de Jimin estaban ardiendo, tan rojas que parecían a punto de estallar. Miró a Jungkook desde arriba, mordiéndose el labio, sintiendo todavía el ardor de la penetración reciente, la hinchazón, la presión deliciosa.

Jungkook dejó escapar una risa baja, que era semejante a un rugido.

—¿Qué haces, patito? —ronroneó, deslizando las manos por sus caderas sudorosas—. ¿Te crees que puedes domarme?

—No quiero domarte —jadeó Jimin, inclinándose para rozar su frente con la de él—. Quiero... quiero quemarme contigo.

Sin esperar permiso porque nunca lo pidió, se alzó un poco, resbalándose en su dureza palpitante, y luego volvió a hundirse sobre él con un gemido que le sacudió la columna entera. La sensación era salvaje: caliente, áspera, perfecta. Jungkook soltó un gruñido, sus manos lo sujetaron con tanta fuerza, sonrojándose al ser montado por primera vez por su exquisito omega lupus.

—Mírate... —murmuró, entre dientes—. Mírate cabalgándome como un maldito pecado...

Jimin gimió cuando comenzó a moverse, lento primero, probando el ritmo, luego más rápido, desesperado, haciendo chocar sus caderas contra las de Jungkook. Cada vez que bajaba, sentía cómo lo llenaba por completo, cómo rozaba justo donde su cuerpo ardía más. Observando su vientre delgado que era llenado por el delicioso atributo de su alfa.

Los gemidos eran un canto sucio que llenaba la habitación, mezclándose con el sonido carnal, de sus cuerpos que se encontraban sin freno. Jungkook se incorporó un poco,

atrapando un pezón de Jimin entre sus dientes, tirando de él lo suficiente para hacerlo jadear y reírse entre suspiros.

—Tan hermoso... —ronroneó, lamiendo el sudor salado de su pecho—. Tan perfecto, mi omega precioso.

Los muslos de Jimin temblaban, pero no se detuvo. Hundió las manos en el cabello oscuro de Jungkook, tiró de él, obligándolo a mirarlo a los ojos mientras se empalaba una y otra vez, sintiendo que su vientre se tensaba, vulnerable, frágil.

« El bebé estará bien, solo faltan dos semanas para las olimpiadas... y luego todos lo sabrán, aguanta bebé. »

No podía parar, no quería. Cada embestida lo arrastraba más hondo en la oscuridad deliciosa de pertenecerle.

El Alfa, jadeante, se dejó caer de espaldas, pero mantuvo sus manos firmes en las caderas de Jimin, guiándolo, obligándolo a tomarlo entero, una y otra vez. Sus feromonas llenaban la habitación, tan densas que parecían fuego líquido metiéndosele por la garganta.

Y Jimin temblaba, sudoroso, borracho de deseo.

—¿A quién perteneces? —gruñó Jungkook, mirándolo desde abajo.

—A ti... —gimió Jimin, rompiéndose en mil susurros—. Siempre a ti...

—Dime Jimin, ¿qué soy para ti?

—Eres mi alfa, mi alfa lupus. El único.

Jungkook sonrió satisfecho con la respuesta.

Jimin compensó a temblar, el alfa supo que estaba a punto de venirse, Así que se incorporó de nuevo, lo abrazó fuerte contra su pecho, y con una última embestida, profunda, , intenta y brutal, lo dejó caer de lleno sobre su dureza palpitante. El orgasmo se lo tragó entero. Lo hizo gritar contra la boca de su Alfa, sin preocuparse de la culpa ni del miedo, sintiendo que todo en su vientre vibraba con una dulzura ardiente. Aferrándose a Jungkook como si pudiera fundirse con él para siempre... y Jungkook, ese alfa hambriento se no se liberaría a sí mismo tan rápido, por eso continuó por varias horas más, hasta que terminó corriéndose también. Podría aguantar más tiempo, pero terminaría en ese instante porque quería llenar a su omega de su elixir en cuanto antes, porque lo veía agotado y porque tendrían muchas más noches compartidas. Así que le daría tregua por esa noche.

Después de un rato, Jimin se obligó a moverse, sintiendo el ardor punzante en la cadera cada vez que daba un paso. Jungkook, exhausto, estaba tirado sobre la sábana revuelta, con un brazo cubriéndose los ojos, respirando como una bestia que acababa de saciarse.

Jimin tomó su teléfono del suelo, encerrándose en el baño y abrió la regadera. El agua caliente golpeó su piel enrojecida, lavándole el sudor, los restos de saliva y la evidencia de la brutalidad que su propio cuerpo había suplicado. Apoyó la frente en los azulejos fríos, cerró los ojos y dejó que el vapor le despejara la mente. En ese instante el miedo se coló entre sus pensamientos, por eso tocó su vientre plano con una mano húmeda.

«Por favor, pequeño... dime qué estás bien.»

Tomó el teléfono del lavabo y marcó rápido al número de su médico. A esa hora, esperaba que no contestara... pero la voz grave y adormilada del doctor le respondió casi al segundo.

—¿Joven Park? ¿Todo bien?

—Hice... hice algo que no debía —murmuró Jimin, controlando que la voz no le temblara demasiado—. Hubo sexo. Fuerte. Muy fuerte.

—¿Sangras? ¿Te duele algo?

—No... solo estoy asustado.

El médico soltó una risa cansada al otro lado de la línea.

—Un omega lupus tiene vientre de acero, ¿recuerdas? —preguntó—. Lo hablamos en consulta. Tu cachorro está bien protegido. Solo descansa y come bien mañana.

—¿Está seguro?

—Cien por ciento. Si no estuviera seguro de eso no te habría autorizado continuar con las olimpiadas.

—Bien...

—Buenas noches, Jimin. Duerme tranquilo.

Cuando colgó, Jimin dejó escapar todo el aire que llevaba atorado en el pecho. Se quedó unos segundos más bajo el agua, dejando que se llevara la ansiedad.

Y al salir, envuelto solo en una toalla, encontró a Jungkook en la sala de la habitación. El Alfa estaba de pie junto a la mesita, con dos copas de vino rojo en la mano. Su cabello seguía húmedo de sudor, los tatuajes asomaban bajo la bata abierta de seda oscura.

—Para ti —ronroneó, al ofrecerle una copa.

Pero Jimin negó con un leve gesto, acomodándose mejor la toalla en la cintura.

—Bebí demasiado en la boda —se disculpó—. Si bebo más voy a vomitar.

Jungkook arqueó una ceja.

—Bien... entonces me tomo la tuya y la mía.

Sin perder tiempo, se echó ambas copas de vino, una tras otra, mientras mantenía sus ojos fijos en Jimin, como si beberlo a él fuera el verdadero plan. Dejó las copas vacías a un lado y abrió un cajón. Sacando un pequeño frasco de pastillas, ofreciéndolas al omega.

—Deberías tomarte esto —murmuró—. No quiero que me des un susto...

Jimin bajó la mirada, reconoció la etiqueta.

—¿Estas? ¿Son las que me diste el otro día, no?

—Sí, para estar seguros.

Jimin alzó la cabeza, sus ojos azules chispearon.

—Las pastillas anticonceptivas para omegas no funcionan en un lupus —dijo, ladeando la cabeza—. Mi ginecólogo me lo recordó el otro día.

—¿En serio? —Jungkook arqueó una ceja, sorprendido.

—Sí... —Jimin suspiró, se acercó para quitarle el frasco de la mano y lo dejó sobre la mesa, casi con fastidio—. Dijo que es posible quedar encinta sin necesidad de un nudo si lo hago con un lupus. Hay unas pastillas especiales para alguien como yo, son difíciles de conseguir, pero efectivas si se toman a tiempo.

Jungkook soltó un silbido corto, incrédulo.

—Entonces deberíamos tener más cuidado —ronroneó, rodeándole la cintura con una mano para acercarlo.

Jimin se sonrojó, bajando la mirada.

—Sí... —murmuró, dejando escapar un bostezo suave—. ¿Nos dormimos? Tengo bastante sueño.

Jungkook lo besó en la frente, hundiendo la nariz en su cabello húmedo.

—También quiero ducharme, pero no quiero estar separado de ti. —Lo abrazó, inhalando su aroma—. Hasta estoy pensando en mudarme a Italia, ¿me das permiso?

—No... Tienes muchas cosas por atender aquí en Rusia y yo me estoy preparando para las olimpiadas, son en dos semanas. Estaré ocupado todos los días.

Jungkook bufó, pero tomó a Jimin de la mano, guiándolo a la cama.

—Vas a ganar la medalla de oro, eres el mejor patinador.

—Lo sé. —Sonrió al acomodarse en la cama.



Jimin se desperezó con cuidado, sintiendo un leve tirón bajo su ombligo. Se llevó la mano al vientre, recordando cada palabra del médico: "Ventre de acero, Jimin. No temas."

Sobre la mesita de noche, junto a su celular descargado, descansaba una hoja de papel doblada con la caligrafía de Jungkook.

"Patito,

Fui a encargarme de algo con Viktor. No tardes en bajar a desayunar. Volveré pronto.

Te amo.

— ***Tu alfa.***"

Jimin sintió un escalofrío recorrerle la nuca.

—Lo va a matar... —murmuró para sí mismo, dejando que la nota temblara en sus dedos antes de volver a dejarla sobre la mesa.

Se obligó a levantarse. Buscó algo cómodo, un suéter y unos pantalones sueltos, cepilló rápido su cabello y se detuvo frente al espejo para verse las marcas rojiza que le abrazaban el cuello, el pecho y clavículas. Acarició las marcas sintiendo un vuelco de ternura mezclada con miedo.

« *No tardes en volver, Jungkook... por favor, no vuelvas cubierto de sangre...* »

Bajó descalzo, con pasos silenciosos, siguiendo el olor a café recién hecho y pan tostado. Esperaba encontrar la cocina vacía. Tal vez Mirabella roncando bajo la mesa. Pero en su lugar encontró algo que le revolvió el pecho de otra forma.

Yoongi estaba tirado de lado en el enorme sofá frente a la televisión, con un control de videojuego en una mano y una botella de soju medio vacía en la otra. A su lado, Taehyung estaba sentado a horcajadas en el respaldo del sofá, riéndose como un niño mientras apretaba botones de manera habilidosa.

—¡Idiota! —gruñó Yoongi sin apartar los ojos de la pantalla—. ¡Me robaste la espada, maldito zorro!

—Te gané limpio, mi vida —se burló Taehyung, dándole un codazo en las costillas—. Además, dijiste que me ibas a dejar ganar.

—Nunca dije eso. Dije que si ganabas te iba a dejar morderme. Es diferente.

Jimin se detuvo en la entrada, mordiéndose el labio para no soltar una carcajada. La imagen era tan absurda: dos hombres que podían negociar contratos de sangre y tráfico de secretos... ahora peleándose por un videojuego en la sala de una mansión.

—¿Qué demonios hacen? —preguntó, cruzándose de brazos. Su voz sonaba demasiado tierna para su propio gusto.

Taehyung se giró de inmediato.

—¡Jimin! Ven, ven, ven —le hizo señas con ambas manos—. Yoongi está perdiendo como un perdedor profesional. Ven a sentarte conmigo, quiero que veas cómo lo humillo.

Yoongi levantó la botella de soju y le dio un trago largo, sin dejar de mirar la pantalla. Murmuró con voz rasposa:

—Dile a tu cuñado que si sigue burlándose me lo follo aquí mismo para que se calle.

—¡Yoongi! —Taehyung chilló, lanzándole un cojín que Yoongi esquivó de pura pereza—. ¡Pervertido!

Jimin soltó la risa, la primera genuina desde que despertó.

Se acercó, tomó un trozo de pan de la mesa y se dejó caer en una silla junto al sofá, sintiéndose, al menos por un minuto; normal. Como si la sangre, los pactos y las feromonas no existieran. Pero en el fondo, mientras miraba las manos de Yoongi aplastar botones con la misma calma con la que firmaba sentencias de muerte, recordó la nota, sabía que Viktor moriría y la verdad... no podría importarle menos.



El rugido de un viento helado cruzaba el estadio olímpico, vacío, muerto, con sus gradas desiertas y la hierba mal iluminada por un puñado de focos industriales que parpadeaban sobre la cancha. Pareciera que la ciudad entera respirara afuera, conteniendo el aliento para no interrumpir lo que iba a ocurrir dentro.

En el centro del campo, Jungkook estaba de pie. Su silueta recortada bajo una luz cruda que hacía brillar el traje negro, perfectamente entallado, la camisa blanca, sin corbata. Parecía un noble ruso extraviado en un campo de guerra. A cada lado, dos sombras vivientes: Mirabella, la loba blanca de ojos de azules, y Lupus, su lobo negro, erguido, con la cabeza agachada, atento a cada músculo que su Alfa tensara.

Frente a él, Viktor Dragunov permanecía con la espalda recta, las manos en los bolsillos de su pijama. Pero un leve temblor en la mandíbula delataba que no estaba tan tranquilo como fingía. La brisa cortante agitaba su flequillo, trayendo consigo el sonido de la puerta principal del estadio cerrándose.

Jungkook dio un paso adelante.

—¿Creías —comenzó con voz profunda—... que por ser amigo de mi hermano y magnate en Rusia ibas a salvarte de mí?

Los colmillos de Lupus se asomaron.

"Déjame comérmelo, Jungkook."

Jungkook miró a su lobo de reojo.

—Mi lobo quiere comerte, no sé lo que quiere la loba de mi omega porque no puedo escuchar sus palabras, pero estoy seguro de que ella también quiere deshacerse de ti.

Mirabella bufó y pareció asentir.

—Artyom... —empezó Viktor, la voz envuelta en una risa forzada—. No vas a hacer una locura aquí. Si Sergei se entera...

—Sergei no se va a enterar de nada que yo no quiera —lo interrumpió—. Tocaste lo máspreciado que tengo. *Tocaste a mi omega*.

Viktor apretó la mandíbula, alzó la barbilla. Quiso replicar, pero Mirabella dio un paso, clavando sus ojos azules en los suyos. Detrás de ella, Lupus alzó la cabeza, listo para saltar con un solo chasquido de lengua de su humano.

—Fue su elección —escupió Viktor, intentando mantener su voz firme—. No lo forcé, tú lo sabes. Él vino a mí, él me pidió ayuda para ponerte celoso.

Jungkook sonrió. Una sonrisa lenta, sin calidez, la clase de sonrisa que un verdugo dedica antes de bajar el hacha.

—¿Crees que eso me importa? —preguntó—. No debiste prestarte a eso, y ahora tú serás la muestra de que nadie osa tocar a Luca Nostro sin toparse con Artyom Terasov primero.

Viktor abrió la boca, pero no encontró palabras. Los ojos de Jungkook brillaron un segundo a medida que Lupus gruñía otra vez.

—No soy un santo, Viktor. —El Alfa dio otro paso, ahora tan cerca que podía oler el miedo oculto tras la colonia cara—. He matado hombres por deudas de juego, he roto familias por negocios. Pero tocar lo mío... —Se llevó una mano al pecho, justo donde sentía latir su propio corazón—... es la única línea que nadie que se debería atrever a cruzar.

Viktor tragó saliva. Miró de reojo a los lobos. Mirabella se sentó, erguida, como si no lo conociera. Lupus, en cambio, se adelantó un paso, mostrando los colmillos, dejando escapar un hilo de vapor caliente de su hocico abierto.

—Artyom... podemos hablar, podemos...

—No —Jungkook lo interrumpió—. Tú ya hablaste demasiado anoche.

»Ahora es mi turno.

Pero Jungkook no se movió. Él miraba con atención el rostro tenso de Viktor, la gota de sudor que le resbalaba por la sien, las manos apretadas en los bolsillos. El Alfa ladeó la cabeza, con sus ojos de lobo entornados, y soltó una risa burlona.

—No voy a tocarte —dijo—. No pondré una sola mano encima tuyo porque le prometí a Sergei que no lo haría...

Viktor abrió los labios, un atisbo de alivio estúpido asomó a sus ojos, pero se extinguió en el instante en que Jungkook continuó.

—Pero eso no significa que no vayas a morir, ¿verdad?

Del interior de su saco elegante, sacó un pequeño frasco de cristal ámbar. Lo sostuvo frente a sus ojos, admirándolo como si se tratara de un perfume carísimo.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó. Viktor no contestó. Jungkook chasqueó la lengua, divertido—. Feromonas de toro en celo. *Un concentrado puro.*

Se acercó un paso más, tan cerca que el aliento de ambos se mezcló en nubes blancas. Mirabella gruñó suavemente, Lupus tensó el lomo.

—Ellos quedarán encantados con tu olor —murmuró Jungkook, destapando el frasco—. Y se irán encima tuyo.

—No... Artyom, no vas a... —balbuceó Viktor, tratando de moverse de la silla en la que estaba atado, pero el Alfa fue más rápido.

Con un giro seco de muñeca, Jungkook roció el líquido sobre la pijama de Viktor, su cuello, su pecho. El aroma se expandió de inmediato, denso, caliente. Viktor tosió ante el aroma y Jungkook soltó el frasco vacío, que se hizo añicos contra el césped.

—Los toros —continuó, con voz benevolente, voz estudiada, pareciera que estuviera dando una clase de biología mientras sacudía sus manos, limpiándose de la peste—. No distinguen entre presa o depredador cuando huelen algo como esto. Para ellos... —alzó un dedo, lo apoyó en el centro del pecho de Viktor, justo sobre su corazón— ...serás la única hembra en celo en todo este maldito estadio.

Se apartó con un m elegante.

Mirabella dio media vuelta. Lupus se adelantó primero, vigilando como un soldado.

Jungkook caminó hacia las gradas altas. Subió sin apuro, con la espalda erguida. Al llegar a la barandilla, se sentó con calma. Acarició el lomo de Lupus, luego rascó detrás de la oreja de Mirabella, que se acomodó a sus pies como un ángel de la muerte.

A lo lejos, un portón se abrió. Un mugido grave atravesó el campo, después más... Hasta que las sombras se movieron, masivas, llenas de músculo y cuernos afilados.

Viktor miró a Jungkook, temblando como un niño extraviado.

Jungkook le sostuvo la mirada desde la lejanía, sereno, la sonrisa apenas curvada en la comisura de sus labios.

—Eso que siente ese maldito es lo que sentí cuando miré a mi precioso omega llegar de tu brazo a la boda de mi hermano —musitó para sí, jugando con el pelaje suave de Mirabella

—. ¿Qué oculta Jimin, Mirabella? Hay algo que no me está diciendo...

Mirabella bufó, ella sabía que ocultaba a su cachorro, pero aunque pudiera comunicárselo; no lo haría.

Los toros llegaron, la hierba se estremeció bajo su peso brutal. Viktor gritó algo, intentó zafarse de la silla, pero ya era tarde. Los mugidos se mezclaron con un golpe seco, un relincho bronco, la explosión de cuerpos contra un solo blanco empapado en feromonas.

Jungkook respiró hondo, inclinó la cabeza hacia el cielo abierto de Moscú y cerró los ojos, mientras escuchaba el crujir de huesos y el latido de su propia sangre calmándose.

—Nadie toca lo mío —susurró, tan bajo que solo Lupus y Mirabella podrían oírlo.

Y los mugidos llenaron el estadio.



Hasta aquí el capítulo de hoy.

Gracias por leer!

Nos leemos mañana!!

Si la historia te está gustando no olvides votar, comentar y compartir con un amigo!

Eso me ayuda mucho a seguir!

Pd: lo de los toros lo puse porque Luisa mandó un video de toros en España y eso me re inspiró para la venganza del Pakhan.

Sígueme en mis redes por si Wattpad un día me hace desaparecer del mapa 🙄

tiktok e Instagram: melyliim (ese es mi usuario por allá:

Inkitt: MelyLim

Y mi canal de WhatsApp es:



[27] *Promesa de un Lupus*



Jimin dio otro mordisco al pan mientras observaba, medio divertido y medio somnoliento con la escena en el sofá: Yoongi y Taehyung pegados a la televisión, insultándose como niños malcriados cada vez que uno lograba derrotar al otro en su videojuego de samuráis. Al parecer, entre más groserías se lanzaban, más cariño flotaba de fondo.

Dejó escapar una risa, pero esa pequeña explosión de aire pareció despertar algo en su vientre. Sintió un retortijón profundo, acompañado de un escalofrío amargo que trepó desde el estómago hasta su garganta. Tragó saliva, buscando aire, apoyó una mano en la mesa y la otra se llevó a la boca, tratando de contener lo que estaba por salir. Se levantó despacio, intentando no llamar la atención. Fue por un vaso de agua, abrió el grifo, pero antes de poder llenarlo un sudor frío le empapó la nuca.

No llegó al fregadero porque un violento espasmo le dobló el cuerpo y vomitó allí mismo, en la alfombra pulcra frente al sofá, a escasos centímetros de donde Yoongi mantenía el control de mando. El estruendo del vómito cayendo rompió la burla de Taehyung. Yoongi saltó como un resorte, tirando el mando de juego a un cojín y arrodillándose junto a Jimin, que se sostenía apenas de pie, respirando como un pez fuera del agua.

—¡Diablos, Jimin! —exclamó Yoongi, pasando un brazo por su cintura para sostenerlo.

Taehyung se levantó con gesto de fastidio, pero enseguida su instinto de alfa se activó: frunció el ceño, se inclinó un poco y tanteó la frente de Jimin con el dorso de la mano.

—¿Comiste algo malo? Voy a buscar el botiquín, seguro mi hermano guarda algo para el dolor de estómago —dijo, dándole una palmada suave en la espalda antes de dar un paso hacia la escalera.

Pero apenas se acercó, Jimin soltó un gemido bajo. De pronto, un rastro agrio, denso, cargado de feromonas omega, se deslizó en el aire como una nube venenosa. Taehyung retrocedió de inmediato, sintiendo que le ardían las sienes.

—¿Qué demonios...? —musitó, llevándose una mano a la nariz, aturdido—. ¿Qué fue eso?

Jimin se apartó de un manotazo, todavía tembloroso, limpiándose la boca con la manga de la camisa de Yoongi que este se había quitado sin pensarlo para ofrecérsela. Su voz brotó llena de rabia irracional.

—Me das asco —le soltó, mirándolo como si fuese un extraño invasor.

Taehyung parpadeó, dolido, incrédulo. Se volvió hacia Yoongi buscando respaldo, pero el mayor solo negó con un suspiro.

—Jimin, no hables así... —dijo Yoongi, intentando calmarlo, acariciándole la nuca húmeda mientras sostenía la tela contra su boca.

—Defiéndeme, corazón, por favor —bufó Taehyung, intentando sonreír para cubrir la punzada de rechazo que acababa de sentir—. Qué grosera es tu familia, Min Yoongi.

Yoongi le lanzó una mirada cansada, mientras mantenía a Jimin firme, notando un detalle mínimo, que incluso su propio aroma parecía incomodar a su primo. El omega, encinta sin que nadie lo supiera, respiraba entre jadeos, su vientre protegido instintivamente con ambas manos. Su cuerpo ya estaba eligiendo a quién aceptar... y a quién no.

—Voy al baño —murmuró, irguiéndose y avanzando hacia el baño.

Llegó al baño, encendió la luz tembloroso y apenas cerró la puerta, cayó de rodillas frente al retrete. La bilis ardía, amarga con un sabor metálico que le hizo sudar más la frente. Vomitó de nuevo, varias veces, hasta que solo quedó un vacío que lo hizo jadear sobre la tapa fría.

—No estás colaborando conmigo bebé... —susurró, mareado.

Después se sentó en el suelo, apoyando la espalda en la puerta cerrada, sintiendo que el suelo se le movía bajo los muslos, pensando en que lo único que lograría calmarlo era el aroma de su alfa.

—Pero Jungkook no tiene que saberlo todavía... —Bostezó, después se quedó dormido.

Así, luego de haber vomitado, con el estómago revuelto y con la necesidad de tener a su alfa abrazándolo.

En ese momento, la puerta principal se abrió. Jungkook entró junto con Mirabella y Lupus, no parecía que hubiera matado a Viktor momentos atrás. De inmediato sintió el aroma de las feromonas de Jimin, arrugando la frente.

—¿Dónde está Jimin y por qué arrojó ese aroma? —preguntó preocupado.

La loba blanca olfateó el aire, soltó un bufido demasiado agresivo para después salir disparada hacia las escaleras. Taehyung y Yoongi se miraron apenas un segundo, desconcertados.

—¿Qué demonios le pasa a esa loba? —murmuró Yoongi, levantándose al escuchar a Mirabella aullar.

—Tu omega se ha pasado la mañana vomitando —dijo Taehyung, sin rodeos, apuntando con la barbilla a la escalera—. Algo le cayó mal.

Los ojos de Jungkook se oscurecieron al instante. Una tensión eléctrica le crispó los músculos de la mandíbula. Sin decir nada, se desabrochó el saco, lo dejó caer sobre el respaldo de un sillón y avanzó. Lupus soltó un leve gruñido, inquieto, mientras Mirabella gemía arañando la puerta del baño con desesperación.

"¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿El cachorro te hace vomitar? Abre la puerta, quiero entrar."

—A un lado, Mirabella —dijo Jungkook, con voz oscura.

La loba se hizo a un lado, parándose junto a Lupus que seguía bufando bajito.

Jungkook no esperó a que Jimin le abriera la puerta, él la abrió de una patada seca. Se detuvo un segundo en el umbral porque lo primero que vio fue la silueta de Jimin, encogido contra la puerta, dormido a medio sentarse, con la cabeza ladeada sobre su propio brazo. Sus pestañas largas rozaban la piel pálida, el cabello se le pegaba a la frente sudorosa. El retrete seguía abierto, restos de vómito flotaban en agua turbia, impregnando el aire con un olor ácido. Pero lo que más quemó a Jungkook fue la forma en que Jimin, incluso dormido, tenía una mano protectora cubriéndose la parte baja del vientre. *En ese momento sus sospechas se intensificaron.*

Se agachó de inmediato, hincando una rodilla en el suelo frío, ignorando el charco de agua que se escapaba de la tapa. Le rozó la mejilla con el dorso de la mano, la encontró húmeda y ardiente.

—Patito... —susurró, conteniendo un rugido que le vibraba entre los dientes—. ¿Qué demonios estás haciéndome, uh?

Acarició con suavidad la línea de la mandíbula, despejándole el mechón húmedo de la frente. El cuerpo de Jimin reaccionó de forma animal, moviéndose, buscando instintivamente el aroma que más necesitaba. Jungkook soltó feromonas, cálidas, que llenaron el pequeño baño y acallaron el temblor de la loba que seguía olfateando desde la puerta.

—Shh... aquí estoy. —Jungkook presionó un beso en su sien, sin importarle el sudor ni el olor a bilis. Lo levantó con un solo brazo, sosteniéndolo contra su pecho. Jimin soltó un quejido soñoliento que pareció más bien un maullido, después hundió la nariz en su cuello.

—Pakhancito... —murmuró Jimin, mareado, con la voz rota.

—Sí, mi amor. Soy yo. Ya estoy aquí. —Su tono no tenía rastros de suavidad para nadie más, pero para Jimin era un arrullo.

Se giró, encontrándose con Yoongi parado tras la loba. Taehyung asomaba la cabeza desde el pasillo, tragando saliva cuando notó la forma en que Jungkook miraba a cualquiera que osara acercarse.

—¿Qué pasó? —preguntó. La pregunta iba para ambos.

—Vomitó en la sala, dijo que Taehyung le daba asco, después subió a vomitar... No hace mucho de eso. El médico ya viene para acá, llévalo a la cama —dijo Yoongi.

—Dime que no lo preñaste —soltó Taehyung—. El omega de un amigo... Escuché que rechazaba a los alfas que no fueran el suyo a tal grado de vomitar, tal vez...

Jungkook los ignoró. Se ajustó mejor a Jimin contra su pecho, pegándolo como si fuera frágil vidrio caliente. Caminó despacio por el pasillo, seguido por Mirabella, que trotaba a su lado, olfateando cada paso de su humano. Lupus cerraba la marcha.

—No le digan nada a nadie —masculló Jungkook, sin girarse—. Que el médico toque la puerta antes de entrar.

Pasó junto a Taehyung y Yoongi, que apenas respiraron cuando la marea de feromonas alfa les rozó la nuca. En cuanto llegó al dormitorio, acomodó a Jimin sobre la cama, con cuidado. Lo cubrió hasta la barbilla, se sentó en la orilla y apoyó la frente sobre su vientre, dejando escapar un gruñido bajo, que hizo vibrar la madera de la cama.

—¿Qué me escondes, patito? —murmuró, acariciando la curva tibias de su vientre.

—Lo siento —susurró Jimin, avergonzado y se cubrió el rostro con las sábanas.

—¿Qué?... ¿Te estabas haciendo el dormido?

—Bueno, sí me dormí en el baño, pero cuando llegaste y hablaste con los chicos, me desperté.

—¿Qué me escondes, uh? —repitió Jungkook, su voz ronca se quebró entre la ternura y la amenaza que solo él podía mezclar tan bien. Le apartó con suavidad la sábana que Jimin usaba para esconderse. Su omega se removió bajo su palma, tratando de volverse humo y escaparle.

—Nada —susurró Jimin, con la respiración entrecortada—. Solo me sentí mal, ya va a pasar...

—¿Te sentiste mal o te estás sintiendo mal? —insistió Jungkook, inclinándose para rozar la punta de su nariz con la de Jimin. Su aliento estaba caliente, lleno de feromonas tranquilas, un perfume exclusivo para domar a esa criatura asustada que fingía fortaleza bajo las mantas.

Jimin tragó saliva y abrió más los ojos.

—No llames al médico... —pidió en voz baja. Fue casi un ruego, tan suave que Mirabella, recostada a los pies de la cama, levantó las orejas atenta.

Jungkook se irguió un poco, sus manos se posaron a cada lado del rostro de Jimin, encerrándolo entre sus antebrazos fuertes. No había espacio para que huyera.

—¿Por qué no? —preguntó con calma peligrosa—. ¿Por qué no quieres un médico, uh? Vomitaste hasta vaciarte. Rechazaste a Taehyung, a Yoongi... ¿A mí me vas a rechazar también? ¿Qué es lo que le pasa a mi lindo y para nada frágil omega? Es raro verte así de vulnerable.

Jimin abrió la boca, pero en lugar de palabras, exhaló un pequeño quejido que se le quedó pegado a la garganta. Sus manos, temblorosas, se aferraron a la camisa de Jungkook, tirando de él hasta enterrarlo en su pecho.

—No estoy enfermo... —susurró—. No estoy enfermo, Jungkook. Estoy... bien.

El alfa tragó su propia ansiedad, sintió que sus colmillos rasgaban la punta de su lengua por dentro.

—¿Bien? —repitió, con la voz más grave que cualquier trueno—. ¿Entonces qué demonios es esto? —Su mano bajó, acariciando despacio la curva bajo el suéter de Jimin. La tensión

hizo que el omega contuviera la respiración.

Jimin apretó los labios. Mirando la puerta, esperando que Yoongi o Taehyung aparecieran para rescatarlo. Nadie fue, nadie iría. Solo Mirabella dio un suave aullido que se apagó pronto.

—No... No quiero médicos, Jungkook —murmuró—. No quiero agujas, ni pruebas, ni bisturís cerca de mí. Ni de... —Tragó saliva, como si el nombre del secreto se le encajara entre los dientes—. Ni de nosotros.

El alfa, inclinó la cabeza despacio, pegando su frente a la de Jimin. Lo olió profundo, desde la raíz del cabello hasta la piel sudorosa del cuello. Lo olió ahí, justo donde su pulso latía como un tambor nuevo.

Un latido, dos. Uno más, que no era suyo.

Y entonces, entrecerró los ojos.

—Patito... —Jungkook susurró, rozándole la mejilla con la nariz, con un temblor que nunca antes había sentido—. Dime que estoy pensando bien. *Dímelo tú.*

Jimin cerró los ojos, sin fuerzas para negarle nada.

—No estoy enfermo —repitió, después soltó un susurro que parecía sollozo—. Estoy... embarazado, Jungkook.

Mirabella se incorporó despacio, trepó hasta el cabecero y se acurrucó detrás de Jimin, presionando su hocico tibio en la espalda del omega. Lupus, desde la puerta, dejó escapar un gruñido tan bajo que parecía un canto de cuna.

Jungkook no dijo nada más. Solo hundió el rostro contra el vientre de Jimin, respirando, oliendo, besando la tela fina que separaba su boca de esa pequeña chispa nueva. Su voz llegó con un gruñido posesivo:

—Tendremos un... cachorro.

Lo abrazó tan fuerte que Jimin dejó de temblar.

Jimin sintió que la presión de aquellos brazos le devolvía un poco de calor a los pulmones. Tenía las manos atrapadas entre el pecho de Jungkook y su propio vientre, temiendo que la chispa que ahora existía ahí dentro pudiera escaparse si dejaba de sostenerla. Pero entonces, cuando sintió la respiración profunda de Jungkook hundida en su ombligo, supo que no podía dejarlo sin respuestas. Que si alguna vez mereció saber algo, era esto.

Así que acarició torpemente la nuca de su alfa, enredando los dedos entre sus mechones oscuros.

—Jungkook... —susurró, muy bajito, pero bastó para que él levantara la mirada, grave, atento, ruborizado—. Tengo que decirte algo... Todo.

Jungkook gruñó con la frente aún pegada a su vientre. Lo único que hizo fue asentir, sus ojos brillaban casi rojos cuando lo miró.

—Ese día... —empezó, con la voz quebrándose—. Ese día que intentaron matar a Mirabella... yo olvidé ir con el médico. Para asegurarme de que todo estuviera bien después de nuestro primer encuentro. No fui. Olvidé hacerlo. —Se detuvo, sintiendo cómo el peso de la culpa se le quedaba colgado de la lengua—. No fui hasta una semana después, cuando ya era tarde. El médico me dijo que... —Tragó saliva, apartó la mirada un instante, pero Jungkook lo obligó a volver con la punta de su nariz contra su mentón—. Me dijo que las pastillas para omegas no sirven del todo bien en omegas lupus. Que necesitaba una dosis más potente, una que cuesta encontrar...

Jungkook escuchaba sin pestañear. Sus manos envolvían la cintura de Jimin como grilletes vivos.

—Por supuesto que la encontré pronto —siguió Jimin—. Pero ya... ya el bebé se estaba formando. Pensé en... pensé en abortar. Pensé en no decirte nada. Después pensé en decírtelo, porque si alguna vez... —Su garganta se cerró con un ruido húmedo, y cuando habló de nuevo su voz estaba demasiado temblorosa, Jimin estaba al borde del llanto—. Si alguna vez maté a un hijo tuyo, no lo volvería a hacer.

El aire se tensó. Mirabella gimió, Lupus soltó un gruñido bajo desde la puerta.

—Planeaba decírtelo cuando fui a verte a Roma —murmuró Jimin—. Pero pasó lo que pasó. Me enfadé contigo, estaba herido, Jungkook. Me sentí tan estúpido porque me tendiste una trampa, a mí, a tu omega encinta... —Soltó un sollozo breve—. Agendé con un médico para someterme al aborto. Quería hacerlo porque un bebé no merecía tener de padre a un omega asesino como yo, maté demasiados sujetos aquel día.

»Pero yo, un maldito asesino sin escrúpulos no fui capaz de matar algo que... —Sus manos se movieron hacia la nuca de Jungkook, enterrándose en su cabello como raíces de un árbol—. Algo que crece en mi vientre.

»No te quería decir por miedo a cómo reaccionarías. ¿Lo querías? ¿Me dirías que no es un reemplazo? ¿Me obligarías a dejar las olimpiadas?

»Este bebé... Si tú no lo quieres, o si quieres vengarte por lo de Lucien. Aunque te amo, e-estoy dispuesto a matarte con tal de que no lo toques.

El silencio fue brutal. Jungkook permaneció quieto, tanto que únicamente su respiración caliente golpeando la tela del suéter de Jimin era prueba de que seguía vivo.

—No vuelvas a cargar eso solo —dijo, con cada palabra pronunciada como un voto de sangre—. Nunca más. Si alguna vez te fallé... —Su frente volvió a apoyarse en el vientre, con una suavidad brutal—. Si alguna vez lo vuelvo a hacer, mátame. Pero nunca vuelvas a cargarlo solo, Park Jimin.

El omega cerró los ojos, un par de lágrimas saladas se deslizaron hasta perderse en el cabello de su alfa.

—Entonces...

—El pasado quedó atrás —dijo mirándolo a los ojos—. Eres el único merecedor de mi perdón, de mis súplicas, de mi amor y de mi entrega. Mi omega lupus, el único con el que quiero tener cientos de cachorros.

—¿De verdad?

—De verdad... —Inhaló su aroma—. Por eso olías diferente, por eso mi instinto me pedía a gritos tener cachorros contigo. Porque ya se estaba gestando uno.

»Por primera vez no vi claramente algo.

Jungkook se incorporó solo para besarle los labios. Un beso áspero que no fue delicado, pero que estaba lleno de promesas que Jimin se sintió entero, aunque temblara bajo la presión de esa boca.

—Ocultaste bien esto...

—Mmm... Por eso Mirabella me traicionó anoche. Al parecer el bebé la hace serte leal.

—Porque ya me reconoce como su alfa, aunque no haya una marca de por medio.

—El doctor me dijo que llegaría un punto en el que las feromonas alfa me darían náuseas. Hoy que olí las de Taehyung no pude controlarme. Los síntomas ya comenzaron.

—Yo no te doy asco... ¿cierto?

—Eres el único al que quiero cerca. —Colocó ambas manos en las mejillas de Jungkook.

"Seremos papás... pero esta vez..."

Dijo Lupus acercándose a la cama.

—Esta vez lo haremos bien, Lupus —dijo Jungkook.

"Muy bonito todo, pero ese niño no puede nacer siendo un bastardo. Nuestro alfa tiene que pedirnos matrimonio."

Dijo Mirabella y Jimin comenzó a reír.



Un par de días después, la escena era otra. Milán amanecía fría y blanca tras los ventanales de la clínica privada que Jungkook había alquilado entera solo para esa consulta. Dentro, el cuarto olía a antiséptico, a flores frescas que él mismo había ordenado que llevaran a la clínica para que Jimin no se sintiera en un hospital, y a un leve perfume de café que nadie se atrevía a servir sin su permiso.

Jimin estaba recostado en la camilla, con la bata médica abierta hasta la mitad del vientre. Los monitores eran innecesarios, Jungkook solo confiaba en su olfato y en el latido que sentía vibrar cada vez que pegaba la nariz a esa piel tensa, pero el doctor insistía en seguir protocolo.

El omega, algo pálido por los días de mareos, tenía una mano sobre la zona baja de su abdomen y la otra enlazada a la muñeca de Jungkook, quien estaba de pie, de negro riguroso, mirándolo como si cada segundo midiera la distancia entre la vida y la muerte.

El médico, un especialista en biología omega-lupus de la vieja escuela, revisaba las gráficas y asentía con un gesto casi satisfecho.

—Bueno, señor Park —dijo finalmente, con un tono demasiado tranquilo para el gusto de Jungkook—. Lo que tiene que entender es que un omega lupus es anatómicamente diferente de un omega tradicional. Su vientre es fuerte. Los abortos naturales son prácticamente nulos. Para perder una cría tendría que estar sometido a una sobreestimulación física brutal o a una intervención quirúrgica directa. —Acomodó sus lentes, sin notar cómo Jungkook tensaba la mandíbula—. Por tanto, no hay de qué preocuparse. El bebé está a salvo, estable y creciendo bien.

—¿Y puede ir a las olimpiadas? —interrumpió Jungkook.

El doctor se removió un poco, incómodo ante la intensidad de esos ojos oscuros.

—Desde el punto de vista médico, sí. Un omega lupus tiene la capacidad de sostener actividades físicas de alto impacto durante los primeros meses. Deberá estar atento a los signos de fatiga excesiva o golpes directos, pero con vigilancia constante y una alimentación reforzada, no hay ningún impedimento. Mientras esté bajo control, puede competir.

Jimin soltó un suspiro, parte alivio, parte miedo. Jungkook, en cambio, bajó la vista hacia la mano que tenía enlazada a la de su omega, la soltó para meterla en el bolsillo interior de su abrigo. Cuando volvió a sacarla, la fría boca de una Glock se posó sobre la sien derecha del médico.

El doctor se congeló. Incluso Jimin, aturdido por el monitor que pitaba suave, dejó escapar un quejido incrédulo.

—Jungkook... —murmuró un regaño débil.

Pero Jungkook no parpadeó. Su voz fue un cuchillo que atravesó la calma blanca del consultorio.

—Si algo le pasa a mi hijo —dijo, pronunciando cada sílaba como un veredicto de muerte— iré por ti, por tu esposa, tus hijas, tu madre enferma y cada persona que alguna vez te haya llamado por tu nombre. ¿Me escuchaste? —Presionó el cañón apenas un milímetro más, obligándolo a sostenerle la mirada—. Más vale que lo que acabas de decir sea cierto. Más vale que tu ciencia funcione.

El médico tragó saliva, respirando con dificultad.

—Lo juro... —balbuceó, sudoroso—. Señor Jeon, lo juro... está seguro... El niño está seguro...

Jimin le rozó la muñeca a Jungkook, tirando de su manga con suavidad.

—Bájala... —susurró—. No quiero que le hagas daño. Ha sido amable con nosotros.

Los ojos de Jungkook se suavizaron un segundo. Miró a su omega, que seguía cubriéndose el vientre como si pudiera blindar la pequeña vida de todo. Apretó los labios, luego apartó el arma, se inclinó hacia Jimin y rozó su frente con la suya.

—No dejaré que nada te toque —prometió, ronco.

El médico soltó el aire en un suspiro tembloroso, mirando el cañón que ahora apuntaba al suelo.

—Puede vestirse, señor Park —dijo, recuperando algo de dignidad mientras anotaba nervioso en la ficha médica—. El bebé está bien. Pero... por favor, señor Jeon, no vuelva a apuntarme así. Mi corazón no es tan fuerte como el vientre de un omega lupus.

Jungkook soltó una carcajada sin humor, mientras guardaba el arma de nuevo.

—Entonces no me des motivos para hacerlo.

Jimin bajó de un salto de la camilla, la promesa era clara: Podían ser asesinos, lobos, bestias, pero a ese cachorro... nadie le pondría un dedo encima.



Jungkook llegó a Moscú un día después de dejar a Jimin durmiendo bajo la custodia de Corvo, Mirabella, Lupus y un séquito de guardias rusos que ni él mismo permitiría que se acercaran demasiado. El jet privado aterrizó en la pista helada de la Bratva a medianoche, y aunque la mansión estaba en silencio, la tensión era tan densa que sus botas la partían a cada paso. No se quitó ni el abrigo cuando entró. Cruzó los largos corredores decorados con mármol negro y alfombras persas sin mirar a nadie. Dos guardias se apartaron de la puerta doble que daba a la biblioteca. Dentro, solo el chisporroteo de la chimenea y el leve roce de las páginas daban prueba de que su madre seguía despierta.

La encontró exactamente como la recordaba cuando era niño: sentada en el sillón de terciopelo con las piernas cruzadas, bata de seda bordada con hilos de oro y un libro pesado sostenido entre manos finas. Ni siquiera levantó la vista cuando él abrió la puerta. Ni cuando la cerró de un portazo. Jungkook se acercó despacio, con las manos en los bolsillos de su abrigo.

—Uno de tus hombres me seguía, madre —dijo sin rodeos. Su voz no tenía rastro de sumisión; si acaso, era un silbido de amenaza que se deslizaba por los lomos de los estantes repletos de primeras ediciones.

Su madre no levantó la vista de las líneas que leía. Pasó una página con calma exquisita, como si su hijo hablara de la lluvia.

—¿En serio? —musitó, arqueando una ceja con desdén—. Qué curioso.

Jungkook dejó escapar una risa corta. Dio un paso más, inclinándose hacia el lomo del sillón, invadiendo su aire.

—No te acerques a Luca —advirtió, pronunciando cada sílaba con una nitidez cruel, como un bisturí que abre piel—. Ya lo sabes, ¿cierto?

La mujer detuvo la lectura por fin. Cerró el libro despacio, marcando la página con un fino dedo esmaltado de rojo. Entonces levantó el mentón, lo miró a los ojos, los mismos ojos que Jungkook le heredó, solo que en ella nunca se enturbiaban de calor: siempre eran hielo.

—¿Luca? —repitió con un leve susurro burlón, saboreando el nombre—. ¿Su nombre no era Park Jimin? —Su lengua partió el silencio como una daga. Jungkook apenas pestañeó, pero sus colmillos rechinaron detrás de sus labios sellados—. Por supuesto que se su nombre, me lo dijo Taehyung cuando me mostró sus videos dando piruetas porque después de todo seremos familia. ¿No dijiste que te casarías con ese omega en la boda de Namjoon?

—No vuelvas a pronunciar su nombre —dijo, acercándose un poco más, hasta que su sombra cayó sobre el libro cerrado—. No vuelvas a pronunciarlo, madre. No mientras respire.

Ella ladeó la cabeza, un brillo de interés retorcido bailó en sus pupilas claras al mismo tiempo que una sonrisa felina se estiraba en sus labios finos.

—Ah, mi niño... —canturreó, como si siguiera hablándole al pequeño príncipe que gateaba entre estos mismos muros—. Qué fácil es mover tus colmillos, pero qué frágil se vuelve tu garganta por un vientre lleno. Al final resultaste ser un alfa predecible.

El alfa soltó una carcajada que no contenía ni una pizca de risa real. Se incorporó despacio, sacó un cigarrillo de la chaqueta y lo encendió sin apartar la mirada.

—No soy frágil —dijo, exhalando humo por la nariz como un dragón paciente—. Pero tú... —Se inclinó otra vez, hasta que sus narices casi se rozaron—. Tú sí lo serás si lo tocas. Si me fallas, no habrá Bratva suficiente para esconder tu cabeza, madre.

Ella mantuvo la sonrisa, aunque su mano se crispó un segundo sobre la cubierta del libro. Luego lo soltó, se reclinó, dejando claro que su juego seguía abierto.

—Entonces no me falles tú primero, lobito —murmuró, volviendo a abrir el libro como si nada—. Y venga a tu padre como es debido.

—Papá murió por mi mano, si te quieres vengar de alguien aquí estoy; frente a ti. ¡Golpéame, torturame!

Jungkook apagó el cigarro en la madera antigua de la mesa. Dejó la quemadura como testigo y se giró para marcharse, lanzando una última palabra por encima del hombro:

—Eso si es que puedes.

La biblioteca volvió a respirar un silencio casi reverente cuando Jungkook se marchó. El chisporroteo de la chimenea parecía burlarse del vacío que dejaba su hijo, pero la mirada de Anikka Terasov ardía más que esa chimenea.

Ella mantuvo la vista fija en la línea que había marcado con el dedo, aunque sus ojos no leían nada. Durante un segundo, la comisura de su labio se alzó en una mueca torcida, a medio camino entre la satisfacción y el desdén.

Sin apartar la mirada del fuego, deslizó una mano bajo la mesa baja de ébano y sacó un delgado teléfono de carcasa negra, uno que utilizaba para asuntos que no quedaban registrados en ningún archivo familiar.

Pulsó la pantalla, sus dedos finos bailaron sobre las teclas. Ninguna emoción cruzó su rostro mientras escribía:

" Lo haremos el día de las olimpiadas. Compra todas las entradas y..."

Se detuvo un instante, inclinando la cabeza, saboreando una palabra que brillaba venenosa en la punta de la lengua. Sus uñas repiquetearon contra la tapa dura del libro abierto, entonces escribió la frase final, bajando un poco la barbilla como si conversara con un fantasma.

"...¿seguro que eres un alfa lupus?"

Pulsó Enviar. La pantalla mostró un check azul que se perdió entre el reflejo danzante de las llamas.

Anikka cerró el libro de golpe. El retrato de su esposo muerto, colgado junto a la estantería, parecía observarla con esa misma mueca que su hijo acababa de heredar. Ella le sostuvo la mirada de óleo a óleo.

—Oh, mi precioso alfa... —murmuró, dejando el teléfono sobre el brazo del sillón—. No tienes idea de cuán profundo puedo hundir los colmillos cuando de verdad quiero algo y lo que más anhelo es vengar tu muerte para poder echarme a morir en paz.

Se puso de pie, alisó la bata de seda con un gesto elegante y avanzó hacia la ventana alta que daba a los jardines congelados. Detrás del cristal, los guardias de la Bratva marchaban y ella sonreía porque Luca Nostro pronto sabría de qué estaba hecho un Terasov cuando decidía aplastar un corazón... o dos.



Taehyung se estaba secando el cabello húmedo con una toalla blanca cuando la puerta de su habitación se abrió de golpe, retumbando contra la pared con un estruendo que hizo vibrar los marcos dorados. Ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar cuando Jungkook cruzó el umbral invadido de furia.

—¡Jung...! —empezó a protestar, pero la frase murió en su garganta cuando el primer puñetazo le abrió el labio.

Taehyung retrocedió un paso, tambaleándose, logrando mantener la toalla en su cintura con dificultad. No tuvo respiro: el segundo golpe, directo en la mejilla, le hizo morderse la lengua. Un hilo de sangre tibia se mezcló con el agua que aún le goteaba del cabello.

—¡Le dijiste a madre el nombre de Jimin! —escupió Jungkook, con la voz desgarrada entre un gruñido de alfa y un rugido de hermano traicionado. Tenía los puños tensos, tan blancos que sus nudillos parecían de mármol.

Taehyung apoyó una mano en el marco de la puerta del baño, respirando agitadamente. Alzó la vista, todavía sin ceder ni un milímetro en la altivez de su mirada.

—Lo hice porque será tu esposo —escupió con fiereza, la sangre le resbalaba por la barbilla.

Jungkook soltó una carcajada hueca, un sonido filoso. Dio un paso más, invadiendo el espacio de Taehyung, sujetándolo por la mandíbula con una fuerza que casi le disloca el cuello.

—¡Madre quiere matarlo! —escupió cada sílaba, tan cerca que la respiración caliente le nubló los ojos a Taehyung—. ¿Sabes en qué posición me pone eso?! ¿Sabes lo que significa que ahora sepa su nombre?!

Taehyung soltó una risa amarga, ahogando un quejido cuando sintió la presión de los dedos de su hermano mayor marcándole la mandíbula.

—¿Y qué querías? —replicó, sin apartar la mirada—. Yo no sabía que se complicarían las cosas. Le dije su nombre antes de que muriera papá, antes de que lo mataras.

Jungkook lo empujó contra la pared con un gruñido feroz. El golpe sacudió una de las lámparas, que tintineó débilmente. La toalla de Taehyung casi se deslizó de su cintura, pero ni se molestó en sostenerla; su orgullo era más grande que cualquier pudor.

—Si algo le pasa —jadeó Jungkook, pegando la frente a la de su hermano menor, las respiraciones chocaban—. Si madre le pone un dedo encima... Si por tu lengua floja le sucede algo a mi omega, Taehyung... Te juro que tú mismo vas a cavar la tumba de nuestra madre.

Taehyung tragó saliva, respirando por la boca, con un hilo de sangre aún colgando de su labio partido. Y aun así, sostuvo la mirada como si quisiera incendiarlo.

—No te atreverías a matar a nuestras madre...

—Pruébame y verás de lo que soy capaz, hermano.

El silencio que siguió dolió más que los golpes. Jungkook lo soltó de golpe, como si la piel le quemara las palmas. Dio un paso atrás, respirando por la nariz. Taehyung deslizó la mano por su labio herido, mirándolo con una media sonrisa torcida, cansada.

—¡Rompiste el Metka! —gritó—. Más de una vez.

—¿Me lo dices como Taehyung, o me lo dices como Sergei?

—¡Te lo digo como ambos! —Dio un paso hacia enfrente, encarándolo—. Lo rompiste cuando mataste a Luca Nostro, lo rompiste cuando mataste a esos Yakuzas con tal de ocultar el secretito de Lucien, lo rompiste cuando mataste a Padre y lo rompiste cuando dejaste que capturaran a Jimin en Roma.

»Todas esas veces fueron por asuntos personales, eso te convierte en un traidor.

—¿Y quién además de tú, Mijail, Corvo y Jimin lo saben? ¡Nadie! —rugió.

—Si le pones... —Se acercó a Jungkook, tocándolo con el dedo índice en el pecho—... Un solo dedo encima a madre; abriré la boca.

—¡Aplausos al hijo del año! —Jungkook comenzó a aplaudir—. ¿Qué harías si madre amenaza a Corvo? ¿Lo dejarías morir?

—No la mataría.

—Dime, Jeon Taehyung. ¡¿Lo dejarías morir?! —cuestionó en un grito envuelto en su voz de alfa Lupus.

—Tal vez lo dejaría morir. Yo no podría lastimar a madre.

Pronto sintieron el aroma de Namjoon, él acababa de llegar a casa junto con Seokjin y al escuchar los rugidos del par decidió subir a la habitación de Taehyung.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué pelean? —preguntó Namjoon, cruzando sus enormes brazos.

—Dime, Nam —dijo Jungkook sin dejar de mirar a Taehyung—. Si madre amenaza con matar a tu omega, ¿qué harías?

—Lo impido, por supuesto —contestó.

—¿Y si madre está decidida a matarlo? ¿La matarías?

—Pues... —Namjoon tragó saliva—. Amo a madre, pero mi omega... Nadie lo toca.

—¡Bingo! —Jungkook volvió a aplaudir, lento y pausado—. Jeon Taehyung no nos entiende porque se revuelca con un Beta. Él no entiende el sentimiento, no entiende de lo que es capaz de hacer un alfa por su omega.

—¿Me dicen ya lo que está pasando o tengo que adivinar?

—Jungkook quiere matar a madre.

—No quiero matarla. Dije que lo haré si sigue con su plan de querer lastimar a Jimin, ¿sabes lo que me dijo este imbécil? —le preguntó a Namjoon—. Dijo que me acusaría por mis crímenes dentro del Metka. ¡Mocoso insolente! —Rugió—. Entrégame tu puta arma, Sergei.

—Creo que podemos hablar esto con más calma y, —comenzó Namjoon.

—¡Dame el arma! —gritó Jungkook.

Taehyung suspiró, después fue hacia su cajón en donde guardaba el arma dorada, aquella que le entregaron como símbolo al ser el Brigadier de la Solntsevskaya Bratva. Luego se la entregó a Jungkook.

—Estás siendo demasiado duro con él —dijo Namjoon.

—De hecho, padre y madre fueron demasiado blandos con él —contestó Jungkook—. Mejor dicho, tú y yo nos sacrificamos en vano. Debimos dejar que viviera lo mismo.

—¿De qué hablas? —preguntó Taehyung.

—Sergei Terasov. A partir de hoy quedas fuera de tu cargo como Brigadier de la Solntsevskaya Bratva, y cualquier roce dentro de la mafia —dijo Jungkook con rudeza—. Cualquiera que se atreva a tenderte la mano, seguir tus órdenes, o estar de tu lado pagará con sangre, ¿comprendes?

—¿Lo haces para que no cuente tu secretito? —Alzó las cejas—. ¿Tanto miedo te di?

Jungkook iba a golpear a Taehyung de nuevo, pero Namjoon le sostuvo el brazo.

—Cálmate —dijo Namjoon.

—No quiero matarlo también —le dijo a Namjoon en un susurro, mirándolo de soslayo—. A ninguno de ustedes, así que no se metan conmigo, ¿de acuerdo?

Cuando Jungkook se giró, se encontró con Seokjin parado en la puerta. Tan pálido como una bola de nieve.

—¿También vas a amenazar al líder de las triadas? —preguntó Taehyung divertido—. Porque lo vi desde que llegó y escuchó todo.

Jungkook bufó, después pasó junto a Seokjin.

—Confío en la discreción del esposo de mi hermano.

—¡Oh sí! —dijo Namjoon—. Él no dirá nada, ¿verdad cariño?

—No lo prometo —contestó Seokjin—. Pero... Puedo prometerlo si me cuentan las cosas con más calma.

—Esto no es la sección de chismes de una revista, Mijail. Hazte cargo, yo tengo que nombrar un nuevo Brigadier. —Salió de la habitación al decir eso y cerró la puerta de un portazo.



Bueno, así termina el capítulo de hoy.

La señora Anikka nos va a estar dando problemas, muuuuchos problemas 🙄

No quiero que la historia termine, pero se acerca el final y cuando se acercan los finales de cada historia me pongo nostálgica porque no las quiero soltar. Pero así es esto, todo lo que inicia tiene que terminar wuaaaaakkk 🙄

Recuerda seguirme en mis redes (**melyliim**) en tiktok e Instagram. (**MelyLim**) en inkitt, también sígueme aquí en wattpad, muchos me leen y no me siguen... la traición, la decepción!!!

***Pd** : No me había tardado tanto en escribir tan poquitas palabras, escribir esto me tomó bastante tiempo porque estuve pasando por unos días difíciles, ya saben, despedidas que uno no quiere hacer. Pero al final del día escribir me sigue salvando de alguna manera, manteniendo mi mente ocupada en los ratos libres, creando mil vidas, mil mundos en donde sufre alguien más que no soy yo :v jajajajajaja mentiri, también hay mucha felicidad en mis munditos.*

*Eeeeeen fin. Si estás pasando por algo complicado en tu vida quiero aprovechar este momento para decirte que ¡tú puedes!
Tal vez no veas la luz del sol, pero la verás. No necesitas hacer la gran cosa, simplemente seguir respirando!*



[28] *Los cachorros de la Mafia*



2009, Moscú...

El campo de entrenamiento no tenía nombre porque los fantasmas no necesitan direcciones. Era un claro helado, abierto entre los pinos de un bosque en Rusia, a treinta kilómetros de la mansión principal. Allí, la nieve nunca se derretía del todo: bajo los pies, una costra blanca mezclada con manchas pardas de tierra endurecida y en ocasiones algo más oscuro.

Kang Jeon se encontraba de pie, envuelto en un abrigo largo de piel negra. Frente a él, dos figuras pequeñas: Namjoon, con apenas trece años, hombros ya anchos para su edad, y Jungkook, un cachorro de ocho años con la frente abierta en un hilo de sangre que le caía, lento, sobre el puente de la nariz.

—Otra vez —ordenó Kang, sin levantar la voz.

Namjoon tragó saliva, levantó el puño izquierdo y miró a Jungkook. Su hermano menor no lloraba. No podía hacerlo. No allí, donde hasta la luna parecía escupir escarcha para quebrar a los débiles.

—Hyung... —musitó Jungkook, con los labios partidos. El frío se le metía entre las grietas de la boca, helando la sangre fresca—. No bajas la guardia —dijo bajito.

Namjoon asintió. El guante de cuero rajado chirrió cuando cerró el puño. Después cargó contra él. La costilla de Jungkook vibró como un tambor hueco. Se dobló, escupió saliva mezclada con rojo y cayó de rodillas.

Kang no se inmutó. Ni siquiera movió un dedo dentro de sus guantes negros. Se limitó a dar media vuelta para encender un cigarro que olía a tabaco ruso y gasolina.

—Otra vez —repitió, sin mirar.

Namjoon apretó los dientes. Avanzó hacia Jungkook, lo tomó de la nuca, lo obligó a incorporarse. El menor lo miró, con esos ojos de cachorro que no entendía todavía de pactos rotos ni de balas que silban por la noche.

—Levántate —dijo Namjoon, con la voz rasposa de frío y culpa. Su mano temblaba, sosteniendo a su hermano menor como quien sostiene un cuchillo que sabe que un día lo va a degollar.

Jungkook obedeció. Siempre obedecía. Después escupió a un lado, plantó los pies y levantó los puños.

El viento que silbaba a través de los árboles era el único aplauso. Las ramas desnudas parecían garras señalándolos. Cada golpe era una ofrenda a Kang Jeon, que fumaba lento, orgulloso y distante.

Media hora después, la nieve estaba salpicada de manchas oscuras. La respiración de ambos salía en nubes blancas. Los nudillos de Namjoon estaban abiertos, el labio de Jungkook colgaba partido en dos. Ninguno miraba al otro a los ojos.

—¿Qué eres? —preguntó Kang Jeon, apagando la colilla en la palma de su guante.

Namjoon respondió primero, jadeando:

—Soy un Terasov.

—¿Y tú? —preguntó, caminando hacia Jungkook. El hombre se agachó, inclinó su sombra monstruosa sobre el niño que apenas respiraba. Le sostuvo la barbilla entre los dedos, evaluando el filo de su hoja nueva.

Jungkook parpadeó, sintiendo un hilillo de sangre que se le metía por la comisura del ojo. Su voz salió ronca, infantil, pero dura y algo peligrosa para su edad.

—Soy tu lobo, padre.

Kang Jeon sonrió. Fue un arco mínimo.

—Los lobos muerden —susurró, soltando la barbilla.

Se apartó un paso y señaló a Namjoon con un leve gesto de cabeza. Jungkook entendió la orden sin oírla. Se giró hacia su hermano mayor. Y en ese segundo, algo dejó de ser infancia.

Saltó. Se arrojó contra Namjoon con un rugido, hundió los dientes en su hombro expuesto, desgarró tela y piel. Namjoon gritó, primero sorprendido, después obediente a la lección. No se defendió, dejó que el cachorro probara la carne. Que aprendiera lo que duele proteger un apellido.

Cuando la mordida se soltó, ambos respiraban como animales. La nieve volvía a caer, cubriendo de blanco la sangre nueva. Kang Jeon caminó entre ellos, con las botas dejando huellas que nadie seguiría.

—Si alguna vez caen —dijo, volviendo la vista a la mansión, detrás de los árboles—, caen juntos. Si mueren, mueren de pie. Si se traicionan, mueren por mi mano.

Nadie respondió. La noche era la única testigo de dos lobos aprendiendo a devorarse primero entre ellos, antes que al mundo.

Cuando llegaron a la mansión, Namjoon abrió la puerta principal de un empujón. El crujido de la bisagra desgastada les dio la bienvenida como un lamento viejo. Dentro, la calefacción no alcanzaba a templar la fiebre que les ardía en los huesos. Jungkook dejó un gotero de sangre en cada baldosa blanca, un rastro mínimo que la servidumbre seguiría al amanecer como si fuese un mapa de crímenes diminutos. Se dejó caer en el primer sillón del vestíbulo, sin quitarse ni siquiera las botas manchadas de nieve y barro.

Namjoon lo miró. Bajo la luz del gran candelabro, su hermano menor parecía un cachorro exhausto, con el labio hinchado y el ojo entornado como una flor azul a punto de cerrarse para siempre.

—No te duermas —ordenó, arrodillándose frente a él. Le tomó la cara con manos temblorosas. Tenía los nudillos partidos y la piel colgando. El hombro donde Jungkook lo había mordido todavía sangraba lento, manchando la camisa de lino blanco—. Si te duermes, la herida se abrirá más.

Jungkook soltó una risa ronca, más un espasmo que un sonido real.

—Hyung... —balbuceó, mirándolo—. Hoy gané... ¿verdad?

Namjoon tragó saliva. Lo rodeó con cuidado, levantando el suéter roto, evaluando la costilla amoratada, los moretones. Una parte de él quiso mentir. Quiso decirle sí, ganaste. Quiso ser hermano, no carcelero.

—Ganaste —dijo, aunque en su pecho ardía el sabor de la mentira.

Se puso de pie, volvió un minuto después con un pequeño botiquín que alguien había dejado olvidado en la consola de entrada. Abrió la tapa metálica, sacó gasas, tijeras, una botella de alcohol que olía demasiado fuerte.

—Va a doler —avisó, aunque ambos sabían que ya nada dolía tanto como el frío del bosque.

Jungkook asintió, apoyando la cabeza en el respaldo del sillón. Tenía los ojos fijos en el techo, contaba en silencio cada una de las lágrimas del gran candelabro de cristal, como si cada gota fuera un recuerdo más que borrar.

Namjoon empapó la gasa, presionó sobre el labio roto. El menor se tensó, soltó un gruñido.

—No llores —murmuró Namjoon. Era imposible saber a cuál de los dos se lo decía.

—No estoy llorando —escupió Jungkook, tosiendo una risa fingida.

Detrás de ellos, algo se movió. Un tacón golpeó la madera, elegante, un disparo silenciado. Anikka Terasov apareció entre las columnas, envuelta en un batín de seda blanco. Se detuvo, un paso dentro de la luz, evaluándolos como si observara dos piezas de porcelana agrietada.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Namjoon no contestó. Siguió limpiando la herida, sin mirarla. Jungkook sí levantó la vista. Bajo sus párpados hinchados, un fuego nuevo chisporroteaba, pequeño pero indomable.

—Entrenamiento, madre —escupió la palabra madre como un insulto refinado—. Solo entrenamiento.

Ella ladeó el rostro. Sonriendo con orgullo retorcido entre sus labios pintados.

—Que bien —susurró, volviendo a deslizarse entre las sombras—. Sigán entrenando.

Y se marchó sin volver a mirar atrás, dejando un perfume dulzón en el aire.

Cuando el sonido de sus pasos se extinguió, Namjoon tomó el rostro de Jungkook con ambas manos, obligándolo a sostenerle la mirada. Lo hizo con tanta ternura que parecía un pecado dentro de esa casa sin dioses.

—Escúchame —susurró—. Si un día yo caigo, tú no caes. Si yo muero, tú te salvas y nunca, nunca nos traicionaremos, no entre nosotros, Frijolito. ¿Me entiendes?

El niño parpadeó. Entre su labio roto y la costilla rota, se abrió paso una sonrisa mínima, feroz.

—No vas a morir, hyung —dijo, casi jugando, aunque su tono era acero joven—. Si caemos, caemos juntos y ya no me digas Frijolito. Nadie me tomará en serio si lo haces.

—Dejaré de decirte Frijolito cuando tus ojos dejen de parecer un par de frijoles oscuros y brillantes.



Año 2019, Moscú...

Pero Namjoon no cumplió su promesa, él dejó de llamar a su hermano menor de esa manera al poco tiempo...

Las paredes eran un hormiguero de armas encajadas en soportes, cuchillos alineados como un ejército de dientes afilados. Allí, bajo la luz blanca y cruel, tres lobos se enfrentaban sin rugir. Taehyung gritó primero cayendo de rodillas, sujetándose el brazo izquierdo que colgaba torcido, un ángulo doloroso entre el codo y la muñeca. La piel ya empezaba a enrojecer donde el hueso había cedido.

—¡Hijo de perra! —escupió, mirando hacia arriba, la furia empañaba sus ojos.

Jungkook se apartó un paso, sacudiendo la mano que aún le palpitaba por la fractura ocasionada. Respiraba por la boca, jadeando, mientras su sombra se proyectaba enorme detrás de él.

—Cállate —gruñó—. Si gritas más fuerte, papá te va a dar una golpiza. Un Terasov no llora.

Namjoon se acercó. Se arrodilló junto a Taehyung, sujetándole el antebrazo con cuidado, evaluando el daño. Ni siquiera miró a Jungkook de inmediato. Solo habló, con la calma entrenada de quien ya vio demasiada sangre derramada sobre cemento frío.

—Taehyung no podrá ir a la misión de hoy, necesita un médico.

—¡Maldito, sabes que puedo ser mejor que tú y por eso me saboteas! —Taehyung le gritó a Jungkook.

—Créeme que no quieres ir a esa misión, escuché a papá hablar anoche por teléfono con un italiano y será difícil.

—Hijo de perra —masculó Taehyung adolescente.

—Bueno, nuestra madre es la misma...

Namjoon contuvo la risa.

...

Esa tarde, con sus trajes oscuros y equipo, se dirigieron a donde sería una de las misiones que marcaría sus vidas para siempre.

—Sabes que si fallamos... —empezó Namjoon, sin subir la voz—. Si fallamos pueden atraparnos. Pueden... abusar de nosotros. Por eso lo hiciste, ¿verdad?

Jungkook no negó nada. Simplemente se ajustó el guante negro.

—Soy un Lupus —escupió—. A mí no me atraparán jamás. Y tú —Alzó la vista, sus pupilas brillaban—. Eres bueno peleando, hyung. Eres rápido, eres cruel. Taehyung no. Taehyung sería capturado y si es capturado, entonces los tres somos capturados.

Giró la vista hacia Taehyung, que los miraba con los dientes apretados, la mandíbula temblándole de pura rabia y orgullo roto desde la puerta de la mansión.

—Es preferible que Taehyung llore ahora —dijo—. Que llore y se enoje por la fractura del brazo y no por otra cosa.

Namjoon soltó un leve bufido.

—Estás haciendo que evite las misiones pesadas, eso lo hará blando.

—Eso lo hará humano, cosa que ni tú y ni yo somos —murmuró.



El calabozo estaba oscuro y húmedo, las paredes de concreto exhalaban un frío que se pegaba a la piel como aceite rancio. Podía ver que había una bombilla amarilla que parpadeaba a lo lejos, del otro lado de la reja, se escuchaban pasos, risas, murmullos en un idioma que no era el suyo.

En la penumbra, la alfa rubia lo miraba desde su rincón, sentada sobre una manta raída. Tenía los cabellos alborotados, los labios partidos. Aun así, cuando hablaba, su voz era tan dulce como un cuchillo envuelto en terciopelo.

—Hola bonito —canturreó, dejando ver un canino que le brillaba bajo la luz sucia—. Al parecer no fuiste lo suficientemente rápido.

Jungkook no contestó de inmediato. Se puso de pie en silencio, aunque su espalda le crujó igual que una tabla vieja. Caminó hasta la cerradura, la examinó con la vista turbia. El cerrojo brillaba, un lector biométrico instalado sobre el hierro oxidado. Tecnología para encerrar bestias.

—Pues tú tampoco fuiste rápida... Italia Nostro —dijo sin mirarla, masticando el nombre como si tuviera espinas.

Ella se rió bajito. Tenía las muñecas vendadas, cortes recientes, moretones viejos.

—Bueno... —Suspiró, acomodándose un mechón rubio detrás de la oreja—. Esta misión era un juego de nuestros padres. Una linda cacería para ver qué herederos sobrevivían y cuáles no. Supongo que tú y yo somos los peores. —Levantó la vista, ojos azules, tan vacíos como el invierno—. Qué ironía, ¿no? El príncipe fiera de Moscú y la princesa carnícera de Florencia, encadenados igual que perros callejeros.

Jungkook giró sobre sus talones.

—Yo no soy igual que tú. —Escupió cerca de la manta donde ella estaba—. No me quedaré aquí esperando a que me destripen.

Fue hasta la reja, se aferró a los barrotes. Tiró una, dos veces. Un tintineo hueco le respondió. Del otro lado del pasillo, unas risas apagadas se burlaron en otro idioma.

Italia ladeó la cabeza, apoyando la barbilla en las rodillas. Su voz sonó casi maternal.

—No se abre, lupo. Es de huella y retina. Solo esos bastardos tienen la llave. —Chasqueó la lengua—. Tienen la llave y también tiempo para jugar.

—Mmm. —Jungkook soltó un gruñido desde el fondo de la garganta. Se quedó quieto, olfateando el aire, midiendo cada sonido. Luego miró por encima del hombro—. ¿Y qué nos van a hacer?

Italia sonrió. Fue una sonrisa vacía de esperanza, rellena de espinas y resignación.

—¿Tú qué crees? —musitó, con una voz tan suave que dolía—. Quizá matarnos. Quizá mutilarnos y devolver trozos a casa. —Se encogió de hombros—. O peor. Tal vez quieran follar a la fiera rusa y a la princesita italiana. Ver si chillamos como cerdos.

Jungkook soltó una risa ronca, que más parecía un trueno. Se golpeó el pecho con el puño.

—A mí nadie me toca —escupió, marcando cada palabra como un zarpazo—. Soy un Lupus. Esos alfas de pacotilla allá afuera no son nada comparados conmigo. Si entran aquí, voy a arrancarles la garganta con los dientes.

Italia lo miró un segundo, sus ojos se llenaron de algo que parecía lástima. Lástima y una pizca de resignación.

—Buena suerte con eso, Artyom. —Se acomodó contra la pared—. Conozco a los Lupus. Mi hermano es uno, por eso reconocí la feromona allá afuera, hay otro, más viejo que nosotros, y si es más viejo, entonces es más fuerte. ¿No lo hueles?

Jungkook inhaló.

Ahí estaba ese aroma...

Lupus.

—Es otro alfa —dijo Jungkook—. Por un momento siento envidia de tu hermano, aunque dijiste el otro día que no está metido en esto de la mafia, sería bueno que tuvieras a un lupo a tu lado para protegerte. Yo protejo a mis hermanos.

—¿Y por eso terminaste aquí?

—No podía dejar que Mijail fuera atrapado, es el próximo Pakhan, mi deber es protegerlo. —Exhaló—. Me ofrecí como cebo, además ser un lupo me hace más resistente.

Italia se levantó como si fuera un resorte, después se puso de puntillas, tomando ambas mejillas de Jungkook con las manos, mirando esos ojos oscuros que le robaban los sueños y le calmaban las pesadillas.

—¿Aparte de guapo eres todo un héroe? —Jungkook rodó los ojos.

—Un héroe que terminó en una celda con la hija del capo de Italia. —La tomó de las muñecas, para quitarle las manos de la cara—. Te dije que no me toques.

—¿Sabes por qué te digo Lupo? —preguntó ladeando la cabeza, Jungkook todavía sostenía sus muñecas.

—¿Para molestar?

—Porque así le digo a mi hermanito —contestó sonriendo—. Si algún día llega a tomar las riendas de Italia te lo presentaré, aunque no te hagas ilusiones, jamás se fijaría en alguien como tú.

—¿Ah no? —preguntó soltándole las muñecas y cruzó los brazos—. ¿Por qué?

—Mi hermano es elegante, seguramente se casará con algún alfa de alta sociedad.

—Aunque tu hermano no me interesa porque ni siquiera lo conozco... Soy elegante, refinado y de alta sociedad. Soy el hijo del Pakhan.

—Alguien que dice quién es no tiene valor, ¿lo olvidas? No deberías decir quién eres, debes demostrarlo.

—Y tú no deberías contarme que tu hermano es un lupus que no tiene nada que ver con la mafia.

—Te lo dije porque confío en ti. —Sonrió de oreja a oreja.

—No deberías, Italia... —susurró—. No confíes en mí. Confiar demasiado te puede llevar a la muerte.

—No me importaría morir por la causa correcta.

En ese momento se escucharon pasos pesados y voces. Jungkook se irguió, tensando los nudillos. Italia cerró los ojos, esbozando una sonrisa torcida.

—Prepárate, lobito —susurró—. La jauría viene por nosotros

Y el cerrojo parpadeó en rojo antes de desbloquearse con un pitido.



Horas más tarde, la bombilla amarilla seguía parpadeando como un ojo enfermo. El suelo de concreto estaba salpicado de sangre seca, hebras rubias y oscuras pegadas a charcos de sudor. Italia estaba hecha un ovillo en una esquina, temblando con cada sollozo que se le escapaba de los dientes partidos. Su espalda estaba arañada, su ropa colgaba de su cuerpo como harapos.

Jungkook estaba al otro extremo, recostado de lado, con un brazo bajo la cabeza, el otro sosteniendo la herida abierta en su costado. No lloraba. No gemía. Solo respiraba con dificultad, como si cada bocanada de aire le costara parte de su propia carne. Tenía la mandíbula apretada, la mirada fija en un punto muerto de la pared.

Cuando Italia dejó escapar un sollozo ahogado, Jungkook parpadeó lento, giró la cabeza. Se arrastró despacio, dejando una estela de sangre sobre el suelo. Cuando llegó a ella, la rodeó con un brazo, creía que al cubrirla podría devolverle algo de dignidad.

—Nuestros padres permitieron esto —murmuró—. Es nuestro castigo por dejarnos atrapar. —Sintió cómo ella se tensaba bajo su abrazo, temblando más fuerte—. Escuché a mi padre anoche. Se reía. Dijo que esto nos haría fuertes.

Italia soltó un gemido, clavando la cara entre sus rodillas.

—Son unos malditos... —musitó, tenía la voz apagada por la tela sucia de su propia ropa.

Jungkook soltó un bufido amargo. Apretó su agarre, pasando la mano por el cabello enredado de ella.

—¿Te duele mucho? —preguntó, sin esperar realmente respuesta.

Italia no dijo nada. Solo se encogió más. El lobo sintió un espasmo de algo parecido a ternura, o quizá compasión. Le rozó la frente con la barbilla, su aroma de alfa la envolvió como un manto de fiera resignación.

— **Italia** —susurró, cambiando el tono de la voz. Se volvió tan grave, tan firme, que la vibración se sintió más fuerte que las paredes, estaba usando su voz de mando con ella—. **No sientas dolor. Descansa. Pronto vendrán por nosotros.**

Italia sintió que las palabras se hundían en su piel, era un comando biológico que se activaba en su cerebro roto. De inmediato el temblor se suavizó, su respiración se hizo más lenta. Cerró los ojos y apoyó la frente en el pecho ensangrentado de Jungkook. Dentro de su cabeza, mientras la voz de mando la arrullaba, un último pensamiento chisporroteó como fuego nuevo:

«Debo hacer algo para que los cachorros de la mafia no vuelvan a sufrir algo como esto... Debo... Si logro que Rusia y la Italia Nostro se unan... Si tomo el gen Lupus de Jimin, el gen Lupus de Artyom, y lo coloco en mi vientre... Entonces nacerá un heredero único, un vínculo vivo que una a ambas jaurías. Y este juego maldito terminará. Porque Artyom es un lupus como aquel alfa, cuando sea mayor será más fuerte y ... Él destruiría a todos antes de dejar que su cachorro sangre aquí... Él... Él no es como su padre. Ni como el mío.»

Italia exhaló un suspiro quebrado. Se dejó ir. Bajo la oscuridad de esa jaula de concreto, entre el olor a óxido, miedo y feromonas quemadas, dos hijos de imperios podridos que no habían pedido ser parte, pero que ya tenían una corona sobre sus cabezas.



Namjoon iba al frente, su silueta ancha y recta cortaba la oscuridad como una espada. A su izquierda, Yoongi avanzaba encorvado, una pistola corta apretada en la mano vendada. Taehyung, detrás de ambos, caminaba con la respiración entrecortada, llevaba puesta una férula improvisada sujetándole el brazo roto.

Cuando llegaron a la verja oxidada, Namjoon levantó el puño. La cerradura brilló a la luz temblorosa de su linterna. Del otro lado, Jungkook estaba sentado, Italia apoyada en su pecho como una muñeca de trapo. Ambos tenían la piel hecha jirones, la ropa desgarrada, las miradas igual de opacas.

Yoongi escupió al suelo, sin molestarse en ocultar el asco que le hervía en la lengua al imaginar lo que podría estar pasando en aquel lugar,

—¿Por qué trajiste a tu hermano roto? —gruñó, señalando el brazo colgante de Taehyung—. Mírale el maldito brazo, Mijail. Si entra con el brazo quebrado a ese lugar, lo van a atrapar rápido.

Namjoon no lo miró. Mantenía la vista fija en el enorme portón del lugar en donde se encontraba su hermano, midiendo la respiración débil de su hermano menor.

—Insistió en venir.

Taehyung se adelantó un paso, empujando a Yoongi con el hombro.

—No hablen como si no estuviera presente —espetó, tragándose el temblor que le subía por la espalda—. No soy un maldito inválido.

Yoongi le soltó una mirada afilada, pero antes de que replicara, Namjoon se giró, su sombra devoró la luz.

—Quédate aquí con él —ordenó, apuntando a Taehyung con un leve gesto de la cabeza—. Voy yo solo.

Taehyung lo miró como si acabara de escupirle veneno en la boca.

—¿Ir solo? —le rugió, bajando la voz al mínimo para no atraer a los guardias—. Te van a matar, idiota. ¿Y entonces qué? ¿Nos enterramos todos juntos?

—Soy Mijail Terasov —dijo—. Nunca muero. Cuida a mi hermanito, Corvo

Yoongi bufó, guardó la pistola bajo el abrigo. Le palmeó el hombro roto a Taehyung, arrancándole un gruñido de dolor.

—Obedécelo —escupió Yoongi, con una media sonrisa torcida—. El maldito nunca muere. Pero tú... tú sí podrías.

Taehyung no respondió. Solo se quedó mirando a Namjoon mientras el mayor alzaba una palanca oxidada, destrababa el cerrojo y empujaba la verja con un chirrido de hierro.

—Súbete al auto —dijo Yoongi.

—Un italiano no me va a dar órdenes —contestó Taehyung.

—Si te digo que subas al puto auto, es porque quiero salvar tu trasero. ¡Sube ya, toma tu arma y apunta hacia afuera.

»Cuando salgan arrancaré el vehículo, si nos atrapan te juro que te mato yo primero.

—Mi hermano no debió entrar solo, ve con él.

—Es Mijail. —Yoongi bufó—. No me necesita.

Taehyung abrió la puerta del auto, se dejó caer dentro con torpeza, respirando entre dientes. Sosteniendo mal su pistola, le pesaba demasiado. Afuera, Yoongi se quedó junto a la puerta abierta, mirando de reojo la verja del lugar, esperando que saliera Mijail, Artyom y su prima Italia.

Sin embargo, un ruido de metal al otro lado del muro los hizo tensarse. Taehyung tragó saliva, levantó la pistola hacia la rendija entre el asiento y la ventanilla abierta. De pronto, un crujido de botas en la grava y una sombra que apareció, era un hombre enorme, con el cuello tatuado, se detuvo a unos metros de la camioneta con un cigarro que brillaba encendido entre sus dientes podridos.

Yoongi no dudó. Subió la pistola con silenciador, apoyó la culata en la ventanilla, aquel hombre le quedaba más cerca a Sergei, así que esperaba a que fuera él quien disparara. Pero bastó un segundo para ver que Taehyung no apretaba el gatillo.

—Dispara, Sergei —ordenó, sin mirarlo.

Taehyung tensó los hombros, respiró hondo. Su dedo rozó el gatillo, pero no apretó. El cañón tembló, bajó un centímetro. Los ojos del hombre tatuado se entrecerraron cuando detectó el vehículo y la silueta del arma.

Yoongi masculló un insulto. Disparó una vez, certero. El sonido fue ahogado por el silenciador. La bala entró limpia, justo debajo del pómulos del matón. El cuerpo se dobló hacia atrás, golpeando la grava con un gemido. Taehyung giró la cabeza, mirándolo boquiabierto. El arma le cayó de la mano herida y rodó entre sus piernas.

Yoongi escupió el humo de su propio aliento helado. Se giró, metió la cabeza dentro del coche y lo miró con una mueca torcida.

—¿Cuántos años tienes, Sergei? —le soltó, con voz baja, pero llena de veneno. —Taehyung no respondió. Tenía la mandíbula rígida—. ¿Diecisiete, eh? —Yoongi soltó una carcajada breve, sin rastro de alegría—. A esta edad ya deberías haber matado mínimo a veinte. —Lo señaló con la pistola aún caliente—. ¿Qué clase de entrenamiento recibes en esa mansión de hielo? Nunca has matado a nadie, ¿cierto?

Taehyung apretó la boca, un músculo se le marcó bajo la oreja.

—¿Qué te importa? —escupió.

Yoongi soltó aire por la nariz, divirtiéndose.

—Wow... —murmuró, como quien descubre un tesoro podrido—. Me sorprende. El tercer hijo del Pakhan... no es un asesino. A tu edad, Mijail era una fiera, ¿el cuidado de tus hermanitos te hizo frágil?

Taehyung se agachó, tomando su arma, apuntándole a Yoongi.

—Puedo comenzar ahora mismo, ¡deja de burlarte!

Yoongi sonrió, tomó la muñeca de Taehyung, colocando la punta del arma directo en su frente.

—Dispara si te atreves —dijo con voz oscura.

Bastó ese gesto, bastó esa voz, bastó esa provocación para revolver algo dentro del estómago de Taehyung. Quien se ruborizó de inmediato y bajó el arma.

—No lo comentes —gruñó, bajando la voz hasta volverla un hilo áspero—. No lo comentes nunca, Corvo.

Yoongi soltó una risa ronca y sacó la cabeza de la ventana del auto, ajustándose la chaqueta.

—Tarde o temprano vas a tener que disparar, Sergei —musitó—. O disparas... o te disparan.

—Hasta ahora mis hermanos disparan por mí...

—¿Y tú cuando vas a disparar por ellos? —preguntó mirándolo de reojo—. Además, no toda la vida habrá alguien cuidándote las espaldas y disparando por ti.

Al decir eso, cruzó el vehículo, subiéndose al volante y girando el rostro hacia Taehyung, haciendo contacto visual con él.

—Pues tú lo acabas de hacer —murmuró, mirándolo a los ojos.

—¿Y eso te enamoró? Sé que soy irresistible, pero no te ilusiones; tengo novio.

—¿Ah sí? ¿Quién es?

Al fondo, tras la verja, otro estruendo de metal y gritos anunciaba que Mijail Terasov seguía demostrando por qué nunca muere. Eso los hizo cortar la conversación y centrarse en esperarlos.

Minutos después, Namjoon llevaba a Italia en brazos, y Jungkook iba caminando a su costado, erguido. No pareciera que horas atrás abusaron de él, no parecía que había sido quebrado y su hermano... E Italia nunca lo contarían.

Yoongi golpeó el volante con los nudillos, viendo por el retrovisor.

—¡Suban, maldita sea! —gruñó.

Namjoon acomodó a Italia con cuidado en el asiento trasero, su cuerpo cansado, se hundió contra el respaldo. Taehyung, estaba sentado su lado sosteniendo su férula improvisada con el brazo bueno. Jungkook, sin decir nada, abrió la puerta del copiloto y se sentó. Cerró la puerta con un golpe, su respiración y feromonas pesadas llenaron la cabina.

Namjoon subió al lado de Italia, con un último vistazo hacia la verja abierta y la oscuridad que dejaban atrás.

—Pisa el maldito pedal —ordenó.

Yoongi lo hizo sin esperar más. Las ruedas se clavaron en la grava y la camioneta se tragó la carretera helada. Detrás de ellos, el lugar de rejas y cemento se hizo cada vez más pequeño, envuelto en un silencio de pólvora.

Mientras el motor rugía, Namjoon exhaló aliviado.

—No olvidaré esto cuando sea el Pakhan —masculló, sin apartar la vista del camino—. Que me ayudaste a salvar a mi hermano.

Yoongi soltó una carcajada, sus dedos golpearon el volante, marcando el ritmo del latido que aún se le agitaba bajo la piel.

—Pues tú me ayudaste a salvar a mi prima. Estamos a mano, Mijail. Entre mafiosos no nos debemos favores.

—Pero podemos quedar para comer, ¿no? —interrumpió Taehyung desde atrás—. Ya saben, ser amigos. Nosotros no tenemos amigos porque somos mafiosos y...

—No digas tonterías, Sergei —soltó Jungkook sin abrir los ojos, recostado contra la ventanilla empañada.

—¿Por qué siempre eres tan amargado? —murmuró, casi infantil. Cruzado de brazos, inflando las mejillas, fastidiado.

Jungkook no respondió, solo cerró más los ojos, dejándose envolver por el sonido del motor y la vibración de la carretera.

Italia, medio despierta, medio rendida, levantó la cabeza para mirar a Taehyung.

—Sería lindo salir los cinco a divertirnos de vez en cuando...

Yoongi soltó un resoplido, sin apartar la vista del camino.

—¿Italia Nostro queriendo salir a divertirse? —bufó.

—Después de este día pienso vivir mi vida sin medida... —contestó, su voz casi se perdió bajo el rugir del motor—. Acepta, Artyom. Tú también, Mijail. Corvo no tiene opción; si yo voy, él va.

Namjoon arqueó una ceja, girándose para mirarla.

—Acepto si acepta Artyom —contestó, jugando con el filo de un encendedor entre los dedos—. Aunque espero que no acepte.

Taehyung rodó los ojos, hundiéndose en el respaldo.

—Bien. No habrá diversión —masculló.

Pero la voz de Jungkook rompió el silencio.

—Veámonos.

Todos lo miraron. Incluso Yoongi apartó la vista un segundo del camino para mirarlo de reojo.

—Veámonos los cinco —repitió, abriendo los ojos solo para fijarlos en la carretera negra delante de ellos—. Después de todo existe el Metka. Nuestras familias ya son aliadas. Nuestros padres no se opondrán.

Italia soltó una risa, recostándose en el regazo de Taehyung, que la acomodó sin protestar.

—Entonces —murmuró ella, con un hilo de voz—. La próxima vez que nos juntemos... será por diversión. No por sangre.

Namjoon soltó un gruñido, pero no discutió. Afuera, la carretera devoraba kilómetros. Dentro, se fortalecía una amistad entre los cachorros de la mafia.



Taehyung caminaba sin prisa por las calles oscuras de Milán, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta de mezclilla.

Se detuvo frente a un hospital pequeño, en uno de esos barrios donde la mafia italiana fingía no respirar. El edificio tenía ventanas altas, rejas discretas, una cruz roja iluminada que parpadeaba. Sabía exactamente a quién buscaba. Lo había seguido por semanas: el alfa enfermero, el novio de Corvo. Demasiado correcto, demasiado suave, demasiado obstáculo.

Entró. Subió silencioso hasta la planta de descanso. El pasillo olía a café rancio y desinfectante. No había enfermeras a esa hora, solo respiradores electrónicos y un par de luces encendidas.

Taehyung lo encontró en la salita de café, de espaldas, preparando algo caliente para aguantar el turno. El alfa tarareaba bajito una canción en italiano, tenía la bata blanca medio abierta sobre la camiseta gris.

Taehyung cerró la puerta tras él. El chasquido hizo que el otro se girara, con una sonrisa amable que se congeló cuando vio el cañón negro de la pistola.

—¿Ehi...? —balbuceó, levantando una mano, como si pudiera detener la gravedad de lo que venía—. ¿Chi sei?

Taehyung se acercó despacio, con la cabeza ladeada, parecía un niño curioso examinando una pieza rota.

—¿Sabes? —preguntó con voz baja—. Eres el primero.

El alfa parpadeó, no entendía el idioma, pero podía ver el arma, estaba aterrado, inmóvil, lo único que se movía era el vapor del café entre ellos. Taehyung esbozó una sonrisa pequeña, casi triste. Levantó el arma, apoyó el silenciador en el centro del pecho ajeno.

—El primero al que voy a matar.

El alfa soltó un jadeo, dio un paso atrás, chocó con la mesa. Antes de que pudiera pedir ayuda, antes de que pudiera siquiera suplicar, Taehyung apretó el gatillo. El cuerpo del enfermero se dobló al igual que un saco vacío, derramando el café en un charco caliente junto a la sangre.

Taehyung se inclinó, miró el cadáver como si estudiara una mariposa muerta. Luego se limpió una gota de sangre que le salpicó la mejilla.

—Adiós —susurró—. Corvo no necesita un novio. Me tiene a mí.

Se giró, guardó el arma y salió de la clínica caminando igual de despacio que cuando llegó. Afuera, Milán dormía, indiferente a su primer asesinato. Afuera, Sergei ya no era solo el hermano menor de los Terasov.

Era, por fin, un asesino, igual que ellos.



;;;Holaaaaa!!!!

Les quise mostrar aquí un poco de contexto de los chicos e Italia, de su pequeña unión y de la razón por la que se volvieron amigos.

Nos leemos después!

¡GRACIAS POR LEER!

Recuerda votar, comentar y compartir!

Si te desesperas durante las actualizaciones aquí en mi perfil tengo muchas historias finalizadas!! Hay de todo un poco, tenga pa que se entretenga uwur

[29] *El plan de un cuervo*



Actualidad...

Taehyung, apretaba el volante tan fuerte que sus nudillos se tornaron color blanco, tenía las pupilas dilatadas, los labios resecos y la radio apagada, solamente su respiración llenaba el interior del deportivo negro.

El velocímetro marcaba más de 180 km/h cuando dobló la última curva. Los neumáticos chillaron al derrapar. Ni siquiera se detuvo bien frente a la casa de Yoongi: frenó de golpe, la carrocería rozó el bordillo, la alarma de un coche vecino se activó. *Le dio igual.*

Salió tambaleando un segundo, encendiendo un cigarro que dejó colgarse de la comisura de sus labios. Se acercó a la puerta de acero, puso la palma de su mano derecha sobre el lector biométrico. Un pitido, una luz verde. Después tecleó el código: 1999-1010. La cerradura se abrió al instante.

Adentro, todo estaba oscuro, salvo por la tenue luz de la cocina. Yoongi estaba allí, de pie, en pijama de algodón gris, descalzo, con una taza humeante entre las manos, ojeras profundas, cabello despeinado. Sus ojos confundidos lo miraron con algo de alarma.

—¿Todo bien, amor? —preguntó confundido.

Taehyung cerró la puerta de un empujón tan fuerte que hizo retumbar las paredes. Caminó directo hacia él, sus pasos estaban llenos de algo que era fuego y veneno. Se detuvo frente a Yoongi, tan cerca que la taza tembló entre los dedos del mayor. El olor del humo de cigarro se mezcló con el perfume caro que apestaba a whiskey y polvo blanco. Yoongi abrió la boca para decir algo más, para quejarse, para regañarlo por conducir infestado de drogas y alcohol, pero no alcanzó.

Taehyung gruñó, brotó de su pecho antes de chocar su boca contra la de Yoongi. Fue un beso torpe, feroz, desesperado. Lo sujetó del rostro con una mano, mientras que enterraba la otra en la tela fina del pijama, arrugándola hasta sentir la piel caliente debajo. Yoongi forcejeó un segundo, pero el sabor a droga, tabaco y rabia lo hizo gemir contra sus labios.

Taehyung lo mordió, lo abrió. Lo besó como si quisiera devorarlo y dejarlo hueco.

Cuando se separó unos milímetros, Taehyung tenía la respiración incendiada. Su frente apoyada en la de Yoongi y sus ojos le brillaban como brasas.

—Te amo —susurró, con una voz quebrada, arrastrada, que olía a culpa y locura—. Te juro que te amo y que mataría el mundo entero por ti.

La taza resbaló de la mano de Yoongi, estrellándose contra el suelo. No dijo nada cuando sintió los dedos de Taehyung hundirse en la nuca, jalándolo otra vez contra su boca. Sus labios se chocaron con un chasquido, mezclando saliva, mordién dose sin delicadeza.

Taehyung gruñía dentro del beso. Cada mordida era una promesa de destrucción. Cada exhalación olía a vodka y pastillas. Sus manos, frías, viajaron por el cuello de Yoongi, bajaron entre botones hasta arrancarlos uno a uno. No los abrió: *los reventó*. El pijama se abrió como una flor vencida, dejando ver la piel pálida y salpicada de lunares.

Yoongi jadeó cuando sintió la mano de Taehyung sobre su pecho. El menor lo empujó hasta chocar la espalda contra la pared de la cocina. El golpe sacudió los armarios e hizo vibrar un vaso dentro del fregadero.

—Mírame —gruñó Taehyung, sujetándole la mandíbula con fuerza. Sus pulgares se clavaron en las mejillas de Yoongi. El mayor obedeció, pestañeando lento con la respiración irregular y los ojos abiertos de par en par—. Te amo más que a mi propia vida, eres mi razón de ser; mi todo.

Yoongi soltó un gemido disfrazado de burla. Trató de replicar algo, pero Taehyung volvió a devorarlo. Le metió la lengua tan profundo que lo obligó a abrir la garganta para no ahogarse. Mientras lo besaba, sus manos bajaron, desgarraron la cintura floja del pantalón de pijama. Ni siquiera lo quitó bien: lo empujó hasta las rodillas.

Yoongi tembló cuando escuchó el sonido del cinturón soltarse y sintió la bragueta de Taehyung abrirse. Sus piernas se negaron un segundo, pero el peso del cuerpo joven y lleno de rabia lo aplastó de nuevo contra la pared. Taehyung soltó un jadeo contra su oído, bajó la cabeza, mordiéndole el cuello. Cada bocado era posesivo, no necesitaba que Yoongi fuera un omega para grabar su nombre dentro de su carne.

—Eres mío —escupió Taehyung entre dientes—. Mío, Yoongi. Siempre serás mío, mi mayor tesoro.

Yoongi no discutió. Sus uñas arañaron la nuca sudada de Taehyung, aferrándose cuando lo sintió entrar sin delicadeza, sin un susurro de piedad. El gemido de Yoongi se quebró en un gruñido grave a medida que tenía los dientes apretados contra la tela del hombro de Taehyung, mordiéndolo para no gritar.

Taehyung embistió como si quisiera hundirse en su espina dorsal. Cada golpe de cadera era un insulto contra la pared, contra el silencio de esa casa demasiado pequeña para su locura. Yoongi jadeó su nombre. Se aferró a la camiseta de Taehyung, se dejó sacudir, sin protestar cuando el joven lo tomó del muslo, alzándolo para enterrarse más profundo, más violento, más cruel.

Taehyung gruñía como un perro hambriento. Cada empuje era más rápido, más torpe y más desesperado.

—Dilo —exigió Taehyung, mordiéndole la oreja—. Dilo, Yoongi. Dime que eres mío.

—Soy tuyo —jadeó—. Pero tienes que explicarme por qué viajaste desde Moscú para follarme de esta manera...

Un último gruñido ahogado selló la madrugada. Taehyung se dejó ir dentro de él con un gemido animal. Sostuvo a Yoongi tan fuerte que casi le rompió la espalda. Aferrado a su cuello, respirando contra su cabello húmedo, temblando.

Taehyung enterró la frente en su cuello, inhaló profundo, tratando de tragarse su olor. Después habló bajito contra la clavícula humedecida del beta.

—Mis hermanos creen... —jadeó, rozando los labios por la piel—. Creen que puedo ser un traidor.

Yoongi abrió un ojo, sonriendo de lado, arrastrando los dedos por la nuca sudada del joven.

—Entonces mis sospechas eran ciertas... —murmuró Yoongi en un hilo de voz.

Taehyung gruñó un sí. Mordiéndole el hombro, volvió a embestirlo, más lento esta vez, pero igual de profundo. Yoongi soltó un gemido a medida que sus manos viajaban por la

espalda desnuda, arañando la carne.

—¿Tu madre...? —preguntó Yoongi.

Taehyung se detuvo un segundo, con sus caderas pegadas a su trasero, toda la presión concentrada en ese abrazo forzado.

—Ella escuchó todo... —respondió, respirando como un perro cansado—. Estoy seguro.

—Ah —Yoongi soltó una risa—. Por eso vienes a mí, Sergei.

Taehyung soltó un gruñido molesto cuando lo llamó así. En respuesta, lo mordió en el cuello, marcando la piel. Luego embistió de nuevo, fuerte, brutal. Yoongi se arqueó contra la pared, ahogando un grito en su cabello.

—Estoy fuera de la Bratva —jadeó Taehyung—. Jungkook me ha echado.

Yoongi dejó escapar una carcajada ronca, ladeó la cabeza para atraparle los labios de nuevo, devorándolo entre gemidos bajos.

—Bien —susurró cuando cortaron el beso—. Entonces solo esperemos la llamada de tu madre, no tardará en llamar cuando se entere de que estás de su lado.

Taehyung gruñó, hundiéndose más fuerte, más rápido. Yoongi gimió su nombre, las uñas dejando marcas rojas en la espalda ancha del menor.

—Estoy molesto... Contigo, conmigo, con mis hermanos. ¿Cómo pueden creer que yo, Jeon Taehyung podría traicionarlos? ¡Hijos de puta!

—Oye... —Yoongi jadeó—. Yo sé perfectamente que no eres un traidor.

—Sí, pero. Por tu plan tengo que fingir serlo, por tu plan tuve que decir que te mataría con tal de salvar a madre.

—Shh... —Yoongi tomó ambas mejillas de Taehyung con las manos—. Te amo, todo saldrá bien, solo confía en mí.

Taehyung asintió contra su cuello, respirando como un animal, marcándolo con besos y mordidas. No quedaba nada más en esa madrugada, solo la humedad de sus cuerpos y el sonido de dos lobos mezclando conspiración y sexo bajo la misma casa.

Yoongi rozó su frente con la de Taehyung, sintiendo el temblor que aún vibraba en los huesos del menor. Acarició con pulgares las mejillas encendidas, secando gotas de sudor que se mezclaban con lágrimas sin nombre.

—Te amo —repitió Yoongi—. Y todo va a salir bien. Te juro que voy a hacer que todo este maldito teatro valga la pena.

Taehyung resopló, hundiendo la nariz en su cuello, anhelando quedarse ahí, pegado para siempre.

—¿Y si algo sale mal...? ¿Si Jungkook no me perdona nunca?

Yoongi tragó saliva. Sus dedos acariciaron la nuca, suave, calmándolo como si calmara a un perro herido.

—Tiene que perdonarte —Su tono se volvió más firme—. Si Jungkook no te perdona... me haré cargo de que lo haga. Ya hemos perdido mucho, pero te juro que tendrás la vida que mereces, todos la tendremos. Ser mafioso no significa vivir en constante sufrimiento, si esto funciona... Podremos ir finalmente a ver las auroras boreales.

—Confío en ti —susurró entre dientes.

Yoongi sonrió, cerrando los ojos mientras sentía el mordisco que le dio Taehyung.

—Tengo que ir a ver a un médico... —contestó, empujándolo de nuevo contra la pared, sujetándolo por la cintura para volver a hundirse en él, lento—. Lucien...

—Shh... —Taehyung le cubrió los labios, corriéndose finalmente dentro de él.

Yoongi, también. Se sacudió, manchando el torso del alfa por completo.

—Mmm... Ahora sí —jadeó Taehyung—. ¿Qué pasa con Lucien?

—Mejor acompáñame a averiguarlo.



Taehyung tamborileaba los dedos sobre la funda de su pistola, mientras Yoongi permanecía de pie, completamente inmóvil, con los ojos clavados en el doctor que, tembloroso, hojeaba una carpeta gruesa llena de informes y registros sellados con timbres extranjeros.

—Repita lo que acaba de decir —ordenó Yoongi.

El médico, un hombre delgado de cabello canoso y bata blanca manchada de café, tragó saliva, ajustándose los lentes. Sus nudillos palidecieron al pasar la página.

—Lo que les dije... Es imposible que un alfa lupus fecunde a otro alfa, ni siquiera por inseminación asistida. El material genético es incompatible —balbuceó, hojeando con dedos temblorosos—. Por eso mismo, cuando recibí el encargo de la jovencita italiana, lo primero que le pregunté fue: ¿Está segura de los donantes?

Taehyung y Yoongi intercambiaron una mirada rápida. Una chispa helada cruzó entre ellos.

—Explíquese —exigió Yoongi, esta vez con un tono más áspero.

El doctor suspiró, pasó la lengua por sus labios resecaos.

—La paciente me entregó dos viales criogénicos. Uno contenía espermatozoides de un alfa lupus. El otro, óvulos extraídos de un omega lupus. La paciente no era ni el óvulo ni la semilla. Ella sólo fue el recipiente... la portadora temporal.

Taehyung soltó un jadeo bajo.

—¿De quién...? —preguntó—. ¿De quién eran los óvulos? ¿Y el espermatozoides?

El médico bajó la cabeza, hojeó con cuidado, sus dedos pasaron sobre líneas de tinta y anotaciones selladas.

—Aquí están... los nombres que me dio la señorita —susurró, temiendo invocar un fantasma—. Este documento lo guardé por seguridad. Ella pagó mucho para borrar toda evidencia, pero yo siempre guardo un seguro.

Pasó una página plastificada, giró el monitor para que Yoongi y Taehyung pudieran leerlo. Dos nombres, tan claros como un disparo en la nieve.

Taehyung retrocedió medio paso, sintiendo que algo le aplastaba la garganta. Yoongi, en cambio, se inclinó, leyendo cada letra como si pudiera desmenuzar el secreto con la mirada.

—No puede ser —murmuró Yoongi—. Entonces...

Taehyung tragó saliva.

—¿Entonces Lucien...? —empezó, pero las palabras se atragantaron en su lengua, tragadas por un silencio espeso.

El médico se quitó los lentes, limpiándolos con el borde de la bata.

—El bebé —dijo, encogiéndose de hombros, resignado a cargar con un secreto demasiado grande para su pecho—. Ese niño era cien por ciento sangre pura de lobo. Un alfa lupus... y un omega lupus. Destinado. Seleccionado. Perfecto.

»Resultado de la unión del alfa lupus de nombre Jeon Jungkook y del omega lupus de nombre Park Jimin,

El eco de su última palabra se perdió entre las paredes estériles del laboratorio, mientras Yoongi y Taehyung se quedaron congelados, con la certeza pesando como una bala cargada en el centro del pecho.

—Gracias por la información —dijo Taehyung, después le disparó al médico directo en la sien. Yoongi lo miró furioso—. ¿Qué? Ya no nos servía y tiene aquí los nombres de tu capo y de mi hermano, Tsk...

—Podía sacarle más información. —Suspiró—. Jimin va a enloquecer cuando se entere.

—No tiene porque saberlo...

—Le prometí no ocultarle más cosas, ya le he mentido bastante.

—Por orden de tu tío Luca y por su seguridad —dijo Taehyung revisando cada cajón, mientras que Yoongi tomaba los documentos entre sus manos—. Si se lo dices quiero estar presente, será todo un drama familiar...

—Se lo diré al finalizar las olimpiadas y cuando todo el asunto con tu madre termine. En cuanto a Artyom...

—¿Quieres que se lo oculte? ¿Sabes lo difícil que es ocultarle algo a mi hermano? Lo que le hizo a Viktor es la prueba viviente de que él no perdona nada. Si le miento...

—¿Va a matarte? No lo haría, eres su hermano.

—Mató a papá.

Yoongi apretó los labios.

—¿Le tienes miedo? A estas alturas le has mentido perfectamente bien haciéndole creer que estás del lado de tu madre, pienso que te perdonará.

»Solo si el plan sale como lo planifiqué. Si Italia me hubiera contado todo ahora estuviera viva, pero esa tonta se quedó callada, ocultó todo esto y mírala...

—Lo sé. —Frunció el ceño—. No sé qué planeaba Italia con todo esto, es una tontería.

—Planeaba unir a los Nostro con los Bratva. Planeaba un seguro para Jimin —aseguró Yoongi—. Lucien era ese seguro, pero Italia no contó con que Jimin lo dejaría morir por celos...

—Tu primo se cagará en los pantalones cuando lo descubra.

—Sí, pero ahí estaré yo para limpiarlo. —Bufó—. Estaremos ambos. Tu para Jungkook y yo para Jimin.

—Pues si todo esto sale bien. —Taehyung pateo el cuerpo sin vida del médico para asegurarse de que estuviera muerto—. El Metka no solo será de cinco mafias... El Metka contendrá a todas las mafias y tendremos un solo líder.

—Y ese líder tiene que ser tu hermano, o mi Capo —continuó Yoongi.

—Mientras tanto, me quedaré en tu departamento. —Suspiró—. Recuerda que estoy desempleado... Por ahora.

—Yo iré con Jimin para que esté preparado. Las olimpiadas son en dos días y no podemos bajar la guardia. No si queremos salir ilesos y victoriosos.



Jimin vestía ropa de entrenamiento negra, ligera, pegada al vientre aún plano que guardaba un secreto precioso. Sobre los hombros llevaba la chaqueta negra, una más que Jungkook le había obsequiado hacía meses, con sus iniciales "P.J." bordadas en hilo plateado sobre el pecho izquierdo. Cada vez que aterrizaba tras un salto, la tela se pegaba a su espalda, recordándole la forma en que Jungkook se la quitaba entre susurros.

Roxane, su asistente personal, impecable en su traje beige y sus tacones finos, sostenía una carpeta llena de notas, horarios y revisiones. Más allá, junto a la baranda, estaba el entrenador: Petrov Kalinichenko. Leyenda viva, el mejor coreógrafo de danza sobre hielo de toda Europa. Un lobo de hielo para pulir a otro. Y el médico personal de Jimin, con su bata blanca y su tableta, revisaba datos mientras los dos conversaban en murmullos.

—¡Park! —la voz de Petrov retumbó gruesa, con acento pesado—. No cierres tanto el codo en la segunda pirueta, te corta el vuelo. Hazlo otra vez, desde la diagonal.

Jimin respiró hondo, tenía las manos sobre las rodillas. Sentía el calor pegado a la nuca, la gota de sudor que caía por su columna.

—¿La presión? —preguntó sin mirarlos, concentrado en el reflejo que lo observaba desde el espejo de cuerpo entero.

—Perfecta —respondió el médico, revisando la tableta—. Continúa con normalidad.

Roxane chasqueó la lengua, sonriendo. Tenía la misma sonrisa que usaba para espantar a la prensa y filtrar rumores: amable, pero extremadamente letal.

—Respira, Jimin —murmuró, acercándose para entregarle una botella de agua—. Lo estás haciendo perfecto, tesoro.

Jimin sorbió el agua, tragó despacio. Sentía el sabor metálico de la adrenalina en la lengua.

—Tiene que ser más que perfecto porque... —Tragó saliva—. Será mi despedida, Roxane. Será mi última presentación.

Petrov asintió sin una pizca de ternura. Aplaudió fuerte.

—Bien, el doctor dice que te de cinco minutos —dijo, seco—. Después, quiero verlo completo. Sin pausas, sin piedad, sin caídas. Y si te rompes una pierna, la vendamos y sigues.

Jimin rió, bajito, tragándose la ansiedad. Levantó la cabeza, respiró profundo. En su mente, la música era parte de sus huesos: cada giro, cada salto, cada respiración. Roxane se cruzó de brazos, orgullosa. El médico se apartó hacia un costado. Petrov lo señaló con un dedo rígido.

—Cuando termines —gruñó el entrenador, con voz áspera—. Te dejaré dormir. Si haces mierda este ensayo, bailas hasta que amanezca.

Jimin asintió, minutos después continuó girando sobre sí mismo, la cuchilla de sus patines silbaba contra la pista. Cada línea que dibujaba era precisa, limpia. Su cuerpo, enfundado en un traje negro de lycra ceñido, tensaba cada fibra de músculo con gracia.

Desde una de las gradas, semivacías, el Pakhan observaba. Vestido de negro, un traje pulcro, fumaba sin prisa. Los ojos de Jungkook no parpadeaban. Seguían cada giro de su omega. Cada extensión de pierna, cada arco de espalda. Cada vez que Jimin se inclinaba para tomar impulso, su mirada se detenía, fija, oscura.

Jimin lo notó.

Justo después de un giro triple, redujo la velocidad, derrapó con elegancia hasta la orilla de la pista donde Roxane, lo esperaba sosteniendo una botella de agua. Jimin respiraba agitado, pero su sonrisa era la de un príncipe insolente.

—Roxane —dijo sin mirarla, clavando los ojos en Jungkook, que exhalaba humo como un dragón—. Toma esto.

Deslizó la chaqueta por sus hombros con un movimiento provocador, dejando al descubierto sus brazos finos, fuertes. El traje ajustado resaltaba cada curva de su cintura, la línea de sus glúteos perfectos, los muslos marcados por horas de entrenamiento. Roxane atrapó la chaqueta, casi sin saber si sostenerla o besarla como reliquia. Jimin se dio la vuelta, lento, girando sobre un solo pie y al levantar la cabeza, se encontró con la mirada oscura del Pakhan que ya no fumaba: ahora tenía la mano sobre el asiento, los dedos tamborileando y los ojos clavados en su trasero.

Jimin se impulsó. Entrando en el eje de su coreografía más compleja: una serie de giros veloces que lo hicieron flotar. Saltó, aterrizó con un doble axel, rozando el hielo con la punta de los patines. Giró otra vez, arqueó la espalda para dejar ver su cuello expuesto, el sudor resbalaba por la curva de su mandíbula, demasiado sexy para la vista, demasiado provocador.

—Maldita sea, esos saltos —murmuró Jungkook al ponerse de pie y caminar hacia la pista.

Pero aunque caminara, sus ojos seguían la curva de los glúteos de Jimin porque cada giro le pertenecía.

Cuando Jimin detuvo su giro final, la música aún vibraba en las paredes del Mediolanum Forum, pero el verdadero eco era el latido salvaje que sentía en la garganta. Apenas recuperó el aire, notó que Jungkook ya no estaba en las gradas: ahora caminaba, firme, impecable, directo hacia la baranda de la pista.

Todos lo miraron. Roxane tragó saliva, sosteniendo la chaqueta con los iniciales plateadas como si fuera una bandera de rendición. Los otros patinadores, chicos de cuerpos atléticos y miradas curiosas, cuchicheaban entre sí. Sabían quién era el hombre de traje negro y mirada de lobo. El Ruso. El millonario intocable. Pero hasta ese momento no habían entendido del todo qué era para Park Jimin.

Jungkook se detuvo a un par de metros de la baranda. No habló. No hizo ningún gesto. Solo exhaló, despacio, impregnando el aire de feromonas alfa tan pesadas que uno de los asistentes soltó un quejido bajo y apartó la vista, incómodo. Jimin sintió cómo le ardían las orejas. Un rubor feroz le pintó las mejillas.

—Artyom... —murmuró, apenas audible—. No uses tus feromonas aquí...

Pero sus piernas lo traicionaron. Patinó hasta la orilla, directo hacia él. Los chicos a su alrededor dejaron de moverse, sosteniendo sus patines contra el hielo para no interrumpir esa escena que parecía sacada de una leyenda.

Jungkook apoyó una mano enguantada sobre la baranda de metal frío y enterró sus ojos en los de Jimin como un ancla.

—Ven aquí, mi príncipe de hielo —dijo con voz posesiva.

Jimin bajó la cabeza, mordiéndose el labio. Aquel hombre, con su traje negro y perfume de poder, lo reclamaba y le encantaba ser reclamado... Solo por él. Cuando estuvo lo bastante cerca, Jungkook levantó la mano y le apartó un mechón húmedo de la frente. El calor de sus dedos contrastó con el frío de la pista.

—No uses eso aquí —repitió Jimin, mirándolo con un leve puchero que solo empeoraba el temblor en sus muslos—. Hay chicos entrenando y no quiero que nadie más huela esas feromonas que son solo para mí.

—Me preocupas —murmuró Jungkook, su voz era humo, un ronroneo peligroso—. Esos saltos. ¿Y si te caes?

Jimin soltó una pequeña risa. Se irguió un poco más, tocando la mano grande del alfa sobre la baranda.

—Soy el príncipe de hielo... —susurró, con malicia—. Nunca me caería, Pakhancito.

—Si pudiera ir a las olimpiadas por ti; lo haría —susurró—. Pero este es tu asunto, tu sueño, tu logro, y estaré en las gradas viéndote hacer magia.

Las feromonas se hicieron aún más densas. Los chicos, uno a uno, se retiraron de la pista, fingiendo revisar patines o atarse cordones, aunque todos espiaban de reojo. Algunos no entendían por qué el omega más caro de Milán, se derretía de esa forma por un hombre que tenía la pinta de aplastar países con un chasquido.

Pero Jimin lo sabía, ese maldito príncipe de hielo, desde siempre, le pertenecía a ese lupo. Su instinto se lo decía. El Pakhan no era solamente un alfa atractivo y poderoso, ni un simple amante. Era su Alfa, el único que podía controlarlo, el único que era capaz de apaciguarlo... Jungkook le daba esa calma que creía que solo le podía dar el patinaje, Jungkook le daba todo lo que necesitaba.

—Termina ya —ordenó Jungkook, inclinándose para dejarle un beso fugaz en la frente—. Hoy entrenaste suficiente. Ven conmigo.

Jimin solo pudo asentir, con las mejillas rojas, pero después negó.

—Déjame realizar una última coreografía. Mañana toca la última práctica y pasado mañana es la competencia. No me puedo dar el lujo de descansar.

—Mmm —Jungkook acarició la espalda de Jimin, tenía la tela húmeda de sudor—. Cuida a nuestro cachorro, no te caigas.

—Ya te dije que nunca me caigo, soy el mejor sobre el hielo.

Jungkook soltó una exhalación. Deslizó la mano desde su nuca hasta la base de su espalda sudada, sus dedos delinearon la curva de su cintura y la línea que se hundía justo sobre su trasero. Un toque demasiado íntimo para un lugar tan expuesto. Jimin soltó un gemido bajito.

—Entonces... —ronroneó Jungkook, rozándole la oreja con los labios—. Realiza tu último ensayo de hoy para que ganes esa medalla, príncipe mío. Y después... —Una sonrisa se dibujó en su voz, oscura, peligrosa—... te la quitaré yo mismo, junto con todo lo demás.

Jimin se estremeció. Su respiración se entrecortó. Le sujetó la muñeca, reclamando un segundo más de caricia antes de separarse. Roxane carraspeó detrás de ellos, simulando no haber escuchado nada mientras le ofrecía de nuevo la chaqueta.

—Cinco minutos más de ensayo —intervino ella, manteniendo la voz neutra—. Déjelo concentrarse.

Jungkook se separó, relamiéndose los labios. Soltó la cintura de Jimin con una palmada suave que sonó como una marca de propiedad. Lo miró de arriba abajo como un tigre que memoriza cada curva de su presa.

—Cinco minutos —repitió, mirándolo fijo, queriendo devorarlo allí mismo—. Ni uno más, ni uno menos.

Jimin asintió, tomó aire y regresó al centro de la pista. Roxane lo siguió con la mirada, luego le pasó la chaqueta a Jungkook, quien la recibió sin apartar sus ojos del omega.

Mientras Jimin comenzaba a deslizarse de nuevo, el médico, se acercó al Pakhan sin atreverse a mirarlo directo a los ojos.

—Señor... —tosió—. No se preocupe. Park Jimin no se cae y aunque cayera; es de acero.

Jungkook solo respondió con un gruñido, sosteniendo la chaqueta con las iniciales plateadas contra su pecho. Su príncipe, su cachorro, su omega.

Lo veía realizar la coreografía con elegancia y precisión, se veía hermoso... frágil, tanto que aunque le dijeran que era de acero, su instinto protector no cedía y quería mantenerlo metido en una burbuja.

Pero esa burbuja se rompió cuando Jungkook escuchó el sonido de unos pasos secos que iban hacia él. Yoongi apareció, impecable, vestido de negro también. Sus ojos, inteligentes, letales, buscaron directo a Jungkook antes de posar un segundo en Jimin, que giraba lento, despidiendo la última nota de su ensayo.

Petrov y Roxane se hicieron a un lado. Hasta el médico bajó la cabeza. El beta de los Nostro no necesitaba más que su sola presencia para convertir la pista en su sala de operaciones.

—Artyom —saludó Yoongi, con un dejo cortés, aunque nada sumiso—. Tenemos que hablar.

Jungkook tensó la mandíbula, deslizando la mirada de su príncipe de hielo, brillante en el centro de la pista, hacia el intruso que interrumpía su momento. Guardó la chaqueta contra su brazo, dejando que el humo invisible de sus feromonas cubriera a Yoongi también, como un rugido silencioso.

—No estoy disponible —respondió, seco.

Yoongi no retrocedió ni un paso. Bajó las manos a los bolsillos, ladeó la cabeza y dejó escapar una risita breve, como si cargara un secreto demasiado grande para compartirlo en público.

—Si lastimas a Sergei, te mato. ¿Entiendes? Ya me dijo que lo despediste de la Bratva, está bajo mi cuidado y no permitiré que le pongas un solo dedo encima.

—¿Te dijo la razón de su despido? —cuestionó Jungkook con las cejas alzadas—. Deberías preguntarle.

—No quieras meter tu veneno de alfa lupus en mí. Yo no vengo a discutir contigo. —Sus ojos se clavaron en Jimin, que ya se acercaba a la baranda, respirando agitado y con las mejillas encendidas—. Vengo a llevarme a mi capo.

Jungkook chasqueó la lengua. Dio un paso al frente, acercándose tanto que si fuera otro hombre, ya estaría muerto. Pero era Yoongi. El beta con licencia para caminar entre monstruos.

—No se va contigo —gruñó Jungkook, con la voz ronca de amenaza—. Su entrenamiento terminó y viene conmigo.

Yoongi suspiró, fastidiado. Dio un paso para ponerse justo frente a la baranda, ignorando el olor denso a alfa lupus que cargaba Jungkook.

—Terasov, escúchame bien —dijo, bajo, firme—. Yo no me meto en tus asuntos de la Bratva. Nunca lo he hecho. Tú no te metas en los de los Nostro. Deja que mi primo cumpla con su deber.

Jimin se detuvo tras la barrera. Miró a Yoongi primero, a ese primo que era su sombra cuando quería y luego miró a Jungkook, su alfa, su muro de carne y pólvora.

—¿Qué deber? —escupió Jungkook, mirando a Yoongi—. No hay deber más alto que mantenerlo vivo. Es mío.

Yoongi arqueó una ceja. Dando una palmada suave sobre la baranda.

—Y seguirá siendo tuyo. Si lo dejas ser Nostro por cinco malditos minutos. —Luego giró la cabeza hacia Jimin—. Baja del hielo. Tenemos asuntos por resolver, ahora.

Jimin patinó hasta la salida, desabrochando los protectores de sus cuchillas. Jungkook le tomó la muñeca al instante, deteniéndolo. Fue un agarre suave, pero lleno de un poder tan feroz que Yoongi se inclinó hacia adelante, divirtiéndose ante la posesividad del alfa.

—Cinco minutos —dijo Yoongi, sin titubeos—. Conmigo está a salvo y lo sabes.

Jimin, con la respiración aún agitada, rozó la mejilla de Jungkook con la suya. Un roce de calma para un lobo rabioso.

—Volveré en un instante, Pakhancito... —susurró—. Soy el capo, que no se te olvide.

Y Jungkook, gruñendo por dentro, soltó su muñeca como si lo estuviera dejando ir a una guerra.



Cuando Jimin subió al vehículo, Yoongi comenzó a tocarlo por todas partes, buscando alguna grabadora que le hubiera puesto Jungkook, después le quitó su teléfono y lo apagó.

—¡Oye no tengo nada! Jungkook juró no volver a ponerme algo y si me lo pone yo mismo le corto los huevos.

—Da igual, es para asegurar.

—¿Qué es eso tan grave que me quieres contar?

—Lo que te voy a contar no puede saberlo tu alfa, ¿entiendes?

Jimin asintió, después el coche negro de Yoongi se deslizó por las calles de Milán al igual que un espectro. Jimin, en el asiento del copiloto, lo veía con los ojos bien abiertos, se habían ido tan rápido que ni siquiera se duchó, ni se quitó la ropa de entrenamiento, iba vestido con la licra que delineaba cada músculo.

—¿Qué pasa, hyung? —preguntó Jimin, bajando la voz cuando notó que Yoongi desconectaba su propio celular y tiraba su reloj dentro de la guantera—. ¿Por qué no puedo contárselo a mi alfa?

Yoongi detuvo el coche en un semáforo y guró la cabeza, mostrando la línea oscura de su mandíbula, tensa.

—Porque si Jungkook escucha lo que te voy a decir... —Hizo una pausa—. Hará estallar toda Europa en un día.

Jimin tragó saliva, sintiendo el el sudor frío que antes era adrenalina convertirse en algo más espeso, viscoso.

—¿Qué me vas a decir?

Yoongi lo miró por el retrovisor. Sus ojos estaban vacíos, profesionales, letales.

—Es sobre Anikka Terasov —soltó, como una daga bien clavada—. Planea matarte durante las Olimpiadas.

El coche siguió avanzando, tragándose la luz de Milán como si cada farola fuera una vela encendida para un funeral que aún no ocurría.

—¿Qué...?

—Me lo dijo Taehyung.

—Jungkook me dijo que no confiara en Taehyung porque está de lado de su madre, tengo que decirle esto, él sabrá qué hacer.

Yoongi frenó de pronto, después se giró para mirar a Jimin a los ojos y sostenerlo de los hombros.

—Taehyung está conmigo, el... —Yoongi tragó saliva—. Él y yo nos casamos en secreto.

—¿Qué?

Yoongi suspiró.

—Después de nuestra última pelea, yo le exigí lealtad y él me contó que Jungkook había permitido que Roma te capturara para vengarse por lo de Lucien. Aquel día nos prometimos mutuamente que no nos traicionaríamos entre nosotros. Después fuimos con un notario y ahora somos esposos.

—¿Cuándo te casaste?

—El mismo día que Mijail y Shān Hu.

—¿Qué?!

—Nuestro primer vals fue ahí, en esa boda. Fingíamos entre risas que los aplausos de los invitados eran para nosotros.

»Comenzamos a trazar un plan efectivo, bueno... Varios planes. Viktor fue una prueba de lo fatal que podrían salir nuestros planes, pero al menos comprobamos que Jungkook no tiene palabra y que hace lo que le plazca por mera conveniencia.

»Cada plan que hacíamos era más complicado que el otro, pero, estuvimos previniendo distintos escenarios.

»Era obvio que Anikka Terasov querría venganza después de que Kang muriera, era obvio que querría vengarse de ti y era obvio que yo me pondría en su contra con tal de protegerte.

»Taehyung ama a sus hermanos. Él... —Suspiró—. La noche que nos embriagamos en Francia, Italia le contó lo que le sucedió a ella y a Artyom en una de las misiones que la mafia los obligó a realizar juntos y sabe que sus hermanos lo protegieron todo este tiempo.

»Mi novio no es como el tuyo. Mi novio creció distinto porque sus hermanos le ocultaban cosas atroces, lo protegían. ¿Crees que iba a traicionarlos? Pff, Mi Tae es el hombre con el corazón más precioso que he conocido.

—Me contaste que mató a tu ex novio...

—Bueno, lo hizo por amor —contestó suspirando—. El punto es que tengo un plan. Anikka no lo verá venir, pero es necesario que Jungkook tampoco porque si se entera entonces todos nuestros planes se irán al carajo.

—No lo sé...

—Jimin, yo moriría por ti —aseguró Yoongi—. Déjame demostrártelo.

—¿Cuál es el plan? Si me lo dices puede que acepte...

—Es sencillo, solo tienes que confiar y no decirle nada a tu novio. Así te mantienes a salvo tú y la bestia que llevas en tu vientre.

—Si le vuelves a decir bestia, te arranco la lengua. —Cruzó los brazos, indignado.

—No te ha marcado el cuello, ¿verdad? —preguntó, ignorando el comentario anterior.

—Me acabas de toquetear todo, ¿no te diste cuenta? —Jimin rodó los ojos—. Por supuesto que no me ha marcado, estamos esperando el momento perfecto.

—Estupendo, más a nuestro favor —murmuró.

—Jungkook es inteligente y fuerte, es mucho más fuerte que yo... ¿Qué te hace creer que no se dará cuenta de tu plan?

—No necesitas ser el más fuerte para demostrar tu valía, y yo demostraré que un simple beta puede salvar a su capo y a toda una organización con un poco de astucia.

Hubo un silencio, pero después Jimin lo rompió.

—¿Entonces Taehyung no está intentando matarme?

—Él quiere protegerte porque eres importante para mí, porque eres importante para su hermano y porque llevas un bebé en tu vientre.

» *Mi alfa no es un traidor.*



Hasta aquí el capítulo de hoy!!!!

Yo solo quiero acusarlas porque son bien quién sabe cómo 🙄🙄🙄🙄 luego luego juzgaron a Tae bebé.

Se dejan engañar muy fácil 🐼

Luego dando ideas para la muerte del traidor y mi chiquito todo bello y precioso.

**Que mal me caen 🙄
Bloqueadas por juzgonas!**



[30] Reloj



—Las cinco mafias más poderosas del mundo Juramos lealtad no a un hombre, ni a un trono, sino al equilibrio de las Cinco Familias. Nuestros intereses personales jamás estarán por encima del pacto. Si alguno de nosotros rompe esta ley, perderá el derecho a misericordia —decía Luca Nostro, bebiendo de su jugo de naranja, lo último que bebería antes de morir.

Italia apretaba los labios con esa forma elegante y ladina que hipnotizaba hasta las moscas, sus labios eran rojo veneno. Luca Nostro, su padre, estaba frente a ella, sentado en la silla, junto a Lee Bong, quien no paraba de mirar las treinta monedas de plata sobre la mesa.

—¿Con intereses personales se refiere a mi hijo? —preguntó Jungkook.

—Ustedes mismos me dijeron que fue inseminación in vitro, que no hay romance entre ambos, entonces, si no piensas casarte con mi hija y llegar a un acuerdo entre la mafia rusa y la italiana, ¿qué sentido tiene que viva ese niño? Es mejor que Italia siga con los planes de matrimonio con Lee Bong.

—¡No voy a casarme con Bong, ya te lo dije cientos de veces! —gritó Italia, golpeando la mesa—. Tampoco con Artyom, pensarlo me da asco.

Luca soltó una carcajada áspera, de garganta rota por los cigarros.

—Eres mi hija, pero sigues siendo mi Sottocapo. Tienes que obedecerme, Italia. ¿A caso te revelas contra tu Capo?

—No voy a casarme.

—Entonces ordenaré tu ejecución.

—No conmigo presente, señor —dijo Jungkook, levantándose de la mesa.

—Si me matas vas a tener que lidiar con tu hermano —le dijo a Italia—. Sabes que su temperamento es más complicado que el de cientos de alfas.

—Puedo lidiar con él, pero no mataré a mi hijo.

—¡Ni siquiera visitas a ese niño, por favor! Mátaalo y cumple tus acuerdos. ¡Se profesional, caramba!

Italia ladeó la cabeza, contemplando las luces de las velas. Su perfil era el de una reina en ruinas.

—No traicionaré a ese niño, no seré como tú.

Luca sonrió. Fue una mueca terrible, un presagio.

—Todos traicionan, Italia. Incluso tú. Lo estás haciendo justo ahora, ¿no? Esa es la razón de que el Pakhan viniera a desayunar a este lugar. Esa es la razón por la que mataste a esos Yakuzas ayer, no querías que descubriéramos tu secretito.

»Es hora de que tu hermano se entere del negocio familiar, unirlo a nuestras filas. Él tiene el coraje que te falta, él no tiene alma, él no dudaría en matar a ese niño.

—¡No metas a mi Lupo en esto. Es el ser más adorable del mundo! —gritó.

—Solo tú lo miras así, si eres neutral te darás cuenta de que es una bestia disfrazada de ángel.

Italia respiró hondo. Tragó saliva como si tragara fuego. Miró de reojo a Jungkook, que se mantenía erguido, inmóvil, la mano derecha dentro de su abrigo. Sabía que ahí dormía su pistola.

Lee Bong carraspeó. Sus dedos, finos como un bisturí, acariciaron la bolsa de terciopelo que contenía las treinta monedas de plata. Una sonrisa casi infantil se dibujó en su boca

torcida.

—Italia —dijo Luca con un susurro de desprecio—, sé una buena hija. Sé una buena Nostro. O cumples la orden... o mueres hoy mismo.

Italia giró la cabeza. Miró la luz de la vela sobre la mesa, miró el jugo de naranja medio bebido, miró a su padre. Su padre, el Capo di tutti capi, el monstruo que la hizo, que la moldeó.

—Si vas a ejecutarme... —susurró, tragando la ira—, hazlo tú mismo, padre. Mirándome a los ojos.

Luca soltó una risa áspera, de garganta rota por los cigarros. Dio un sorbo lento a su jugo, como si saboreara su último poder.

—Bien, ¡Cornelio! —gritó sin mirarlo—. Limpia este desastre.

Pero su hombre más leal no se movió para tocar a Italia. Sin embargo, la mirada de Jungkook era oscura, su dedo rozaba el gatillo dentro del abrigo.

Italia giró los ojos hacia Cornelio, sin miedo.

—Hazlo —murmuró ella—. Haz lo correcto, Cornelio.

Luca abrió la boca para protestar. Para maldecir, para decir algo más.

No alcanzó.

Jungkook sacó la pistola. Disparó a quemarropa.

La bala entró en la sien de Luca Nostro. Su jugo de naranja se volcó, tiñendo el mantel de oro líquido mezclado con sangre. Su cuerpo golpeó la mesa con un golpe seco, un último aliento que se enredó en el humo de su cigarro apagado.

Lee Bong dio un paso atrás, tomando las monedas para salir corriendo del restaurante. Italia no lloró. Solo respiró hondo a medida que Cornelio sostenía su arma apuntándola.

—Iré por mi hermano. Te veo en Rusia —dijo, su voz era un soplo helado—. Él nos ayudará a proteger a Lucien.

Jungkook apuntó a Cornelio.

—Si tu hermano resulta ser un dolor de muelas...

—Mi hermano es encantador —susurró Italia, acomodándose el cabello manchado de la sangre de su padre—. Es un Lupus igual que tú: agresivo, incontrolable, pero con un corazón de oro. Tenemos que enseñarle a ser un buen Capo.

—¿Tenemos? No me metas en esto, Italia. Yo solo estoy ayudándote por el niño.

—Mi hermano debe ser fuerte. Nos ayudará a proteger a Lucien —insistió ella, con una media sonrisa—. Lo adorará, te lo prometo... Tiene que hacerlo.

—Ni siquiera visitamos seguido a ese niño...

—Lo haremos después. Se lo contaré todo a mi hermano. Estoy segura de que lo va a entender... y lo va a adorar.

Jungkook exhaló, mirando el cadáver de Luca que aún goteaba sobre las velas. Su voz fue apenas un rugido sordo:

—¿Por qué no eres tú la Capo?

Italia ladeó la cabeza, en un gesto casi felino.

—Porque mi hermano está destinado a esto. Es agresivo, ya te lo había dicho. Mató a bastante gente antes... al último con un simple bolígrafo —susurró eso último—. Él será quien termine lo que empecé.

Y los disparos comenzaron, siendo Cornelio quien dio la orden pues habían traicionado al Capo, su propia hija...

—Ay no, Cornelio —jadeó Jungkook quitándole el arma y disparándole en la cuenca de los ojos—. Qué fácil es matar italianos —añadió.

Italia salió del restaurante como alma que lleva el diablo. Italia se montó en su motocicleta de un salto, ajustó el casco sobre su melena grisácea y encendió el motor. Presionando el acelerador con todas sus fuerzas, tenía que llegar a Jimin en cuanto antes, aunque presentía que aquel día podría morir... Tenía que hacerlo.

La verja principal de la villa Nostro se abrió con un quejido viejo. Allí estaba Horus, su lobo. Enorme, gris, con ojos casi humanos. La esperaba al borde del sendero empedrado, con la cola baja y las orejas tensas igual que un soldado en guardia. Italia detuvo la moto un segundo, apoyó los pies sobre la grava húmeda, se quitó el casco y bajó para arrodillarse frente a él.

El lobo empujó su hocico contra su pecho. Ella lo rodeó con ambos brazos, enterrando la cara en su pelaje.

—Precioso... —susurró, con voz ronca, deshilachada de rabia y ternura—. Tengo un mal presentimiento de este día. Lo sabes, ¿en?

El animal soltó un leve gemido, moviendo la cola. Italia le tomó la cabeza entre las manos, obligándolo a mirarla.

—Si yo muero, Jimin va a querer vincularse contigo. No lo dejes hacerlo, Horus. Resístete. ¿De acuerdo? Guarda mi secreto.

El lobo la observó en silencio, parpadeando despacio. Después inclinó la cabeza, rozándole la frente con la suya.

"¿Cuál de tantos secretos, Minji?" Preguntó.

Italia soltó una risa. Sus labios se curvaron en una media sonrisa que era pura derrota.

—Para empezar... que nadie sepa que estoy enamorada de Artyom. Ni una sola puta palabra —murmuró, respirando hondo para tragarse el temblor—. Tampoco que Jimin tiene un hijo con él. Lo hice con los óvulos que robé el día que lo drogué... Un hijo de alfa y omega lupus es nuestra única esperanza para unir las dos mafias más poderosas del mundo. —Se apartó un segundo, tomó el hocico de Horus entre sus manos. Sus dedos temblaban—. Esa información debe salir a la luz en el momento exacto. Ni antes ni después.

Horus soltó un leve gruñido.

"¿Y quién va a revelarla si mueres? Porque piensas que morirás... ¿por qué piensas que morirás? ¡Mataré a quien se atreva a tocarte!"

Italia sonrió, pequeña, devastada.

—Corvo —dijo, besándole la cabeza—. Él va a descubrirlo a su tiempo. Lo de Lucien... porque lo de mi enamoramiento... eso se va conmigo a la tumba.

Se incorporó de golpe.

"Mataste a tu padre."

Dijo Horus

—No lo maté yo, simplemente no me opuse a que alguien más lo hiciera. Técnicamente no cuenta como homicidio.

"Es lo mismo, Minji..."

—¡Vamos, Horus! —gritó, ignorando a su lobo—. Tenemos que huir... o intentarlo.

El lobo corrió junto a ella hacia el interior de la mansión.

"¿Intentarlo? ¿Presientes que morirás? ¿Por qué?"

—No lo presiento. ¡Lo sé! Pero no importa, precioso. Jimin estará bien. Artyom y Corvo lo protegerán. Es un lupus, confío en sus colmillos.

Dijo eso último antes de ingresar a la mansión, las puertas se abrieron de dora en par y entonces aplaudió.

—¡Caballeros! —gritó llamando a los empleados—. ¡Alisten todo que hoy mi hermanito deja de ser Park Jimin para convertirse en el nuevo Capo di tutti capi!

—¡Sí, Sottocapo! —gritaron quienes lograron escucharla.

Momentos después, todos ellos se pusieron a buscar sus armas, quitarse sus ropas de servidumbre y colocarse chalecos antibalas. Mientras tanto, Italia subía las escaleras a zancadas hasta ingresar a la habitación de Jimin que estaba cantando una canción de los ochentas, él estaba desnudo, a punto de ponerse una bata de seda blanca.

—¡Jimin, vístete ya! —espetó con una voz firme, cerrando la puerta detrás de ella—. Hay traidores. Nos están buscando. Quieren matarnos.

Jimin se quedó congelado. Su toalla a medio anudar, el cabello aún goteando y parpadeó mientras que una gota de agua le recorría la mejilla cayendo por la línea de su mandíbula.

—¿Qué...? —alcanzó a decir, confundido—. ¿Traidores? ¿Quién? ¿Qué estás diciendo?

Italia avanzó por la habitación con paso firme, evitando los charcos de agua que él había dejado con su andar relajado. Llevaba un conjunto negro de cuero ajustado, gafas oscuras aún puestas y una funda de arma que se notaba bajo su abrigo corto. El contraste entre su presencia de femme fatale y el ángel mojado y desorientado que era Jimin, casi era cómico.

—Escúchame bien —dijo, bajando las gafas para mirarlo a los ojos—. Nuestro padre no es solo un excéntrico millonario que colecciona arte bizantino y relojes de oro. Es el capo di tutti capi. El líder supremo de la mafia italiana. Y tú, mi querido hermano, eres su heredero.

Jimin soltó la toalla por puro impacto. Ni se dio cuenta. Se la volvió a ajustar, en automático.



Tiempo después...

Una chispa despertó dentro del cerebro de Yoongi, con Roma enjaulada en el sótano de los Nostro y Jimin dormido.

Avanzó con cuidado a la habitación de Jimin en donde tenía sus relojes, trajes, su enorme armario de lujo. Buscó con cuidado hasta encontrarla. Había visto a Italia comprar aquel objeto para el cumpleaños de Jimin, para ese último cumpleaños que pasaron juntos, su prima había mencionado muchas veces que las respuestas siempre eran dadas con el tiempo. Yoongi no lo entendió en ese momento, pero lo estaba entendiendo en ese instante.

Tomó la caja con suavidad, al abrirla se encontró con un reloj *Patek Philippe de edición limitada*, incrustado con pequeños diamantes negros en la correa y zafiros azul profundo en los números romanos. En el reverso, grabado con láser, se leía:

" Per chi nasce lupo, anche il cielo è una gabbia." ("Para quien nace lobo, incluso el cielo es una jaula").

Esas palabras, esas frases lo llevaron directo a distintas conversaciones que llegó a tener con su prima acerca de sentirse enjaulado dentro de la mafia. Ella... Italia también se sentía enjaulada, por eso tenían esa frase en común, se la decían el uno al otro de vez en cuando.

—Hija de puta... Este reloj era para mí. Pero... ¿por qué?

Sostuvo el reloj entre sus dedos enguantados. Lo giraba despacio, observando cómo la esfera de cristal reflejaba la luz. Era una pieza antigua, elegante que ahora estaba allí, quieto, frío sobre su palma, cargado con el perfume fantasmal de un cariño y de una lealtad que ni la muerte pudo disolver.

Revisó bien la caja sin encontrar nada extraordinario, pero después comenzó a jugar con los engranes del reloj tratando de encontrar algo, cualquier cosa. Hasta que comenzó a jugar con la tapa... Tapa que minutos después se abrió sola, escuchó el leve clic del mecanismo. La manecilla seguía girando, necia, igual que el corazón de esa mujer maldita que nunca supo morir del todo.

Dentro del engranaje, casi invisible a simple vista, estaba el diminuto chip. Yoongi lo arrancó con un alfiler. Lo sostuvo a contraluz. Luego se recostó en la silla, encendió un cigarro y lo conectó a su reproductor portátil.

El audio chisporroteó. Un murmullo. Después, su voz. Esa voz y la risa que tanto odiaba amar.

— *Sí, sí... Qué gran cliché...* —empezó Italia, burlona, divertida. Yoongi cerró los ojos. Sintió cómo la ceniza caía sobre su pantalón sin importarle—. *Pero si escuchas esto significa que estoy muerta y que ahora tienes que ayudar a mi hermano a ordenar y organizar la mafia italiana.*

Yoongi soltó el humo por la nariz. En su garganta ardía un insulto que no se atrevió a pronunciar.

— *Tengo una tercera hermana... No olvides que está loca. Por favor mantenla en el manicomio y, si da problemas, ejecútala.*

El golpe seco de una verdad sin anestesia. Yoongi se pasó la mano por la frente, escuchando cómo la voz de Italia se volvía un susurro cada vez más íntimo, más como un secreto que una orden.

— *El resto no me importa, Yoongi. Lo único que me importa es mi hermano. Pase lo que pase, tienes que protegerlo. Evitar que muera. Evitar que sea controlado como lo fuimos nosotros.*

La ceniza del cigarro se consumió hasta quemarle los dedos. No la apartó, no apartó nada.

— *Conviértelo en el amo de las mafias. ¿Cómo? Eso te lo dejo a ti que eres mi cerebritito, yo solo soy bonita y puedo matar luciendo un par de tacones espectaculares.*

Hubo un silencio breve. Un suspiro que viajó años y países para reventarle el pecho.

— *Mi plan fue absurdo, lo sé. Una moneda tirada al aire... Posiblemente moriría, lo sabía. La verdad es que morí hace muchos años atrás, Yoongi.*

»*Te juro que no me iré de este mundo sin haberme asegurado de matar a papá. ¿Utilizaré a Artyom Terasov para hacerlo? ¡Lo haré! Papá no permitirá una alianza sin un matrimonio de por medio, por eso tuve que hacerlo. Tuve que decirle a Artyom que mi padre quería matar a su hijo. Porque solo así me ayudaría a terminarlo.*

»*Sabes que me hizo mucho daño, sabes que te hizo mucho daño y que lo seguiría haciendo de estar vivo. Estoy grabando esto porque el día después de mi cumpleaños veré a papá*

junto con Artyom. Si todo sale bien, él estará muerto para cuando escuches esto... Y quizás yo también.

»Mi único fin para vivir durante tantos años era asegurarme de que Jimin tuviera una buena vida en la mafia, ese lupo... —Italia soltó una risa amarga—. Es lo que más amo en este jodido y podrido mundo. Sávalo a él, también a Artyom.

»Haz que se lleven bien —continuó ella, con voz suave, quebradiza—. Tienen que llevarse bien porque comparten un lazo que no saben que tienen, pero que espero que se fortalezca algún día. Mmm... Busca el laboratorio clandestino del viejo ónix. Ahí encontrarás respuestas, sé que el viejo guarda una copia de todo. Exígele esa copia, solo así sabrás la verdad.

»Y... Lamento no haberte contado todo, pero si te lo contaba. Si sabías que una de las posibilidades para deshacerme de mi padre sería mi muerte, no me dejarías hacerlo.

El audio se detuvo. El clic del final. Yoongi no se movió. Apagó el cigarro contra su palma desnuda, sintiendo la quemadura abrirse como un recordatorio de que estaba vivo y de que la muerte de Italia no era más que otro candado imposible de romper.

Dejó el reloj sobre la mesa. Se le quedó mirando, como si pudiera escuchar su voz resonar entre los engranajes.

—Italia... —murmuró—. Me diste muy poca información. ¿Qué carajos voy a hacer contigo?

Se puso de pie. Afuera, la noche latía igual que un corazón podrido, esperando la próxima traición. Yoongi metió el reloj en su bolsillo interior, sintiendo su peso frío sobre las costillas.

En la puerta, Rahab lo esperaba. El lobo levantó la cabeza, olfateó su abrigo como si aún pudiera rastrear la sombra de Minji entre la lana. Yoongi le pasó la mano por la cabeza, su voz se quebró.

—Vamos, Rahab... —susurró, clavando la mirada en el pasillo oscuro—. Tenemos trabajo que hacer al terminar la interrogación de Roma.

Cerró la puerta tras de sí, llevándose consigo un engranaje que nunca dejó de girar.



Actualidad...

El sol de Milán se colaba por las rendijas de la persiana, dibujando líneas de oro sobre la sábana blanca que cubría su cama. Jimin abrió los ojos despacio, temía espantar ese instante. Tardó unos segundos en entender dónde estaba: en el centro de su cama, pegado a la fuente de calor más feroz que había conocido.

El pecho ancho de Jungkook se movía lento contra su espalda. El alfa respiraba dormido, profundo, estaba soñando con mantener a su omega a salvo incluso entre sueños. Sus feromonas, densas, dulces y salvajes, impregnaban cada fibra de la tela. Flotaban como humo caliente, hundiéndose en su nuca, envolviéndolo en un capullo de olor a lobo satisfecho.

Jimin sonrió, cerrando los ojos de nuevo. No necesitaba abrirlos para saber que la mano grande de Jungkook estaba posada justo sobre su vientre, protegiendo el resultado del terrible amor y deseo que sentían el uno por el otro. Sus dedos, entrelazados sobre la fina piel tibia, acariciaban de vez en cuando. Un beso le rozó la nuca. Jimin sintió el leve cosquilleo, la barba rala de Jungkook rozándole la piel mientras murmuraba palabras que ni siquiera él entendía. Un idioma inventado, mezcla de ruso, susurros posesivos y promesas de un siempre que no sabía que se le escapaba entre los dedos.

—Mi alfa... —susurró Jimin, sin moverse, acariciando con sus nudillos la mano que lo rodeaba.

Pero Jungkook no contestó. Dormido, deslizó los labios de su nuca a su hombro, plantando otro beso lento. La calidez de su respiración hizo que Jimin sintiera un nudo dulce en el pecho. Aferrándose a la mano que lo rodeaba, entrelazando sus dedos como si pudiera encadenar ese momento a la eternidad. Sintió que el alfa sonreía medio dormido, pegando más su cuerpo contra su espalda. Su muslo pesado se acomodó sobre sus caderas, encerrándolo en un abrazo que no admitía escapatoria.

— *Mío ...* —murmuró Jungkook, la voz ronca y rota por el sueño—. *Mi príncipe... mi hielo, mi fuego... todo mío.*

Jimin tragó saliva, una lágrima silenciosa se le quedó atrapada en la comisura del ojo. No la dejó caer. Pero giró un poco el rostro, buscando el perfil de Jungkook. Lo encontró medio oculto entre la almohada, el cabello revuelto, los labios entreabiertos. Un hombre que podía quemar países enteros y, sin embargo, allí era solo un cachorro aferrado a su tesoro.

— *Sí... tuyo* —susurró Jimin con su voz dulce de omega, en un hilo de voz—. *Siempre tuyo*.

Jungkook, apretó más su vientre, rozó sus nudillos con la punta de la nariz. Depositó otro beso, uno más largo, más consciente. Despertaba lento, perezoso, con esa forma de lobo domesticado que solo Jimin conocía.

Cuando abrió los ojos, sus pupilas oscuras lo miraron con una devoción genuina porque para Jungkook no existía nada más que ese par de ojos azules que tanto adoraba.

—¿Estabas llorando? —preguntó Jungkook, con voz ronca, herida de ternura.

Jimin negó.

—No... —mintió—. Yo... estoy feliz.

Jungkook ronroneó, rozándole la frente con la suya. Sus feromonas se hicieron aún más pesadas, calientes, cubriendo la habitación de manera invisible. Sus labios bajaron, esta vez hasta la clavícula. Mordió, posesivo. Después se apartó un segundo solo para verlo, para grabar la curva de sus pestañas, el brillo frágil de su boca.

—Te amo... —dijo Jungkook—. Nunca olvides y tampoco dudes que eres lo que más amo en este jodido mundo.

Jimin sintió que algo dentro de su pecho se quebraba al igual que hielo fino. Lo sujetó del rostro, enterrando los dedos en la mandíbula firme. Lo besó lento, imprimiendo cada latido en la boca del otro.

—Te amo más —susurró contra su boca—. Más que el hielo, más que el oro, más que mi propia vida.

Jungkook soltó un leve gruñido, esas palabras le dolían de pura felicidad. Lo envolvió de nuevo, besándole la sien, el cuello, el borde de la oreja. Cada beso era un clavo y una bendición.

—Te amo, Jimin... —volvió a decir, esta vez pegando su frente al vientre del omega, murmurando algo apenas audible contra la piel—. Y a ti también, pequeña estrella. Te prometo que siempre voy a cuidarte.

Jimin cerró los ojos. Se dejó envolver, escuchando ese ronroneo grave que lo arrullaba como una canción de cuna. Aferró la mano grande sobre su vientre, besando sus propios nudillos para que ese juramento quedara marcado ahí, donde nadie pudiera borrarlo.

—Tenemos que buscarle un nombre —susurró Jimin—. Pero pequeña estrella me parece adorable.

—Tenemos mucho tiempo para pensar en un nombre, mientras tanto vamos a ducharnos. ¿No tienes que estar temprano en tu evento?

—Mjm... —Se estiró en la cama—. Vamos a bañarnos, quiero bañarme contigo.

Momentos después el agua caía tibia, resbalando sobre la piel de ambos dentro de la ducha, Jungkook estaba de espaldas, con la cabeza agachada, dejando que la lluvia artificial empapara cada fibra de sus músculos tensos. Sus brazos, tatuados de líneas y marcas, reposaban contra los azulejos. Detrás de él, Jimin pasaba el jabón con movimientos delicados. Tallaba despacio, como si cada surco de espuma fuera una oración. Cada caricia era un te cuido, un te reclamo, un te amo sin decirlo.

Jimin se inclinó, besó la nuca húmeda de Jungkook, sintió su olor mezclarse con el vapor. Frotó el jabón, rodeó la cintura ancha, marcó con sus palmas la forma perfecta de la cadera que tantas noches había sostenido para anclarse a la vida.

—Pakhancito... —susurró, casi como un niño—. Qué espalda tan enorme... toda mía.

Jungkook soltó un gruñido suave, ladeó el rostro y lo miró por encima del hombro. Sus ojos, medio cerrados por el calor, parecían aún más oscuros y hambrientos. Se giró, lo suficiente para atrapar a Jimin por la nuca y devolverle la caricia.

—Ahora yo... —ronroneó, tomando el jabón de sus manos.

Lo volteó con cuidado, pegando su pecho contra la espalda de Jimin. Fue su turno de trazar caminos de espuma, bajando despacio por la columna que tanto había besado. Las burbujas caían, resbalaban por la curva de su trasero, chocaban contra los muslos tensos que Jungkook sostuvo con firmeza.

Jimin dejó escapar un jadeo pequeño cuando los dedos grandes dibujaron círculos en su vientre plano. Jungkook se inclinó, besándole el hombro.

—Tan suave... tan perfecto... —le murmuró al oído, sintiendo el corazón del omega retumbar contra sus costillas.

Se quedaron así un rato. El agua borraba la espuma, pero no podía borrar lo que estaba escrito en su piel, ni lo que cada uno guardaba detrás de la lengua. Cuando se separaron,

Jimin se volvió para enredar sus brazos en el cuello de Jungkook, apoyando la frente en su pecho.

—¿Desayunamos? —preguntó con una vocecita que reservaba solo para él.

—Desayunamos —respondió Jungkook, besándole la coronilla.

Minutos después, la cocina olía a pan caliente y café recién colado. Jimin estaba sentado en la isla, ya tenía puesto su uniforme representando a Corea. Jungkook, de pie frente a él, sostenía una taza mientras lo miraba comer un trozo de fruta.

Nadie decía nada. No hacía falta. Jimin masticaba lento, como si quisiera grabarse cada sabor en la lengua. Jungkook se acercó, le limpió un poco de jugo del labio con el pulgar. Fue todo el permiso que necesitó el omega para sujetarle la nuca y jalarlo a un beso.

Un beso lento, húmedo, con sabor a despedida. Se besaron largo rato, respirando el uno en la boca del otro, como si quisieran memorizar la forma de pronunciarse sin palabras.

Cuando se separaron, Jimin pegó su frente a la de Jungkook. Sonrió. Esa sonrisa que siempre parecía tallada en cristal fino.

—Pakhancito... —murmuró, cerrando los ojos—. Hoy quiero que veas mi actuación... te la voy a dedicar de nuevo. Será la última. Después de esto... —Su voz tembló apenas—. Creo que me dedicaré a ti, a nuestro cachorro... y a la mafia.

Jungkook tragó saliva. Se quedó quieto, sosteniéndole el rostro con ambas manos como si temiera que se rompiera.

—Puedes seguir patinando, Patito... Se que amas hacerlo.

—Mis años como patinador terminan hoy. —Suspiró—. Antes, el hielo lograba calmarme, mantener mi mente y cuerpo ocupados. Pero ahora, tú logras más que eso.

»Además, es tiempo de darle espacio a más generaciones, si hoy gano El Oro será mi bicampeonato, tener el tercero ya es avaricia y no soy avaricioso... Bueno, solo cuando se trata de ti. —Sonrió de oreja a oreja.

Jungkook asintió, con esa dulzura que dolía más que cualquier puñal. Se abrazaron una última vez, envueltos en la tibieza del café y el murmullo de los pájaros detrás de la ventana.

El claxon suave del vehículo rompió el hechizo. Roxane, impecable, esperaba junto a la puerta principal, custodiada por un par de guaruras uniformados. El auto negro de la delegación deportiva brillaba bajo el sol pálido de la mañana milanese.

Jimin respiró hondo. Se ajustó la chaqueta. Miró a Jungkook como si quisiera beberse hasta su sombra.

—Me miras bien en mi actuación, Pakhancito.

Lo besó de nuevo, esta vez breve, casto y se apartó, caminando hacia la puerta con la cabeza en alto. Subió al vehículo sin voltear, como el príncipe de hielo que era.

Jungkook se quedó en la entrada, inmóvil. Sus manos, cerradas en puños, temblaban dentro de los bolsillos cuando miró que el vehículo arrancaba, después frunció el ceño porque Mirabella comenzó a aullar desde su habitación. Aún así se quedó quieto, mirando la caravana de seguridad que lo seguía, Jimin se fue, llevándose consigo el último latido tranquilo de su Alfa.

Pero de inmediato se subió a su automóvil, siguiéndolo. Conducía con una mano firme sobre el volante, la otra sostenía el móvil pegado a su oreja mientras atravesaba las avenidas húmedas de Milán a toda velocidad.

—¿Namjoon? —dijo apenas la línea se abrió—. Voy para allá. Necesito que los líderes del Metka estén listos para cualquier cosa. *Cualquiera*. Somos tres los que estamos de acuerdo en proteger al capo, la ley del Metka es clara.

Del otro lado, la voz de su hermano llegó envuelta en la calma que siempre lo salvaba del naufragio.

—Tranquilo, hermano. Todos ellos están al tanto de la situación. Ya enviaron a sus hombres. El Mediolanum Forum estará rodeado como una fortaleza. Si alguien se atreve a tocar a Jimin... —Hubo una breve pausa—. Muere.

Jungkook soltó una carcajada. Pisó el acelerador al salir de un semáforo, esquivando un coche sin frenar. En su mente solo ardía el recuerdo del beso de Jimin, de sus manos pequeñas diciendo Te amo como una bendición y una condena.

—Después de estas olimpiadas —gruñó—. No voy a permitir que se separe un solo segundo de mí. Estoy irritado, enojado y... —calló, tragándose algo más grande que un grito—. ¿Has hablado con Taehyung?

Namjoon suspiró. Un leve eco de teclas se escuchó de fondo, probablemente revisaba mensajes, coordenadas, órdenes encriptadas.

—No. —respondió al fin, cortante—. Está con Corvo. Al parecer irá a ver a Jimin actuar.

Jungkook frunció el ceño, cambiando de carril con un volantazo preciso.

—Madre también irá —soltó después de unos segundos de silencio, como si masticara vidrios—. Dijo que quería verlo, pero eso me es sumamente sospechoso, no hay que bajar la guardia.

Del otro lado de la línea, Namjoon permaneció mudo. El silencio de su hermano era más ruidoso que cualquier explosión.

—Eso es lo que me preocupa —añadió Jungkook, bajando la voz—. Hay algo que se me está escapando... pero no logro descifrar qué es.

Una respiración, luego la voz de Namjoon, fría como una sentencia:

—Si algo pasa, desatamos una guerra.

—Lo sé, pero con mi omega y mi cachorro a salvo primero.

—Así será, el recinto arderá antes de que le toquen un solo cabello rubio a tu omega. Tranquilo. Por cierto, mi esposo irá, quiere ver el espectáculo y aprovechar para dar órdenes en vivo.

—¿Le dijiste que será peligroso?

—Ya lo sabe. —Sonrió—. El segundo nombre de mi omega es peligro, no lo subestimes.



Pues se viene el buen merequetengue, yo pensaba que la historia ya iba a terminar y todavía le faltan muchas cositas 🙄🙄🙄🙄

[31] *Olimpiadas*



Las luces del Mediolanum Forum titilaban. Bajo ese techo gigantesco, los murmullos se mezclaban con el suave rugir de los parlantes que anunciaban, en varios idiomas, el inicio de la ceremonia. Banderas ondeaban, los flashes rebotaban en rostros ansiosos: Era la noche de los prodigios.

Era la noche de Park Jimin.

Jungkook estaba sentado en la primera fila de la zona reservada para invitados de alto nivel con su traje oscuro impecable, corbata bien puesta, la mandíbula trabada como un cepo de acero. A su derecha, Namjoon revisaba su móvil cada minuto, mientras a su izquierda Seokjin, reía divirtiéndose y aplaudía cuando en la pantalla gigante aparecían tomas previas de los atletas calentando tras bastidores.

—¡Mira, mira! —exclamó Seokjin, dándole un leve codazo a Jungkook—. ¡Ahí está! Lo están enfocando. Dios mío, tu omega embarazado. Míralo... Míralo cómo sonríe.

Jungkook parpadeó. Su pecho era un tambor sin ritmo. Lo único que quería era que ese ángel saltara ya. Que tomara la maldita medalla, que lo reclamara todo y que pudieran largarse de esa trampa brillante y maldita antes de que su instinto empezara a aullar.

—¿Cómo sabes lo del embarazo? —preguntó Jungkook.

—Mi alfa no tiene secretos conmigo, Jungkook —contestó mirándolo a los ojos.

—Ay por Dios, ya hasta sabes mi nombre... —Jungkook se talló el rostro.

—Pues claro, somos familia —contestó dándole otro golpecito en el hombro.

—¿Ya vieron quién está por allá? —preguntó Namjoon, señalando hacia las gradas vip de enfrente.

Era Taiō, de los Yakuzas.

—Sabía que enviaría a sus hombres, no que vendría —dijo Jungkook.

—¿Taiō, no odiaba al capo de los Nostro? —cuestionó Seokjin—. Aunque existe el Metka... Me preocupa porque sus palabras durante el pacto no fueron precisamente amistosas.

—A Taiō no le conviene romper los acuerdos —contestó Jungkook.

—Es un novato, por supuesto que lo haría. Escuché que su hermano mayor murió a manos de Italia... La sed de venganza es... ¡Oh mira, allá está El Plebe!

Jungkook giró el rostro, mirando al alfa tomar asiento junto a una hermosa mujer curvilínea.

—¿Y saben quién es la mujer con la que viene acompañado? —cuestionó Namjoon.

—Larimel Rivera. Líder de la mafia de República Dominicana, escuché que llegó al trono matando a toda su familia —susurró Seokjin—. Mamá, papá, hermanos... Esa mujer no tiene corazón.

—¿Y qué hace el plebe con ella? —cuestionó Namjoon.

—Quiere el control en Punta Cana —contestó Seokjin—. Le conviene estar con esa mujer, aunque hay rumores —susurró más bajito.

—¿Qué rumores? —preguntó Jungkook.

—¿Artyom Terasov no lo sabe? —Seokjin comenzó a reír—. Esa mujer es una omega lupus.

Si Jungkook estuviera bebiendo agua, la habría escupido. Después fijó sus ojos oscuros, en los ojos igual de oscuros de Larimel. Aquella mujer sintió el peso de aquella mirada e hizo contacto visual con él.

—Se me pasó por desapercibido ese detalle —dijo Jungkook, lamiéndose los labios—. Esa mujer, nos conviene tenerla de aliada.

—Por eso mató a su familia, fue en un arranque de ira. Los omega lupus son rabiosos, incontrolables y demasiado volubles.

—Lo sé —contestó Jungkook, suspirando—. Me alegra que seas parte de la familia, Jeon Seokjin. —Jungkook le dio un par de palmadas en la espalda—. Así me contarás más cotilleos de las vidas personales de los mafiosos.

—Y vaya que se bastantes, pero... —Seokjin sonrió—. El más interesante de todos está bajo este techo y se resuelve hoy.

—¿Cuál es ese? —preguntó Namjoon aunque ya sabía la respuesta.

—La venganza de una omega que perdió a su alfa, el romance de un omega lupus y un alfa lupus y... La posible venganza de un hermano menor que venga al mayor. La mafia de los Bratva, la mafia de los Nostro y los Yakuzas. ¿Quién romperá el Metka primero?

Jungkook observó a Jimin en la pantalla, estaba tras bambalinas, colocándose los patines, al igual que los otros competidores. En ese momento quiso levantarse, saltar la baranda, arrastrarlo de la mano y desaparecerlo.

Pero se obligó a tragar la ansiedad. *Aún no. Aún no.*

El maestro de ceremonias pronunció unas palabras en italiano. Un himno. Después comenzó un desfile de luces. Los atletas aparecieron uno a uno, con uniformes relucientes, ondeando banderas, sonriendo. El estadio rugía, vitoreaba, una marea de vítores que a Jungkook le dolía en los oídos.

En un instante su mirada se deslizó a la zona lateral, a la sección reservada para entrenadores, asistentes y representantes de los deportistas. Ahí estaban: Yoongi, de pie, con su típico traje negro y mirada de hielo; Taehyung, sentado a su lado, cruzado de piernas, con un saco café y un aura indolente. Cerca de ellos Roxane sostenía una carpeta y murmuraba algo al entrenador de Jimin, que consultaba su tableta sin levantar la vista.

Jungkook frunció el ceño.

—¿Por qué Taehyung está con ellos? —preguntó, como si el hielo se le colara en la lengua.

—¿Qué? —Namjoon levantó la mirada, arqueando una ceja.

—Taehyung —insistió Jungkook, sin parpadear—. Está con Yoongi y lleva... —forzó la vista, su respiración se volvió un silbido—. ¿Lleva un arma?

Namjoon entrecerró los ojos, intentando seguir su línea de visión. Seokjin giró un poco, buscando también, y su expresión dulce se tornó tensa, crispada.

—No lo quise decir —murmuró Seokjin, tragando saliva, sus manos se retorcían sobre su bufanda—. Pero hay algo raro. Varios alfas de aquí huelen igual. Yo... soy omega, tengo buen olfato, y huelen igual. Como si... —Calló, mirando de reojo a Namjoon.

Jungkook cerró los ojos. Dejó que su lobo respirara por él. Sintió el metal frío del asiento bajo sus muslos, el calor de la multitud, las palpitaciones, el alfa lupus se hundió en la cueva de su instinto. Llenando su mundo de aromas: perfume caro, sudor de miedo, adrenalina, el aroma delicado de Jimin a lo lejos, un beso de menta y hielo. Pero detrás de todo, estaba allí: la pólvora. Ácida, rasposa, inconfundible.

—Mmm... —ronroneó entre dientes, apenas audible—. Huelo pólvora.

Abrió los ojos, fijos, oscuros. Miró a Namjoon. Miró a Seokjin. Luego, algo en la periferia de su visión captó su atención.

Una silueta femenina, inconfundible: *su madre*. Sentada con un vestido claro, impecable como un cisne sobre hielo. Dos filas detrás de Yoongi. No estaba sola. A su lado, un hombre de traje gris, enorme, lobo alfa. Su porte era inconfundible para cualquiera que hubiera probado el horror: espalda ancha, nuca gruesa, un anillo que brillaba en la mano izquierda cuando acomodaba su corbata.

Y entonces la sangre de Jungkook se volvió plomo hirviendo.
Los recuerdos no preguntaron, se colaron como agujas.
Las cadenas húmedas, el calabozo, el olor rancio de sudor y whisky barato.

Él.

El alfa que lo rompió.
El mismo que rompió a Italia.
El mismo. El mismo. El mismo.

Jungkook abrió los ojos tan grandes que Seokjin casi retrocedió.

—Pakhan... —susurró Namjoon, inclinándose hacia él—. ¿Qué ves?

Jungkook apretó la mandíbula. Un leve temblor le cruzó los labios, su mano se cerró sobre su rodilla. Sus pupilas eran un par de lobos a punto de saltar.

—El infierno —dijo entre dientes—. Está aquí sentado, Mijail.

»Y yo... yo lo voy a matar esta noche.

—¿Quién...?

—Ese alfa lupus, en el año 2019... Cuando le rompí el brazo a Taehyung, cuando me rescataste junto con Italia. ¿Recuerdas?

—¿Es ese que está con mamá? —preguntó preocupado.

—Es ese. —Exhaló—. Y este lugar, me temo querido hermano, está infestado de traidores. Todos los asistentes llevan armas, exceptuando a los participantes y sus familias.

»Será un charco de sangre, comunícate con Corvo, dile que esté atento y que no confíe en Taehyung.

Namjoon asintió, tecleando rápidamente desde su teléfono, al otro lado de la pista, Yoongi leyó su mensaje y guardó su teléfono en una mueca.

La pista de hielo brillaba igual que un lago de cristal bajo los reflectores. Los parlantes rugieron, haciendo vibrar cada asiento del Mediolanum Forum, y entre tambores, aplausos y un himno instrumental que erizaba la piel, la voz del presentador se elevó por encima de la multitud anunciando al participante que muchos estaban esperando:

—¡Representando a la República de Corea... Park Jimin!

El grito se tragó las gargantas de miles. La cámara lo siguió cuando apareció tras la cortina azul con los pasos firmes, la cabeza erguida, pero los labios tensos, los ojos azules vibrando de un brillo de vidrio. El traje que lo envolvía era blanco, inmaculado, con un sutil brillo aperlado que se encendía cada vez que la luz lo tocaba. Costuras de plata dibujaban líneas que delineaban su cintura estrecha, sus hombros rectos, la espalda que parecía una obra de arte.

Era un príncipe, un ángel exiliado a la tierra para reinar sobre hielo.

El filo de sus patines raspó la superficie de la pista de hielo al igual que una firma silenciosa de autoridad. Se detuvo en el centro, justo bajo el círculo perfecto de luz que parecía puesto solo para él. Respiró con profesionalismo. Su pecho subía y bajaba bajo la tela blanca como si su corazón fuera demasiado grande para su caja torácica.

La música no empezaba todavía, pero los jueces ya lo miraban con suma atención. Su entrenador, desde un costado, mantenía la respiración contenida. Roxane, de pie junto a Yoongi, tenía los labios apretados. Taehyung sostenía la mirada fija en Jimin, al mismo tiempo que sostenía el arma dentro de su pantalón.

Desde las gradas, Jungkook sentía que cada fibra de su nuca se erizaba. Cada músculo de su brazo temblaba por la tensión. Apretó el auricular contra su oído, inclinándose hacia

adelante. Su voz salió igual que un disparo amortiguado, dirigido solo a sus hombres que ya se infiltraban entre la multitud.

—¿Ubicaron al maldito alfa lupus? —escupió, su voz era veneno puro—. Apúntenlo con sus armas. Lo quiero muerto si hace un solo movimiento extraño.

Namjoon, a su lado, revisaba la pantalla de su móvil donde parpadeaban puntos rojos. Seokjin no apartaba los ojos de Jimin, aunque un escalofrío le recorría la nuca al escuchar el tono de Jungkook. Lo escuchaba, a todos, Jimin tenía muy buen oído.

—Sí, Pakhan —respondió una voz entrecortada en el auricular—. Visual confirmado. Punto uno rodeado, punto dos también. Esperando su señal.

Jungkook no pestañeó.

A lo lejos, Jimin respiraba. Sus labios se abrieron, exhalando un vaho frágil que se mezcló con la bruma artificial de la pista. Cerró los ojos un segundo. Bajo la luz, sus pestañas parecían copos de nieve.

Abrió los brazos mientras que todos lo miraban, siendo un príncipe que se ofrecía entero a la corona, a su reino, a la gloria y a la tormenta que lo acechaba en las sombras.

El estadio se tragó el murmullo de miles cuando la primera nota se escuchó de manera sutil...

"Talking away... I don't know what... I'm to say I'll say it anyway..."

La versión orquestal de Take On Me inundó la pista mientras Jimin, vestido de blanco, abría los ojos con una serenidad feroz. Dio su primer impulso: la cuchilla de sus patines mordió el hielo y lo hizo flotar como un soplo de viento congelado.

Jimin empujó con fuerza y, en un solo desliz, pasó a su primer movimiento: un counter-clockwise footwork sequence, talentoso y fluido, cruzando líneas curvas que encontraban exactitud en cada filo.

Los reflectores se desdoblaron en un millón de destellos sobre su traje blanco al moverse, haciendo vibrar cada hebra plateada de sus iniciales.

"Today's another day to find you..."

Los acordes se elevaron, cada violín tejía una nostalgia luminosa mientras su cuerpo se curvaba con una elegancia magnífica. Giró sobre un eje perfecto con los brazos extendidos como alas. En cada giro, un reflejo: *el príncipe, el ángel, el que se entregaba de brazos abiertos a sus atacantes con una sonrisa descarada de ángel celestial.*

Desde las gradas, Jungkook lo devoraba con los ojos. Sus manos apretaban el barandal, sus nudillos se pusieron blancos bajo la manga de su saco. Cada nota, cada salto, era un latido que lo destrozaba de amor y de rabia.

"I'll be coming for your love, okay?"

Jimin se elevó en un triple axel perfecto, girando tres veces y media en el aire como una espiral de cristal antes de caer con un único latido de patines contra el hielo. Era un golpe suave, un sello de oro sobre esa coreografía que respiraba su nombre en cada nota.

Sin pausa, enlazó un singles-to-triple combination, transicionando sus brazos en un abrazo aéreo que lo hacía parecer suspendido en gravedad cero. Cada spread eagle que dibujó parecía un suspiro detenido; cada camel spin se alargaba hasta rozar el infinito.

"Take on me..."

Se impulsó de nuevo con la espalda arqueada, la cabeza inclinada, su brazo rozaba la bruma de hielo que levantaba con cada giro. Sus ojos brillaban hacia donde estaba Jungkook. Fue un vistazo fugaz, una flecha directa a su corazón.

" Take me on..."

El violín subió de intensidad. Jimin giró sobre sí mismo, dando una serie de piruetas vertiginosas, cada vuelta era un pétalo que se abría y caía. La cola de su traje se elevaba, dejaba destellos blancos como un cometa.

—Dios... —murmuró Seokjin, con un hilo de voz—. Es perfecto. Es... celestial.

Namjoon no parpadeaba. Jungkook no respiraba. Su auricular chisporroteaba, pero su mente solo escuchaba la música y el roce de cuchillas de su omega amado surcando el hielo.

I'll be gone...

In a day or two...

En ese instante realizó un hydroblade bajo, su cuerpo prendido al hielo igual que un colibrí marchito, mitad estatua, mitad fuego.

El público contuvo la respiración. En las gradas, Jungkook se inclinó hacia adelante, con la mandíbula tensa, el pulso pintado de un rojo más vivo que cualquier reflector. A su lado, Namjoon y Seokjin intercambiaron una mirada de asombro: Jimin era tan feroz y delicado al mismo tiempo.

Giró, extendiendo la pierna en un arabesque. Su pecho se alzó, la línea de su cuello expuesta era vulnerabilidad absoluta. Era pureza en carne viva.

Cerró los ojos un segundo en medio de la última secuencia. Respiró, dejando que la orquesta explotara detrás de él.

Dio otro giro, un salto, otro triple con aterrizaje impecable. El hielo se quebró en astillas minúsculas bajo sus cuchillas, un beso efímero entre su arte y el mundo que lo devoraba.

Y con la explosión final del coro...

*"Take on me
(Take on me)
Take me on
(Take on me)
I'll be gone
In a day..."*

Jimin lanzó su pieza hacia el clímax: un quadruple toe loop que retumbó contra la cúpula del estadio, seguido de un flying sit spin de pura elegancia bestial, cada vuelta tan nítida que partía el aire en pedazos. Al concluir, se dejó caer en una reverencia impecable, con los brazos abiertos, la cara empapada de sudor, orgullo y triunfo. Su pecho se agitaba, su aliento era vapor de gloria. La multitud explotó de manera ensordecedora, las banderas ondearon, las luces lo devoraron, pero él solo buscó con la mirada un punto entre miles.

Los ojos de Jungkook, abiertos, húmedos, salvajes.

Jimin sonrió soltando un susurro sin voz entre sus labios partidos por la respiración: Take... on... me...

Bajo ese reflector blanco, Park Jimin entregó todo porque después de ese momento mágico y artístico dejaría de ser lo que había sido desde hace muchos años. Lo había comprendido mientras Yoongi le contaba su plan, lo había comprendido finalmente.

Tenía que tomar las riendas de los Nostro, dedicarse al negocio de manera estratégica, dejar de ser feroz, impulsivo y comenzar a hacer alianzas. Tenía que hacerlo, por él, por Yoongi, por sus hombres, y por su hijo.

—Es perfecto —masculló Jungkook.

Jimin abandonó la pista como todos los profesionales, pero el sonido de los vítores siguió rebotando en el domo helado del Mediolanum Forum. Al salir, caminó erguido, manteniendo esa dignidad de cisne bajo el resplandor de los reflectores. Su respiración estaba frenética, pero sus pasos eran de puro acero.

Petrov Kalinichenko, su entrenador, lo esperaba, firme, con esa expresión agria y orgullosa que solo él sabía usar. Le colocó una toalla alrededor de los hombros, le ajustó la chaqueta del equipo nacional y, sin una palabra, le palmeó la nuca.

—Bravísimo, Park —murmuró Petrov, su acento ruso se suavizó por un segundo—. Eres mi obra maestra.

Jimin sonrió, bajando la cabeza mientras Roxane se acercaba para entregarle una botella de agua. A lo lejos, Yoongi y Taehyung aplaudían desde la sección de asistentes, Taehyung grababa todo en su teléfono como un fan.

Detrás del telón, Jimin se permitió cerrar los ojos, sintiendo el sudor helado pegado a su nuca, escuchando su respiración mezclada con la ovación. El eco del hielo, la vibración de la pista: era suyo. Todo suyo y siempre lo recordaría.

—Park, en fila. —Un asistente lo jaló suavemente por el brazo, guiándolo hacia la zona de espera. Era el protocolo: los jueces emitirían las puntuaciones finales, y después, los tres mejores patinadores pasarían a la ceremonia de premiación, así dictaba la tradición olímpica.

Mientras tanto, sobre la pista, la ceremonia continuó. El presentador, con voz engolada y micrófono en mano, invitó a todos los finalistas a reunirse en la zona designada, cerca de la pista. Uno a uno, los patinadores, envueltos en sus banderas, se colocaron en línea, con rostros brillantes de sudor, lágrimas y gloria.

Los jueces deliberaban en la mesa elevada. Cada monitor se iluminaba con puntuaciones detalladas: Técnica, Ejecución, Coreografía, Deducciones. La multitud, expectante, guardaba silencio a medida de lo posible porque se escuchaban leves murmullos. Jungkook se mantuvo de pie, firme, con los ojos fijos en la zona de los jueces. Seokjin aplaudía cada vez que un marcador subía, Namjoon permanecía alerta, con un auricular discreto y la mirada escaneando cada rincón del estadio, protegiendo cada segundo.

El marcador final se mostró en la pantalla gigante:

Park Jimin — 317.68 puntos

Una puntuación aplastante que obtuvo ovación total. El resto de competidores se giraron hacia él, algunos con sonrisas sinceras, otros tragando la derrota con dignidad forzada.

El maestro de ceremonias tomó el micrófono, mientras una fanfarria de metales llenaba el recinto.

—Y ahora, damas y caballeros... El momento que todos esperaban...

Un haz de luz iluminó el podio, pulcro y solemne en el centro de la pista.

Tres escalones: bronce, plata y oro.

— *Medalla de bronce: Shun Akihiko, Japón.*

El joven japonés dio un paso al frente, recibió la bandera de su país, y subió al escalón más bajo, conteniendo lágrimas mientras saludaba a su entrenador.

— *Medalla de plata: Roman Kovalev, Federación Rusa.*

El ruso se adelantó, saludó con elegancia, y subió un escalón más arriba, orgulloso aunque derrotado.

Un segundo de silencio.

— *Y la medalla de oro... nuestro campeón olímpico de patinaje artístico masculino... Park Jimin, Corea del Sur.*

El estadio estalló en vítores, aplausos y banderas agitándose. Jimin, con su chaqueta blanca impecable, respiró hondo, presionó la toalla contra su pecho, cerró los ojos un segundo como si rezara. Luego, alzó la cabeza, sonrió con esa belleza que solo él poseía y caminó hacia la pista.

Subió al escalón más alto. El himno de Corea comenzó a sonar, los flashes capturaban cada segundo: la bandera ondeando sobre él, los ojos húmedos, la mirada fija en el techo del domo.

En las gradas, Jungkook lo miraba con devoción, era su milagro hecho de carne y patines.

—Tu príncipe... lo logró.

Jungkook solo pudo asentir, tragándose cada emoción, cada latido, mientras la multitud gritaba el nombre de Park Jimin como una oración inmortal.

Las flores empezaron a llover cuando la última nota del himno se apagó. Primero fueron unas cuantas, luego cientos de pétalos blancos cubrieron la pista de hielo como nieve fresca. Rosas, lirios, peonías: todo blanco, todo puro, todo para el príncipe de hielo.

Jimin se inclinó para recoger una rosa. La sostuvo entre sus dedos enguantados, la giró suavemente, admirando la perfección de sus pétalos. La llevó a sus labios, dejó un beso que todos notaron y con un movimiento leve de la muñeca, levantó la flor mirando directamente hacia Jungkook entre la multitud. Un "te pertenece" sin pronunciarse.

Jungkook, desde su lugar, sintió que algo profundo se quebraba en su pecho. Le sostuvo la mirada, queriendo saltar la baranda y arrancarlo de allí. A su lado, Seokjin sonreía emocionado, Namjoon se mantenía alerta con un dedo en su auricular.

Y entonces, más allá de la multitud, Jungkook la vio. Su madre, impecable en su vestido costoso, aplaudía con una sonrisa perfecta, fría como la porcelana. A su lado, el alfa lupus

se mantenía erguido. Su estómago se retorció.

Cuando volvió a mirar a Jimin, notó a Yoongi moviéndose entre los asistentes, justo tras la valla de seguridad. Yoongi levantó la mano, dando una señal rápida, un dedo que indicaba "sal de la pista. Ahora."

Jimin bajó la rosa, asintió con un pestañeo. Jungkook se puso de pie de inmediato. Empujó a Seokjin hacia atrás.

—Voy por él.

Empezó a caminar entre los asientos, bajando escalones con pasos firmes. Vio cómo Jimin se deslizaba fuera de la pista, recogiendo su toalla, acompañado por Petrov que gritaba algo que ya no importaba. Al otro lado de la barrera, Taehyung esperaba con una mano metida dentro de su pantalón, sosteniendo algo que brillaba apenas entre la tela.

Jimin dio un paso más.

Jungkook aceleró, saltando la baranda de seguridad. Seokjin gritó su nombre. Namjoon ya estaba dando órdenes por el auricular.

Pero fue tarde.

El primer grito rompió la calma.

Luego, el primer disparo.

Después, un caos de pólvora y gritos. Jungkook se detuvo, olfateó el aire. El aroma lo golpeó: feromonas lupinas, sudor de traición, metal caliente. La sangre fría de su madre estaba por todas partes, mezclada en cada hombre que levantaba un arma entre los asistentes, como si hubieran esperado esa señal toda la noche.

Los pétalos blancos comenzaron a teñirse de rojo bajo sus pies. Jungkook levantó la vista hacia la pista en donde miró a Jimin caer de rodillas, le habían disparado.

Supo, con una certeza salvaje, brutal, que debía abrirse paso a balazos para llegar a él.

No dejaría vivo a ningún traidor, mientras avanzaba comenzó a hablar por medio de su auricular, ese que estaba conectado a sus hombres rusos y al Metka.

—Recuerden que Nuestros intereses personales jamás estarán por encima del pacto. Si alguno de nosotros rompe esta ley, perderá el derecho a misericordia.

»Juramos que si uno de los nuestros es atacado sin causa, su venganza será colectiva. El dolor de uno será el dolor de todos. La sangre que se derrame será multiplicada por cinco.

»Ningún conflicto entre familias podrá ser declarado sin la aprobación de al menos tres miembros del Consejo. Los conflictos personales se resuelven bajo la Ley del Duelo. La emboscada es cobardía. El asesinato no autorizado será castigado con mutilación y destierro.

»Cada firmante acepta que, en caso de cometer errores que perjudiquen al equilibrio, podrá ser juzgado por los cinco, y si es encontrado culpable, ofrecerá su vida como redención voluntaria.

»Le han disparado a Luca Nostro. El Metka tiene que actuar ahora.

»Autorizo la captura de mi madre, es más, yo mismo la llevaré frente a Luca. Maten a todos los traidores, es una orden.

Jimin sintió el frío del hielo fundirse con su propia piel mientras se arrodillaba, sosteniéndose el vientre, manchándose de sangre. Sus dedos, enguantados, se posaron torpes sobre la tela empapada de su traje olímpico. Allí... justo allí, donde su cachorro crecía, donde su pequeño milagro dormía bajo su corazón.

Sintió un calor punzante, demasiado grande para llamarlo solo dolor. Entre las luces, la multitud seguía corriendo despavorida y los disparos retumbando como tambores de guerra, buscó con la mirada un último refugio: los ojos de Jungkook.

—Alfa... —susurró con un hilo de voz que se llevó el hielo—. Nuestro... —Tosió—
...nuestro cachorro.

Jungkook rugió. Lo hizo sin abrir la boca, sin emitir sonidos humanos. Sus pupilas se dilataron, el instinto lo devoró. Seguía disparando a todo aquel que se le pusiera enfrente, ya no le importaba si era aliado o traidor, pero por fortuna todo aquel al que apuntaba era un traidor.

Jimin tragó saliva, sintiendo el calor resbalar entre sus costillas. Apretó los párpados, sintiendo cómo las voces se apagaban, cómo cada pétalo que caía era un segundo que se le escapaba, no a él... A su cachorro.

Petrov trató de sostenerlo, pero Taehyung y Yoongi fueron más rápidos, ellos llegaron de inmediato frente a Jimin, sosteniéndolo, levantándolo, ayudándolo a ponerse de pie.

—Fue mi madre y Taiō. De los Yakuzas, me lo dijo antes de que te presentaras, cuando fui a encontrarme con ella a los baños.

»Dijo que si yo no te disparaba, lo haría Taiō.

—¿Taiō está aquí? —preguntó Jimin.

—El lugar está rodeado, no van a lograr escapar. Descuida —contestó Yoongi—. Pero nosotros tampoco podremos hacer lo que yo quería —añadió—. Vamos, tenemos que resguardarte.

Jungkook saltó la valla de seguridad, derribando a un traidor que intentaba apuntar. Lo aplastó con el peso de su cuerpo, hundiendo la culata de su pistola en el cráneo hasta escucharlo crujir. La sangre le salpicó la cara, se la lamió de los labios sin darse cuenta.

Vio a Jimin, entre brazos ajenos. Rugió su nombre. Disparó de nuevo, abrió paso. Cada disparo era un juramento: *No dejaré ni uno vivo*.

Un cuerpo. Otro. Otro.

—Colócate este chaleco antibalas —dijo Taehyung.

Anikka, al ver que Taehyung le ofrecía un chaleco antibalas a Jimin, decidió, ponerse de pie.

—Vámonos, Haruki. Ya hicimos lo que vinimos a hacer, cúbreme la espalda al salir, ¿de acuerdo, cariño?

—Sí, señora —contestó en japonés.

El estadio entero, que minutos antes había sido un santuario de aplausos y flores blancas, se convirtió en un infierno de pánico. Los disparos retumbaban contra el acero, la gente inocente gritaba y se escondía, mientras que Jungkook corría sobre las flores teñidas de sangre hasta que finalmente llegó frente a Jimin, quien empujaba el chaleco antibalas con fuerza, estrellándolo contra la pista de hielo.

—Jimin... Tu vientre —susurró Jungkook.

—¿Y qué voy a hacer? ¿Ponerme a llorar? —preguntó, sosteniéndose con una mano del hombro de Yoongi, mientras que con la otra se quitaba uno de sus patines, tocando con su calcetín tibio el hielo helado—. Llévame a la orilla, Corvo.

—Jimin... Sal de aquí —dijo Jungkook, siguiéndolo, mirando a Taehyung de reojo.

Jimin no contestó, él se quitó el otro patin estando afuera de la pista de hielo, después se puso de inmediato sus tenis.

—No me voy a ir, ya perdí todo lo inocente que había en mí, ¿no ves? —preguntó señalándose el vientre, apretando los labios—. Corvo, Sergei. Organicen a los Nostro y tráiganme a Anikka Terasov.

Alzó la vista, mirando a la omega caminando por las gradas, hacia la salida, en medio de disparos.

—Sergei es un traidor, él...

—Sergei está conmigo —contestó Jimin—. Sé de tu orden, cualquiera que lo ayude; muerto, ¿Vas a matarme por eso?

—Lo primordial es que salgas de este lugar, estás herido, necesitas ir al médico —dijo Yoongi.

Jimin se puso de pie, con el dolor en su vientre y la sangre manchando su ropa. Mirando de manera firme a Yoongi, después a Jungkook.

—Tú eres mi segundo al mando, no mi jefe y tú. —Señaló a Jungkook—. Eres mi alfa, pero yo sigo siendo Luca, el capo. De nada me sirve que me cuiden, ni siquiera pudieron hacerlo bien.

»Mi auricular conectado al Metka, ¿dónde está Corvo? —preguntó Jimin.

Yoongi se lo entregó de inmediato.

Jimin lo tomó, se lo colocó en el oído, presionó el botón y entonces habló:

—Soy Luca Nostro, he perdido a mi cachorro y quiero por medio del Metka la cabeza de todos mis agresores, comenzando por Taiō, líder de los Yakuzas. Después Anikka Terasov, madre del Pakhan de los Bratva.

Anikka caminaba con la espalda recta. Haruki se movía como una sombra a su lado, barriendo con la mirada cada ángulo, cada pasillo manchado de pólvora.

Pero no vio a Namjoon.

El alfa, firme, apareció entre dos columnas de concreto, bloqueando la salida privada por la que Anikka se dirigía a su coche blindado. Levantó su pistola, negra, pesada, recién alimentada y apuntó directo a su pecho.

—No tan rápido, madre.

Anikka se detuvo. La forma en que giró el rostro fue casi teatral: ladeó la barbilla, dejando que la luz de emergencia iluminara la mitad de su expresión impoluta.

—Namjoon... —Su voz era un caramelo venenoso.

Haruki levantó su arma, pero Namjoon no parpadeó. Con un solo disparo, le voló el brazo de un balazo limpio, haciendo que el alfa se tambaleara.

Anikka pestañeó cuando la sangre salpicó sus tacones.

—No quiero hacerte daño, madre —murmuró Namjoon, con el dedo inmóvil en el gatillo—. Pero esta vez no voy a permitir que escapes. Tienes mucho por explicar, ¿por qué estás con ese alfa que lastimó a mi hermano? ¿Por qué atentaste contra la vida de Jimin? ¿Qué clase de monstruo eres?

Anikka abrió los labios para responder, tal vez una súplica, tal vez una amenaza, pero ya había bastantes hombres armados rodeándola.

Haruki soltó un gruñido, el brazo herido colgándole como trapo, pero aún así, como buen alfa lupus, se lanzó hacia adelante. Su sola presencia, aunque sangrante, bastó para hacer retroceder a dos de los hombres. El aroma de su feromona se expandió, áspera, dominante, queriendo someter a cada alfa presente.

Uno de los guardias bajó instintivamente la cabeza, porque un peso invisible lo obligaba a doblar la rodilla. Otro tembló, apuntando su arma a Haruki, pero sin disparar.

Anikka dio un paso atrás, rozando con la punta de sus dedos la pared fría. Tenía los ojos clavados en Namjoon, midiendo cada centímetro de distancia entre su hijo y su monstruo personal.

Haruki gruñó.

—Lupus sum, lupus dominor. —Era una vieja frase de sometimiento entre lobos. Soy lobo, domino lobos.

Los hombres tragarón saliva. Uno soltó su pistola. El otro cayó de rodillas. Era el efecto de estar frente a un alfa lupus, uno que conocía bien su instinto depredador. Namjoon, se arrodilló en contra de su voluntad, Seokjin lo veía a lo lejos, pero no se atrevía a acercarse, sabía que al hacerlo también sería sometido, por eso tomó su arma apuntando desde la lejanía y le dio un par de órdenes a sus hombres. Mientras tanto Haruki, tomó un arma del suelo y le apuntó a Namjoon, directo en la frente.

Pero entonces el aire cambió.

Un crujido de pasos. Un olor más denso, más brutal. Un manto de feromonas tan feroz que hizo que Haruki detuviera su avance a mitad de un rugido. Sus pupilas se contrajeron. Un escalofrío recorrió a todos los presentes.

Jungkook se acercó, cubierto de sangre ajena, tenía la mirada convertida en acero líquido y voz era un silencio que explotaba en la piel:

— *Suelta el arma* —ordenó con su voz de mando.

El alfa lupus parpadeó, como si no pudiera creerlo. Sus colmillos asomaron entre los labios manchados. Se irguió con un movimiento animal, hinchando el pecho, exhalando toda su feromona para retar a Jungkook.

Pero Jungkook no dudó. Dio un paso adelante y la onda de su feromona lo aplastó. Fue un peso que partía huesos. El lugar se impregnó de miedo, de sumisión. Los alfas que se habían rendido cayeron completamente de rodillas, casi gimiendo por instinto.

Haruki jadeó, sus ojos de fiera se crisparon cuando sintió la presión sobre su espina. Quiso resistir, pero la sombra de Jungkook era demasiado densa. Un lupus de sangre rota. Un monstruo que no tenía nada que perder.

Un lupus maduro, Jungkook ya no era aquel muchacho que ir logró someter años atrás, tenía rabia, rencor... maldad en los huesos. El Pakhan levantó su pistola y, sin decir una palabra más, le apuntó directo a la sien.

—Me hubiera gustado que ese maldito muriera más lento —escupió, con la voz rasgada de furia—. Lento, podrido, devorado de a poco como me devoró en el pasado. Lo merecía.

Apretó el gatillo.

El disparo hizo rebotar un eco que pareció tragarse los sollozos que Anikka no soltó. Haruki se desplomó, con la mandíbula abierta en un gruñido mudo.

Jungkook escupió sobre su cadáver. Un escupitajo de odio puro, de liberación amarga. Luego giró la pistola y la apuntó a Anikka, sin prisa, como quien decide si extingue o no el último fósforo encendido.

Anikka retrocedió otro paso, sus tacones resbalaron sobre la sangre que se expandía desde la cabeza destrozada de Haruki.

Namjoon respiró, sintió su corazón retumbarle en los tímpanos. Y supo, con solo ver el temblor en la mandíbula de su madre, que su reinado de manipulación había terminado.

Jungkook dio otro paso, acercándose a ella.

—Y tú, madre... ¿Qué final quieres?

Seokjin ya estaba corriendo hacia Namjoon, parándose junto a él, levantándolo del suelo.

—Vamos cariño, no te volverás a arrodillar ante nadie —le susurró bajito.

—Si la matas, el siguiente en morir serás tú —le dijo Jimin a Jungkook, caminando como si no le doliera el disparo, acercándose sosteniendo uno de sus patines con la mano. A sus costados Yoongi y Taehyung—. Yo quiero hacerlo, saquen a los inocentes del estadio, quiero a Anikka y a Taiō de rodillas en el centro de la pista.

Jungkook suspiró.

—¡Ya oyeron al capo. Esta noche, el Metka estará haciendo justicia!



Bueno... Ojo por ojo dijo Moisés...

Hijo por hijo, aunque ambos eran suyos, pero no sabe del primero 🙄

[32] *El príncipe de hielo*



La pista de hielo estaba teñida de rojo en algunas grietas. Ya no había rastros de gente inocente, todos habían sido evacuados y quienes habían visto y escuchado de más fueron sacrificados. Nadie allá afuera debería saber las identidades de los presentes.

En el centro de la pista se encontraban Taiō y Anikka, arrodillados, el hielo les calaba los huesos. Las cuerdas gruesas les mordían las muñecas y los tobillos. Sus rostros, uno arrogante, otro petrificado en un rictus de fría dignidad, se reflejaban en la superficie helada como espectros de una era que acababa de morir.

Frente a ellos, alineados, estaban los cuatro señores del Metka.

Él Plebe, con su eterno cigarro colgando de la comisura.

Artyom Terasov, el verdugo hecho carne.

Luca Nostro, el demonio que parecía un ángel.

Shān Hu, el omega convertido en señor dragón, tan sereno como mortal.

Jungkook dio un paso al frente, rompiendo el silencio primero.

—La ley del Metka es clara. La traición entre clanes, sin causa ni juicio previo, se paga con sangre. Quienes rompen el equilibrio pierden el derecho a misericordia.

Seokjin sonrió, cruzando los brazos, su silueta elegante contrastaba con el gélido resplandor del hielo.

—Daremos una sentencia que restablezca el pacto —añadió El Plebe, expulsando humo—. La única ley que nos mantiene unidos, además le dispararon a mi acompañante y lamentablemente murió. ¿Por qué fueron tan pendejos?

Taiō escupió a un lado, aunque la sangre en su labio reventado empañaba su gesto de orgullo. Anikka solo mantenía la barbilla alta, sin dignarse a parpadear.

Entonces Jimin alzó la mano.

—Yo lo haré. —Su voz era nítida—. Su atentado fue hacia mí. Lo justo es que sea yo quien otorgue el castigo. Hoy será la última noche que se burlen de los Nostro.

Sus ojos, esos ojos que alguna vez fueron la joya de las olimpiadas, se tornaron negros como la pólvora. Taiō no desvió la mirada, pero algo en su nuca titiló de miedo. Anikka entrecerró los párpados, sus labios temblaron ligeramente.

—¿Y los Yakuzas? —preguntó El Plebe, con un deje de burla amarga—. ¿Quién será el nuevo líder? Necesitamos alguien con cojones y cerebro, no solo tatuajes.

Jimin giró un poco el rostro hacia Seokjin. Una chispa de complicidad les cruzó el semblante.

—Shān Hu —dijo Jimin—. Él ha peleado por ese territorio desde hace mucho tiempo y casi arruiné su boda. Mi propuesta es mi obsequio de disculpas.

Seokjin soltó una risita, melodiosa y cruel. Se acercó un paso, su perfume caro cubriendo el hedor de la sangre.

—Oh, eso sería interesante. —Levantó la barbilla, mirando a Taiō atado como un perro rabioso—. Con los Yakuzas bajo mi mandato, se harán las cosas bien a partir de ahora. Además, mi querido esposo conoce bien ese mercado. Haremos buen uso de este obsequio... Claro, si todos en el Metka están de acuerdo.

El Plebe levantó su mano, con el cigarro aún encendido, dando su voto mudo. Jungkook inclinó la cabeza, aceptando. El hielo bajo sus botas se agrietó un poco cuando dio un paso hacia Jimin.

—Que así sea. —La voz de Artyom Terasov, el Pakhan de los Bratva, se filtró a los huesos de los presentes—. Luca Nostro dicta la sentencia. Nosotros la respaldamos.

Y Jimin, el ángel caído, el heredero de una dinastía de traiciones, dio el paso final hacia Taiō y Anikka. Su respiración se mezclaba con el vapor que surgía del hielo. Con cada exhalación, la venganza se volvía más nítida.

Más mortal.

Más justa.

El silencio era casi irreal. La pista de hielo, ese altar de gloria, sangre y traición, parecía contener la respiración junto a todos los presentes. Jimin se colocó frente a Taiō primero. Lo miró desde arriba.

—Te dije que caminar entre monstruos requiere volverte uno. También te dije que los verdaderos jefes saben cuándo dejar de morder y empezar a mirar. Pero lo olvidaste, Taiō.

—Jimin respiró hondo, y con un impulso seco, se dejó caer de rodillas frente a él.

La hoja de su patín brilló cuando se apoyó en el hielo. La inclinó, rozando la mandíbula de Taiō. Él siseó un insulto, pero Jimin, sin perder su serenidad, lo calló atravesándole la garganta con un solo movimiento limpio.

La hoja se hundió con la suavidad de un bisturí, pero con la furia de un Capo traicionado. Un chorro caliente manchó el hielo, salpicando su traje blanco, blanco como la pureza del pequeño que acababa de perder. Taiō intentó emitir un último gruñido, pero solo burbujéo sangre. Jimin no se detuvo. Levantó la hoja, bajó la otra pierna y con precisión, le seccionó la oreja, luego la mano atada. Un trofeo inútil. Un mensaje para todos: quien traiciona, pierde algo más que la vida.

Después, giró hacia Anikka.

La madre de su Pakhan mantenía la cabeza alta con la boca apretada. Pero sus ojos temblaron cuando Jimin se acercó arrastrando la cuchilla sobre el hielo, dejando una línea roja tras de sí.

—Debiste ordenar que apuntarán directo en mi sien, querida suegra —susurró él, con una calma antinatural—. Sergei me ha contado las atrocidades que permitiste que le hicieran a tus propios hijos. ¿Qué se puede esperar de alguien que lastima a alguien que ha salido de su propio cuerpo?

Ella abrió la boca para soltar veneno, pero Jimin le cortó la palabra: un tajo seco, horizontal, sobre la clavícula. Ella gritó. La hoja brilló de nuevo. Esta vez, sin compasión.

Le hundió la cuchilla del patín en la parte blanda del abdomen, torció la hoja, sintió la resistencia de la carne y los órganos desgarrándose. Los gritos se mezclaron con el chasquido húmedo. Después Anikka cayó de lado, respirando de forma agónica, en ese momento, Jimin deslizó el filo por su rostro, marcando una cicatriz final.

El hielo era un lago de rojo, los testigos se mantenían inmóviles.

Ni Jungkook, ni Él Plebe, ni Seokjin, ni Namjoon, ni Taehyung, ni siquiera los lobos más feroces se atrevieron a emitir un solo sonido.

Jimin quedó en pie, jadeante, tambaleándose con la piel pálida. Mirando a todos, sus labios pálidos se contrajeron en una mueca de dolor, después bajó la vista a su vientre. La sangre caliente seguía filtrándose, tiñendo la tela de su vestuario arruinado.

Volteó hacia Jungkook, que lo miraba conteniendo un rugido de urgencia. Yoongi, tras él, levantó un brazo para sujetarlo si se caía.

—Artyom... —La voz de Jimin se convirtió en un susurro doloroso—. Llévame a un maldito hospital.

Jungkook no respondió con palabras.

No podía hacerlo.

Solo dio un paso sobre el hielo teñido de carmesí. Sus zapatos de diseñador crujieron sobre los restos de pétalos, balas y traición.

Yoongi soltó a Jimin de inmediato, sin discutir la jerarquía invisible que siempre existía entre ellos. Taehyung, con la mirada clavada en el vientre de Jimin, apretó los labios.

Jungkook se arrodilló frente a él. Tomó a Jimin de la nuca primero, su otra mano se cerró alrededor de la cintura, justo por encima de la herida, como si con sus dedos pudiera contener la vida que se desbordaba.

—Mírame —gruñó, su frente rozando la de Jimin—. No cierres los ojos.

Jimin soltó una risa rota, un hilo de aliento que empañó el frío entre ambos.

—Apúrate, Artyom. Antes de que decida quedarme a dormir aquí... —tosió, manchando el cuello de Jungkook con un hilo rojo—. Chicos... —Miró al Plebe y a Seokjin—... Gracias por venir a verme actuar sobre el hielo.

—¡Ánimo compa, nosotros limpiamos todo parcerito! —dijo el plebe, tratando de sonar animado, aunque Lary, su acompañante omega también había muerto aquella noche. Pero bueno, al menos El Plebe ahora tendría el control total sobre República Dominicana.

Jungkook se puso de pie cargando a su omega. El cuerpo de Jimin se hundió contra su pecho, débil, tembloroso, pero vivo y suyo.

—¡ **Muévanse** ! —rugió Jungkook, usando su voz de mando. ¡Mijail, despeja la ruta! ¡Corvo, dile a los médicos que se preparen! ¡Sergei... —Hizo una pausa—... cúbreme la espalda!

Todos asintieron. Ninguno respiró dos veces antes de actuar.

La salida de emergencia del estadio se abrió con un portazo violento. Afuera, el aire helado de Milán se arremolinó alrededor de ellos como un abrazo hostil.

Jungkook corrió.

Mantuvo a Jimin pegado a su pecho a medida que sus labios murmuraban mantras viejos en ruso, promesas que solo él entendía.

—No te vas a morir... No mientras yo respire —mascullaba entre dientes, empapándole la frente con besos apresurados.

Los hombres del Metka abrieron paso. Dos camionetas negras ya rugían con los motores encendidos, puertas abiertas como fauces listas para devorar cualquier obstáculo.

Yoongi se adelantó, golpeando el techo del vehículo blindado. Taehyung subió primero, armando un perímetro. Jungkook colocó a Jimin en el asiento trasero, sujetándole el rostro con manos que temblaban por primera vez en años.

—No cierres los ojos, patito —suplicó, su voz hecha pedazos—. Mírame, mírame...

—Alfa... —Jimin jadeó, sus pestañas se agitaron como alas de un insecto atrapado—. Nuestro cachorro...

—Shh, shh... luego hablaremos de eso —gruñó Jungkook, apartándole un mechón de cabello empapado—. Después. Cuando estemos en casa. Cuando despiertes y me insultes por despertarte a besos.

Yoongi trepó al asiento del conductor, pisó el acelerador antes de cerrar la puerta. La camioneta se lanzó a la carretera resbalosa, devorando kilómetros hacia el mejor hospital de Milán. Atrás, entre parpadeos y jadeos, Jimin soltó la última carcajada que pudo reunir.

—Esto es justo... Por Lucien... Es mi karma. —Estiró la mano manchada de sangre para acariciar la mejilla de Jungkook, manchándolo también—. De verdad lo lamento, haber matado a tu primero hijo y no ver venir la bala que mató al segundo.

Jungkook lo besó. Fue brutal, torpe, un beso desesperado que sabía a sal, sangre y eternidad.

—Nada de lo que pasó hoy es tu culpa, fue Anikka. ¿De acuerdo?

—De acuerdo... —murmuró demasiado débil, sus ojos se estaban cerrando—. Dile a Corvo que quiero que continúe con su plan... Pero que te lo cuente.

—¿Cuál es su plan? —preguntó en un susurro que se teñía de amor y ternura.

Jimin sonrió, pero ya no habló.

Afuera, las sirenas de la policía quedaban lejos. Dentro del vehículo, solo existía la respiración entrecortada de su omega... y el rugido silencioso de un rey dispuesto a incendiar el mundo si no lograba salvarlo.



La pantalla se encendió en miles de hogares, bares y salas de prensa alrededor del mundo. Una presentadora de cabello pulcro, labios rojos y voz modulada apareció, luchando por mantener la compostura mientras hablaba ante la cámara.

—Interrumpimos nuestra programación para informar una noticia de último momento... —Trató de sonreír, pero la mueca se quebró un segundo después—. Hace unas horas, durante la ceremonia de premiación de los Juegos Olímpicos de Invierno, celebrados en el Mediolanum Forum de Milán, ocurrió un atentado armado dentro del recinto.

Imágenes de archivo, tomadas por teléfonos y cámaras de reporteros, se entremezclaban: flores blancas teñidas de rojo, gritos, gente corriendo sobre la pista de hielo, las luces parpadeando sobre la nieve artificial mezclada con sangre real.

—Según información preliminar —continuó la mujer, tragando saliva—, entre las víctimas se encuentra Park Jimin, patinador artístico de doble nacionalidad, pero que representaba a Corea del Sur, siendo el ganador de la medalla de oro en esta edición de los juegos, ampliamente reconocido por su trayectoria internacional y llamado por sus fans *El Príncipe de Hielo*.

Un video congelado apareció detrás de ella: Jimin de pie sobre la pista, sosteniendo una rosa blanca frente a miles de flashes. Parecía un ángel detenido en el tiempo.

—Se presume que Park Jimin fue alcanzado por una bala durante el ataque y... —La presentadora parpadeó rápido, como conteniéndose—. Perdió la vida en brazos de su pareja, quien fue visto evacuando la zona en un vehículo.

Las redes sociales ardían en la franja inferior de la pantalla: hashtags en coreano, italiano, ruso y japonés, exigiendo explicaciones.

—Hasta el momento —prosiguió la mujer, respirando hondo—, no se tiene información oficial sobre el motivo del atentado, ni sobre los responsables. Sin embargo, fuentes cercanas a la policía local aseguran que varios testigos apuntan a grupos criminales organizados y una posible venganza interna entre clanes internacionales.

La cámara hizo un leve zoom sobre su rostro.
Su voz, frágil, cerró el reporte como quien reza un responso:

—Park Jimin, 23 años, medallista de oro y figura icónica del patinaje artístico mundial, ha muerto esta noche en Milán. En breve ampliaremos la información.

La transmisión cortó a comerciales.

Las cámaras regresaron a la transmisión especial pocas horas después. El presentador, con el rostro pálido bajo la luz fría de la madrugada italiana, se colocó frente a las puertas principales del Mediolanum Forum, ahora selladas por cintas policiales y patrullas.

—Volvemos en directo desde el estadio donde, apenas hace unas horas, se vivió una tragedia irreparable para el deporte mundial y para millones de seguidores —dijo, bajando el tono mientras la cámara giraba hacia la explanada.

Lo que mostró la imagen era un río de gente.

Fanáticos de todas las edades, envueltos en bufandas, gorros y banderas italianas y surcoreanas, permanecían de pie en fila, avanzando poco a poco hacia las afueras del lugar. Cada persona sostenía algo: una flor blanca, una vela encendida, o un par de patines de hielo, blancos y pulidos.

Los primeros pares se alineaban a lo largo de los escalones: decenas de patines, de diferentes tallas, colocados cuidadosamente, era un altar improvisado. Junto a ellos, flores blancas, rosas, lirios, crisantemos, cubrían los escalones igual que un manto de invierno. Las veladoras temblaban con la brisa helada, algunas protegidas por frascos de cristal para no extinguirse.

—Esto es solo una muestra del amor que Park Jimin generó en millones de personas —continuó la voz del presentador, un leve temblor le quebraba la garganta—. Decenas de fanáticos se desplazaron desde distintas ciudades para rendirle homenaje. Muchos, nos

dicen, pasaron la noche aquí, sin moverse, sosteniendo una vela para que su ' *Príncipe de Hielo* ' no se sintiera solo mientras danzaba hacia el más allá con la gracia y belleza que lo caracterizaba.

La cámara enfocó a un grupo de adolescentes sosteniendo pancartas: " *Thank you, Jimin*", "*Forever our angel on ice*", "*We love you, Park Jimin*".

Algunos lloraban en silencio. Otros entonaban fragmentos de la música que acompañó sus coreografías más icónicas, en especial la última: Take On Me.

Una mujer mayor, de rostro enrojecido por el frío, colocó un patín sobre los demás y encendió una vela. Mirando a la cámara, susurrando entre lágrimas:

—Él era luz para nosotros, nos transmitía esperanza en cada una de sus presentaciones. Ahora nosotros le devolvemos un poco de esa luz.

El plano aéreo mostró la explanada desde arriba: cientos de velas titilando como luciérnagas alrededor de un mar de flores y metal blanco. Parecía que la nieve misma había decidido quedarse quieta, guardando silencio por él.

—Seguiremos informando desde Milán —cerró el reportero, las voces entre la multitud comenzaban a corear el nombre de Jimin una y otra vez.

—¡Park Jimin! Park Jimin! ¡Park Jimin!

La televisión colgada en la esquina de la sala de espera seguía escupiendo imágenes de velas, flores y patines blancos esparcidos frente al estadio de Milán. Un periodista continuó hablando de forma solemne, con la voz invadida de dramatismo, mientras la cámara mostraba primeros planos de fans llorando bajo la nieve tenue.

Jungkook se sentó despacio, con los codos apoyados en las rodillas, la mirada fija en la pantalla, pero vacía. Un leve tic le crispaba la mandíbula cada vez que la palabra Park Jimin flotaba desde los altavoces.

A su lado, Taehyung mascaba chicle, no para relajarse, para no morderse la lengua. Yoongi, más allá, revisaba algo en su celular, todavía tenía los dedos manchados de sangre seca.

—Míralos... —murmuró Jungkook, la voz ronca, cavernosa—. Miren esa mierda. Velas blancas, patines, rosas... —Soltó una risa corta, un resoplido que no tenía humor—. No solo murió mi hijo esta noche... También murió Park Jimin, y nada de esa mierda le hace justicia a su preciosidad.

Taehyung se inclinó hacia adelante, soltando un chasquido con la lengua. Lo miró de reojo, tragándose la compasión que le hervía en la garganta.

—Creo que es momento para decirte lo que descubrimos —dijo, sin rodeos.

Jungkook giró la cabeza, clavando en Taehyung una mirada llena de cansancio y resentimiento.

—Me siento un idiota —espetó, con un hilo de risa podrida—. Primero creyendo que eras un imbécil traidor y... ¿ahora saben algo que yo no?

Yoongi, que hasta entonces no había levantado la vista de su celular porque estaba dando un par de órdenes, soltó una exhalación pesada. Guardando el móvil en el bolsillo de su traje manchado.

—Pues... —empezó, su tono casi desprovisto de toda la soberbia que solía cargarse—. Los cuervos somos inteligentes y tercos. —Se encogió de hombros, aunque el temblor de sus manos lo delataba—. Es lo que nos mantiene vivos.

Jungkook le sostuvo la mirada un segundo largo, mordiéndose la parte interna de la mejilla hasta sentir un regusto metálico.

—Díganlo ya —gruñó, entre dientes—. ¿Qué demonios descubrieron?

Taehyung soltó una carcajada sin humor, y se pasó una mano por el flequillo sudado.

—Lucien —empezó, bajando la voz—. Corvo encontró un chip en un reloj que Italia le obsequió a Jimin. Bueno, en ese chip había una grabación que dejó Italia, eso nos llevó a ir a un laboratorio, en ese laboratorio nos dieron un expediente y la confirmación de que ese niño no era tuyo y de Italia...

Yoongi completó la frase, sin piedad:

—Los óvulos... —dijo la palabra como si quemara—. Eran de Jimin. Lucien era tuyo, pero también de Jimin. Italia fue la incubadora y nada más.

El silencio se hizo como una lápida entre los tres. Jungkook cerró los ojos. Inhaló por la nariz, exhalando por la boca a medida que el metal del asiento crujía bajo su agarre.

—También era hijo biológico de Jimin... —masculló, dejando que cada sílaba se le hundiera en la lengua como un clavo—. Nuestro hijo...

—Exacto —asintió Taehyung, tenía la mirada clavada en un punto muerto del suelo—. Todos salimos perdiendo en esta mierda. Todos. Tú, él, Lucien... El cachorro de ahora... Y nosotros viendo como se derrumban por culpa de terceros.

Yoongi se inclinó hacia delante, frotándose las manos, como si quisiera borrarse la sangre de una vez por todas.

—¿Qué quieres que hagamos con esta verdad? —preguntó, directo, sin rodeos.

Jungkook abrió los ojos. Negros, profundos, ardiendo como brasas apagadas.

—Nadie debe saberlo —dictó, cada palabra—. Entiérrenlo todo junto con Park Jimin. Lucien, el cachorro... Todo. Ya bastante hemos sufrido. ¿Entienden?

Taehyung asintió primero, sin despegar la espalda del respaldo. Yoongi hizo lo mismo, con un asentimiento lento, solemne.

—Sí, Pakhan —murmuró Yoongi, usando ese título con un respeto que rara vez mostraba.

En la televisión, una fan encendía otra vela. En el suelo, un par de patines relucía bajo la luz de los reflectores, como si esperaran a que su príncipe volviera a calzarlos.

Pero allí, en esa sala helada y demasiado blanca, Jungkook supo que ya no habría regreso.

Namjoon irrumpió en el pasillo. La puerta de la sala de espera se abrió de golpe, rechinando sobre sus bisagras. Seokjin llegó justo detrás, apretando su saco contra el pecho, jadeando, con mechones de cabello despeinados pegados a la frente sudorosa.

Los dos se detuvieron al ver a Jungkook. El alfa seguía allí, sentado con la espalda recta, la mirada clavada en la pantalla donde los memoriales de fans seguían ardiendo de manera interminable.

Namjoon no dijo nada al principio. Dio dos pasos, luego otros dos. El sonido de sus zapatos elegantes resonó en la quietud blanquecina de ese hospital que olía a desinfectante y a tragedia reciente. Seokjin se quedó atrás, con los labios entreabiertos, tragándose todas las palabras inútiles.

Namjoon se inclinó. Puso una mano temblorosa sobre la nuca de Jungkook, bajó la cabeza hasta rozar su frente con la de él. Respiró hondo. Luego, la otra mano se posó sobre su hombro, fuerte, tibia, como cuando eran niños y Namjoon era el único refugio.

—Lo siento mucho, Frijolito —susurró. La voz se quebró al pronunciar ese apodo, uno que Jungkook no escuchaba desde que se escondía detrás de sus rodillas cuando su padre rugía demasiado fuerte.

Taehyung, sentado a un lado, bajó la cabeza. Yoongi giró la cara, dándole a los dos un segundo de pudor.

Pero Jungkook no derramó una lágrima.

Ni un parpadeo traicionó su pupila dilatada. Ni un temblor le robó la mandíbula de acero. Se quedó quieto, dejando que Namjoon lo rodeara con ambos brazos, sintiendo ese calor antiguo de hermano mayor que ya no podía salvarlo de nada.

Cuando Namjoon se apartó un poco, buscando sus ojos, Jungkook habló. Fue un susurro, ronco, roto, pero lleno de la misma furia helada que ya ardía en su estómago.

—Dame un cigarro.

Namjoon parpadeó. Lo soltó despacio, después metió una mano en el bolsillo de su pantalón, sacó una cajetilla arrugada. Con dedos torpes sacó uno, se lo colocó entre los labios. Jungkook no tembló ni un segundo cuando Yoongi se adelantó para encenderlo con su encendedor de plata.

La brasa chisporroteó. Jungkook aspiró hondo, el humo era la única cura para ese hueco que le sangraba en el pecho.

Exhaló. Un humo denso, frío. Sin mirar a nadie.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Seokjin con la voz quebrada. Le dolía ver a su alfa sufrir por su hermano, no quería que sufriera de ninguna manera, podía sentir por medio de la marca en su cuello lo mucho que lo quería.

Jungkook no contestó de inmediato. Solo se quitó el cigarro de los labios, dejando escapar otra bocanada. Su mirada seguía fija en la televisión, donde un fan, arrodillado, colocaba otro par de patines junto a otro retrato de Jimin rodeado de flores blancas.

Jungkook inhaló una última vez, expulsó el humo entre los labios partidos, luego tiró el cigarro al suelo frío de la sala de espera y lo aplastó.

—Ahora tomamos todo.

Taehyung alzó la cabeza, Yoongi entrecerró los ojos. Seokjin tragó saliva. Namjoon frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? —preguntó Namjoon, tratando de sonar calmo, tanteando al lobo herido.

Jungkook giró la cabeza, lo suficiente para que sus ojos negros, duros como carbón encendido, se clavaran en los de su hermano.

—Quiero todas las putas organizaciones de mafia del mundo dentro del Metka. —Su voz se volvió más grave, ronca, era una orden disfrazada de declaración—. Así el control será total, absoluto. Pero el juramento debe ser modificado.

Seokjin soltó una risa nerviosa. Sus manos jugaron con los botones de su saco.

—¿Modificado? —preguntó, ladeando un poco la cabeza. Su tono era inquisitivo, estaba tanteando el campo minado—. ¿Cómo, exactamente?

Jungkook se enderezó en el asiento. Sus codos descansaron sobre sus rodillas, sus manos colgaron pesadas, manchadas de ceniza y polvo de pólvora.

—Cada líder se hará cargo de su propia organización —explicó—. Nadie meterá mano en sus negocios, ni impondrá órdenes directas. Pero... —Alzaron todos la cabeza cuando hizo esa pausa— ... tendremos un rey del Metka. Una sola voz para la guerra y la paz. Un solo centro de poder.

Seokjin arqueó ambas cejas, su sonrisa se volvió fina como una hoja de afeitar.

—¿Y ese rey serás tú? —preguntó, con la lengua llena de veneno elegante.

Jungkook lo miró de lado. Un tic helado se formó en su mandíbula cuando la sonrisa que le devolvió fue oscura y animal.

—¿Conoces a alguien más fuerte que yo, cuñado?

El silencio se hizo espeso. Solo el zumbido lejano de las máquinas del hospital y los murmullos apagados de las enfermeras rompían la tensión que vibraba igual que una cuerda a punto de reventar.

Yoongi cruzó los brazos, Taehyung sonrió, aprobando con un solo movimiento de cabeza.

Namjoon suspiró. No había nada que discutir.

Esa noche, en el corazón frío de un hospital de Milán, todos entendieron que el Metka ya no tendría un consejo. Tendría un rey.

—¿Y cómo vas a convencerlos? —cuestionó Namjoon.

—En el Metka nos encontramos nosotros y El Plebe, le contaremos el plan. No va a negarse, le conviene porque la DEA quiere meterse a Latinoamérica para controlar los problemas con el narcotráfico. Tengo contactos que le pueden servir, silenciar a los agentes y también tomar el control de Estados Unidos. Eso le aligerará la carga.

»Cuando yo sea nombrado el rey comenzaremos a reclutar nuevas mafias, todas haciendo el pacto del Metka.

»Un nuevo orden en el que nuestra descendencia pueda vivir de esto sin necesidad de tener estúpidas pruebas llenas de sufrimiento. No cometeremos los errores de nuestros padres. Puliremos todo.

—Apoyo la noción, siempre y cuando se me dé lo que se prometió; el control de los Yakuzas —contestó Seokjin.

—Todo tuyo, cuñado —dijo Jungkook.

—Bien. —Sonrió muy ligeramente—. Entonces me alegra ser parte de esta familia.

Namjoon suspiró.

—¿Y Taehyung...? —cuestionó Namjoon—. ¿Volverá a ser Brigadier?

—Para eso, mi hermano tiene que convencerme porque me pareció una falta de respeto que desconfiara de mí tan fácilmente —dijo, cruzando los brazos.

—Dijiste que dejarías morir a Corvo, ¿por qué lo dejarías morir después de haberme rogado de rodillas para cancelar tu compromiso con Shān Hu?

—¿Te rogó de rodillas? —preguntó Seokjin divertido.

—¡Exacto! —gritó Taehyung—. ¿No pudiste pensar en eso? ¿Cómo sería capaz de traicionar a mi cuervito?

—Ay por favor, no comencemos con esto... —murmuró Yoongi—. Además, Sergei ahora trabaja para los Nostro.

—Bueno, eso fue temporal, corazón —masculló Taehyung.

Yoongi se ruborizó al escucharlo llamarlo tan bonito delante de todos, después se aclaró la garganta, acercándose a él, tomándolo de la mano con dulzura para después decir.

—Si lo vuelves a echar de la Bratva te busco y te mato. ¿Entiendes? —preguntó mirando a Jungkook directo a los ojos.

—Según me explicaste, todo fue parte de tu plan, Min Yoongi —Jungkook contestó poniéndose de pie.

—Dijiste mi nombre frente a Shān Hu —contestó Yoongi, con la piel pálida.

—Seokjin es de la familia, tú también lo eres. ¿No te casaste el mismo día que este par?

—¿Qué?! —cuestionó Namjoon sorprendido.

—Cuántos secretos... —murmuró Seokjin.

Jungkook se puso de pie, colocando las manos en los hombros de Taehyung,

—En realidad nunca busqué otro Brigadier, esperaba equivocarme contigo. Gracias por mostrarme que el lazo de los tres lobos no se rompe fácil —dijo con voz ronca, Yoongi sonrió ligeramente.

—Entonces...

—Somos tu casa, nunca dejaremos de serlo.

—Bien, pero si quieren que vuelva tendrán que dejarme ir a ver las auroras boreales... Tengo esa cita pendiente con mi cuervito.

—Siempre tan caprichoso... —dijo Namjoon acercándose—, ¿de verdad te casaste? Cuéntamelo todo...

Taehyung comenzó a contarle a Namjoon, Yoongi también le decía su parte de la historia, Seokjin se acercó a ellos y pronto, los cuatro se unieron en una conversación de camaradería.

Jungkook, por su parte, se acercó a la puerta del quirófano, arrastrando el peso de sus pasos con lentitud porque cada metro que lo separaba de esa pared de cristal era un tramo de su propia condena. Se detuvo frente al ventanal frío, colocó una mano abierta sobre él y pegó la frente al vidrio empañado. A través de esa barrera estéril, solo podía ver retazos: el reflejo pálido de luces quirúrgicas, las sombras de batas blancas, la silueta inconfundible de su precioso omega tendido sobre la camilla, cubierto por sábanas quirúrgicas.

Observó con una devoción silente la manera en que los médicos se movían alrededor del cuerpo que amaba, cada uno sostenía en sus manos la última chispa de su propio corazón. Sus labios se entreabrieron, expulsando un vaho de desesperanza sobre el cristal. Podría haber derrumbado toda esa pared con un rugido, arrancar puertas, abrir corredores... pero se obligó a quedarse ahí. Tenso, quieto, con las manos manchadas de pólvora y la garganta hecha jirones de tanto contenerse.

Agradeció a la vida. *Sí*, incluso con todo lo que había arrebatado esa noche, la maldita vida le había dejado respirar un poco más de Park Jimin. No era justo, no era suficiente, no reparaba nada. Pero era algo y ese "algo" era su única razón para no volverse un monstruo irrecuperable.

Aquella noche perdieron a su cachorro. *Otra vez*. Cerró los ojos y un calor traicionero se le subió a los párpados, pero no permitió que se derramara. No ahí. Si se quebraba, ¿quién sostendría la rabia? ¿Quién sostendría al rey? ¿Quién podría hacerlo? Si el único que lograba calmarlo estaba siendo intervenido, nadie podría.

Apretó la mano contra el cristal, sintiendo la fría superficie morderle la palma. Una parte de sí mismo, una voz, infantil, rota, enterrada, quería abrir esa puerta, arrodillarse junto a Jimin, suplicarle perdón por cada muerte, por cada traición, por Lucien... Por todo lo que no pudo salvar. Pero no podía. Porque Jimin no soportaría saberlo. No soportaría saber que aquel niño, aquel Lucien que lloraron como un error de laboratorio, había llevado su sangre, su carne, su nombre escondido en cada célula.

No. Ese secreto se lo llevaría él. Lo quemaría sin testigos, lo hundiría en el abismo más negro del mar, como si nunca hubiera existido. Sería el único pecado que guardaría solo para sí. Cuando Jimin despertara de todo ese, si alguna vez volvía a sonreírle como antes, no mancharía esa sonrisa con verdades demasiado pesadas para sostenerlas porque ya estaba sosteniendo demasiado, quería aligerarle la carga.

Respiró hondo, contuvo un gruñido. A su espalda, sus dos hermanos y dos cuñados terminaron su charla, se acercaron, manteniéndose cerca, dándole un silencio que era más leal que cualquier palabra. Nadie se atrevía a tocarlo. Nadie osaba interrumpirlo.

Bajo sus zapatos se acumulaba un charco imaginario de pérdidas: la de su cachorro, la de un linaje truncado antes de nacer, la de una inocencia que ni siquiera recordaba haber tenido. Todo se resumía en ese momento: un omega adorado, dormido bajo bisturís, cosido a la fuerza para volver a respirar.

Un lobo, un rey, un monstruo al otro lado del cristal, conteniendo el mar que le rugía dentro del pecho.

Por un segundo, se permitió apoyar la frente aún más fuerte. Murmuró algo en ruso, casi un rezo:

Mi amor, mi alma, esta será la última vez que sufras, lo juro.

Era todo lo que podía prometer y al mismo tiempo, pedirle al universo aquella noche.

Y si el universo no respondía, entonces él mismo haría que el universo se arrodillara ante ellos.

Porque Jimin ya lo estaba perdiendo todo: su cachorro, su nombre, su identidad. Lo último que le quedaba era él. Y Jungkook juró, ahí mismo, que mientras respirara, Park Jimin, su príncipe de hielo, jamás volvería a quedarse solo.

—¿Entonces por qué anunciaron su muerte? —cuestionó Seokjin.

—Era evidente que con el atentado muchos mafiosos reconocerían al capo. Por eso, fue preferible dar a conocer la muerte del patinador, sin embargo, Luca Nostro seguirá dando órdenes —explicó Yoongi—. Mi plan original era que Taehyung también muriera, así lo mandaría lejos junto con Jimin, pero las cosas se complicaron con el disparo.

—¿Ibas a hacernos creer que mi hermano murió? —preguntó Namjoon,

—Algo así, después de todo, ustedes creían que era un traidor.

—Ningún Jeon morirá jamás —dijo Namjoon, firme, clavando la mirada en el vidrio tras el que Jimin seguía inconsciente, custodiado por batas blancas y monitores—. Los Jeon que valen la pena están en este lugar, ya sea por apellido político o por apellido de nacimiento. Al alguno de ustedes muere; no podría soportarlo.

Jungkook no apartó la frente del cristal, pero asintió muy leve, reconociendo la manada que le quedaba.

—No va a morir nadie más —gruñó, apenas audible—. No mientras yo camine sobre esta tierra.

Yoongi respiró hondo, dejando caer los hombros. Había demasiadas sombras pegadas a su espalda, demasiados años sobreviviendo a traiciones, matanzas, estrategias que se volvían arena entre los dedos.

—Ahora entiendes por qué el mundo tiene que creer que Park Jimin está muerto —dijo, con voz baja—. Porque Luca Nostro no puede sangrar de nuevo frente a todo el Metka. Si el príncipe de hielo muere, el capo se vuelve inmortal e intocable.

Taehyung, se fue a sentar a uno de los asientos de vinil, jugueteando con un bisturí tomado "prestado" de una camilla de emergencias. El filo giraba entre sus dedos, cortando el aire en silenciosos reflejos de acero.

—En realidad esta noche terminó todo lo que inició Italia, ¿no creen? —preguntó sin mirar a nadie—. A partir de ahora las cosas estarán más tranquilas en cierta manera.

Seokjin soltó un suspiro.

—Yo solo quería bailar en mi boda sin ninguna muerte, ¿saben? —ironizó, cruzando los brazos sobre el pecho—. Y ahora soy líder de los Yakuzas. Mi madre estaría orgullosa, claro, si la hubiera conocido.

Namjoon dejó escapar una risa rota. Se inclinó para posar una mano en el hombro de su omega.

—Por supuesto que estaría orgullosa, yo estoy orgulloso de ti.

Jungkook se separó apenas un centímetro del cristal. Abrió los ojos, oscuros, sangrando fuego, clavándolos en la forma diminuta de Jimin al otro lado.

—Nadie volverá a tocar a mi omega —susurró, pero era tan helado que hasta Taehyung dejó de girar el bisturí—. Si el mundo tiene que arder para que respire tranquilo... Que arda.

Namjoon sonrió, cansado, orgulloso y roto todo al mismo tiempo.

—Entonces que arda —secundó, apretándole la nuca como si bendijera la furia de un rey recién coronado—. Pacto de alfas, ningún cabrón toca a nuestros omegas y al beta de Taehyung.

Yoongi alzó el mentón.

—Si alguien quiere tocarme, primero tiene que sobrevivir —dijo con presunción—. Después, dejaré que quemem todo.

En el pasillo, una enfermera pasó apresurada, lanzándoles una mirada nerviosa, demasiado pequeña para comprender que, a escasos metros, en esa sala de espera silenciosa, se estaba pactando el fin de cualquier traición futura.



Bueeeeno hasta aquí el maratón, ¿apoco creían que no se los iba a dar luego de ver sus esfuerzos?

¡Espero que les esté gustando!

Si te desesperan la actualizaciones puedes ir leyendo mis otras historias que ya están finalizadas. Es que estos días me está costando escribir, por alguna razón escribo, escribo, escribo acerca de esta historia, pero el resultado no me gusta y tengo que borrar. He borrado tantas palabras y posibles caminos que perdí la cuenta.

Eeeeen fin, muchas gracias por estar aquí, recuerda que no soy una súper experta. Si no logro cumplir tus expectativas ahórrate los comentarios negativos que ya tengo

muchos en mi cabeza, no me tortures más 🙏

[33] *La estrella y los lobos*



El viento jugaba con los bordes de su camisón blanco mientras sus pies desnudos se hundían en el pasto húmedo, fresco, tan vivo que parecía respirar junto a él. Jimin estaba de pie, inmóvil, rodeado por un mar de verde que se extendía más allá de lo que sus ojos podían observar. No había ruido, lo único que escuchaba era el susurro de la hierba meciéndose bajo la brisa.

Sus ojos azules parecían confundidos, pero a lo lejos pudo verlos...

Tres pequeñas siluetas que rompían la quietud del campo: tres cachorros de lobo, brincando, mordisqueándose las orejas. Uno era negro como la noche sin luna; los otros dos, un blanco tan puro que parecían manchas de nieve viva sobre la alfombra esmeralda. Corrían, rodaban, se perseguían alrededor de sus tobillos, y cada risa muda que Jimin soltaba era devuelta con un aullidito juguetón.

Eran preciosos.

De pronto, el cielo se abrió sobre su cabeza. Una estrella, una única chispa ardiente, descendió desde lo alto igual que una lágrima de fuego. Jimin alzó la mano, intentando tocarla. La estrella se detuvo, vibrando, flotando sobre su pecho... y sin que pudiera evitarlo, se hundió suavemente hasta entrar en su vientre.

Un calor le llenó el centro, lo envolvió, lo hizo sentir entero, radiante. Se sintió tan bien que ignoró por un momento a aquellos cachorros que jugueteaban en la hierba alta.

Jimin se sentó en el césped, acariciándose el vientre, estaba tan en paz cuando el suelo tembló.

El pasto se partió en grietas profundas, oscuras. Jimin miró hacia abajo, con el corazón palpitando salvaje. Intentó dar un paso atrás, correr hacia los cachorros que lo miraban con ojos asustados, sin comprender qué era lo que sucedía.

En ese instante la estrella dentro de su vientre comenzó a arder, a latir como un corazón ajeno. Jimin gritó, doblándose, sosteniéndose el estómago. La tierra retumbó más fuerte, abrió grietas a su alrededor, tragándose el verde, quebrándolo en trozos que se fragmentaban en cenizas.

Con un último rugido de luz, la estrella escapó de su vientre formando una estela blanca, hiriente que se elevó como un relámpago invertido... provocando que uno de los cachorros blancos saltara detrás de ella, dejándose arrastrar por su resplandor.

Jimin estiró la mano, gritó su nombre, aunque no tenía nombre todavía , pero fue inútil porque la estrella y el cachorro se perdieron entre la grieta de cielo y trueno, desvaneciéndose en el destello.

Todo quedó en silencio, Jimin ni siquiera podía llorar, solamente anhelaba sentir aquel calor que lograba calmarlo... El calor de su alfa, de su amor, pero no estaba cerca suyo, así que imaginándoselo se quedó dormido en medio de la tempestad.

Cuando abrió los ojos de nuevo, respiraba bajo un cielo negro, profundo, punteado de estrellas lejanas. Dos, especialmente brillantes, parpadeaban justo encima de él, pareciera que lo miraran.

A su lado, Mirabella, su loba blanca, inmensa, se sentaba con la cabeza erguida, atenta, protegiendo cada exhalación suya. Del otro lado, Lupus, el lobo negro de Jungkook, estaba tendido, vigilante, con sus ojos como brasas encendidas en la noche.

Y sobre sus muslos, los cachorros que había visto jugar en el césped, los que habían sobrevivido ante la tempestad, dormían plácidos: uno blanco, uno negro. Pequeños, tibios, latiendo suaves.

Jimin bajó la vista, alzando una mano temblorosa para acariciarles el lomo. Suspiró, sintiendo el peso de lo perdido y lo que aún quedaba por salvar.

Bajo aquel cielo oscuro, tuvo la certeza de que aunque una estrella y un lobo se le hubieran escapado, todavía tenía dos luces latiendo a su lado.

Todavía tenía esperanza.



Premio para las despiertas...

¿Tienes tus teorías?

Te leo aquí, aunque en el grupo también, pero no olvides comentar acá.

Te dejo una imagen ilustrativa del sueño de Jimin...



[34] *El linaje perdido*



Jimin abrió los ojos despacio, la luz de la habitación le arañó las retinas, la sensación en el pecho de saber que algo se le escapaba de entre las manos lo había despertado, todo se sentía lejano y a la vez tan abrumadoramente real: El olor a antiséptico, a metal estéril, a flores marchitas en un jarrón olvidado sobre una mesa, y frente a él, como un espectro que nunca lo abandonaba, estaba Jungkook.

Sentado al borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas, las manos entrelazadas, y la cabeza inclinada hacia adelante. Llevaba la misma ropa de aquella noche: pantalón negro manchado de algo que parecía barro, sangre reseca en la manga de su traje caro. El cuello de su camisa estaba arrugado, abierto a mitad de pecho. Bajo la luz, sus ojeras parecían surcos de una guerra que no terminaba.

Jungkook no se dio cuenta de inmediato. No notó que Jimin lo miraba hasta que sintió un leve movimiento en la cama, apenas el sonido de las sábanas deslizándose. Levantó la cabeza, como si lo hubieran sacado de un sueño violento, sus ojos oscuros encontraron los azules de Jimin. Se abrieron, tan grandes, tan rotos, tan vivos.

—Patito... —susurró, con la voz hecha trizas—. ¿Cómo estás? ¿Te acuerdas de mí? Dime que no es como esas novelas trágicas en las que mi gran amor olvida mi rostro.

Jimin parpadeó. Sus labios secos se separaron para dejar salir un aire áspero. Su garganta ardía. Jungkook se inclinó sobre él, buscó su mano, su cara, su pulso, como si pudiera perderlo de nuevo en un pestañeo.

—Estoy despierto, ¿verdad?

—Sí claro, estoy aquí. Déjame llamar al médico.

Jimin pestañeó, tragó con esfuerzo. Su vientre dolía en mil puntos distintos, pero había algo peor que el dolor:

Era ver a ese lobo hecho polvo. Mugriento, exánime, ojeroso. Un rey manchado de sangre, devorándose a sí mismo mientras custodiaba a un fantasma. Se notaba que llevaba ahí bastante tiempo.

Jungkook asomó la cabeza por la puerta, de inmediato ingresó una enfermera para revisar los signos vitales de Jimin, después apareció el médico, quien al revisarlo dijo que todo estaba en orden. Después se despidió sin decir más porque Jungkook le había dicho que él le daría la noticia a Jimin.

—¿Cuánto... tiempo he estado inconsciente?

—Dos días. Dos malditos días —respondió, apretando los dientes—. Te tuvieron que abrir de nuevo. Perdiste demasiada sangre, tu presión se desplomó...

La habitación quedó en silencio. Jungkook apretó su mano, pareciera que temiera que desapareciera entre los pliegues de la sábana.

Jimin tragó saliva. Bajó la mirada a su vientre, cubierto por una sábana fina. El dolor era un animal dormido, latente, justo debajo de la cicatriz que sentía pulsar.

—¿Y...?

No dijo más. No necesitaba decirlo. Jungkook entendió al instante, su expresión se quebró. No hubo máscara que pudiera sostenerse ante esa pregunta muda. Solo negó con la cabeza, lento, lleno de una pena vieja y fresca a la vez.

—Lo sé —susurró Jimin antes de que Jungkook pudiera decir nada. Cerró los ojos un segundo, dejando que una lágrima se escurriera hasta su oído—. Lo sé... nuestro cachorro... Lo supe desde que la bala me perforó. El médico había dicho que solo algo muy fuerte podría interrumpir el embarazo de un lupus, dijo que una intervención médica podría hacerlo, supongo que lo perdí durante la cirugía, la pérdida de sangre y,

Jungkook se inclinó sobre él, apoyando la frente en la suya, respirando contra sus labios.

—No volverás a perder nada —murmuró, interrumpiéndolo—. Te lo juro, Jimin. Te lo juro por todo lo que soy.

Jimin abrió los ojos, encontrándose con los de su alfa. Tan cansados, tan tristes, tan vulnerables... tan suyos.

—Pakhancito... —dijo, ronco, su voz era una caricia débil—. Estás... horrible.

Jungkook soltó un resoplido entre risa y sollozo, esas palabras le daban permiso de respirar por primera vez en dos días.

—Lo sé. —Apretó la mano vendada de Jimin, se la llevó a los labios. Su barba rasposa arañó la piel sensible de su muñecam.

Jimin sacudió la cabeza, respirando despacio. Lo miró a los ojos con ese fuego suave que siempre guardaba solo para él.

—Ve... —murmuró—. Dúchate. —Le acarició la mejilla—. Apestas a pólvora y a sangre... —Cerró los ojos, agotado—. No quiero que mi alfa... huela así.

Jungkook tragó saliva. Podía aplastar un cráneo con una mano, vaciar una habitación de traidores en segundos... pero esas palabras suaves lo desarmaron por completo.

—No quiero dejarte solo —protestó, casi infantil.

Jimin esbozó la sombra de una sonrisa, y alzó los dedos para rozar su mandíbula mugrienta.

—No me voy a morir... —jadeó, apenas audible—. Ya no.

Volvió a cerrar los ojos. Su pulgar, frío pero terco, seguía contra la barba de Jungkook.

—Es que... Tengo una noticia para darte, pero no sé por dónde comenzar —susurró.

—¿Qué noticia?

El silencio entre ambos era extraño, hecho de bisturís que nunca terminaban de cortar. Jimin tragó saliva con dificultad, sintiendo el ardor en su garganta como un recordatorio de que seguía aquí, encadenado a ese cuerpo que dolía en cada fibra. Jungkook le acariciaba la mano despacio, temiendo romperlo de nuevo. Tenía las uñas cortas, la piel reseca de tanto morderse los nudillos. Bajo sus dedos, la palma de Jimin temblaba, no sabía si era por la fiebre, la morfina o porque parte de él aún estaba allá, en la pista, cubierto de pétalos y sangre.

—¿Dónde está Yoongi? —preguntó Jimin de pronto, con voz más entera de lo que esperaba.

Jungkook alzó la vista, despeinando el flequillo que se le pegaba a la frente.

—Está en la sala de espera. Organizando... todo. El Plebe también está aquí, Seokjin, Namjoon... Todos los del Metka, el hospital está rodeado de hombres. Nuestros lobos van camino a una villa en Moscú, ahí estaremos durante tu recuperación y no acepto un no por respuesta. —Respiró hondo.

Jimin soltó una risa ronca que se convirtió en un quejido.

—Idiotas... —musitó, con la comisura de la boca temblándole en un intento de sonrisa—. Deberían estar cerrando tratos, no cuidándome, eso debieron hacer el día de las olimpiadas. Ahora no sirve de nada.

—Lamento haberte fallado.

—Bueno, los culpables murieron, está bien.

—Pero cariño... —Jungkook volvió a suspirar—. La cirugía fue complicada, la bala dio directo en el vientre, la cosa se complicó tanto que...

—¿Perdí la capacidad de tener cachorros? ¿Es eso? Porque tuve un sueño raro relacionado con cachorros de lobo y pienso que algo así pasó. Veo tu semblante y me lo confirmas.

Jungkook asintió con la cabeza.

—Te tuvieron que extraer el útero... —dijo en voz baja.

—Bueno, no es como que quisiera traer un cachorro al mundo de la mafia... —murmuró con voz quebrada—. E-está bien.

—¡No! Claro que no está bien. —Los ojos de Jungkook brillaron—. ¿Qué clase de líder de la Bratva soy si no pude proteger a quien más amo? Perdóname, por fallar de esta manera.

—Te dije que no es nada. —Lo tomó de ambas mejillas—. Solo me preocupa que vayas a querer estar con un omega que sí pueda darte hijos, yo... Pienso que lo mejor es terminar con esto. Es una tontería, tú y yo nos hemos hecho bastante daño de distintas maneras.

»Nuestros padres han muerto por nuestra culpa, tu hijo, mi hermana, nuestro hijo. ¿Qué sigue? Creo que estar juntos nos trae más mal que bien y la verdad es que no pienso seguir aportando maldad a tu vida.

»Mereces estar con un lindo omega que no te ate a tu pasado, que no tenga nada que ver con las muertes de tu familia y por supuesto que pueda darte cachorros.

—¿Estás loco? ¿Es la anestesia? ¿Qué te pasa? No voy a dejarte, nunca.

—¡Estoy maldito, Jeon Jungkook! —gritó furioso—. Todo lo que amo muere, ¿de verdad piensas que no me doy cuenta? ¿Y si el siguiente en morir eres tú? Con Yoongi no tengo opción, él lleva mi sangre.

—Y yo te amo, soy tu alfa. ¿Qué estupideces estás diciéndome, uh?

—Te he robado la oportunidad de ser padre dos veces, no voy a condenarte a estar con un omega estéril.

»Vete, quiero estar solo.

—Jimin...

—Luca —dijo con firmeza—. Park Jimin está muerto.

El silencio que se instaló después de esa última frase fue tan denso como el hielo bajo sus pies en aquella pista ya lejana. Jungkook lo miró, miró a su omega, a su Luca, a ese príncipe que se coronaba en sangre y muerte como un rey caído y renacido al mismo tiempo.

—No vuelvas a decir eso —susurró con voz tierna y ronca—. No vuelvas a decir que Park Jimin está muerto.

Jimin giró el rostro hacia la ventana, sus pestañas temblaron bajo la luz tenue del hospital. El monitor cardíaco pitó suave, acompasado, burlándose de la calma rota entre ellos.

—Es la verdad. Park Jimin murió, ¿no es noticia nacional? Ese era el plan de Corvo, plan que acepté —Le ardía la garganta de las ganas que tenía de llorar, pero no iba a hacerlo, no lloraría más—. Ahora solo queda Luca Nostro. No soy tu omega, soy el Capo de Italia, y el capo necesita que salgas de aquí.

Jungkook se inclinó más, le sostuvo el mentón con esos dedos manchados de grietas y cicatrices. Le forzó a mirarlo de nuevo. A Jimin le temblaron los labios, pero no apartó los ojos. No podía.

—¿Y qué hago con todo este amor, Luca? —murmuró, un leve temblor le recorría la mandíbula—. ¿Dónde lo entierro? ¿Dónde meto mis promesas? ¿Dónde entierro todo lo que te he jurado? ¿Me dices? Porque si tú me dejas... No sé qué hacer al respecto con eso.

»Antes te dije que no quería dejarte, incluso que te obligaría a estar conmigo si no me querías a tu lado, pero ahora te amo tanto que haré cada maldita cosa que me pidas, incluso si eso me parte en mil pedazos. Así que dime, ¿qué hago, ah?

Los ojos de Jimin se llenaron de agua. Se sintió un niño desnudo, débil, un cuerpo suturado que latía por pura terquedad.

—No me hagas esto —murmuró con voz quebrada—. No me mires así. Ya no tengo un vientre que ofrecerte. No soy bueno para ti.

Jungkook soltó un bufido que se convirtió en una risa amarga, rota, una carcajada sin humor.

—¿Bueno para mí? —repitió con desprecio hacia esa idea absurda—. Eres todo. Mi reino entero. ¿Crees que me importan tus órganos? ¿Tus células? Eres tú, maldita sea. Eres tú el que amo. Eres tú el que gobierna esta jauría que llevo dentro. No mires tu cuerpo como una condena. Si tus huesos se rompieran todos esta noche, aún así te querría.

»Somos iguales, los dos somos pecadores, los dos somos jueces, los dos somos lupus, pero me gustaría que los dos quisiéramos estar con el otro con la misma intensidad, las mismas ganas... Creí que tú me querías tanto como yo a ti.

Lo tomó de la nuca, acercándolo a su frente de nuevo. Jimin dejó escapar un gemido, intentando zafarse sin mucha fuerza. Sus dedos se enterraron en la bata de hospital, buscando rechazarlo y buscarlo a la vez.

—Dime que no me amas y te dejo tranquilo.

—Jungkook... —suspiró—. Es que no puedo más.

—Sí puedes —afirmó él, con esa autoridad que haría arrodillarse a todos las futuras organizaciones pertenecientes al Metka—. Sí puedes, porque te voy a cargar si me das permiso. Si tengo que matar cada sombra que te pese, lo haré. Si tengo que incendiar medio mundo para que duermas tranquilo, lo haré. Si tengo que criar una jauría entera de hijos adoptados, lo haré. Pero sin ti, yo no soy nadie.

Jimin cerró los ojos, sintió que las lágrimas quemaban el borde de sus pestañas. El monitor marcó un leve aumento en sus pulsaciones. Jungkook lo sintió, besó sus párpados húmedos, uno por uno.

—Lo que pasó en la pista... —susurró Jimin—. Me lo arrebataron todo, no pudiste detenerlo y está bien, no te lo reprocho... Esto es mi karma, lo acepto. Sólo que no puedo aceptar arruinar tus deseos de ser padre.

—Dijiste que eres Luca Nostro, Bueno, yo soy Artyom Terasov. Somos monstruos, sí. Pero monstruos que se pertenecen.

»¿Perdimos gente? Sí, pero también descubrimos traidores y seguiremos buscando más de ellos para arrancarlos de raíz.

»No me interesa un linaje si no es contigo, puedo vivir con eso. ¿Me entiendes?

Jimin dejó escapar un sollozo que intentó ahogar contra su cuello. Sus labios rozaron la piel salada, su respiración era apenas un silbido débil.

—Dijiste que era una pequeña estrella, nuestro cachorro... El que perdimos —murmuró, aferrándose al cuello de Jungkook.

—Mjm...

—Tuve un sueño donde una estrella de mi vientre salía para llevarse un pequeño lobo blanco, después dos estrellas brillaban en el cielo. Pensé en Lucien... Esos dos que brillaban en el cielo son ellos, tu Lucien y nuestra estrella.

»Dentro de ese sueño estaba Mirabella y Lupus, yo... sostenía entre mis brazos dos cachorros más, uno blanco, otro negro. Eran míos, eran nuestros, pero... No eran aquellas estrellas.

»Al despertar tuve la leve esperanza de que me dijeras que algo había salido bien con esto —dijo señalándose el vientre—. Pero todo salió mal y ahora nunca sabré cómo me vería estando embarazado. Es gracioso porque me preocupaba ponerme gordo y feo, pero ahora me hubiera gustado verme barrigón.

—Si quieres verte gordo y barrigón puedo comprarte una de esas panzas de embarazos ficticios —dijo apartándose y haciéndose un hueco junto a Jimin, recostándose junto a él en la cama—. Pídeme lo que quieras, menos dejarte.

—Es que no quiero que me dejes. —Se recargó en el pecho de Jungkook—. Pero soy consciente de que a mi lado no podrás ser padre.

—Mi Patito —susurró—. Créeme que no tengo planeado dejarte, jamás. Incluso me atrevería a marcarte el cuello ahora mismo para estar ligado a ti para siempre, para que no te quieras escapar de entre mis dedos.

»Yo no pedí tener un imperio lleno de herederos, yo te pido a ti, respirando conmigo, sobreviviendo conmigo.

—Tal vez... —susurró el omega con los ojos llenos de lágrimas—. Tal vez no nacimos para criar una familia, nacimos para sostenernos cuando el mundo se venga abajo.

—Y yo derrumbaré el mundo mil veces si es lo que hace falta para sostenerte —contestó el alfa.

Ambos se quedaron en silencio, Jungkook aprovechó para besar de nuevo los nudillos de Jimin, acariciándole la mano con suavidad. Después de un largo rato rompió el silencio.

—No puedo ocultarte lo que Corvo descubrió. —Jungkook exhaló despacio, cada palabra se le desprendía de los dientes con dolor—. Tienes que saberlo.

—¿Qué descubrió? —preguntó Jimin—. ¿Qué otra mala noticia vas a darme? Suéltala de una vez.

Jungkook se pasó una mano por el rostro, frotándose la frente, después bajó la mirada a su mano enlazada con la de Jimin, después la volvió a clavar en Jimin.

—Si te lo oculto ahora... y después lo sabes... vas a odiarme—susurró—. Mejor te cuento ahora.

—Ya dímelo, maldita sea —escupió Jimin, tenía la mandíbula tensa.

Jungkook respiró hondo, buscando en su pecho un valor que siempre tuvo para matar, pero rara vez para confesar.

—Corvo encontró registros. De un laboratorio llamado ónix... todo fue luego de encontrar una grabación dentro reloj que te obsequió Italia en tu cumpleaños, en ese laboratorio encontró los análisis que la vinculan contigo. Ella llevó en su vientre la semilla de ambos: tuya... mía. —La voz de Jungkook se puso más seria—. Lucien era tu hijo genético, Jimin. Tu hijo y el mío.

El silencio se tragó cada ruido del hospital. El monitor cardíaco marcaba un pulso normal... pero Jimin no respiraba. Lo hacía con la boca abierta, pero sin aire. Las palabras parecían un golpe de agua fría que no encontraba dónde drenarse.

Jimin negó con la cabeza. Se dejó caer contra la almohada, con la vista fija en el techo y la boca entreabierta.

—No... —susurró—. No... no puede ser. Ella dijo... —Se llevó una mano al vientre vacío, como si buscara dentro de sí una respuesta que ya no existía—. ¡Ella dijo que esos tratamientos...!

Los ojos de Jimin se llenaron de lágrimas rabiosas al comprender que había sido engañado por su hermana. Giró la cabeza hacia Jungkook, mirándolo como si lo viera por primera vez, como si en su rostro estuviera escrita toda la traición del mundo.

—¿Sabes qué me dijo Italia cuando me llevó a esas putas clínicas? —Su voz se rompió—. Que eran tratamientos especializados para omegas lupus, que fortalecerían mi útero, que me ayudarían con mis hormonas para que mis celos fueran menos violentos... —Se rió entre dientes—. Y yo, estúpido... yo le creí. Creí que me ayudaba para... tener mis celos más tranquilos, con razón no hubo ningún cambio... ¡Maldita mentirosa!

El grito rebotó en las paredes blancas, se incrustó en los rincones. Jimin se dobló hacia adelante, abrazándose el vientre como si pudiera arrancarse la verdad a tirones.

—Me usó —murmuró, temblando—. Me usó para... para parir algo que ni siquiera me dejaron ver crecer. Lucien... Lucien era mío, Jungkook. Era mío y... —Sus ojos se alzaron, rojos, vidriosos—. Y yo lo maté.

Jungkook se giró, tomó su rostro entre las manos. Jimin trató de apartarse, pero el lobo no lo permitió.

—Escúchame bien. —Su frente chocó con la de él, ambos respirando la misma furia, el mismo veneno—. No sé qué mierda planeaba Italia con ese absurdo embarazo, pero era algo más que un simple capricho. Ahora, eso ya pasó, es difícil, sí. ¿Sientes demasiado por lo ocurrido? También, es válido llorar, enojarte, pero no te vas a derrumbar por nada de lo que está pasando. ¿De acuerdo?

»No volverán a usar nada de ti, ¿me escuchas? Nadie volverá a tocar ni un solo pelo de tu cuerpo sin que yo lo permita. Ni uno solo.

Jimin sollozó una carcajada ahogada, una mueca amarga le tensó los labios.

—¿Qué importa ahora? Está muerto. Lucien está muerto. El otro cachorro está muerto. Y yo... —Se miró las manos, vacías—. Jimin está muerto también.

Jungkook le besó la frente, la sien, la punta de la nariz. Cada beso con ternura.

—No, patito. Jimin murió para el público, pero sigue aquí, conmigo y con quienes te amamos —susurró—. Luca Nostro es ahora quien se va a parar frente al resto, quien dará órdenes, quien ejecutará planes.

»¿Te querían como capo? Es hora de que demuestres lo que eres, muéstramelo.

Ambos se quedaron en silencio.

—Enséñame —murmuró Jimin luego de varios minutos—. Crecí siendo de esta manera, alguien... que ríe mucho, llora mucho, se enoja mucho. Enséñame a ser un buen líder, a ser calculador, después de todo me ayudaste mi primera vez en el Metka.

»Ayúdame de nuevo, quiero... Quiero actuar de manera pensante y no por emociones, quiero ser un digno Capo, el mejor que se haya visto en Italia.

—Por supuesto. Por ahora la prensa cree que estás muerto. El mundo te llora como un santo de hielo. Tus fans dejaron miles de velas en la pista... patines, flores... —Respiró hondo—. Ellos creen que el príncipe murió en Milán. Justo como lo planeaste con Corvo.

»¿Sabes? —susurró, aunque Jimin no podía oírlo, él pensaba en aquella noche, la noche en la que tomó la peor decisión, la noche de la omisión, la noche en la que decidió dejar morir a aquel niño que no sabía que era suyo—. La primera vez que te vi patinar, pensé que eras irreal. Pensé... "Si lo toco, se va a romper"

»Míranos ahora. Ya te rompieron... y yo también. Mil veces. Pero sigues aquí, ¿verdad? —Apretó la mano inerte contra su mejilla, buscando algo de calor—. Sigues aquí.

El monitor respondió por él, pitando con esa constancia cruel que era casi un bálsamo.

La puerta se abrió despacio. Taehyung entró, apoyándose contra la pared con los brazos cruzados. Los miró sin decir nada. Jungkook levantó la vista un segundo, notando las manchas de sangre vieja todavía en el dobladillo de la camisa de Taehyung. No preguntó de quién era. Ninguno de los dos lo hizo.

—Los lobos ya están en la casa Bratva, están seguros, rodeados de hombres, nadie se atreve a tocarlos porque Lupus está más agresivo de lo normal —informó Taehyung, rompiendo el silencio con su voz áspera—. Corvo ya tomó contacto con los italianos que conocieron a Jimin. Se tragaron la historia de la muerte de Park Jimin, como planeamos. Nadie cuestiona nada.

Jungkook asintió sin soltar a Jimin.

—Bien. Que sigan creyendo que está muerto.

—¿Dónde está Yoongi? —preguntó Jimin.

—Aquí —dijo al entrar, rozando el cuerpo de Taehyung—. ¿Cómo estás? Estaba afuera dándoles privacidad, pero Sergei se desesperó y quiso decirles lo de Lupus y Mirabella. Mi lobo también está en Moscú, tiene la orden de poner los dientes y el cuello por si alguien intenta tocar a tu loba.

—En Moscú no hay traidores —dijo Jungkook—. Nuestros problemas allá eran más bien con nuestros padres, pero ya se acabaron.

—Quiero ver los registros de Lucien —dijo Jimin.

—Dijiste que no se lo ibas a contar —masculló Yoongi—. Pero... Ya lo sabes, ¿estás bien?

—¿Cuánto tiempo esperabas guardar ese secreto, Yoongi?

—Iba a decírtelo después de la presentación, lamento que tu novio no haya esperado a que estuvieras recuperado para contarte. —Suspiró.

—Si no se lo contaba hoy, iba a odiarme si lo hacía después —dijo Jungkook.

—Nos enteramos hace poco —apoyó Taehyung—. Mi cuervito buscaba el momento perfecto para darte la noticia.

—Pues ya lo sé, y se siente como la mierda. ¿Hay alguna otra cosa que deba saber? Porque si voy a quebrarme quiero hacerlo completo, después de este día no me volverán a ver llorar.

—No —dijo Yoongi—. Es todo.

—Excelente. —Giró el rostro mirando a Jungkook—. Vete a bañar, no te quiero ver todo sucio de nuevo.

Jungkook se levantó de su lado, después le dio un dulce beso en la frente. Taehyung y Yoongi se miraron de reojo ante el acto, pero sonrieron muy ligero.

—No me tardo, volveré oliendo a rosas para ti.

—Límpiate bien —susurró Jimin, mirándolo a los ojos—. Te estaré esperando, no es como que pueda irme corriendo.

—¿Si pudieras irte corriendo, te irías?

—No después de la charla que acabamos de tener. —Hizo un leve puchero—. Soy tu omega, eres mi alfa.



Jungkook salió de la habitación con pasos lentos. Taehyung fue tras él para asegurarse de que se duchara de verdad y no se quedara parado en la puerta. Entonces Yoongi se quedó a

solas con Jimin, cerrando la puerta tras de sí.

Se sentó a su lado, con esa calma que lo envolvía siempre, incluso cuando la tormenta estaba al borde de romper techos. Lo miró largo rato, evaluando la forma de su cara, las ojeras nuevas, la fragilidad de su cuerpo bajo las mantas.

—No puedo creer que sigas aquí —murmuró Yoongi, rompiendo el silencio—. Hace tres noches pensé que tenía que despedirme de ti para siempre.

Jimin respiró hondo. Le dolía el pecho, como si cada bocanada de aire removiera esquilas invisibles.

—Tres noches... y parece que fue otra vida. —Parpadeó lento—. Ya no soy el mismo, Yoongi.

—Nadie sale igual de un charco de sangre —le respondió con naturalidad—. Pero mira dónde estás: respirando. Eso ya es suficiente para que el resto tiemble.

Jimin soltó una risa ronca. Luego respiró más profundo.

—Hablando de planear... Necesito que vayamos organizando lo de la mafia Nostro —dijo, con voz más firme—. Si voy a cargar con este apellido maldito, que sea bien. Se acabó eso de ser un estúpido novato, se acabó ser el patinador santo. Ahora seré el Luca Nostro que mi padre no tuvo huevos de ser.

Yoongi alzó una ceja.

—El mundo entero cree que enterramos un mártir en Milán, en el Metka y tus hombres están esperando hincar los dientes en cualquiera que intente tocarte de nuevo.

»Artyom planea una revolución dentro de las mafias, no puedes mostrarte débil.

—No voy a ser débil —respondió Jimin sin dudar—. Justo por eso quiero que todo lo que tenga el apellido Nostro sea legítimo, impenetrable, blindado. Quiero las rutas limpias, quiero el flujo de armas controlado, quiero a todos esos viejos italianos sentados a mi mesa rogando por migajas.

Yoongi soltó una risa seca.

—Ya era hora.

—Perdí a mi hijo... A dos de ellos —Jimin cerró los ojos un segundo, recordando el hielo, la estrella, los cachorros—. Solo estaba distraído. Me puse a jugar a ser príncipe cuando siempre fui un rey.

Yoongi se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en sus rodillas, mirando a Jimin como si estuviera viendo un mapa del futuro.

—Si quieres empezar, empieza por controlar a los banqueros —dijo—. Tengo bajo nuestro manejo gran parte del dinero en cuentas suizas, paraísos fiscales y un par de bancos en Sicilia. Eso significa que tenemos a medio consejo de rodillas.

»También debes asegurarte de que los cargos políticos sigan alineados. Tengo a tres jueces en su bolsillo. Podemos sobornar a dos, al otro lo mataremos, nadie notará la diferencia.

»Y lo más importante: limpia a los traidores antes de sentarte en la mesa. Quien dude de Luca Nostro, se va con los peces.

Jimin lo escuchaba como quien bebe agua fría después de arrastrarse por el desierto. Asintió lento.

—Eso haré. Quiero listas, nombres, números. Y quiero que todo quede entre nosotros, ya fue mucha familiaridad con los Bratva. Si le dices algo a tu novio...

Yoongi sonrió despacio. Su sonrisa era pequeña, pero real.

—Descuida, Sergei no sabrá nada de los Nostro.

Jimin apretó la sábana con sus dedos vendados, sintiendo el ardor en el vientre como un recordatorio: lo que no pudo proteger se convertiría en fuego. Fuego que haría arder la mafia entera si era necesario.

—Maldita mentirosa —murmuró, refiriéndose a Italia—. Usó mis sueños, mi cuerpo, mis ganas de ser padre... Me hizo creer que me preparaba para ser fuerte, pero en realidad me convirtió en su experimento.

Yoongi le palmeó el hombro con cuidado, con una ternura que solo él sabía dosificar.

—Pues mira el resultado, Luca —dijo, con un brillo casi salvaje en los ojos—. Se le fue de las manos... Y creo que a nosotros también se nos está yendo algo de las manos, ¿por qué lo hizo? ¿Para unir Italia y Rusia? ¿Para unirse con tu novio?

Jimin dejó escapar una carcajada rota, hundiendo la cabeza en la almohada mientras un hilo de lágrimas ardía.

—Si su plan era unirme con Jungkook no debió hacer todo eso, simplemente me lo debió presentar y ya.

—¿Quieres escuchar la grabación que encontré? También te mostraré los documentos del laboratorio... Y. —Se aclaró la garganta—. Hay otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Cuando leí los expedientes, encontré algo que no le quise decir a Sergei porque no lo tengo muy claro... Además, creo que es algo de lo que no se debería hablar a la ligera hasta tener todas las respuestas.

—Habla ya, dímelo. ¿Qué es lo que encontraste?

Yoongi tomó su teléfono, después colocó su código y le mostró a Jimin varias imágenes.

—Le tomé fotografía a los documentos, míralos. Lee todo, pon mucha atención.

Jimin parpadeó para despejar la bruma del cansancio. Sostuvo el teléfono con cuidado, con los dedos vendados rozando la pantalla. A cada línea, el frío de hospital se sentía más gélido, como si la habitación se tragara el poco calor que le quedaba en la sangre.

Ahí estaba, escrito con una pulcritud, sellos oficiales del laboratorio de Ónix.

" Informe de gestación: sujeto portador: I talia Nostro. Fecundación asistida, óvulos de omega lupus, espermatozoides de alfa lupus. Estado : viable. Fetos : tres. Sexo : dos varones, una hembra. "

Jimin sintió que la vista se le nublaba. Deslizó el dedo y aparecieron imágenes. Imágenes en blanco y negro, borrosas pero tan claras: ahí estaban. Las pequeñas sombras flotando en el vientre de su hermana. La fecha del archivo coincidía con los meses en que Italia le prohibió patinar por "tratamientos de fortalecimiento hormonal".

El aire se le atascó en la garganta.

—Tres... —susurró, casi sin voz. Su dedo rozó la primera imagen: dos pequeños puntos juntos, otro separado. —Dos niños... una niña.

Yoongi, a su lado, mantuvo la mirada baja, dándole espacio para tragar el veneno.

—Los cachorros... —murmuró Jimin—. Estos tres cachorros son míos... y ella los usó para, ¿qué mierda? ... mientras me hacía creer que fortalecía mis feromonas... ¡Maldita perra! — La palabra salió de lo más profundo de sus entrañas.

El monitor a su lado pitó un poco más rápido. Jimin cerró los ojos con fuerza, contuvo el sollozo, pero no pudo evitar que un hilo de lágrimas se deslizara hasta la almohada.

—No me interesan sus razones —susurró, con un hilo de voz—. Italia está muerta, ahora es polvo, lo que quiero es saber dónde están los otros dos cachorros. Aquí solo mencionan a Lucien.

Yoongi suspiró, se sentó a su lado en la cama, apoyando un brazo en el respaldo, inclinándose para hablar bajo.

—Los expedientes se vuelven difusos después de los nueve meses de gestación... todo es borroso, notas médicas vagas, palabras tachadas, hojas arrancadas. Lo único que dejaron claro fue el nacimiento de Lucien. Ese sí está registrado, con fecha, peso... todo legal, casi perfecto.

Jimin hundió la cabeza en la almohada, cerró los ojos como si necesitara aplastar la imagen de Lucien muerto, de su linaje truncado, de una maternidad robada.

—¿Y los otros dos? —susurró, ronco, como si masticara piedras—. ¿Los enterraron? ¿Los usaron para otra cosa?

Yoongi negó, serio.

—No hay rastro de un aborto, ni de un entierro, ni de una incineración. Nada. Solo silencio. —Se frotó la nuca, dejando escapar una risa rota—. Para mí... están vivos. Tal vez escondidos. Quizá los entregaron... o los criaron como moneda de cambio para chantajearte, o a Jungkook. No lo sé. Pero si respiran... los encontraremos.

Un silencio espeso cayó entre ambos. Jimin apretó los dientes hasta que la mandíbula le dolió. Bajo la sábana, sintió un espasmo en el vientre: un vacío que dolía como si aún guardara espacio para algo que nunca llegó a ser suyo del todo.

—Maldita perra... —repitió, con un hilo de voz que quemaba—. Creía que podía fabricar herederos, usarlos como piezas de ajedrez... y me hizo su peón.

Yoongi le sostuvo la mirada, severo, duro, sucio de la misma rabia.

—Ya no eres ningún peón. Ahora eres Luca Nostro. Cuando salgas de esta cama... si esos cachorros respiran en alguna parte... juro por mi madre que los traeremos de vuelta. Y si están muertos... vamos a desenterrar cada mentira y a quemar cada nombre que los tocó.

El omega cerró los ojos, dejando que una lágrima solitaria se filtrara por la comisura.

—No le digas nada a Jungkook, quiero evitar darle la esperanza de encontrar a nuestros cachorros.

—¿Por qué me quieres ocultar esto? —preguntó al abrir la puerta—. Dijimos que nada de secretos.

Jungkook ya estaba bañado, vestido, olía a jabón, a rosas, justo como le prometió a Jimin que olería.

—Ah... —Jimin contuvo el aliento.

—¿No te das cuenta? —cuestionó Jungkook, con los ojos brillando—. Tu sueño... Los cachorros que cargabas...

—No te quería ilusionar —contestó Jimin—. ¿Y no te enseñaron a tocar las puertas antes de entrar? —Cruzó los brazos.

—Nos quedamos pegados a la puerta escuchando —dijo Taehyung saliendo por el marco de la puerta con una sonrisa sin vergüenza—. ¿Entonces hay dos luciens más rondando por ahí?

—Es una posibilidad —dijo Yoongi.

—Pues ya que estás tan contento de que Sergei se haya dado cuenta de esto, vas a irte con él a buscar a esos niños.

»No vuelvas a Italia si no tienes noticias.

—¿Qué? —preguntó Yoongi, con la piel más pálida de lo normal.

—¿Le das permiso a Taehyung de ir con mi primo? —preguntó Jimin—. Yo tengo que recuperarme y hacerme cargo de los Nostro.

—Sí —contestó Jungkook—. Pero nadie más puede saberlo, si hay rumores de que tenemos dos niños de cinco años rondando por ahí van a comenzar a buscarlos para cazarlos.

—Bien. —Jimin suspiró—. Entonces; a trabajar.

»Y traigan a mi loba de regreso a Italia, me quedaré aquí. En mi territorio, no puedo irme, ni siquiera para recuperarme.

El chasquido de la vía arrancándose retumbó en la habitación. Una gota de sangre rodó por el dorso de la mano de Jimin, tiñendo la tela blanca de su bata. Yoongi se apresuró a sujetarle la muñeca, presionando con un pañuelo para evitar que siguiera manchándose.

—¿Estás loco? —gruñó, apretando con fuerza—. Podrías hacer un coágulo.

—No pienso quedarme acostado mientras ustedes juegan a los detectives —bufó Jimin, endureciendo la mirada—. Quiero tener control de cada movimiento, de cada nombre, de cada llamada que salga de Milán. Si me van a volver a quitar algo, esta vez voy a arrancar cabezas antes de dejarlo pasar.

Jungkook soltó una risa baja, mirándolo como si disfrutara ver esa chispa helada encenderse en los ojos de su omega.

—Park Jimin murió con mis dos cachorros. Luca Nostro está vivo y es un hijo de puta mucho más peligroso.

Jungkook dio un paso hacia él. Le apartó la mano de Yoongi, revisó él mismo la herida con una delicadeza que solo mostraba cuando tocaba a Jimin.

—No vas a moverte de esta cama hasta que el médico diga que puedes —sentenció, sin darle opción a discutir—. No puedes liderar un imperio si vuelves a desangrarte. Dirige desde aquí, da órdenes, pero no intentes pararte hasta que tus puntos estén cerrados.

Jimin entrecerró los ojos, un rugido mudo se le atoró en la garganta... hasta que la mano grande de Jungkook le sujetó la nuca y, como si nada, le plantó un beso lento en la frente.

—Hazme caso, patito —susurró—. Eres el rey de este país, pero sigo siendo tu alfa.

Taehyung soltó un bufido ahogado para no reírse. Yoongi rodó los ojos, harto de esos juegos de poder envueltos en caricias.

—Entonces esto es oficial —dijo Yoongi, girándose hacia Taehyung, dándole un codazo—. Tú y yo vamos a buscar a nuestros sobrinos.

Taehyung sonrió.

—Haré las maletas. —Después le dio una palmada en la espalda a Jungkook—. Daremos con ellos, hyung. Lo juro.

Jimin parpadeó, tragándose toda lágrima que quiso salir. Miró a Yoongi, después a Jungkook.

—Si esos niños viven, traerlos de vuelta será lo único que limpie este infierno —murmuró—. Diremos que ustedes dos se van de viaje, luna de miel después de su casamiento.

»No quiero que Namjoon se entere, si él lo sabe, lo sabrá Seokjin y Seokjin es muy boca suelta.

—¿Desde cuándo te sabes el nombre del esposo de mi hermano? —preguntó Jungkook.

—Nos reunimos días atrás para hablar sobre los pactos de las triadas e Italia. Es bastante... Informativo.

—No te preocupes, soy bueno buscando, y mi boca está sellada —dijo Yoongi, arqueando una ceja con una sonrisa torcida.

—Bien, entonces Namjoon no puede saber esto —dijo Jungkook, mirando a Taehyung quien asintió con la cabeza.

—De acuerdo —contestó.



Bueno aquí está el capítulo 34 📖

Pienso que esta historia llegue tal vez a 40 capítulos, peero todavía no estoy muy segura. De igual manera mis actualizaciones son seguidas para que no te desespere, gracias por leer 💕💕

Dos lobos, Dos estrellas



*Bajo mis pies la tierra se abre,
una grieta devora el verde
y yo, de blanco, tiemblo
soy tierra prometida, herida,
Un vientre sin nombre.*

*Una estrella me toca el pecho,
se enciende, me hace suyo,
y al marcharse arrastra un aullido,
un cachorro blanco que salta
hacia un cielo que ya no me pertenece.*

*Quise correr detrás,
quise gritar un nombre
A pesar de no saberlo,
pero la grieta era un muro de sombra
y mi voz se quebrantó en mi garganta.*

*Ahora me abrazo a la noche,
duermo tendido sobre pasto soñado,*

*mis lobos de carne y furia guardan mi costado,
una loba blanca, un guardián de mirada de fuego.*

*Sobre mis muslos respiran dos promesas:
un cachorro negro, un cachorro de nieve.
Son latidos diminutos, parpadeos de esperanza
en la boca de un invierno que casi me tragó.*

*Miro el cielo, cuento dos estrellas,
las nombro como si fueran hijos:
uno que perdí, uno que entregué,
A su vez observo a aquellos
que aún se ocultan tras la próxima aurora.*

*Que el viento lleve mi rezo,
que el rugido del lobo despierte al sol,
porque aún hay garras en mi pecho
y un reino de hielo bajo mi lengua
para nombrarlos, para traerlos de vuelta.*

*Si una estrella huyó de mis manos,
Y si a la otra la dejé partir,
que dos regresen a mi pecho,
que sean manada, promesa, camino.
Que sean mis hijos, mis lobos, mis luces.
Que sean, siempre, mi esperanza.*



[35] *La confesión de Jungkook*



La lluvia convertía la noche en una muralla líquida que tamborileaba contra las ventanillas oscuras del jet privado. Dentro, Yoongi revisaba una carpeta amarillenta mientras Taehyung, sentado frente a él, giraba un viejo anillo de plata en su dedo, sin quitarle la vista de encima.

—¿Estás seguro de que la pista es buena? —preguntó Taehyung, rompiendo el silencio.

Yoongi no levantó la mirada. Sus ojos eran dos puñales clavados en la fotografía de un edificio gris, un orfanato medio olvidado en las afueras de Alemania.

—Ninguna pista es buena —dijo, pasándose la lengua por los labios secos—. Todas apestan a mentira, a trampa... pero este sitio tiene registros falsificados de nacimientos justo después de la fecha en la que Italia Nostro dio a luz.

Taehyung frunció el ceño. Deslizó el anillo hasta quitárselo, lo dejó sobre la mesa plegable del jet, junto a un mapa manchado de café y marcas rojas.

—Orfanatos, clínicas privadas, casas de adopción ilegales... Estamos revolviendo cada pozo de serpientes del mundo —resopló, mirando la tormenta por la ventanilla—. Dime que cuando encontremos a esos niños, valdrá la pena.

Yoongi soltó una carcajada áspera. Finalmente alzó la vista, lo miró con ese brillo sucio de animal que no sabe morir.

—No vamos a encontrarlos, Taehyung. Los vamos a devolver a sus padres. Que es diferente.

»¿Sabes qué significa esto, no? Si esos cachorros viven, son Nostro y Bratva. Medio mundo mataría por tener un pedazo de su sangre.

—Por eso están escondidos —respondió Taehyung, cruzándose de brazos—. Pero... ¿por qué mantenerlos vivos? Si Italia quería usar a Jimin como incubadora, ¿qué ganó soltándolos por ahí? ¿Y por qué le dio a Jungkook a Lucien? ¿Por qué fingió que eran suyos? ¿No sería que estaba enamorada de mi hermano e igual de loca que Roma?

Yoongi giró el cuello, escuchó el trueno sacudir el fuselaje del jet. Después cerró la carpeta de golpe.

—Nadie suelta algo tan valioso sin un plan de respaldo. Quizá ella murió, pero sus aliados no. Quizá alguien los tiene, esperando el momento justo para entregarlos al Capo.

»Lo peor es que, si los movieron de país en país como mercancía, puede que ni siquiera sepan quiénes son.

Taehyung guardó silencio. Apretó la mandíbula, contuvo una maldición entre los dientes. Extendió la mano, tomó el anillo de plata, volvió a ponérselo.

—Cuando los encuentre —dijo, ronco—, les voy a contar que su tío cuervo es el beta más maravilloso que conocerán en sus vidas.

Yoongi asintió. Se levantó del asiento, apoyándose contra la ventanilla para mirar la tormenta de frente.

—Les contaré que me llevarás a ver las putas auroras boreales o si no te cortaré los huevos.

—No puedes decirle algo así a unos niños...

—Lo sé. —Sonrió cuando Taehyung se acercó a él, rodeándolo por la cintura—. Necesitamos unas vacaciones...

—Las tendremos, después de encontrarlos.

—Taehyung... ¿Tú crees que sea posible que Italia esté viva?

—¿Por qué? ¿No murió en brazos de Jimin?

—Ella dijo en la grabación que cuando la escuchara seguramente estaría muerta, yo... No me aseguré de que sus signos vitales estuvieran... Jimin fue quien dijo que había muerto, incluso se intentó enlazar con Horus.

—Horus murió, ¿no?

—Eso me dijo Jackson, pero nunca vi su cuerpo. En ese momento yo estaba más preocupado por cuidar de Jimin porque iba a pactar el Metka, además mi cabeza no pensaba con claridad por tu culpa.

—¿Mi culpa? —preguntó con voz ronca.

—Estabas comprometido con Shān Hu. No podía parar de pensar en ti, incluso por eso me culpé de la muerte de Italia. —Yoongi suspiró, empañando la ventanilla del jet, Taehyung le besó el hombro—. Cuando Italia murió dejé su cuerpo en Milán a cargo de Taemin, después viajé con Jimin a Rusia, para encontrarnos con tu hermano.

—Recuerdo eso.

—Pues cuando regresamos a Milán lo que encontramos fueron las cenizas de Italia, las pusimos en el memorial familiar. Pienso que,

—¿Piensas que Italia está viva?

—Pienso que ella era demasiado lista como para dejar que una bala la matara, ¿crees que no se daría cuenta de que el chofer era un traidor? —Frunció el ceño—. Fue criada dentro de la mafia, esa es una trampa que alguien como nosotros detectaría al instante.

»Además, el chofer pudo matar a Jimin, pero solamente le disparó a ella al bajar. Hay un medicamento que al ser inyectado te hace parecer muerto. ¿Y si ella se inyectó y montó ese espectáculo?

—¿Por qué lo haría?

—No lo sé... Pero si lo que pienso es cierto me voy a ver dividido. Yo... Adoro a los dos hermanos Nostro, crecí con ellos, si Italia vive, Jimin no la perdonará por haberlo engañado con los óvulos, y creo que ella no lo perdonará por la muerte de Lucien.

—¿Guerra de gemelos Nostro? ¿No crees que te estás adelantando a los hechos?

—¿Cuándo me he equivocado en mis intuiciones, Sergei? Soy el Corvo.

—Mmm... —Taehyung lo abrazó con fuerza, dándole otro beso en el hombro, después en la mejilla—. Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Para eso tendría que llamar a mi hermano.

—Jungkook le dirá a Jimin y no quiero alterarlo si esto no es cierto.

—Pero mi idea es sencilla —contestó—. Además Jimin sigue en reposo por la cirugía.

—¿Cuál es tu idea? —preguntó Yoongi, sus dedos tamborileando sobre la carpeta cerrada.

Taehyung sonrió, ladeando la cabeza, con ese brillo retorcido que solo aparecía cuando su mente tramaba algo grande.

—Vamos a abrir el memorial —dijo—. Si de verdad Italia Nostro está muerta, sus cenizas deben estar ahí. Si no... bueno, tenemos una respuesta.

Yoongi alzó una ceja, entre curioso y cansado.

—¿Y quieres que Jungkook lo haga?

—Claro. Nadie puede husmear tumbas sin levantar sospechas excepto si la orden viene del Pakhan de los Bratva.

Yoongi bufó una risa sin humor, pero al final asintió.

—Bien, llámalo.

Taehyung ya sacaba el móvil cuando el avión tembló por otra ráfaga de turbulencia.



En Italia.

Jungkook estaba sentado junto a la cama de hospital de Jimin, quien dormía profundamente, su respiración alteraba ligeramente el silencio de la suite privada. El alfa tenía su celular

vibrando en la palma de la mano, mirando la pantalla: *Sergei* .

Desbloqueó la llamada y respondió en voz baja para no despertar a su omega.

—Dime.

—Hyung —la voz de Taehyung llegó distorsionada por el ruido del jet—. Escucha, mi cuervito tiene una corazonada... Necesito que vayas al memorial de los Nostro.

Jungkook frunció el ceño.

—¿Qué demonios buscan ahora? No puedo moverme mucho, no quiero dejar solo a Jimin.

—No es opcional —intervino Yoongi, metiéndose en la línea con su tono seco—. Tenemos que saber si Italia Nostro está realmente muerta. Abre esa urna, revisa esas cenizas.

—¿Están locos? —Jungkook se levantó, caminando hasta la ventana para no despertar a Jimin—. ¿Saben el escándalo que sería profanar el memorial de los Nostro?

—Hyung, si Italia montó toda esta mierda, esas cenizas podrían ser de cualquiera menos de ella —insistió Taehyung—. Si está viva, significa que esos niños podrían estar con ella, y significa que se está riendo de todos desde donde sea que esté escondida.

Jungkook respiró hondo. Observó su reflejo en el cristal empañado. En la cama, Jimin giró murmurando su nombre entre sueños..

—Está bien —dijo al fin—. Lo haré. Pero si esto es una falsa alarma, les juro que los voy a colgar de las pelotas cuando regresen.

—Sabíamos que dirías que sí. —Sonrió Taehyung—. Buena cacería, hermano.

La llamada se cortó. Jungkook guardó el móvil en el bolsillo, se acercó a la cama, inclinándose para rozar la frente de Jimin con sus labios y murmuró tan suave que ni la habitación pareció escucharlo:

— *Te amo*.

Se enderezó, caminó hacia la puerta. Afuera, uno de sus hombres custodiaba la puerta siendo acompañado de otro guardia italiano.

—Prepárame el coche —ordenó en ruso para que el italiano no entendiera, clavando sus ojos de acero en él—. Vamos al mausoleo.



Mausoleo de los Nostro, Madrugada

Jungkook avanzó por el pasillo silencioso del mausoleo acompañado de dos de sus hombres más cercanos. Ambos llevaban maletines de acero y guantes de látex.

El retumbar de sus botas era lo único que se escuchaba, además de la respiración del Pakhan.

Llegaron al altar de las urnas. Las tres estaban alineadas bajo un crucifijo: Luca Nostro, Italia Nostro, Lucien Artyom Nostro.

Jungkook respiró despacio. Se quitó los guantes de piel, se arrodilló primero frente a la urna de Lucien. Acarició la inscripción con la yema de los dedos, y contuvo un temblor en la mandíbula.

—Perdóname, pequeño alfa —susurró, mientras uno de sus hombres preparaba el kit de extracción—. Esta será la última vez que profane tu descanso.

Con manos firmes abrió la tapa. El interior era un polvo grisáceo. Tomó una pequeña muestra, la selló en una bolsa marcada con un código.

Repitió el proceso con la urna de Luca Nostro. La levantó con cuidado, notando el peso idéntico. El otro hombre le alcanzó otra bolsa esterilizada.

Finalmente, la urna de Italia Nostro. La miró largo rato, como si pudiera ver el espectro de la mujer detrás del bronce. Su hermana. La bruja que tejó nudos de sangre con sus secretos.

—Si esto es un juego tuyo, te juro que voy a encontrarte —murmuró Jungkook—. ¿Cuánto tiempo necesito esperar para que me des resultados?

—Las cenizas no contienen ADN. Si las hubiéramos analizado un par de días después de la cremación pudiéramos encontrar restos, pero ahora es prácticamente imposible. Lo único que queda es confirmar si los restos son humanos.

—¿Cuánto tiempo?

—Un par de horas —contestó el otro—. ¿A cuál le damos preferencia, Pakhan?

—Al de Italia Nostro, en cuanto estén los resultados me los envían.

—Sí, Pakhan —respondieron al mismo tiempo.

Jungkook miró una última vez las urnas. Cerró los párpados, sintió un vacío abrirse en el pecho. Imaginó a Jimin dormido, soñando con un prado verde y cachorros perdidos. Así que se volvió de inmediato al hospital.

Pero cuando Jungkook ingresó a la habitación, la luz del pasillo iluminó el perfil de Jimin, que estaba medio incorporado en la cama. Tenía una mano sobre el vendaje del vientre y la otra jugando con el tubo del suero, como si así pudiera distraer la ansiedad que le encogía el pecho.

Sus ojos, húmedos de sueño, se alzaron de inmediato al verlo entrar.

—¿A dónde fuiste? —preguntó, directo, con la voz ronca, casi vulnerable.

Jungkook soltó un suspiro, dejando el saco empapado sobre la silla. Se acercó a la cama, se sentó en el borde, inclinándose para tomarle la mano y besarle los nudillos, sintiendo la tibieza de su piel.

—Fui al memorial —respondió—. Al de los Nostro.

Jimin parpadeó, su ceño se frunció.

—¿Por qué?

Jungkook sostuvo su mirada, le costaba soltar la verdad, pero era incapaz de mentirle:

—Taehyung y Corvo creen que Italia podría estar viva.

Jimin soltó una risa incrédula. Un sonido que se perdió entre los pitidos estables del monitor cardíaco.

—No bromees con eso —susurró, apartando un poco la mirada.

—No bromeo. —Su voz fue un filo—. Fui a abrir su urna. También la de Luca y la de Lucien. Tomé muestras... las mandé a analizar.

Jimin abrió la boca, tragó saliva.

—¿Y? —preguntó—. ¿Qué encontraron?

Jungkook apretó su mano, sintió el pulso frágil bajo sus dedos.

—Todavía nada, en un par de horas me dan los resultados. —Jungkook exhaló—. Si Italia está viva...

—Más vale que no lo esté —contestó Jimin, el labio inferior le temblaba—. Porque si está viva voy a arrastrarla de los cabellos rubios por todo Milán.

—¿Recuerdas el día de su muerte? —Jungkook tragó saliva—. Me dijiste que te vinculaste con su lobo, ¿cuánto tiempo duró la vinculación? Estuve leyendo de camino para acá, buscando en internet... Los mellizos tienen esa particularidad de vinculación con sus lobos, al igual que un alfa con un omega al tener el cuello marcado.

»Le escribí a Namjoon para preguntarle si puede comunicarse directamente con el lobo de Shān Hu y me dijo que sí. Esto ya lo sabía porque mis padres se comunicaban con sus lobos, es bien sabido que el vínculo alfa y omega es fuerte. Antes de que me preguntes; No, no le dije a mi hermano la razón de mi pregunta.

»Los lobos mienten, Jimin.

»Si yo me vinculo contigo y con Mirabella, ella podría mentirme y Lupus podría mentirte a ti. Porque aunque vinculados; no son nuestras almas. ¿Qué fue lo que te dijo el lobo de Italia cuando estuvieron vinculados?

—Mgh... Fue aquel día, cuando nos abrazamos por primera vez, en el puente, en Moscú...

—Jimin arrugó la frente—. Recuerdo las palabras de Horus, me pidió disculpas, me dijo que a pesar del vínculo no podía seguir... Después dijo que Italia me amaba, que. —Jimin amplió los ojos tan grandes que casi se le salen de las cuencas.

—¿Qué dijo?

Jimin apretó los dedos por encima de la tela de la sábana que lo cubría.

—Me lo ocultó a mí y a todos por amor... —Tragó saliva—. Eso dijo. Después el vínculo se rompió, sentí que mi alma se partía en pedazos, por eso me quebranté frente a ti.

—¿Y el cuerpo del lobo?

—No sé, no quise revisarlo porque estaba contigo en tu mansión. Se lo llevó un hombre de confianza, uno de los hermanos Wang. —Jimin se relamió los labios—. Ellos son fieles a los Nostro desde hace muchísimos años, dijo Yoongi que...

—Jimin... Habla más rápido que comienzo a desesperarme.

—Dame mi teléfono —dijo Jimin con voz apresurada, ignorando la desesperación de Jungkook—. Necesito dar un par de órdenes.

Jungkook asintió, levantándose para darle el teléfono, cuando este lo tomó tecleó varios botones, después se lo pegó a la oreja. Hubo un par de segundos de silencio y después...

—Jackson y Taemin Wang. Quiero que los capturen, los esposen y los lleven al sótano de los Nostro. Tengo un par de preguntas por hacer... —Hubo otro silencio—... También capturen a sus lobos.

—¿Sospechas de ellos?

—Yoongi dijo que los Wang tuvieron una especie de lío amoroso con mi hermana. ¿Qué estarías dispuesto a hacer por amor? —Jimin alzó una ceja—. Llama al médico, necesito una buena dosis de morfina y después... Iré a interrogarlos.

—Pero todavía estás herido.

—Desperté hace cinco días, esos malditos pueden estarse burlando de mí en secreto. ¿Y quieres que me quede reposando? —Jimin se talló el rostro—. No voy a hacerlo, Jungkook. Necesito respuestas. ¿Mirabella ya está en Milán?

—Sí, ha viajado bastante en avión. Pero descuida, está con Lupus. ¿Puedes tomarte esto con calma? Quiero cuidarte...

—En estos momentos no necesito que me cuides, tan solo apóyame y júrame que si Italia está viva la vamos a encontrar.

Jungkook se quedó callado unos segundos, después asintió lentamente.

—Te lo juro, si resulta que esos restos no son suyos la vamos a encontrar. —Jungkook hizo una mueca—. Pero antes tengo que contarte algo que no quería decir...

—¿Qué cosa?

—Es que te mentí.

—¡Ay, no me digas! —Jimin rodó los ojos— ¿Tú, mintiéndome a mí? ¡No te creo!

—Deja el sarcasmo y escúchame. —Jungkook tragó saliva, sintió que la tensión le subía desde la nuca hasta apretarle la garganta—. Antes de la fertilización... antes de todo esto... —susurró, bajando la mirada—. En el 2020... hubo algo.

Jimin frunció el ceño, confuso. Lo observaba como si intentara adivinar cada palabra antes de escucharla.

Pero Jungkook ya no podía callarlo.

Su mente lo arrastró de vuelta, contra su voluntad, a aquella noche: un recuerdo viscoso de humo y mentiras bajo la luz mortecina de una farola.



Año 2020, Afuera de la reunión Metka.

El edificio brillaba igual que un bloque de cristal y oro, vigilado por limusinas y guardaespaldas con corbatas negras. Dentro, se escuchaban risas, brindis, promesas de sangre y poder selladas en varios idiomas.

Jungkook, con el cabello peinado hacia atrás y un cigarro encendido entre los labios, se apartó de todo ese circo. Necesitaba aire. Se sentó en el borde de la acera, mirando la noche sin estrellas.

El crujido de tacones sobre la piedra lo sacó de su ensimismamiento. Italia Nostro, envuelta en un abrigo de piel claro, apareció bajo la farola, con una copa de champán a medio terminar. Tenía los labios pintados de rojo y los ojos delineados de manera profunda.

—¿No te gustan las fiestas de los socios de tu padre? —preguntó, ladeando la cabeza mientras se paraba frente a él.

Jungkook soltó humo, sin apartar la vista.

—Me gustan menos cuando todos se creen emperadores y se escupen en las copas.

Italia rió. Era una risa elegante, rota en la garganta. Bajó la copa a la acera y se inclinó.

—Dame un cigarro. —Su voz salió pastosa, llena de algo más que vino.

Jungkook arqueó una ceja, le pasó la cajetilla. Ella tomó uno, se lo colocó entre los labios y esperó a que Jungkook le encendiera la punta. Cuando lo hizo, sus dedos se rozaron un

segundo demasiado largo.

Fumaron juntos. El humo se mezcló con la neblina helada. Ella lo miraba anhelando verlo arder por dentro.

—¿Estás bien? —preguntó Jungkook, sintiendo un escalofrío que no tenía nada que ver con la noche.

Italia soltó una carcajada suave. Luego sus mejillas se ruborizaron de un rojo febril y se tambaleó un paso, apoyándose en su hombro.

—Creo que estoy entrando en celo... —susurró, con voz tan fina que parecía quebrarse—. Mierda... no traje nada...

Jungkook tragó saliva. La miró, olió su aroma derramarse como un perfume cálido, húmedo. Un perfume que se le clavó entre los dientes.

—Ve adentro —dijo, apartando la mirada—. Busca a Jackson o a uno de tus hombres. Ellos te ayudarán...

Pero ella negó con la cabeza. Lo miró con esos ojos fríos, carentes de emociones.

—No. —Su mano se deslizó hasta su muslo, subiendo sin permiso—. Lo quiero de ti. Lo necesito de ti, Artyom... por favor...

—Italia... —Su voz tembló—. No podemos hacer esto.

Pero ella lo besó antes de que pudiera terminar la frase. Lo besó como si se lo fuera a tragar, era tosco, brusco, era el beso de una alfa. Jungkook sintió su perfume mezclarse con la bruma fría, se sintió arrastrado a un abismo que, por un instante, parecía inevitable.

Intentó detenerla, sujetándola por los hombros, pero ella se pegó más, abrió la boca lo suficiente para atrapar su aliento. Bajo la farola, su abrigo de piel se descolgó de un hombro, revelando la línea blanca de su cuello, vulnerable y marcado con una cadena de oro.

—Italia... —susurró Jungkook. Pero la mano de la alfa se coló bajo su abrigo, buscándolo, apretando la tela de su camisa como si quisiera arrancarle la piel junto con la tela.

Un gemido se le escapó a Italia cuando Jungkook la tomó por la cintura. Podía sentir el temblor de su vientre, la urgencia quemándole la piel, ese calor dulce y pegajoso que solo un alfa como el Ruso podía mitigar.

—Si alguien nos ve... —insistió él, todavía con un último intento de cordura. Pero ella lo mordió suavemente en la mandíbula, susurrándole entre dientes:

—Que miren.

Jungkook cedió. No fue romántico, ni tierno. Fue crudo, inevitable, envuelto en el vapor de sus respiraciones y el golpe del latido bajo sus costillas. La arrinconó contra la pared de mármol. Deslizó una mano bajo la tela de su vestido, sintió la calidez de su piel desnuda, la forma temblorosa de sus muslos a medida que introducía los dedos buscando su clítoris. Italia se arqueó, abrió la boca para ahogar un jadeo. Jungkook besó su clavícula, respiró su aroma de alfa exaltado. Las luces de la calle iluminaban la sombra de sus cuerpos entrelazados. Cada caricia era rápida, guiada más por la urgencia de saciar el celo que por un deseo de ternura.

Ella lo jaló de la nuca, lo obligó a mirarla. Sus ojos brillaban húmedos, encendidos por la fiebre.

—Más —susurró—. No pares.

Cuando la tomó, lo hizo de pie, sosteniéndola contra la pared fría. El murmullo de la ciudad, el sonido lejano de risas y cristales tintineando quedaron atrás. Solo quedaron ellos, dos bestias atadas por la fragilidad del secreto. Cada movimiento era un golpe silencioso de carne y respiración, ahogado por el roce de sus labios.

Italia buscó su boca una y otra vez, quebrada de deseo. Jungkook sintió la marca de sus uñas en la nuca, escuchó su voz romperse en su oído cuando todo terminó, dejando atrás un silencio tan húmedo como la niebla que los rodeaba.

La alfa temblaba cuando todo acabó. Su respiración se quebrantaba contra la piel de Jungkook, que la sostenía con un brazo firme en la cintura para evitar que se desplomara sobre la acera.

Ella apoyó la frente en su pecho, dejando que su perfume se mezclara con el aroma áspero del tabaco. Jungkook le pasó una mano por la espalda, sintiendo su columna vibrar todavía de la fiebre del celo, y la acomodó mejor contra su abrigo para cubrirla del frío.

Durante unos segundos, no dijeron nada. Nada más se escuchaba el sonido de los coches pasando a la lejanía.

—No me gustas nada, grábatelo en la cabeza —dijo Jungkook.

Italia rió, sin apartarse. Su voz sonó invadida de un cansancio extraño, como si aquella confesión doliera menos que el frío de la piedra contra sus piernas.

—Lo tengo bien presente. Tú y yo solo somos amigos. —Levantó la cabeza, sus ojos delineados de negro se clavaron en los de él, brillando como brasas apagadas.

Jungkook negó, la sostuvo del mentón para obligarla a sostenerle la mirada.

—Tu cara es linda, eso es todo. Pero no siento absolutamente nada por ti. No vuelvas a tener un celo delante de mí, Italia. Me encanta el sexo... y si lo volvemos a hacer, terminarás enamorada de mí.

Italia lo escuchó en silencio, tragándose una carcajada rota que no llegó a brotar. Se relamió los labios manchados de carmín, sus ojos húmedos temblaron cuando se atrevió a soltar la última verdad:

—Es tarde, Artyom... ya lo estoy.

Jungkook la miró compadeciéndola, como si la distancia entre ellos no pudiera salvarse ni aunque compartieran el mismo secreto bajo la piel. Sus dedos se cerraron suavemente sobre la nuca de Italia, susurrándole al oído como quien reprende a un cachorro imprudente:

—No digas tonterías. Eres una alfa, soy un alfa lupus. Jamás podríamos tener cachorros, yo necesito un linaje. Además, adoro los omegas. Si estuve contigo hoy fue por tu celo, para ayudarte. Esta noche fue como estar con una puta más que olvidaré al día siguiente.

Italia bajó la mirada, se apartó despacio de su abrazo. Recogió su copa abandonada en la acera y se arregló el abrigo con manos, se volvió a pintar los labios y se arregló el cabello. Cuando volvió a mirarlo, su sonrisa era otra vez la de la princesa fría de los Nostro: perfecta, inmune, inalcanzable.

Jungkook se encendió otro cigarro. Lo sostuvo entre los labios mientras la veía con desdén.

—Dentro de veinte minutos anunciarán un nuevo pacto en esa sala de cristal —murmuró, sosteniéndole la mirada como si nunca hubiera sido vulnerable—. Además mi padre está haciendo tratos para comprometerme con alguien, no sé cuánto tiempo va a tomar, quizás un par de años. ¿No es triste que nos comprometan sin consultar?

—En la mafia no existe tal cosa como el amor, ya deberías saberlo. —Le dio una calada a su cigarro—. Yo no podría amar a alguien que destripa personas, que ordena ejecuciones y que al día siguiente actúa como si nada hubiera pasado. ¿Qué tal si me destripa mientras duermo? Por eso el amor en la mafia no existe.

»Somos monstruos, los monstruos no aman. Los monstruos planifican y mueven piezas de manera correcta para lucir como simples mortales.

Italia no contestó nada, ella caminó de regreso al vestíbulo iluminado, dejando tras de sí el olor de su perfume, y el sonido de una confesión que pareció inofensiva.

Jungkook aplastó el cigarro en la piedra húmeda. Se quedó unos segundos allí, con el humo aún caliente entre los dedos, esperando que su amistad con Italia siguiera como antes.



Jungkook terminó de contarle todo sin adornos ni pausas. Su voz, grave, se quebraba por momentos, pero no apartó la mirada ni una sola vez del rostro de Jimin.

El omega lo escuchó entero, inmóvil sobre las sábanas, con la espalda ligeramente incorporada y las manos entrelazadas sobre su vientre vendado. La lámpara junto a la cama derramaba un resplandor que iluminaba la palidez de su rostro y hacía brillar las ojeras recientes.

Jimin no pestañeó. Solo respiraba, lento, midiendo cada latido como si de eso dependiera no desmoronarse.

—Fue una vez —dijo Jungkook. Tenía la mirada fija en la sábana, incapaz de sostener los ojos de Jimin—. Fue antes de la clínica, antes de todo. Nunca te lo dije porque... porque pensé que no significaba nada. Que era solo un capricho de celo... Además, no significó nada para mí. Pero ahora con todo esto de que Italia mintió, de que dijo que Lucien era una concepción suya y mía, pienso que todo lo que ha estado pasando fue una manipulación relacionada con alguna especie de enamoramiento.

Jimin estaba helado. Ni siquiera respiraba.

—¿Estabas enamorado de Italia...? —preguntó.

Jungkook levantó la vista, los ojos brillosos, derrotados.

—No. Yo solo la veía como una amiga... —murmuró—. Estuvimos capturados juntos en una celda un año atrás, la vi ser maltratada por el mismo alfa que me maltrató. Creo que por eso era amable con ella, y no, nunca sentí nada más que una amistad... —Trató de tomarle la mano, pero Jimin la apartó—. Me refiero a que es una manipulación por enamoramiento de ella... Disfrazado de querer ayudar, proteger, vincular.

El monitor cardíaco parpadeó, marcando un latido brusco. Jimin se llevó la mano a la frente, cerrando los ojos como si quisiera arrancarse la imagen de la cabeza.

—Aún así lo hiciste.

Jungkook abrió la boca para responder, pero no supo por dónde empezar. Su mandíbula se tensó. Se inclinó hacia adelante, buscando su mano, pero Jimin la apartó, sin brusquedad, pero con firmeza.

—Fue una sola vez —insistió él, con la voz hundida en la culpa—. No la amaba, nunca la amé, ni siquiera me atraía como mujer, Jimin. Solo fue... circunstancial. Ella estaba en celo, yo era un idiota. Te dije que antes de ti follaba con cualquiera. —Jungkook suspiró y tomó la mano de Jimin, en esa ocasión sin preguntar, la tomó con fuerza—. Antes de ti no me creía capaz de amar a alguien.

Jimin rió, una risa tan breve y rota que parecía un sollozo a medias. Sus ojos se humedecieron, pero parpadeó con fiereza para que no se derramara ni una lágrima.

—Antes de mí... —repitió, casi para sí mismo. Miró el gotero, como si en ese hilo transparente pudiera encontrar una calma que Jungkook no le estaba dando—. ¿Qué pensarías si yo me hubiera follado a Sergei... o a Mijail? ¿Estarías tranquilo con eso?

El alfa respiró hondo, apretando más el agarre de la mano de Jimin que intentaba zafarse.

—Si fuera circunstancial y antes de mí, sí. —Se aclaró la garganta.

—Es que esto me hace creer que en realidad sí fui el reemplazo perfecto.

—Italia siempre me pareció bonita, pero nunca me atrajo. Tú eres precioso y me atraes de una manera que no puedo explicar. Los ojos de ella eran fríos, no me reflejaban nada, y los tuyos... Son cálidos, me derriten de amor.

»Te conté esto porque si Italia está viva, va a querer usarlo en nuestra contra. No quiero que escuches esta parte de la historia de su boca o de cualquier bastardo que quiera verte débil. Quiero que lo escuches de mí, Jimin.

»Porque te amo, y si me dejas por algo que hice en el pasado, por algo que hice antes de siquiera conocerte. Me romperías.

Jimin alzó la mirada. Sus ojos se encontraron, tan vacíos y tan llenos al mismo tiempo que a Jungkook le dolió más que cualquier disparo.

—¿Y crees que con decírmelo se borra? —preguntó Jimin. Su mano, la que había rechazado antes—. ¿Crees que si Italia está viva podré verla y no pensar en que tú estuviste dentro de

ella?

La respiración de Jungkook se trabó en su pecho. Quiso decir algo, jurar, prometer, arrodillarse si hacía falta, pero Jimin negó, bajando la mirada.

—No hables ni me digas nada —dijo, con la voz ronca y herida—. Quédate callado.

—¿Estás pensando en dejarme, verdad?

—¿Dejar a mi alfa porque se acostó con mi gemela antes de conocerme?

—Solo tú puedes quebrarme, Jimin —susurró el alfa—. Porque solo el amor podría hacerlo, eres el único con ese poder. Todo lo que pensaba o lo que quería se acabó porque te quiero más que a nada en el mundo.

El monitor cardíaco marcó un pitido regular mientras Jungkook se sentaba otra vez en el borde de la cama, inclinándose para apoyar la frente en la mano que Jimin más relajada, aunque su piel temblaba bajo su pulgar.

—Me amas y te amo. —Jimin sentía sus emociones desbordarse—. Y me alegra que me lo hayas contado, después de todo... Sucedió antes de conocernos. ¿No es así?

—Es así, después de ti no he estado con nadie. Incluso después de aquella noche en el puente de Moscú, te lo conté... Intenté follar varias veces con las y los omegas de los burdeles que frecuentaba, pero ninguno me provocaba deseo porque aparecían tus preciosos ojos en mi memoria.

»Eres mi omega, soy tu alfa. No necesito un clon tuyo, eres tú... Tu esencia, tu alma, tu lobo... Solo tú.

—Hagamos algo —dijo Jimin con voz ronca, escuchándose más calmado de lo que Jungkook esperaba.

—¿Qué haremos?

—Si Italia está viva...

—¿Mjm?

—Me marcarás el cuello en cuanto antes, solo así me aseguraré de escuchar a tu lobo cuando te reencuentres con ella. Sólo así disiparé cualquier duda futura. Aunque Lupus puede mentirme, será más difícil que lo hagas... Solo así podré rebanarte en pedacitos si me engañas.

—Te juro que no miento, y sería un honor marcarte el cuello, quiero hacerlo desde hace mucho tiempo atrás.

—Bien, entonces así será.

En ese momento el teléfono de Jungkook comenzó a vibrar, era una llamada de sus hombres, aquellos que estaban trabajando con las cenizas.

—Habla —dijo Jungkook al contestar.

—Pakhan... Lucien está donde debe estar. Luca también. Sus cenizas son reales, humanas... pero... Las de Italia no son humanas. Son simples restos. Ceniza de madera mezclada con arena de hueso animal. Nada más.

Jungkook escuchó en silencio. Su mandíbula se marcó cuando apretó los dientes, sosteniendo el celular con tanta fuerza que el plástico crujió bajo su mano.

—¿Están seguros? —preguntó.

—Sí, Pakhan. Hicimos espectroscopía, microscopía. No hay ADN humano. Es un montaje. —El silencio del otro lado se llenó de un ruido de papeles, pasos de botas—. Italia Nostro no está muerta.

Jungkook cerró los ojos un segundo. Sintió la mano de Jimin moverse, buscándolo por encima de la sábana. El alfa la sostuvo de inmediato, entrelazando sus dedos.

—Bien. —Su voz fue baja, el tono que usaba cuando dictaba sentencia—. Que nadie más sepa. Quiero un informe detallado en una hora y las imágenes de todo el proceso.

—Sí, Pakhan.

Colgó. El silencio se instaló de nuevo, pesado. Jimin respiraba con la boca entreabierta, la mirada fija en el techo, como si allí pudiera ver el mapa de cada traición.

Jungkook bajó el teléfono, lo dejó a un lado. Su pulgar acarició la parte interior de la muñeca de Jimin, sintiendo su pulso correr como un caballo desbocado.

—Está viva —murmuró Jimin, sin preguntarlo porque había escuchado, estaba demasiado cerca de la bocina del teléfono de Jungkook—. Le lloré y está viva. Ella... Me arrojó a los perros y huyó.

»Sentí el lazo quebrarse... Italia me repudió como hermano, solo así pude sentir esa ruptura. Me engañó, nos engañó a todos.

—Sí. —Jungkook bajó la cabeza, apoyando la frente contra sus dedos entrelazados.

—Me pregunto si los niños están con ella —dijo Jimin, tragando saliva. Sus ojos, enormes, se llenaron de un brillo febril—. Si mis cachorros están respirando en algún agujero del mundo... Si... si... —Su voz se quebró, pero la detuvo de inmediato, mordiéndose el labio hasta que le dolió.

Jungkook levantó el rostro, tomó aire, soltándolo despacio.

—Escúchame. —Su mano libre se posó sobre el vendaje de Jimin, con cuidado, como si pudiera blindar con su calor ese vientre que la guerra les había arrebatado y devuelto mil veces—. Los encontraremos. A los niños, a Italia. No importa cuánto cueste. No importa cuántos países tengamos que pisar, cuántos muros tengamos que quemar. Los traeré a casa. Soy un buen cazador, uno que se confió de más y mira la sorpresa que me he llevado, pero los traeré para ti.

Jimin lo miró. Sus pupilas estaban húmedas, pero no temblaron.

—No la mates —dijo de pronto, la voz ronca, el labio partido entre sus dientes—. No quiero que la mates. Quiero verla de pie frente a mí. Quiero preguntarle por qué. Quiero... Quiero que me lo diga a la cara. Después... —Soltó una risa seca, rota—. Después veré si la perdono.

Jungkook asintió, inclinándose para rozar su frente con la de él. Respiraron juntos, tan cerca que las máquinas parecieron silenciarse.

—Primero, te marco —susurró Jungkook, su voz casi animal, ronca de certeza—. Después, encontraremos a tu hermana y a nuestros cachorros.



Hasta aquí el capítulo de hoOoOooy!!!

Les haré una pregunta en el grupo de WhatsApp, depende de la respuesta de la mayoría será la cosita que añadiré a la historia. ¡Muchas gracias por leer! 🧡💕

[36] *El vínculo*



Un mes después...

Park Jimin emergió entre el bullicio del aeropuerto privado, llevaba puesto un traje negro de corte impecable, camisa blanca abierta justo en la clavícula, y un bastón de adorno con empuñadura plateada que no usaba por necesidad, sino como gesto de dominio. A cada paso, lo flanqueaban dos siluetas majestuosas: Mirabella, la loba blanca de mirada feroz, y Lupus, el lobo negro, imponente y silencioso. Además, a sus espaldas iban distintos hombres de los Nostro, eran cerca de diez de ellos que habían jurado protegerlo con sus vidas ante la luna mediante un pacto muy parecido al Metka.

Era la primera vez que se mostraba en público desde su hospitalización. Su cuerpo ya no temblaba al respirar, su piel había recuperado el tono vital y sus ojos, azules como el cielo despejado reflejaban una calma tensa porque sabía que todo estaba por terminar.

Cuando llegó al hangar, un hombre descendió por la escalerilla del jet privado.

Jeon Jungkook.

Vestía con sencillez, una camiseta blanca, pantalones negros, gafas oscuras, pero su presencia era tan intimidante como bella. Al ver a Jimin, se las quitó y caminó hacia él sin dudar, sin titubeos.

Jimin dejó que el bastón colgara de su muñeca y abrió los brazos.

El abrazo fue profundo. Se unieron igual que dos piezas de un arma que por fin encajaban otra vez. Jungkook lo rodeó con fuerza, inhalando su aroma porque no lo había visto durante varios días por estar buscando a Italia hasta en los confines de la tierra, y Jimin, que jamás había sido débil, cerró los ojos un instante, permitiéndose pertenecerle.

El beso vino después, uno pequeño. En la comisura de los labios primero, y después directo, suave, lleno de emociones que no necesitaban palabras.

—Estás guapísimo —murmuró Jungkook con una sonrisa torcida.

—Lo sé —respondió Jimin con una media sonrisa, acariciando su cuello—. Pero no me trajiste hasta aquí para halagarme, ¿cierto?

—No. —Jungkook lo tomó de la cintura y lo guió hacia el jet—. Vamos a cerrar esto. Ya tenemos su ubicación.

Abordaron con calma, acompañados por los dos lobos que subieron sin necesidad de órdenes. El interior del jet estaba preparado para una travesía larga, pero el silencio entre ellos era elocuente. Jungkook tomó asiento a su lado y le entregó una carpeta de cuero.

—Tu hermana es inteligente, pero no más que yo. En la carpeta está escrito todo lo que nos dijeron esos dos, por si quieres releerlo.

Jimin asintió sin necesidad de mirar los documentos. No le hacía falta. Su memoria había retenido cada grito, cada noche, cada sombra del sótano donde retuvieron a Jackson y Taemin. No necesitaba leerlo de nuevo, necesitaba justicia.

—¿Turquía? —preguntó, recostándose en el respaldo mientras acariciaba el lomo de Mirabella.

—Estambul. Italia tiene una propiedad bajo nombre falso, pero no es sutil. Se rodeó de mercenarios viejos, hombres sin bandera ni Dios. Hay cámaras, alarmas, rejas eléctricas. Pero nada que no podamos romper.

Jimin cerró los ojos un instante. Su mente no pensaba en venganza, no en el sentido clásico. No era rencor lo que lo movía, era el deseo de enfrentar de una vez por todas a su hermana.

—¿Cuándo llegamos?

—Amanecer. Tendrás tiempo de descansar.

—No pienso dormir. —Sus ojos se abrieron, serenos pero afilados—. Quiero estar despierto cuando crucemos su maldito umbral.

Jungkook tomó su mano, la misma que había temblado tantas veces, y la besó con reverencia.

—Haremos lo que tú digas.

Jungkook ajustó el cinturón de seguridad de Jimin mientras el jet privado rodaba con suavidad por la pista. No lo hacía por protocolo, era un impulso casi inconsciente de protegerlo, de afirmarle que ya no dejaría que nada ni nadie le hiciera daño.

—Yoongi y Taehyung ya están en Turquía —murmuró, dejando un beso en la sien del omega—. Aterrizaron esta madrugada. Nos esperan en la villa que aseguramos cerca del Bósforo.

Jimin asintió con lentitud, sin mirar al alfa. Sus ojos estaban fijos en la ventanilla, aunque fuera solo para observar la curvatura de su reflejo y no el cielo opaco del exterior.

—Está bien —respondió con voz baja.

Jungkook lo notó. La tensión en su mandíbula, el leve parpadeo.. Su aroma. Había aprendido a leer esos detalles como un idioma propio.

—¿Estás molesto?

—Sí —contestó con sinceridad.

—¿Por qué?

—Porque no me has marcado el cuello.

Jungkook parpadeó, sorprendido. Se quedó en silencio por un segundo, intentando procesar el verdadero significado detrás de esas palabras.

—Te acostaste con mi hermana antes de conocerme —añadió Jimin con una honestidad casi hiriente—. Eso me hace sentir inseguro. Me hace pensar que puedes elegir a otra si mañana decides que soy reemplazable.

—No lo eres —dijo Jungkook al instante—. No hay nadie más para mí.

Jimin bajó la mirada por un instante, luego alzó la barbilla con decisión.

—Prometiste que me marcarías antes de encontrar a Italia, pero no hemos estado mucho tiempo juntos durante mi recuperación. ¿Quieres marcarme aquí, en el avión?

La pregunta se suspendió entre ellos, al igual que un pétalo cayendo lentamente en una superficie en calma. Jungkook inspiró hondo, con los ojos fijos en la garganta expuesta de Jimin, en la piel pálida que parecía invitarlo, provocarlo, reclamar lo que aún no había sido declarado en palabras.

—No lo sé —dijo—. ¿Quieres hacerlo?

Jungkook se inclinó, lento. Su mano rozó la nuca del omega con cuidado, como si temiera romper algo sagrado.

—Sí, pero no quiero que lo hagas por obligación. Es solo que... Si lo haces estaré seguro de que no te irás corriendo a los brazos de cierta alfa que luce igual que yo... De cierta alfa que llevó a tus hijos en su vientre.

—Hijos que son tuyos —susurró Jungkook—. Además no hay ojos en el mundo iguales a los tuyos. —Suspiró—. Si nos vinculamos lograrás hablar con Lupus, también sentirás lo que siento. ¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

—Mis pensamientos no son bonitos la mayor parte del tiempo, Patito. —Los labios del alfa rozaron la mejilla de Jimin.

—Los míos tampoco.

El avión comenzó a elevarse. El zumbido del ascenso fue como un preludio a lo inevitable. Jimin tenía las mejillas ruborizadas porque de pronto se sentía algo avergonzado por pedirle a Jungkook que lo marcara, por sentirse ligeramente inseguro. Es que a cualquier otro omega o alfa podría degollarlo de una vez si Jungkook volteara a verlo, pero Italia... No podía matarla, no se sentía capaz de hacerlo con sus propias manos. La mujer que más amaba en el mundo se había acostado con su alfa en el pasado y quería asegurarse de que el alfa lo amara a él en verdad.

Cuando el jet estuvo estable en los cielos, Jungkook se acercó a Jimin. Sus manos, grandes y cálidas, rodearon la mandíbula del omega con una dulzura reverente. Obligándolo a mirarlo.

—Quiero hacerlo —dijo en voz baja, ronca, con la mirada clavada en sus labios—. No por demostrarte que eres mío, ni por demostrarte que soy tuyo.

»Quiero hacerlo porque eres el omega que elegí y del que me enamoré. Eres con quien quiero pasar el resto de mis días.

Jimin sostuvo su vista. Había una grieta en su pecho que no dolía. Era una grieta que se estaba llenando de algo cálido y brillante... De algo vivo.

—Hazlo —susurró—. Y prométeme que no vas a irte después.

Jungkook bajó la cabeza. Sus labios rozaron el hueco donde el cuello de Jimin se encontraba con su hombro, justo sobre la arteria que pulsaba suave y firme.

—Te lo juro por todo lo que soy, Patito. —Inhaló hondo.

Las glándulas salivares del alfa comenzaron a trabajar de manera desbordante, sus colmillos se hicieron más largos, su aroma dentro del Jet más pesado...

Y mordió.

No fue violento, fue firme. El contacto de sus colmillos atravesando la piel fue rápido, preciso, y al instante, sintiendo una corriente invisible recorrer ambos cuerpos como una descarga divina. *Jimin jadeó*. Su espalda se arqueó, sus dedos se aferraron al antebrazo de Jungkook, presionando con fuerza las líneas oscuras de sus tatuajes a causa del dolor de la mordida que era fuego. Un fuego. Un fuego limpio, interno, que no quemaba, sino que lo reconstruía.

Mientras tanto. Jungkook soltó un rugido lento. Sosteniendo con fuerza el cuerpo de Jimin que seguía asegurado por el cinturón de seguridad del asiento, saboreando su sangre, su esencia, percibiendo cada vez de manera más profunda su aroma.. Su ser.

Ambos cerraron los ojos.

Y lo sintieron.

El vínculo.

Fue como abrir una puerta que siempre había estado ahí, pero cerrada. Jungkook sintió la voz interior de Jimin, a su loba, a Mirabella, era una melodía enterrada: orgullo, miedo, deseo, un amor profundo y callado que le dolía hasta el alma por no haber podido decirlo antes. Y Jimin... Jimin escuchó a Lupus, sintió el caos ordenado del alfa. La ira, la lealtad indestructible, la soledad bajo capas de fuerza, el deseo de protegerlo más allá del instinto.

Sintió el amor.

El verdadero.

Y lloró.

No porque doliera, sino porque las emociones en ese instante eran tan puras que era imposible no sentirse agradecido de pertenecer, de obtener, de ser uno mismo.

Jungkook retiró los colmillos, lamió la marca, sellándola. Un símbolo perfecto apareció allí en el centro de aquella marca; una luna rota abrazando una rosa negra. El diseño natural de su unión.

El alfa sonrió al ver el precioso símbolo de ambos, Jimin alzó la mirada, con los ojos brillantes de humedad.

—¿Lo sientes?

—Sí —susurró Jungkook, apoyando la frente contra la suya—. Siento todo.

—Me amas —aseguró, tenía la certeza, podía sentirlo.

—Te amo.

—Y yo te amo a ti, para siempre.

—Lo sé, mi omega —susurró con voz profunda.

Jimin rió bajito, una risa temblorosa y mojada que se escapó de sus labios acompañada de un suspiro de alivio. Sus ojos seguían anegados, brillando más que nunca.

—Entonces... —dijo, apenas con un hilo de voz—. Ya tengo un alfa oficial.

Jungkook lo miró con tanta ternura que el mundo pareció detenerse. Sus manos no se alejaron de él, se deslizaron con cuidado por sus mejillas, acariciando la piel como si tocara el cristal más delicado.

—Me aseguraré de dejar mi olor en ti todo el tiempo para que los otros alfas huyan de ti.

Jimin parpadeó, después sonrió ruborizado

—No necesitas hacerlo, puedo controlar a cualquier alfa... A cualquiera menos al testarudo que tengo aquí enfrente.

Jungkook frunció el ceño, pero no con molestia, por felicidad, porque era cierto, su omega no era cualquier omega. Después le acarició el cabello, hundiendo los dedos en su nuca.

—No puedes verlo, pero en nuestra marca apareció una luna y una rosa negra. Me tatuaré una igual, en el pecho, justo donde está el corazón.

Jimin se quitó el cinturón de seguridad, inclinó el rostro, ocultándolo en el pecho de su alfa. Su corazón palpitaba fuerte bajo la tela de su camisa negra, y escuchar ese latido lo tranquilizaba. Le recordaba que era real. Que Jungkook no se iría de su lado... *Jamás* .

Durante unos segundos, se quedaron así. Aferrados el uno al otro, en silencio, mientras el jet privado seguía volando por los aires, llevándolos lejos de su país, pero más cerca que nunca del futuro que habían elegido construir.

—¿Duele? —preguntó Jungkook con una sonrisa, acariciando la zona mordida con la yema de los dedos.

Jimin negó lentamente.

—Arde. Pero bonito —sus labios se curvaron en una sonrisa tímida.

Jungkook lo besó sin preguntar, necesitaba devorar esos labios que le pertenecían. Succionó, mordisqueó y cada acción le fue devuelta de la misma manera. Así estuvieron durante varios minutos hasta que se apartaron sintiendo que los labios de ambos palpitaban de deseo.

—¿Crees que estén bien? —preguntó Jimin, con la voz ligeramente adormecida.

Jungkook supo a quién se refería. A Yoongi, a Taehyung, a los dos niños que todavía no tenían la dicha de conocer.

—Están bien —respondió, acariciando su espalda con movimientos circulares—. Listos para que llegemos e interrumpir la paz del lugar donde Italia se encuentra con nuestros cachorros.

Jimin asintió, aunque no dijo nada más. Jungkook lo sintió tenso por un segundo.

—Ya no estás molesho —aseguró porque ahora podía sentir que estaba algo preocupado.

Jimin no levantó la cabeza al principio, pero luego lo hizo, mirándolo directo a los ojos, buscando respuestas en lo más profundo de su mirada.

—No... O sí. No sé cómo explicarlo —tragó saliva—. Es solo que... a veces me viene el pensamiento. Tú te acostaste con mi hermana antes de conocerme. Y sé que no tiene sentido, pero me hace sentir inseguro.

Jungkook no se rió, ni lo minimizó. Tomó el rostro de su omega entre las manos con una dulzura feroz.

—Jimin... —susurró—. Si yo hubiera sabido que existías, si tan solo te hubiera visto una sola vez, aunque fuera de lejos, nada de eso habría pasado. No puedo cambiar lo que hice antes de ti... Pero desde que te conocí, todo en mí cambió. Tú cambiaste todo.

—Lo sé, te siento. Es que quería decírtelo y ahora que estoy desnudo ante ti... Ahora fue el momento perfecto.

—Uff, y ahora yo puedo sentir todas tus emociones, ¿cómo haces para lidiar con tanto, uh? —preguntó con voz ronca, pero tierna—. Voy a darte de mí, ahora que soy tu alfa te ayudaré a regularlas, ¿bien?

—Eso sería interesante de ver —contestó—. Te doy permiso de controlarme o desatarme cuando yo no pueda.

Jungkook lo miró fijamente. Había algo salvaje e intenso en sus ojos, pero también tierno.

—Te marcaré tantas veces después de hoy, todo tu ser... Me perteneces ahora.

—Eso suena a amenaza.

—Es una promesa, también te prometo noches intensas de lujuria. Te juro que deseo tanto estar dentro de ti que quiero arrancarte la ropa ahora mismo.

Jimin sonrió, luego alzó las cejas.

—¿Vas a hacerlo aquí en el avión?

—No lo sé —murmuró Jungkook, acercándose a su oído—. ¿Quieres que lo haga?

Jimin lo miró sin pestañear. El rubor le subía cada vez más por las mejillas, pero no retrocedía.

—No lo sé... —susurró, mordiéndose el labio—. ¿Quieres hacerlo?

Jungkook se inclinó más, sus labios rozaban los del menor, apenas a milímetros.

—Si empiezo, no voy a detenerme —advirtió—. Ni aquí, ni en Turquía, ni nunca.

Jimin cerró los ojos un momento, dejando que el vínculo latiera dentro de él.

—No te detengas —susurró, dejando que sus labios se rozaran.

Las manos del alfa se deslizaron por el cuerpo de su omega, cálidas y decididas. Jimin jadeó contra sus labios cuando los dedos fuertes y hábiles comenzaron a desabotonar su camisa, uno por uno, con paciencia. El tejido se abrió lentamente, revelando la piel tersa y pálida que Jungkook ansiaba acariciar.

No había prisa, ni necesidad de palabras. Solo miradas intensas, respiraciones agitadas y el lenguaje secreto que compartían sus cuerpos, sus lobos.

Jimin alzó los brazos en silencio, permitiéndole quitarle la prenda con cuidado. Su torso tembló ligeramente por el contraste entre el aire fresco de la cabina y el calor abrasador de las manos de su alfa. Jungkook lo observó, como si estuviera frente a una obra de arte antigua, sagrada. Bajó la cabeza y presionó sus labios en el centro de su pecho, justo donde podía oír su corazón.

—Hermoso —susurró.

Jimin cerró los ojos, tragando saliva, sus dedos apretaron suavemente el respaldo de su asiento. Jungkook continuó bajando, deslizando su boca por el esternón, hasta que su lengua tocó la cicatriz que le cruzaba el vientre. No dijo nada, pero el gesto de besarla con tanta delicadeza hizo que Jimin gimiera, vulnerable.

Sus pantalones cayeron pronto, y el omega quedó semidesnudo bajo la mirada oscura y devota de su alfa. Jungkook también se quitó la camisa, revelando su musculatura marcada, las venas tensas por la contención, el deseo que no desbordaba del todo solo por respeto.

Se arrodilló entre sus piernas, lo acarició lentamente, por completo, memorizando cada línea, cada reacción. Y Jimin, a pesar de la timidez porque era la primera vez que lo hacían después del disparo; lo permitió todo. Porque en los ojos de Jungkook no había lascivia vacía, sino devoción absoluta.

Jungkook lo acomodó movimientos firmes y cuidadosos, lo acomodó entre las mantas de seda que envolvían los asientos de lujo. Se desnudó por completo ante él, dejando ver la fuerza contenida en su cuerpo, pero también el control y el respeto con el que se acercaba a su omega.

No había necesidad de prepararse, pues el omega lubricaba en exceso, de manera natural debido a la marca. Eso les cayó bien a ambos, haciendo las cosas más fáciles, más rápidas, más deliciosas. El alfa lo penetró, lo hizo con lentitud, permitiéndole adaptarse, sintiendo que cada centímetro de profundidad lo acercaba más al éxtasis.

Jimin gimió bajo él, su espalda se arqueaba ligeramente mientras lo rodeaba con las piernas, apretándolo contra su cuerpo. No hubo más palabras, solo sonidos suaves, jadeos, suspiros que se mezclaban con los murmullos profundos del alfa llamando su nombre.

— *Jimin* .

El ritmo fue aumentando, los movimientos se hicieron más profundos, más intensos, hasta que los cuerpos comenzaron a chocar con un sonido húmedo y deleitante, una sinfonía íntima que parecía llenar la cabina entera.

La marca en su cuello ardía, vibrando, como si fuera un nexo que les permitiera sentir cada emoción con una intensidad nueva. El vínculo se fortalecía, palpitaba con vida propia, y Jimin sintió algo recorrerle la espina dorsal: una descarga de energía que le hizo gemir más fuerte, temblar, perder el control por completo.

—Jungkook... —susurró entre sollozos—. Te siento, en todo mi cuerpo... En el alma.

El alfa jadeó contra su oído, empujando una y otra vez, esparciendo sus feromonas, sintiendo las emociones de su omega, silenciando las voces de sus lobos que se habían ido a arrinconar lejos de ellos. Para después de joder durante un lapso de tiempo bastante considerable se hundió una última vez antes de derramarse dentro de él con un gruñido bajo que reverberó en el pecho de ambos.

Se quedaron así, fundidos, unidos, sudorosos y agitados, mientras el avión seguía su ruta hacia Turquía.

Jimin no podía moverse, ni quería. Jungkook lo cubrió con una manta ligera, sin salir de su interior, abrazándolo desde atrás mientras depositaba pequeños besos en su hombro.

—Gracias por dejarme amarte así —murmuró, con la voz más suave de lo que jamás se había escuchado en él.

—Gracias por ser mi alfa —respondió Jimin, entre lágrimas y sonrisas.



El aterrizaje fue suave. El jet privado rodó por la pista del aeropuerto de Estambul. La ciudad parecía contener la respiración, como si también supiera que algo importante estaba por suceder.

Jimin despertó del breve sueño en brazos de su alfa cuando sintió el descenso. Aún cubierto por la manta, con la piel sensible, el cuerpo marcado por lo ocurrido en el aire y el cuello enrojecido por la mordida de Jungkook, abrió los ojos con lentitud. La luz anaranjada del atardecer filtrándose por la ventana acariciaba sus rasgos, haciéndolo parecer un dios lupo.

—Ya llegamos —le susurró Jungkook, tocando con los nudillos su mejilla.

Jimin asintió y, sin decir palabra, se incorporó con elegancia. Se colocó la ropa despacio, tomándose su tiempo. El vínculo aún vibraba entre ellos, fresco, reciente, ardiente, palpitando con la fuerza de algo *irrevocable*.

Ambos descendieron del avión con porte firme. Jimin caminaba erguido, su bastón elegante en una mano, los ojos envueltos en una intensidad peligrosa. Mirabella a su derecha, Jungkook a su izquierda y Lupus junto a Jungkook.

Frente a la pista, una SUV negra de vidrios polarizados los esperaba, junto a ella, dos figuras conocidas se acercaron: Yoongi, de rostro serio, con ropa oscura de combate, Taehyung estaba vestido igual que él, ambos llevaban una pistola enfundada a los costados.

—Por fin —dijo Taehyung, acercándose rápido a Jimin y abrazándolo con fuerza—. Wow, se vincularon. Hueles a mi hermano. —Sus ojos brillaron—. Ahora eres parte de la manada, te cuidaré como a un hermano menor.

Yoongi se acercó después. No lo tocó, pero sus ojos buscaron la marca en el cuello de Jimin, asintiendo con respeto apenas la vio.

—Así que al fin lo hiciste, Artyom —murmuró, sin sarcasmo.

—Ya me había tardado —contestó.

—Ya tenemos ubicación exacta —dijo Yoongi, cambiando de tema a medida que abría la puerta del vehículo—. La villa donde Italia se está escondiendo. En la región de Capadocia.

—¿Cuántos están con ella? —preguntó Jungkook, ayudando a Jimin a subir.

—Al menos seis alfas renegados —contestó Taehyung, entrando al auto tras ellos.

Jimin se acomodó en el asiento con los labios apretados. Su mirada se perdió unos segundos en la ventana mientras el vehículo comenzaba a avanzar por las calles iluminadas. Pasaron varios segundos en silencio, hasta que decidió hablar.

—¿Está armada?

—Sí —respondió Yoongi con seriedad—. Hay registros de tráfico de armas, supongo que está armada hasta los dientes.

Jungkook tomó la mano de Jimin sin pedir permiso. Sus dedos se entrelazaron con firmeza.

—No dejaré que te acerques a ella —le dijo, mirando de reojo la expresión de su omega—. No después de lo que hizo. No después de lo que nos hizo. Sé que será difícil porque es tu hermana, déjame a mí.

Pero Jimin negó lentamente, sin apartar la mirada del paisaje exterior.

—Tengo que mirarla a los ojos y preguntarle la razón por la que hizo todas esas cosas.

Ninguno dijo nada más.

Mirabella, desde la parte trasera del vehículo, soltó un gruñido bajo. Lupus, a su lado, lanzó un pequeño bufido. Mientras que Rahab y Opex se lamían mutuamente.

" *Ella huele a traición* " susurró Lupus con la voz mental que solo Jungkook y Jimin podían escuchar. " *No le den segundas oportunidades a quien cruzó la línea. No esta vez.* "

" *Aunque sea nuestra hermana, tenemos que matarla, Mimi* "

Añadió Mirabella, Jungkook y Jimin se miraron a los ojos y asintieron.



La camioneta blindada se detuvo frente a los portones de hierro forjado de una villa enclavada en la profundidad de la campiña turca. El sol se había escondido hacía horas, dejando solo un cielo opaco y una brisa fría que acariciaba el terreno. Las ruedas del vehículo crujieron contra la grava blanca mientras se aproximaban a la entrada principal, donde dos alfas, con chalecos antibalas y rifles automáticos, custodiaban con expresión imperturbable.

Las miradas de los guardias se entrecruzaron apenas por un instante, el olor a peligro era evidente. Ambos pudieron sentirlo incluso antes de que la puerta del vehículo se abriera.

Jungkook bajó con calma, ajustándose sus guantes de cuero negro. Su aura cambió, tornándose fría, afilada, dominante. Jimin lo observó desde dentro del vehículo, en silencio, mientras Lupus gruñía quedamente desde el asiento trasero.

—Haré esto rápido —dijo en voz baja, sin voltear hacia nadie—. No se metan.

El alfa avanzó hacia los guardias con pasos firmes. Alzó la mirada hacia los dos hombres que alzaron sus armas, tensos, listos para actuar... hasta que Jungkook abrió los labios.

— *Dispárense mutuamente* —ordenó con su voz de mando, sin darles permiso de preguntarle quién era.

Los dos alfas parpadearon, una mueca de confusión cruzó sus rostros, como si por un segundo lucharan contra el impulso de obedecer. Pero no hubo escapatoria. La orden del alfa lupus dentro de sus cerebros fue activado por la frecuencia hipnótica de aquella orden. Uno de ellos apretó el gatillo primero, y la sangre salpicó la pared blanca de la villa. El otro, herido, tambaleante, disparó al cuello de su compañero antes de caer él mismo de rodillas, tosiendo sangre, con los ojos abiertos como platos, hasta desplomarse sin vida.

Jungkook exhaló lentamente, como si acabara de quitarse el peso de una simple molestia de encima. No se detuvo a observar los cadáveres. Caminó hacia la pared lateral de la villa, donde presionó un pequeño rectángulo metálico escondido tras una rejilla decorativa. El dispositivo era una caja de pulsos térmicos, lo conocía, había desactivado varios circuitos iguales en el pasado. Presionó varios botones decorativa manera habilidosa, después se escuchó una vibración que envió un destello rojo apenas visible que recorrió las paredes del edificio en línea recta.

—Sistema de interferencia anulado —murmuró para sí mismo. Luego giró sobre sus talones y regresó al vehículo.

Jimin lo esperaba con las manos apoyadas sobre el bastón decorativo, su semblante serio, silencioso. Mirabella, recostada a su lado, alzó la cabeza cuando Jungkook subió al asiento con la misma calma de siempre.

—Listo —dijo simplemente—. Entramos.

Las puertas de la villa se abrieron solas, pesadas y obedientes al protocolo del sistema roto. Frente a ellos se extendía un jardín interior abandonado por el tiempo, un camino de piedra bordeado de estatuas antiguas y enredaderas secas, hasta llegar a la entrada principal de la casa.

La guerra silenciosa había comenzado desde que pusieron un pie en Turquía.

Ahora... estaban a punto de enfrentar el origen de todo el desastre cara a cara.

Las ruedas del vehículo crujieron al internarse en el patio interior de la villa, la fuente central no tenía agua; solo ramas secas y hojas muertas danzando al ritmo del viento.

Cuando el vehículo se detuvo frente a la gran puerta arqueada, cuatro alfas salieron del interior. Iban armados, con uniformes tácticos negros y gafas opacas, comunicadores en los oídos y miradas hostiles.

—¡Alto ahí! —gritó uno, alzando su fusil de plasma—. Identifíquense. ¿Quiénes son?

Jungkook salió del vehículo sin prisa. Detrás de él, Taehyung bajó ajustando su guante con desdén, y Yoongi salió como un espectro gris, sin hacer ruido, ya con la mirada afilada. Jimin se quedó dentro, observando en silencio, sus manos entrelazadas sobre las rodillas mientras contenía el aliento. No quería actuar bajo impulso, dejaría que ellos hicieran todo, no quería darles una mala impresión a sus hijos... No quería cometer ningún error de nuevo.

Jungkook se detuvo a unos pasos de los alfas.

—¿Quiénes somos? —repitió con una sonrisa apenas perceptible. Alzó el rostro, el mentón en alto, el tono arrogante, frío—. Un rey nunca dice su nombre.

Los alfas dudaron, intercambiando miradas confusas.

Jungkook desenfundó su arma con velocidad inhumana. El primer disparo atravesó la frente del soldado de la derecha, y el segundo impactó en el pecho del que estaba a su izquierda. Ambos cayeron sin siquiera gemir.

Taehyung, sin siquiera esperar indicaciones, dio un paso al frente y disparó al tercero con su pistola plateada, directo a la tráquea. El hombre soltó su rifle antes de desplomarse, ahogándose con su propia sangre.

El cuarto alfa intentó correr hacia la puerta, pero Yoongi lo interceptó con un disparo certero al muslo que lo hizo caer de rodillas. Se acercó con calma, sin emoción, y le puso el cañón del arma entre los ojos.

—Demasiado ruido —susurró—. Estás estropeando la simetría.

Disparó sin vacilar.

El último cuerpo cayó al suelo con un ruido que retumbó en los muros de piedra.

Jimin, dentro del vehículo, observó todo con el corazón acelerado. Los sonidos, la frialdad, la precisión letal... no eran simples hombres, eran demonios entrenados para destruir. Y, sin embargo, Jungkook se giró hacia él con la misma expresión que tendría al ofrecerle una taza de té, con aquella mirada que solo tenía para él, con su mirada de amor.

Jimin sonrió, tragando saliva, conteniendo la respiración como si hubiera sido el protagonista de una coreografía peligrosa... y hermosa. No tenía miedo, para nada, pero estaba nervioso porque en poco tiempo conocería a sus dos pequeños y se reencontraría con su hermana resucitada.

Afuera, Taehyung silbó mientras pasaba sobre uno de los cadáveres, sacudiendo la sangre de su manga.

—Podrías haberles dado la opción de rendirse —dijo con fingida molestia.

—Y podrían haber alertado a Italia —contestó Jungkook sin mirar atrás—. No vinimos a jugar.

Yoongi pasó a su lado y murmuró con tono seco:

—Vinimos a terminar lo que empezó mi prima, así que andando.

Taehyung caminó hacia la puerta principal, la misma que habían intentado proteger inútilmente esos hombres. Con un gesto de su mano, colocó su pulgar sobre el escáner de seguridad. Un pitido respondió de inmediato, seguido de un clic. Jimin bajó del vehículo, reuniéndose con Jungkook en el umbral, ambos se tomaron de las manos con fuerza, enfrentarían juntos aquel destino que compartían.

—Si intento matarla, impídelo —susurró Jimin.

Jungkook asintió con la cabeza, al entrar el lugar parecía vacío. Pero al avanzar a una de las salas principales la encontraron, era lujoso, había cortinas de terciopelo rojo oscuro, ventanales altos de oro, el lugar impregnado de su aroma, Jimin lo reconocería hasta con los ojos cerrados.

Allí estaba ella.

Italia.

Sentada con las piernas cruzadas en un sofá de terciopelo azul noche, tan tranquila como si esperara invitados a una fiesta privada. Vestía un vestido de seda negra que le acariciaba las curvas como una serpiente, el cabello teñido de rojo, perfectamente recogido, los labios pintados del mismo rojo que sus uñas. En una mano sostenía una copa de champán; en la otra, un pequeño control remoto.

A su lado, de pie, una joven sirvienta de expresión tensa y mirada temblorosa sujetaba una bandeja con otra copa. Estaba tan rígida que parecía que respiraba con permiso.

Italia alzó la mirada cuando los pasos se escucharon en la sala. Sonrió, despacio.

—Me encontraron rápido —dijo, alzando la copa en un saludo informal—. ¿No les da gusto verme?

Jungkook no respondió de inmediato. Avanzó con paso firme, apretando la mano de Jimin con más fuerza, detrás de él, Taehyung caminaba jugueteando con una bala entre los dedos, y Yoongi se detuvo a un costado, alerta, escaneando cada rincón con ojos de halcón.

—Me viste llegar —dijo Jungkook, serio, acercándose unos pasos más—. ¿Y aún así decidiste quedarte?

Ella soltó una carcajada breve, sin bajar la copa. Entonces sus ojos se posaron en Jimin, como si hasta ese momento reparara en él. Lo escaneó de pies a cabeza con el mismo interés con el que se mira un diamante adorado. Después dejó la copa en la bandeja de la sirvienta y se reclinó con tranquilidad, pasando una pierna sobre la otra con gesto elegante.

—Por supuesto. Tú jamás me lastimarías, de hecho, ninguno de ustedes cuatro lo haría... Me adoran.

—Eres una mentirosa —espetó Jimin, sin rodeos—. Fingiste tu muerte, Italia. Nos hiciste creer que estabas muerta.

Los labios rojos de ella se curvaron en una sonrisa ladina, melancólica y peligrosa.

—¿Y no me extrañaste, Lupo? Yo sí te extrañé. Especialmente cuando caí en las falsas noticias de tu muerte. Me asusté, creí que tuve buen tino. Me alegra haberme encargado de hacerte perder a ese cachorro y no la vida. Te amo y no te quiero muerto.

Jimin sintió que algo se rompía dentro de él. No solo por las palabras, sino por la forma en que las dijo. Como si nada en el mundo tuviera importancia. Como si no hubiese destruido su vida con aquella mentira. *Cómo si jamás lo hubiera amado.*

Jimin soltó la mano de Jungkook, caminó directo a su hermana, con una mano le rodeó el cuello obligándola a levantarse del sofá, elevándola en el aire con su fuerza sobrehumana, ella jadeó, intentó soltarse, pero Jimin no soltaba el agarre, la estaba asfixiando.

—Te lloré tanto y tú solo jugabas conmigo. ¿Por qué?

—¡No... puedo... respirar! —jadeaba.

Yoongi exhaló mirando en silencio, Taehyung se mordía el labio inferior y Jungkook dio un paso hacia Jimin, colocando una de sus manos sobre su hombro.

—Suéltala, mi amor.

Las fosas nasales de Jimin estaban ensanchadas, sus emociones alteradas, pero su corazón se llenó de paz luego de escuchar la voz de su alfa. Por eso aflojó el agarre y soltó a Italia, quien se tocó el cuello con ambas manos tratando de recuperar el oxígeno perdido.

—¿Mi amor? —preguntó la alfa—. No sabía que eras tan cursi, Artyom.

—¿Dónde están? —cuestionó Jimin—. Mis hijos, ¿dónde los tienes?

—Ah... Lo sabes —murmuró.

—Se más de lo que debería, Italia —soltó con amargura—. ¿Dónde están?

—Con su nana. —Sonrió—. En su cuarto, pero no permitiré que te acerques a ellos. Lucien murió estando a tu cuidado, no pienso tomar riesgos innecesarios.

—No vine a negociar, ni a preguntar, ni siquiera a pedir permiso —dijo Jungkook—. Me los llevo.

Italia soltó una risa suave, musical.

—Tranquilos todos. No pienso pelear con ustedes... pero les advierto que Luken y Lux me adoran y si me pasa algo no se los van a perdonar.

—Descuida —dijo Jimin—. Te olvidarán pronto porque después de todo estás muerta desde hace mucho, ¿no es así?

Italia sostuvo su mirada durante unos segundos, evaluándolo, hasta que finalmente ladeó la cabeza y sonrió.

—Entonces... supongo que las cosas se van a poner interesantes mi Lupo.



Hasta aquí el capítulo de hooooy!!!!

Quisiera contarte una historia súper trágica de por qué no había actualizado, pero no me gusta echar mentiras y la realidad es que me entretuve jugando videojuegos aksjksksks Mobile Legends por eso no había actualizado, pero acá andamos con

tokiomorocho. Nunca había tardado tanto en actualizar, pero es que también casi no tengo tiempo de holgazanear y aproveché. ¡Gracias por la espera!

Esto ya casi termina...

Te quiero!  

[37] *Continuamos*



Jimin e Italia se sostenían las miradas, no se podía negar que habían distintos sentimientos de por medio entre ambos hermanos. Se querían, se adoraban, pero también... Justo en ese momento; se detestaban.

—¿Por qué lo hiciste? —cuestionó Jimin, finalmente.

—Quería ser madre, Artyom aceptó. Me dio su esperma.

—¿Y por qué me engañaste con mis óvulos?

—Porque sería imposible concebir con los míos. —Italia cruzó los brazos y alzó el mentón —. Además eres idéntico a mí, Artyom no dudaría que eran nuestros. Así aseguraba alianzas futuras de los Nostro con los Bratva. El linaje es muy importante para ellos. ¿No es así, amigo? —le preguntó a Jungkook.

—Una cosa hiciste bien, Italia —dijo Jungkook, deslizando con sutileza la mano por la cintura de Jimin. Acariciándolo despacio, un gesto que parecía insignificante, pero que estaba lleno de tensión—. Usaste los óvulos del amor de mi vida, te agradezco el obsequio.

—¿Amor de tu vida? —Italia comenzó a reír—. ¿Mi hermano el amor de tu vida?

—Es mi omega. —La miró a los ojos—. Mío en todas las formas posibles, tan mío que no dudaré en aplastar como a una cucaracha a cualquiera que intente dañarlo.

—Los monstruos como nosotros no saben amar, déjalo en paz.

—Llévame con los niños —dijo Jimin—. Quiero ver a mis hijos.

—¿Tuyos? Ellos creen que soy su madre —contestó.

—¿Saben qué pienso yo de todo esto? —cuestionó Yoongi, rompiendo el silencio finalmente y acercándose a ellos—. Que fue un plan demasiado brillante, matar al tío Luca, hacer que el Pakhan estuviera aliado contigo, querer unir las dos mafias. ¿Por qué harías algo así si ya existe el Metka?

»Me atreveré a preguntarlo porque de esto depende mi lealtad. ¿Lo hiciste por el bien de la organización o fue un capricho amoroso?

—Ah, Corvo... Siempre tan inteligente, sabía que me encontrarías y creí que me apoyabas, por eso te dejé pistas en aquel reloj. ¿Dudas de tus lealtades? ¿Por qué? Mi hermano y yo somos lo mismo. Estoy de su lado.

—Tú no puedes estar de mi lado después de lo que me hiciste, Italia —contestó Jimin—. Lloré tu muerte, creí que moriría de la tristeza y tú... Me estabas usando.

—Pero estás aquí, sano y salvo.

Italia dio un paso hacia él, y otro más, hasta acortar la distancia que los separaba. Sus dedos delgados y fríos, se posaron con suavidad en el brazo de Jimin, ejerciendo una presión ligera.

—Te amo, mi Lupo —susurró.

La mirada de Jimin no titubeó. Su respiración era tranquila, pero en el fondo, sus ojos ardían con un fuego que amenazaba con devorarlo todo. Ese "te amo" no tenía el sabor dulce de una confesión; estaba impregnado de veneno, de años de secretos, de traiciones y de heridas abiertas.

Jungkook, que permanecía junto a él, tensó la mandíbula. Sus dedos rozaron el arma en su cinturón, pero no la desenfundó. Sabía que aquello no era su batalla directa... todavía.

—No vuelvas a decirme eso —respondió Jimin, con una voz tan baja y grave que hizo que todos en la habitación se estremecieran,

Italia sonrió de manera lenta, estudiada, como quien observa una presa que cree conocer de memoria.

—Puedes odiarme, puedes maldecirme... pero no puedes borrar lo que somos. No importa lo que pase, tu sangre y la mía corren juntas. Y esos niños... —Sus labios se curvaron con un dejo de orgullo—, son el reflejo de ambos.

—No hables de ellos —la cortó Jimin.

Ella no se apartó. Su mano, todavía en su brazo, trazó un ligero movimiento descendente, buscando aferrarse a él antes de que se desvaneciera.

—¿Y si te digo que todo lo que hice fue para ayudarte y ayudar a la organización? —preguntó con un susurro tan lleno de teatralidad que rozaba lo irónico.

Jimin soltó una risa seca, amarga.

—Entonces te diré que no necesito tu ayuda. Lo que necesito es la verdad... y a mis hijos.

La tensión en la sala se hizo más densa. Yoongi y Taehyung intercambiaron una mirada fugaz, listos para intervenir si la conversación cruzaba el límite hacia la violencia.

Jimin se inclinó ligeramente hacia ella, lo suficiente para que solo Italia pudiera escuchar sus palabras.

— *Llévame con ellos. No me quieres hacer enojar.*

Su voz, impregnada de su poder de omega lupus, no dejó espacio para réplicas.

El cuerpo de Italia se tensó. Un leve estremecimiento recorrió sus hombros y, sin decir nada más, dio media vuelta. Comenzó a caminar hacia el corredor, obligada por algo más fuerte que su voluntad.

Y todos la siguieron.

Caminaron por un largo corredor alfombrado, en completo silencio. Jungkook caminaba junto a Jimin, siempre alerta, su mano reposando cerca de su arma. Taehyung iba detrás de ellos, jugueteando con una daga. Yoongi cerraba la retaguardia, con los ojos entrecerrados, escaneando cada rincón como un cuervo al acecho.

Finalmente, Italia se detuvo frente a una puerta blanca de doble hoja con relieves dorados.

—Aquí es.

Antes de abrirla, los miró por encima del hombro. No dijo nada, pero en sus ojos había algo que ni siquiera ella pudo ocultar: *miedo* .

La sala era amplia, con ventanales cubiertos por cortinas translúcidas que filtraban una luz dorada. Todo en la decoración estaba pensado para el juego: una alfombra suave cubría el suelo, había estanterías con juguetes de madera fina, libros ilustrados y una enorme casita de tela en el rincón.

Y allí estaban.

Los dos niños.

Luken, de cinco años, tenía el cabello negro y el rostro era una réplica exacta del rostro de Jungkook, pero sus ojos eran azules, tan intensos que parecían esculpidos en hielo. Lux, de la misma edad y estatura, tenía el cabello dorado claro, lacio y fino, cayéndole sobre los hombros, y unos ojos completamente negros, brillantes, inocentes.

Jimin contuvo la respiración.

Los niños levantaron la vista al escuchar la puerta abrirse y sus caritas se iluminaron de inmediato.

—¡Mamá! —gritó Luken, soltando el tren de madera que tenía en las manos y corriendo hacia Italia con torpeza adorable.

—Mamá, ese de ahí es mi papi... —dijo Lux, siguiendo a su hermano con cautela, mirando a Jungkook con ojos muy abiertos.

El corazón de Jimin se apretó con tanta fuerza que por un instante creyó que se desplomaría ahí mismo. Pero la presencia de Jungkook le bastaba para permanecer firme.

El alfa lupus se agachó, saludando a Lux, estirando la mano para acariciarle la mejilla con dulzura. Podía percibir su aroma, olía a infancia, a manzanilla y jabón suave. Un gemido se escapó de su pecho porque se parecía bastante a Lucien, no fue audible, pero sí interno, doloroso, y profundo.

—Hola, preciosa... —murmuró, acariciando el cabello de la niña, temblando—. Hola, pequeña.

—¡Mamá dijo que vendrías! —exclamó Luken—. ¿Eres de verdad?

Jungkook no contestó con palabras. Lo atrajo hacia sí y lo abrazó, envolviéndolo por completo, sintiendo en ese instante cómo algo en su interior se rompía y se recomponía al mismo tiempo.

Luego, sin soltarlo, alzó la vista hacia Lux y Luken.

—Nos vamos a casa —dijo, su voz grave pero tranquila—. A su nuevo hogar.

Los niños parpadearon, confundidos por la fuerza de sus palabras, no sabían si alegrarse o temer el cambio. Jungkook notó esa tensión en sus pequeños cuerpos, así que sonrió con calidez y se giró un poco, señalando a la figura que permanecía a unos pasos, observándolos con el corazón en la garganta.

—¿Ya vieron quién más está acá? —preguntó, inclinando la cabeza hacia Jimin—. Él es Jimin, mi omega... —hizo una pausa breve, con un orgullo que llenó la habitación—. Tiene mi marca en su cuello. Italia los ha cuidado y es una buena madre, pero... es hora de que conozcan a su verdadero papá omega.

La mirada de Lux se movió lentamente hacia Jimin. Parecía confundida, tratando de hacer encajar esa nueva pieza en el rompecabezas de su vida. Luken, en cambio, dio un paso más, sus ojos redondos y brillantes exploraron cada rasgo del hombre que, de pronto, se convertía en algo tan importante para él.

Jimin tragó saliva, intentando sonreír aunque sentía un nudo en la garganta.

—Hola... —susurró, con la voz temblorosa pero dulce, inclinándose un poco para quedar a su altura.

Lux intercambió una rápida mirada con su hermano antes de avanzar. Luken no dudó en correr los últimos pasos, frenando frente a él.

—¿De verdad eres nuestro... papá omega? —preguntó con un tono calmado.

Jimin sintió que el aire le faltaba, pero asintió lentamente.

—Sí... si ustedes me dejan serlo.

—Pero si tú eres nuestro papá omega... ¿Mamá Italia...?

—Italia los estuvo cuidando porque nosotros estábamos ocupados resolviendo cosas peligrosas porque somos algo así como superhéroes —explicó Jungkook.

Lux lo miró con cara de asco.

—No tengo cuatro años, sé que los superhéroes no existen.

—Ellos son listos y saben que soy su madre —contestó Italia—. Les dije que me adoran.

Jimin apretó la mandíbula, girando el rostro hacia ella. Las palabras estaban a punto de escapársele como un disparo, afiladas, directas, llenas de todo el enojo y el dolor acumulado.

—Tú... —empezó, con la voz tensa, pero antes de que pudiera seguir, sintió la presión de la mano de Jungkook en su cintura.

— ***Respira, Patito. Yo me encargo*** — dijo el alfa con esa vibración ancestral que sólo un lupus podía desplegar. El timbre no sólo era una orden, era una caricia que se colaba hasta los huesos, suavizando la tensión de su omega, apagando la rabia antes de que pudiera arder.

Los ojos de Jimin, aún brillantes por la furia, parpadearon, cediendo ante esa calma impuesta y no dijo nada más.

Jungkook enderezó los hombros, y cuando volvió a hablar, su voz de lupus llenó toda la habitación:

— ***Niños*** —dijo con autoridad—, ***tomen las manos de su papá Jimin y salgan al vehículo. Nos vamos a casa. Italia, quédate aquí. No te muevas.***

El silencio que siguió fue absoluto. Lux y Luken obedecieron sin pensarlo, acercándose a Jimin con pasos pequeños. Sus manitas buscaron las suyas, tibias, firmes, aferrándose como si ya supieran que no volverían a soltarse.

Italia, en cambio, permaneció de pie, sus labios apretados, su sonrisa era fina, apenas una sombra, pero sus ojos seguían a los niños como si quisiera grabarse cada detalle antes de perderlos. Yoongi y Taehyung salieron atrás de Jimin.

—Asegúrense de que suban al vehículo, en un momento los alcanzo —dijo Jungkook y ambos asintieron con la cabeza dejándolo solo con Italia.

En cuanto la puerta se cerró tras Jimin y los niños, Jungkook se movió. No fue rápido, fue preciso, sus pasos fueron calculados y su mirada fija, depredadora.

Italia apenas tuvo tiempo de abrir la boca antes de que su espalda chocara contra la pared. La mano de Jungkook se cerró alrededor de su cuello con fuerza, lo suficiente para marcar su dominio, no para cortar el aire... todavía.

—¿Qué mierda planeabas hacer? —espetó, su voz grave y peligrosa se escuchaba muy cerca de sus labios—. ¿Me querías atar a tu lado con esos niños?

Italia sonrió, pero era una mueca frágil. Sus manos subieron instintivamente para aferrarse a la muñeca que la sujetaba.

—¿De verdad marcaste el cuello de mi hermano? —cuestionó, mirándolo como si buscara una grieta en su temple—. ¿Por qué le mientes con que lo amas? ¿A qué juegas con él, Artyom?

Jungkook acercó aún más su rostro, su aliento cálido le rozaba la piel, sus ojos oscuros clavados en los de ella.

—Yo no juego con Jimin —susurró, cada palabra invadida de una verdad feroz—. Yo lo amo.

Su agarre en el cuello no cedió, pero se inclinó como si quisiera que Italia entendiera que su amenaza no era teatral. El peso de su voz, la cercanía, el aura de su poder de alfa lupus... todo estaba diseñado para quebrar su resistencia, para dejarle claro que cualquier movimiento en falso tendría consecuencias irreversibles.

El silencio en la habitación era tan denso que casi podía tocarse. Jungkook no apartaba los ojos de Italia, pero su mandíbula se tensaba más con cada palabra que no terminaba de pronunciar.

—¿Por qué...? —preguntó—. ¿Por qué hiciste todo esto? ¿Por qué fingir tu muerte, engañarnos, manipular a todos?

Italia tragó saliva, apretando los puños contra su vestido de seda negro. Su peinado impecable parecía casi una máscara que ocultaba lo que realmente sentía.

—Porque quería matar a mi padre —escupió, y el veneno en sus palabras heló el aire—. Ese maldito merecía pagar por todo lo que hizo.

»Sabes que cuando era joven... me arrebataron todo. Me lastimaron, me rompieron, y nadie hizo nada. —Sus ojos, antes altivos, ahora ardían de rabia—. Tu padre también fue uno de ellos. Con un nieto de ambas mafias encontré la debilidad perfecta de ambos, además... sabes que me enamoré de ti, que me gustas, te lo dije y me dijiste que,

—Soy el alfa de tu hermano —dijo interrumpiéndola.

—Oh por Dios, somos asesinos, Artyom. —Ella sonrió—. Dijiste que no podrías amar a alguien como nosotros.

—Jimin es distinto.

—¿Distinto? Supe lo que le hizo a esos alfas, los que estaban con Roma. No creció entre armas y traiciones, pero también es un monstruo que podría dispararte, o arrancarte el corazón mientras duermes.

—Pues sería un placer morir siempre y cuando sea él quien jale del gatillo. Sería una honra que mi omega lupus me arranque el corazón porque después de todo es al único que le pertenece.

Italia entrecerró los ojos.

—¿Por qué?! —gritó Italia, empujando a Jungkook, el temblor de su voz delataba que sus gritos no eran solo ira, sino dolor—. Yo me aferré a lo único que me mantenía con vida... a ti.

Jungkook la miró, atónito.

—¿A... mí?

Italia asintió, las lágrimas asomando en sus ojos rojos.

—Siempre estuve enamorada de ti. Desde antes de que entendiera lo que significaba... eras mi esperanza, mi salvación, mi luz.

»Quería... unir las dos mafias, criar a nuestros hijos juntos, eliminar a nuestros padres, mi muerte había sido la fachada perfecta para trabajar bajo las sombras mientras mi hermano cuidaba de los Nostro. Planeaba regresar, decirle que volviera al patinaje y hacerme cargo de la organización.

»Todo lo que hice... cada mentira, cada muerte... *fue por ti.*



En el vehículo, Jimin escuchaba cada palabra que Italia y Jungkook se decían gracias a Lupus, que transmitía las vibraciones de la voz del alfa como si él mismo estuviera en la habitación. Su mandíbula se apretó hasta dolerle. Miró de reojo a Lux y Luken, que lo observaban en silencio, confundidos.

—Luken, Lux... quédense con sus tíos Taehyung y Yoongi. Vuelvo en seguida —dijo con una calma que no sentía.

Los niños no preguntaron, pero sus ojos se llenaron de miedo al percibir el cambio de aroma del omega lupus, este al notarlo acarició sus cabecitas con ternura tratando de darles calma, después salió del vehículo. Mirabella y Lupus lo siguieron como sombras, Yoongi y Taehyung se quedaron juntos afuera del coche custodiando al par de niños allí adentro.

Ingresó a la casa con pasos largos, los lobos junto a él se movían igual de rápido y los tres se quedaron quietos cuando miraron a Italia parada frente a Jungkook confesando.

—Todo lo que hice... cada mentira, cada muerte... fue por ti —alcanzó a escuchar Jimin, justo antes de entrar del todo.

El alfa volteó, sorprendido de verlo allí, pero sonrió ligeramente, era obvio que su Jimin no iba a quedarse mucho tiempo en el auto. Italia giró la cabeza y sus ojos se abrieron al verlo.

—Oh... hermano —dijo con una sonrisa torcida—. Llegaste justo a la parte en la que confieso mi amor por tu pareja.

Jimin no dudó. Avanzó hasta quedar frente a ella, tan cerca que Mirabella gruñó, enseñando los dientes.

—Amor... —repitió Jimin, con voz helada—. No me hagas reír, Italia.

Su voz no necesitaba elevarse para ser peligrosa.

—Todo fue por protegerte... —empezó, pero Jimin levantó una mano, cortando sus palabras.

—No —lo interrumpió—. Todo fue para protegerte a ti misma y alimentar tu obsesión con Jungkook. No uses mi nombre como excusa.

—¿Jungkook? —Italia se llevó la mano a los labios—. ¿Ese es tu nombre? ¿Le dijiste tu verdadero nombre a mi hermanito? Vaya que lo de ustedes va en serio, eh.

—Y todo gracias a ti, que me mentiste, me usaste para que los Nostro se unieran con los Bratva —dijo Jimin—. Nos unimos tanto que en mi vientre crecía el fruto de nuestro amor, fruto que arrancaste con tus sucias manos. Lo acabas de confesar minutos atrás, ¿no es así? ¿Por qué me disparaste? ¿Por qué hiciste que perdiera al bebé?

—Perdí a Lucien bajo tu cuidado, era justo que también perdieras a ese cachorro. Además la única persona que puede llevar hijos de Artyom en el vientre soy yo.

—Estás igual de loca que Roma —escupió Jungkook—. ¿Qué voy a hacer contigo, Italia? Entregarte a la policía y que te pudras en la cárcel, dispararte directo en la sien por

manipularme... o hacerte pedacitos de manera lenta y placentera hasta que te mueras de dolor, de angustia... de miedo.

»Sabes que puedo ser creativo si me lo propongo.

—Ninguno de ustedes me puede matar porque los niños de allá afuera me adoran, incluso tú me adoras, lo puedo percibir —dijo eso último señalando a Jimin.

—No te adoro a ti, adoro lo que creía que eras. Adoro a la Italia que murió en mis brazos en aquel aeropuerto. Tú... Tú no eres ella.

Italia ladeó la cabeza, como si las palabras de Jimin le provocaran más curiosidad que dolor y sus labios se curvaron en una sonrisa que no llegaba a los ojos.

—Oh, pero esa Italia también era yo. Solo que ustedes prefirieron quedarse con la versión agradable e inútil. La verdadera siempre estuvo aquí, la que sabe sobrevivir, la que sabe ganar.

Jungkook dio un paso hacia ella, su sombra le cubrió el rostro. El leve crujido de sus nudillos resonó como una amenaza silenciosa.

—¿Ganar? —repitió con desprecio—. Estás atrapada en una habitación junto a dos lobos lupus... No me parece que estés ganando.

—Porque ustedes creen que todo se trata de armas y cadenas... pero aquí —se señaló la sien—. Es donde se decide quién gana. Y créeme, Artyom... yo todavía tengo cartas que ustedes ni sospechan.

Jimin sintió cómo el aire de la habitación se volvía más espeso. No sabía si era una amenaza vacía o una advertencia real, pero la chispa en los ojos de Italia no era de una persona derrotada. Jungkook inclinó la cabeza, evaluándola con la calma peligrosa de un depredador antes de atacar.

—Si esas cartas existen —dijo con voz grave—, te sugiero que las uses ahora... antes de que yo decida que tu final será tan lento que desees haber muerto en aquel aeropuerto.

Italia sonrió de nuevo, con un brillo casi febril.

—¿Y si te dijera... que Shān Hu está aliado conmigo?

El silencio fue tan brutal que hasta el tic-tac del reloj pareció detenerse.

—Mientes —siseo Jungkook.

—Es un omega astuto, me ayudó bastante a conseguir información. Junto con Taiō. Tan adorables ambos, pero al final uno de ellos tuvo que caer, sabían que lo harían.

—¿Por qué se aliaría contigo?

—Mismos intereses —contestó Italia—. Matar a Luca Nostro.

—¿Me quieres matar a mí? —preguntó Jimin.

—No tú. Nuestro padre. —Italia suspiró—. Conocí a Shān Hu en una de las fiestas en Corea del Sur. Su padre se lo entregó a nuestro padre como obsequio de una sola noche. Abusó de él de manera despiadada. Le ayudé y lo consolé al día siguiente. Estaba destrozado, fue por eso que nos mantuvimos en contacto.

»¿Quieres terminar con los traidores? Termina con Shān Hu. Inicia una guerra en el Metka porque esa es la única manera de que logres librarte de mí, porque si me matan, mi querido dragón de las triadas vengará mi muerte.

—Es una lástima que te creas tan importante —dijo Jimin—. He matado por menos, ¿crees que porque eres mi hermana no dudaré en matarte también? ¿Crees que me importa tanto el Metka?

Las facciones de Jimin se oscurecieron, y sus ojos, tan azules como la tormenta, se clavaron en los de Italia con una frialdad que helaba hasta los huesos.

—¿Sabes por qué te dije el nombre real de mi alfa? —preguntó—. Te lo dije porque será la primera y última vez que lo escuches... porque no saldré de esta casa sin asegurarme de que mueras, sin asegurarme de que las cenizas en tu urna, en esta ocasión sean reales.

Italia sostuvo su mirada, pero por primera vez, el brillo desafiante de sus ojos titubeó. Jimin avanzó un paso, acortando la distancia, mientras Mirabella y Lupus se mantenían detrás de él, tensos, percibiendo la carga letal en el aire.

—Me robaste, me mentiste, me quitaste un hijo, hiciste que dejara escapar otro de mis manos porque de haber sabido que Lucien era mío, lo habría protegido con mi vida —continuó Jimin con la voz más grave—. Y todavía tienes el descaro de hablarme como si tuvieras una carta maestra bajo la manga. ¿Sabes cuál es mi carta? ¿Sabes qué cosa puede arruinar cualquier plan tuyo y de cualquiera que intente desafiarme?

Jungkook observaba en silencio, pero su presencia detrás de Jimin era como una muralla, un respaldo inquebrantable que reforzaba cada palabra de su omega.

—Soy un omega lupus. —Sonrió de manera peligrosa—. Nadie puede desafiarme, excepto mi alfa, pero él preferiría morir antes que hacerme daño.

»No me importa si tu dragón de las triadas hace que arda todo el Metka para vengar cualquier acuerdo que tengas con él —Jimin inclinó el rostro hasta que sus labios casi rozaron la oreja de Italia—. Te voy a matar, hermana... y lo voy a disfrutar.

Italia sonrió, aunque sus manos temblaron.

—Tendrás que ser más rápido que yo... hermanito.

Jimin retrocedió un paso, pero no apartó la mirada.

—Soy más rápido. Siempre lo he sido.

—Los niños no van a perdonarte... —musitó al sentir las feromonas pesadas del omega lupus.

—Son unos cachorros meneables —contestó—. Un poco de voz de mando de su padre alfa lupus y te olvidan. ¿No es así, mi amor?

Jungkook sonrió al mismo tiempo que asentía con la cabeza.

Jimin apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando el ambiente cambió. No fue un movimiento brusco ni un estallido repentino... fue un cambio lento, sofocante, incluso se sentía como si el oxígeno empezara a desaparecer de la habitación.

Las pupilas de Italia se dilataron, y un escalofrío le recorrió la espalda al sentir que las feromonas de Jimin se volvían tan densas que casi podían con las yemas de los dedos. Los lobos, Mirabella y Lupus, gruñían bajo, caminando en círculos alrededor de ella, listos para atacar al menor gesto de su omega.

Jimin no se movió rápido, caminó hacia ella con la calma de quien sabe que ya ganó.

—Siempre fuiste buena mintiendo, Italia... —susurró—, pero nunca supiste cuándo callarte.

De pronto, su mano se cerró en el cuello de su hermana, empujándola con una fuerza brutal contra la pared. El golpe hizo crujir la madera detrás de ella, y un quejido escapó de sus labios.

—Te equivocaste conmigo —dijo Jimin, y sus colmillos asomaron, brillando bajo la luz—. Yo no espero. Yo no doy segundas oportunidades.

»Yo soy un monstruo, el peor de tus pesadillas.

Italia intentó hablar, pero la presión en su garganta apenas le dejó emitir un jadeo. Sus ojos buscaron a Jungkook, como si aún pudiera usarlo como escudo. Pero Jungkook no se

movió, ni siquiera pestañeó.

—Termina esto, Patito —dijo su alfa, con esa voz grave que sonaba más a bendición que a permiso.

Jimin apretó más, y entonces... dejó que Mirabella diera el primer zarpazo. La loba se abalanzó sobre Italia con un rugido ensordecedor, hundiendo sus garras en su abdomen y desgarrando la tela de su vestido junto con su piel. Italia gritó, un sonido agudo y desesperado que se apagó en cuanto Lupus la alcanzó por el costado, sujetándola con las fauces como si fuera presa.

—¡Sufre! —escupió Jimin, y lo dijo con tal odio que hasta el aire vibró.

Italia cayó de rodillas, jadeando, las manos empapadas en su propia sangre. Intentó alzar la mirada hacia su hermano, pero él ya estaba detrás de ella, con una daga plateada que brilló como un relámpago antes de hundirse sin piedad en su costado, directo entre las costillas.

El filo atravesó piel, músculo y pulmón. El gemido de Italia se convirtió en un borbotón de sangre que tiñó sus labios.

—No hay urna lo bastante grande para ti, te amo y te perdono, pero no permitiré que sigas haciendo travesuras, agradéceme porque hice que tu muerte fuera rápida —susurró Jimin, girando el arma lentamente, arrancándole un alarido final.

La retiró de un tirón, y sin esperar a que el cuerpo cayera, hizo una señal a los lobos. Mirabella desgarró su garganta de un solo movimiento, cortando el último hilo de vida.

Italia cayó al suelo, con los ojos abiertos, pero sin luz.

Jimin respiró hondo, sus feromonas volviendo a un nivel más bajo. Se agachó, limpió la hoja en el vestido negro ya arruinado de su hermana, y se incorporó sin mirar atrás.

—Ahora si está muerta y esta vez no regresará de la tumba.

Jungkook suspiró, después dio un paso hacia Jimin, sosteniéndole la mandíbula con suavidad, obligándolo a verlo a los ojos.

—Te duele.

—La amo —contestó con lágrimas en los ojos—. Pero te amo más a ti y no permitiré que nadie intente arruinar esto que tenemos.

Jungkook le acarició la mejilla con el pulgar, limpiándole una lágrima que resbalaba de manera silenciosa.

—No quería que llegaras a esto... que tus manos se mancharan así otra vez.

—Ella lo eligió —susurró Jimin, aunque su voz se quebró—. Si no hubiera tocado lo que es mío... si no hubiera mentido con los niños, si no hubiera puesto los ojos en ti...

Jungkook lo atrajo con fuerza a su pecho, envolviéndolo con ambos brazos como si pudiera protegerlo de todo lo que había pasado, de todo lo que aún podría venir.

—Ya pasó, mi amor... ya pasó —murmuró contra su cabello, respirando su aroma para calmarse él mismo—. No voy a dejar que nadie más te toque, que nadie más intente quebrarte.

Jimin apretó los puños contra la espalda de Jungkook, temiendo que si lo soltaba, todo lo que habían construido se desmoronara.

—No me sueltes.

—Nunca —aseguró—. Porque eres mi patito monstruo... el único que podría destrozar mi mundo y al mismo tiempo salvarlo. Y yo... yo te amo, con cada maldito pedazo de mi alma.

Las lágrimas que Jimin había contenido desde que miró a Italia viva sosteniendo su copa de champán por fin se desbordaron, humedeciendo la camisa ensangrentada de Jungkook. El alfa solo lo sostuvo más fuerte, como si de verdad pudiera fusionarlo con él y hacerlo intocable.

—No importa lo que pase después... —susurró Jungkook, apartándolo solo lo suficiente para mirarlo a los ojos, intensos y enrojecidos—. Yo voy a seguir aquí. Siempre. Porque este vínculo no lo rompe ni la muerte.

—Los niños preguntarán por ella.

—Ya lo dijiste, haré que la olviden. —Besó la frente del omega—. Haré que olviden todo el mal, te lo juro.

—Yo no quiero que vivan como Lucien, tampoco como yo. Quiero que sepan lo que somos, que crezcan con nosotros, que sean nuestros dignos herederos y que lideren en el futuro con honor.

—Así será, Patito.

Atrás de ellos escucharon una garganta aclararse; Era Yoongi.

—Taehyung está cuidando a los niños, yo vine por si necesitaba salvarle el pellejo a Italia, pero viendo que sus motivos para actuar eran personales permanecí al margen.

—¿Cómo es que no te percibí? —cuestionó Jungkook.

—Soy un Beta que puede ocultar su presencia. Por eso me llaman Corvo, ¿recién te enteras? —cuestionó mirando el cuerpo sin vida de Italia—. Solicito vacaciones, un ser cercano acaba de fallecer y necesito ir a ver las malditas auroras boreales con mi esposo.

Jimin soltó una risa muy ligera.

—Te aseguro que irás —contestó Jimin—. Pero antes organízame una reunión con Shān Hu, tengo asuntos pendientes con él.

—Bien. ¿Qué haremos con el cuerpo de Italia?

—Quema el lugar —ordenó Jimin.

—Si hay pólvora, hay armas y si hay armas seguro hay recursos para crear una bomba casera —dijo Jungkook—. Vamos Corvo, hagamos que este lugar explote junto con el pasado.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Jimin.

—Ve con Taehyung —dijo Jungkook—. Con tu voz de mando, ordénale a nuestros cachorros que duerman para que no vean la explosión.

Jimin asintió lentamente, entendiendo la intención de Jungkook. Antes de apartarse, lo besó en la comisura de los labios de manera breve.

—No tardes... —murmuró.

—Nunca tardo en ir a ti —respondió Jungkook, apretándole la mano una última vez antes de soltarlo.

El omega caminó hacia la salida junto con sus lobos. Afuera, la brisa le recibió, junto con el suave murmullo de voces infantiles. Los encontró dentro del vehículo, Taehyung haciendo piruetas afuera llamando su atención y haciéndolos reír.

*"Si una estrella huyó de mis manos,
Y si a la otra la dejé partir,
que dos regresen a mi pecho,
que sean manada, promesa, camino.
Que sean mis hijos, mis lobos, mis luces.
Que sean, siempre, mi esperanza."*

Dijo Mirabella en los pensamientos de Jimin, quien sonrió invadido de esperanza porque al final todo lo que había sucedido se reducía a ese momento. Al encuentro con sus dos cachorros, con sus dos herederos, sus dos lobos, sus dos luces, su esperanza .

Subió al vehículo.

—Mis pequeños... —Su voz salió suave cuando se acercó a ellos, estaba impregnada con el poder de un omega lupus—. ***Cierren los ojitos y duerman. Soñarán con un hogar nuevo, cálido y seguro. Cuando despierten, estaré a su lado.***

Los párpados de Lux cayeron lentamente, Luken se acurrucó sin resistencia. Jimin los sostuvo con cuidado, abrazando a uno a cada costado.

—Tae... Diles que ya están dormidos.

—¿Qué van a hacer? —preguntó.

—Este lugar va a estallar.

Jimin se quedó en soledad con sus cachorros dormidos : Luken , un cachorro negro, Lux, un cachorro de nieve. Ambos con latidos diminutos, parpadeos de esperanza en la boca de un invierno que casi lo tragó.

Momentos después un rugido sordo retumbó en el suelo, y una ráfaga de luz anaranjada rompió la noche. El estallido sacudió el aire, iluminando por un instante el perfil de Jungkook, que salía junto a Yoongi y Taehyung, las siluetas recortadas contra el fuego que devoraba todo.

Y las llamas bailaban como si celebraran el fin de un capítulo maldito.

Jungkook lo buscó con la mirada entre el resplandor, y cuando la encontró, caminó hacia él sin apartar los ojos, subiendo al asiento trasero mientras que Yoongi subía al volante y Taehyung al asiento copiloto.

—Patito —dijo al llegar, su voz ronca pero llena de calma—. Ya no queda nada de ella.

Jimin lo observó, con el reflejo del fuego pintando sus lágrimas. A medida que Yoongi pisaba el acelerador para huir del lugar.

—Entonces podemos empezar de nuevo.

—No —Jungkook Sonrió, acariciándole la cabeza, después hizo el mismo gesto con Lux y Luken—. En la mafia no empezamos de nuevo... continuamos, más fuertes.

Las llamas seguían rugiendo detrás, pero en ese momento, para Jimin, solo existía el calor de las manos de su alfa y la certeza de que, sin importar lo que ardiera, lo tendrían todo porque estaban juntos, porque se amaban, porque solo ellos dos eran capaces de destruirse y jamás lo harían.



Hasta aquí el capítulo de hoooooy!

Esto ya casi se terminaaaaaaaaaa

Muchas gracias por leer, comentar, votar y compartir!

Espero que te esté gustando.

Y si, si, si yo también quería que Italia muriera bien feísimo, pero Jimin se tocó el corazón.

Pd: esta imagen no se parece nada nadita a Jimin y a los niños, pero es representativa y lo mejor que me hizo la ia porque nunca me hace nada bien JAJAJAJA y no le voy a pagar para que lo haga gg



[38] *El ascenso del Rey y la caída del príncipe*



Un año después

El restaurante más exclusivo de Ciudad de México estaba completamente reservado para la ocasión. En las paredes, arte moderno se mezclaba con piezas clásicas, un símbolo claro de que la elegancia y la mafia podían coexistir sin conflicto.

Al centro de la sala, una mesa ovalada enorme reunía a figuras que, en cualquier otro contexto, jamás estarían en el mismo lugar sin que volaran balas. Estaban ahí los líderes del Metka, ya consolidado bajo el mando de Artyom Terasov, junto a capos y representantes de organizaciones criminales de Asia, Europa, África y América. Incluso algunos viejos rivales que juraban nunca sentarse juntos, estaban ahí, escuchando.

Jungkook, de pie en un extremo, vestía un traje negro impecable, con el pin dorado del Metka en la solapa. A su derecha, Jimin, con el cabello rubio más radiante que nunca, y a su izquierda, Mirabella y Lupus, que observaban con atención porque presenciaban un momento histórico.

—Durante décadas, —comenzó Jungkook—, nos han enseñado que el poder se mide en territorio, en armas, en miedo. Pero el miedo no alimenta, no construye, no perdura. He

visto organizaciones caer y jefes sangrar por mantener una corona que no les pertenece.

»Hoy no vengo a hablarles de guerra. Vengo a hablarles de algo que para algunos puede sonar imposible: *paz* . No una paz ingenua, no una paz de abrazos y promesas vacías. Hablo de una paz estratégica, calculada, beneficiosa para todos los que están en esta mesa.

»El mundo ha cambiado. Los gobiernos ya no son nuestro enemigo más fuerte... ahora son las corporaciones, el control digital, la economía global. Ellos se adaptaron, y nosotros debemos hacerlo también.

»Propongo una alianza que trascienda banderas, que deje atrás viejas disputas. Un pacto en el que el Metka sea el eje que conecte nuestras operaciones. No más guerras internas, no más asesinatos entre familias.

»¿Qué ganan ustedes? *Estabilidad* . Un mercado global que ninguno podrá controlar por sí solo, pero que todos podremos aprovechar. Intercambio de rutas, tecnología, seguridad compartida y un sistema de sanciones contra quien rompa el pacto.

»Porque seamos honestos... la sangre derramada entre nosotros nunca nos ha hecho más ricos, solo más vulnerables. Si hoy unimos fuerzas, seremos intocables. Y si alguien duda de mi palabra... miren lo que he construido durante mi mandato.

Jungkook hizo una pausa, todos los presentes miraron de reojo a Jimin, a los hermanos Terasov, a Corvo, a Shān Hu, al plebe, así como a distintos criminales que estaban reunidos en ese lugar siendo la prueba viva de que había logrado lo que muchos creían imposible: Reunir a los mafiosos más importantes del mundo en el mismo lugar, sin armas, sin conflictos, para llegar a un acuerdo.

»Hoy les propongo algo más grande que el poder individual: les propongo la eternidad de paz para nuestras familias.

Silencio absoluto. Luego, uno a uno, los presentes comenzaron a asentir. Nadie se atrevió a oponerse.



Horas después, el gran salón del lujoso restaurante había cambiado por completo. Ya no era un lugar de copas de cristal y música suave, sino un templo oscuro y solemne. Alfombras negras con bordados dorados del símbolo del Metka se extendían por todo el piso. El aire estaba lleno de incienso, humo espeso que se mezclaba con el olor metálico del licor rojo servido en copas de cristal oscuro.

En el centro, se alzaba un altar bajo de mármol negro, cubierto por velas encendidas cuyos reflejos titilaban en las paredes. Alrededor de él, los líderes de todas las mafias del mundo se mantenían en pie, observando con solemnidad. Cada rostro endurecido por los años de guerra, de pérdidas y de conquistas, estaba en silencio.

El juramento del Metka uniría a todas las organizaciones bajo un mismo estandarte. No había espectadores, solo juramentados.

Uno a uno, los líderes se acercaron al altar. Cada cual depositó un objeto personal, símbolo de su compromiso eterno con la causa: un anillo familiar manchado por la historia, una daga grabada con runas antiguas, una pieza de oro heredada de generaciones de contrabandistas, un rosario oscuro usado como amuleto. La mesa se fue llenando de recuerdos y juramentos, y el silencio se hizo más pesado con cada ofrenda.

Finalmente, el turno llegó a Jungkook. Todos los ojos lo siguieron. El ambiente se tensó, porque aquel no era un líder cualquiera: era el hombre que había logrado lo imposible, reunirlos después de décadas de traiciones y guerras internas.

Jungkook tomó una de las copas con licor rojo. El líquido parecía sangre bajo el resplandor de las velas. Se giró hacia la asamblea, sus ojos brillando con ferocidad, con autoridad, sabía que era el más fuerte, sabía que era el más sabio, también el más astuto, sabía que los tenía a todos justo donde quería. Así que levantó la copa con solemnidad.

—Hoy dejamos de ser enemigos que se devoran entre sí. —Su voz se escuchó fuerte, grave, llevando un mandato de alfa lupus que vibró en cada hueso de los presentes—. Hoy dejamos de perder soldados, hermanos, riquezas y tiempo en guerras inútiles. Desde este momento... dejamos de ser rivales.

Alzó más la copa, y un murmullo recorrió a los presentes.

»Hoy nos convertimos en algo más grande que cualquiera de nosotros. En una fuerza que ningún gobierno podrá doblegar, en una sombra que ningún imperio podrá contener. Bajo la luz y la oscuridad, en la riqueza y en la guerra... el Metka es uno.

Hizo una pausa. Su mirada recorrió los rostros endurecidos, como si con cada palabra estuviera marcando fuego en sus pieles.

—Y yo... —Sonrió con la arrogancia de quien sabe que ya no tiene que demostrar nada—. Soy su rey.

La vibración de sus palabras se mezcló con el sonido de las copas chocando al unísono. Todos los líderes bebieron. El licor rojo quemó sus gargantas, y las marcas en sus manos ardieron, el pacto estaba sellado. Era imposible de borrar.

En ese instante, las velas negras que rodeaban el altar ardieron con fuerza, alzando llamas más vivas y altas, respondiendo a la magia del pacto.



La hacienda del Plebe se alzaba en medio de las montañas, silenciosa bajo el cielo estrellado de México. Después de la reunión y del juramento del Metka, Jungkook y Jimin habían viajado hasta allí para rehundirse con sus hijos que estaban descansando en sus habitaciones bajo el cuidado de los hombres del plebe. Ambos fueron a verlos dormir, les dieron un beso en sus frentes y regresaron a uno de los salones de la hacienda. Todo olía a madera vieja y mezcal, las paredes decoradas con cuadros de vírgenes y escenas de cacería, herencia del Plebe. Jungkook se quitó la chaqueta de su traje, y se desabrochó la camisa en el cuello, después buscó una botella de tequila. Se veía distinto: cansado, pero más sereno que nunca.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de todo esto? —preguntó Jungkook, al servirse tequila.

—¿Qué? —preguntó Jimin, acercándose con una sonrisa suave.

—Que lo logramos. —Dejó la botella y el vaso de vidrio en la mesa y lo tomó de la cintura, atrayéndolo contra su pecho—. Todos esos idiotas que decían que era imposible ver a las mafias del mundo en la misma mesa, ahora juran bajo mi nombre. Pero más que eso... —Acarició el cabello rubio de Jimin—, lo logramos juntos.

Jimin apoyó la frente contra la de él, cerrando los ojos por un momento.

—Fue difícil. Tantas pérdidas, tanta sangre... Pero hoy... siento que valió la pena.

—Valió —afirmó Jungkook sin titubeos—. Porque ahora nuestros hijos crecerán en un mundo diferente. No tendrán que vernos con las manos manchadas como nosotros vimos a nuestros padres. Ellos no heredarán guerras, heredarán un imperio en paz.

El omega sonrió, con lágrimas cristalinas en los ojos.

—Cuando los vi dormir, sentí que al fin teníamos un hogar, No estamos en nuestra propiedad, pero tenemos un hogar de almas. Ellos, tú, yo... eso es todo lo que necesito.

Jungkook lo besó con calma, saboreando el dulce néctar de sus labios.

—Eres mi patito —susurró contra sus labios, con una sonrisa traviesa—. El único capaz de volverme humano.

Jimin rió, hundiendo su rostro en el cuello de su alfa.

—Eres el primer rey de la mafia, ¿eso me convierte en una especie de reina?

Jungkook rio suavemente, esa risa grave que solo Jimin conocía, y lo estrechó más fuerte contra su pecho.

—No eres una reina —dijo, besando su frente—. Eres mucho más que eso. Eres el corazón que late en este imperio. Sin ti, yo no sería nada más que otro monstruo con corona.

El omega levantó la vista.

El alfa lo contempló en silencio, deseando grabar cada facción de su rostro en la eternidad. Deslizando una mano por su mejilla, con reverencia.

—Eres el único motivo por el que quiero que este reinado dure.

Jimin parpadeó, y una lágrima rodó sin permiso. Jungkook la atrapó con sus labios, besando su mejilla.

—Y sí —añadió el alfa con una sonrisa ladeada—, si eso te hace feliz, entonces eres mi reina. La única que el Metka respetará siempre.

El omega rió, aunque su voz tembló de emoción.

—Una reina rubia con niños traviesos y un rey que asusta al mundo... vaya familia tenemos.

Jungkook no respondió de inmediato. En cambio, tomó sus manos y las colocó sobre su pecho, donde su corazón latía fuerte, inquebrantable.

—Prometo que este corazón solo obedecerá a ti. Que todo lo que construimos, Jimin, será para proteger lo que tenemos ahora.

El omega cerró los ojos, dejándose envolver en esas palabras.

—Entonces, mi rey —susurró Jimin, con una sonrisa frágil y luminosa a la vez—, guíame. Porque sabes que soy un monstruo explosivo como la dinamita, se tú el agua que apague mi fuego, y yo caminaré a tu lado, incluso si el mundo arde.

Jungkook lo besó otra vez, esta vez con fuerza, sellando un pacto mucho más poderoso que cualquier juramento del Metka.

—Por supuesto, mi omega, mi vida, mi amor.

Jungkook lo sostuvo entre sus brazos unos segundos más, deseando detener el tiempo ahí, justo en ese instante donde nada más importaba. Pero no pasaron ni dos minutos antes de que un portazo rompiera la calma.

—¡Ya basta de melodidades! —Se escuchó la voz de Taehyung desde el marco de la puerta.

Jimin se sobresaltó y Jungkook rodó los ojos, conteniendo una sonrisa. Tras él apareció Yoongi, con su expresión eternamente aburrida, aunque sus labios temblaban intentando ocultar la risa.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Jungkook, arqueando una ceja con gesto serio que no engañaba a nadie.

—El plebe está haciendo carne asada en el patio —anunció Taehyung, como si fuera lo más importante del universo—. Y nos invitó a cenar.

Yoongi asintió con solemnidad, cruzándose de brazos.

—Sí. Y si llegamos tarde, ese tonto va a quemar la carne hasta que quede como piedra.

Jimin soltó una carcajada, tapándose el rostro con las manos. Jungkook lo miró, incapaz de enojarse, porque aquella interrupción, aunque inoportuna, también era parte de lo que les recordaba que no estaban solos. Que había familia en ese nuevo mundo que tanto les había costado construir.

—¿Así que el gran rey del Metka va a cenar carne asada en el patio? —Taehyung lo provocó, sacando la lengua con descaro.

—Sí —respondió Jungkook con un suspiro fingidamente resignado, levantándose y tendiéndole la mano a Jimin para caminar juntos al patio—. Porque incluso los reyes tienen

que comer.

El omega entrelazó sus dedos con los suyos, sonriendo con esa ternura que era capaz de doblegar hasta al mafioso más temido.

—Vamos —dijo Jimin—. Si de verdad queremos un imperio en paz, más vale empezar con una cena en familia.

La brisa de la noche traía consigo el aroma irresistible de la carne al carbón. El patio de la hacienda estaba iluminado por faroles cálidos que colgaban de los árboles, y en el centro, El Plebe vigilaba la parrilla como si fuera un tesoro de guerra. Vestía un mandil manchado y sostenía las pinzas con habilidad, girando cada corte en el momento exacto.

—¡Miren nada más! —exclamó con orgullo, levantando un pedazo de costilla jugosa que chisporroteaba en la brasa—. Carne perfectamente sellada, término medio. Como debe ser.

—Eso lo dices porque no la has probado aún —respondió Namjoon, acercándose con una copa de vino en mano—. Aunque admito que huele increíble.

Seokjin estaba sentado ya en una de las mesas largas de madera, cortando pan fresco y riendo por lo bajo.

—Ya era hora de que alguien cocinara decentemente aquí. Si yo metía las manos, seguro nos intoxicaba a todos.

—Eso sí es cierto —rió Namjoon, acomodándose en una de las sillas—. Mi omega puede tener buena cara, pero en la cocina es un peligro público.

—¡Oye! —protestó Seokjin, lanzándole un pedazo de pan que Namjoon atrapó sin esfuerzo para metérselo a la boca.

Taehyung aplaudió, disfrutando de la escena como un niño.

—Esto ya parece un festival. Solo falta la música de fondo.

—Yo canto —ofreció Jimin con picardía, sentándose al lado de Jungkook, quien le sirvió un trozo de carne en su plato antes incluso de servirse el suyo.

—Mantén tus agudos solo para mí, en nuestra habitación —dijo Jungkook con seriedad fingida, provocando carcajadas en la mesa.

—¡Artyom! —replicó el rubio, dándole un codazo cariñoso en las costillas.

La carne fue servida en grandes bandejas, acompañada de ensaladas frescas, tortillas calientes y botellas de vino y cerveza que se iban destapando sin pausa. El Plebe se paseaba entre ellos con el pecho inflado de orgullo.

—¿Qué les dije? —insistía, sirviendo cortes jugosos en cada plato—. Yo no fallo.

Namjoon levantó su copa.

—Por esta mesa, por esta amistad improvisada, y por el futuro que vamos a construir.

—Por los que ya no están —añadió Seokjin con voz suave, bajando un poco la mirada, pero sonriendo después—. Y por nosotros, porque seguimos aquí.

Todos alzaron sus copas y brindaron.

Jimin se inclinó hacia Jungkook, susurrándole al oído mientras las risas llenaban la mesa:

—Oye...

—¿Mmm?

—Te amo.

Jungkook, con una paz que jamás había imaginado conocer, apretó su mano y asintió.

—Lo sé, también te amo.



Taehyung ya llevaba dos copas de vino de más cuando tiró suavemente del brazo de Yoongi.

—Ven, necesito aire —dijo, con esa sonrisa traviesa que ocultaba discretamente lo mareado que estaba.

—¿Aire o excusa? —replicó Yoongi, levantando una ceja, aunque lo siguió sin quejarse demasiado.

Ambos se apartaron del bullicio de la mesa y caminaron hasta un árbol robusto, un poco más alejado, donde las luciérnagas titilaban como si quisieran unirse a la celebración. Taehyung se apoyó contra el tronco, sacudiéndose el cabello con torpeza.

—Estoy feliz —confesó de golpe, con esa sinceridad que solo el alcohol permitía—. Y tú también deberías estarlo, Jimin va a nombrarte Capo de Italia.

Yoongi rió por lo bajo, tomando la copa medio vacía que Taehyung todavía sostenía.

—Ya tuviste suficiente.

—Nunca es suficiente cuando estoy contigo —replicó el alfa, medio tambaleante, acercándose más.

El Beta suspiró, pero no se apartó. Taehyung lo miró con esos ojos brillantes, descarados, hasta que ya no hubo distancia que respetar. Se besaron, primero torpe, casi una risa entre labios, y luego con una pasión desbordante, pareciera que habían estado esperando exactamente ese instante bajo aquel árbol.

Cuando se separaron, Taehyung dejó caer la frente contra la de Yoongi, respirando agitadamente.

—Prometimos lo de las auroras, ¿recuerdas? —susurró, con voz ronca—. Ya pasó más de un año y no hemos ido.

—Claro que lo recuerdo. Tu hermano y mi primo no nos han dejado descansar con todo esto del Metka. —Yoongi acarició su mejilla, firme pero tierno—. Pero esta vez, iremos aunque tengamos que escapar.

—Lo juro —Taehyung sonrió, dejando que la ebriedad volviera más suave su tono—. Pero antes tengo que ir con Namjoon a Brasil... hay un negocio pendiente con esos idiotas de la mafia que no se aparecieron en el Metka.

Yoongi lo miró con seriedad unos segundos, como si quisiera protestar, pero al final asintió.

—Van a matarlos...

—Yo le llamaría, asegurar el reinado de mi hermano, pero sí, vamos a matarlos.

—Está bien. Ve, haz lo que tengas que hacer. Pero cuando regreses, nos vamos al norte. Tú y yo, solos, a buscar esas luces en el cielo.

—Auroras boreales —repitió Taehyung, saboreando la promesa como si fuera vino dulce—. Tú, yo y el fin del mundo.

Yoongi rió bajo, lo atrajo de nuevo y volvió a besarle, más lento esta vez, más seguro.

—Hablaré con Jimin, necesito vacaciones antes de mi nombramiento como Capo.

—Mi esposo el capo de Italia, sí que la supe pegar, ¿eh? Alardearé sobre eso con todos. ¿Quién es tu esposo? ¡Oh! ¿Su nombre? Corvo, el capo de Italia. —Yoongi soltó una risa—. Y tú alardearás conmigo, dirás; Mi esposo es el más sexy de los hermanos Terasov, el Vor V Zakone de los Bratva.

—Insisto en que tomaste demasiado, vamos a dormir, corazón.

—¿Corazón? Me gusta que me digas corazón, soy tu corazón —dijo con las mejillas ruborizadas.

Después de un rato, los dos regresaron a la mesa. Taehyung tenía las mejillas sonrojadas y el cabello algo despeinado, mientras Yoongi lo sostenía del codo con una sonrisa culpable que delataba más que el vino que llevaban encima. Nadie hizo comentario alguno, aunque Jimin arqueó una ceja y se echó a reír entre dientes.

Namjoon, con la copa en la mano, se inclinó hacia Jungkook cuando todos retomaban la comida.

—Gracias... —dijo, con esa solemnidad que lo caracterizaba—. Gracias por haberme nombrado nuevo Pakhan de los Bratva. No sé si lo merezco del todo, pero prometo que no fallaré.

Jungkook lo observó un instante, con esa mirada que mezclaba dureza y afecto. Después dio un sorbo a su copa y respondió con calma:

—Es que tú nunca me traicionarías, Mijail. Tampoco tu esposo, ni el plebe... ni Corvo, que pronto será el próximo capo.

Hubo un murmullo en la mesa cuando el nombre de Corvo salió de sus labios, todos conscientes de lo que significaba ese reconocimiento.

Jungkook continuó, firme:

—Nuestra unión es fuerte. Lo que tenemos aquí no es solo una alianza de negocios, ni siquiera de sangre. Es algo así como una nueva manada mafiosa. Una hermandad que no se rompe con balas ni con traiciones.

El silencio que siguió fue reverente, hasta que Taehyung, con voz un poco más alta de lo normal, levantó su copa:

—¡Pues que viva la manada mafiosa, carajo!

Todos rieron, y el sonido de los brindis chocando llenó la noche, mezclado con el aroma de la carne asada y la certeza de que la familia que estaban construyendo era real.

Todo iría bien a partir de ahora...



El día siguiente amaneció despejado en la hacienda. El canto de los pájaros y el murmullo lejano del río acompañaban el ajeteo de la mañana. Los caballos relinchaban en los establos y algunos guardias ya estaban organizando los vehículos para la partida.

Taehyung se inclinó frente a los mellizos, Luken y Lux, que lo observaban con ojos brillantes, medio adormilados todavía. Con ternura, les dio un beso en la frente a cada uno, haciendo que Lux arrugara la nariz y Luken se riera bajito.

—¿Qué quieren que les traiga de Brasil? —preguntó con una sonrisa torcida, dándoles un suave pellizco en la mejilla—. Ustedes pidan lo que sea, que su tío obedece.

Lux levantó un dedo, pensativa.

—Quiero una muñeca que hable en portugués.

—¡Y yo un balón de fútbol! —exclamó Luken, saltando en su lugar.

Taehyung soltó una carcajada y asintió.

—Hecho. Una muñeca parlante y un balón. Si me detienen en aduana por esas locuras, será culpa de ustedes.

Los niños rieron y se abrazaron a sus piernas antes de correr hacia Jimin, que los estaba llamando.

Entonces Taehyung giró hacia Yoongi. No hubo palabras al inicio, solo un apretón firme en el hombro, lleno de complicidad y respeto. Yoongi asintió, sin necesidad de nada más, y

Taehyung respondió con una sonrisa leve, de esas que pocas veces mostraba.

Al otro lado, Namjoon tomó suavemente a Seokjin del rostro y lo besó en los labios con calma, casi en un ritual de despedida. El mayor sonrió contra su boca, acomodándole la chaqueta como si fuera su manera silenciosa de cuidarlo.

—Que los malditos brasileños doblen las rodillas ante el Pakhan —dijo Jungkook, dirigiéndose a Namjoon.

—Lo harán —contestó—. Nos vemos en... ¿Rusia?

—Regresamos a Italia, tengo que organizar todo para el nombramiento de Corvo —dijo Jimin—. Después de eso me dedicaré a ser el esposo digno del rey del Metka. A cuidar a mis cachorros y a patinar como siempre he querido; todo el tiempo.

»Yo nunca pedí ser capo, pero sí quiero ser el consorte del Metka. Básicamente el segundo al mando, si Artyom se niega a darme ese puesto tendremos serios problemas.

—El puesto es todo tuyo —dijo riendo.

Minutos después, con las maletas cargadas en la camioneta y la seguridad rodeándolos, Namjoon y Taehyung partieron juntos hacia el aeropuerto. El motor se fue perdiendo entre los caminos de tierra, mientras los que quedaban en la hacienda los despedían con la mano.

El aire quedó impregnado de nostalgia, pero también de certeza: era una despedida corta. El regreso siempre estaba escrito... ¿Verdad?

—¿Qué pasa? —preguntó Jimin—. ¿Te molestó que dijera eso?

—No. —Jungkook apretó los labios—. Es mi instinto, algo no me gusta. Volvamos a Italia en cuanto antes.



El calor húmedo de Brasil les dio la bienvenida cuando bajaron del jet privado. La pista estaba desierta, salvo por una caravana de camionetas blindadas que esperaba a los recién

llegados. Namjoon y Taehyung descendieron con paso firme, cada uno con su porte particular: el primero con la serenidad calculada de un estratega; el segundo, con esa mirada fría que no necesitaba palabras para imponer respeto.

El trayecto hasta el campo abierto fue silencioso, interrumpido por las comunicaciones en ruso de los hombres de Namjoon. Cuando por fin descendieron, la escena era de película: dos bandos separados, con el viento moviendo la hierba alta de aquel terreno rural, la humedad pegajosa envolviendo el ambiente, y la tensión lo suficientemente densa como para cortarla con un cuchillo.

Frente a ellos, un hombre de piel morena, cabello oscuro y una camisa blanca impecablemente planchada los esperaba, rodeado de una docena de sicarios armados. Era el líder de la mafia brasileña, conocido como Rodrigo "O Jaguar" Almeida, un capo famoso por su crueldad tanto como por su carisma.

—Pakhan Mijail Terasov —saludó Rodrigo en un español arrastrado con acento portugués—. Y el cachorro Sergei, el de la lengua afilada. No pensé que vendrían en persona.

Namjoon avanzó un paso, manteniendo la calma, y Taehyung apenas sonrió de lado, con ese gesto suyo que era tan provocador como peligroso.

—Para sellar alianzas no mando emisarios —respondió Namjoon con un tono bajo pero firme—. El Metka no negocia con intermediarios.

Rodrigo rio, enseñando los dientes. Hizo un ademán con la mano, y de inmediato uno de sus hombres abrió un maletín lleno de billetes y lingotes pequeños de oro.

—Brasil tiene lo que ustedes necesitan: dinero fresco, rutas limpias y puertos sin preguntas. Pero yo no me arrodillo ante nadie, Pakhan.

Taehyung arqueó una ceja, dando un paso adelante. Su voz sonó como un veneno dulce:

—No hace falta que te arrodilles, Jaguar. Con que dobles el cuello lo suficiente para que tu cabeza no ruede... eso basta.

El silencio fue absoluto por unos segundos. Los hombres de Rodrigo tensaron sus armas. Los rusos hicieron lo mismo. Un latido más y ese campo se teñiría de sangre.

Namjoon levantó una mano, pausando a ambos bandos. Sus ojos, oscuros y calculadores, se fijaron en los de Rodrigo.

—Escucha bien, Almeida. No vinimos a humillarte. Vinimos a ofrecerte la única oportunidad de sobrevivir a lo que se viene. El Metka ya no es una organización... es un imperio. Italia, Rusia, México... África, Asia y podría seguir con la larga lista. Si no te unes,

serás arrasado. Si aceptas, tu nombre y tus hijos vivirán para siempre bajo la protección de nuestra manada.

El viento sopló fuerte, levantando polvo. Rodrigo se quedó en silencio, analizando cada palabra. La ambición brillaba en sus ojos, pero también el orgullo.

Finalmente, esbozó una sonrisa torcida.

—Una manada, ¿eh? —miró a Taehyung, luego a Namjoon—. Entonces habrá que ver si Brasil sabe aullar con ustedes.

Taehyung soltó una risa seca.

—Créeme, cuando escuches al lobo alfa lupus, hasta las favelas sabrán temblar.

Rodrigo extendió la mano, y Namjoon la tomó, cerrando el trato. No hubo papeles, no hubo firmas. Solo un apretón sellado en un campo abierto bajo el sol ardiente de Brasil. El Jaguar sonrió con los dientes apretados, pero en cuanto soltó la mano de Namjoon, su gesto cambió.

—Fogo —ordenó en seco.

El rugido de las armas se desató de inmediato. El campo abierto se convirtió en un infierno de plomo. Los hombres de Rodrigo levantaron sus fusiles y dispararon sin titubeos. Los rusos respondieron al instante, el sonido de las balas reventaba el aire pesado y húmedo.

Namjoon empujó a Taehyung hacia el suelo, pero no fue suficiente. Una bala atravesó el costado del hermano Terasov, arrancándole un gemido ahogado mientras caía sobre la hierba, la sangre empapando su camisa en cuestión de segundos.

—¡Sergei! —rugió Namjoon, arrodillándose a su lado.

Los ojos del menor, vidriosos de dolor, buscaron los suyos, pero su mano temblorosa aún alcanzó la pistola en su cinturón. Con un movimiento certero, apuntó al frente. Rodrigo "O Jaguar" levantó la vista justo a tiempo para ver el cañón en dirección a su frente.

Taehyung apretó el gatillo.

El disparo retumbó seco. Rodrigo cayó de espaldas con un agujero en la frente, y la sonrisa torcida borrada para siempre.

El caos estalló aún más violento. Los hombres del Jaguar gritaron, disparando en todas direcciones, pero Namjoon ya estaba en pie. Con la furia de un demonio desatado, abrió

fuego, derribando a tres de ellos en cuestión de segundos. Sus rusos cubrieron la retirada, avanzando y disparando con disciplina militar, sembrando muerte entre los brasileños.

—¡Sujétame! —jadeó Taehyung, apretando los dientes, la sangre empapando su costado.

Namjoon lo levantó en brazos como si no pesara nada, apretándolo contra su pecho mientras retrocedía. Las balas silbaban alrededor, cortando el aire y rompiendo ramas a su paso, pero el Pakhan no se detuvo. Cada paso suyo era un rugido contra la muerte, cada disparo de sus hombres un muro para abrirles camino.

El humo de la pólvora cubría el campo. El cuerpo de Rodrigo quedó tirado en la hierba, los ojos abiertos hacia un cielo que ya no podía ver.

Namjoon corrió con Taehyung en brazos, la sangre del joven manchándole el traje, mientras sus hombres los cubrían hasta alcanzar las camionetas blindadas. Una lluvia de disparos golpeó los vidrios reforzados cuando cerraron las puertas y arrancaron a toda velocidad, alejándose del campo convertido en cementerio.

Dentro del vehículo, Namjoon sostuvo a Taehyung con ambas manos, presionando la herida. Sus ojos, normalmente tranquilos, eran ahora puro fuego.

—No te mueras, imbécil. No aquí, ni ahora —murmuró, con la voz rota de furia y dolor—. No voy a dejar que Brasil te robe de mí.

Taehyung, pálido y temblando, esbozó una sonrisa débil, casi burlona, mientras su respiración se agitaba.

—Una bala no puede conmigo, ni siquiera me dio en un lugar importante... —Pero estaba mintiendo, sabía que le habían disparado directo en el hígado. Si no iba a algún lugar especializado de inmediato; moriría.

Namjoon apenas escuchaba las órdenes que gritaban sus hombres al conductor, ni el rechinar de las llantas sobre la grava húmeda. Solo podía sentir el pulso débil de Taehyung apagándose bajo sus dedos.

—¡Presione más fuerte, Pakhan! —gritó uno de los guardias desde el asiento delantero.

Namjoon lo fulminó con la mirada, como si no entendiera que ya lo estaba haciendo, que estaba desgarrándose las manos intentando mantenerlo con vida.

—Aguanta, hermano —susurró, inclinándose para rozar su frente con la del alfa—. No me importa si sangras, si gritas, si me insultas... pero no cierres los ojos. No lo hagas. Cuéntame algo, cualquier cosa.

Taehyung lo miró de reojo, con esa chispa irreverente que siempre tenía incluso en la desgracia.

—No te pongas tan dramático... no me voy a morir... pedí permiso para ir a ver las auroras boreales con mi cuervito, ¿recuerdas? —tosió, escupiendo sangre sobre la camisa blanca del nuevo Pakhan—. Ni Brasil, ni nadie me quitará mi viaje soñado.

Namjoon sintió que algo dentro de él se rompía al verlo así, tan frágil y tan terco al mismo tiempo.

—¡A la pista de aterrizaje! —ordenó, con la voz dura, al chofer—. Nos vamos ahora mismo a Italia, allá tengo los médicos y la protección que necesito.

Uno de sus hombres dudó.

—Pakhan, es un vuelo de diez horas, no creo que resista tanto...

Namjoon levantó la mirada, helada y afilada como un cuchillo.

—Entonces hagan que resista. —Su voz fue un rugido.

Los guardias callaron, comprendiendo que no había espacio para cuestionarlo.

Taehyung dejó escapar una risita baja, aunque apenas podía respirar.

—Siempre tan mandón... incluso cuando tiembla tu voz.

Namjoon lo besó en la frente, apretando los dientes.

—Mándame callar cuando estemos de vuelta en Roma.

»Y si Brasil pensó que podía tocarte... —sus ojos brillaron con un odio que quemaba—. Juro que convertiré este país en cenizas.

—Llévame a un hospital de aquí.

—Es territorio enemigo.

—Llama al Metka. ¿De verdad eres el Pakhan? ¿Tengo que pensar por ti, hermano? Me estoy muriendo, no puedo hacer el trabajo tuyo y morir al mismo tiempo —dijo burlón.

Namjoon apretó los puños, odiando la burla con la que Taehyung hablaba incluso cuando la sangre no dejaba de mancharle el cuello de la camisa.

—Cállate, imbécil... —murmuró, pero su voz se quebró.

Sacó su celular con manos temblorosas y marcó un número cifrado. Al tercer tono, contestó la voz de una de los coordinadores de llamadas de emergencias dentro del Metka

— *Metka.*

—Soy Mijail Terasov, tengo a mi hermano desangrándose en Brasil. Tomaré una clínica en São Paulo, no tengo permiso de estar en este país, el líder ha ordenado fuego. Solicito hombres de respaldo, y negociación con el gobierno de inmediato. —El tono de Namjoon no admitía negociación, aunque la desesperación se colaba entre las palabras.

Un silencio breve, luego la respuesta:

—Señor Mijail, el Metka siempre protegerá a sus miembros.

Namjoon colgó sin despedirse y le gritó al chofer.

—¡A la clínica más cercana, ahora!

Taehyung rodó los ojos, esbozando una sonrisa torcida mientras trataba de mantener la consciencia.

—¿Ves? Al final sí piensas cuando te lo ordeno... —tosió de nuevo, esta vez más fuerte, las gotas rojas cayendo sobre el asiento de cuero.

Namjoon lo sostuvo contra su pecho, acariciando su nuca con brutalidad disfrazada de ternura.

—Eres mi hermano, Tae. Mi otro corazón. No te voy a enterrar aquí como si fueras un perro callejero.

El auto aceleró con rugidos de motor y sirenas falsas para abrirse paso entre el tráfico de la ciudad.

Namjoon mantuvo la frente pegada a la de Taehyung, murmurando como si pudiera mantenerlo despierto solo con la fuerza de sus palabras.

—Me escuchas, ¿no? Eres Sergei de los Bratva, el más joven de todos nosotros. Nadie te mata si yo no lo permito, crecimos para cuidarte, déjame a mí. Solo no te duermas, no cierras los ojos.

Taehyung esbozó una sonrisa débil, con los labios manchados de sangre.

—Jungkook va a enojarse bastante porque me ama.

—Jungkook, Corvo, todos.

—Además soy una especie de príncipe, de los rusos, de los italianos... del Metka...

Taehyung cerró los ojos y Namjoon sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas, pero no lloró. No podía. Era el Pakhan.



ÚLTIMOS CAPÍTULOS...

[39] *Cenizas de Brasil*



Jungkook contestó la llamada. El tono de su interlocutor lo endureció al instante, y Jimin, que estaba sentado a su lado dentro del vehículo porque se dirigían al aeropuerto para regresar a Italia, se enderezó de golpe al ver cómo la mandíbula de su esposo se tensaba.

—¿Qué? —soltó Jungkook, con la voz rota en incredulidad. El silencio que siguió fue denso, insoportable, hasta que su respiración se volvió un gruñido—. Entendido.

Colgó, sus ojos estaban más oscuros y brillantes de lo normal. Jimin ya lo miraba con el corazón en un puño, sabiendo que no era una llamada cualquiera. Y Lupus con su conexión fue quien lo dijo.

"Le dispararon a Taehyung"

Jungkook apretó los puños tan fuerte que sus nudillos blanquearon. Después repitió las palabras de su lobo.

—Le dispararon a Taehyung.

El aire salió de los labios de Jimin en un jadeo ahogado, como si le hubieran golpeado en el pecho.

—¿En Brasil?

Jungkook lo tomó por los hombros, clavando sus ojos en él.

—Sí, el Metka va para allá, distintos hombres que se unieron a la organización viajan en estos momentos. Tenemos que irnos ya. —Se tocó el puente de la nariz—. Dejaremos a Lux y Luken aquí, al cuidado del plebe. ¿O prefieres quedarte con ellos?

—El plebe es de confianza, además dejaremos a Mirabella y Lupus cuidándolos.

—Bien —contestó Jungkook.



Yoongi fue el siguiente en enterarse. No hubo espacio para suavizar la noticia. Cuando Jimin se la dijo, el Beta se quedó helado en el aeropuerto, con la mirada fija y los labios temblando como si el mundo hubiera dejado de girar.

—No... —susurró al fin, y esa sola palabra arrastraba todo el dolor que llevaba dentro—. No puede ser él... no Tae.

Intentó caminar, pero sus piernas se doblaron. Jimin lo sostuvo, abrazándolo con fuerza.

—Va a resistir. Namjoon no va a dejar que se vaya.

Yoongi lo abrazó de vuelta, no acostumbraba a hacerlo, pero en esa ocasión lo necesitaba, hundió el rostro en su hombro, conteniendo las lágrimas.

—Si le pasa algo... —su voz se quebró en un sollozo—. No quiero vivir en un mundo sin él.

Jungkook los interrumpió.

—No es momento de llorar. Ustedes dos tienen que estar fuertes. Yo me encargo de que nadie vuelva a tocarlo.

El plebe, llegó de inmediato al aeropuerto.

—Entonces me quedo con Luken y Lux, como me pidieron —dijo saltando de su camioneta—. Estarán a salvo conmigo. Los llevaré a pasear y disfrutar de la Ciudad de México.

—Gracias, Plebe —contestó Jimin.

La noticia llegó finalmente a Seokjin, y la reacción fue todo lo contrario a la calma. Cuando Jungkook le informó, el mayor arrojó la copa de vino que tenía en la mano contra la pared, haciéndola estallar en mil pedazos. Él ya estaba en un vuelo hacia Japón.

—¿Cómo se atrevieron?! —gritó con la voz llena de rabia, temblando de pies a cabeza—. ¿Ese maldito país cree que puede tocar a mi esposo y a mi cuñado?!

Golpeó la mesa con los puños, descontrolado, sus ojos rojos de lágrimas y furia.

—Si le pasa algo a Taehyung... ¡si se atreve a morir, yo mismo arraso Brasil con mis manos! ¡Yo mismo!

Namjoon no estaba allí para contenerlo, y Jin se dejó caer en el sillón, tapándose el rostro con las manos.

—Dios... por favor, no le quites su hermano a mi alfa, no lo soportaría.



Taehyung recordaba en medio de sus delirios momentos inolvidables junto con los seres que más había amado en su vida... Primero; sus hermanos.

La sangre siempre había sido parte de su infancia.

No la buscaban, pero estaba allí, como el olor a pólvora en los pasillos, como las botas encharcadas de los hombres que servían a sus familias.

Taehyung era el menor, Jungkook el del medio, Namjoon el mayor. Esa tarde, en medio de un "ajuste de cuentas" que estalló en los muelles, quedaron escondidos tras un contenedor de hierro oxidado.

El aire olía a sal y a pólvora. Los gritos y disparos rebotaban entre los barcos.

Taehyung temblaba, con los dedos aferrados al brazo de Namjoon, como si de eso dependiera no desaparecer. Jungkook, en cambio, tenía la mandíbula apretada, los ojos oscuros, como si estuviera luchando entre llorar o lanzarse a morder a cualquiera que los tocara.

—Cierra los ojos, Tae —ordenó Namjoon, abrazándolo contra su pecho, cubriéndole la cara con la mano.

Pero Taehyung no obedeció. Sus pestañas estaban húmedas y se negaba a dejar de mirar.

—¿Por qué siempre muere gente, Nam? —preguntó, con la voz quebrada.

El mayor lo miró en silencio. No tenía respuestas en ese momento. Jungkook, en cambio, habló primero:

—Porque el mundo es una mierda —dijo con los dientes apretados—. Pero nadie va a tocarte, ¿me oyes? Nadie.

En ese instante, un hombre armado tropezó cerca de ellos, herido, arrastrando la pierna. Levantó el arma al verlos. Jungkook, con catorce años, saltó como un animal. No midió consecuencias. Se lanzó contra él, le mordió la muñeca hasta hacerla sangrar, le arrebató el arma con una furia que no correspondía a un niño.

Namjoon lo detuvo antes de que disparara, rodeándolo con un brazo, apretando sus hombros.

—¡Ya está, Frijolito, ya está! —le gritó, temblando también, aunque no lo mostraba.

Taehyung lloraba bajito, pero al ver a Jungkook cubierto de sangre en la boca, soltó una risita torpe entre lágrimas.

—Eres... eres como un dios del caos... —dijo, limpiándole la cara con su manga sucia—. Mi dios favorito.

Jungkook, jadeando, lo miró serio.

—Soy tu hermano. Y mientras respire, nadie te va a quitar de mi lado.

Namjoon los abrazó a ambos, aplastándolos contra su pecho, con la sensación amarga de que estaban condenados a crecer entre la sangre... y que aun así, de algún modo, siempre se tendrían el uno al otro.

Los hermanos Terasov podrían ser cualquier cosa, pero se amaban, se protegían y nunca serían capaces de traicionarse.

La memoria de Taehyung se seguía filtrando entre la fiebre y el dolor, atrapada en esa neblina que separa la vida de la muerte. Su respiración era un vaivén irregular, pero en su mente, clara como un cristal, apareció Yoongi. No el Yoongi endurecido por la mafia, ni el sicario con las manos manchadas de pólvora; sino aquel que, en secreto, le había mostrado un pedazo de cielo en medio del infierno.

Lo recordaba en la azotea de un edificio viejo de Seúl, una noche cualquiera, cuando todavía no se atrevían a decir en voz alta lo que sentían. Yoongi fumaba, con el cigarro colgándole flojo de los labios, mientras las luces de la ciudad se estiraban como constelaciones caídas.

—Si alguna vez escapo de todo esto... —dijo Yoongi, sin mirarlo—, quiero una casa pequeña. Nada grande, nada de lujos. Solo un piano, una cama y alguien que me saque de mis casillas cuando me quede callado demasiado tiempo.

Taehyung rió, esa risa suya que parecía un desafío al mundo entero. Se acercó sin pedir permiso y le quitó el cigarro de los labios para darle una calada él mismo, sabiendo que Yoongi lo mataría con la mirada.

—¿Y quién te dijo que alguien querría vivir con un gruñón como tú? —se burló, soplándole el humo en la cara.

Yoongi resopló, pero no lo apartó. Lo miró de reojo, esa mirada suya, pesada y silenciosa, que decía más que mil palabras.

—Tú lo harías.

El aire se detuvo un instante. Taehyung lo había escuchado claro, sin adornos, sin poesía, sin juegos. Un "tú lo harías" tan simple que le sacudió el pecho. Y como siempre, disfrazó la emoción con un gesto salvaje: se subió al barandal de la azotea, con los brazos abiertos, desafiando al vacío que se extendía bajo sus pies.

—Si me caigo, me atrapas, ¿verdad? —gritó, con una sonrisa traviesa.

—Bájate de ahí, idiota. —La voz de Yoongi tembló, aunque intentó sonar duro.

—Dime que me amas, y bajo.

Yoongi apretó la mandíbula. Caminó hasta quedar justo frente a él con las manos crispadas, los ojos brillando de rabia y miedo. Entonces, como si le arrancaran las palabras del pecho, murmuró:

—Ya lo sabes. No necesito gritarlo.

Taehyung sonrió, bajando despacio del barandal. Cuando estuvo a salvo, Yoongi lo atrapó del cuello y lo besó de golpe, áspero, como si quisiera morderlo, pero tan desesperado que le temblaban las manos.

—Voy a casarme contigo —susurró contra sus labios—. Solo la muerte podría apartarme de ti, Sergei.

Taehyung, con el corazón acelerado, entendió que esa promesa, dicha entre humo y peligro, era lo más parecido al paraíso que le estaba permitido tener.

—Me gustaría ir de luna de miel a alguna montaña helada, ya sabes, la nieve es cálida cuando estás junto a alguien que amas.

—¿Eso significa que también me amas?

—Con locura —contestó.

De pronto la imagen volvió a cambiar, ahora se recordaba relamiéndose los labios, con la cucharita plástica todavía entre los dientes, viendo a los gemelos que lo imitaban con devoción. Luken tenía manchas de chocolate en la barbilla y Lux parecía más interesada en morder el cono que en comérselo con cuidado.

Estaban en una banca de hierro pintada de verde, frente a un pequeño lago de un parque ruso, donde los patos nadaban bajo la bruma ligera de la tarde.

—A ver, mocosos —dijo Taehyung, revolviéndoles el cabello con la mano—. ¿Les conté alguna vez de Lucien?

Los gemelos negaron con la cabeza, atentos, con los ojos brillando de esa curiosidad que solo los niños podían tener.

Taehyung bajó la mirada, como si el helado en su mano se hubiera vuelto de pronto demasiado frágil. Después sonrió.

—Como saben, Lucien era su hermano. Tenía su misma edad.—Su voz bajó, un susurro que se mezcló con el viento—. Un día lo perdimos, y todavía duele.

Lux, con los labios manchados de helado de fresa, apoyó su manita en la rodilla de Taehyung.

—¿Está en el cielo?

—Sí, pequeña —respondió él, acariciando su cabecita rubia—. Y desde allá los mira a ustedes. Yo sé que lo hace.

El silencio se hizo un instante, hasta que Luken alzó la vista con esa insolencia dulce que heredó de Jungkook.

—¿Y nuestros papás? ¿A ellos también los mira?

La pregunta lo desarmó. Taehyung tragó saliva, sintiendo la garganta apretada. Luego sonrió, genuino, con esa chispa juguetona que siempre se resistía a morir.

—Por supuesto, y sus papás los aman con locura. Cada vez que respiran, cada decisión que toman, la hacen pensando en ustedes. Jungkook y Jimin... están aprendiendo a ser mejores hombres por su culpa. Ustedes los están haciendo cambiar.

Lux ladeó la cabeza, confundida.

—¿Aunque papá Jungkook grite mucho?

Taehyung soltó una carcajada, revolviéndole el cabello.

—Aunque grite como un ogro. Y aunque papá Jimin se enoje. Los dos están hechos un desastre, pero los aman más de lo que pueden imaginar.

Los gemelos rieron, y Taehyung sintió un calor suave en el pecho. Terminó su helado, luego les robó un pedazo a cada uno de los suyos, haciéndolos protestar entre risas.

—Ustedes tienen familia —susurró, bajito, mientras los rodeaba con un brazo—. Siempre tendrán una que los protegerá de cualquier peligro, pero tienen que prometer que ustedes también harían lo mismo. Nunca, por más problemas que sucedan, por más roces o discusiones, nunca se traiciona a la familia.

La sala de emergencias estaba saturada por el sonido de monitores cardíacos, voces rápidas y el golpeteo de instrumentos quirúrgicos. El cuerpo de Taehyung yacía sobre la mesa quirúrgica, pálido, con el abdomen abierto bajo la luz blanca y cruel del quirófano. Su hígado estaba destrozado: la bala había perforado el lóbulo derecho, generando un sangrado masivo que no cedía a pesar de las compresas quirúrgicas.

—Presión arterial cayendo: 70 sobre 40 y descendiendo —anunció una enfermera con voz urgente y sus ojos fijos en el monitor.

El cirujano principal, un hombre curtido por años de trauma, gruñó entre dientes:

—Está en shock hipovolémico. Pasen más concentrados de hematíes, cuatro unidades de inmediato. Preparen plasma fresco congelado y plaquetas. No podemos dejarlo coagularse en frío.

Dos médicos asistieron de inmediato, abriendo las líneas centrales que ya estaban instaladas en la yugular interna de Taehyung, pasando sangre y fluidos con la bomba a máxima velocidad. El anestesiólogo revisaba la ventilación, con la frente llena en sudor.

El quirófano parecía librar una guerra contra el tiempo. Intentaron una resección parcial del hígado dañado, pero cada corte liberaba un torrente oscuro. El sangrado venoso era incontrolable.

—Hígado destrozado, segmento VIII completamente comprometido. Esto no es una hepatorrafia... —murmuró el cirujano, con voz baja, casi derrotada—. Está más allá de lo reparable.

Un ayudante intentó pinzar las venas suprahepáticas, otro colocó más compresas en la cavidad abdominal. El anestesiólogo levantó la vista de golpe:

—Saturación bajando a 65%. ¡Está entrando en acidosis!

La línea recta en el monitor comenzó a asomarse intermitente, cada latido era más débil que el anterior.

—¡Adrenalina, un miligramo IV, ya! —ordenó el cirujano.

El fármaco entró, pero el corazón de Taehyung apenas respondió con un par de picos erráticos antes de volver a hundirse. La hemorragia interna había sido demasiado, y el hígado, uno de los órganos más vascularizados del cuerpo, no perdonaba errores ni segundos perdidos.

La enfermera contó en voz baja, con desesperanza:

—Diez minutos de paro.

El cirujano finalmente bajó la cabeza, quitándose los guantes ensangrentados con un movimiento lento.

—Hora de muerte: 04:17.

El quirófano se quedó en un silencio pesado, donde lo único que quedaba era el sonido de las tijeras al caer sobre la bandeja.

Taehyung había perdido la batalla.



Los pasillos del hospital estaban fríos, impregnados de ese olor metálico y antiséptico que se quedaba en la garganta.

Cuando Jimin, Jungkook y Yoongi doblaron hacia la sala de espera, lo primero que vieron fue a Namjoon. El líder de acero, el estratega, el hombre que nunca temblaba... estaba convertido en una sombra. Tenía el rostro ceniciento, los labios secos y entreabiertos, los ojos abiertos de par en par, desorbitados, pero vacíos, como si lo hubieran arrancado de la realidad.

Se mantenía de pie, rígido, mirando a un punto muerto en el suelo. Tenía la camisa manchada de sangre, sus manos temblaban con ligereza, también estaban manchadas, pero secas. Segundos después, al sentir el aroma de su hermano giró el rostro, encontrándose mutuamente... No hubo necesidad de palabras.

—Dime que no es lo que estoy pensando... —la voz de Jungkook salió quebrada, grave, le ardía en la garganta.

Namjoon parpadeó lentamente, pareciera que acababa de despertar, y negó con la cabeza muy ligeramente, sus ojos se llenaron de lágrimas que no se desbordaron.

—Debí protegerlo... —susurró con un hilo de voz, más dirigido a sí mismo que a cualquiera—. Fue mi culpa.

Yoongi, que hasta ese momento se había mantenido detrás, dio un paso al frente. Su respiración estaba agitada, sus manos temblaban, y sus pupilas parecían dilatadas de puro terror.

—¿Murió? —preguntó con un tono que se quebró en la última sílaba. Dio otro paso hacia Namjoon, como un animal herido acorralado, buscando una verdad que no quería escuchar—. ¿Murió?!

La sala se llenó de un silencio insoportable.

Yoongi lo entendió antes de recibir respuesta. Las lágrimas se acumularon en sus ojos, empañándole la vista. Golpeó el pecho de Namjoon con las manos temblorosas, con un grito ahogado, casi desgarrado:

—¿MI ALFA MURIÓ?! —volvió a preguntar esta vez gritando fuerte.

Namjoon cerró los ojos, tragando saliva como si quisiera arrancarse el dolor con ello, y sostuvo los hombros de Yoongi para que no se desplomara.

Jimin cubrió su boca con ambas manos, el corazón latiendo tan fuerte que apenas podía respirar. Jungkook sintió que el aire le faltaba, como si el mundo se hubiera detenido justo ahí, en ese pasillo teñido de luces blancas y silencio.

—Le dieron en el hígado, murió hace diez minutos —contestó.

Yoongi se quedó inmóvil unos segundos, como si las palabras de Namjoon hubieran rebotado contra su piel sin penetrar aún en su conciencia. Pero luego, el golpe de la verdad lo atravesó con una violencia insoportable. Un sonido animal salió de su garganta, un sollozo que no parecía humano, un alarido que desgarró el pasillo entero.

Se desplomó contra el pecho de Namjoon, arañando su chaqueta, golpeándolo, negándose a aceptar la realidad.

—¡No, no, no! ¡Mientes! ¡Él es fuerte! ¡Él me prometió que no me dejaría! —gritaba, la voz rota en mil pedazos—. ¡Taehyung no se va a morir, no puede! ¡Él es mi alfa, él es mi vida, él...!

Namjoon, con los ojos inundados de lágrimas contenidas, lo abrazó con fuerza, intentando sostenerlo mientras él mismo sentía que se partía en dos.

Jimin lloraba en silencio, pegado a la pared, con la respiración entrecortada. Sus manos aún tapaban su boca, como si soltar un solo sonido pudiera hacer estallar el dolor que contenía en el pecho.

Jungkook, en cambio, no pudo contenerse más. Dio un golpe seco contra la pared, la piel de sus nudillos abriéndose con la fuerza del impacto. El eco resonó en el pasillo vacío, y él bajó la cabeza, respirando con dificultad, los ojos enrojecidos por las lágrimas que se acumulaban.

—Tenía que ser yo quien lo protegiera... —murmuró, con la voz ronca y cargada de odio hacia sí mismo—. ¡Tenía que ser yo, maldita sea!

Namjoon levantó la mirada hacia Jungkook. Ambos se encontraron en ese instante: dos hermanos que habían crecido al lado de Taehyung, dos hombres que lo habían cuidado

como a su propio hijo, y que ahora compartían la culpa como una cadena que los arrastraba al fondo.

El silencio volvió a caer, solo roto por los sollozos inconsolables de Yoongi, que se aferraba como si su vida dependiera de aquel contacto con Namjoon, como si en él pudiera encontrar a Taehyung todavía respirando.

Un médico se asomó tímidamente por la puerta, pero al ver la escena, bajó la cabeza y se retiró en silencio. Nadie quería ser portador de más dolor.

—Tomen el cuerpo de Taehyung —dijo Jungkook con voz oscura—. Trasládenlo a Rusia y váyanse de este maldito país.

Después avanzó por el pasillo hacia la salida. Jimin, corrió detrás suyo, sosteniéndolo de la hebilla del cinturón.

—¿A dónde vas?!

—Vengaré a mi hermano —contestó deteniéndose en medio del pasillo, sin girarse para ver a Jimin.

—Almeida ya está muerto, Taehyung le disparó en la frente —contestó Jimin.

—No es suficiente.

—¿Qué harás? —preguntó sintiendo las emociones de Jungkook desestabilizarse, sintiendo su corazón romperse por medio del lazo y la furia y deseo de venganza sobresalir.

—Destruiré Brasil. —Se giró para ver a Jimin directo a los ojos—. No me importan los inocentes, no me importan los culpables, mi hermano murió aquí. Este país, la población de este lugar... La vida de mi hermano valía más y quiero que todos se enteren de que si vuelven a tocar a alguien que amo haré desaparecer el mundo entero. —Le acarició la mejilla a Jimin—. Vete de aquí, te veo en Rusia, organiza el funeral. Que no lo incineren, quiero ver su cuerpo antes de sepultarlo.

—Jungkook... No estás pensando bien las cosas.

—Créeme que nunca he pensado tan bien como este día.

Se apartó de Jimin, quien se quedó en medio del pasillo, paralizado, mirando la espalda de Jungkook desaparecer por la puerta del hospital. Su respiración era irregular, la garganta le ardía de contener las ganas de gritar, de correr tras él y obligarlo a quedarse. Pero las palabras de Jungkook seguían vibrando en sus oídos como un mandato imposible de ignorar.

" Trasládenlo a Rusia. Que no lo incineren. Quiero verlo antes de sepultarlo."

Tragó saliva y asintió, aunque Jungkook ya no estaba ahí para verlo.

Namjoon seguía con la mirada perdida, todavía sosteniendo a Yoongi, que se había desplomado contra su pecho, con las manos crispadas sobre la tela de su chaqueta, temblando de puro dolor.

—Jimin... —murmuró Yoongi con voz rota, la garganta seca por tanto gritar—. No lo dejes aquí. No lo dejes...

—No lo haré —contestó Jimin, con los ojos enrojecidos y una resolución férrea en su voz—. Jungkook lo ordenó, y yo mismo lo llevaré de vuelta a casa.

El médico salió al pasillo, con un expediente en las manos y el ceño bajo. Pero Jimin no le dio oportunidad de hablar; se adelantó.

—Necesito el cuerpo de Sergei Terasov preparado para traslado internacional, hoy mismo.

El doctor lo miró sorprendido.

—Eso no es tan simple, señor. Hay protocolos, documentos, embajada, permisos...

—Entonces empiece a moverlos —interrumpió Jimin, sin perder la dureza en la mirada. Su tono no admitía réplica—. Hable con quien tenga que hablar, mueva los papeles que tenga que mover. Yo me encargo de los costos, del transporte, de todo. No pasará más tiempo aquí.

Namjoon parpadeó, como despertando de su estado de shock, y finalmente asintió.

—Conozco gente que puede facilitarlo. Llamaré a los contactos de la embajada rusa...

Jimin se volvió hacia él y sostuvo su mirada.

—Hazlo, por favor.

Mientras tanto, Yoongi seguía hundido en sí mismo, con las manos aferradas a la chaqueta de Namjoon, repitiendo entre sollozos una sola palabra:

—Alfa... alfa...

Jimin apretó los puños con fuerza. Sentía que el dolor de Yoongi se filtraba por cada rincón del hospital, pesando sobre todos. El lazo con Jungkook también palpitaba en su pecho, caliente y desbocado, transmitiéndole rabia, odio y una fuerza tan peligrosa que lo asustaba.

Él debía ser el ancla. Tenía que hacerlo, porque si Jungkook se hundía en ese espiral de venganza, el mundo entero iba a arder. Cerró los ojos un segundo, respiró profundo y se inclinó frente a Yoongi, tomando sus manos heladas.

—Hyung... yo me encargaré de todo. Lo llevaremos de regreso, te lo prometo. Taehyung volverá a casa.

Yoongi alzó el rostro empapado en lágrimas, logrando asentir.

Ese mismo día, Jimin movió cada contacto posible. Hizo llamadas, firmó documentos, presionó con el nombre de Artyom Terasov cuando fue necesario. No le importó los costos ni las advertencias del hospital; usó cada recurso a su alcance hasta conseguir un avión privado con dirección a Rusia.

Cuando el féretro sellado finalmente fue subido al vehículo que lo llevaría al aeropuerto, Jimin permaneció de pie, con los brazos cruzados y el rostro pálido.

No lloró. No podía hacerlo todavía. No hasta que Jungkook regresara y viera con sus propios ojos el cuerpo de su hermano.

Y Corvo que siempre tenía un plan, que siempre tenía la mente serena, que siempre tenía algo para aportar, no podía hacer más que llorar y aferrarse a su primo. Porque ahora sí, Jimin era lo único que le quedaba, no tenía a nadie más de quien sostenerse.



Horas más tarde, Jimin estaba sentado junto al lugar donde descansaba el cuerpo de Taehyung, cubierto con una sábana blanca hasta el pecho. Su rostro parecía dormido, pacífico, como si en cualquier momento pudiera despertar y reír de nuevo. Jimin no podía hablar, tenía la garganta cerrada por el dolor.

A su lado, Yoongi no apartaba los ojos de su alfa caído. La mirada perdida, húmeda, con los labios partidos por contener sollozos. Apenas respiraba, como si el simple hecho de hacerlo le arrancara más lágrimas. Namjoon permanecía detrás de ellos, serio, el ceño fruncido y los

puños cerrados, cargando un dolor que lo desmoronaba por dentro, pero que no podía mostrar. Él debía ser el fuerte ahora.

El avión surcó los cielos rumbo a Rusia, donde los esperaba el funeral. Al mismo tiempo, en otra ruta aérea, un jet privado trasladaba al plebe con Luken, Lux, Mirabella y Lupus. Ellos también llegarían a Rusia.

En tierra, Jungkook permanecía recargado contra un vehículo negro, con la chaqueta medio abierta y la mirada fija en el punto donde el avión se perdía entre las nubes. Encendió un cigarro con manos firmes, aspirando hondo hasta que el humo le llenó los pulmones. Su silueta estaba bañada por la luz mortecina de los faros del coche, y en sus ojos brillaba una furia aterradora.

—Brasil... —murmuró con voz ronca, exhalando el humo hacia el cielo—. Tocaron a uno de los nuestros. Ahora van a pagar con el país entero.

Dejó caer la ceniza en el suelo y marcó un número en su teléfono. La línea dio un par de tonos antes de que respondieran.

—Metka —dijo, su tono helado y mortal—. Mataron a mi hermano y vamos a destruir el país entero. Coloquen bombas en cada rincón. No quiero que quede nada.

El silencio al otro lado de la línea fue breve, reverencial. Luego, una voz firme respondió:

—Entendido, Boss. Brasil será cenizas.

Jungkook colgó sin decir nada más. Dio una última calada al cigarro antes de tirarlo al suelo y aplastarlo con la bota. El humo aún escapaba de sus labios, pero no era nada comparado con el humo que cubriría Brasil en cuestión de días.

Su venganza había comenzado.

Pero antes de hacer explotar el país, haría pagar a los causantes de la muerte de Taehyung y le daría la oportunidad de escapar del bombardeo a algunos conocidos. Jungkook caminó entre los escombros del enfrentamiento que hubo entre los hombres de Almeida y sus hermanos en aquel campo abierto. La sangre todavía se escurría por los cuerpos inmóviles de los hombres de Almeida. Su mirada fría se posó en un cadáver tendido en el suelo con una bala en la frente: Almeida. El alfa Lupus se detuvo un instante, observando el rostro del enemigo que tanto dolor le había causado. Sin dudar, levantó el marro que llevaba colgado al hombro y lo descargó sobre el cráneo de Almeida. El golpe retumbó con un sonido crujiente que hizo eco por todo el campo. Una, dos, tres veces, hasta que el rostro del hombre ya no era más que una masa informe de carne y sangre.

No hubo compasión, no hubo piedad. Uno tras otro, los hombres que habían sido capturados por la alianza del Metka fueron arrastrados al mismo destino. Cada golpe del marro era un golpe de ira, una sentencia de justicia sangrienta que Jungkook ejecutaba sin pestañear. Las manos se le cubrieron de sangre, los brazos le temblaban por la fuerza desatada, y aún así continuaba, impulsado por la rabia, por la traición que había marcado su camino.

A su alrededor, los cuerpos caían con sonidos brutales. Jungkook no se detenía, cada golpe parecía más feroz que el anterior. Cuando finalmente levantó la mirada, su rostro estaba cubierto de sangre, mechones pegados a la frente, gotas cayendo hasta el cuello. Sus manos rojas brillaban bajo la luz mortecina, reflejando la furia que lo consumía.

Distintos hombres de distintas mafias, todos del Metka que habían acudido a su llamado se acercaron, sosteniendo a los últimos hombres rendidos. Sin mediar palabra, Jungkook descargó la misma violencia sobre ellos. Uno a uno cayeron, sus gritos ahogados en el aire espeso de muerte. Cuando terminó, el silencio reinó absoluto, roto solo por la respiración pesada de Lupus.

Su cuerpo estaba empapado de sangre, desde las manos hasta el rostro; los brazos temblaban, cubiertos de hematomas y restos de piel arrancada, pero su mirada seguía fija, implacable. Cada golpe, cada cadáver, cada mancha escarlata era una pieza de su venganza. No quedaba nada que lo detuviera. La masacre estaba completa, y Jungkook, el alfa Lupus, se erguía entre los restos, temible, absoluto, indomable.

A un lado, los hombres del Metka apenas respiraban, pero no necesitaba palabras: todos sabían que habían sido testigos de la encarnación de la ira de un hombre que no conocía límites.

—Salgan del país, haremos volar esta basura.

—¿Qué hay de los inocentes, Boss? —cuestionó uno de los hombres.

—No hay inocente que valga la pena cuando se toca a uno de los miembros del Metka. La desaparición de Brasil será la prueba viviente de que no puede haber más sangre derramada o de lo contrario no me detendré hasta ser saciado.

Después de esas palabras se subió a su vehículo, siendo escoltado por hombres del Metka hacia el aeropuerto. Llamando la atención porque estaba cubierto de sangre de pies a cabeza, pero no podría importarle menos.

Subió al avión, sin importar la sangre que goteaba de su rostro y brazos. Cada mancha en su chaqueta negra, cada salpicadura en sus botas, era un recordatorio tangible de la ira desatada y de la promesa de destrucción cumplida. El interior del jet estaba silencioso, solo el zumbido de los motores y el leve crujir de la cabina acompañaban su respiración pesada.

Se dejó caer en uno de los asientos, aún temblando por la adrenalina. Después tomó su dispositivo móvil y marcó un número. La llamada se conectó al instante.

—Jimin —dijo, con voz ronca—. Al llegar a Rusia vas a tener que limpiarme.

—¿Limpiarte? —preguntó Jimin, con un hilo de preocupación en la voz.

—Tengo sangre enemiga hasta en el trasero, Jimin —contestó Jungkook, sin un ápice de arrepentimiento.

—Pero... Lograste vengarte, ¿verdad? —preguntó Jimin, intentando sondear alguna chispa de alivio en su voz.

—Estoy por culminar mi venganza —respondió Jungkook, dejando que un leve escalofrío recorriese la cabina mientras sus ojos recorrían la oscuridad más allá de la ventana.

Sin esperar más, tomó otro dispositivo sobre la consola, uno pequeño, discreto. Sus dedos recorrieron la superficie metálica hasta presionar un botón. En ese instante, un estremecedor coro de explosiones resonó desde Brasil. La tierra tembló, los cielos se llenaron de humo, y los gritos de desesperación se perdieron entre las llamas y el caos.

Jungkook permaneció inmóvil, observando el horizonte desde la ventana del avión, el rostro cubierto de sangre, la respiración pesada, pero con la calma de un alfa que sabe que ha dejado su marca. La masacre no había sido solo física, sino simbólica: cada explosión, cada edificio derrumbándose, era un mensaje. Nadie tocaría a los suyos sin pagar un precio mortal.

El avión surcaba los cielos, dejando atrás el país reducido a cenizas, y Jungkook sonrió, derramando lágrimas mezcladas con sangre, mirando el cielo por la ventanilla, imaginando el rostro sonriente no solo de su hermano alfa adulto, sino de su hermano alfa infante, de un Taehyung sonriente, rebelde, curioso e inocente, de su hermanito por el que sería capaz de destruir el mundo entero.

—¿Qué hiciste, mi amor? —preguntó Jimin.

—Destruí Brasil, el país entero —contestó—. Y aun así... Siento que no fue suficiente, ¿crees que fue suficiente? Porque siento un vacío en el alma.

Jimin permaneció en silencio un instante al otro lado de la línea. Sus manos temblaban ligeramente mientras intentaba mantener la calma.

—Jungkook... —dijo finalmente—. Nadie puede llenar ese vacío con destrucción... no importa cuánta sangre derrames. Eso lo sé de primera mano.

Jungkook recargó la cabeza en el asiento, sintiéndose completamente vulnerable, la máscara de furia reemplazada por un dolor profundo que parecía consumirlo desde dentro.

—Lo sé... —murmuró, con la voz rasgada—. Pero... verlo todo destruido, sentir que cada golpe que di... debería significar algo más. Siento que nunca será suficiente mientras mi hermano no pueda volver.

Jimin anheló tomar la mano de Jungkook, abrazarlo, se lo imaginaba empapado en sangre, sentía sus emociones, sentía su dolor. Había pasado por eso antes, pero... Los sentimientos de un alfa lupus lo sobrepasaban, sentían demasiado, era como un regalo, pero al mismo tiempo una condena.

—Estaré para ti sin importar lo que hagas, si quieres quemar el maldito mundo para saciar tu sed de venganza; te apoyaré. Solamente quiero que estés bien al día siguiente, ¿de acuerdo?

Jungkook cerró los ojos un instante, dejando que las lágrimas mezcladas con sangre cayeran libremente. En ese momento no era el alfa destructor, sino el hermano, el hijo, el padre, el protector que lloraba por los suyos.

—Si destruyo el mundo no habrá lugar para recorrer junto con nuestros cachorros... —susurró con voz quebrada—. He terminado, pero haré que la voz se corra. Así nadie se atreverá a tocar una vez más a quien amo.



ÚLTIMOS CAPÍTULOS... 🙄🙄🙄🙄🙄🙄

[40] *Auroras Boreales*



El avión descendió sobre la pista de aterrizaje rusa. Jungkook permaneció sentado, el rostro aún cubierto de sangre seca, los brazos manchados y la respiración pesada. Cada parpadeo le recordaba la masacre que había dejado atrás, y la sensación de vacío seguía aferrada a su pecho.

Al abrirse la puerta del avión, vio a Jimin esperándolo entre la multitud de viajeros y personal del aeropuerto. No hubo dudas, ni miradas cautelosas: el corazón del omega se aceleró y corrió hacia él.

—¡Mi alfa! —gritó, lanzándose a abrazarlo con fuerza—. Estás aquí, estás conmigo, déjame ser yo quien te cuide ahora.

Jungkook lo recibió con los brazos abiertos, dejando que la calidez de Jimin lo envolviera, absorbiendo algo de la tensión y el dolor que lo consumían. La sangre todavía empapaba su chaqueta y sus botas, pero Jimin no se apartó ni un segundo; al contrario, apretó con más fuerza, como si con su abrazo pudiera reconstruir todo lo que había destruido.

—Vamos a la mansión —dijo Jimin, con la voz llena de ternura—. Necesitas limpiarte.

El trayecto en auto fue silencioso, salvo por la respiración entrecortada de Jungkook y el rugido del motor. Finalmente, llegaron a la imponente mansión de los Bratva. Las luces

iluminaban la fachada, reflejando un orden y control que contrastaba con el caos que Jungkook había dejado atrás.

Sin perder tiempo, Jimin guió a Jungkook hasta el baño principal. Sacó la llave de la regadera, abrió el agua caliente y dejó que el vapor llenara la habitación. Luego, tomó una esponja suave y comenzó a ayudarlo.

—Déjame encargarme de esto —susurró Jimin, mientras pasaba la esponja por los brazos manchados, eliminando la sangre seca y húmeda—. Respira hondo, mi amor... todo esto ya quedó atrás.

Jungkook cerró los ojos, dejando que el agua caliente y las manos de Jimin retiraran la evidencia de la masacre. Cada movimiento de Jimin era delicado, firme; un recordatorio de que, pese a todos sus pecados, había alguien que estaba ahí para él, alguien por quien valía la pena bajar la guardia, aunque fuera solo por un instante.

—Gracias —murmuró Jungkook, con la voz rota—. Por no apartarte. Por estar aquí...

—Siempre —contestó Jimin, con una sonrisa que no ocultaba la preocupación—. Siempre estaré aquí.

Jungkook se permitió relajarse bajo las manos de Jimin, mientras el agua limpiaba no solo la sangre, sino también el peso que había cargado sobre sus hombros.

El vapor de la regadera llenaba el baño, difuminando los contornos de la habitación y envolviendo a Jungkook en una especie de burbuja cálida y segura. Jimin continuaba pasándole la esponja, limpiando la sangre de sus brazos y hombros, y cada roce parecía borrar también un poco del peso que llevaba en el alma.

—Te juro que... —murmuró Jungkook, con la voz apenas audible—. Todavía siento que no fue suficiente. Que... no es suficiente.

Jimin se acercó más, apoyando su frente contra la de Jungkook, dejando que la humedad del vapor y el calor compartido los uniera.

—Mi amor... —dijo con suavidad—. Hiciste lo que tenías que hacer. Nadie podría culparte por vengar a los suyos. Nadie... excepto ellos, los que inventarán excusas para culpar a otros.

Jungkook frunció el ceño, todavía con un hilo de rabia en sus ojos.

—¿A qué te refieres?

—Los americanos... —Jimin bajó la voz, como si hablar de ello pudiera hacer que la pared misma los escuchara—. Acusan a terroristas anónimos por el atentado en Brasil. Dicen que fue un ataque coordinado, pero nadie sospecharía de nosotros. Nadie sospecharía de que el alfa Lupus derramó toda su furia y justicia allí.

Jungkook cerró los ojos un instante, dejando que la información calara. Por un lado, el hecho de que el gobierno no los relacionara le daba cierta satisfacción; por otro, el vacío dentro de él seguía presente, profundo y frío.

—Así que... ya están acusando —murmuró, dejando escapar un suspiro entrecortado. La voz rasgada, cubierta de vapor y fatiga, reflejaba tanto alivio como un extraño desconsuelo—. Acusaran a quienes les convenga, ya sabes, por fines políticos. Aunque te aseguro que tarde o temprano se darán cuenta de que soy yo, pero no pueden hacerme nada. Tengo el gobierno en la bolsa.

—Lo sé —dijo Jimin, apretando su mano suavemente.

Jungkook abrió los ojos, dejando que la mirada de Jimin lo atravesara, la calidez del omega suavizando la dureza de su corazón ensangrentado. Por un momento, olvidó la masacre, el humo de las explosiones y la sangre que aún llevaba en la memoria.

—En esos momentos no pensé con claridad... —susurró, apoyando la cabeza contra el hombro de Jimin—. Gracias por no alejarte de mí después de cometer un crimen tan atroz como ese.

—Nunca me apartaré de tu lado —respondió Jimin, con firmeza, mientras seguía ayudándolo a limpiar cada mancha de sangre—. Te amo.



Jungkook y Namjoon permanecían erguidos frente al féretro de Taehyung, el cuerpo impecable bajo el cristal, pero el vacío que dejaba era imposible de llenar. Sus manos descansaban a los lados, los puños apretados, mientras los ojos permanecían cerrados, como si al abrirlos pudieran enfrentar todo el dolor que intentaban contener. A su lado, Yoongi no

apartaba la mirada, los hombros tensos. Cada segundo que pasaba allí era un recordatorio cruel de lo que habían perdido.

—Perdí a mi hermano... pero tú perdiste a tu alfa —dijo Jungkook finalmente, con voz baja, llena de pesar y reconocimiento—. Lo lamento, Yoongi.

Por primera vez, pronunció su nombre, y la palabra flotó entre ellos como un hilo de conexión frágil pero necesario. Yoongi inclinó ligeramente la cabeza, sin palabras, absorbiendo la sinceridad de aquel momento.

—Me llevaré a Opex —dijo Yoongi, con la voz temblorosa—. Tengo un viaje por hacer con él y con Rahab. Antes de que Opex enferme a causa de la ruptura del vínculo.

Jungkook frunció el ceño, abriendo lentamente los ojos para encontrarse con la mirada seria y determinada de Yoongi. Mientras que Namjoon seguía con los ojos cerrados, escuchando la conversación.

—¿Un viaje? ¿A dónde? —preguntó, con un dejo de curiosidad mezclado con la tristeza.

—Prometimos que iríamos a ver las auroras boreales —explicó Yoongi, con un débil intento de sonrisa que se quebraba en su rostro—, desde hace más de un año... cuando Tae me llevaría con engaños mientras tú te vengabas de mi primo. ¿Lo olvidas?

Jungkook cerró los ojos nuevamente, un suspiro escapó de su pecho mientras dejaba que la memoria lo golpeará con la fuerza de una marea. La masacre, la sangre, el dolor de perder a su hermano... y ahora, el destino de Opex y la promesa rota de Yoongi, todo se enlazaba en un nudo imposible de deshacer.

—No... no lo olvidé —susurró finalmente.

Yoongi asintió, sus dedos rozaron ligeramente la tapa del féretro, un gesto silencioso de respeto y de despedida. El silencio que siguió no necesitaba palabras. Entre el dolor compartido, la pérdida y las promesas incumplidas, ambos comprendieron que la vida, aunque marcada por la sangre y la venganza, aún tenía momentos de humanidad que valía la pena proteger.

—El único —dijo Namjoon al abrir los ojos y mirar a Yoongi.

—¿Qué? —preguntaron Jungkook y Yoongi al mismo tiempo.

—Fuiste el único novio de mi hermano, no hubo nadie antes de ti, durante, o después. Fuiste el único.

Yoongi sonrió y no pudo evitar que una lágrima resbalara por sus ojos.

—Le dije que no estaría con él cada vez que le dispararan... Maldita sea... —Sollozó.

—Oye... —Jimin apretó el hombro de Yoongi—. Nadie sabía que habría fuego en aquel encuentro.

—Le destrocé cada maldito hueso al Jaguar —dijo Jungkook—. Quedó como papilla, y ahora no hay ni cenizas tuyas ni de su linaje.

—Eso no me lo devuelve —masculló—. Mi esposo era el más sexy de los hermanos Terasov, el Vor V Zakone de los Bratva. ¿Cómo voy a vivir sin él?

—De la misma manera que nosotros —contestó Namjoon—. Haciendo que valga cada maldito día, justo como él lo hubiera querido. Riendo, bromeando, gozando.



Un día después se reunían sobre la colina donde se había preparado la sepultura de Taehyung. Jungkook permaneció junto al féretro hasta el último instante, observando cómo los hombres de los Bratva y los aliados más cercanos colocaban el cuerpo con cuidado. La tierra era oscura, húmeda, y cada palada que caía sobre el ataúd parecía añadir peso a su corazón.

Jungkook bajó la mirada, los puños apretados, mientras los recuerdos de Taehyung corrían por su mente: su risa rebelde, sus travesuras, los abrazos que ahora nunca volverían. El viento frío le azotaba el rostro, mezclando lágrimas y sangre seca, pero no apartó la mirada. Mientras que Jimin estaba de pie, con Luken y Lux aferrados a sus costados, sollozando la muerte de su tío más divertido. Seokjin, abrazaba a Namjoon.

—Descansa, pequeño alfa —murmuró, en un susurro—. Prometo que nadie olvidará tu nombre.

El ataúd desapareció bajo la tierra, y Jungkook permaneció unos segundos más, en silencio absoluto. Yoongi se acercó entonces, el lobo de Taehyung a su lado, encorvado y lloroso, apoyando su hocico contra la tumba mientras un gemido bajo salía de su garganta. La tristeza era casi tangible en el aire helado que rodeaba la colina.

—Es hora —dijo Yoongi suavemente—. Debemos irnos.

Opex y Rahab se acercaron, sus ojos reflejaron la misma tristeza profunda. La loba lamía el pelaje de Opex con delicadeza, intentando reconfortarlo mientras él bajaba la cabeza, sollozando casi imperceptiblemente. Yoongi les acarició la cabeza a ambos, en un gesto de consuelo y promesa de protección.

—Vamos a cumplir nuestra promesa —dijo Yoongi, levantando la mirada hacia Jungkook por un instante antes de dar media vuelta—. Las auroras boreales nos esperan.

Jungkook asintió con la cabeza, su expresión seria pero con un matiz de aceptación. No había palabras que pudieran aliviar el dolor, pero sabía que Yoongi y los suyos seguirían adelante, y eso, de alguna manera, era suficiente.

El lobo de Taehyung lanzó un último aullido hacia la tumba antes de seguir a Yoongi. Opex, todavía triste, caminaba junto a su loba Rahab, quien se mantenía cerca, laméndole de vez en cuando el pelaje y ofreciendo compañía silenciosa. La distancia entre ellos y Jungkook se fue haciendo más larga, pero la promesa de proteger a los suyos permanecía intacta, como un hilo invisible que conectaba a los vivos con los que habían partido.

Jungkook permaneció unos segundos más, respirando hondo, y finalmente giró sobre sus talones, consciente de que su venganza había terminado, pero que la vida y la protección de los suyos apenas comenzaban.

Yoongi era uno de los suyos, era la representación de su hermanito menor ahí en la tierra y lo protegería hasta sus últimos días.



El avión despegó lentamente, dejando atrás la fría colina rusa donde Taehyung había sido enterrado. Yoongi permaneció sentado junto a Opex, quien se acurrucaba contra su pecho, mientras Rahab se acomodaba a su lado, apoyando la cabeza sobre las piernas de su compañero. La cabina estaba silenciosa, interrumpida únicamente por el zumbido de los motores y el leve crujido de la aeronave al ascender.

Fuera de la ventana, la vasta extensión de nieve y bosques interminables se extendía como un lienzo blanco, y Yoongi no pudo evitar dejar que la memoria viajara con él. Recordó los días en que Taehyung correteaba entre los árboles, el lobo siguiéndolo con curiosidad y entusiasmo, la risa pura del alfa que amaba con todo su corazón.

Opex, suspiraba suavemente mientras Rahab le lamía el pelaje, como intentando borrar la tristeza que ambos sentían. Yoongi pasó la mano por la cabeza de Opex, acariciándolo con cuidado, sintiendo el calor de su cuerpo y el vínculo que aún los unía a todos, incluso a los ausentes.

—Vamos a cumplir nuestra promesa —susurró Yoongi, más para sí mismo que para los lobos—. Taehyung nos enseñó a no dejar que el dolor nos paralice... recuerdo que cuando lo conocí tenía el brazo roto. —Sonrió—. Y aún así el muy torpe fue a rescatar a su hermano, era imprudente, pero amaba con sinceridad.

"Nuestro alfa era el mejor alfa, Yoon"

Dijo Rahab con voz triste.

"El único alfa que valía la pena amar"

—El único alfa que valía la pena amar, Rahab —confirmó, Yoongi.

El avión surcaba el cielo nocturno, y el reflejo de la luna sobre la nieve parecía abrir una ventana a otro mundo. Cada ráfaga de viento que golpeaba la aeronave recordaba la fragilidad de la vida, pero también su belleza: la pureza de los recuerdos, la conexión que mantenían con los suyos, y la esperanza silenciosa que aún persistía.

Finalmente, el avión aterrizó suavemente en la pequeña ciudad cercana a la región donde se apreciaban las auroras boreales. La nieve crujía bajo las ruedas del avión mientras descendía el frío intenso que anunciaba la latitud más alta. Yoongi bajó con Opex y Rahab a su lado, respirando el aire helado que llenaba sus pulmones con cada inhalación, recordándole la pureza y la fragilidad de la vida que aún sostenían.

Un vehículo 4x4 los esperaba para llevarlos hasta la base de la montaña. Yoongi subió, asegurando a Opex y a Rahab cerca de él, y se colocó la chamarra especial para la nieve: gruesa, cálida, con un capuchón que protegía su rostro del viento cortante. Cada hebra de su ropa estaba diseñada para el frío extremo, pero nada podría protegerlo del peso de la nostalgia que cargaba en el pecho.

El trayecto fue silencioso. El motor del vehículo rugía mientras avanzaban por caminos nevados y bosques interminables, la ciudad quedaba atrás, convirtiéndose en un diminuto grupo de luces bajo el manto oscuro de la noche. Los copos de nieve caían suavemente

sobre el parabrisas, reflejando la luz de los faros y creando una sensación casi mágica, como si el mundo los hubiera dejado solos con sus pensamientos.

Cuando llegaron a la base de la montaña, el vehículo se detuvo y Yoongi bajó con los lobos. La oscuridad los envolvía, pero la luz de la luna y la blancura de la nieve los guiaban. Junto a un pequeño grupo de turistas, comenzaron a ascender por un sendero nevado que serpenteaba hasta la cima. Cada paso crujía bajo sus botas, cada inhalación era visible en el aire helado, y el silencio de la noche parecía amplificar el latido de su corazón.

—Mira... —susurró Yoongi mientras observaba el cielo despejado—. Pronto las auroras aparecerán.

Opex levantó la cabeza, los ojos reflejando la luz tenue de la luna, mientras Rahab caminaba cerca, su hocico rozando el pelaje de su compañero, ofreciendo consuelo. La caminata era lenta pero segura; cada metro recorrido era un recordatorio de la promesa que habían hecho, y del amor que aún los mantenía unidos a los que habían perdido.

Yoongi miró alrededor, la nieve interminable, los árboles que se extendían como guardias silenciosos, y no pudo evitar pensar en Taehyung nuevamente, en la torpeza, en el amor y en la valentía de su alfa. A pesar de todo, el mundo todavía podía ofrecerles belleza, y por un instante, esa belleza parecía suficiente para llenar un poco del vacío que llevaban en el corazón.

Finalmente, el grupo llegó a la cima de la montaña. La nieve estaba intacta, como un lienzo inmaculado bajo la luz de la luna. Cada paso de Yoongi sobre el manto blanco parecía escucharse en el silencio absoluto de la noche, y los lobos, Opex y Rahab, avanzaban a su lado con movimientos cuidadosos, como si ellos también sintieran la solemnidad del momento.

El aire era frío y pesado, pero Yoongi apenas lo notaba. Su atención estaba fija en el horizonte, donde el cielo comenzaba a transformarse. Primero un tenue resplandor verde, casi imperceptible, se deslizó entre las estrellas. Luego, ondulaciones violetas y turquesas comenzaron a danzar lentamente, parecían cortinas de luz flotando en el aire. Cada movimiento era hipnótico, etéreo, y parecía narrar historias de tiempos antiguos, de vidas que se habían ido, de promesas que permanecían.

Opex levantó la cabeza, sus ojos reflejaron la luminosidad cambiante, sus ojos reflejando esa parte del alma de Taehyung que estaba feliz porque finalmente había ido a ver aquello que había pactado con Yoongi, mientras Rahab se acomodaba junto a él, apoyando suavemente el hocico sobre su hombro. El lobo alfa permanecía quieto, admirando el cielo, y por un instante parecía olvidar la tristeza que cargaba pues la aurora boreal lo envolvía con un manto de magia y consuelo.

Yoongi respiró hondo, dejando que el aire helado llenara sus pulmones y mezclara su aliento con el calor de los lobos a su lado. Cerró los ojos, permitiéndose recordar la risa de Taehyung, sus travesuras, la devoción por sus hermanos, y la pureza de su amor. Cada memoria era un hilo que se enlazaba con el resplandor del cielo, y aunque el dolor seguía allí, la belleza del momento ofrecía un bálsamo silencioso.

—Es hermoso... —susurró Yoongi—. Como Taehyung. Como todo lo que él nos dio. Me lamento por no habernos obligado a venir juntos.

Opex gimió suavemente, apoyando la cabeza contra su pecho, y Rahab, lamió delicadamente la oreja de su compañero. Yoongi pasó la mano por la cabeza de ambos, sintiendo el calor de sus cuerpos.

Yoongi sabía que Taehyung los observaba desde algún lugar, orgulloso de la promesa cumplida porque parte de su alma seguía ahí, junto a él, dentro de Opex.

—Opex... Si te duele puedes irte —susurró Yoongi—. Dile a Taehyung que yo estaré bien, que lo amo, que lo amaré siempre, que no habrá otro alfa para mí en esta tierra y que espero encontrármelo en la próxima vida para visitar las auroras boreales en nuestra primera cita. Sin aplazamientos, sin mafia, sin... muerte.

Opex miró a Yoongi, lamió el hocico de Rahab, después aulló a la luna varias veces estremeciendo el corazón del Beta y de todos los turistas, para finalmente cerrar los ojos y descansar ahí en la nieve, justo después de cumplir la promesa de su humano, justo después de ver aquellas luces mágicas que conectaban lo terrenal con lo espiritual.

Yoongi lo supo de inmediato y sollozó abrazando el cuerpo del lobo, hundiendo el rostro en su pelaje, absorbiendo ese aroma que era muy parecido al de Taehyung, ese aroma que sabía que nunca más podría volver a sentir. Lloró tanto que los turistas comenzaron a murmurar al verlo, lloró tanto que se imaginó los brazos de su alfa rodearlo, se imaginó a sí mismo en ese lugar con él. Ambos llorando, ambos muriendo juntos.

—Cumplí la promesa, mi Tae... Porque una promesa nunca se rompe.



Últimos capítulos... 🙄🙄🙄🙄

[41] *Luciana y Sergeí*



Un año había pasado desde la masacre, desde los viajes, las auroras, y la mansión de los Bratva estaba impregnada de un espíritu distinto: la calidez de la Navidad y la tranquilidad de la familia que había sobrevivido a tantas tormentas.

En la sala principal, Mirabella se acomodaba en un sillón amplio, la panza redondeada y brillante bajo la luz del árbol decorado. Luken y Lux, con sonrisas radiantes, pasaban las manos sobre su barriga, acariciando y hablando al par de cachorros que aún no habían nacido. Lupus estaba echado a su lado, apoyando la cabeza cerca de la panza de Mirabella y lamiendo con cuidado sus patas cuando ella las movía. Sus ojos reflejaban la calma y la devoción que sentía por su manada, y su presencia parecía transmitir seguridad a todos en la habitación.

—Van a ser alfas fuertes —dijo Luken, con un tono entre divertido y orgulloso—. Igual que tú, Lupus.

—Y hermoso —agregó Lux, acariciando la cabeza de la loba que se apoyaba sobre Mirabella—. Solo espero que tengan algo de paciencia también.

Mientras tanto, en la cocina y el comedor, Jimin y Seokjin se movían con coordinación casi silenciosa, colocando platos, ajustando cubiertos y supervisando que cada detalle de la cena familiar quedara perfecto. La Navidad era uno de esos momentos que Jimin amaba

profundamente: las luces, el olor de la comida, el calor de los suyos reunidos, y el simple hecho de poder estar juntos, sin sombras del pasado colándose entre ellos.

—Seokjin, ¿has probado este relleno? —preguntó Jimin mientras removía cuidadosamente la salsa de un pavo dorado—. Creo que quedó perfecto.

—Hmm... sí, está delicioso —respondió Seokjin, probando un bocado y sonriendo—. Pero exageras, Jimin. La Navidad no es competencia... es compartir.

—Eso es cierto —dijo Jimin, con una sonrisa mientras miraba por un instante hacia la sala donde Lupus y los pequeños estaban jugando alrededor de Mirabella—. Pero me gusta que todo salga perfecto para los nuestros.

La casa estaba llena de risas, de ladridos tranquilos y de la sensación de hogar que habían construido poco a poco, ladrillo a ladrillo, después de la tormenta. Cada gesto, cada sonrisa, cada caricia sobre la barriga de Mirabella era un recordatorio de que la vida, a pesar de todo, aún podía ser bella y tranquila.

Luken se inclinó para besar la cabeza de Mirabella mientras Lupus apoyaba su hocico en la panza, emitiendo un pequeño suspiro de satisfacción. Jimin se permitió un momento para respirar profundamente, sintiendo la calidez de la familia a su alrededor, consciente de que, a pesar del pasado violento y de las pérdidas que habían sufrido, habían logrado construir algo que valía la pena proteger.

Justo cuando el aroma del pavo recién horneado se mezclaba con el calor de la chimenea, se escuchó el rugido de un motor en el camino de entrada. Yoongi apareció a la vista cargando un montón de obsequios envueltos en papeles brillantes, cada uno cuidadosamente atado con lazos rojos y verdes. Su rostro reflejaba alegría y nostalgia, y al entrar a la mansión, los lobos y los niños corrieron a saludarlo.

—¡Tío Yoon! —exclamó Lux mientras saltaba emocionado, y Rahab se acercaba a los niños contenta de verlos luego de mucho tiempo.

Yoongi sonrió, colocando los paquetes bajo el árbol y dejando que los niños inspeccionaran algunos mientras les guiaba con una mirada cómplice.

—Feliz Navidad —dijo, con voz suave—. Espero que todos encuentren algo que los haga sonreír, incluso si es un pequeño detalle.

En ese instante, se escuchó un golpe en la escalera principal. Jungkook y Namjoon aparecieron descendiendo por las escaleras con paso seguro, vestidos con trajes elegantes que destacaban la formalidad y solemnidad de la ocasión. Jungkook, impecable en un traje oscuro, ajustaba ligeramente la corbata mientras miraba a su familia reunida, los ojos

brillando con un dejo de orgullo y afecto. Namjoon, a su lado, llevaba un traje gris con camisa blanca, sosteniendo su postura con calma y elegancia.

—¿Listos para la cena? —preguntó Namjoon.

—Siempre lo estamos —respondió Jungkook, bajando el último peldaño y echando un vistazo a la sala iluminada por las luces del árbol y las velas del comedor. Su mirada se detuvo en Mirabella, en los cachorros que aún estaban por nacer, en Lupus, permitiéndose que un leve suspiro escapara, un recordatorio silencioso de que la familia era lo que realmente importaba.

Los niños aplaudieron y los lobos se movieron felices, comprendiendo que la celebración iba más allá de la comida y los regalos. Cuando Jimin salió de la cocina, todos los presentes se desvanecieron de la vista de Jungkook, el alfa lo miraba solo a él que lucía un traje negro y elegante idéntico al suyo.

—Señor Park, huele delicioso —contestó acercándose para besarle la mejilla.

—Jin me ayudó a cocinar.

—No me refiero a la comida, Patito —susurró y las mejillas de Jimin se ruborizaron.

Luego de que todo estuviera listo, tomaron asiento alrededor de la larga mesa de madera, decorada con velas, guirnaldas y platos relucientes. Los niños, Luken y Lux, ya no podían contener su emoción; cada tanto se inclinaban para mirar la barriga de Mirabella o para susurrar entre ellos sobre los regalos que habían visto bajo el árbol.

—¿Puedes verlos moverse? —preguntó Lux, con los ojos brillantes de curiosidad, acariciando la panza de Mirabella.

—Sí, creo que uno se está moviendo justo ahora —respondió Luken, colocando su mano con cuidado y recibiendo un pequeño golpe que los hizo reír a ambos.

Rahab, Uppa, Dragón, y Lupus se acomodaron bajo la mesa, manteniendo un ojo atento a los niños, mientras Yoongi observaba con ternura desde un extremo, lanzando sonrisas cómplices cuando los pequeños hacían travesuras con cuidado de no derribar nada.

Jungkook tomó la mano de Jimin sobre la mesa, entrelazando los dedos mientras compartían un breve momento silencioso. Sus miradas se encontraron, transmitiendo sin palabras, todo lo que sentían: alivio, amor y la satisfacción de ver a su familia reunida, segura y feliz.

—¿Me pasas la salsa, Jimin? —preguntó Jungkook, tratando de sonar casual mientras los niños observaban con atención cada movimiento suyo.

—Aquí —dijo Jimin, sonriendo mientras se la entregaba—. Pero tendrás que darme un beso si la quieres, señor alfa —bromeó, provocando un leve rubor en Jungkook que hizo que los niños soltaran risitas.

—¡Eso no es justo! —exclamó Lux, señalándolos con los dedos—. ¡Queremos besos también!

—Tal vez cuando se acaben los postres, pequeños traviesos —respondió Jimin, guiñando un ojo mientras Jungkook sonreía y sacudía la cabeza, divertido.

Entre risas, comentarios sobre los regalos y anécdotas del año pasado, la cena transcurrió con una armonía cálida. Los lobos descansaban tranquilamente bajo la mesa, los niños disfrutaban de cada bocado, cada conversación, y Jungkook y Jimin compartían pequeñas miradas cómplices, a veces rozando sus manos sobre la mesa, recordándose que estaban ahí, juntos, a salvo y rodeados de quienes amaban.

—¿Sabes? —susurró Jimin a Jungkook en un momento de silencio—. Este año... parece que todo finalmente está en su lugar.

—Sí —respondió Jungkook, apretando su mano—. Y nada, ni siquiera el pasado, puede cambiar lo que hemos construido.

La chimenea crepitaba, las luces del árbol parpadeaban y los aromas de la cena llenaban cada rincón de la mansión. La Navidad nunca había sido tan cálida, ni el sentimiento de hogar tan profundo. Y en medio de la risa, los besos robados y las manos entrelazadas, la familia Bratva celebraba no solo la festividad, sino la vida, la esperanza y la seguridad de que, después de todo, habían sobrevivido juntos.

Mientras la cena transcurría entre risas y conversación, Mirabella se levantó discretamente y se dirigió a un rincón apartado de la sala, donde se acomodó sobre la alfombra con movimientos lentos. Su respiración se volvió más agitada, y Lupus se acercó inmediatamente, recostándose a su lado, lamiéndola suavemente, intentando tranquilizarla.

Jimin, que estaba sirviéndose más comida, detuvo sus movimientos de repente. Una voz en sus pensamientos, clara y urgente.

"Mimi... voy a dar a luz."

El corazón de Jimin se aceleró al instante. Sin pensarlo, dejó lo que tenía en las manos y corrió hacia el rincón donde Mirabella yacía, notando que la loba respiraba con dificultad y gemía suavemente.

—¡Chicos, necesito su ayuda! —exclamó, mientras observaba a Mirabella arqueando la espalda y lamiéndose constantemente—. ¡Mi loba va a dar a luz!

El caos estalló en la mansión. Los niños gritaban sorprendidos, corriendo hacia Yoongi para buscar consuelo. Jungkook se levantó rápidamente, mientras Seokjin sonreía disfrutando del caos de los Terasov.

—¿No pudo esperar al menos un día más? —preguntó Yoongi—. Siempre agregándole dramatismo a las situaciones, Mirabella.

—¡No digas tonterías, Yoongi! —chilló Jimin—. No es como que un parto se pueda controlar.

—Jimin, llama al veterinario de inmediato —dijo Jungkook, su voz firme pero preocupada—. No podemos permitir que nada salga mal.

Jimin sacó su teléfono y marcó rápidamente, explicando la situación. Al mismo tiempo, todos los presentes comenzaron a organizarse: Lupus permanecía al lado de Mirabella, ofreciéndole apoyo físico y emocional; Yoongi ayudaba a los niños a mantenerse tranquilos y a observar desde una distancia segura, mientras que Seokjin y Namjoon llevaban a Rahab, Dragón y Uppa a otra habitación porque Lupus se pondría territorial con el nacimiento.

—Tranquila, Mirabella —susurró Jimin mientras se arrodillaba a su lado, tomando suavemente la cabeza de la loba entre sus manos—. Todo va a estar bien, lo prometo.

La calma de la Navidad se había disipado frente a la urgencia de la vida que estaba por comenzar. La mansión, llena de risas momentos antes, se transformó en un centro de atención y nerviosismo, cada respiración y movimiento sincronizados con los jadeos de Mirabella y los lamidos reconfortantes de Lupus.



Los jadeos de Mirabella se intensificaban mientras Lupus permanecía firme a su lado, lamiéndole el rostro y las patas con delicadeza, transmitiéndole fuerza y calma. Jimin y el veterinario trabajaban en sincronía, asegurándose de que todo estuviera preparado para recibir a los cachorros. Yoongi ayudaba a mantener a los niños tranquilos, abrazándolos y explicándoles que lo que ocurría era algo maravilloso.

—Aquí viene el primero —anunció el veterinario, con voz serena—. Solo necesitamos un poco de paciencia.

Mirabella arqueó la espalda y emitió un leve gemido, y de pronto un pequeño cachorro oscuro como la noche surgió, envuelto en membranas húmedas. Jimin lo tomó con cuidado y lo colocó sobre una manta tibia, mientras Lupus se inclinaba sobre él, olfateándolo con curiosidad y cuidado. La loba madre ya parecía extenuada, pero su mirada brillaba con orgullo y amor.

—¡Es un macho! —exclamó Jimin, mientras secaba suavemente al pequeño con una toalla limpia—. Está perfectamente sano.

Lupus gimió suavemente y lamió el hocico del cachorro, como aprobando la llegada del nuevo miembro de la manada. Mirabella, agotada pero feliz, ladeó la cabeza y miró a Jimin con ojos llenos de gratitud.

—Lo hiciste muy bien —susurró Jimin, acariciando su pelaje—. Eres increíble.

No pasó mucho tiempo antes de que naciera el segundo cachorro, una hembra blanca como la nieve. El veterinario la limpió y evaluó rápidamente, mientras Lupus y Mirabella intercambiaban miradas llenas de amor y complicidad.

—Dos pequeños alfas para la manada —dijo Yoongi, con voz suave, mientras los niños aplaudían emocionados desde una distancia segura—. Tienen un gran futuro por delante.

Jungkook, que había estado junto a Jimin durante todo el proceso, pasó un brazo alrededor de su cintura y compartió una mirada significativa. Sus ojos brillaban, no de sangre ni de venganza, brillaban de orgullo y ternura por la familia que habían logrado reconstruir.

—Este es el milagro de la vida —susurró Jungkook, apoyando la frente contra la de Jimin.

Mientras los cachorros se acomodaban cerca de Mirabella, chupando y acurrucándose junto a su madre, la mansión recuperó la calma. La Navidad, que había comenzado con risas y aromas de comida, terminaba con el sonido más puro de todos: la vida nueva, vibrante y prometedora, llenando cada rincón de amor y esperanza.

Los niños se acercaron poco a poco, observando con cuidado a los cachorros, y Lupus se acomodó alrededor, creando una barrera de protección y ternura. Jimin suspiró, apoyando la cabeza en el hombro de Jungkook, mientras Yoongi los observaba desde el otro lado, sintiendo cómo la paz y la alegría llenaban por completo la mansión de los Bratva.

—Pude sentirlo, Jungkook —susurró Jimin—. La felicidad del nacimiento, la emoción de Mirabella, es... Es como si yo hubiera dado a luz y esos cachorros.

—¡Papá! —La primera en gritar fue Lux—. ¡Puedo escuchar la voz de la pequeña lobita en mi cabeza!

La niña estaba feliz, pero asustada.

—¿Es tu loba? ¿Te eligió? —cuestionó Jungkook sonriente.

—Yo también escucho a mi lobo —dijo Luken tragando saliva—. Dice que su nombre es... Sergei, pero ese es el nombre del tío Tae, no puede llamarse de esa manera, ¿verdad papá?

—Bueno, algunos lobos eligen sus nombres, otros piden que los nombren, pero tú tienes la última palabra como su humano —contestó Jungkook.

—¿Al tío Tae le habría gustado que le llame Sergei?

—¡Pff! —Yoongi comenzó a reír—. Estaría dando saltitos de alegría.

—Entonces ese será su nombre. ¡Mi lobo, Sergei! —dijo Luken.

—Entonces la mía se llamará Luciana, como nuestro hermano, Lucien.

Jimin sonrió e imaginó aquella noche a Lucien y Taehyung parados en aquella sala, riendo, felices, aprobando lo que estaba sucediendo.

—Al parecer se niegan a irse, eh —dijo Jungkook al oído de Jimin.

—No se irán, nunca —contestó Jimin.

La noche avanzaba y la mansión de los Bratva se llenaba de risas, de ladridos suaves y del cálido murmullo de los pequeños cachorros acomodándose junto a Mirabella. Cada miembro de la familia parecía encontrar su lugar: los niños explorando a sus nuevos compañeros, Yoongi observando con orgullo, Jungkook y Jimin compartiendo silencios llenos de ternura y complicidad.

—Miren —susurró Jimin, tomando la mano de Jungkook mientras observaban a Lupus y a Mirabella acurrucados junto a los cachorros—. Hemos sobrevivido, hemos luchado, y aun así, aquí estamos.

—Y lo hemos hecho juntos —respondió Jungkook, apoyando su frente contra la de él—. Nada ni nadie podrá arrebatarnos esto.

Los niños reían, hablaban con sus lobos, y la casa se llenaba de un bullicio alegre que contrastaba con el silencio de años atrás, cuando la pérdida y la violencia habían gobernado sus vidas.

Fuera, la nieve caía suavemente sobre la mansión, cubriendo el mundo con un manto blanco que parecía limpiar cualquier sombra del pasado. Dentro, la luz del árbol iluminaba los rostros sonrientes, y los abrazos y caricias se multiplicaban entre humanos y lobos, todos unidos por un vínculo que ninguna adversidad podía romper.

Jimin cerró los ojos por un instante, respirando profundamente, sintiendo el calor de la familia que había reconstruido. En su mente, los recuerdos de los ausentes, de Taehyung, Lucien y de todos los que habían sido parte de su historia, se mezclaban con la esperanza del futuro. Y sonrió, sabiendo que, por fin, podían dejar atrás el dolor y mirar hacia adelante.

—Feliz Navidad —susurró Jungkook, rodeando con sus brazos a Jimin, a Mirabella y a los niños—. Esto es lo que realmente importa.



La cena había terminado, los niños y los lobos descansaban, y la chimenea crepitaba suavemente llenando la sala con su calor acogedor. Namjoon se puso de pie, apoyándose sobre su bastón de madera pulida, heredado de la familia, su voz llenó la mansión con un timbre sereno, grave pero cálido. Todos se inclinaron hacia él, expectantes, conscientes de que sus palabras tendrían el peso de la historia que habían compartido.

—Hoy, mientras miramos estas luces, mientras sentimos el calor de la familia, no podemos evitar recordar todo lo que hemos vivido —comenzó, pausando unos segundos para dejar que el silencio reforzara la solemnidad de sus palabras—. Hace apenas un año, esta misma Navidad hubiera sido imposible imaginarla. Hubiera sido solo un recuerdo de pérdidas, de guerras internas y externas, de un dolor que parecía interminable.

Se inclinó ligeramente hacia adelante, recorriendo con la mirada a todos los presentes, desde los niños que lo miraban con ojos enormes, Jungkook y Jimin, entrelazados y atentos, hasta Yoongi y los lobos.

—Pero aquí estamos. Aquí estamos porque luchamos. Porque, a pesar del miedo, la incertidumbre y la oscuridad que nos rodeaba, elegimos creer en algo que siempre ha sido

más fuerte que cualquier conflicto: la familia. *Nuestra familia*. La que hemos elegido, la que hemos salvado, la que hemos construido con esfuerzo, amor y sacrificio.

»Cada uno de ustedes —continuó, con voz más suave, casi susurrando ahora—. Cada risa que escuchamos esta noche, cada caricia a los cachorros, cada gesto de cuidado y de amor que hemos dado y recibido, es un recordatorio de que la vida vale la pena. Que la paz no es solo un estado, sino una decisión. Y que incluso después de la tormenta más oscura, siempre hay luz.

Namjoon respiró hondo, dejando que sus palabras calaran en cada corazón presente.

—Hoy celebramos no solo la Navidad, no solo los regalos o la comida deliciosa, sino el milagro de estar vivos, juntos, y poder compartir esto —dijo, mientras sus ojos recorrían a Jungkook y Jimin, a los niños, a los lobos, a Seokjin, a Yoongi, una vez más—. Hemos perdido mucho, sí... algunos rostros que amábamos ya no están con nosotros. Pero sus recuerdos, su amor y su legado viven en nosotros, en cada acción que hacemos y en cada sonrisa que compartimos.

Se inclinó ligeramente hacia los cachorros, que dormían acurrucados junto a Mirabella y Lupus.

—Y ahora, mientras recibimos a la nueva generación, miramos hacia el futuro. Estos pequeños, nuestros hijos, los cachorros que hoy llegaron al mundo, representan todo lo que somos y todo lo que podemos ser. Nos recuerdan que la vida continúa, que el amor siempre encuentra la manera de perdurar y que, incluso después del dolor, podemos reconstruir y ser felices.

Namjoon hizo una pausa, un silencio cálido envolvió la sala. Los niños respiraban agitadamente de emoción, y los adultos compartían miradas de nostalgia y orgullo.

—Así que esta Navidad, levantemos nuestras miradas y nuestros corazones —continuó—. Recordemos lo que hemos superado, celebremos lo que hemos logrado y abracemos a quienes tenemos a nuestro lado. Que cada sonrisa, cada abrazo, cada juego y cada gesto de cariño sea un recordatorio de que somos invencibles cuando estamos juntos.

—Porque la familia no se define solo por sangre —dijo, dirigiéndose finalmente a Jimin, Yoongi y Seokjin—. La familia se define por amor, por lealtad y por la voluntad de protegerse y apoyarse mutuamente. Y nosotros, aquí, hoy, somos la prueba viviente de eso.

Namjoon hizo una última pausa, dejando que las palabras flotaran en el aire. Luego levantó su copa, y todos, de manera instintiva, hicieron lo mismo.

—Por la familia, por la vida, por la esperanza y por los recuerdos que nos guían. Que nunca olvidemos que, mientras estemos juntos, podemos superar cualquier tormenta. Feliz

Navidad, a todos —concluyó, con una sonrisa cálida y profunda, mientras un aplauso lleno de emoción se escuchaba en toda la mansión.

—¡Y por cierto! —gritó Seokjin—. ¡Estoy embarazado!

Namjoon palideció, el resto comenzó a reír. Los abrazos se multiplicaron, las lágrimas se mezclaron con risas y los corazones de todos se llenaron de la certeza de que, finalmente, podían mirar hacia el futuro con esperanza. La Navidad se cerró con un silencio lleno de amor, y la familia Bratva se abrazó como nunca antes, unidos, completos, finalmente en paz y con el orden que Jungkook siempre había buscado.

 **FIN** 



No olvides leer el epílogo y el resto de los apartados!!

Si la historia te gustó no olvides comentar, votar, recomendar y leer mis otras historias!

Aprovecho para recordar que la lágrima del rey tendrá segunda temporada que comenzará pronto a ser publicada!

Epílogo



La mañana estaba fría, pero clara, con un sol tímido que se reflejaba sobre la pista de hielo privada. Jimin deslizaba sus patines sobre la superficie helada, concentrado en cada giro y cada movimiento. El aire fresco le quemaba ligeramente las mejillas, por un instante cerró los ojos, dejando que la sensación de libertad y calma lo envolviera.

Hasta que un aplauso detrás de él lo hizo abrir los ojos de inmediato. Jungkook estaba de pie en la orilla de la pista, con una sonrisa amplia y brillante, aplaudiendo con entusiasmo. Su traje informal no ocultaba la emoción en su rostro; sus ojos brillaban de orgullo y alegría al ver a Jimin disfrutando del momento.

—¡Eso es, Patito! —gritó Jungkook—. ¡Eres increíble!

Jimin rió, girando hacia él mientras los bordes de sus patines cortaban la superficie con un sonido nítido y musical.

—¡Ven! —lo llamó—. Póntelos y ven a intentarlo.

Jungkook asintió, nunca se negaba a cualquiera de las peticiones de su omega, si lo hacía tendría que pagar las consecuencias y podría lidiar con cientos de mafiosos, pero no con la furia de su omega. Así que se colocó sus patines y dio sus primeros pasos, vacilantes, resbalando un poco. Sus brazos se agitaban buscando equilibrio, y Jimin no pudo evitar reír

ante la torpeza de su alfa, que siempre había sido perfecto en todo menos en estas cosas simples y mundanas.

—Tranquilo —susurró Jimin mientras se acercaba a él—. Te enseño.

Con paciencia, Jimin tomó la mano de Jungkook, guiándolo con movimientos suaves y seguros. Al principio, sus pasos eran descoordinados, Jungkook se tambaleaba cada tanto, pero poco a poco empezó a encontrar ritmo, aprendiendo a deslizarse sobre el hielo.

—¡Lo lograste! —exclamó Jimin, apretando su mano con fuerza—. Ahora sí, patinemos juntos.

Jungkook lo miró, sonriendo tímidamente pero lleno de felicidad. Lentamente, comenzaron a moverse en sincronía, tomados de la mano, descubriendo el equilibrio y la confianza que solo la intimidad y el cariño verdadero podían dar. Los torpes pasos iniciales se convirtieron en giros suaves, risas y un ritmo que los hacía inseparables sobre la pista.

Cada deslizamiento los acercaba más, cada caída leve era una excusa para mirarse y sonreír, para recordarse que la vida podía ser ligera y hermosa, incluso después de todo lo que habían vivido.

—Nunca pensé que patinar pudiera ser así de divertido —dijo Jungkook, respirando hondo mientras sus cuerpos se sincronizaban sobre el hielo.

—Conmigo a tu lado siempre será más fácil —respondió Jimin, apretando su mano, mientras giraban juntos por la pista—. Y además... me gusta verte torpe, pero intentando todo por mí.

Jungkook soltó una carcajada, rozando sus frentes mientras patinaban, solo existían ellos, el hielo brillante, la risa y el amor que se tenían.

—Por cierto, nunca tuve la dicha de verte boxear —murmuró—. Lástima que lo dejaste.

—Tengo prioridades, pero si me lo ruegas con besos puedo volver al ring solo para que me veas.

—Lo pensaré —susurró.

Siguieron patinando, hasta que se detuvieron al final de la pista, tomados de la mano, mirándose a los ojos. El aire helado les daba vida y calor a la vez, y la sonrisa en sus rostros decía todo lo que las palabras jamás podrían expresar.

Allí, sobre el hielo, Jimin y Jungkook no eran solo amantes ni alfa y omega: eran la familia que habían construido, los sobrevivientes de un pasado oscuro, y los dueños de un presente

lleno de amor, risas y posibilidades infinitas.

—Yoongi lo está haciendo bien como Capo —dijo Jungkook finalmente—. Eso le está ayudando a mantenerse ocupado y superar lo de mi hermano.

—¿Y a ti qué te ayuda?

—Tú —contestó, besándole la punta de la nariz—. Luken y Lux también ayudan bastante. ¿Qué opinas de que Lux le rompió la nariz a un niño de su clase de inglés?

—Opinó que es igual a mí —contestó riendo—. ¿Qué haremos si son iguales a nosotros?

—¿Iguales? —preguntó Jungkook sosteniéndose de la cintura de su omega porque sentía que caería—. Cariño, son la copia exacta de nuestros rostros...

—Me refiero a... ¿Qué haremos si resultan ser unos asesinos despiadados?

—Oh... —musitó Jungkook, inclinando un poco la cabeza mientras los patines lo hacían tambalear otra vez—. Pues, si llegan a serlo, entonces solo significará que llevarán nuestra sangre, nuestra historia... pero también nuestra elección de hacer las cosas de otra manera.

Jimin lo observó con seriedad, sus mejillas sonrojadas por el frío y los ojos brillando.

—Quiero que sepan que no todo tiene que ser violencia —susurró Jimin—. Que no tienen que vivir con la carga que nosotros llevamos, que pueden elegir ser libres.

Jungkook asintió lentamente, tomando su rostro con ambas manos, olvidándose por un instante de que aún estaba sobre el hielo.

—Nuestros hijos no serán esclavos del pasado, Patito —dijo con firmeza—. Porque les vamos a enseñar lo que nunca nos enseñaron: a amar sin miedo, a luchar por lo que creen... y a reír, incluso en medio de la tormenta.

Jimin sonrió, sus labios temblaron un poco y se apoyó en el pecho de su alfa, respirando el aire frío y el calor de aquel abrazo.

—Entonces... no importa si son como nosotros, si heredan la fuerza o las sombras —dijo, cerrando los ojos—. Mientras estén juntos, mientras nos tengan... siempre encontrarán la luz.

Ambos permanecieron así unos segundos, abrazados en medio de la pista, con el sol de invierno colándose entre las ramas desnudas de los árboles y reflejándose en el hielo como destellos de cristal.

Jungkook besó su frente, y con un último esfuerzo lo guió de nuevo a deslizarse, esta vez en círculos lentos, como si bailaran.

—¿Sabes, Patito? —murmuró Jungkook—. Después de todo lo que pasamos, nunca imaginé que el final sería tan simple como esto: tú y yo, patinando, riendo... siendo felices.

—No es el final, Jungkook —lo corrigió Jimin, mirándolo con esa chispa que siempre lo había mantenido vivo—. Apenas es el comienzo de nuestra vida juntos.

Así, entre risas, tropiezos y giros torpes pero llenos de amor, los dos siguieron patinando juntos, sabiendo que el futuro con todo lo que trajera, estaría siempre iluminado por el calor de su familia.



Muchas gracias por leer, no olvides la nota de autor, agradecimientos y epílogo.

Si la historia te gustó, me ayudaría mucho compartiéndola con algún amigo! ♡

Nuevo poema de la mafia



*He nacido entre luz y sueños,
bajo un techo de esperanza y sonrisas.
Mi cuna, un secreto lleno de cariño.
Mi primer juguete, un sueño compartido.*

*Aprendí a caminar sobre flores,
a reír mientras otros soñaban.
Conozco el amor,
y el perdón es mi mas bella verdad.*

*La compasión es un regalo eterno.
Mi alma está despejada de misterios,
llena de nombres que amo,
rostros que se encienden con mi vista enamorada.
No pido salvación, porque incluso ya la tengo.*

*Si alguna vez perdí mi corazón,
lo encontré en la mirada de quien amo.
Avanzo como un dios con fe,*

*besando labios que me nombran,
cumpliendo promesas que dan paz.*

*Y espero que quizás,
cada día sea un renacer de amor,
con valor para mirar la luz de la aurora.*



Nota : El primer poema de la mafia fue escrito por Jungkook, al igual que este. Ahí podrán notar su cambio antes y después de Jimin.

Nota De Autor



Nunca había leído mafia, no consumo mafia y este es mi mejor intento escribiendo acerca de mafia. Todo comenzó con una idea loca de Lary, las chicas siempre me dan ideas o me dicen que quieren algo en alguna historia y yo le doy forma siendo una historia única o agregándolo a alguna de las historias la lluvia de ideas que se les ocurren y que me gustan o que vibran en mi corazón para hacer.

Esta historia fue complicada por lo que dije antes; no tengo la menor idea de mafias. Así que tuve que investigar y ajustar lo que descubrí en el amplio mundo del internet con las locuras que se le ocurrían a mi cerebro como el rey del Metka, o la destrucción de Brasil. Tal vez no tenga mucho sentido, pero en la ficción, ¿qué es lo que tiene sentido?

El tiempo que duré escribiendo se me pasó rapidísimo, pero al mismo tiempo se me hizo eterno. No miento que me dormía pensando en la trama y al abrir los ojos lo primero que pensaba era en Mirabella, en Lupus y en las ganas que tengo de tener un lobo como ellos en mi vida.

Se preguntarán por qué Jimin no fue el capo de Italia, la respuesta es simple. Si leíste bien la historia te darás cuenta de que él nunca lo pidió, lo que Jimin quería era patinar, por eso su final feliz fue patinando, además si nos ponemos a analizar el temperamento de nuestro patito asesino; no puede sobrellevar una organización por sí mismo, aunque se esfuerce

sigue siendo demasiado voluble. Por eso ser una reina del Metka consentida le va más, pues es igual que Mirabella, una diva.

En cuanto a Jungkook, ese siempre fue su plan. Recuerda que él siempre tiene todo calculado, lo único que no calculó fue la muerte de su hermano, así como los nacimientos de sus hijos inseminados que al final fueron una bendición porque logró criarlos con Jimin. Por cierto, tal vez no lo notaste, pero en la cena navideña, después del parto de Mirabella, Jimin dijo que sintió como si hubiera parido, quise darle ese sentimiento, ese sentir que le arrebataron.

Mi cuervo, cuervito. Siempre las espanté diciendo que moriría Corvo, cuando el que estaba destinado a morir desde el inicio era Taehyung, incluso Yoongi da spoiler en el capítulo donde se conocen por primera vez diciendo: "*— Obedécelo —escupió Yoongi, con una media sonrisa torcida—. El maldito nunca muere. Pero tú... tú sí podrías.*"

Para que vean que tengo todos mis movimientos fríamente calculados.

En cuanto al poema de la mafia que se menciona al inicio de la historia es escrito por nuestro Pakhan, de esa manera se sentía por haber crecido como creció, y después de Jimin, después de su familia, de sus cachorros y de organizar las mafias del mundo obteniendo la paz deseada escribió un último poema, el nuevo poema de la mafia.

Y las auroras boreales... Esto es personal, pero con mi mamá tenía esa promesa. A ella le gustaba muchísimo la película de "Tierra de osos" por ende, a mí también porque me obligaba a verla, en esa película las luces tocan la tierra y son mágicas, entonces su deseo era llegar a ver las auroras boreales en noruega, quería ir conmigo, y yo quería ir con ella, prometimos ir algún día, pero tuvo que irse de este mundo antes de lo planeado, a sus 48 años. Así que, como no tengo el recurso para ir personalmente a cumplir ese sueño, me toca escribirlo y vivirlo por medio de Corvo. Quizás por eso era que estaba evadiendo llegar a escribir este final y lo retrasaba y retrasaba y retrasaba.

Mi Pakhan, mi patito, los personajes de esta historia quedarán siempre grabados en mi memoria y los abrazaré con orgullo porque puede no ser la mejor, porque puede haber miles, pero esto lleva mis noches sin dormir, mis debates internos buscando caminos distintos y la energía de todos ustedes que leen, disfrutan y comparten.

Agradecimientos



Agradezco a quienes caminaron conmigo por las sombras de esta historia. A los que se atrevieron a mirar de frente la violencia, el dolor y la oscuridad de los personajes, sin apartar la vista. Porque entre las balas, las pérdidas y la sangre derramada, también descubrimos que el amor en cualquiera de sus formas, puede sobrevivir incluso a la mafia más cruel. Gracias por no soltar la mano de estos personajes, aun cuando todo parecía perdido.

Gracias por haber creído en una historia donde la mafia no solo representa crimen, sino también la eterna lucha entre el destino y la elección. Esta historia no fue escrita para glorificar la violencia, sino para mostrar cómo incluso en los rincones más oscuros del alma humana puede brotar la chispa del amor y esperanza.

Gracias por acompañar a nuestro patito, pakhancito y a cada uno de los que dejaron huella en estas páginas.

Ojalá, al cerrarlas, encuentren la certeza de que siempre se puede empezar de nuevo, sin importar cuán rota esté la vida.

Dedicatoria



A los que se sienten perdidos en la oscuridad: recuerden que hasta el cielo más frío y lejano puede encenderse con colores.

Como las auroras, *la esperanza siempre regresa.*

¡EXTRA!

Metka tiene una continuación. Se trata de una historia corta de 5 capítulos y un epílogo. Si te interesa leerla, la encontrarás aquí en mi perfil.

EL TÍTULO: CORVO.

Te dejo aquí la imagen y portada de la historia para que se te haga más fácil encontrarla.
(YA ESTÁ TERMINADA)

